

# SENSIBLE



V. A. Fleitas Solich

A mi mamá y a Gabriela  
por ser los pilares  
de mis letras.

A Belén, Gloria y Lucía,  
mis tres ángeles de la guarda.

GRACIAS



# Sensible

## 1.

Tragué un nuevo sorbo de mi vino y bajé la copa.

Por ser viernes el restaurante explotaba de concurrencia; personas que reían y conversaban animadamente... y yo que todavía no terminaba de entender cómo es que esto me había parecido una buena idea. Quizá debí quedar con ella en mi departamento; la verdad es que verme a solas con Valeria me daba todavía más miedo que reunirme con ella aquí.

No tenía ni la menor idea de qué haría cuando la tuviese enfrente. No podía manejar lo que ella sentía por mí.

Añoraba tener a mi amiga de regreso. Los últimos días fueron tan difíciles... todavía más complicados por nuestra distancia.

Me llevé la copa una vez más a los labios a sabiendas de que se me subiría a la cabeza muy pronto, mi última comida había sido una banana a la hora del almuerzo. El té que bebiera por la tarde no contaba para mucho a la hora de contrarrestar el alcohol que entraba en mi sistema y tampoco estaba muy segura de poder cenar nada, mi apetito se había ido con él, muy lejos.

Así sin más, recordé la noche en que cocinamos juntos y que me contó el porqué de las marcas en su cuerpo. Su cuerpo... cómo olvidarlo si me había aprendido absolutamente todas las curvas de sus músculos, las líneas de sus

huesos y la piel que soportaba la tinta de sus tatuajes. No podía pretender ser inmune a los recuerdos así como tampoco conseguí resistir a la tentación que me provocaba el cuerpo de carne y hueso, mucho menos a la mente que lo gobernaba y el corazón que lo empujaba a cometer tantos actos desquiciados. Parpadeé y por un segundo lo sentí junto a mí, dentro de mí, susurrando mi nombre en mi oído, acariciando mi piel con las yemas de sus dedos, con sus labios.

Mi cuerpo, mi mente y mi corazón se dispararon hacia ninguna parte, en realidad su objetivo estaba fuera de alcance, lo estaba ahora y lo estaría para siempre, así lo decretó él pese a mis ruegos, explicaciones y demostraciones de amor que imagino debió considerar patéticas y molestas.

En una oleada ácida, el vino trepó por mi garganta y llegó hasta la boca que vacía de él, no era más que una caverna fría y desolada.

El deseo se hizo agua que empañó mis ojos. Al parpadear regresó a mis retinas la imagen de sus ojos azules, de esa mirada que para bien o para mal, jamás daba tregua. Esa sonrisa que podía iluminarlo todo. Su sonrisa en este instante solamente tenía el objetivo de empujarme a sentirme todavía más miserable. Inspiré hondo con la intención de aclarar mi mente y solamente conseguí traer de un rincón de la misma, el perfume de su piel, incluso su sabor.

Daría por cualquier cosa por quitármelo de la cabeza, por arrancarlo de mi corazón y al mismo tiempo la mera idea de olvidarme de él, me daba pánico. ¿Qué haría cuando ya no recordase el tono de su voz, cuando no pudiese evocar las formas en su cuello o cuando incluso se desmenuzasen en delirios las hebras azules que componían sus ojos?

Tenía miedo de quedarme vacía y todavía más insensible de lo que ya me sentía.

Solté la copa y me di un pellizco en el dorso de la mano para comprobar si aún era capaz de percibir dolor... Apenas. Los registros de las sensaciones a nivel corporal se tornaban cada vez más opacas y lejanas, sentidas a través de una gruesa capa impermeable.

Estaba contaminada de Félix, enferma de él, y no tenía idea de cuál era la cura, si es que existía una.

Experimenté el impulso de salir corriendo y cometer una tontería. ¿Me sentiría más cerca de él si me lanzaba a una odisea suicida? Podía volver a probar con tirarme en paracaídas o quizá en un salto *bungee*, incluso me sentí tentada de...

—Llego tarde... lo sé. Perdón.

Di un salto sobre la silla al escuchar la voz de Valeria. Temí que adivinase en mi rostro lo que imaginaba un segundo antes de mi llegada. Me di la vuelta.

—Hola —dijo acompañando las palabras con una tímida sonrisa—. Veo que empezaste sin mí. Imagino que necesitaremos un par más de esas—. Con la cabeza apuntó en dirección a mi copa casi vacía.

Definitivamente yo necesitaría de muchas copas más, para acallar las desatadas voces dentro de mi mente.

Me lo imaginé a él, sintiéndose igual que yo en este instante. Si era así, cómo lo resistía, cómo era capaz de vivir una vida sintiéndote insensible, y al mismo tiempo a punto de estallar por experimentar tantas cosas a la vez.

Esperé que Valeria no notase que los latidos de mi corazón no entendían más de ritmos normales, que mi sangre no comprendía por qué debía circular por mis venas con calma y no tal si corriese una prueba de velocidad.

Me tomé un momento para volver a la calma, o al menos para armar una simulación de calma que no evidenciara que mi cabeza no necesitaba de nada más relevante que un parpadeo para soltar amarras y arrojarse a la locura sin cuerda de seguridad, sin paracaídas.

Tuve que recordarme que debía respirar.

Alzándome, la enfrenté. Por un fugaz instante mi cerebro se puso en mi contra recordándome que ella y él... Amenace con dejarlo fuera de juego a fuerza de botellas de vino y todos los tragos que mi estómago pudiese soportar; no tenía ninguna caso sentir celos ahora, menos por algo que sucediera antes de que él supiese de mi existencia. En realidad él se había enterado de mí gracias a la relación que ellos mantuvieran, una que sin duda nada tenía que ver con lo que yo todavía sentía por él. Entender que Valeria le había hablado de mí, movida por sentimientos tan especiales lo cambiaba todo y al mismo tiempo lo complicaba todo. Cada vez que me atrevía a pensar en ellos dos, hablando de mí, cuando yo no tenía idea de cómo eran las cosas, se me formaba un profundo vacío en el estómago y comenzaba a sentirme más que obsoleta y desarmada frente a dos mentes y dos corazones que todavía hoy, no lograba comprender del todo bien.

Era instantáneo, pensar en eso y que todo en mí se revolviese en un arranque de furia desmedida, no contra ellos, sino contra lo que ninguno de nosotros había logrado manejar.

Es probable que los tres fuésemos muy parecidos.

Ambas dudamos una fracción de segundo -por razones muy disimiles imagino-,

luego volvimos a ser las de antes, así sin más. De repente las explicaciones y los miedos sobran.

—Perdón—. Su abrazo sirvió para que algunas de mis piezas, regresaran a su sitio. Quizá simplemente de modo provisorio; de cualquier modo no dejaba de ser un alivio.

—No tienes que pedirme perdón.

—Sí, debí decirte la verdad —se apartó de mí—, toda la verdad.

Tenía lágrimas en los ojos y yo apenas era capaz de contener las mías. Una vez que encontraba una grieta era difícil contener la fuga.

—Siento mucho todo lo que sucedió. Estaba tan avergonzada... no por quererte del modo en que te quiero... por ocultarte la verdad.

Sus palabras eran más que contundentes. Si existe una situación todavía más difícil que decirle a alguien que no puedes corresponderle su amor, es que ese alguien sea tu mejor amiga.

Todavía me costaba creer que estuviese enamorada de mí y que yo nunca notase nada. Mentalmente había repasado infinidad de momentos vividos juntas, en procura de señales de que aquello ya existía. Por momentos se me antojaba que todo lo ponía de manifiesto con gritos imposibles de ignorar, y en otros me daba la impresión de que no hacía otra cosa que permitir que lo que sabía ahora, sugestionase el análisis innecesario de demasiados años de amistad y cariño.

—Vale...

—No necesitas decir nada. Siempre seré tu amiga, sin importar qué. Siempre estaré ahí para ti, cuando me necesites.

Fui yo la que reanudó el abrazo, la que le dio vía libre a las primeras lágrimas -porque era eso o estallar-, la que sintió que lo había hecho todo mal, de principio a fin. La que no tenía idea de cómo seguir adelante.

—Tremendo espectáculo estamos dando —me dijo ella cuando las lágrimas de ambas acabaron en risas mezcladas con hipidos desacompañados—. Regresemos a la mesa, tuve un día demasiado largo y necesito dejarlo atrás. Con urgencia—. Su sonrisa se ensanchó a fuerza de empeño, no de verdaderos sentimientos. La conocía lo suficiente para entender eso.

Nos sentamos y la camarera llegó a tomar nuestro pedido.

Empezamos por las bebidas.

—¿Qué tal el trabajo?

—Bien. Por suerte tenemos varias cosas entre manos, lo cual me mantiene ocupada—. Preferí no ahondar demasiado, tener que repetir las complicadas

charlas que debí mantener con Federico para explicar lo sucedido me parecía una tarea imposible. Félix no había quitado el apoyo a la agencia... de cualquier modo el asunto era demasiado incómodo para todos los involucrados, en especial para mí. Por momentos tenía la impresión de que se me caería la cara de vergüenza, sobre todo frente a los otros socios. No me faltaron las ganas de huir y no regresar a mí trabajo. De a poco superaba eso.

—¿Y qué tal el libro, volviste a escribir?

Negué con la cabeza. Lo había intentado y terminé llorando frente a la pantalla sin ser capaz de tipear un renglón. No me salían las palabras, tal vez mi imaginación había seguido el mismo camino que mi apetito.

—No dejes de hacerlo, no dejes de intentarlo. No permitas que nada de esto acabe contigo. Esa no eres tú. Pasaste por demasiadas cosas para rendirte.

El llanto se agolpó en mis lagrimales una vez más. Tenía tantas ganas de quedarme seca. Quizá sería una opción dejar de beber también, así mi cuerpo no tendría con qué producirlas.

—Prométeme que no desistirás—. Se quedó mirándome—. Promételo.

El dolor de mis uñas al clavarse en mis palmas no fue suficiente para alcanzar un punto racional en mi cerebro.

—Ni mis errores, ni los errores de Félix, son tu responsabilidad y nadie, nunca jamás, debería atreverse a juzgarte a ti por los tuyos. Hiciste lo que creíste mejor. Doy fe de que no escapaste a tu responsabilidad, de que no fuiste débil sino todo lo contrario. No permitas que nadie te convenza de lo contrario. Tu vida no termina en él, ni en mí, ni en esa maldita biografía.

—Lo sé.

Lo entendía, mi parte racional -recién regresada a la superficie- lo sabía, sin embargo el resto de mi ser no era capaz de apartarse de lo sucedido. Deseaba tanto poder volver a escribir, reencontrarme con mis sueños, con mi fuerza... conmigo misma otra vez.

—Además... estoy esperando leer más. Me tienes abandonada. No puedes dejarme a la mitad de la historia así sin más —añadió sonriéndome para darme ánimo—. No es justo. Tienes que prometerme que para el lunes me enviarás un par de páginas. El martes parto a Nueva York y necesito material con que entretenerme durante el vuelo.

—¿Otro viaje?

—Voy a buscar inspiración.

—¿Y desde cuándo necesitas hacer algo así?—. Me limpié las lágrimas que no logré contener.



La camarera regresó con nuestras copas de vino rosado.

—Desde esta tarde —me contestó al quedarnos a solas otra vez—. Le conté la verdad a Lautaro—. Apretó los labios—. No podía seguir adelante con eso. No era justo para él... ni para nadie. Tomar un poco de distancia me hará bien. —¿De cuánta distancia hablamos? —Me dio la impresión de que eso no era todo.

Valeria me sonrió a medias. Tenía la mirada triste y no se la veía lo radiante que solía lucir siempre.

—Veremos... Todavía no lo sé. No tengo apuro—. Alzó un dedo y me apuntó—. Pero no te creas que te librarás de mí. Ah... eso sí que no. Quiero que en mi correo aparezcan al menos un par de páginas por semana. Si no recibo nada volveré y te buscaré.

Intenté sonreír. No salió nada agradable. Entendía su necesidad de alejarse, de tomar distancia.

Me quedaría muy sola cuando se fuera.

—No me pongas esa cara que me dan ganas de cancelar el pasaje. Será bueno para nosotras también. No puedo seguir así contigo, es demasiado para mí. Espero que lo entiendas.

Asentí con la cabeza; el resto de mí continuaba negándolo.

—Papá volvió a insistir, puede presentarte a...

—No es necesario, Fede quiere que me dedique de lleno al libro, dice que está seguro de que conseguiremos una editorial.

—¡Por supuesto que sí! No me cabe ninguna duda. De cualquier modo...

—Se me va a pasar, Vale, solamente necesito tiempo.

—Podrías tomarte unas vacaciones.

—De hecho algo de eso hay. Fede me lo propuso y me pareció buena idea, para poder dedicarme de lleno a escribir. Quizá lo haga, pero no ahora mismo, no lo soportaría. Trabajar me hace bien—. Cuando no recordaba las veces que Félix había estado en la oficina y allí se iba todo al Infierno, se me cerraba la garganta y comenzaba a ahogarme en los recuerdos.

—Puedes usar la casa de Punta del Este cuando quieras, le avisaré a papá que tenga disponible un juego de llaves para darte.

—Gracias, lo tendré presente—. De nada serviría que le dijese que no.

Bebimos y permanecemos en silencio por un momento.

—Estuve pensando...

Ante mis palabras, Valeria alzó la vista.

—No es una idea que surgiera ahora, de hecho es algo en lo que jamás pude

dejar de pensar. Voy a intentar averiguar qué... —las palabras no me salían, tenía tanto miedo, y sin embargo me quedaba muy claro que eso no me detendría—. Voy a buscarlo... a mi hijo. Debí hacerlo hace mucho. Quizá sea tarde, es probable que él tenga una familia y...

—Gaby... ¿de verdad?

—Daría cualquier cosa por verlo. Necesito saber que está bien—. Tragué en seco. Tal vez Félix tuviese un poco de razón en decirme que no había tenido el coraje suficiente. Mi falta de coraje no fue lo único que me llevó a tomar la decisión de darlo en adopción, falta de madurez, de apoyo... hoy por hoy tenía la impresión de encontrarme en una mejor posición en esos aspectos. La verdad es que no alcanzaba a imaginar un modo de haber sido capaz de criar un niño como corresponde, en aquellas circunstancias.

En este momento mis brazos experimentaban el vacío de esa distancia de un modo imposible de poner en palabras.

—Todavía no tengo idea de cómo haré para encontrarlo.

—Mañana mismo llamo a Manuel, te ayudará, si él no tiene experiencia en eso, dará con la persona adecuada para el trabajo. Lo encontrarás, sé que sí.

Su entusiasmo me dio ánimo. Acepté, necesitaba la ayuda.

—Me alegra que tomaras la decisión.

—Solamente espero que lo que hice por él... me aterra pensar que pueda haberle pasado algo malo, que lo que imaginé para su futuro no...

—No pienses así. No todas las personas son Félix, no todas las historias terminan igual.

Sus palabras captaron a la perfección mis pensamientos, mis miedos.

—¿Entonces... me mandarás de leer antes del martes?

No pude más que sonreírle.

...

A pesar de que tenía un par de copas encima, de que cargaba con demasiadas noches durmiendo poco o nada, llegué a casa, solté mi bolso sobre la mesa del café, me arranqué los zapatos y la falda, y encendí la computadora.

Mis dedos ardían en necesidad de escribir, mi cerebro estaba a punto de estallar en ideas. Necesitaba sacarme de encima el peso de todas aquellas palabras que siquiera sabía que tenía; con éstas se abrirían paso al exterior los miedos de los cuales no podría desprenderme, pero al menos, les haría frente. También encaré unos cuantos dolores que me arranqué del corazón y

demasiados pensamientos oscuros que no tenía ni idea de cómo manejar. Félix no era el único que tenía fantasmas o sombras rondándolo... en tantas cosas éramos tan parecidos. La única diferencia es que creo que yo no hubiese podido dejarlo ir con la misma facilidad con la que él me arrancó de su vida sin más; es más, tenía muy claro que lo habría aceptado de regreso en mi vida en este mismo instante.

Escribí hasta que mis ojos no daban para más, hasta que mi cuerpo se liberó de la mordaza que lo mantenía en silencio.

Al caer en la cama, me dormí profundamente. Si soñé con las mismas cosas desagradables de las últimas noches, no lo recuerdo. Agradecí a mi cerebro por no torturarme con esos delirios que entremezclaban mis mejores y peores momentos junto a Félix.

Ni bien abrí los ojos, salté de la cama, preparé café y regresé a la computadora. Pasé horas escribiendo, llenando páginas y páginas de esa historia por la que hacía mucho tiempo apostara tanto.

Allí estaba yo de regreso. Mi yo, el que mi vida había hecho de mí, el que yo había hecho de mí. El yo del cual no pensaba seguir escapando.

Dormí otro par de horas y luego continué escribiendo.

Creí que no volvería a tener que obligarme a levantarme del sillón para comer o dormir. Feliz comprobé que a pesar del tiempo, la fuerza que me movía antes, continuaba allí.

Valeria me pidió que no fuese a despedirla.

A modo de despedida, la madrugada del martes le envié más de cuarenta páginas a su email y me comprometí a no interrumpir esa correspondencia.

Tuve que contenerme de llamarla por teléfono antes de que saliese su vuelo, ella dijo que terminaríamos las dos llorando y tenía razón.

A la hora indicada, imaginé su avión despegando y una parte de mí se fue con ella, una parte demasiado importante como para que pudiese fingir que todo iba bien cuando León se plantó frente a mi escritorio y me preguntó a qué se debía mi mala cara.

Agradecí que él tuviese la paciencia suficiente para soportar otro de mis arranques de debilidad.

El siguiente sería pocos días después...

Intenté por todos los medios mantenerme al margen de todo lo que pudiese tener que ver con él. Evité leer la sección de economía del diario, ni se me ocurría posar la mirada sobre las revistas del corazón e incluso procuraba no

mirar demasiada televisión a riesgo de encontrarme con su rostro por casualidad... si quedaba un lugar del cual no podía escapar, era de mi trabajo. El jueves por la tarde, el teléfono sonó y me llegó por la línea la voz de su secretaria. Félix demandaba tener una conversación con Federico.

Imaginarlo al otro lado de la línea fue demasiado para mí, tal si lo tuviese a metros de distancia y no a kilómetros, si hasta sentía su mirada de desprecio. Fue como si él se metiese dentro de mí para destrozarlo todo a martillazos. Su necesidad de juzgarme por miedo a siquiera intentar mirar en su dirección; ¿tanto miedo tenía Félix de enfrentar su propia vida?

Mi interior se convulsionó. Primero sentí lástima por él, luego... luego mis dientes crujieron y comprendí que yo no tenía por qué continuar sufriendo. Había intentado abrir sus ojos y él decidió que prefería no mirar. Entendí que en mi caso la ceguera no era tan grave. Me llené de furia. No podía permitir que continuase haciéndome esto a la distancia, yo no debía continuar haciéndome esto a mí. Ni él tenía el derecho ni yo tenía un modo de justificar lo obtuso de mi comportamiento.

Aquella cantinela de que las mujeres intentan cambiar y rescatar a algunos hombres, incluso en detrimento de su persona, reverberó en mi cabeza. ¿Desde cuándo necesitaba yo un hombre que me sostuviese? Sí, amar era un regalo, quizá el máspreciado... no si el resultado de ese amor es que te olvides de amarte a ti mismo. Yo tenía una vida antes de él, chica, grande; sencilla, complicada... mi vida, una que no valía ni más ni menos que la suya.

Sabía que Federico todavía se encontraba al teléfono con Félix, lo escuchaba hablar.

Me refregué la cara con las manos y me puse de pie alzando los hombros, rearmando mi sistema dentro de mi propio cuerpo.

No más llanto. No más lamentos ni padecimientos.

—Pasó, lo disfrutaste, lo amaste, lo amas... ahora se terminó —me dije en voz alta—. Se terminó. Tu vida no se termina aquí.

Definitivamente no.

Aparté la silla y le eché una última mirada a la sala de reuniones, en realidad no sería la última vez que la viese, sin embargo sí sería la última en este estado, la última sintiéndome derrotada e incapaz de alcanzar lo que quería lograr.

El principio del fin para comenzar con una vida nueva, una totalmente distinta, con aquella que soñaba sin saber qué estaba embarazada, la vida que creí no merecía luego de dar mi hijo en adopción.

—No más miedo —entoné en voz alta.

Llamé a la puerta y entré sin esperar una respuesta. Federico alzó la mirada, todavía se encontraba al teléfono. Su mirada dio evidencia de su desconcierto, él, yo, todo el mundo sabía quién se encontraba al otro lado de la línea.

Tragué en seco esforzándome para que eso no me intimidase. Titubé un momento. Mi pie derecho quiso dar un paso atrás; lo obligué a quedarse donde estaba.

Federico le contestó algo a Félix, no tengo idea de qué palabras fueron las que pronunció, a decir verdad, poco importaban.

Di otro paso al frente, el pasado acababa de quedar allí atrás.

Mi jefe, con cara de azorado, entonó un par de palabras más y apartó el teléfono de su oreja tapando el micrófono del auricular.

—Voy a tomarme una semana de las vacaciones atrasadas que tengo. Necesito escribir. Bueno, pensándolo mejor, podría tomarme dos semanas, después de todo tengo casi un mes pendiente. Comienzo el lunes que viene.

Federico continuaba boquiabierto y sin parpadear.

Creí que se enojaría. En otro momento de mi vida hubiese temido que se enojase, que me echara, ni antes ni ahora podía darme el lujo de quedarme sin trabajo. Cómo sea, me las arreglaré. Si me quedo sin trabajo ya conseguiré algo.

Parpadeo, pero sus espesas cejas castañas se negaron a bajar de su frente. Lo que identifiqué como el principio de una mueca de enojo, se transformó en una fracción de segundo, en una enorme sonrisa que no paraba de ensancharse. Sonrisa que acabó acompañada por sus mejillas y por un brillo en sus ojos el cual me otorgó todavía más valor.

—Claro. Me parece bien. No hay problema. ¿Tienes dónde ir? No te tomarás vacaciones para quedarte en tu casa, si quiera si el motivo es escribir. Un amigo tiene un hotel en la costa; puedo conseguirte alojamiento gratis sin problemas. Me debe un par de favores y es un lugar muy bonito y tranquilo.

—Todavía no lo decido, Vale me ofreció su casa en Punta del Este.

—Piénsalo. Es un lugar de primera y no tendrás que preocuparte por las cosas mundanas de la vida diaria como cocinar y demás. El lugar tiene unos restaurantes de primera y el servicio al cuarto es de lo mejor. Las habitaciones son enormes y...

—¿En verdad estás diciéndome esto? Pensé que me echarías.

—Creí que me conocías.

La mirada que me dedicó me ayudó a sentirme un poco menos sola.

—Perdón, es evidente que en algún momento dejé de prestar atención a las cosas que me rodean—. Eso no fue a causa de Félix, venía arrastrando aquella falta desde hacía mucho tiempo.

—No te preocupes. Por mi está todo dicho. Si necesitas que te ayude a comprar el pasaje, conozco una agencia de viajes de confianza.

Imposible no sonreír.

—Bueno, la verdad es que no sé.

Le lancé una mirada al teléfono, todavía lo tenía entre sus manos. ¿Continuaría Félix al otro lado de la línea?

—No lo pienses tanto. Entraste tan decidida...

Mi respuesta fue inmediata porque me di cuenta de que comenzaba a flaquear, sostener mi nueva posición no era nada sencillo.

—Sí, bien, agradecería que hablastes con tu amigo para conseguirme una habitación para las próximas dos semanas. Una que sea acorde a mi bolsillo; sabes que no necesito lujos, solamente un poco de paz y tranquilidad para poder escribir como loca todo el día.

Federico rió.

—Pásame el número de la agencia de viajes, yo los llamaré.

—No hay problema, termino con esto y te ayudo a planificar tus vacaciones que en realidad no serán del todo vacaciones pero... —su sonrisa se ensanchó

—Me alegra mucho que tomases esta decisión.

—Gracias—. Sentí ganas de rodear el escritorio para ir a abrazarlo.

—Es un placer.

—Tengo suerte de tenerte de jefe.

—No lo niego —bromeó.

Nos miramos en silencio por un momento.

Sentí que comenzaba a rasguñar paz por debajo de la dura superficie, luego de arrancar con las uñas, demasiado desconcierto y turbiedad.

—¿Café?

—Café y alguna cosa rica. Me muero de hambre. Todavía no almorcé.

—Tampoco yo.

—Enseguida regreso. Salgo a comprar algo de comer.

—Magnífica idea.

Félix había quedado olvidado al otro lado de la línea.

—Gracias —repetí.

—Tráeme algo que tenga mucho chocolate, ¿sí?

Se me escapó una carcajada.

—Hecho. Regreso en un momento.

—Aquí estaré esperándote.

Salí de su oficina cerrando la puerta a mis espaldas.

No escuché cuando retomó su conversación con Félix, simplemente no me interesaba oír aquello.

Manoteé dinero de mi bolso y salí a comprar las cosas dulces más golosas que pudiese conseguir en la panadería y pastelería que quedaba a la vuelta de la esquina.

Cuando regresé, tal como prometió, Federico estaba allí esperándome con la noticia de que tenía reservado un cuarto para las próximas dos semanas en el hotel de su amigo. Para más datos, una suite y completamente gratis.

Del pasaje de avión me encargué yo después de que me pasase el número de la agencia, mientras reía viéndolo comer una porción de torta de chocolate que parecía tener como cometido embadurnar su cara y sus dedos, y también su corbata del cremoso y denso relleno y cubierta.

Llevaba demasiado tiempo sin reírme de cosas tontas y simples, y a decir verdad, no imaginé que lo recuperaría tan rápido.

Por un fugaz instante me cuestioné si no estaba insultando con mi levedad de accionar, el amor que todavía sentía por Félix. Una parte de mí, deseaba ponerle un nombre a mi actitud “insulto”.

Nada de lo que hiciese o dejase de hacer cambiaría mi amor, no al menos por el momento; tampoco tenía caso que viviese de duelo.

Mis vacaciones eran una realidad inminente menos de media hora después y el trabajo pasó a ser, por las siguientes dos horas, un tema del cual a ninguno de los dos se nos antojaba hablar. Conversamos sobre mi libro, sobre el departamento que él había visto y que quería comprar, y me soltó una novedad que parecía entusiasmarlo, su hermano mayor lo haría tío.

Nunca antes habíamos conversado en términos tan familiares y de repente resultó de lo más sencillo. Federico no tenía dobleces extraños, era básicamente lo que estaba a la vista; no digo que es probable que él no tuviese sus secretos y sus cosas, al igual que todos, al igual que yo, es que simplemente él no parecía del tipo de persona que necesita esconderse ni esconder nada, no al menos gran parte de su personalidad, de lo que lo hacía quien era.

Esa noche regresé a mi lugar frente al teclado de la computadora y me alcé horas más tarde, sintiéndome todavía más liviana que al comienzo del día. Las

palabras que me quitaba de encima debían pesar lo que contenedores llenos de piedras. Pensé en mí como un carguero que deseaba convertirse en un velero ligero que surcase el agua deslizándose con elegancia y no alzando horribles olas de mezcla de agua y desechos combustibles de un motor agotado y un tanto fundido.

No sería esa misma noche, de cualquier modo lo conseguiría.

Mi cerebro no daba para más pasada la medianoche y entonces me dediqué a armar la valija para mi viaje, la misma valija que me acompañara a Europa con Félix. La muy maldita me trajo demasiados recuerdos pero no importaba, pronto le imprimiría nuevos encima, lo juré, es más, le hice una apuesta: la llevaría en mi primer viaje a donde fuese que mi libro me llevase... sí, soñaba con ir a presentar mi libro a alguna parte.

Creo que la valija se rió de mí. La ignoré. Perdería, no sabía cómo lo lograría pero ella perdería debiendo ocultar su rostro burlón de mí, para siempre.

Me acosté tan tarde que después de que el despertador sonase a la mañana siguiente, volví a caer rendida y llegué tarde a trabajar.

A Federico no pareció molestarle pero tampoco quería abusarme, con ésta era una lista de demasiadas cosas que venía soportando de mí.

Tanto me remordía la conciencia mi partida, el dejarlo solo allí otra vez, por dos semanas, que demoré lo increíble mi salida de la oficina pese a que había quedado con mi padre para ir a cenar esa misma noche ya que mi vuelo tenía hora para la mañana siguiente.

Por alguna razón, todo esa noche y a la mañana siguiente, a puertas de avión que abordaría, me supo a despedida; no un hasta luego, más bien a un adiós definitivo. Ojalá la mujer que regresara de esas vacaciones que pretendía emplear para escribir, fuese una mujer distinta, una versión mejorada de mi persona, más adulta quizá, una un poco más resistente y más segura de sí misma.

La asistente de vuelo me recibió con una sonrisa que no alcanzó para sofocar el amargor de pisar un avión sin recordar aquel otro avión que tanto en mi vida cambió.

Mi compañero de asiento era un hombre muy distinto a Félix, y mi destino y su propósito, uno todavía más significativo para mi vida que el anterior.



El hotel era moderno y lujoso, luminoso. Un lugar pacífico, un refugio ideal para escribir, de cara al mar en un cuarto inmenso con las mismas cualidades que el resto del hotel y unas vistas hacia la playa y el mar únicas; con una terraza privada a la que le saqué el jugo, escribiendo allí, por horas y horas, desde la mañana muy temprano, incluso cuando el sol apenas si asomaba por el horizonte, hasta que la luz a mi alrededor se extinguía.

Si abusé de aquella terraza, también del servicio al cuarto para evitar tener que separarme demasiado de mi *notebook*.

Acabé encontrándome demasiado a gusto allí, y a los dos días ya había entrado en confianza con todos los camareros, los empleados de *housekeeping*, y los amables y pacientes chicos de la recepción.

Al cabo de una semana, era una más del grupo puesto que todo el mundo sabía que mi presencia en el hotel se debía a que era amiga de un amigo del dueño. Resultó que Gianni, este italiano que vivía en Argentina desde hacía diez años, era uno de los mejores amigos de Federico. Nos conocimos bastante bien, es más, durante nuestros encuentros, los cuales solían suceder en el gimnasio a altas horas de la noche, me contó casi toda su vida y yo le solté la historia de la mía, sin compasión, la cual supo escuchar sin juzgar.

Mi cuerpo no fue el único en ir cobrando una mejor forma, también mi libro, a este paso terminaría de escribirlo antes de regresar a casa.

Después de una carrera de hora y media por la playa con la que descargué toda la quietud de la noche anterior, la cual utilicé para escribir en vez de ejercitarme, llegué a las puertas del hotel. Eran las ocho de la mañana y el lugar recién ahora comenzaba a despertar.

Saludé al jardinero y a las chicas de limpieza que ingresaban a su turno y entré al *lobby*.

—Buen día —me saludó Raquel desde el mostrador —envidio tu voluntad de sufrir así —dijo haciendo referencia a mi ejercicio.

El sudor corría por mi espalda y humedecía mi cabello y rostro; sentía las mejillas ardiendo por el esfuerzo y ni hablar del agotamiento de mis pantorrillas y muslos.

Me reí y le di los buenos días. Extrañaría a toda esta gente al regresar a casa.

—¿Desayunaste ya? ¿Te envió lo de siempre a tu cuarto?

—Estoy en deuda contigo. Todo el mundo aquí me malcría demasiado.

—No puedo hablar por los demás, pero en lo que respecta a mí, la deuda

quedará saldada cuando termines el libro y me envíes una copia autografiada.

—Eso desde ya.

Raquel me sonrió.

—En un momento te mando el desayuno. Sigue con lo tuyo tranquila, todos aquí queremos ver ese libro terminado; estaremos orgullosos de decir que escribiste una parte aquí.

Le agradecí otra vez y fui hacia las escaleras. A pesar de ser un edificio de solamente tres pisos, el hotel contaba con ascensor, pero en mi plan de ponerme en forma, utilizaba siempre las escaleras, las cuales remonté a los saltos llena de energía, una energía que no creía poseer una semana atrás.

Le di los buenos días a dos de las chicas de limpieza con las que me crucé en el segundo piso y seguí a los saltos hasta el tercero, corriendo luego hasta mi cuarto.

Mi habitación ya ordenada y oliendo a limpio, me dio los buenos días. Abrí las ventanas y encendí el televisor. Arrojé el control remoto sobre la cama y arranqué la remera sudada, la lancé sobre la silla.

Daban las noticias.

Encendí mi *notebook*, estaba lista para enviarle un par de páginas a Valeria y quería escribirle un mensaje a Federico para ponerlo al tanto de mis avances.

Me senté en la cama y comencé a desatarme las zapatillas. Me daría una ducha antes de desayunar.

El meteorólogo terminó de informar el pronóstico del tiempo para los siguientes dos días y a continuación la imagen regresó al periodista que tenía a cargo el segmento de la mañana. Arrojé mi zapatilla izquierda en dirección al balcón, no llegó a caer fuera del cuarto, luego la sacaría; comencé a soltar la derecha.

Escuché que entonaban su nombre, creí que lo imaginaba, después de todo llevaba unos cuantos días controlando todo impulso de caer en su recuerdo con bastante éxito.

Alce la vista, el periodista en primer plano volvió a pronunciar su nombre y por si cabía alguna duda, al siguiente instante abarcó todo la pantalla un video de Félix a la salida de un lugar nocturno en compañía de un grupo de persona. Obviamente estaba borracho, demasiado borracho y por razones que no alcancé a oír -acababa de perder la audición y mi corazón se encontraba a unos segundos de hacer ignición y explotar-, cayó a los golpes sobre un fotógrafo que posaba su lente sobre él.

Félix le arrancó la cámara y la arrojó a un lado, el *paparazzi* fue a parar al

suelo, la cámara voló. El hombre del cual todavía estaba enamorada dio un espectáculo que se estaba transformando en comidilla de muchos; trastabilló y se lanzó a golpes sobre el hombre que intentara fotografiarlo. Lanzó muchos puñetazos, la mayoría no dieron en el blanco, desbordaba de bebida.

Nadie hizo el intento de separarlos y Félix se llevó la peor parte, no por recibir golpes sino porque lo que sucedía era lo que muchos esperaban que pasase para llenarse la boca de palabras que si bien ya habían pronunciado antes, ahora se tornaban realidad.

Algunos de quienes lo acompañaban reían, estaban tan borrachos como él. La cámara que lo filmaba pescó otras tantas luces y lentes que recurrían al mismo medio para plasmar para la posteridad su caída.

No alcancé a ver si lo acompañaba la que hasta lo que yo sabía, todavía era su prometida. Si Félix terminó con ella la noche en que me dijo que lo había hecho, la noticia jamás llegó a los medios.

Hice un esfuerzo para tragar la saliva que se acumulaba en mi boca. Tenía la impresión de estar viéndolo en vivo y en directo y no por televisión, en diferido.

El escándalo sucedió la noche anterior, o eso me pareció que explicó el periodista.

Las imágenes coparon la prensa inglesa en cuestión de segundos pero habían tardado unas cuantas horas en llegar a la Argentina. De cualquier modo, aquí estaban, frente a mí, conjuntamente con la noticia de que el *paparazzi* terminó en el hospital para ser atendido por unos pocos magullones y cortes, más que nada, me figuro, para justificar la demanda por daños que descargaría sobre Félix.

El *paparazzi* enseñaba su cámara destrozada a quien lo filmaba luego de que alguien apartase a Félix del medio. Un hilo de sangre le corría por el labio. Tuvo suerte de que Félix estuviese demasiado ebrio, de otro modo, con su fuerza, los daños serían mucho mayores que una cámara rota y un labio sangrante.

Así sin más, volví a sentir la fuerza de sus manos y brazos, el peso de su cuerpo sobre mí.

Mi piel se puso fría y tensa reclamando su presencia.

—Félix Meden finalizó la noche en una comisaría londinense bajo cargos de...

Mi mano, y a decir verdad, todo mi cuerpo, sufrió la necesidad de levantarse de aquella blanca y moderna cama de hotel para alcanzar el teléfono y

llamarlo. ¿Estaría bien, lo habrían liberado ya?

La respuesta a eso la recibí sin necesidad de efectuar llamado alguno. Ahí estaban las imágenes frente a mí. Félix siendo escoltado a la salida de un edificio de piedra de aspecto lúgubre por el propio Mike y dos hombres que no podían ocultar su apariencia de abogados.

Tenía un ojo negro, un corte en la mejilla izquierda; las ropas sucias, llevaba la camisa mal abotonada, torcida y con unas cuantas costuras desgarradas. Jamás había visto su cabello así, siquiera lo tenía tan desprolijo luego de dormir. De sus ojos no se distinguía más que oscuridad, una mirada fría y distante que por momentos quedaba arrastrando por el suelo y en otros apenas si osaba alzarse medio metro sobre éste.

Me pregunté cómo es que podía ser posible que ese hombre que podía desarmarte con una mirada, un simple parpadeo, quedase resumido a eso.

Félix alzó la vista de repente... un primer plano, demasiado cerrado, tanto que me dio la impresión de que me veía... me observaba a mí y a nadie más. Destilaba furia.

Me asusté. Ya no parecía él, siquiera en el exterior.

Mi cuerpo reaccionó al cimbronazo de su imagen retrayéndose sobre sí mismo.

Quien lo filmaba no pudo continuar haciéndolo, el puño dio contra la cámara y me imagino que también sobre el que la sostenía.

Otro forcejeo, otra pelea, gritos. Mike apareció en el cuadro de aquella lente que se negaba a perdonarle la vida a Félix. Sus abogados, los policías que salieron de la seccional a calmarlo, a intentar separarlo del reportero. Más gritos, más filmaciones de otras cámaras, nuevos destellos de flashes. La escena parecía de película.

Mike arrastrando a Félix en dirección al automóvil que lo sacaría de allí para evitarle todavía más vergüenza.

Mis pulmones me hicieron notar que contenía el aliento. Aspiré una bocanada de aire mientras la cámara filmaba la parte trasera del vehículo que se alejaba por la angosta calle de Londres.

Una sucesión de testigos expusieron sus opiniones. Era de esperarse que nadie pronunciase ni una sola palabra a favor de Félix, todos hacían hincapié en que este hombre no tenía control y que comenzaba a mostrar su verdadera cara.

Ni ellos, ni yo, ni nadie tenía la menor idea de cuál era la verdadera cara de Félix, imagino que siquiera él la conocía.

La noticia acabó y se dedicaron a la sección económica. La cotización de las

acciones de bolsa me importaba un cuerno pero no conseguía apartar la mirada de la pantalla, aún continuaba viendo a Félix en ésta: él viéndome, diciéndome que todo esto era mi culpa.

Comencé a sentirme culpable, avergonzada.

—Mierda —solté en voz alta—. No tienes ningún derecho de hacerme sentir así.

Palpé la cama en busca del control remoto, mi intención era apagar el aparato sin embargo las manos me temblaban tanto que apreté un montón de botones a la vez, uno de ellos el que cambiaba los canales. Otro canal de noticias, otra vez la imagen de Félix arrojándose sobre el *paparazzi*, esta vez tomada desde otro ángulo, uno que le hacía todavía menos favor a su deplorable estado de anoche.

Con las lágrimas a punto de saltárseme igual que chorros de la manguera de un bombero, di con el botón de apagado y el cuarto quedó sumido en un silencio increíblemente deprimente que siquiera el arrullo del mar rompiendo sobre la playa a poca distancia de mi ventana lograba remediar.

Me arranqué la zapatilla y apuntalé mi peso sobre las palmas de mis manos en el mullido acolchado. Jadeaba y no a causa de la carrera.

Le eché un vistazo a la pantalla negra, él ya no estaba allí.

—No es tu culpa.

Necesitaba que me quedase claro que no lo era. Por qué me costaba tanto entenderlo, asimilar que él era un adulto y que no podía descargar en mí sus rencores y miedos, menos que menos, sus desaciertos. Sí, yo era responsable de un par de cosas, no de su borrachera, menos de sus arranques de furia o de su imposibilidad de sentir empatía, o al menos de intentar ponerse en el lugar del otro por un segundo.

—Mierda —chillé poniéndome de pie de un salto. Por desgracia yo no era como él y pese a todo, más que nada pese a su desprecio y la casi certeza de qué probablemente no cambiase jamás, me sentía en la necesidad de hacer algo para que escenas semejantes no volviesen a repetirse; pero qué... él jamás me permitiría acercarme, mucho menos sugerir darle una mano si es que la bebida empezaba a ser un problema serio para él.

Me arranqué el pantalón corto y lo arrojé, no tengo idea de dónde cayó. Fui desvistiéndome de camino a la ducha intentando alejarlo de mí; ya ni los buenos recuerdos me servían, éstos al retirarse implantaban en mí la semilla de la desolación.

El agua cayó por mi cabeza y corrió por mi cuerpo. Tenía la sensación de que

nunca nadie jamás lograría hacerme sentir lo que él y eso me hizo odiarlo, al menos un poco.

Estaba intoxicada de este hombre y no tenía idea de si existía un remedio para desprenderme de su enfermedad.

Escribir no cura, eso lo tenía claro; al menos por el momento no lograba concebirlo como una cura, me bastaba con que fuese útil para mitigar los desagradables síntomas.

Me tragué mi desayuno sin apreciar el sabor de nada y me salté el almuerzo, de qué importaba si me atiborraba de comida o me saltaba alguna; más importante era destilar todo lo que me pasaba por la cabeza, el corazón, incluso por la piel, en palabras.

Le di duro al teclado, ignorando las campanadas que emitía mi teléfono celular cada vez que ingresaba un mensaje. Preferí no ver si era alguno de mis conocidos, comprobando mi estado, preguntando con cuidado, entre insinuaciones, si había visto a Félix en las noticias.

Saber que los otros podían sentir pena por mí a causa de esto, revolvía mi interior; no afectaba mi orgullo, si no mis fuerzas, ver que los otros no me creían capaz de superar lo sucedido con Félix me empujaba a pensar que quizá no lo fuese; darle cabida a semejante flaqueza era inaceptable.

La gente realmente no muere de desamor, sobre todo cuando el amor corría en un único sentido. No debiera causarte tanto dolor separarte de alguien que te causa tanto daño, de una persona que te echó de su vida a las patadas insultándote y despreciándote.

Me subió de la mano hasta lo más alto para luego dejarme caer.

Eso mismo dijo la protagonista de mi libro y me quedé embobada contemplando las letras que, debido al cansancio bailoteaban enloquecidas delante de mis ojos.

Desvié la vista hacia la esquina inferior derecha de la imagen para comprobar que tenía más de doce horas sentada aquí.

Guardé el archivo y puse música.

Tomé mi celular y me derretí sobre la silla subiendo los pies descalzos a la mesa, desde aquí el mar se veía bellissimo.

Le debía este momento a alguien.

Al revisar los mensajes comprobé que cinco eran suyos.

—Buenas noches.

—Gaby... comenzaba a preocuparme. Te dejé mensajes. Los viste.

—Recién paro de escribir.

—¿Cuántas horas llevas trabajando?

—Más de doce —supe de antemano que me regalaría uno de sus cariñosos retos y así fue; lo dejé descargarse; me halagaba que se preocupase por mí—. ¿Qué hacías? —curioseé cuando se quedó en silencio, escuché que al otro lado de la línea sonaba música de jazz, suave y amena—. ¿Ocupado? Espero no interrumpir nada.

—Recién subo de recibir un par de bandejas de succulenta comida china —entonó divertido—. Así es la emocionante vida de un soltero. Diversión de noche de sábado.

—Deberías salir más.

—Mira quién habla —hizo una pausa — ¿cenaste?

—No todavía.

—Un pajarito me contó...

—¿Un pajarito que tiene un fuerte acento italiano?

—Sí, ese mismo.

—Adivino qué fue lo que te dijo. No sabía que lo tuvieses espiándome—. No lo dije ni enojada ni nada, la verdad es que no me molestaba que le preguntase a Gianni por mí, pero evidentemente él sintió que debía disculparse por preocuparse.

—No fue con mala intención.

—Lo sé. No lo decía en serio, Fede. Entonces...

—Entonces... —suspiró él.

—¿Lo viste?

—¿A quién?

—Tengo cinco mensajes tuyos. Jamás llamas tantas veces. No los escuché, pero imagino que expresaban cierta preocupación por...

—Evidentemente no fui el único en verlo.

—No. No se puede esperar tanto, es que imagino que estaba en casi todos los canales de noticias.

—¿Y cómo...?

—Lamento verlo en ese estado. Me da pena por él. Tiene el mundo al alcance de la mano y no es capaz de darse cuenta de que...

—No es tu responsabilidad lo que haga. Si decide arruinarlo todo, no puedes hacer nada.

—¿Puedo preguntar de qué hablaron la vez que te llamó, cuando entré a tu oficina?

—Nada en realidad... Gritarme —hizo una pausa —así como anoche no debía encontrarse en buen estado.

Se me cerró la garganta. Parpadeé tantas veces como fue necesario para evitar que se me empañasen los ojos.

—Debiste decírmelo.

—No tiene caso.

—¿Algo más? —Esperaba que me dijese que le había quitado el apoyo a la agencia.

—Estaba demasiado perdido, no tenía idea de lo que decía.

—Fede, ¿qué fue lo que dijo?

—Me acusó de tener algo contigo. Explayó una ridícula teoría de complot de nosotros dos contra él.

Apreté los dientes, no quería llorar otra vez.

—Ya lo creo que es lamentable. El sujeto se cree intocable, magnánimo, el centro del universo y no es más que un pobre diablo que no tiene ni la menor idea de cómo vivir su vida. Cada día me desagrada un poco más. No pasa un segundo sin que lamente el haberlo puesto frente a ti. Sé que me contaste que en realidad él ya conocía a Valeria y todo lo demás... no debí facilitarle su llegada a ti. Estaba tan condenadamente entusiasmado con que le diese apoyo a la agencia —otra pausa —no lo necesitamos.

—Quitó su apoyo —no se lo preguntaba, entendía que así era.

—No lo necesitamos —repitió —en verdad estamos bien. De hecho, me alegra que llamas. Uno de los mensajes que te dejé era para comentarte una cosa—. Por el tono de su voz, comprendí que sonreía—. Hice algo.

Lo dejé hablar, a mí me costaba hacerlo.

—Envié un par de capítulos de tu libro a un par de editoriales.

Mi corazón se detuvo en seco.

—Sé que recibiremos buenas noticias.

—Fede...

—Tienes un don y no es justo que te lo guardes para ti sola —bromeó —, piensa en los pobres lectores a los que privas de tus palabras.

—No digas tonterías.

—Más respeto que soy su jefe, Señorita Lafond.

Mi cuerpo se desarmó en un montón de trocitos que rodaron de la silla al suelo. La voz era distinta, incluso el sentido de la frase... como fuese, las palabras me recordaron a él de un modo intenso.

—¿Continuas allí?



Mi silencio se había extendido demasiado.

—Todo saldrá bien, ya lo verás.

—Gracias.

—Prométeme que te cuidarás un poco más.

—Eso intento.

Los dos nos quedamos en silencio un momento.

—Deberías ver la vista que tengo desde mi cuarto —le dije después de alzar la cabeza para ser testigo de la luna contemplando su reflejo en el mar.

—Que tentación.

Bajé la música.

—¿Lo escuchas?

Guardé silencio y él también. Allí en su departamento ya no sonaba el jazz.

—La mejor banda sonora para una noche cálida.

—Sí.

—Hey —entonó llamando mi atención otra vez—. Me preocupaste hoy. Soy tu jefe pero por sobre todo, tu amigo. Olvídate de la agencia y de todo lo demás, esto es lo importante, ¿sí? Lo único que cuenta.

Asentí con la cabeza pese a que él no podía verme.

—Está completamente fuera de nuestras vidas y es mejor así.

Iba a costarme convencerme de eso.

—Cena y llámame mañana para decirme cuan bello se ve el mar a la luz del sol.

—En este instante se ve más bonito que nunca pero se me hace difícil describírtelo. Deberías verlo, es bellísimo.

—¿Está calmo?

—No del todo. Lo suficiente para continúe notándose que aún vive.

—¿Azul o negro?

—Más negro que azul, se lo ve profundo, más grande de lo que en realidad es.

—¿Y el cielo?

—Repleto de estrellas y con una luna llena inmensa que se refleja por miles en las ondas de las olas que rompen a los pies de la arena.

—Y suena así de bonito... —entonó suavemente—. Y yo aquí oliendo a comida china demasiado condimentada.

—Aquí huele a sal.

Otro impasse.

—Baja a cenar. No comas en tu cuarto sola. Promete que saldrás del encierro. Necesitas ver a otros seres humanos para recordar que aún eres uno. Gianni

todavía te vigila, él me dirá si comiste sola en tu cuarto o si bajaste a uno de los restaurantes del hotel. No tienes escapatoria, tendrás que salir de allí.

—Prometo que lo haré.

—Magnífico. Y mañana temprano llamas a tu padre, él también vio a Félix en la televisión. Me dijo que te había llamado y que tampoco contestaste.

—Prometido.

—No necesitas de nadie, siquiera de mí para salir de esto, espero que lo sepas.

No contesté, me quedaban mis dudas.

—Descansa.

—Tú también.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, Fede.

Corté, observé el mar un par de segundos más.

Ya en pie decidí seguir su consejo.

Me cambié de ropas intentando vestirme lo más elegante posible con lo que tenía a la mano y bajé a cenar. Pedí entrada, plato principal, vino y un postre que hizo que volviese rodando a mi cuarto y lo mejor de todo es que disfruté de la comida.

Si bien pretendí ser cauta, no pude evitar hacerme tantas ilusiones de recibir una buena noticia con respecto a mi libro.

Me dormí imaginando todo lo bueno que podía venir.

...

El martes por la mañana me topé otra vez con el rostro de Félix, que ahora plasmado en la prensa impresa en blanco y negro, se veía todavía peor, más sombrío y demacrado. El objetivo del artículo no era denunciar su comportamiento del sábado por la noche, era para dar nuevo alimento a sus detractores con una denuncia por maltrato, intento de abuso y privación de la libertad que le había impuesto una joven bailarina de un local nocturno londinense. La denuncia había sido presentada el lunes anterior; supuse que no sería la última. Félix con su comportamiento del fin de semana, le abrió la puerta al escándalo que se le venía encima. Este descalabro sería difícil de detener si él no lograba contener su carácter.

Me tomó un buen par de minutos poder pasar la página y regresar a mi desayuno. Como fuese, no logré concentrarme en el resto de las noticias y

tragué sin más el resto de mi café con leche, el jugo de naranja y devoré en un par de mordiscos las tostadas que tenía en frente.

Gianni amagó con venir a sentarse conmigo, por suerte, uno de sus empleados requirió su atención; huí justo a tiempo para volver encerrarme en mi habitación. Necesitaba con desesperación seguir escribiendo. Todavía me parecía imposible encontrarme tan próxima al final de mi libro, después de tanto tiempo, sinceramente creí que no llegaría a este momento.

Encendí la computadora y revisé mis mensajes. En realidad no esperaba ninguno, había hablado con mi padre y con Valeria el día anterior por la noche, sin embargo allí estaba su dirección de correo electrónico y su nombre.

¡Buen día!

Perdón por no contestarte ayer mismo. Salí a comer con unos amigos y volví tarde; me hicieron tomar demasiado vino; dicen que me veo deprimido. Creo que más que nada es cansancio y bien... falta de buena compañía; esto no es lo mismo cuando tú no estás, no hay nadie que me malcrée, que ponga buena música cuando necesito energía, que arme el nudo de mi corbata para que me vea bien.

Soy un desastre, lo sé.

Me alegra que estés mejor y que el libro marche de viento en popa. Estoy muy feliz de ser parte de esto.

¡Exijo ser el primero en leer ese final!

Si tienes tiempo, llámame luego. No llamo yo por miedo a interrumpirte. Sino mándame un correo avisándome que estas libre y te llamo.

¿Cómo está el mar hoy?

El río al otro lado de mi ventana seguro no se ve tan alegre cuanto el mar al otro lado de la tuya.

Disfruta de esta jornada de escritura.

Tu muy dependiente jefe.

Fede

Federico Polinni

Director – Agente Literario

Buenos Aires Agencia Literaria

Al final de la lectura me encontré sonriendo, yo también lo extrañaba.

Lo pensé una... dos veces.

Me mordí el labio y volví a leer el correo.

Eran ideas mías o algo más implícito en sus palabras.

Me dio miedo. Recordé lo que Félix me dijo una vez, exagerando, que muchos hombres matarían por tenerme en su cama; él se había incluido en esos hombres.

Mi cama... giré la cabeza y le eché un vistazo a la amplia cama.

Así como él, yo también tenía derecho a traer a mi cama a quién se me diese la regalada y no necesitaba más motivo que ese para hacerlo.

Recuerdo que cuando vi por primera vez a Federico, el día en que fui a la entrevista que luego me otorgaría el puesto que ocupaba hoy en la oficina, me había parecido un hombre bello, no exageradamente atractivo. Tenía rasgos amables, ojos cálidos y una sonrisa pacífica; eso último y sus manos fueron lo que más me llamó la atención de él, además del nudo torcido de su corbata por el cual ahora, sonreía.

Al final a todo aquello, le ganó una personalidad amistosa y tranquila que tenía el poder de curar el mundo.

No esperaba que me curase a mí, esa no era la razón por la cual contestaría su correo.

Sí, me daba miedo arruinarlo todo...

—Con calma —me dije en voz alta—. Veremos en que da esto. Seré clara cuando toque serlo. Somos dos adultos inteligentes y responsables, ¿no?

Pulsé el botón de responder.

¡Buen día!

Quizá deberías considerar el tomarte unos días de vacaciones, para alegrarte la vida y descansar, además, no puedo estar diciéndote todo el tiempo de qué modo se ve el mar. ¿No te parece que deberías verlo con tus propios ojos?

Si estás triste, por favor, ya no lo estés. Me encuentro lejos para intentar consolarte como se debe y no es lo mismo si te llamo y pongo música desde aquí. Por más que compartamos un café a la distancia no sería lo mismo.

También te extraño pero imagino que no necesito decírtelo. Algunas compañías aunque silenciosas, que intentan pasar desapercibidas, no lo son.

Jamás me atrevería a decir que eres un desastre; qué quedaría para mí si lo hago.

Estoy feliz de que seas parte de esto, de otra forma, nunca sería lo que es.

Claro que serás el primero en leer el final... bueno, uno de los primeros, Valeria también lo reclama.

Tu muy dependiente secretaria.

Gaby

No releí el email. Simplemente cliqueé sobre enviar y esperé por lo mejor. Todavía no tenía muy en claro si podría hacer lo que tenía en mente, lo cual era vivir mi vida, en resumidas cuentas. Nadie tenía derecho a quejarse porque yo la disfrutase como debí hacerlo desde hace mucho.

Como la respuesta de Fede no llegaba, me levanté y llamé a la recepción.

—Recepción, habla Raquel, en que puedo ayudarlo.

—Soy Gaby.

—Ah, hola, buen día.

—Necesito un turno para el spa, vi que tienen servicio de cosmeatría, pedicura y manicura—. Le di la vuelta al folleto del spa—. Y también para unos masajes. Y un turno en la peluquería. No recuerdo cuando fue la última vez que me corté el pelo.

Raquel tardó en reaccionar.

—A qué hora te parece bien.

—Es lo mismo. Voy a escribir pero puedo parar en cualquier momento.

—Bien, claro, genial. Dame cinco minutos para concertarte las citas.

—Gracias.

Corté la comunicación y me quedé de pie junto a la cama repitiéndome que tenía todo el derecho de actuar como un ser humano completo; es más, hoy me sentía de lo más rebelde y enérgica. Comenzaba hacerme cosquillas las ganas de tenerlo todo, de probar hasta lo último y no quedarme con ganas de nada. Quería y necesitaba sentirme libre. Qué importancia podía tener si erraba, mejor errar con la acción que con la quietud que no lleva a ninguna parte. Decidí que dejaría de temer sobre lo que los otros pudiesen pensar de mí.

Podría traer a mi vida a quien quisiese por las razones que se me antojaran, tenía el derecho a llegar tan lejos como quisiese y pudiese...

Raquel no tardó cinco minutos en llamar.

Tomé nota de mis turnos y me senté a escribir. Me tomaría toda la tarde para mimarme un poco y así lo hice.

Mis uñas lucían como nunca antes, mi rostro radiante y descubrí que mi piel todavía tenía vida que contar, igual mis músculos, cuando quitaron o al menos aflojaron, muchos de los nudos producto de las últimas semanas de tensión.

Lo más sorprendente de todo, fue verme al espejo luego de contener el aliento, esa del espejo no parecía yo y de cualquier modo me tomó una fracción de segundo identificarme con esa mujer de cabello cortísimo que me devolvía una enorme sonrisa.

Tuve miedo de arrepentirme justo antes del primer tijeretazo.

Nada... ni una pizca de arrepentimiento.

Me pasé los dedos por entre el cabello por estas hebras de apenas centímetros de largo y lo despeiné divertida. Esto era absolutamente genial: no más pelearse con el peine, adiós secador de cabello y cremas de peinar. Esto era la libertad materializada en un corte de cabello.

Más que nunca se veían mis ojos y hasta mis orejas.

Reí. No podía sentirme más feliz y emocionada. No entendí cómo no se me había ocurrido antes hacer esto. ¿Quién dijo que las mujeres necesitan llevar el cabello largo para sentirse femeninas? Yo antes me escondía detrás de mi cabello, ahora toda yo quedaba a la vista.

—¿Te gusta?

Me preguntó Tomás, el responsable de que perdiese treinta centímetros de largo de cabello.

—¿Si me gusta? ¡Es fantástico! Me encanta, no podrías haber tenido una mejor idea —le sonreí—. Me siento más liviana y... se me ve el cuello.

—El cuello, la nuca... Te ves sexy.

Y me sentí sexy.

—Lo amé, es simplemente increíble.

El reflejo de Raquel apareció en el espejo por encima de mi hombro izquierdo.

Ella soltó un grito de alegría. Cargaba con su cartera del hombro.

—No podía irme sin verte. ¡Me encanta! Da la impresión de que lo hubiese llevado así toda la vida. Luces todavía más joven. ¡Me encanta, me encanta, me encanta!

Reí.

Tomás me sacó de encima la capa.

Al ponerme de pie me sentí todavía más liviana.

Ese frescor que percibía en el cuello y los hombros era fenomenal.

Raquel avanzó hasta mí y me tiró un abrazo.

—Tienes que sacar ese nuevo corte de cabello a pasear. Hoy es cumpleaños de una de mis amigas, vamos a ir a cenar, no será nada del otro mundo pero lo pasaremos bien. Paso por ti a las ocho. Con que te pongas unos jeans y una remera estarás bien. Ese corte ya lo hace todo, no necesitas nada más—. Me soltó —te veo a las ocho.

Raquel sabía de mi historia, se la conté una de las primeras tardes, ella me encontró llorando en un rincón perdido del parque y no pude contenerme, necesitaba hablar con alguien y ella sabía escuchar.

No tenía intenciones de decirle que no.

—Nos vemos a las ocho.

Me sonrió y apretó mis hombros entre sus manos.

—Me encanta, de verdad te queda fenomenal —se quedó viéndome un momento—. Esta noche salimos a romper corazones.

Raquel se fue y vi los restos de mi cabello cortado por el suelo.

—No te lo puedo pegar—. Entonó Tomás a modo de broma.

—No hace falta, ya no lo quiero.

Tomás rió y yo con él.

De regreso a mi cuarto me saqué una foto y se la mandé a Valeria por WhatsApp de respuesta recibí un “ahhhhhh” de dos renglones de largo y un montón de caritas sonrientes seguido por un “te queda hermoso”.

Descargué la foto en mi laptop y se la mandé por correo a Fede.

“Para que puedas reconocerme la próxima vez que me veas”— era el texto adjunto.

Su respuesta tardó nada en llegar.

Te ves todavía más hermosa.

Si es que eso es posible.

Me gusta... mucho. Ahora puedo verte.

Espero verte pronto.

Tu dependiente jefe.

Fede

Federico Polinni  
Director – Agente Literario  
Buenos Aires Agencia Literaria

Comencé a tipear mi respuesta.

No necesitamos esperar al lunes y a ti te vendrían de lo mejor unos días de descanso.

Seguro que Gianni puede conseguirte un cuarto a un precio acomodado.

Tu dependiente secretaria.  
Gaby

Ansiosa, mientras esperaba su respuesta, puse música y abrí el archivo de mi libro.

El mensaje apareció y mi corazón se disparó.

Me encantaría tomarme unos días.

¿Segura que mi presencia no perturbaría tu relación con ese bello mar que ves todas las noches?

Federico Polinni  
Director – Agente Literario  
Buenos Aires Agencia Literaria

El mar nada no tenía nada que ver aquí. Lo sabía y él también, hablábamos de otra cosa.

Problema del mar si algo le molesta.

Este lugar tiene muchas cosas bonitas que deberías ver y disfrutar.

A la ansiedad de mi corazón se le sumó una severa inestabilidad a la altura de mi estómago que para bien o para mal, se sentía agradable.

Así es estar vivo —me dije.



¿Segura?

Federico Polinni  
Director – Agente Literario  
Buenos Aires Agencia Literaria

Mis dedos temblaron un poco.

Totalmente segura.  
Y no te preocupes si no encuentras un cuarto. Aquí hay suficiente lugar.

Observé aquellas palabras por un momento y luego pulsé enviar.  
Claro que podía salir mal. Siempre puede salir mal pero no queda más remedio que esperar por lo mejor. De otro modo la vida sería insoportable, demasiado triste y escalofriante.

Intentaré estar por ahí el viernes a última hora; el sábado por la mañana a más tardar.

Muerdo de ganas de verte. Esta semana y media fue un suplicio. Ya no quiero tener que volver a extrañarte nunca más.

Intento no ponerme en un rol que quizá no me pertenezca, lo cierto es que me mata no tenerte a mi lado.

No pido más que eso... que lo que quieras darme porque entiendo cuál es la situación.

Simplemente quiero estar ahí.

Federico Polinni  
Director – Agente Literario  
Buenos Aires Agencia Literaria

Releí su correo tres veces.

Y yo te quiero aquí.

Enviar.

Y yo quiero estar ahí... Estaré allí.  
Quizá podamos salir a festejar.  
Espero tener buenas noticias entre mañana y pasado.  
Federico Polinni  
Director – Agente Literario  
Buenos Aires Agencia Literaria

Con o sin noticias, espero tu llegada.  
Gaby.

Fue mi respuesta.

Me dejaste sin palabras.  
Ya te avisaré para cuando consigo pasaje.

Federico Polinni  
Director – Agente Literario  
Buenos Aires Agencia Literaria

Sonreír con ganas es reparador.

Ok, aquí estaré escribiendo.  
A la noche salgo a cenar con la recepcionista y sus amigas pero no creo que regrese muy tarde.

Le eché un vistazo al mar por encima de mi hombro derecho. Al volver la cabeza su respuesta ya estaba allí.

Disfruta la cena y la noche, pero no demasiado.  
Hasta pronto.  
Federico Polinni  
Director – Agente Literario  
Buenos Aires Agencia Literaria

Me pasé ambas manos por el cabello revolviéndolo.

Hasta pronto.

### 3.

—Señoritas... Buenas noches. ¿Qué les sirvo?

Ante la pregunta del camarero, todas las amigas de Raquel dispararon pedidos de distintas bebidas.

—Ok, ok —rió el chico que no debía tener más de veinte años—. Empecemos por la de cabello más corto —se volvió en mi dirección y me guiñó un ojo—. ¿Qué te gustaría beber?

El chico tenía una sonrisa espectacular que me regaló sin escatimar alegría alguna.

—Cerveza. Rubia.

—¿Una marca en particular?

—Sorpréndeme.

El chico se sonrió todavía más.

—Ok, perfecto. Intentaré hacer lo mejor posible.

Las chicas se carcajearon, el camarero se puso rojo.

—Ok, quién sigue —paseó la mirada sobre las amigas de Raquel y apuntó con su lápiz a una de ellas, la que llevaba el cabello por los hombros—. ¿Qué bebes tú?

Fueron risas y bromas mientras terminaban de ordenar las bebidas, siguió igual mientras esperábamos la comida. Juntas formábamos la mesa más larga y bulliciosa del restaurante.

Las amigas de Raquel me aceptaron al instante sin hacer preguntas. Todas ellas eran muy charlatanas y divertidas, hablaban todas al mismo tiempo y lograban estar al pendiente de lo que decían las demás, esto se notaba cuando de repente el bullicio se interrumpía para que una, o varias de ellas hiciesen un comentario sobre algo que había dicho alguna.

En un punto de la noche, después de que terminásemos de comer, observé lo que me rodeaba: un mundo que creí no existía, o quizá yo me sintiese invisible para ese mundo, creyéndome completamente ajena a él. Fue aterrizar sobre una

tierra nueva, en una que dentro de mí, conocía bien.

Reí como llevaba demasiado tiempo sin hacerlo, como lo hacía cuando mi vida no tenía nada que la opacase, como cuando reír no era una reacción forzada sino el resultado de pura felicidad imposible de contener.

Era tan agradable sentir aquello, estar aquí que me puse triste al recordar que me quedaban tan solo unos cuantos días aquí.

Aquí... Necesitaba llevarme esto a casa y lo haría, me juré que allí también sería feliz. Saqué mi celular, era quizá demasiado tarde para llamarlo un día de semana pero no me importó.

—¿Sucede algo? Gaby... ¿Estás bien? —preguntó con voz somnolienta.

Me levanté de la mesa, le hice a Raquel una seña de que estaba todo bien y salí del restaurante para perderme en su terraza vacía que daba al mar, esto en plena temporada seguro se llenaba de mesas extra y turistas.

—Sí, todo está bien. Perdón por despertarte. Solamente quería...

—¿Estás de regreso en el hotel? —Pausa—. ¿Eso que se escucha es el mar?

—Sí, salí un momento porque quería hablar contigo. Lo estoy pasando muy bien y... bueno, me faltas tú. Si soportas lo peor de mí, lo más oscuro... me pareció justo que compartiese contigo también lo bueno.

Me llegaron destellos de su sonrisa mansa.

—Quisiera poder besarte ahora—. De donde salieron esas palabras, no tengo la menor idea, solamente quise decirlas y las dije. Era real, así me sentía, quería besarlo y que me besara.

—¿Cuánto bebiste?

—¿Por qué necesitaría estar borracha para querer besarte? —reí—. No soy tan inteligente como crees —bromé y él se carcajeó con ganas—. Es cierto, quiero besarte, te quiero aquí. Me gusta mi cuarto y sabes que adoro la soledad tanto cuanto la valoro mas... tengo ganas de tenerte aquí. ¿Está mal?

—No lo sé. Solamente tú puedes decidir eso —dijo con voz más despierta—. No puedo reemplazarlo... no tengo intenciones de ser su remplazo.

—No es para eso que te quiero conmigo. Te quiero para que seas tú, conmigo, aquí. No sé más que eso. Cualquier otra cosa que pueda decirte no sería cierta, sólo te quiero aquí, te quiero en mi cuarto, en mi cama—. Pronuncié las palabras y al instante mi cuerpo se hizo eco de éstas. La lividez que comenzó por mis piernas subió hasta mi vientre y azotó de manera destructiva, mis pulmones y mi corazón complicándome la respiración. Pronto me llegaría al cerebro y entonces estaría perdida.

—Estoy soñando. Será increíblemente deprimente cuando despierte en la

mañana y comprenda que no es real, será peor que todas las otras veces que imaginé tenerte a mi lado sin que estuvieses ni remotamente cerca. Yo también quiero besarte. No entiendo por qué no te lo dije antes, qué manera de perder el tiempo, qué ridiculez.

—Entonces... ¿vendrás a besarme?

Una carcajada feliz reparó la condición de mi pecho.

—Que no te quepa la menor duda. Lo que lamento es que no podré estar allí antes del fin de semana. Seguiré juntando ganas.

—Y yo.

Los dos nos quedamos en silencio.

—Si te arrepientes...

—No tengo de que arrepentirme, Fede, sé lo que quiero. Por primera vez en la vida tengo muy en claro lo que quiero.

Rió.

—Me alegra mucho, Gaby. No solamente por mí—. Rió otra vez — principalmente por ti. Te siento distinta, no, no distinta, más tú, si es que eso es posible. Es como si por primera vez pudiese verte incluso sin tenerte delante de mí.

—¿Estás seguro de que no fuiste tú quien bebió? —bromeé y el volvió a reír. Así era Fede, no necesitaba de mucho para estar alegre y feliz.

—De cualquier modo no me convenceré de que es real hasta que te bese.

—Descreído. Ya verás cuando llegues.

Escuché que desde el restaurante, gritaban mi nombre. Espié por encima de mi hombro, Raquel me llamaba.

—Requieren mi presencia, creo que es hora de cantar el feliz cumpleaños. ¿Te llamo en la mañana?

—Por favor.

—Ok... te dejo seguir durmiendo.

—¿De verdad esperas que pueda pegar un ojo ahora?

Me reí.

—Perdón. Bebe algo fuerte e intenta no pensar en esto.

—No será así de sencillo.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Regresé adentro. Cantamos el feliz cumpleaños y comimos torta, al final bebí más copas de champagne de las que debía, las cuales se me notaban, al menos

yo continuaba consciente de que se me notaba. Por desgracia no logré convencer a Raquel de que era capaz de regresar al hotel por mis propios medios, ella me escoltó hasta la puerta de mi cuarto. Le juré que todo iba bien... al quedarme a solas en el cuarto oscuro no fue tan bien, a veces los fantasmas que te persiguen se apartan pero no del todo.

Me arrojé sobre la cama, entre los almohadones y recordé su perfume, el aroma a tilo del jabón francés que solía utilizar. Ni el acolchado ni los almohadones olían a él, sin embargo allí estaba su perfume, en mi nariz y el tacto de su cabello en mis manos. Abracé los almohadones a falta de su espalda y me pregunté si alguien estaría abrazándolo ahora, si él necesitaba de alguien que lo abrazase o continuaba pensando que el mundo... su mundo, no tenía cabida para gestos semejantes. ¿Cuánto tiempo más continuaría creyendo que la vida se trataba de aquello con lo que él, inútilmente procuraba llenar sus días?

De lo que se perdía, ya fuese por miedo, soberbia o una combinación de ambas cosas.

—Mierda, Félix, por qué tengo que amarte tanto —le dije en voz alta esperando que el mensaje le llegara de algún modo.

Sin encender luz alguna, economizando movimientos, me arranqué la ropa y me metí en la cama. Me costó conciliar el sueño pero al menos no desperté al amanecer, de hecho siquiera me percaté de que amanecía, rompiendo así la rutina de levantarme al alba para escribir.

El batifondo de la aspiradora me llegó desde el otro lado de la pared de la cabecera de mi cama. Ni bien abrí los ojos percibí el dolor de cabeza.

El champagne —me dije.

Parpadeé un par de veces para intentar aclarar mi cabeza, me estiré en la cama intentando ocupar la mayor cantidad de espacio, a pesar del dolor de cabeza mi cuerpo se sentía bien y lleno de energía. Refregué la cabeza por la almohada recordando que ya no quedaba cabello que pudiese enredarse y sonreí de satisfacción.

Tanteé la mesa de luz en busca de mi celular, me saltó su buzón de voz.

—Recién abro los ojos. Al final me pasé de la raya con el champagne anoche pero hace una mañana preciosa —en realidad faltaba poco para el mediodía —, me apetece salir a correr. Si llamas y no me encuentras, sabes por qué es. Continué queriendo que vengas a besarme. Post data, lo de anoche no fue un sueño. Ok, hablamos luego.

Colgué y salté de la cama.

Corrí hora y media en una descarga de energía bestial. No recordaba haber tenido nunca semejante cantidad de fuerza que descargar. Si llegaba de correr con las piernas casi temblando del cansancio pero apenas las sentía. Resultaba sumamente agradable sentirme y saberme así de enérgica y fuerte.

De regreso pedí el almuerzo y me metí en la ducha. Para cuando llegó la comida, ya estaba frente a la computadora escribiendo como loca. La proximidad del final de la historia me llenaba de adrenalina.

Fede me devolvió el llamado a media tarde, desarmándose en disculpas por la demora, había estado muy ocupado. Dijo que le tranquilizó mi llamado de la mañana, cuando despertó no estaba muy seguro de que en verdad yo lo hubiese llamado.

Tenía casi confirmado el pasaje para el fin de semana y según dijo, también algunas novedades que me alegrarían mucho, según me adelantó, todos en la agencia estaban muy emocionados por recibir buenas nuevas en breve.

Le pedí que me adelantase algo y me contestó que tuviese paciencia...

—Lo mejor es que termines de escribir el libro tranquila y sin presiones — dijo. Y con eso logró ponerme en verdad nerviosa. Saberte cerca a concretar una de las metas de tu vida, o al menos con la posibilidad de concretarla, era impactante.

Pensé en mi hijo; esa era mi otra meta, una de valor incalculable.

No me sentía capaz de manejar tantas cosas significativas a la vez, de modo que le hice caso a Fede y dediqué los siguientes días a liberarme de todas las palabras que había guardado por un año y medio dentro de mi cabeza, por miedo a que al quedar plasmadas en la pantalla y la memoria de mi computadora, dejasen de significar lo mismo que significaban dentro de mi cabeza, por miedo a que perdiesen valor, a que fuese despreciadas o incluso vapuleadas por críticas incapaces de la menor empatía.

Sí, tenía miedo de fracasar, tenía miedo de no ser suficiente, siempre lo había tenido y probablemente siempre temería no dar la talla, me conformaba con esperar controlar ese miedo para que ya no volviese a paralizarme.

Escribí por horas y horas parando ocasionalmente para comer, para hablar con Fede mientras me daba un baño o descansaba cinco minutos tirada sobre la cama a la luz de la luna, y para correr en la cinta o levantar pesos en las máquinas del gimnasio en plena madrugada.

Fueron setenta y dos horas agotadoras, gratificantes... las mejores y más turbadoras de toda mi vida. Y como todo indefectiblemente acaba tarde o



temprano, llegó el final y el viernes, pocos minutos antes de la medianoche, puse el último punto al libro.

Primero me costó comprender que ya estaba, que lo había terminado.

Lo había logrado y no me cabía en la cabeza la idea de que al final, estuviese allí, frente a mí.

Observaba la pantalla sin poder creerlo.

Supongo que pasaron un par de minutos hasta que logré reaccionar y al final entre risas y lágrimas llegué a la conclusión de que si lo había conseguido una vez, es probable que también lo lograra una segunda.

Así como te enamoraste una vez, podrías enamorarte otra —me dije.

No sé qué hora era cuando logré controlarme y rearmar mi cabeza y mi corazón en una sola pieza.

A pesar de que le faltaba edición, quizá mucha, cumplí con mi palabra y envié dos correos electrónicos, uno a Vale y otro a Fede, allí estaba, el libro completo para ambos.

Frente a la bandeja de entrada volví a pensar en él. No entiendo por qué tuve que pasar por él para convencerme de que era capaz de lograr lo que quería lograr. Mentalmente le agradecí por darme la buena sacudida que me había dado, por despertarme de mi letargo aunque esa no fuese su intención.

—Te debo una, Félix.

En realidad le debía mucho más que eso

No más resentimiento. No más culpa.

Apagué la computadora, tomé un abrigo, una botellita de champagne del *frigobar* y salí a la terraza a brindar con el mar.

...

—Lo tuyo ya no es saludable —soltó Raquel a modo de “buenos días” —son las siete y media de la mañana. ¿Sabías que hoy es sábado?

—Salí a festejar —comencé a decir acercándome al mostrador de la recepción; ella me miró confundida—, anoche terminé el libro.

Raquel soltó un grito tal que la comitiva de turistas trajeados y rostros somnolientos que esperaban en la recepción por sus habitaciones, se volvió en nuestra dirección. Tenían apariencia de extranjeros.

Siguió chillando pese a que intenté calmarla. Salió de detrás del mostrador y vino a abrazarme sin tener en cuenta el sudor que empapaba mi remera ni que Gianni acababa de aparecer por la escalera que conducía a los cuartos.

Daba saltitos y me felicitaba.

—¿A qué se debe la locura? —me preguntó Gianni sonriendo. Su buen humor era incluso más palpable que el de Fede, al conocerlos a ambos entendías al instante la razón de que fuesen tan buenos amigos. Dos optimistas empedernidos.

Apuntó con la cabeza en dirección a Raquel.

—Anoche terminé mi libro.

Raquel me soltó.

—No es eso maravilloso —tenía lágrimas en los ojos—. Y lo hizo aquí. No puedo creerlo. Deberíamos tomarnos una foto. Voy a buscar mi celular.

Se alejó en dirección al mostrador.

—Está loca pero tiene razón en estar tan contenta. Felicidades, Gabriela.

Me abrazó.

Raquel nos sacó una foto, luego le pidió a Gianni que le sacara una fotografía conmigo y luego acabamos en situación de encontrarnos los tres posando para un retrato que nos tomaría uno de los *doorman* bajo la mirada atenta de los turistas que no entendían absolutamente nada.

Por lo que capté de sus conversaciones, me pareció que eran alemanes.

—Ya lo festejaremos luego, como debe ser: con mucha comida y mucho vino.

Raquel ¿lo arreglas para esta noche?

—Sí, claro jefe.

—¿A las nueve en el Alberobello? En un momento te armaremos juntos una lista de invitados, por supuesto tú vienes.

—Sí, jefe, no me lo perdería por nada.

Raquel regresó a su puesto de trabajo para comenzar con los preparativos.

—Quería avisarte una cosa —me sonrió—. En tu cuarto te dejé una sorpresa.

Lo miré.

—¿Una sorpresa?

—Sí, anda —me guiñó un ojo.

—Bueno...

Me dio una palmadita en el hombro y volvió a sonreír.

—Te veo luego. Felicidades —entonó con ese acento italiano que tanto me gustaba.

Subí las escaleras sin tener la menor idea de qué podía ser.

Abrí la puerta de mi cuarto esperando un ramo de flores, una canasta con fruta, una bandeja con *pain au chocolat*, Gianni sabía que yo los amaba y cuando no bajaba a desayunar, él siempre me guardaba algunos.

Nada de eso.

Mi corazón se paralizó cuando vi el bolso a los pies de la cama. Terminé de abrir la puerta y lo vi sentado en la silla que había estado usando por los últimos días para sentarme frente a mi *notebook*, de cara a la ventana, la playa y el mar.

Solté un grito de felicidad y corrí hacia él, hacia la radiante sonrisa que me regalaba.

Federico se puso de pie. Me lancé directo a su cuerpo y él me recibió en un abrazo que me abarcó por completo. Las palabras estaban de más. Comencé a besarlo. Ni por una fracción de segundo se me cruzó por la cabeza que pudiese resultar extraño. Ya no veía al hombre que tenía adelante como mi jefe, sino como a un hombre, al que en este instante, se me iba la vida al besarlo.

Su boca me supo extrañamente familiar y descubrí su aroma, el tacto de la piel de su cuello, el de la barba que comenzaba a asomar sobre los ángulos de su mandíbula. Pegada a él como si ese fuese mi lugar, interné los dedos entre su cabello y lo apreté contra mí, todavía más, lo mismo hizo él tomándome por la cintura.

Mis manos bajaron por su cuello, su pechó, tiré de la cintura de su suéter hacia arriba con la firme decisión de desnudarlo. Federico terminó de quitárselo, junto con la camiseta que llevaba debajo, mientras yo me arrancaba mi remera sudada.

Sus ojos y labios irradiaban necesidad, los míos un coraje del cual no me sabía dueña; quizá no fuese coraje, probablemente era una artimaña con la cual procuraba disimular el miedo a no lograr sentir con nadie, lo que sentía con y por Félix. Como fuese, me emperreé en hacer de esto el primer paso para dejarlo atrás, el primer ladrillo colocado sobre los pilares de la nueva Gabriela que intentaba construir. Además... por qué negarlo, necesitaba el sexo para liberar la locura que llevaba dentro, o de otro modo esta se anclaría en mí, enredándome al punto de hacerme perder por completo la cordura.

Mis manos comenzaron a soltar el botón y el cierre de sus jeans. Ya no podía esperar por tenerlo en mí.

—Me encanta tu cabello —dijo después de besar mi cuello desde abajo hacia arriba—. Me encanta tu cuello, tu piel.

En respuesta comencé a besarlo otra vez, perdiendo todo el recato que me quedaba.

Las palabras no me salían y de cualquier modo esto no se trataba de eso.

¿Debía decirle que yo todavía amaba a Félix o él entendería que así continuaba siendo?

Lo vi directo a los ojos.

—No puedo prometerte nada —entoné al fin.

—Entiendo.

—¿Está bien?

—A mi modo de ver, vale la pena correr el riesgo. Juro que no reclamaré nada luego.

—No lo jures, sé que no eres así, por eso lo digo.

—¿Y tú eres así?

Sí, es probable que ahora, después de Félix sí sea así —pensé—. Ojalá que no. Que esto sea simplemente un lapsus. No quería que ese espejo en el que me veía ahora, reflejase para siempre esta Gabriela que me sentía ser en este instante.

Nos miramos por un segundo más.

—No importa. Si todavía me quieres en tu cama, es ahí donde quiero estar.

Sus pantalones cayeron al suelo. De camino a la cama, me arranqué las zapatillas y volví a besarlo. Sus labios y lengua sabían a desesperación más que los míos.

Con Félix entendí que el pudor no era ya una parte de mí y si bien era algo extraño, al menos dentro de mi cabeza, terminar en la cama con una persona con la que conviviera demasiado tiempo ignorando que él era un hombre, yo una mujer y que entre nosotros podía existir atracción física, el deseo cantaba más fuerte. Necesitaba descubrir si lograba despertar de la insensibilidad que me contagió su partida. Quería sentir los dedos de alguien sobre la piel de mi vientre, sobre mis lumbares, marcando en su ascenso, cada una de mis vertebras. Deseaba sentir como era tener los dedos de un hombre entre mi cabello corto y otra vez, dentro de mí.

Sin una pizca de sutileza lo arrojé sobre la cama y me subí sobre él. En su rostro leí la sorpresa que esto le provocó.

Comencé a besarlo otra vez.

—Me alegra que vinieras.

—Me alegra que me pidieses que viniera —jadeó.

Sentí su erección.

Mi lengua recorrió sus labios. Besé sus mejillas y luego su cuello. Subí con mis besos por el otro lado de su mandíbula.

—Te necesito dentro de mí —le susurré al oído.

Sus manos tomaron mi cintura.

Cerré los ojos en pos de captar lo que con desesperación necesitaba traer de

regreso a mí.

No estaba resultando tarea sencilla.

Durante un fugaz instante pensé que quizá era demasiado pronto. No; esperar más lo hubiese empeorado todo, si lo dejaba estar, su recuerdo echaría raíces en mí.

Por intentar dar con al menos una hebra de placer, mi cabeza se disparó en la dirección incorrecta, en muchas direcciones... recuerdos múltiples que tenía grabados en la piel con la contundencia de tatuajes. Mi piel sabía muy bien dónde había estado, quién la había tocado y no se olvidaba de lo experimentado, mucho menos de las cicatrices impresas por esas experiencias.

Quise arrancarme la cabeza para no recordarlo; procuré pasar por alto las diferencias de resultantes de estar por primera vez en intimidad con alguien distinto. No era justo que llamase a lo que sentía “incomodidad”; más que nada era temor a no hacer lo correcto, a arruinarlo, a que no fuese lo que esperaba aunque en verdad yo no tenía ni la menor idea de qué esperar de esto. Me faltaba él, eso es todo. Así de simple. No era él.

Abrí los ojos y lo miré. Dejó de parpadear pero no de moverse, tampoco yo.

Quitó sus manos de mi cintura, tomándolo por las muñecas. Federico dudó un instante. Conmigo me llevé sus brazos y los apreté contra la cama a la altura de su cabeza.

Cerré los ojos otra vez, no podía lidiar con su mirada, con su desconcierto.

Lo pensé... era lo que estaba haciendo, me convertía en él, o al menos en una parte de él.

Supongo que no puedes andar un camino sin que el camino ande sobre ti e imprima huellas en tu senda.

No es justo pensar en alguien más cuando estás haciendo el amor con otra persona... esto no era amor, me recordé. Era sexo y se sentía bien.

Federico jadeó mi nombre. Dio un delicado beso a mi lóbulo derecho.

Sus brazos me rodearon. Mentalmente se lo agradecí, me encontraba a punto de desmoronarme.

—¿Cómo llegaste aquí tan temprano, tu vuelo no partía a las siete?

—Conduje —movió la cabeza buscando mi rostro —salí de casa en cuanto recibí tu correo. Pasé la noche en la ruta.

—Estás loco—. El gesto me halagó y su cuerpo caliente dentro de mí me provocó una subida en mi ego puesto que su piel se estremecía en contacto con la mía... me sentí poderosa.

—No podía esperar más. Valió la pena —comenzó a besarme otra vez —.Después de dormir un poco lo leeré.

—Más te vale.

—Y ya que estamos de charla. ¿Puedo contarte la buena noticia o quieres esperar a estar vestida?

Se me escapó una carcajada.

La verdad es que mi propia desnudez comenzaba a sentarme mejor que nunca.

—Tengo tres editoriales interesadas en tu trabajo, bueno, probablemente cuatro, todavía estoy en conversación con gente en España.

Apreté los dientes. No lo podía creer.

—¿No dirás nada?

Sonreí.

—No te haces a la idea de cuan feliz me hace verte feliz. Espero estés lista para lo que viene.

Ni de casualidad lo estaba.

Un “gracias” fue lo único que emergió de mis labios.

—Espero tengas planeado escribir otro libro. Lo pedirán.

—De hecho se me ocurrió una idea mientras corría.

—Lo único lamentable es que probablemente te pierda en la oficina.

—¿Me prohibirás ir a verte en el trabajo?

Sonrió y negó con la cabeza.

—Mejor así —besé suavemente sus labios—. Mejor así... —Atrapé sus labios entre mis dientes, cerré los ojos una vez más, dentro de mi cabeza veía los labios de Félix, sus dientes, incluso llegué a sentir su lengua en mi cuello. Federico soltó un quejido de placer... así de sencillo era tenerlo para mí. Comprenderlo me aturdió un poco, imaginé que probablemente llevaba demasiado tiempo esperando esto. Debí darme cuenta antes, debía atreverme a permitir que esto sucediese sin huir pensando en los pro y contra de la situación.

De cualquier manera no me arrepentía de haber pasado por lo que pasé, ni se me ocurría el arrepentirme de haber tenido a Félix, incluso cuando todo terminó del peor modo posible. Él se fue llevándose mucho de mí consigo, pero también dejó algo de él en mí, eso que me había dado el coraje para pedirle a un hombre que viajase más de quinientos kilómetros para venir a besarme, para tener sexo conmigo, eso que me empujó a terminar mi libro, a moverme de mi lugar seguro, a comenzar a correr, incluso a animarme a por primera vez en la vida, cortarme el cabello así de corto y sentirme confiada en

mi desnudez.

Tomé otro preservativo y se lo enseñé con una sonrisa que imaginé, debía verse pícara.

Federico soltó una carcajada y asintió con la cabeza para luego decirme que acabaría convirtiéndose en un adicto a mí.

Aquella frase retumbó dentro de mi cabeza, fue demasiado pero no me detuvo.

Lo hicimos una vez más. Esta vez fue menos complicado, al menos para mí.

Quitarme a Félix de la cabeza no parecía un objetivo demasiado realista mas no por su culpa, me privaría de sentir placer.

Fue de lo más extraño ver a Federico dormir a mi lado, a decir verdad, no lo resistí por más de cinco minutos. El sexo era una cosa, la cercanía afectiva, otra muy distinta. Sí, éramos amigos y nos llevábamos de maravilla pero dormir a su lado... escuchar su respiración... Eso no daría resultado, no al menos a corto plazo.

Me levanté de la cama, me di una ducha y me puse a escribir mi nuevo libro.

## 4.

Intenté continuar gritándole, de otro modo acabaría a sus pies pidiéndole... rogándole que me abrazara y me besara. Le permití hacerme esto... por ella pasé de acero sólido a cristal que se astilla con una simple mirada de sus ojos, con el recuerdo del sabor de su piel.

Mike me sostuvo, me apartó de ella. Quizá pensó que la golpearía. Jamás le pondrá una mano encima, me hizo esto y de cualquier modo continúa siendo lo más importante que tuve en la vida... o que creí tener.

¿Cómo pude amarla tanto? ¿Cómo puedo amarla tanto?

Mi puño no iba dirigido a ella, era para la vida, para mi pasado, para el suyo. No lograba determinar si odiaba más a la vida o a ella.

No, por desgracia no creía conseguir odiarla.

Gabriela lloraba y sus lágrimas eran ácido corriendo por mis venas, corroyendo mi interior.

La habitación quedó en silencio.

—Esto es lo que me haces —le dije con las últimas gotas de voz que me quedaban—. Esto es lo que hiciste de mí. Si quedaba al menos un gramo de esperanza, tú la consumiste. Ya no queda nada, absolutamente nada. ¿Feliz?



Me destruiste por completo.

La miré a los ojos porque sabía que sería la última vez.

Las astillas de cristal se convirtieron en polvo.

—Vete. ¡Lárgate de una vez! No te atrevas a volver a llamarme, no vuelvas a ponerte en contacto con Spencer ni con nadie de mi entorno o no me responsabilizo de mis actos, ¿me oíste? Ya nada importa pero no permitiré que continúes con tu macabro juego. No te divertirás más conmigo. Quedas advertida. Lárgate. ¡Vete!

Con un grito le pedí a Spencer que la sacase de aquí, yo no tenía la fuerza necesaria para extirparla de mi vida, nunca la tendría.

Al perderla de vista me convencí de que el mundo se había terminado. ¿Por qué continuaba girando la Tierra, por qué seguía yo vivo? ¿Qué caso tenía volver a Nueva York para ocuparme de mis negocios? ¿De qué me servía tener mi propio avión, tantas propiedades, tantas cosas excesivamente costosas? ¿Con qué ganas volvería al trabajo?

Parpadeé un par de veces e intenté concentrarme en mi respiración para buscar un poco de calma. Me sentí igual que si estuviese cayendo de un avión sin llevar el paracaídas puesto. Nada ni nadie me quitaría la sensación de acercarme a lo peor.

Los hombres de seguridad que me rodeaban regresaron a sus actividades como si aquí no hubiese pasado nada mientras mi pecho continuaba subiendo y bajando desesperado por meter un poco de oxígeno en mis pulmones.

Tenía la mirada turbia de tantas lágrimas que no pensaba permíteme llorar.

Comencé a repetirme que ella me engañó, que me mintió, que al igual que los demás, solamente le importaba el personaje, no yo, ese “yo” que ella entre muy poca gente logró conocer, esa parte de mí en la que nadie podría interesarse en realidad. Fui muy ingenuo al creer que podría amarme, incluso ella que era una impostora.

Nada de eso cambia el hecho de que la amo, de que nunca volveré a amar a nadie de este modo; no permitiré que vuelva a sucederme. Mi gente nunca me verá otra vez en una situación semejante, esto no se repetirá.

No tengo idea de cuánto tiempo tardó Spencer en regresar a mi lado. Me habló, no lo escuché. Levantó parte de mi equipaje del suelo y lo seguí cuando se movió. Siquiera tenía idea de dónde se suponía debía ir.

Desde ese momento mi vida comenzó a parecerse demasiado a una película.

Me había vuelto adicto a ella y ahora que no la tenía y que sentía todo, el

dolor de la ausencia tornaba todos los sentimientos y sensaciones, más difíciles de procesar.

Me despertó, me hizo ver la luz para abandonarme en la oscuridad y el silencio.

Un par de horas más tarde, sentado mirando por la ventanilla del avión, la oscuridad de la noche, la decepción comenzó a destilar los más variados sentimientos. Si ya me despreciaba a mí mismo por lo que siempre fui, peor ahora por cometer la estupidez de enamorarme de ella.

En voz alta le pregunté cómo había podido abandonar a su hijo... probablemente con la misma frialdad con la que me engañó a mí.

Regresar al departamento fue más tortuoso de lo esperado. Su perfume todavía flotaba en el aire y todo se encontraba igual que cuando lo dejamos. “Lo dejamos”, los dos... nosotros dos.

Me entraron ganas de destrozar el lugar, desde los muebles hasta los cuadros que colgaban de las paredes. Lo habría quemado todo, en especial la cama, las sábanas. Su aroma continuaba allí, vivo, latente para lastimarme sin piedad.

La imaginé gozando el daño que causó en mí y las tripas se me revolvieron.

¡Estúpido! ¡Pedazo de imbécil! ¡Eres un infeliz, un bueno para nada! —me grité una y otra vez mientras perdía la cabeza.

Arranqué el acolchado, las sábanas, incluso los almohadones hasta dejar el colchón desnudo. La cama tembló ante mis embates, los vidrios de las ventanas ante mis gritos. Estaba fuera de mí y no podía parar de gritar y llorar. Me arrojé sobre el colchón rogando olvidarla... su perfume continuaba en mí.

Reuniones de trabajo, cenas en lugares de moda... dar órdenes, tomar decisiones, incluso enfrentarme a Jessica por teléfono, todo era tan condenadamente difícil.

Todavía no entiendo cómo es que el mundo no se enteró de lo sucedido, como es que no salió en los periódicos amarillistas mi infidelidad, mi caída y el fin de mi compromiso. Supongo que fue responsabilidad de Jessica, ella me hizo prometer que me comportaría al menos por un tiempo, para darle la oportunidad de contener los daños colaterales de la ruptura, nadie quería un escándalo, ni ella, ni su padre el cual todavía tenía intenciones de hacer negocios conmigo. En otro momento me hubiese desvivido por mantener esa sociedad. Hoy por hoy simplemente me daba lo mismo si todo se caía a pedazos, si mi rostro aparecía en todas las publicaciones del mundo con los

titulares que por tanto tiempo me esmeré en evitar.

Soporté una sola noche. Su vacío fue demasiado para mí; a la noche siguiente salí, tenía que llenar ese hueco con algo, lo que fuese, hasta el humo es mejor que el vacío.

El alcohol es todavía mejor que el humo, lo malo es que al igual que éste, a la larga o a la corta también se disipa por lo que regresé a mis hábitos de siempre. Hallé más que nada un gran montón de frustración que fue a dar directo a la pila de mierda que acarreaba sobre mis hombros.

Para empeorar todo un poco más, una tarde llamó mi padre, acababa de enterarse de que me encontraba en la ciudad y quería saber si Gabriela y yo deseábamos ir a cenar a su casa. Fue una gran batalla encontrar las palabras para explicarle... una batalla que perdí, otra más, luego de la que libré con ella; simplemente le dije que eso ya no existía. Intentó sonsacarme más información y no lo logró, se detuvo cuando le rogué —textualmente —que no insistiese. Mi padre enmudeció.

Así de rotunda era la situación.

Con el correr de los días me repetí a mí mismo que se me pasaría.

Qué equivocado estaba; no hizo más que empeorar. Me emborraché y una noche llegué al departamento y destrocé las guitarras y mi piano convirtiendo todo en astillas. Otra noche igualmente perdido estuve a un paso de moler a golpes a un camarero que sugirió que no debía pedir más vino.

Grité, insulté, pateé cosas e intenté descargar mi furia en el gimnasio y un par veces lo hice con mis empleados, incluso con la intérprete de unos japoneses que vinieron a verme, su timidez y lentitud me sacaron de quicio.

Rompí todos los platos, corrí debajo de la lluvia en plena madrugada de otoño en Nueva York, las gotas eran agujas heladas que se me clavaban en la piel atravesando la ropa, las sentía y era una delicia, eso no cambió en nada mi estado, la sensibilidad estaba allí, no se iría, por desgracia comencé a convencerme de que no lograría inmunizarme otra vez, cada sensación parecía amplificada por miles y de cualquier modo no alcanzaba para rellenar el gran hueco que ella dejara.

Diez días más tarde me encontré a mí mismo, sentado en el suelo frente a una de las altas ventanas del living de mi departamento, en plena madrugada, mirando hacia afuera sin tener la menor idea de nada, perdido en toda esa sensibilidad que no me permitía pasar por alto absolutamente nada.

Enloquecería... enloquecí.

Ni siquiera soy capaz de explicar qué camino seguí para perder el control.

En la cara del sujeto no había nada especial, su cámara no era distinta a las de los demás, tampoco sus palabras: —aquí, Félix, aquí. Mira a la cámara. ¿Está borracho señor Meden? ¿Cuántas copas bebió? ¿Quiénes son las mujeres que lo acompañan? ¿Dónde está su prometida?

No tenía ni la menor idea de cuánto había bebido, siquiera recordaba en qué ciudad me encontraba. Las mujeres que me acompañaban... creía recordar haber besado alguien, ¿eran las piernas de alguna de ellas las que había acariciado o eran las de alguien más, o solamente un recuerdo de un momento compartido con Gabriela?

Los rostros se confundían en mi cabeza porque inevitablemente, pese a los muros que intenté levantar para protegerme, su rostro volvía a mí una y otra vez. Esos muros no eran contra fuego y Gabriela insistía en quemarlo todo.

Tuvo mala suerte, era el que más cerca de mí se encontraba. Le arranqué la cámara y la revoleé por el aire, las fotografías de mi caída no me hubiesen molestado tanto de no existir la posibilidad de que ella pudiese llegar a verlas. Ni se me antojaba darle el gusto de saberme destruido. Eso mismo le había gritado al estúpido de su jefe para luego romper de una buena vez, con el último lazo que me unía a ella.

Lancé un golpe. Una vez que das el paso no hay vuelta atrás. Vino otro y otro más. En estos encontré una perfecta vía de escape para todo lo que me agobiaba. Entendía que no saldría de esto renovado ni curado, de cualquier modo el alivio era algo que agradecer; no pararía hasta que tuviese los nudillos destrozados, ese era mi objetivo.

Escuché risas, gritos. Estaba demasiado borracho.

Las luces del móvil de la policía no me detuvieron, por los colores del vehículo recordé que me encontraba en Londres.

Cuando volví a abrir los ojos me rodeaban las paredes pintadas de un gris deprimente. Sonaron un par de gritos y una voz que los mandaba callar con un fuerte acento irlandés.

Las sienas me latían y la gravedad me recordó mi condición de ser humano.

Moví los dedos apenas un poco, mis manos estaban demasiado hinchadas. Mi miserable estado me deprimió y sentirme deprimido me enfureció. ¿Cómo no era capaz de reponerme a su paso por mí vida, cómo podía ser que lo primero en lo que pensara al abrir los ojos, fuese en ella? Y también lo último antes de

cerrarlos.

—Bienvenido, señor Meden —entonó la voz acompañada de abundante cabello pelirrojo—. Su abogado vino a rescatarlo, dudo que le sirva de mucho. Puede ser que se libre de nosotros pero veo difícil que consiga desembarazarse de la prensa. Ya lo ve, Dios encuentra el modo de darle su merecido a todo aquel que debe ser castigado.

Perfecto —rezongué dentro de mi cabeza —solamente esto me faltaba. Qué será lo próximo que diga, que por pecador arderé en el Infierno. ¡Esta puta mierda es mi Infierno!

Intenté fulminarlo con la mirada, el tipo apartó la vista; lo más desgraciado de todo es que me sonreía con benevolencia. Yo le daba lástima. Para menos. Me senté intentando pasar por sobre el mareo que hacía que todo girase a mi alrededor y contemplé mi estado. Mi ropa estaba sucia, ensangrentada y rota. No necesité de un espejo para comprender que mi rostro no lo llevaba demasiado mejor.

Se me escapó un suspiro.

Alcé la vista al escuchar los pasos.

Dos de mis abogados asomaron sus cabezas por encima de James quién me observaba con pena.

¡Otro más al que le doy lástima! ¡Perfecto!

A falta de mi madre, quién llevaba mucho tiempo, toda mi vida sin regañarme, ella simplemente se dedicaba a ignorarme salvo que no tuviese cosa mejor que hacer, lo cual no solía ocurrir, James se despachó a gusto.

Iba de ropa sport y tenía la cara de quién no ha pegado un ojo en todo la noche y eso gracias a mí.

—¿Sería mucho pedir que me explicases esto? —soltó aproximándose a la celda que por suerte, no me obligaron a compartir con nadie.

—Cierra la boca, James.

Mi primer intento de ponerme en pie no dio resultado. Dormir sobre una cama de acero, que en realidad no era tal cosa, sino un banco, cargando encima una borrachera de las buenas, no te deja en muy buen estado. A la segunda lo conseguí... apenas. Estaba destrozado y mi cabeza era únicamente dolor.

—Eso te gustaría... —le sonreí —no sucederá.

—No lo discutiré contigo. Queda claro que hoy por hoy no eres tú mismo. Lo hablaremos cuando estés repuesto. Necesitas una ducha, unos analgésicos y una taza de té, además de una buena maniobra de tus abogados para esquivar lo que se te viene encima después del escándalo que provocaste anoche. Si tu intención es empeorarlo todo...

—¿Cómo podría ser peor de lo que es? —dije sujetándome de los barrotes; precisaba de un sostén para mantenerme en pie. En ese exacto momento, el hijo de puta de mi cerebro me recordó sus manos... sus manos sobre mi piel, sus manos entre las mías.

—Si de verdad crees que no puedes estar peor, te dejo aquí —le lanzó una

mirada a mis abogados—. Los convenceré de que no muevan un dedo por ti.

—Son unos lameculos de primera y les pago demasiado, no se atreverán a hacer nada semejante.

—Eres un desgraciado.

Sí, lo soy, por eso te provoco la desazón que se te escapa por los ojos en este instante.

Deberías dejarme aquí, James —le dije mentalmente.

—Y recién ahora te das cuenta —entoné en voz alta.

James se quedó mirándome y mientras lo hacía me sentí tentado de preguntarle si ella no había llamado para saber de mí. ¿Me había visto en la televisión, en la portada de un diario o quizá en una web de chimentos?

—No bromeo.

—Ni yo —le contesté. Empezaba a desesperarme este lugar.

¿Y creí que no tocaría el tema? Qué iluso.

—No puedes abandonar algo así sin discutir el asunto.

—Lo discutimos, James.

—Estabas borracho, me dijiste que habías bebido demasiado.

—Eso no cambia las cosas.

—No eres quién para juzgarla.

La sangre se me subió a la cabeza intensificando las palpitaciones y por consiguiente el dolor.

—Ni tú eres quién para juzgarme a mí —solté de mal modo. No era ni el momento ni el lugar y de hecho jamás lo sería.

—No te juzgo, te insto a que abras los ojos.

—No necesito que me enseñes cómo vivir mi vida.

—No tienes quince años, tu excusa para comportarte como un caprichoso...

—¡Basta! —Lo corté, no necesitaba escuchar esto—. No te pedí que vinieras. Si no te gusta puedes largarte. Solamente necesitaba a mis abogados para salir de aquí.

—Soy tu amigo, no necesitas pedirme ayuda, te la doy cuando creo que la necesitas, es todo.

Si insistía en verme con pena, acabaría golpeándolo a él también y no quería eso.

—James, lárgate.

—¿Hablas en serio?

—No quiero pelear contigo.

—Y yo me rehúso a permitir que continúes comportándote de éste modo.

—No te cabe a ti decidir de qué modo debo comportarme —la poca paciencia con la que amanecí acababa de convertirse en historia, me dolía demasiado la cabeza y con sólo imaginar lo que se me venía encima, me entraba todavía más furia.

—Hablo en serio, no me quedaré a tu lado para ser testigo de esto.

—No me amenaces.

—Soy tu único amigo.

—Que no me amenaces —repetí. No le resultaría el juego, no cambiaría el resultado de lo sucedido el que él me amenazase con apartarse de mi lado, nada borraría lo sucedido.

James apretó los labios y apartó sus ojos de mí.

El policía pelirrojo apareció en escena otra vez para solicitar la presencia de mis abogados, sabiamente James también se retiró con ellos y yo volví a quedarme solo en ese deprimente espacio.

Al rato mis abogados regresaron y me anunciaron que era libre de irme.

Spencer me esperaba afuera, también un montón de fotógrafos y cámaras de televisión.

Gritaban mi nombre. Flashes estallaron sobre mi rostro.

Por un instante miré directo a una de las cámaras imaginándola al otro lado de la lente.

Este es el sujeto que necesitaba tus brazos sobre su cuerpo para dormir, el que quería dormir por siempre abrazado a ti, el que hubiese dado todo lo que tiene por ti. Te odio, Gabriela. Te odio y te amo demasiado —le dije en silencio y luego bajé la vista a la vereda mojada y ya no fui capaz de despegarla de allí.

Spencer fue el responsable de mi patética huida.

Sí, quizá tuviese que presentarme a declarar, o quizá mis abogados consiguiesen resolverlo con un poco de dinero, tantas cosas en este mundo se resuelven con dinero, probablemente muchas más de las que debieran.

Por unos días vería mi rostro hasta en la sopa, ¿qué novedad?! Se darán el gusto. Todo acabará, se aburrirán de mí —pensé... deseé.

No resultó así.

Apareció una demanda por intento de abuso y privación de la libertad, un escándalo de primera y yo siquiera recordaba a la chica. No tenía la menor idea de si aquello era cierto, bien podría serlo, cualquier situación tenía chance de ser cierta y que en mi cabeza no quedase ni el menor rastro de que había sucedido.



Por primera vez en mi vida sentí vergüenza al entrar en el hall de la sede de mis empresas en Londres; todo el mundo me miraba y si bien mantuve la cabeza en alto y la mirada lo más ajena a lo que me rodeaba, dentro de lo posible, me costó contener las ganas de salir corriendo y desaparecer.

Los japoneses se echaron atrás con el negocio que planeábamos y para menos. Un grupo de feministas me emboscó a la salida de la oficina obligándome a formar parte de la escena más vergonzosa de mi vida, la cual por cierto, fue tapa de diarios y revistas, y titular en las noticias hasta dos días después. Mi madre me llamó para culparme de no ser capaz de mantener mi vida privada en privado.

—Esto es lo que recibes por esa ridícula idea tuya de publicar una biografía. ¡En esta familia nadie ventila sus trapos sucios con la prensa amarillista! Las cosas se resuelven en casa, las resuelven los abogados...

Se me escapó una carcajada al oírle decir aquello y ella se enojó conmigo todavía más.

Y el dinero —le faltó decir—. Igual que como ella siempre lo había resuelto todo conmigo.

Papá volvió a llamarme para ofrecerme su ayuda, su apoyo, dijo que no pensaba fallarme como padre otra vez, incluso sugirió que fuese a pasar unos días allí, según él Rebecca y Rose estaban deseosas de tenerme en la casa. Ni siquiera alcanzaba a imaginar esa situación. Le contesté que no era necesario, que me encontraba bien.

Después de diez llamados sin respuesta, James aflojó con la insistencia de ponerse en contacto conmigo. Respondí a éstos con un correo en el que le decía que me encontraba bien, que no se preocupase por mí. Ese correo lo envié en una noche de insomnio más, de las tantas que venía acumulando. Después de escribirle bebí hasta caer rendido.

Rose me llamó tres veces; no me sentí capaz de resistir el tono de su voz. A ella simplemente no podía mentirle.

Otra vez de madrugada, en este insomnio que se tornaba fiel compañero, abrí la laptop que le regalara y que ella me había devuelto junto con el resto de las cosas que le di y que juré quemar o tirar -obviamente no conseguí cumplir mi juramento-, di con sus palabras sobre mí... sonaban como un cuento de ficción, una mentira muy bien planeada, el guión de una superproducción de cine. También me topé con las fotografías, las que ella tomara de mí y yo de ella aquel día en el parque. Tantas veces deseé tener el suficiente coraje para

borrarlas en un intento de eliminarlas también de mi cerebro.

Amplíe una foto suya hasta que no fue más que píxeles de colores bailoteando delante de mis pupilas agotadas y de cualquier modo, continuaba siendo ella, la Gabriela que creí conocer, esa persona de la que Valeria habló con esa convicción y fe que se me contagió. ¿Para qué? Lo único que había conseguido es terminar de reafirmar mi decisión de no volver a confiar en nadie nunca más.

Esa noche volví a embriagarme una vez más, pero no regresé a casa para vomitar en mi baño sino que fui directo a la oficina, tenía una reunión. Lo peor del asunto no es que bebiera durante la noche, sino que mi última copa había sido media hora atrás.

Me bajé del taxi y fui directo a la sala de reuniones, estaba demasiado retrasado y atontado, lo suficientemente borracho para dar un espectáculo de lo más patético y lamentable, no lo suficiente para no recordarlo cuando desperté esa tarde tirando en el piso del baño de la casa que había compartido con ella por un par de días.

Otro negocio echado a perder.

Perdí todos mis filtros, todos mis límites y mi credibilidad, y mi reputación empezó a sufrir las consecuencias.

Fue una sucesión de un escándalo tras otro y cada vez peor.

Octubre simplemente se me fue de las manos, igual que todo lo demás.

Llegué a Dubái en medio de mucha tensión, necesitaba cerrar este negocio, tanto por el bien de mis empresas como por el mío. Tenía la impresión de que perdía el tacto para esto, así como estaba perdiendo todo lo que un día creí tener.

La opulencia de la ciudad me fue completamente indiferente porque los planes que en mi cabeza elucubrara para este mismo día, ya no tenían posibilidad de ser concretados.

Spencer se ocupó de todo, me sacó del aeropuerto y me llevó al hotel. Dejé que hablase por mí incluso allí, siquiera ganas de eso tenía.

Alcé la cabeza y con ésta, la mirada, recorriendo la altura del atrio. En mi cabeza aterrizó un recuerdo de su sonriente rostro, le habría gustado este sitio tanto como le gustaría el desierto a corta distancia de aquí; las dos cosas la habrían maravillado por igual.

Por suerte no llegué a modificar mi reserva de hotel, me ahorré tener que pasar vergüenza al verme obligado al cambiarla otra vez luego de que lo nuestro

terminase.

Subí a mi cuarto con lo último de energía que me quedaba, me di una ducha y me preparé para mi reunión.

Durante el vuelo no había bebido nada de modo que me encontraba todo lo sobrio que puede estar una persona que experimenta necesidad de alguien tanto como de su propia sangre.

Maldije la debilidad que me impedía lanzarla al olvido de una buena vez.

Fue un día de trabajo de aquellos en los que solía zambullirme en el pasado, para silenciar todo lo demás. Como si fuese mi primera vez en el país, me llevaron de aquí para allá mostrándome todo, me atendieron apegándose a las costumbres de aquí y por las noches, a las más internacionales que resultaban igual de insípidas que todo lo demás por estos días.

El trato quedó cerrado, ¡al menos algo salía bien! Era hora de la cena y al día siguiente tenía la mañana libre... me invitaron con champagne para celebrar que ganaríamos muchos millones de seguro, bebí, después de todo estaba en las vísperas de mi cumpleaños, ¿por qué no festejar?

No me dieron oportunidad de emborracharme, aquí nadie bebe demasiado.

Quizá lo lograra más tarde.

De regreso en mi habitación de hotel, me arranqué el saco y la corbata. Andando en la penumbra que me brindaba la luna. A mi disposición tenía un bar ampliamente surtido; lo ignoré, no quería estar borracho cuando hiciese lo que planeaba.

Acarreando el saco y la corbata, mientras sacaba los faldones de mi camisa de los pantalones, subí la escalera rumbo a mi cuarto.

Desde aquí se veía la playa, el mar y la ciudad, la negrura era el desierto más allá. Era tan espectacular y aquella magnífica visión me hizo sentir todavía más ínfimo, insignificante como siempre fui pese a que toda mi vida me esforcé por disimularlo, por pretender ser lo contrario. Probablemente jamás logré engañar a nadie, al menos no a mí mismo. ¿Cómo fue que terminé así, tan vacío, tan inservible?

La verdad es que no tenía ni idea de que hora sería en Buenos Aires... de cualquier modo no sería una charla, solamente necesitaba escuchar su voz por un par de segundos con la esperanza de cubrir al menos por un par de segundos, la angustiante realidad.

Marqué el número, lo sabía de memoria.

El teléfono repiqueteó... ¿estaría durmiendo? Imaginarla acurrucada entre las mantas, con ese aspecto sereno que se licuaba en su rostro cuando dormía,

hizo que me sintiese todavía más solo. ¡Si ella supiese de los largos minutos que dediqué a verla dormir y de lo inmensamente feliz que me hacía tener la oportunidad de contemplarla!

Sonó y sonó y nadie respondió.

Colgué y volví a llamar. Otra vez nada. Lo intenté una tercera vez y el resultado fue el mismo.

No me atreví a llamarla a su teléfono celular.

La desilusión tomó cuenta de la situación. Alejé de mí el aparato.

Mi vista se perdió más allá del amplio ventanal.

La cama era demasiado grande, la habitación igual de recargada y yo me sentí como si estuviese dentro de un cesto de basura.

Mi reloj me dijo que en esta parte del mundo, corrían los primeros segundos del cuatro de noviembre.

—Feliz cumpleaños —me deseé—. Felices treinta años, Félix.

Me levanté y caminé hasta el ventanal, apoyé la frente sobre el cristal, sentí vértigo y éste me recordó a mis saltos... ya no resultaba divertido.

Y yo que esperaba que este cumpleaños fuese distinto a todos los demás. Toda mi vida aborrecí el día de mi cumpleaños. Al principio, cuando era pequeño debido a que lo más normal era que mis padres no estuviesen allí, de ellos me llegaba una tarjeta y montañas de regalos pero jamás un abrazo. De mayor, cuando descubrí que me habían comprado porque sentía que esa fecha era una suerte de fecha de elaboración... La de caducidad se sentía muy próxima.

—Tienes que dejar de pensar en ella —repetí golpeando mi frente contra el cristal hasta que dolió.

Como si fuese tan sencillo.

Di la media vuelta y me encaminé hacia el baño recuperando de mis retinas las formas de sus hombros, su espalda, su cadera, sus pechos... esto mismo hice cada vez que la frustración me atacaba por no lograr conseguir placer con otras mujeres.

Mis ropas fueron quedando en el piso de camino a la ducha.

Tenía una erección. Nada de esto sería jamás lo mismo sin ella.

El agua cayó sobre mi cabeza como si en vez de gotas, fuesen piedras, las que también magullaban mi piel. Repetí su nombre hasta el cansancio, hasta deshacerme por completo en lo que no podía llamar más que “desahogo”, solamente eso, y nada más.

Deseé que el ventanal de mi habitación no fuese de paños fijos, sino ventanas que pudiese abrir para arrojarme al vacío.

Grité su nombre, después me desgañité la garganta gritando que la odiaba y la insulté hasta quedarme sin voz, hasta que la garganta empezó a dolerme tanto como me dolía el pecho. Mi cuerpo comenzó a desmenuzarse, se me caían los pedazos que mis manos no alcanzaban a sostener en su sitio. Era desesperante saber que no saldría de esto en una sola pieza.

Los tres vasos de whisky que bebí al salir de la ducha, todavía chorreando agua, cauterizaron mi garganta y quemaron mis tripas pero lo demás continuó todo igual; es que no cubres el sol con una mano, así de simple. Ella era el sol y yo estaba en mitad del desierto sin refugio alguno a mi alcance.

Lo que quedaba de mí, se arrojó sobre la cama deseoso de perder la razón lo antes posible.

Por desgracia tardé demasiado en dormirme.

El día siguiente fue una sucesión de incómodos y desastrosos momentos que deseé poder evitar; no lo logré. Llamó mi padre, llamó Rose, incluso me llamó James, todos me desearon feliz cumpleaños, prometieron que cuando estuviese de regreso me llevarían a festejar.

—Treinta años no se cumplen todos los días —había dicho James—. Te pones viejo amigo, pero no te preocupes, yo siempre te querré, sin importar cuán viejo y arrugado estés, cuán gruñón te pongas. Seremos dos viejos ingleses borrachos de brandy, fumando cigarros y jugando a las cartas cuando nuestras caderas ya no estén en condiciones de recorrer el campo de golf.

Rose me dijo que estaba aprendiendo a cocinar en la escuela y que en cuanto pusiese un pie en Nueva York, cocinaría una torta de cumpleaños para mí.

Papá se limitó a decirme que me quería y que era buen momento para comenzar una nueva etapa de mi vida, que se determinase mis prioridades, que intentase ver con claridad lo que había hecho de mi vida y lo que pensaba hacer en los años que me tenía por delante.

Mi madre me felicitó escuetamente, se encontraba en Lisboa paseando con unas amigas.

Después de esos llamados mi teléfono simplemente enmudeció. ¿De verdad esperaba que ella llamase, que lo recordase, que le importara?

Dediqué toda la jornada a trabajar y resultó productivo, encaminé unos cuantos asuntos que tenía pendientes y mantuve ocupada mi cabeza.

—¿Quiere que le reserve una mesa para la hora de la cena? —Me preguntó Spencer en el momento en que pusimos un pie dentro del lobby del hotel. El

sol caía más allá de los cristales.

—No será necesario, no tengo apetito.

Se rascó la barbilla. Lo vi titubear.

—¿Puedo invitarlo a beber algo, por su cumpleaños?

Me hizo gracia, hasta él sentía pena de mí.

—No será necesario.

—Insisto. Mi turno termina ahora y me vendría bien una cerveza.

En verdad no me sentía muy predispuesto a volver a pasar por lo de la noche anterior. Preferí huir de la soledad, la cual no me traería nada bueno.

—Bien. Invito yo.

—No, Señor, será mi regalo de cumpleaños.

—No discutas conmigo, Spencer, que no estoy de humor.

El norteamericano se lo pensó dos veces y no por miedo, más por darme el gusto, aceptó mis términos.

Terminamos en una mesa, los dos de cara al cristal que nos permitía ver las luces de la ciudad muy abajo, a un lado del agua de negra. Cada quién, con su cerveza en la mano.

Sonaba música tranquila; el lugar estaba lleno. Bebimos en silencio por unos cuantos minutos. Mientras bajaba mi tercer sorbo me pregunté si Spencer tendría intenciones de mencionarla; ellos habían pasado mucho tiempo juntos, por momentos me daban ganas de interrogarlo sobre qué habían hecho y qué había dicho ella durante los paseos que compartieron, entendía que todo debía ser mentira, qué más daba lo que pudiese haber dicho o hecho... en realidad no entiendo qué esperaba descubrir.

Spencer dejó la botella sobre la mesa.

—Es increíble que un lugar así exista. Con el desierto tan cerca. Lo más extraño de todo aquí, es que todo es muy nuevo. Siempre me pareció una escenografía.

—Entonces no te gusta.

Se tomó un momento antes de contestar.

—No demasiado.

—¿En dónde preferirías estar ahora? No, no es necesario que contestes, imagino que en tu casa, con tu familia—. Me acomodé en la silla la cual tenía el respaldo muy bajo y en verdad no resultaba nada cómoda—. Deberías tomarte unas vacaciones para pasar un tiempo con ellos; no recuerdo cuándo fue la última vez que te tomaste vacaciones.

—Estoy bien, Señor —contestó recogiendo su botella de cerveza.

Quería quedarse a mi lado para hacer las veces de niñera, eso lo tenía muy claro; el sujeto prefería evitarme más escándalos y yo continuaba llamándolo por su apellido. Bien, ni modo, eso no cambiaría, ella ya había toqueteado suficiente mi vida para permitirle cambiar esto también. Era imperante que al menos conservase en pie, algunas estructuras de mi vida o jamás lograría reconstruirla.

Nos quedamos otra vez en silencio. A mi botella le quedaba poco y ansiaba una segunda.

Le di vueltas a mi bebida mientras continuaba el silencio. A mi izquierda, dos franceses parloteaban de lo lindo, el tema: mujeres. Por un momento me entretuve con su charla hasta que uno de ellos mencionó que había conocido a una chica morocha muy bonita que lo volvía loco en la cama. Mi cerebro se ocupó de darle forma a las asociaciones pertinentes... iba a necesitar un trago más fuerte que un par de cervezas.

Me armé de coraje, de cualquier modo sabía que esta conversación no trascendería ni este espacio, ni esta noche. O al menos eso esperaba.

—¿Alguna vez te dijo algo? —le pregunté depositando la botella vacía sobre la mesa.

Spencer se volvió en mi dirección.

—Ella... —no supe por dónde seguir.

—No sé de qué modo lo decepcionó, señor. Lo único que creo es que fuera lo que fuese que hiciera, no debió ser adrede. Ella sonaba realmente...

—¿Enamorada? —solté interrumpiéndolo—. Era mentira.

—No puedo decirle más que eso, Señor. La creí sincera. Se la veía sincera.

—No lo era.

Zanjé el asunto trepando por la butaca, sin darme cuenta prácticamente me había derretido en mi asiento como si mis músculos ya no fuesen capaces de sostenerme. Erguí la espalda y cuadré los hombros.

—No se ofenda, sin importar lo que le cuente de ella, usted no dará valor a ninguna de mis palabras, ¿por qué me pregunta entonces?

Porque necesitaba que me convenciese, y desde cuando era él tan directo conmigo, tan dispuesto a enfrentarme así.

—Ya no importa, Spencer.

—Debería hablar con ella una vez más. Si le queda una mínima duda, debería intentar aclararla. Dar esto por terminado cuando no todo quedó claro no parece lo más razonable.

Giré la cabeza en busca de uno de los camareros.

—La vi a su lado, Señor —continuó diciendo para atraer mi atención. Tragué en seco, necesitaba una puta bebida lo antes posible. Conseguí hacerle señas a uno que deambulaba con dos copas de Martini en su bandeja.

—Ella y su amiga me metieron en esto.

—Otra vez, Señor, no se ofenda pero fue usted quién la metió en esto, fue idea suya permitir que viese su vida... esas salidas... usted me pidió que la dejase seguirlo si es que ella intentaba hacerlo. Quería que lo viera en todo sentido. Fue usted quien le abrió las puertas, no creo que ella tuviese ni la menor idea de lo que... Existen cosas que no se pueden fingir —meneó la cabeza. Definitivamente más que una cerveza necesitaba un whisky o algo más fuerte.

—Fue un error —. Deposité mis esperanzas en la persona errada.

—No lo creo, Señor. Me rehúso a creerlo. Ella estaba destrozada. Nadie... Inspiré hondo y aparté la espalda de la silla.

—La noche terminó para mí —acababa de agotárseme la resistencia. Ya no podía continuar esperando otra bebida, ya no conseguía sostenerme en una sola pieza y me rehusaba desmoronarme frente a extraños.

—Todos se preocupan por usted. Me incluyo.

—No tienen de que preocuparse, tampoco tú. Con que cuides mis espaldas como siempre...

Spencer me dedicó un gesto de obediencia con la cabeza.

Me levanté de mi silla esperando que no notase el temblor en mis manos y la descompostura en mi rostro, pero por sobre todo, lo que me costaba mantener la vista en alto.

—Buenas noches, Spencer.

—Buenas noches, Señor.

Llegué a mi cuarto a tiempo para echarme a llorar como un pobre desgraciado; la expresión más patética de mi persona.

## 5.

—¿Qué haces ahí?  
Su voz me sobresaltó y mi primer reacción fue cerrar el archivo para que el no viese lo que escribía.



—¿Escribes? —se refregó la cara y se sentó apoyándose contra el cabezal de la cama.

—Un nuevo libro.

Me sonrió.

—Nadie te recriminaría si te tomases una semana de descanso.

—No la necesito —no hacer nada implicaba tener la mente libre para pensar en él y a duras penas lograba apartarlo de mí mientras escribía, si esto último resultaba doloroso, peor sería librarme a pensarlo sin nada más que hacer.

Federico se levantó de la cama y envolviéndose en las sábanas avanzó hasta mí.

—Tenemos reserva para las nueve, Gianni invitó un montón de gente.

Le echó un vistazo al reloj en mi computadora.

—En una hora —soltó dándome a entender que creía que lo había dejado dormir demasiado.

—La ducha es toda tuya, me bañé hace un rato.

—Sí, lo huelo—. Se inclinó para depositar un beso en mi cuello haciéndome cosquillas con los labios; mi piel se estremeció confundida sin saber muy bien cómo procesar aquello, qué sentir. Con un camino de besos ascendió hasta detrás de mi oreja — ¿y si nos saltamos la cena? —Una de sus manos recorrió mi cuello de arriba abajo. Se sentía bien pero en este instante Félix estaba demasiado presente en mí.

—Date prisa, no queremos llegar tarde —dije cortando sus intenciones, sus dedos se internaban cada vez más entre mi cabello. Esto con él, no resultaba tan sencillo como de todo corazón, esperaba que fuese. Lo había disfrutado sin embargo tenía la impresión de que entre nosotros dos se interponía un grueso muro; de cualquier modo no me permitiría sentirme derrotada al primer intento.

En respuesta me dio otro beso sobre el cuello.

—Tienes razón, no podemos dejarlo plantado.

Mientras Federico se encontraba en el baño me vestí con la firme intención de disfrutar la noche. No podía continuar permitiendo que Félix aguase mi existencia incluso a la distancia y a la imposición de un castigo y un dolor que no me merecía.

Lo logré. La buena compañía, las risas y el ambiente agradable me ayudaron a olvidarme al menos por un par de horas, de todas las cosas que daban vueltas por mi cabeza y de regreso al cuarto muy tarde y con unas cuantas copas encima, construí en compañía de Fede un par de recuerdos que esperaba

podiese usar para disfrazar los otros tantos que me causaban dolor.

Negociar una tregua con el amor que todavía sentía por Félix no sería tan sencillo; el desgraciado tenía aliados poderosos: mi piel, mis labios, mis manos y algunas partes muy insensatas de mi cerebro.

Los días en guerra son largos y al mismo tiempo, pasan rápido porque todos se parecen. Se complica distinguir el ayer del hoy que seguramente será muy parecido a mañana -por lamentable que sea-. Lo bueno, y al mismo tiempo muy malo de la guerra es que si no acaba contigo, si no te mata, te endurece; indefectiblemente te cambia y a mí me cambió.

Sí, definitivamente de la Gabriela de aquellos días, quedaba solamente lo esencial, el resto se evaporaría de a poco.

...

Lo escuchaba jadear detrás de mí; no quería detenerme, necesitaba seguir corriendo, no para dejarlo atrás a él, sino a Félix. Además era agradable sentir el viento con olor a mar en la cara y mis músculos percibiendo el esfuerzo de correr sobre la arena.

—Gabriela... —su voz era un resuello casi mudo.

Apreté los párpados al pestañear. Tenía el nombre de Félix en la punta de la lengua, esta mañana por poco lo soltara mientras estaba en la cama con él por lo que llevaba todo el día sintiéndome pésimo. Sí, en algún punto también necesitaba escaparme de Federico.

Entonó mi nombre otra vez... No quería ser cruel con él sin embargo mis piernas se negaban a parar.

—Creo que me dará un ataque cardíaco.

El sonido de su voz se alejó de mí, había parado de correr y a mí me quedaban energías para al menos otros treinta minutos más.

De a poco desaceleré. Mis pasos fueron pisotones despiadados sobre la arena que se me metía en las zapatillas y que al principio tanto me molestaba, ahora la arena era parte de todo, incluso de mí, igual que la playa por lo que tenía la impresión de que al regresar a mi departamento y a la ciudad, me daría claustrofobia.

Me detuve. Giré sobre mis pies para verlo boquear reclinado hacia adelante con las manos en las rodillas.

—Estoy muy fuera de forma —me dijo—. ¿Cómo lo soportas? Se me saldrá el corazón por la boca —añadió sin darme tiempo a responder—. No tenía idea

de que estuviesen tan buena forma —. Bien, vi tu cuerpo pero no... —se quedó sin aliento.

Me le acerqué y me tomó de la mano anclándose en mí para alzar el torso.

—No podemos simplemente caminar un poco. Si haces esto por mí te prometo que mañana no seré tu lastre si decides salir a correr; seré generoso y te permitiré salir a correr sola —bromeó.

Pensar en mañana terminó de aguarme el día, mañana era cumpleaños de Félix.

—Caminemos, ¿sí? —añadió ante mi silencio.

Caminamos.

—¿Qué dijo el hermano de Valeria, puede ayudarte?

Yo no había dicho ni una palabra luego de hablar con él por teléfono para comunicarle mi intención de dar con mi hijo; en realidad Valeria ya le había adelantado algunos detalles. Federico debía llevar desde entonces decidiendo si debía preguntar o no.

—Se pondrá en contacto con un abogado amigo suyo que cree podrá ayudarnos. Nos reuniremos en cuando regrese a Buenos Aires para ultimar detalles del proceder.

—Todo saldrá bien.

—Es probable que él tenga una familia. En momentos me pongo muy egoísta deseando que no sea así para que de ese modo pueda regresar a mí. Es horrible pensar eso. Desear que mi hijo viva en un hogar de niños simplemente para que yo pueda recuperarlo... en realidad siquiera sé si eso es posible. Nunca debí dejarlo ir.

—No te tortures.

Él jamás lo entendería.

Desvié la mirada y seguí caminando.

—Cuentas conmigo para todo lo que necesites.

—Haces suficiente por mí.

—Y haría mucho más —se detuvo obligándome a imitarlo.

Tuve la impresión de que no deseaba escuchar lo que él estaba a punto de soltar. No me equivocaba. Sus palabras no eran un descubrimiento, es que pensé que si no las pronunciaba jamás, podría ocultar esa realidad también.

—Te amo.

Golpe directo a la boca del estómago para dejarme sin aliento y sin reacción. Que te digan que te aman y no ser capaz de responder lo mismo es todavía peor que decir que amas sin recibir respuesta. Así sin más, me topé otra vez

con Félix parada justo frente a mí, mirándome sin parpadear, de brazos cruzados y con la cabeza en alto desafiándome.

Es tu culpa —le dije mentalmente.

Su mirada me contestó que no le importaba.

—Tenía que decirlo.

Me pregunté si se me notaba la mala cara que sentía que tenía. Por qué no podíamos dejar el amor fuera de la ecuación.

¿Dónde estaban las palabras cuando las necesitaba? Mejor dicho: ¿Dónde estaba mi coraje para pronunciarlas en voz alta?

Me sentí la peor basura.

—No intento... —se detuvo e inspiró hondo —no intento ejercer presión. No es un ultimátum ni nada; llevamos apenas días juntos pero... No aguantaba más. No te pido que contestes nada —soltó lo último después de hacer una pausa.

Era mentira, su cara gritaba que esperaba que le contestase que yo también lo amaba.

No puedes pedirme que haga eso —le dije mentalmente.

Me pasé ambas manos por mi corto cabello empapado de sudor.

—Es para que sepas que estoy aquí para ti, es todo.

Estiró un brazo y volvió a tomarme de la mano.

—¿Por cuánto tiempo te conformarás con esto?

Y así salieron las palabras, las más duras y frías, las que eran más propias de esta nueva Gabriela de cabello corto que adoraba salir a correr hasta quedar agotada físicamente y escribir hasta que su cabeza ya no podía pensar.

La tensión de sus dedos alrededor de mi mano aflojó, se contenía de no soltarme, de no apartarse. Lo que yo necesitaba a mi lado en este momento de mi vida era a alguien como la prometida de Félix o quizá como el propio Félix, no como ese tipo de persona que solía ser yo. Ver un reflejo de quien fuera, en Federico resultaba angustiante.

—El que necesites.

Su respuesta implicaba demasiadas cosas. Por ejemplo: para él era algo serio, con intenciones a futuro; que esperaría por mí porque creía que podía amarlo; que si yo no lograba rearmarme para seguir adelante con esta relación, todo terminaría de muy mal modo. Federico me amaba y yo no lo amaba.

Debía terminarlo en este instante, evitando así, que más personas saliesen lastimadas de la hecatombe que fue Félix en mi vida. No soy un general que va a la guerra sin que le importe la cantidad de vidas perdidas, a mí me pesarían

mucho.

Incapaz de decirle que nos detuviésemos aquí, guardé silencio.

Su mano volvió a estrechar la mía.

—Permaneceré a tu lado sin importar qué.

Nadie nunca jamás debiera prometer eso.

Federico me abrazó y yo intenté contener la rigidez que quería apoderarse de mi cuerpo.

Me sentí asquerosa y desgraciada cuando él me dejó para permitirme seguir con mi carrera.

Lamentaría esto hasta el último de mis días, lo sabía.

No paré de correr hasta que no se hubieron agotado las lágrimas. Las remplacé por el agua salda del mar al internarme en éste luego de quitarme las zapatillas para dejarlas en la playa vacía.

El mar estaba calmo y le consentí que me meciese un rato acunándome con sus olas mientras flotaba.

Cerré los ojos. El cielo que vi al abrirlos bien podía ser el mismo que nos cubrió ese día al arrojarnos de su barco a mar abierto. Me faltó su espalda para sostenerme.

De regreso al hotel escribí como posesa mientras Federico leía y por la noche continué haciéndolo mientras él dormía plácidamente.

Dieron las doce y ya no logré quitarme de encima su presencia.

—Feliz cumpleaños, amor —le deseé en voz muy baja con pánico de que Federico me escuchase.

¿Dónde estaría ahora?

Festejando, seguro —pensé. Y yo aquí todavía llorando por él, porque por desgracia, lloraba otra vez.

Esa noche no conseguí escribir ni una palabra más y dormir era impensado, no logré cerrar los ojos hasta que comenzó a alzarse el día; dormí hasta pasado el mediodía. Federico se preocupó por mí y yo le mentí, le dije que me dolía la cabeza y bajo esa excusa pasé el día en la cama mientras por suerte él, decidió salir un par de horas para pasar tiempo con su amigo. Suerte también que él no tenía idea de que hoy era cumpleaños de Félix, de otro modo no hubiese podido fingir mi condición.

Me dije a mí misma que sería la última vez que me permitiría deprimirme, esta sería la última purga, luego de esto, nunca más.

—Que quede claro, Gabriela, es la última vez que lloras por él, que pasas el

día deprimida en la cama sin salir a correr, sin comer, sin escribir; él debe estar por ahí festejando y tú aquí hecha una piltrafa humana.

...

Permití que el bolso cayese a mis pies y arrojé las llaves y el correo sobre la mesa. Mi departamento olía a encierro; el sol no podía entrar porque las persianas estaban bajas. Insulté al sillón cuando se atrevió traerme recuerdos de su primera visita. Lo amenacé con sacarlo a la calle y me planteé seriamente el mudarme; bueno, después de todo esa no era una idea ni tan descabellada ni tan precipitada, regresamos a casa porque Federico tenía tres sólidas propuestas para mi libro. Apenas si podía creer que fuese cierto, lo había conseguido y sin el respaldo de Félix. De hecho la agencia ya no contaba con el respaldo suyo y a pesar de todo lo malo que eso implicaba, era un alivio saber que ya no corría riesgo de encontrármelo allí o de atender un llamado suyo.

Bueno, en realidad era muy probable que mi trabajo en la agencia tocase a su fin muy pronto, y eso tampoco era una situación que me molestase... no si conseguía un lugar nuevo en el que vivir o comenzaba a escribir fuera de casa; demasiada horas aquí metida serían perjudiciales para mi salud mental.

Se me escapó un suspiro mezcla de fastidio y agotamiento, el viaje en automóvil de regreso aquí se me había hecho demasiado largo pese a toda la buena voluntad de Federico, es que por eso mismo, por momentos me atacaba la necesidad de apartarme de él para tomar un respiro, tanto de su voluntad de desvivirse por mí, como de lo que yo sentía al reaccionar a su gesto (no de un modo agradable).

Decir que me sentía miserable es poco y de cualquier modo no tenía intención de apartarme de él porque me juré erradicar a Félix de mi vida.

—Ok, pongamos un poco de orden —entoné en voz alta. La luz del contestador automático de mi teléfono parpadeaba enloquecida.

Presioné el botón de reproducción de los mensajes y fui a alzar las persianas y abrir las ventanas, este ambiente no me ayudaba en nada.

Mensajes de publicidad, uno de Valeria, otro muy cariñoso de León del día en que le avisé que había terminado el libro, en realidad habíamos hablado varias veces por teléfono pero según dijo, deseaba dejarme ese mensaje para que quedase para la posteridad. Luego saltó un mensaje de mi padre diciendo que se había equivocado y que había llamado al número de mi departamento

en vez de al celular.

Cuando la robotizada voz del contestador me avisó que el llamado era de la noche del tres de noviembre sentí un escalofrío.

El mensaje consistía en un par de segundos de silencio. El siguiente mensaje dejado un momento después era exactamente igual.

No tenía idea dónde había estado Félix el día de su cumpleaños y dudaba que se le hubiese ocurrido llamarme, no al menos para conversar en términos amistosos.

No, simplemente no podía ser él.

Volví a escucharlos acercándome al aparato para intentar captar algo más además del silencio. Nada.

Le di al *play* una vez más y después me obligué a borrarlos cortando de raíz con los lamentos que no servirían de nada. Borré también el de mi padre, el de Valeria y los de publicidad continué con lo mío.

Encendí la computadora y fui hasta la ventana. Afuera todo se veía igual que siempre sin embargo el mundo ya no era el mismo.

Cerré los ojos y permití que el sol me diera en la cara, corría una brisa suave.

—¿Qué habría sido de nosotros si no hubieses huido?

Félix no estaba aquí para responder.

Mi celular comenzó a tocar y a buena hora. Corrí hasta mi bolso. Era Federico.

Me lamenté por pensar que esto sonaba a acoso, apenas si nos habíamos separado veinte minutos atrás.

—¿Estás sentada?

Sonaba exultante.

—No, pero dime, no puedo caer más allá del suelo —bromeé en pos de sanar la herida que mentalmente acababa de hacerle de la cual él no tenía ni idea.

—Todavía no llego a la oficina... mi celular tocó hace treinta segundos, era un correo electrónico. Tenemos una cuarta oferta, una maravillosa, ridícula e inimaginable oferta. Tal parece que el rumor de tu libro se esparció como veneno, tocando a muchos. Acto seguido a ese mensaje me llamaron de otra editorial para decirme que están dispuestos a negociar cualquier otra oferta que te hagan, quieren tu libro y por lo visto, más de uno peleará por quedárselo. Gaby, esto podría significar un cambio radical en tu vida. Es mejor que vayas preparándote para lo que viene porque no hay vuelta atrás.

—¿Es cierto? —fue lo único que atiné a decir.

—Más que cierto yo diría que es una realidad, mejor que empieces a hacer

planes y a hacerte a la idea de que muy pronto saldrás del anonimato —rió— y yo desgraciadamente deberé acostumbrarme al hecho de que no te tendré acompañándome durante el día —pausa—. Las vacaciones tuvieron gusto a poco.

—Gracias —necesitaba cambiar de tema—. Sin tu apoyo jamás lo habría conseguido.

—Hubieses conseguido el apoyo de alguien más o no, y de cualquier forma te las habrías ingeniado para lograrlo.

Eso no era cierto, si nada de lo que pasó en el último mes y tanto, yo continuaría exactamente igual, con mi libro a medio terminar, mi cabello largo, mi cuerpo inmutable y mi corazón entero.

—De antemano me angustia saber que tendré que compartirte con tus lectores. Eso me arrancó una carcajada.

—No te rías de mí; en verdad la perspectiva me aturde.

—Estás loco.

—Por ti. ¿No quedó claro? —Pausa—. Lo nuestro resultará, sé que sí. Sé que ahora te esfuerzas... me empeño en que ya no tengas que hacerlo, en que todo entre nosotros sea fluido y natural. A mí no me engañas, sé cuándo necesitas distancia por eso mismo voy a colgar, para que asimiles la noticia con tus tiempos y en privado.

¿Así de bien me conocía? ¿Cuántas otras cosas de las tantas que pretendía ocultarle eran obvias a su ojo? Me dio miedo y vergüenza.

—Cuando tenga novedades te llamo. En realidad lo único que haré es asegurarte un número porque obviamente el sí, ya lo tienes. Prometo conseguirte el mejor trato posible.

—¿Te veo en la noche? —No lo pensé, simplemente se lo pregunté, hacía unos segundos me aturdía, ahora lo necesitaba. Definitivamente si continuaba así terminaría volviéndome loca.

—Más tarde lo acordamos, si quieres verme ahí estaré. Demás está decir que yo ya te extraño, creo que cuando nos despedimos me faltó darte un beso o dos.

Me reí, le había tomado al menos cinco minutos alejarse de la puerta de mi departamento.

—Por cierto... ¿te dije que me encanta tu cabello así? Me vuelve loco, tu nuca es la más bonita que yo haya visto jamás.

Otra vez logró hacerme reír.

—Tienes muchas cosas lindas y además escribes bien. Soy afortunado por



tenerte en mi vida.

—La afortunada soy yo.

—No, nada de eso, yo no escribo bien, por eso acabé como agente literario y no como escritor.

—No importa cuánto te niegues, un día tendrás que enseñarme el libro que escribiste.

—Eso no va a pasar, me moriría de la vergüenza si lo leyeras. Bien, casi llego a la oficina. No me extrañes mucho, te llamaré en cualquier momento para darte las buenas nuevas.

—Ok.

—Ok —se quedó en silencio un momento—. Esto parece una regresión, me siento como si tuviese otra vez diecisiete años. Te pediré que cuelgues tú porque yo no puedo.

Tercera carcajada en unos pocos minutos. Su tono comenzaba a poder conmigo.

—No, cuelga tú —dije siguiéndole el juego.

—No, hazlo tú.

—No quiero.

—Ni yo. ¿Lo próximo que haré será salir a comprar osos de peluche?

—Nunca me dio tiempo para eso. Mi adolescencia se complicó.

Lo escuché inspirar hondo.

—Sí... Hay cosas que todavía estás a tiempo de recuperar.

—Ojalá así sea.

—Me gustaría no tener que cortar la conversación pero llegué y tengo que estacionar.

—Hablamos más tarde.

—Sí, hasta más tarde. En serio, cuelga tú.

—¿Cuento hasta tres o cuelgo así sin más? —bromeé.

—Mmm... mejor cuenta hasta tres.

—Ok, tres...

—Adiós.

—Dos...

—Te voy a extrañar.

—Uno...

—Te quiero.

Colgué.

No planeaba seguir amargándome porque me dijese que me quería.

Ingresé la contraseña en mi computadora y puse música. Recogí el bolso de ropa sucia y puse el lavarropas. Coloqué sabanas limpias en la cama e hice una lista de compras del supermercado. Llamé a mi papá, le envié un correo a Valeria para avisarle que estaba de regreso en casa y llamé a León para ponerlo sobre aviso de lo mismo, él ya lo sabía, acaba de ver a Federico, me comprometí a tomar un café con él fuera del horario de oficina para ponerlo al tanto de las novedades, esto era, contarle las buenas nuevas sobre mi libro y, con lujo de detalles, mi nueva relación con Federico.

Para cuando llegó la tarde yo ya había provisionado mis alacenas, lavado tres cargas de lavarropas y escrito por un par de horas. Federico todavía no llamaba y yo estaba conteniéndome por llamarlo, no quería que se sintiese presionado, además si hasta ahora no había llamado él era porque no tenía novedades.

Frente al silencio y a la ansiedad, me calcé ropa de deporte, un par de zapatillas y salí a correr.

...

Por un cuarto de hora mis piernas pidieron a gritos que me detuviese, mis pulmones se unieron en el reclamo; no aflojé el paso, estaba decidida a llegar a casa corriendo, no caminando, además el concentrarme en el movimiento de mis muslos resultaba efectivo a la hora de quitármelo de la cabeza.

El efecto se desvaneció de a poco, empezó cuando estiraba mis músculos y se intensificó mientras me quitaba las zapatillas. Para cuando llegué a la ducha lo necesitaba con desesperación; las ganas de tenerlo conmigo en este instante me quemaban por dentro. Me moría por besarlo, por tocarlo, por escuchar su voz, por sentir el peso de su cuerpo contra el mío, por escuchar de sus labios las cosas que nunca le había dicho a nadie. Me faltaba su risa... me faltaban todos sus defectos, su parte más oscura y lo más luminoso de sus ojos.

Me repetí que no tenía sentido continuar sufriendo así pero mi parte más masoquista y también más enamorada simplemente no tenía intenciones de dejarlo ir.

No lloré, esto no era tristeza, era simple e incuestionable necesidad de tener a tu lado a ese otro ser humano que te hace sentir más vivo.

Las gotas de agua caliente me recordaron a sus dedos sobre mi piel, a sus dedos dentro de mí. El recuerdo de esos momentos a la distancia era más fuerte que los momentos con Federico y el único responsable de dicha

insensatez era mi maldito cerebro enquistado en él.

El placer junto a quien amas es lo mejor, sobre todo cuando amas como yo lo amo a él: del modo más estúpido e incauto, del más sensible y kamikaze.

Perdí una batalla frente a ese amor pero me quedé tranquila a la espera de que desconectado de todo lo que le daba vida, sucumbiese tarde o temprano.

Entre jadeos solté su nombre; ahora nadie, es decir: Federico, podía escucharme.

Ducharme con el cabello así de corto era un trámite rápido de modo que permití por un par de minutos, que el agua cayese sobre mi cabeza, cuando volví a sentirme incapaz de conseguir esto con nadie que no fuese él. Tan abstraída estaba que me costó reconocer la campanilla del teléfono.

Con un manotazo cerré la ducha y volví a escucharlo sonar, una, dos veces. De una patada mi corazón me sacó de la ducha; no tenía razón de ser, esperaba que fuese él, y lo más lógico es que no fuese Félix sino Federico para ponerme al corriente de las novedades de mi libro.

Mis pies mojados resbalaron sobre el piso del baño, logré mantenerme en pie. Corrí hasta el aparato con pánico de no llegar a atender antes que el contestador.

—Hola —solté luego de sin querer, darme un golpe con el aparato en la cara.

No contestaron pero la comunicación seguía allí.

—Hola, ¿quién habla? —no me atreví a pronunciar ni el nombre de Félix ni el de Federico por miedo a errar. De ser Federico hubiese contestado, no había razón para que guardase silencio—. Habla... Félix... Contesta. Sé que eres tú, llamaste antes ¿no es así? —Nada—. Necesitamos hablar y si llamaste es porque quieres escuchar lo que tengo para decir. Debí contarte la verdad —apreté la toalla contra mi rostro mientras que unas gotas caían de mi cabello al suelo y otras bajan por mis piernas con el mismo destino—. Tenía tanto miedo de perderte, de que te dieras cuenta de que no soy esa vida inocente que creías que arruinarías. Soy como tú, Félix, estoy repleta de defectos, cometí errores... amarte no es uno de ellos, sé que no, no puede ser así—. Tenía que ser él, nadie más se habría quedado escuchando este patético discurso—. Me rehusó a creer que lo que siento es un error. Dime que tampoco crees que fue un error. Por favor, Félix —apreté los dientes—. No puedo parar de pensar en ti. Voy a volverme loca lejos de ti. Te amo... te amo, Félix. Te amo. Hablemos; tengo tanto que contarte, quiero que seas partícipe de las cosas que...

Cortaron. Sobre mi oreja sonó la señal de tono.

Miré el aparato y luego lo coloqué sobre su base.

El portero eléctrico sonó.

La desesperación de que colgara fue asesinada por el entusiasmo del llamado a mi puerta. Sonreí, ya imaginaba su rostro bajo la imagen de tintes azulinos de la cámara de seguridad. Mi corazón decidió que era momento de copar el resto del espacio dentro de mi pecho.

Me abalancé sobre el portero eléctrico para contestar el llamado que al final no pude responder porque el rostro que me mostraba la cámara no era el de Félix sino el de Federico, semi escondido detrás de un gran ramo de flores y una botella de champagne.

Quise morirme ahí mismo.

El portero volvió a sonar.

Vete—le pedí mentalmente—. Por favor vete. Convéncete de que no estoy en casa, no puedo verte ahora. Vete.

No podía comportarme de un modo más despreciable.

El timbre volvió a sonar.

Lo seguí con la mirada mientras se movía incómodo ante la puerta de mi edificio.

Inspiré hondo. Simplemente no podía dejarlo en la calle, no podía hacerle esto... por cuánto tiempo más me emperraría en continuar tratándolo así.

—Hola —de mi voz, al igual que del resto de mí, no quedaba mucho.

—Adivina quién está a punto de cerrar un contrato editorial por el que morirían muchos escritores nóveles.

Su enorme sonrisa copó casi toda la pantalla del visor.

—Sube.

Presioné el botón que le abría la puerta de entrada.

Envolviéndome en la toalla procuré recomponerme un poco. ¿A quién quería engañar? Si continuaba así acabaría lo suficientemente loca como para querer repetir los estúpidos saltos con los que Félix intentaba sentir algo; nada duradero desde ya, y ese era su problema. A mí tampoco nada me duraría mucho si continuaba así.

Suponiendo que se encontraba próximo a arribar a mi piso, fui hasta la puerta.

En el exacto momento en que la abrí, Federico salió del ascensor.

Me sonrió luego de recorrerme con la mirada.

—Vaya recibimiento —bromeó.

Una sonrisa apenas perceptible salió de mis labios.

—Felicitaciones—. Caminó hasta mí y me tendió las flores, las que tomé para

después retroceder un paso para hacerle espacio—. Sé que quedamos en que discutiríamos mi visita... es que no pude contenerme —puso un pie dentro de mi departamento —te echaba de menos y me pareció muy buena excusa el hecho de que a más tardar en veinticuatro horas cerraré por ti un contrato de esos que no se ven muy a menudo.

Empujé la puerta para cerrarla.

—¿Hice mal? —su mano se aproximó a mi cintura.

No llegué a contestar.

Federico acercó su rostro al mío. Nuestros cuerpos no se tocaban.

—Estoy loco por ti; ni por un segundo logro arrancarte de mi cabeza —susurró a mi oído. Su respiración me hizo cosquillas. Todavía continuaba sin tocarme, yo sin darle permiso para hacerlo—. ¿Hago mal? —me preguntó otra vez, ahora buscando mis ojos.

Alcé la vista.

—Me muero de ganas de tocarte... de llevarte a la cama.

Me estremecí, en parte de gozo, en parte de tristeza. Cómo es que podía querer y no querer, en un mismo momento, estar con él.

Por fin conseguí moverme y fue para quitarle la botella de champagne de las manos la cual dejé junto con el ramo de flores, sobre la mesa.

Estirándome acerqué mis labios a los suyos. Continuaba sin tocar su piel.

Sus parpados cayeron pesados.

Todavía sin que mi piel hiciese contacto con la suya, desanudé su corbata, la que tantas veces había anudado para que quedase prolija, y lentamente la hice correr por debajo del cuello de su camisa.

La corbata cayó sobre mis pies.

Aparté el saco de encima de sus hombros y lo hice correr por sus brazos. Federico fijó sus ojos en mí otra vez, se quedó quieto, sin moverse, si preocuparse por la prenda de ropa que acaba de quedar hecha un bollo en el piso.

Mis manos ascendieron hasta el primer botón de su camisa. Lo solté e hice lo mismo con los siguientes hasta llegar a la cintura de sus pantalones; tiré de la camisa para liberarla de estos y terminé de desabotonarla.

Pesqué su muñeca derecha y liberé el puño.

Federico rió con suavidad y de buen grado me ofreció su puño izquierdo.

Fue momento de tocarlo.

Mis manos subieron por su pecho hasta las clavículas y se movieron por encima de sus hombros para empujar la camisa.

Su mano derecha llegó a mi cuello mientras las mías fueron directo a la cintura de sus pantalones. Me deshice de su cinturón y desabroché el botón de su pantalón, bajé el cierre. Mis dos manos fueron a parar a su abdomen para bajar lentamente.

Lo sentí contener la respiración.

Alce la vista; sus dedos ahora apretaban mi nuca.

—Hiciste bien en venir —mi mano entró dentro de su ropa interior —; quiero que seas mi cura de él —me estiré y comencé a besarlo.

Por la boca tomó aire dentro de la mía.

Sus pantalones cayeron. Empezaba a excitarse.

Mi nombre se le escapó en un jadeo. Tomó mi mano y la apartó con suavidad.

Su mirada dijo más que todas las palabras juntas. Sin soltarme, volvió a besarme mientras me empujaba en dirección al cuarto.

A los pies de la cama nos deshicimos de su ropa interior y de la toalla que me cubría.

Su nariz se internó entre mi cabello mientras sus manos acariciaban mi espalda.

—Podría vivir solamente de esto. Qué mayor placer que poder tocar tu piel.

Con esas palabras me desarmó, en puntas de pie le rodé el cuello y me apreté contra él.

Sus piernas se colaron entre las mías, me empujó contra la cama.

Se me hizo un vacío en el estómago que no creí pudiese llenar con nada.

Recibir y dar caricias que son necesitadas es un privilegio, muchos menosprecian el valor de la cercanía de otro, de un roce de pieles o de una mano posada en el lugar correcto.

El tacto de algunos tiene poderes curativos.

Félix comenzó a gritar dentro de mi cabeza cuando el preservativo apareció en las manos de Federico. Chilló amenazando con dejarme sorda mientras las manos de Federico ascendían desde mis pantorrillas hasta mis muslos; comenzó a quedarse sin palabras y sin aliento para gritar en el momento en que Federico entró en mí susurrándome al oído que me quería.

Esa noche lo dejé abrazarme. Necesitaba ese abrazo y era ridículo negarme.

La noche siguiente me dormí abrazándolo yo a él, al descubrir que tenía una espalda en la que conseguía calzar mi pecho con facilidad y unas piernas en las que podía enredar las mías para no sentir que me faltaba suelo que pudiese sostenerme, debajo de mis pies.

Verlo dormir a mi lado empezó a dejar de ser una carga, por mucho que me

costase asimilarlo, parecía que él pertenecía a mi cama, a mi departamento. Mis sábanas lo abrazaban también cosa que dudé que fuesen a hacer con Félix si un día regresaba.

Nunca regresaría.

## 6.

Mi celular sonó otra vez, ¿sería la décima?

No hizo falta que viese en la pantalla el número de quien intentaba contactar conmigo, si esta era la décima vez, las otras nueve fueron de Spencer. Llevaba más de una hora sin saber nada de mí y obviamente se preocupaba. Supuse que me buscó en los lugares de siempre sin poder dar conmigo porque no me entraba en ninguno de esos sitios que solía visitar.

Si en un principio se alegró cuando le dije que quería volver a Buenos Aires, que arreglase para mí la organización del vuelo desde Dubái, todo a las prisas y sin mayores justificativos —no tenía negocios u obligaciones pendientes en la ciudad—, ahora debía estar arrepintiéndose de haber accedido a traerme aquí. Yo también comenzaba a arrepentirme de haber venido.

Creí que sería maduro de mi parte volver, intentar mantener con ella una conversación de adultos sin reaccionar, sin explotar por las meras suposiciones que tan poco me costaba armar.

No fue fácil escaparme de Spencer, tampoco del hotel, todos los empleados me conocían y no quería que nadie me viese. No quería que quedasen rastros que pudiesen guiarlos a todos a ella otra vez, en caso de que mi plan no diese con el resultado esperado.

Me alejé del hotel corriendo, enfundado en jeans y una camiseta vieja. Me encasqueté una gorra de béisbol en la cabeza y unos anteojos de sol que había comprado y que jamás llegué a usar porque realmente no eran mi estilo.

Era demasiado temprano pero no me importó. En el automóvil alquilado conduje hasta su departamento y allí aguardé frente a la entrada de su edificio a verla salir o entrar, o hasta que me animase a salir del auto para llamar a su puerta.

Con una taza de asqueroso té entre las manos, me asomé hacia arriba; las persianas de su departamento parecían estar bajas. No quería despertarla.

El barrendero se alejó con su carrito hacia la esquina. La calle de a poco

coabraba vida.

Bebí el último sorbo de té. Mis tripas crujieron de hambre. Si todo salía bien la invitaría a almorzar luego de que hiciésemos el amor hasta que me olvidase de los días que llevábamos separados.

Al principio no le preste atención al vehículo que se detenía frente a la puerta. Me pareció divisar que el conductor era un hombre, lo acompañaba alguien... Estacionaron. La puerta del lado del acompañante se abrió. Una persona bajó, alguien de cortísimo cabello castaño que vestía jeans, zapatillas y una vaporosa blusa blanca debajo de una campera de cuero.

Me tomó un momento reconocerla con esa nueva apariencia.

Sentí que me estallarían los ojos, simplemente se veía más bella que nunca. Desde que la vi me gustó su cabello pero así, con apenas centímetros de largo, su cabellera no hacía más que favorecer sus rasgos, que resaltar sus ojos y... su hermosa sonrisa.

—Mierda... cuanto te amo, Gabriela —entoné en voz alta dispuesto a escuchar y aceptar todo lo que tuviese para decirme, así fuesen las más burdas mentiras. Si eso era lo que hacía falta, crearía un mundo de mentiras en el que pudiésemos vivir para que no tuviese que extrañarla más, para que no me quedase con toda esta sensibilidad que me abrumaba, cargándola yo solo sin su ayuda, sin su humor, sin sus caricias.

En una milésima de segundo nos imaginé removiendo cielo y tierra para buscar a su hijo, nos vi a los tres compartiendo una amplia casa, en medio de un bosque quizá, me visualicé a mí mismo compartiendo con ese niño cosas que mi padre jamás había compartido conmigo. Le daría a esa criatura todo lo que me hubiese gustado recibir y con eso no me refería a lo monetario, eso por descontado que lo tenía, lo que planeaba hacer es esforzarme porque se supiese querido y protegido, para que nunca en la vida volviese a sentir el vacío del abandono o de la falta de origen, para que jamás en la vida se sintiese como una cosa, un número o algo fácil de reemplazar.

Se me fue por los labios una sonrisa al pensar que quizá Gabriela y yo pudiésemos hacer mucho más que eso: darle una familia, una verdadera familia con hermanos, con Rose como tía, con mi padre como abuelo si es que él todavía quería recuperar lo que nunca tuvimos. Dos, tres niños, incluso se me pasó por la cabeza contemplar la posibilidad de adoptar, hay tantos niños que no...

Pensaba en niños que no tienen nada cuando la puerta del lado del conductor se abrió.



Mi teléfono volvió a sonar.

El jefe de Gabriela apareció en escena. Le habló, le rió. Cada uno por su lado del vehículo caminó hasta el baúl que ya estaba ligeramente abierto.

Los jefes no llegan con sus secretarias a las nueve de la mañana, vistiendo casual, con la piel bronceada.

Se me cortó la respiración.

Federico alzó la tapa del baúl; ella se le acercó, él la tomó por la cintura y luego comenzó a besarla. Su otra mano soltó la tapa del baúl y se internó en su nuca despejada de los largos cabellos que recordé tan bien olían, sobre todo cuando usaba mi jabón.

El modo en que la besó no dejó lugar a dudas porque ella se lo devolvió con el mismo gesto que denota demasiada intimidad.

Se separaron; él sacó una valija del baúl, la misma que ella había usado para viajar conmigo, ella tomó su mochila.

—Estúpido, imbécil. Eres un pedazo de idiota. El más rematadamente necio de todos.

Ninguno de los insultos que me dediqué en voz alta fue suficiente.

Federico cerró el baúl y la siguió a ella cargando su valija. Se detuvieron en lo alto de la escalera.

Mi teléfono sonó una vez más, lo apagué y luego lo arrojé hacia la parte trasera.

Abrí la puerta del auto. No pensaba bajarme para armar un escándalo, simplemente necesitaba ser testigo de esto sin un cristal de por medio.

Fue tan patética mi posición, medio escondido entre el automóvil y un árbol, todavía con la gorra en la cabeza pero ya sin los anteojos; me insistí a mí mismo en que debía verlo directamente.

Deben haber estado al menos cinco minutos despidiéndose con besos y caricias; el desgraciado no dejaba de meter los dedos entre sus cabellos y ella lo dejaba.

¿Para qué sigues mirando, no quedó claro que nada de lo que pensaste que existía fue real, que nunca nada de lo que imaginaste será real? —me pregunté a mí mismo y luego me contesté que no tenía importancia si esto me mataba, sería una suerte que lo hiciese, y si no era así, al menos serviría para grabarme a fuego en las ganas de volver a su lado, la advertencia de un engaño que no tenía fin.

Como fuese, tuve que agarrarme del auto para no salir corriendo, atravesar la calle y molerlo a golpes a él.

Qué haría al desahogarme y quedar frente a frente con ella... no tenía la menor idea. Incluso sabiéndola una gran mentirosa no lograba deshacerme del amor que sentía. Me quedaría helado frente a su rostro el cual ahora lucía incluso más juvenil por el corte de cabello.

Mierda, estaba tan bonita que me moría ganas de ser yo ese idiota que no se decidía a alejarse de Gabriela de una buena vez. Lo hubiese dado todo por ser ese idiota.

Federico finalmente comenzó a alejarse. Ella no paró de sonreírle mientras buscaba las llaves de su departamento.

Me metí en el auto, Federico se metió dentro del suyo. Creí que no me costaría nada poner el motor en marcha y largarme de allí; siquiera logré calzar la llave en el encendido, no sabía lo que era una llave y qué era mi mano o cómo demonios hacer para conducir.

Ella se internó en el hall de entrada de su edificio y la perdí de vista.

El automóvil abandonó la escena y yo continúe allí sentado, en compañía de un vaso de papel que olía té y un celular apagado que no tenía idea de dónde había ido a parar.

Me quité la gorra. Pasé mis manos una y otra vez por mi cabello empapado de sudor frío producto de la tensión nerviosa y del poco control de mi cuerpo que tenía por estos días.

No conseguí moverme de allí. Tendrían que sacarme de aquí con una grúa.

Las persianas de las ventanas de su departamento se abrieron. Comenzaba a hacer calor; también aquí dentro lo hacía pero no atiné ni a bajar los cristales ni a encender el aire acondicionado.

Perdí por completo la noción del tiempo. El sol se movía por encima de mi cabeza pero ya no era capaz de determinar a qué hora podía corresponder su posición.

Tildé a mis ojos de mentirosos cuando me la mostraron salir del edificio en calzas grises, zapatillas y una remera verde que resaltaba músculos y huesos que me dio la impresión no tenían la misma forma mientras estaba conmigo.

Se encasquetó los auriculares y observó la pantalla del apartito que tenía entre las manos.

Desesperado rebusqué a mi alrededor las llaves del auto para encenderlo.

Gabriela se echó a correr en el sentido en que corría el tránsito en el mismo momento en que logré dar marcha. Le agradecí mentalmente por no salir corriendo en sentido contrario.

No comprendo qué me entusiasmaba tanto, sí, podría observarla más de cerca

pero ¿qué beneficio me reportaba eso? Ninguno.

No imaginé que correría a ese ritmo.

La seguí lo más de cerca que pude procurando no ponerme en evidencia. Alzaba los pies bien en alto al correr, también sus rodillas. Llevaba un ritmo envidiable.

Como un tonto me perdí en las curvas de su espalda, en su nuca y otra vez en su corto cabello que tanta desesperación tenía por tocar.

Ella empezó a sudar por el esfuerzo y yo por la desesperación de no comprender qué mierda hacía siguiéndola sin poder quitarle la vista de encima a riesgo de terminar incrustado contra otro automóvil o un árbol.

Corrió por más de una hora durante la cual la perdí de vista un par de veces porque se metió en contra mano. Siempre volví a alcanzarla.

Regresamos a su casa, ella con las mejillas sonrosadas, luciendo más viva que nunca; yo transpirado pero de sudor frío. Al verme al espejo retrovisor me asusté, debajo de mis ojos habían aparecido ojeras y mi piel estaba de un pálido verdoso.

Gabriela estiró los músculos de sus piernas y brazos en la calle y distraídamente paseó su mirada por la cuadra, probablemente sobre mí sin siquiera notarme, sin imaginar que yo podía estar allí viéndola, mucho menos, que había sido testigo de los besos con su jefe.

Sin más preámbulos volvió a abandonarme.

Me quité el cinturón de seguridad y me lacé hacia la parte posterior del auto para buscar mi celular, lo encontré debajo del asiento, medio caído en un hueco impensable dentro del interior de la carrocería.

Cuando lo encendí tenía treinta llamadas perdidas de Mike, cinco de mi padre y una docena de James además de una interminable cantidad de mensajes de texto de todos ellos, alteradísimos por mi desaparición. El sol caía y yo me había largado sin decir a donde cuando apenas despuntaba por el horizonte.

En cualquier momento llamarían a la policía, a la INTERPOL o al FBI con la intención de dar conmigo. ¿Crearían que fui raptado, estarían planificando la forma de rescatarme?

Imaginé que se habría metido en la ducha, después de todo llegó a su casa empapada en transpiración; Buenos Aires estaba demasiado calurosa y húmeda.

Aguardé unos minutos y luego marqué su número.

Contestó al quinto timbrado, justo antes de que me atendiese su contestador.

Su “hola” aturdió mi cerebro luego de que se escuchase un golpe.

No dije nada, solamente necesitaba escuchar su voz, no la mía.

—Hola, ¿quién habla?

Apreté los labios. Deseé con todas las fuerzas que pronunciase mi nombre, quería escuchárselo decir una vez más, aunque fuese la última.

—Habla... —le demandó a mi silencio y entonces sucedió, pronunció mi nombre y así me convertí en nada sobre la butaca de un vehículo alquilado que llevaba horas habitando como si fuese el último lugar para ocupar en este mundo—. Contesta. Sé que eres tú, llamaste antes ¿no es así?

Sí, fui yo le contesté en silencio, te llamé el día de mi cumpleaños pero es probable que tú siquiera recordaras que ese día era mi trigésimo aniversario.

—Necesitamos hablar y si llamaste es porque quieres escuchar lo que tengo para decir. Debí contarte la verdad.

Deberías decírmela ahora, farsante. Ya basta de mentir, Gabriela. Solamente dime que no me amas, que jamás me amaste y así todo será mucho más fácil para los dos, así lo daremos todo por terminado.

—Tenía tanto miedo de perderte, de que te dieras cuenta de que no soy esa vida inocente que creías que arruinarías. Soy como tú, Félix, estoy repleta de defectos, cometí errores... amarte no es uno de ellos, sé que no, no puede ser así.

Qué sencillo es para ti seguir mintiendo. Qué dirías si te confesara que esta mañana te vi besarte con ese hombre, qué excusa encontrarías para eso.

—Me rehusó a creer que lo que siento es un error. Dime que tampoco crees que fue un error. Por favor, Félix. No puedo parar de pensar en ti.

Y yo en ti.

—Voy a volverme loca lejos de ti. Te amo... te amo, Félix. Te amo. Hablemos; tengo tanto que contarte, quiero que seas partícipe de las cosas que...

No pude escuchar una palabra más. Colgué.

Aparté el teléfono y vi a Federico otra vez, subiendo las escalinatas del edificio cargando un enorme ramo de rosas y una botella de champagne.

Alejé la mirada. Puse el motor en marcha.

—Spencer soy yo —solté a toda velocidad sin darle tiempo a nada en cuanto él contestó al primer timbrazo —Estoy bien. Voy de regreso al hotel. Pide que preparen el avión, quiero largarme de aquí cuanto antes.

—Pero... Señor... ¿está usted bien? Llevamos horas buscándolo.

—Estoy perfectamente bien, Spencer, simplemente cumple con lo que te ordené.

—Claro, Señor. Como usted diga. ¿Puedo preguntar cual será nuestro destino?

—Nos vamos a casa, Spencer, regresamos a Nueva York.

—Muy bien, Señor, como diga. ¿Hay alguna otra cosa que pueda hacer por usted? ¿Quiere que... puedo pasar a buscarlo por...?

—No, Spencer, nada de eso será necesario, estaré de regreso a más tardar en una hora. Pensándolo mejor si hay algo que puedes hacer, llama a mi padre y a James y diles que estoy bien.

—Lo haré.

—Gracias.

—No tiene nada que agradecerme, es mi deber.

—Sí, es cierto, lo es—. Sin despedirme colgué.

Minutos antes de la media noche estaba otra vez de regreso en la cabina de mi avión. Había mandado apagar todas las luces de la cabina y dispensé al resto de personal. La nave estaba lista para despegar, contábamos con el permiso de la torre de modo que en cuestión de minutos abandonaríamos la ciudad. Esperaba no tener que regresar aquí en un futuro próximo. No tener que pisar la ciudad no la borraría de mi mente, mucho menos de mi corazón sin embargo evitaría que me sintiese tentado a ser protagonista de escenas tan patéticas como la que representé este día.

Cerré los ojos, el avión comenzaba a moverse. Volví a ver su nuca, su corto cabello.

Me agarré la cabeza y abrí los ojos, apenas si podía ver algo con tanta lágrima de por medio.

El carrito arrastraba el avión pero el peso más grande que cargaba no era el de éste sino el mío, en este instante pesaba toneladas de tanto amarla y extrañarla, de tanto que necesitaba que me abrazara.

Entendí que no pegaría un ojo. En cuanto tuviese el permiso del capitán para levantarme de mi butaca, buscaría las pastillas para dormir que llevaba años sin necesitar. Mi doctor aceptó a regañadientes recetármelas; las había llevado a Dubái pero me resistí a usarlas... aguanté lo que pude, ya no lo soportaba más.

Me limpié los ojos. La pista comenzó a correr a toda velocidad mientras los motores aceleraban. Experimenté la presión sobre mi cuello, en mi abdomen. El tren de aterrizaje se despegó del suelo.

—Es momento de decirte que se terminó. Adiós.

En medio de tanto pensamiento oscuro noté que hacia una noche hermosa. La luna, las estrellas, todo era demasiado perfecto, tan perfecto cuanto yo

pretendía ser ante todo el mundo, tan perfecto cuanto esperaba ser luego de que ella me cambiase al convencerme de que podía ser algo distinto si quería, de que valía la pena serlo.

Tanto valor le di a sus palabras, a sus gestos...

El avión se inclinó sobre la ciudad que empequeñecía en la oscuridad, la ciudad de a poco, emuló al cielo con sus luces.

Dos pastillas y una taza de té empujaron a mi cerebro a un sueño pesado que de reparador no tuvo nada.

La puta butaca sobre la que me quedé dormido costaba un dineral y de cualquier modo, cuando abrí los ojos tenía la misma sensación en el cuerpo que cuando desperté en la celda en Londres. El sol ya brillaba y mi único pensamiento fue conseguir a alguien a quien ver esta misma noche para que me ayudase a quitarme de encima toda esta carga de sensaciones que no sabía cómo manejar, que me desbordaban al punto de hacerme sentir que me encontraba al borde de la locura. Para liberarme de las ganas de hacer el amor con ella y para que se me quitase de la cabeza la idea de quizá, poder hacerlo con alguien en el futuro. Así como un día, hace una infinidad de años me dije a mí mismo que el amor no era para mí, que yo no era capaz de sentir eso, que no estaba en mi humanidad; volví a repetírmelo.

—No quiero amar a nadie más, ella será a primera y la última.

Esto era exactamente lo opuesto a lo que creí tener con ella, a lo que pensé podía darme el lujo de tener. No podía equivocarme más, yo soy eso, no puedo vivir eso, no lo merezco y siquiera sé cómo hacerlo. No soy bueno para eso, solamente soy bueno para hacer dinero, para mandar, para influir miedo porque es eso lo que transmito, no respeto. En mi vida me había sentido tan poca cosa, tan desastroso y poco humano.

Mi lugar era donde siempre, con las cosas de siempre, con la vida que solía llevar y a eso regresé para no sentirme tan perdido.

...

—Pensé que no volvería a verte por aquí.

Ella no tenía por qué pensar nada de mí, siquiera debía pensar en mí cuando yo no estaba aquí. No dije nada, siquiera tenía ánimo para discutir.

—Pues me ves, aquí estoy.

—Así somos nosotros, Félix, no conseguimos apartarnos de esto por mucho

tiempo.

Me di la vuelta para que no me viese la cara. Demasiadas veces había visitado este departamento y sin embargo tenía la impresión de que hoy lo veía por primera vez. Nueva York ya estaba demasiado fría allí afuera, en contraposición esto era un cubo de cristal relleno de calor.

Desanudé mi corbata y la coloqué sobre la silla.

—¿Qué tienes en mente para hoy?

Me quité el saco, lo dejé sobre la silla y avancé hasta la repisa. No era capaz de decirle lo que necesitaba en voz alta. Otras veces lo que necesitaba hoy, era lo que realmente quería, pero como hoy no podía tener junto a mí lo que quería, simplemente resumiría el momento a saciar una necesidad.

Tomé las esposas. Sería solamente el principio, para cubrir el más acuciante de todos mis males, no saber qué hacer con mis manos y mis brazos los cuales sin ella no tenían razón de ser.

—Empecemos por esto, para lo demás te dejo vía libre. Tengo toda la noche y hace mucho que no vengo —le tendí las esposas y ella me sonrió con complicidad—. Y como muy bien expusiste: nosotros no podemos permanecer alejados de esto mucho tiempo.

—No te preocupes, haré que te olvides del trabajo. Se me acercó y me puso una mano sobre la mejilla. El tacto de su palma se sentía muy extraño, no mal sino simplemente distinto a lo que había sido antes—. Tienes cara de agobiado —me sonrió—. Déjame a mí. Haré que se te quite. En unos minutos ya no recordarás aquello que te preocupa tanto.

—Te tomo la palabra—. Saqué la camisa de dentro de mis pantalones y comencé a desabotonarla—. Necesito que hoy subamos un escalón.

Ese era nuestro código para subirle el tono a la noche.

Una amplia sonrisa apareció en su rostro y así comenzó la noche, con mi liberación a toda responsabilidad. Simplemente obedecí y disfruté, desde el primer segundo, el metal de las esposas raspando mi piel y después todo lo demás.

Con los ojos vendados, las manos esposadas en la espalda, desnudo y de rodillas en el piso frío, en un espacio casi vacío la sentí a mi lado, preguntándome si podía sentir las yemas de sus dedos deslizándose por mi piel en una sutil caricia que al dolor no lo conocía ni de nombre.

Un segundo más tarde se lo presenté, dos segundos más tarde volví a empujarlo en su dirección para que lo tuviese bien cerca, para que pudiese verlo.

—Sí lo necesito —le expliqué—. Ahora más que nunca porque tus manos no volverán a tocarme—. Otro golpe más y por mi piel se desperdigó una corriente eléctrica que como terapia de electrochoque, tensó mi columna de arriba abajo así como la suya se tensaba cuando las yemas de mis dedos la recorrían.

Volveré a mi estado de antes —repetí dentro de mi cabeza una y otra vez mientras comenzaba a excitarme.

El problema no era conseguir una reacción de mi cuerpo sino no sentirme hueco y a medio hacer por tener esto solo.

Nunca antes había gritado, por lo general simplemente apretaba los dientes, esta vez no hubo forma de contenerla a ella, dentro de mí. No recuerdo qué grité, quizá fuese su nombre... probablemente; mi compañera hizo varias pausas... de sorpresa me imagino, esto jamás había sido así. Lo que sí sé es que grité; fue una orden para que no se detuviese, de modo que no se detuvo.

La noche fue larga y agotadora. Acabé desparramado en una cama que no era la mía sin saber cómo hacer para moverme, para relacionar otra vez mis extremidades con mi tronco. Ella pasó sus dedos por mi cabello una y otra vez, sentada con la espalda contra el respaldo. No la miré, eché un vistazo hacia afuera deseando que comenzara a nevar muy pronto, quizá cuando helase afuera ya no sintiese mi interior tan gélido.

—Siempre es un placer tenerte por aquí, Félix —entonó enredando un mechón de mi cabello entre sus dedos para luego darme un tirón. En otro momento el gesto me hubiese hecho perder la cabeza para pedirle que nos quedásemos aquí un rato más, lo cierto es que no me quedaban ni fuerzas ni ganas, mi cuerpo obtuvo parte de lo que necesitaba, mi pecho estaba lejos de eso pero al menos mi cerebro comenzaba a reprogramarse; quizá así pudiese dormir un par de horas sin necesidad de somníferos.

A duras penas conseguí vestirme por mi cuenta. Ella se ofreció para ayudarme... era demasiado tener que soportar esta situación.

Nos despedimos.

En cuanto entré en el ascensor apreté la frente contra la pared de cristal procurando no pensar en el dolor de mi espalda, tampoco en el de mis muslos. Abrí los ojos y traje mis muñecas a donde pudiese verlas. Eran un completo desastre.

La carne lastimada no era más que un reflejo del interior.

La puerta del ascensor se abrió en la planta baja.

Mike ya me esperaba en la entrada; antes de salir del departamento le avisé



que salía.

El hombre de seguridad me abrió la puerta.

Había venido sin más abrigo que mi camisa y el saco por lo que al abrirse la puerta me estremecí, una ráfaga se coló golpeando de lleno contra mí. La saludé amistosamente. Hoy la noche estaba despejada pero quizá mañana llegasen las nubes y con un poco de suerte, tuviésemos al menos agua nieve.

—¿Necesita que lo ayude?

Por qué, me ves caminando con dificultad—le contesté mentalmente. Lo cierto es que sí, apenas si podía moverme.

—No, estoy bien.

Además este dolor también es bueno, no pienso tomar ni un solo analgésico —añadí dentro de mi cabeza.

Me arrastré hasta el automóvil. Nueva York ya amanecía pese a que faltaban un par de horas para que saliera el sol. Calculé que si me duchaba con prisa, podría permitirme al menos una hora y media de sueño; tenía tiempo hasta mi primera reunión de la mañana, qué tenía que decir o hacer en esta, no lo sé.

Una vez más, Spencer se ofreció a ayudarme... entré a mi departamento solo, pasé por el bar, me serví medio vaso de whisky, de camino a la ducha me arranqué la ropa.

El agua de la ducha pese a que era eso, solamente agua, dolió como mil demonios. Al salir, envuelto en la toalla me tiré sobre la cama. Me dormí al instante.

...

No las tenía todas conmigo, al menos no hice el ridículo. La reunión pasó sin penas ni glorias, y ahora estaba en la calle, solo (después de mucho replicar al final logré que Spencer dejara de insistir con acompañarme) en búsqueda de algo que almorzar; bien podía haber ordenado de comer pero necesitaba aire y frío.

Di un par de vueltas por los alrededores del edificio, tenía hambre sin embargo no se me apetecía nada en particular.

Un semáforo me atrapó en la esquina al igual que otra docena de oficinistas que salían de su reclusión para recordar que el mundo en el exterior de sus oficinas, todavía existía.

El viento continuaba soplando fuerte por lo que me arrebuje dentro de mi abrigo el que hoy sí, a diferencia de anoche, tuve el tino de vestir.

—Es... es magnífico. No puedo... Estoy tan contenta.

Por poco y me desnucó al identificar la voz de Valeria.

Con desesperación la busqué entre las demás cabezas. No me costó demasiado identificar su cabellera rubia, era demasiado pálida y prolija para pasarla por alto; se hallaba dos cabezas a mi izquierda, hablaba por celular.

—Me apena perderme el festejo. Te deberé un brindis —hizo una pausa—. Me alegró tanto. Todo lo que peleaste... tantas cosas...

Empujé a un par de personas para acercarme a ella. La vi limpiarse las lágrimas que le corrían por el rostro. Sonreía.

—Gaby, de verdad, te felicito. Ahh... estoy que no puedo parar de llorar de la emoción. Te juro que me dan ganas de subirme un avión, de cualquier modo no llegaría al festejo de esta noche.

El semáforo cambió y el grupo de gente que esperaba en la esquina recuperó la movilidad. Yo me dediqué a seguirla sin perderle pisada. Necesitaba escuchar de qué hablaba con Gabriela.

—Es contrato es increíble. Federico de verdad que se lució con esto—. Pausa —. Sí, ya sé que fui injusta con él pero eso es porque te hacía trabajar demasiado; probablemente ahora te presione para que escribas más y más. Por cierto, cómo va el nuevo libro.

Gabriela debió hablarle porque Valeria permaneció en silencio un momento.

—Me encanta escucharte tan entusiasmada. ¿Te das cuenta de que esto no es más que el principio? Tienes el camino frente a tus pies, qué tan lejos llegues dependerá de ti. Ahh... que lloro otra vez.

Sí, de hecho noté que tenía la cara empapada en lágrimas y que un poco del maquillaje de sus ojos marcaba rastros oscuros en la piel de sus mejillas, las mismas que yo había besado una vez. El recuerdo me turbó, por mi propio bien había escondido los recuerdos de mis momentos con ella porque había sentido que eran un insulto y un engaño a Gabriela. Ahora ya no importaba.

—¿Qué será lo primero que hagas con el dinero? Viajar es una buena opción —entonó sonriendo—. Podrías venir a visitarme. El alojamiento no te costará un centavo, mañana mismo me mudo y el departamento es enorme; cuando lo veas te encantará. Está terminado pero me falta comprar un par de muebles; podríamos hacer eso juntas, siempre tuviste buen gusto para comprar muebles, para que los ambientes se vean como los de un verdadero hogar y no como los salidos de una revista de decoración— un momento más tarde Valeria se carcajeó—. No, no intento alabarte para convencerte de que vengas a visitarme, apelo a nuestra larga amistad para que lo hagas. Tenemos

demasiadas cosas de las que hablar. Conversar por teléfono no es lo mismo, escuché mucho de Federico de tus labios pero necesito verme a la cara, cara a cara y no por medio de Skype. Además yo también tengo muchas cosas que contar —pausa—, no, no por teléfono, además estoy en la calle, voy de camino a un almuerzo de trabajo, el cual por cierto, para que lo sepas, va de maravilla. Cuando seas una famosa escritora podrás decir que te viste una famosa diseñadora. Por lo que veo tendré que darme prisa, si es como dices, que ya tienes interesados en tu segundo libro... Esto es genial, es un sueño hecho realidad—volvió a limpiarse las lágrimas—. Llegaré hecha un desastre al almuerzo —se miró los dedos que pasara por debajo de sus ojos—. Tal parece que arruiné por completo mi maquillaje—. Se sorbió la nariz—. Manuel me contó que ya se pusieron a trabajar. La vida te debe muchas y por lo visto se decidió a comenzar a pagarte. Solamente espero poder tener yo también, mi oportunidad de devolverte lo que te debo —pausa larga—. Sí, claro que te debo, fue mi culpa que lo conocieses y además... No Gaby, es cierto, ese desgraciado no habría aparecido en tu vida de no ser por mí y no podría sentirme más culpable y no me vengas otra vez con eso de que todo pasa por algo. Deberían encerrar a ese desgraciado en un lugar en el que no pueda herir a nadie más. No se merece ni el aire que respira.

Alguien se me cruzó por delante y por poco chocamos, me retrasé en mí andar y tuve que apurar el paso para alcanzarla otra vez.

Hablaba de mí, eso quedaba más que claro. Me sentí la peor basura del universo y al mismo tiempo sentí que comenzaba a ponerme como una fiera de la furia que me generaba escucharla hablar de mí.

—Ya me imagino viendo las marquesinas de las películas de tus libros aquí en Nueva York, porque hora, a todo lo libro bueno lo adaptan a Hollywood. Te advierto, quiero entradas para la premier. ¡Claro que no bromeo ni exagero! Lo verás, todo el mundo se aprenderá tu nombre de memoria. La verdad es que esto no parece parte de la misma vida que vivíamos poco más de un mes atrás. Te quiero, eres mi mejor amiga, mi hermana... no puedo más que desearte todo lo mejor. Te siento feliz y eso me hace inmensamente feliz. Escucha, ya casi llego y tengo que recomponerme un poco o asustaré a los inversores. Le mandas un beso a tu padre y a León de mi parte y felicitas a Federico por su magnífico trabajo. Bébetes una rica copa de champagne por mí y festeja hasta quedar inconsciente que esto no volverá a ser lo mismo jamás y jamás se te olvidará. Que esta noche no quede lugar ni tiempo para pensar en cosas feas o tristes.

Valeria se detuvo a unos pasos de la puerta de un restaurante y yo hice lo propio a tres pasos de ella sin saber cómo justificar que me detenía en mitad de la vereda interrumpiendo el fluir del tránsito humano.

—Te quiero. Saca muchas fotos y luego me las mandas. Quiero ver más de ese cabello corto tuyo —rió con ganas otra vez—. Claro, te mandaré fotografías del departamento en cuanto me entreguen la llave. Te quiero. Sí, sí, sí. Saludos a todos. Adiós, adiós.

Valeria finalmente apartó el celular de su oreja y cortó la conversación.

Tenía planeado esfumarme en cuanto colgara, no lo logré.

No solamente mi rostro se había derretido por la noticia... era lo que Gabriela deseaba quizá más que nada en este mundo... poder publicar, ser una escritora con todas las de la ley.

Yo había prometido darle un impulso en su carrera pero evidentemente ella no necesitaba de mí siquiera para eso. No me necesitaba para nada.

Mi cuerpo flácido se amalgamó con la vereda.

Valeria se dio la vuelta al tiempo que guardaba el celular en su bolso. Sus ojos claros dieron directo en los míos.

—Félix...

—Valeria.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás solo? —Miró hacia un lado y al otro de la calle—. ¿Dónde está Spencer?

Me reí ante su última pregunta.

—Soy perfectamente capaz de salir a la calle solo.

Sus mejillas cobraron un intenso color rojo.

—Sí, y también queda claro de que eres capaz de cometer muchas otras barbaridades. Al mismo tiempo eres incapaz de muchas cosas que el resto de los seres humanos podemos hacer—. Dio un paso hacia mí—. Sabes qué: fuiste el peor error que cometiera jamás y no pasa un día sin que me lamente el haberte conocido, sin que odie el momento en que decidí hablarte de ella. Lo hice porque creí que te sentías perdido, que necesitabas que te dijera... que te enseñara que si había una prueba de que existía esperanza para otros, confiarías que también la había para ti. No se me ocurrió pensar que abusarías de esa esperanza mía y la pisotearías lastimándola de ese modo.

—Ella no es nada de eso —fue lo único que conseguí articular.

—Púdrete, Félix. No pienso malgastar otro minuto de mi vida en ti. Tú no tienes remedio, mejor dicho, no quieres tener remedio, te encanta ser ese desgraciado insensible y altanero que se cree mejor que todos. Permite que te

diga un secreto —se inclinó hacia mí, me observaba con odio—, no eres mejor que nadie, es más, eres el peor de todos, eres el ser humano más horroroso que tuve la desgracia de conocer. Ahora si me disculpas, tengo mejores cosas que hacer.

Valeria hizo el amago de dar la media vuelta y moverse para ingresar al restaurante pero se arrepintió. Me enfrentó otra vez.

Su mano derecha me abofeteó. Sí, me dio vuelta la cara de una cachetada en plena calle.

Me quedé duro.

Los que pasaron junto a mí se quedaron viéndome.

Ella desapareció dentro del restaurante y mi mejilla todavía ardía.

Lo único que faltaba era que un *paparazzi* retratase sus cinco dedos impresos en mi rostro.

## 7.

Era un poco tarde para desear que mi regreso a la oficina fuese sin tanto público presente, sin tantos testigos que pudiesen atestiguar la mueca que saldría en mi rostro cuando los lugares trajesen asociados momentos tan significativos como la primera vez que lo vi: él sentándose muy orondo en el sillón frente a mí tal si fuese el dueño de todo y de todos. O la vez que conversamos en la sala de reuniones, solos los dos; la vergüenza que me dio que se fijase en mis zapatos y mi tonto gesto de esconder los pies detrás de la pata de la silla.

Félix no estaría presente esta vez, pero sí un montón de gente que quería festejar conmigo la firma de mi primer contrato editorial: mi padre, unos pocos conocidos, entre ellos muchos autores representados por la agencia —ahora mis colegas—, y los que ya oficialmente eran mis excompañeros de trabajo puesto que Federico me había conseguido un adelanto de mi libro, por demás generoso, que me permitiría continuar escribiendo sin tener que preocuparme por nada más, al menos por un tiempo. Esto último todavía no me parecía real, es que no podía creer que finalmente lo que tanto había deseado comenzara a convertirse en realidad.

Agradecí que al menos tenía tiempo de hacerme a la idea de lo que sucedería a continuación mientras ascendía en el ascensor.

Ya era de noche y me tomé un momento antes de meterme dentro de esta cabina de acero, para admirar el lobby del edificio y la escultura que tanto me

gustaba y entre tanto cruzaba unas palabras con Juan quien también estaba invitado al festejo.

Moví los pies... llevaba esos mismos zapatos que él se quedó mirando aquella vez, los que me regalara Valeria.

Al verme al espejo que era la pared posterior de la cabina del ascensor me dio la sensación de que iba demasiado maquillada, quizá también demasiado arreglada pese a que llevaba unos imples pantalones negros y un blusa. Me dieron ganas de volver a mis jeans y zapatillas, de sentarme frente a la computadora y no asomar la nariz a la calle.

—No harás eso —me dije en voz alta. De hecho en verdad tenía ganas de festejar, me lo merecía pero la parte depresiva de mí que todavía penaba por él, tenía un poco de ganas de arruinarme la noche—. Te ves bien, todo está perfecto.

Al volverme comprobé que el siguiente piso sería mi destino.

Inspiré hondo un par de veces y practiqué una sonrisa. Estaba demasiado nerviosa, no tenía por costumbre ser el centro de atención.

Necesito una copa de champagne —pensé—; mejor que sean dos. O tres. Con dos estaría bien, no probaba bocado desde el almuerzo.

Ok, aquí vamos —erguí la espalda y cuadré los hombros—. Aquí vamos.

Las puertas del ascensor comenzaron a abrirse.

Ni remotamente esperaba el flash que reventó sobre mi rostro. Tampoco los gritos de emoción, bueno en realidad los gritos sí, sobre todo los que identifiqué en la exquisita voz de León, quien volví a pensar, debió dedicarse a la ópera.

Muchas otras voces conocidas entonaron mi nombre.

Otro flash reavivó la ceguera del primero. No era la primera ni la segunda vez que un flash inesperado me daba en la cara, de hecho era la tercera, la salvedad es que aquella primera vez, la luz tenía intención de ayudar a reflejar otro rostro y no el mío; el de Félix.

Relájate, esto no cambia nada, cuando estás escribiendo el mundo vuelve a ser el mismo —me susurré para evitar entrar en pánico.

El tercer destello llegó desde mi lado izquierdo. ¿Es que acaso había más de una cámara aquí para retratar el momento? Y en ese grupo no cuento los celulares en alto... esto era demasiado bizarro. ¿Qué sería lo próximo, que alguien me pidiese un autógrafo? Se me ponía la piel de gallina con solo pensar que un día tendría que firmar libros... dedicarlos... ¿qué escribiría? Si eso sucedía, las palabras no me alcanzarían para agradecerle a quien

comprase mi libro.

El vértigo se apoderó de mí.

—Bienvenida —la mano de Federico se pegó a la mía. Apretó mis dedos entre los suyos y depositó un recatado beso en mi mejilla; esta misma mañana me había besado una y otra vez, de un modo muy distinto. Por suerte aquello empezaba a fluir de un modo mucho más natural y por qué no reconocerlo, lo disfrutaba, sobre todo cuando me permitía a mí, tomar las riendas de la situación, cuando él no insistía en ponerse demasiado romántico y nos dábamos de un modo más instintivo que sentimental; o al menos eso procuraba hacer yo para que las sensaciones no se me escapasen de los dedos y tener que —por desgracia — fingir un orgasmo, lo cual no era ni placentero ni el quid de la cuestión, de hecho el quid de la cuestión era intentar no extrañar hacer el amor con Félix cuando tenía sexo con alguien más.

Me subieron los colores a la cara al recordar el momento en que esta misma mañana, le pedí si podía vendar sus ojos. Federico dio muchas vueltas, mas al final accedió, solamente por darme el gusto, imagino, no porque el juego le causara demasiado entusiasmo. La verdad es que me había quedado con las ganas de pedirle permiso para atarle las manos a la cama, es que a veces sus manos lo delataban, mejor dicho, delataban la ausencia de Félix, arruinándolo todo. Entendí que era demasiado para él, así como que nos mirásemos o tocásemos del modo en que lo hacía con Félix, ese nivel de intimidad y confianza se veía demasiado lejano en nuestra relación. Y pensar que nos había tomado nada llegar a eso... Yo no soy ni nunca fui de los que creen en eso de las almas gemelas, nada más tenía la impresión de que nunca tendría con alguien más lo que tuve con él, pese a que probablemente volvería a enamorarme y a sentirme feliz con otra persona... ahora estaba feliz con Federico, todo lo que se puede luego de una ruptura, luego del “insensible”.

El primer abrazo fue el de mi padre. Dijo que se sentía muy orgulloso de mí; se puso a llorar pero yo logré resistirme de convertirme en un mar de lágrimas.

El siguiente abrazo fue uno pesado, como dado por un oso.

—Señorita Lafond, yo sabía que usted lo lograría—. Me apretó contra él un poco más—. Bonita, te mereces esto y mucho más.

Di todo de mí para igualar la fuerza y la seguridad que me brindaba su abrazo, en el que le devolví, agradecida de contar con su amistad y compañía.

—¿La próxima celebración será tu compromiso? —Susurró en mi oído—. Nadie más lo escuchó. León soltó una carcajada—. Ese hombre está

completamente estúpido por ti. Se le cae la baba del amor e imagino que de algo más—. Una de sus manos le dio una palmada a mi trasero mientras todos los demás continuaban riendo y festejando—. Mírate nada más, tenemos que empezar a salir a correr juntos, Federico mencionó algo de que él no puede seguirte el tranco.

En más de un aspecto —me lamenté yo por una fracción de segundo—, pero ya encontraríamos un ritmo al que pudiésemos ir juntos —intenté convencerme.

—Tendrás que contarme todo con lujo de detalles.

Lo aparté de mí dándole unas palmadas en su pecho.

—¿El fin de semana con una taza de café, o quizá algo más? —propuse. Federico tenía que viajar.

—Me parece perfecto.

La primera copa de champagne llegó a mis manos. La vacié casi sin darme cuenta, este día venía cargando sobre mí una gran cuota de eventos que aturdían a mi corazón y a mi cerebro con emociones y vivencias fuertes, con el llamado de Valeria y todo lo demás...

Todavía no terminaba de saludar a todos los presentes y ya habían recambiado mi copa vacía por una llena; la oficina estaba a reventar de invitados que disfrutaban de la bebida, la comida y la música. Agradecí que hubiese tanta gente por el medio, era mejor así que tener vista directa sobre todos los rincones que me recordaban a él.

—Estamos tan felices por ti.

—¿Cuándo saldrá el libro?

—¿En qué trabajas ahora?

—Es increíble lo rápido que Federico consiguió ese contrato.

—Que ganas de leerlo.

—Te extrañaremos por aquí.

—Yo quiero mi ejemplar firmado y dedicado.

Escuchar todas aquellas frases continuaba resultando irreal y sentí que jamás me acostumbraría a ese tipo de cosas. Probablemente fuese mejor así.

Cuando me quise acordar iba por mi cuarta copa de champagne, tenía la mente un tanto nublada, disfrutaba del evento, sobre todo de la compañía porque esta era la gente que me conocía desde hacía tiempo, con la cual me veía casi todos los días, y próxima estaba a conseguir ignorar su recuerdo. La noche había avanzado tranquila y alegre.

Los primeros invitados comenzaron a despedirse.

Federico conversaba de negocios con uno de los representados de la agencia.



Decidí fugarme de mi propia fiesta por cinco minutos; tenía una taza de café en mis manos y necesitaba despejarme un momento, y quitarme los zapatos también.

Creo que nadie me vio colarme dentro de la sala de reuniones.

Cerré la puerta detrás de mí, agradeciendo el silencio que captaban mis oídos. Bebí un sorbo y avancé hasta el fondo del salón acariciando la superficie de la mesa con las yemas de los dedos; percibía las vetas de la madera en mi piel. Cerré los ojos sin detenerme, imaginé que sentía las costillas y músculos apretados debajo de su piel... las marcas en su espalda, en sus muñecas y de allí todo derivó a las esposas que no llegamos a usar. Por qué negarlo, me había quedado con las ganas.

Como un rayo, una certeza llegó a mí, Félix no me había cambiado, sus gustos no se me habían contagiado, él simplemente me entregó la llave que abrió la puerta para dejar salir lo que ya existía en mí, liberándome.

Me senté en la silla y la moví para enfrentarla a la que él ocupara, me crucé de piernas meneando el pie de la pierna que colgaba por encima de mi rodilla; no pensaba volver a esconder mis pies nunca más. Con los pies moví su silla para colocarla justo frente a mí y volví a cruzarme de piernas. La luz de la luna que entraba por la ventana detrás de mí fue la única en ocuparla.

Coloqué el bolso de mano y mi taza de café sobre la mesa pero me quedé con el celular.

Busqué su número. Observé la pantalla por un par de segundos sin lograr decidirme a llamarlo. Al final, y por una decisión de mis dedos y no de mi cerebro, presioné sobre el indicador de llamada.

Mi corazón aceleró de cero a cien kilómetros por hora en menos de un segundo.

¿Qué haría si él contestaba? No tenía idea de qué decir porque ya no lograba decidir si lo quería de regreso o no.

Llamó una, dos y tres veces... cuatro, hasta que saltó el contestador. Colgué, no tenía caso hablarle al aparato, probablemente había visto mi número y se negó a contestar.

Tenía las manos tan sudadas de los nervios que el celular se me resbaló cuando abrieron la puerta, por suerte cayó sobre mí regazo.

Alcé la vista para ver a Federico cerrar la puerta detrás de sí. Me sonrió y apoyó todo el peso de su cuerpo contra ésta.

Le sonreí fingiendo que nada pasaba.

—Sé que no te gusta ser el centro de atención... tendrás que acostumbrarte—.

Comenzó a andar hasta donde yo me encontraba.

—Bebí demasiado, no sé muy bien dónde tengo la cabeza y me mataban los zapatos.

En cuanto dije aquello se arrodilló frente a mí y me quitó uno, luego el otro.

Mis piernas continuaban cruzadas.

—¿Quién era? —señaló mi celular con la cabeza.

—Nada, solamente le echaba una mirada a mis mensajes.

—¿Algo importante? —empezó a masajear mi tobillo derecho.

Negué con la cabeza.

—Odio tener que salir de viaje —su mano subió por detrás de mi pierna; sus dedos le hacían cosquillas a mi piel.

—¿Cerraste la puerta?

Se sonrió.

—No.

Me levanté de la silla y fui a cerrarla.

Federico pronunció mi nombre al tiempo que se ponía de pie. Soltó una risa queda, como de vergüenza.

—Allí afuera hay gente; aún no se fueron todos. Alguien podría...

Llegué hasta él y le tapé la boca con una de mis manos, la otra fue directo a su cinturón.

—No me parece... esto es...

Solté el botón de sus pantalones y comencé a besarlo. Únicamente Félix podría volver a encerrarme detrás de aquella puerta, solamente él tenía la llave.

Sentí en mi pecho la respiración de Federico agitarse cuando mi mano llegó a destino.

Federico soltó un jadeo dentro de mi boca. Intentaba escapar a mi mirada pero mis ojos no se lo permitieron, sus manos fijas en mi trasero me dejaron muy claro que pese a sus palabras y demás gestos, esto le agradaba.

Los dedos de mi mano derecha se enredaron en los cabellos en lo alto de su cabeza. Tironeé suavemente. No logró resistirse más; ya no podía parar de jadedar de placer por lo cual siquiera me besaba. Quise poder ser un reflejo de su placer... quizá en algún punto lo fuese.

—¿No fue tan mala idea, no?

Intentó sonreírme; su cabeza estaba en otra cosa, no en mis bromas tontas, su cabeza, su cuerpo estaban en mis manos.

Alguien llamó a la puerta.

Mi nombre salió en un susurro de sus labios. No me detuve.

Volvieron a llamar.

Le sostuve a Federico la mirada.

Intentaron abrir la puerta.

—¿Gabriela... Federico, están ahí dentro?

Me distraje por un momento y Federico aprovechó para apartar mis dos manos de él.

—¿Todo está bien?

Federico se apartó para darme la espalda.

—Sí, enseguida salimos —contestó él.

Noté que se acomodaba las ropas mientras ponía todavía más distancia entre nosotros dos.

Volví a calzarme los zapatos y fui hasta él.

—Contigo cada día es una sorpresa —me dijo cuando llegué a su espalda.

Apreté la cara contra su espalda, no era el perfume de Félix y de cualquier modo su aroma se tornaba cada día más, un olor familiar y agradable.

Se dio la vuelta para posar una de sus manos sobre mi mejilla.

—Creo que recién ahora comienzo a conocerte.

—¿Eso significa que no soy lo que esperabas, no al menos en el buen sentido?

No me sorprendió que comenzara a sentirse espantado de mis acciones, sin duda él era más recatado, por decirlo de alguna manera; cada una de sus reacciones a mis acciones remarcaba las diferencias entre ambos.

—No, no quise decir eso... es que...

No necesité que nadie me dijese que su sonrisa era forzada.

Di un paso atrás.

—Gabriela...

—Está bien, no necesitas decirme nada —me alejé para recoger mi bolso y mi café—. Entendí.

—¿Qué es lo que entendiste?

Fue su turno de obligarme a que lo viese a la cara.

—¿Gabriela?

—No importa.

—Por supuesto que importa; lo que intento decirte es que eres mucho más de lo que creí y no es que no agradezca lo nuestro, o que me arrepienta de estar contigo es que constantemente tengo la impresión de que no podré manejar lo nuestro, que me sobrepasas, es que al igual que cuando corres, no puedo seguirte y me da miedo que te aburras de mí porque yo no contesto a ti como

debiera, como esperas. A veces siento que eres demasiado, más allá de lo que soy capaz de manejar.

No pude contestarle nada.

—No pienso terminar esto; no al menos que quieras que termine.

Negué con la cabeza.

—Bien... entonces... ¿estamos bien?

—Sí.

Me sonrió, ahora sí, con convicción.

—No digo que no me gustara, es que no estoy acostumbrado a... No me hagas caso, ¿sí? Todo lo que sea contigo me gusta. No tengo forma de fingir lo contrario —me tomó de las manos—. No soy él y tú tampoco lo eres, lo nuestro es distinto. Me resulta inevitable pensar que podrías estar comparándome con él constantemente. Debimos hablar de esto antes pero la verdad es que me daba miedo tocar el tema. No quiero perderte Gabriela y no quiero que pienses que podrías perderme. Estoy aquí contigo y no me iré a ninguna parte. Si tengo que repetirlo un millón de veces para que me creas, lo haré.

—No es necesario.

Frunciendo la nariz me sonrió. Su mueca fue tan dulce que me dieron ganas de comérmelo a besos.

—De cualquier modo creo que lo repetiré un par de veces más —llevó mis manos a rodear su cintura y luego me abrazó—. Me gusta decírtelo porque todavía no terminé de convencerme de que lo nuestro sea real —me besó—. Tengo la novia más inteligente, sexy y bella.

Intenté contener mi sonrisa.

—Lo ves, no podrías ser más tú. Te amo.

¿Ser más yo? Supongo que sí, todo esto era yo, esa que se sonroja ante lindas palabras y la misma que cerró la puerta con llave para tener intimidad en la que solía ser su oficina con una fiesta todavía celebrándose al otro lado.

—¿Estamos bien?

—Sí.

—Vamos, salgamos, creerán que reñimos.

...

—¿Otro café? —me preguntó León después de que pasásemos los últimos cinco minutos desternillándonos de la risa básicamente por tonterías. Era

bueno recuperar lo sencillo de la vida. También era reparador tener una tarde libre para poder hablar con alguien; a falta de Valeria y con una valentía que me quitaba muchas de las inhibiciones que solía tener, conversar con mi amigo me ayudó a liberar un poco de tensión. Llevábamos horas aquí tonteando, bebiendo café y comiendo cosas ricas.

—Sí, por favor.

León se fue hasta la barra y yo me quedé sentada limpiándome las lágrimas que se me saltaron de tanto reír, con una servilleta de papel.

Alce la cabeza. A mi lado había alguien viendo videos en una *tablet*, la chica llevaba auriculares puestos. Estiré el cuello, ella parecía tan concentrada en la imagen que me dio curiosidad. Era un video en YouTube pero no era un video de música. En el primer parpadeo pensé que era yo la que, en ganas de verlo, lo imaginaba en cualquier parte. No fue así. La modelo cuyo brazo lo rodeaba, había sido portada de un par de revistas de moda, de esas de las que era fanática Valeria. Félix y ella salían de un club nocturno, o quizá fuese un restaurante. Esta vez Félix no se molestó en ocultar su cara ni parecía importarle que lo fotografiasen y lo filmasen, de hecho caminaba con la cabeza en alto, muy orgulloso. Incluso me pareció distinguir que por un momento, hasta le sonrió a la cámara.

No estaba borracho; para esto no tenía excusa, hacía lo que le venía en gana y nada más, seguía adelante con su vida.

La elegante pareja se metió dentro de un taxi y las cámaras pararon de filmar.

La chica movió los dedos, otro video saltó de inmediato.

Félix muy sonriente ante docenas de cámaras deseosas de retratarlo en el *backstage* de un desfile de modas. Lucía el mismo traje que en el video anterior.

Otro movimiento de sus rápidos dedos... una filmación amateur... Félix saliendo de un edificio evidentemente muy temprano en la mañana, vistiendo exactamente el mismo traje, ahora más arrugado, con la camisa fuera de los pantalones y la corbata en la mano. Llevaba el pelo revuelto, lo rodeaban al menos cinco fotógrafos. Mike lo esperaba al cordón de la vereda con la puerta del auto abierta.

La chica debió darse cuenta de que estaba mirando la pantalla de su *tablet*. Me sonrió al tiempo que se quitaba los auriculares. Era bonita, tenía un aire a Valeria. Me pregunté qué hacía mirando videos de Félix; es más, me dio algo de celos y me enojó, igual que si él fuese de mi posesión, cosa que no era así, es más, ahora estaba con alguien más, con esa modelo con la cual había

dormido.

—Una pena que sea un mujeriego. Hace dos días se lo vio salir del departamento de la actriz esa que ahora tiene una película en cartelera, no me acuerdo cómo se llama.

El café trepó por mi garganta igual que la porción de Lemón Pie que había comido.

—Al menos no anda por ahí borracho. Eso debe haber sido cuando terminó con su prometida —rió—. Parece que ya la superó y está otra vez en el rodeo. ¿Te gusta?—quiso saber—. Bueno, con esa apariencia es difícil que no te guste. Nunca lo vi en vivo y en directo pero imagino que es todavía más lindo en persona.

Sí, definitivamente lo era —le contesté mentalmente —sobre todo cuando no se exponía, cuando no tenía intención de impresionar o asustar. Félix era más bello cuando simplemente sonreía entre sorbo y sorbo de su té en la mañana, más que nada cuando me hacía el amor mirándome a los ojos.

—Mañana lo veremos con alguna otra mujer. Ahora que no tiene compromiso... —bajó la *tablet*.

—Supongo que así será.

Sentí a León llegar con las bebidas.

La chica volvió a lo suyo, esta vez, al ponerse los auriculares, sí se dedicó a ver videos de música.

León detectó mi mueca.

—Félix —apunté con la cabeza en dirección a la chica a mi derecha —hay videos suyos en internet, por lo visto se dedica a pasarlo muy bien.

—Tú también lo pasas bien e imagino que de un modo más saludable —apretó los labios —lo vi en una web de chimentos, fotografiado en compañía de la rubia esa de la película que se estrenó el otro día, esa que...

—No tiene importancia, con quién estaba, ahora cambió, se dejó ver con una modelo.

—No te dije nada porque...

—No tiene importancia, León. Lo mejor es que vea esas cosas para terminar de entender de una buena vez, quién es él.

—Es bueno para que ya no esperes que regrese y termines de entender a quién tienes al lado antes de que se te escape. Bueno, no es que crea que Federico tenga intenciones o fuerzas para despegarse de tu lado, lo digo para que lo aproveches, para que lo disfrutes. El sujeto consiguió el mejor contrato que la agencia lograra jamás y lo hizo por ti, y estoy convencido de que hará mucho

más si lo dejas.

Lo dejé, le permití a Federico hacer por mí lo que deseara y yo procuré liberarme a hacer por él, poco a poco, lo que me generaban las circunstancias. Llegó el punto en que poco y nada de tiempo me quedaba para darle demasiadas vueltas a las cosas, lo cual eso no las tornaba menos dolorosas pero en fin, es bueno tener con qué entretenerse, cosas por las cuales luchar.

Seguí escribiendo mi nuevo libro y conocí a mi editora con el cual comencé a trabajar tan solo una semana después de que firmásemos el contrato.

Otras cosas siguieron marchando también, Manuel el hermano de Valeria me presentó a quien sería mi abogado en mi intento de dar con mi hijo, él fue sincero, me dijo que probablemente él tuviese una familia y que si así era quizá no me permitiesen verlo, también me avisó que debía armarme de mucha paciencia, en este país la burocracia y el desorden gubernamental general, el cual afectaba a las secretarías sociales, demoraría todo hasta lo indecible. Ni modo, si había esperado diez años podía esperar un poco más, pese a que la ansiedad me carcomía por dentro, es que era inevitable, que a la hora de comenzar a buscar una casa a la que mudarme, porque ese era un lujo que ahora podía darme... jamás imaginé que podría comprar una casa en la que vivir, incluía en mis planes a mi hijo, y no hacía más que buscar propiedades con amplios jardines, con habitaciones luminosas y en barrios que fuesen bonitos, tuviesen parques y buenos colegios en los alrededores.

Mi relación con Federico fue encontrando su punto medio, pero aún, por lo general muy seguido, era yo la que terminaba corriendo a la cabeza, liderando la situación. Al menos me daba la impresión de que Federico ya había sobrepasado la etapa de la sorpresa, al menos de la que pudiese extrañarlo de un modo poco agradable, de a poco se acostumbraba a mis salidas y procuraba adecuarse a la situación. Otras veces era yo, la que notando su zozobra, desaceleraba la carrera para permitir que me alcanzara.

Así como mi nombre empezó a ser mencionado incluso mucho antes de que existiesen motivos, el de Félix apareció por cuanto medio de comunicación existe, incluso en el más simple: las charlas entre personas.

Cada vez que veía a Félix salir retratado en revistas, periódicos o incluso hablando por televisión —ahora no ponía recato alguno en hablarle directo a la cámara, ni que hablar de pavonearse frente a éstas como si les entregase

magnánimamente, la dicha de poder captar su imagen— un pedazo de mí se convertía en nada, cada vez se me hacía más y más patente, que él había seguido adelante con su vida, sin el menor rasguño.

Y de qué modo vivía su vida. Félix estaba completamente descontrolado. De pasar a ser el hombre comprometido en casamiento, del cual se contaban muchas historias, pasó a ser esas historias de un modo completamente abierto y sin control. Sus negocios volvieron a avanzar viento en popa, por lo que también me topaba con él en reportes de economía y negocios de diarios, revistas y en la televisión. Sus empresas se estaban convirtiendo en un conglomerado bestial con varias cabezas que semejaba ser completamente inmune a los problemas económicos del mundo.

En cambio sus relaciones... salió con cuanta modelo, actriz y personalidad femenina se puso de moda. Algunas eran apenas unas niñas, otras, nombres reconocidos por todos, incluso para mí, que de farándula conocía poco y nada. Tres veces vi en las noticias, anuncios de que había tenido una riña en tal o cual local nocturno. Dos veces tuve frente a mí, fotografías de autos semi destrozados que chocó por conducir en estado de intoxicación. En París lo echaron de un conocido restaurante por golpear a un mesero y en Londres le habían iniciado una causa por insultar a un muchacho gay, a los gritos y sin pelos en la lengua, en la presentación de una exposición de obras de arte que se efectuaba para recolectar fondos para una causa benéfica.

Una modelo de todas las que pasaron por su lado, también tuvo oportunidad de despacharse en su contra en más de un medio amarillista de Inglaterra. La chica le contó a todos, sin guardarse nada, que Félix tenía más de una “costumbre extraña” a la hora del sexo, incluso lo culpó de golpearla y de no tener respeto alguno por el sexo femenino.

Si cuando yo lo conocí, Félix no era visto con buenos ojos, ahora era lisa y llanamente, odiado. Tal es así, que para los anuncios de logros o nuevos proyectos de algunas de sus compañías, si Félix en ese momento estaba envuelto en un escándalo de turno, era la cara de uno de sus ejecutivos la que salía en los medios, no la suya; sus perfectas facciones y los hermosos ojos azules, por estas alturas, eran únicamente, sinónimo de escándalo.

No se me olvidará nunca la mañana en que sola en casa, desayunando en la cama me topé con la transmisión en vivo de la inauguración de la construcción de un hotel en no sé dónde, se aparecieron un montón de mujeres que le armaron un escándalo tal, que tuvieron que llevárselo rodeado de una veintena de hombres para que las mujeres no pudiesen alcanzarlo. Félix no se libró de



la lluvia de huevos y tomates que le cayó encima. De hecho fue desde ese día que comenzó a recortar sus apariciones en ese tipo de eventos. Nada de eso pareció afectarle demasiado, mucho menos detenerlo.

La pena me desbordaba cada vez que lo veía fuera de sí, hoy sabiéndolo estar haciendo cosas que acabarían mal. No había vuelto a llamarlo pero en esos momentos me daba ganas de tomar él teléfono y preguntarle qué se supone que hacía y si no se daba cuenta que estaba echando a perder lo que por tanto tiempo intentara proteger e incluso estimo, aquello por lo que tanto había luchado, no creía equivocarme al pensar que si seguía comportándose de ese modo, sus empresas terminarían pagando las consecuencias, lo cual era muy triste porque eran una parte de él. Félix había creado y protegido con uñas y dientes esas empresas que el mismo había dicho que se sentía responsable, sobre todo por la cantidad de empleos que generaba. ¿A dónde se habría ido toda esa responsabilidad que juró sentir?

A mi cabello no le di tiempo a crecer y procuré no darle oportunidad a mi corazón, de sentir nada por él, el problema es que ese bloqueo amenazaba cada día, opacar e invalidar todos los buenos sentimientos que tuviese oportunidad de percibir.

## 8.

Todavía más vergonzoso que quedar bajo una lluvia de tomates podridos y huevos cuando intentas dar un discurso frente a un público de lo más concurrido, y con la presencia de muchos fotógrafos y canales de televisión, es abrir los ojos y no tener idea de dónde te encuentras. Lo remata todo, girar la cabeza y no reconocer el rostro medio hundido en la almohada a tu izquierda. Esa pierna enredada en las mías me era completamente ajena, todavía más, la mano sobre mi abdomen.

No reconocía el perfume de la piel impregnado en las sábanas, ni los olores del ambiente (entre otras cosas olía muy fuerte a cigarrillo aquí dentro, también a marihuana). Incluso me resultaba extraño el sol que entraba por la ventana.

—La putísima madre—. Gruñí en voz baja para no despertar a “como se llamase”.

Moví los ojos registrando el cuarto. Aquí no había cama, solamente un colchón tirado en el piso, enfundado en sábanas blancas; también era blanco el acolchado en mis pies.

Del lado izquierdo de la cama había una lámpara, también una botella de champagne, de mi lado, una de whisky a la que le quedaba menos de la mitad. Dudaba que hubiese bebido yo, todo lo que faltaba. No recordaba haber corrido al baño para vomitar ni nada y si bien se me partía la cabeza del dolor, mis tripas se encontraban medianamente en paz.

En medio de las dos ventanas frente a la cama había un perchero de metal del cual colgaban un par de prendas femeninas pero de mi ropa no había noticias por ninguna parte.

Reparé en un detalle que no me agradó... las ventanas no tenían cortinas y se veía el edificio al otro lado de la calle la cual debía ser muy angosta.

—Hola vecinos —susurré moviendo los dedos de mi mano derecha

despegando el brazo del colchón con miedo de despertar a mi compañera. Mi mano izquierda estaba atrapada por una de las suyas.

¿Nos vería alguien?

Consideré las posibilidades de que pudiesen habernos filmado o fotografiado. Si así era esto se pondría todavía peor. Ya me imaginaba a todo el mundo viendo un video de mí teniendo sexo con...

Volví a echarle un vistazo a su rostro. Definitivamente no tenía ni la menor idea de quién era esta chica de largas piernas y corto cabello. Su cabello...

Mi cabeza cayó pesada sobre la almohada otra vez, la chica, fuera quien fuese, llevaba el cabello igual a como lo tenía Gabriela la última vez que la vi. ¡Y justo cuando creí que no podía ser todavía más patético!

El cuarto contaba con una única puerta un par de pasos a mi derecha la cual estaba entornada no cerrada. Me pareció notar que llegaba olor a café.

—¡Mierda, no vive sola!

Dónde carajo había dejado mis ropas y por qué no pensé un poco en dónde acabaría la noche.

A quién quería engañar, era incapaz de pensar en nada más que en ella.

Con la punta de los dedos de mi mano libre tomé su muñeca y levanté su mano de encima de mis abdominales. La chica se movió un poco; logré desembarazarme de su mano sin despertarla. Festejé eso por una milésima de segundo, todavía me quedaba mucho camino que andar antes de poder salir de aquí sin consecuencias severas.

Una vez que su mano quedó sobre el colchón, me deslicé sobre éste hacia el lado derecho, para apartarme de ella. Mi mano izquierda quedó libre; tuve que retorcer mi pierna izquierda hacia afuera para lograr soltarme de su rodilla. Casi me da un ataque, la chica suspiró y se removió.

Si abre los ojos me mato —me dije. Por suerte no los abrió. Todo lo contrario, giró hacia su lado izquierdo y se acurrucó dándome la espalda.

Por poco y me desinflaté al suspirar de alivio.

Ok, ahora tienes que salir de aquí cuanto antes y llamar a Mike para que te lleve de regreso a casa. ¿Dónde habría quedado mi celular?

Continué moviéndome despacio hasta quedar acostado en el suelo, solamente entonces me atreví a sentarme y luego a incorporarme. Volví a buscar con la mirada, mis ropas. Definitivamente ni señales, lo único que vi fueron tres preservativos usados. ¡Genial, al menos mi cabeza dio para eso! ¿O habría sido la de ella?

No es que fuese pudoroso, definitivamente no lo era, es que no tenía idea de

con qué escenario me toparía al atravesar la puerta, por eso tironeé de las sábanas enredadas a los pies de la cama y con estas me cubrí, en honor a la verdad aquí hacía frío.

En puntas de pies caminé hasta la puerta, antes de abrirla intenté captar algún sonido; creí escuchar voces femeninas, una conversación. Por lo visto tendría que lidiar con más de una persona; esperaba poder hacerlo estando vestido, cualquiera armado con un celular, tenía todos los números de la lotería para ganarse unos billetes si tenía el buen tino de tomarme una fotografía con estas fachas.

Tiré de la puerta, por suerte no hizo ruido y se abrió sin oponer resistencia.

Era un corredor de unos pasos; al fondo el baño, la puerta estaba entreabierta; de frente, otra puerta abierta, otra habitación, allí había una cama pero estaba vacía y con las sábanas tan revueltas cuando quedara aquella de la que acababa de levantarme.

Fui hasta el baño deseando con todas mis fuerzas que mis ropas estuviesen allí.

Lo dudaba.

Empujé la puerta. No, aquí no estaban. Me dieron ganas de orinar. Con el pie empujé la puerta para entornarla, la vejiga me iba a estallar y no quería poner sobre aviso al resto de los habitantes de este departamento.

Apreté los dientes al tirar el desagüe rogando que no hiciese mucho ruido. Aquella cosa sonó tan fuerte como los toillettes de los aviones de línea. Parecía querer chupar y absorber todo el espacio a mi alrededor.

Soltando un rosario de insultos fui a lavarme las manos y la cara, esa cosa ya había sido lo suficientemente ruidosa para que me escuchasen.

Salí del baño. Quizá pudiese arreglar esto con unos cuantos billetes o quizá con unos buenos contactos.

El resto de la propiedad estaba bajando unas escaleras de madera.

En cuando puse un pie sobre el escalón toda la puta cosa crujió. Imposible disimular el peso de mi cuerpo aquí.

La luz del sol le dio a mis pies en cuanto llegué al descanso. Inclinándome hacia adelante, eché un vistazo por el hueco de la escalera: era un living amplio de paredes de ladrillo a la vista y pisos de madera, con ventanales sin cortinas. El espacio lo ocupaban percheros con ropa y unos enormes sillones de tapizado gris; en el respaldo de uno de estos me pareció divisar el saco de mi traje. Sobre la mesa de café había un montón de cosas, sobre todo muchas botellas y copas, creí ver mi celular entre ceniceros, un corpiño y una caja de

cereales de colores.

Al fondo, por una arcada se entraba a la cocina, las voces de mujeres provenían de allí.

Busca tus ropas, encuentra tus ropas —me ordené.

Terminé de bajar la escalera y me apresuré hacia los sillones. Entre estos y la mesa había desparramadas un montón de prendas de ropa, sobre todo femeninas. ¿Habría sido yo el responsable de esto?

Sacudí la cabeza, ya no importaba. Las mujeres en la cocina rieron y esa fue mi señal para darme prisa. ¿Dónde cuernos habría tirado mi reloj?

Definitivamente no podía estar más arrepentido de esto. Fui levantando las cosas del piso en procura de dar con las mías.

El celular que estaba sobre la mesa era el mío y le quedaba casi nada de baterías.

Ensertado en una lata de energizante encontré mi reloj. Ahora solamente me faltaba hallar mis pantalones, mis calzoncillos y la camisa.

Me puse el reloj y metí el celular dentro de mi saco luego de manotearlo del respaldo.

Alcé la cabeza y...

—Buen día —me saludó la chica sonriéndome. Iban en camiseta y mis calzoncillos.

¡Maravilloso!

Ok, me conformaba con encontrar mis pantalones y largarme de aquí. Tenía cientos de camisas.

No me dieron tiempo a contestar, otra joven apareció por detrás de ella. Insulté dentro de mi cabeza al verle la cara, bueno, al vérselas a las dos, no debían tener más de diecisiete años. La segunda chica en salir de la cocina iba en ropa interior, una que no tenía demasiada razón de ser a la hora de cubrirla puesto que a pesar de ser negra era traslucida. No me distrajo lo que se veía por debajo del tejido, la chica cargaba en sus manos una laptop similar a la que le había regalado a Gabriela.

—Hola señor Meden.

—Mierda... —sabían quién era yo.

—¿Tienes idea la cantidad de entradas que salen cuando googleas tu nombre?

Bien, estoy con la mierda al cuello.

—¿Así es que la A es de Axel? Lindo nombre.

La primera chica en salir de la cocina alzó su brazo. Adiviné sus intenciones antes de que el flash estallase en mi cara.

—¿Te sacarías una fotografía conmigo?

—¿Para qué la necesitas? Ya tienes una fotografía de mí envuelto en una sábana, me parece que con eso tienes suficiente.

—No seas así... no te pongas de mal humor.

—Es un poco tarde para eso. ¿Por casualidad tienen idea de dónde quedaron mis pantalones?

—No necesitas irte tan rápido. Imagino que Daria todavía duerme, ella nunca abre los ojos antes del mediodía... podemos divertirnos los tres.

—¿Tienes que correr al trabajo tan pronto? —Preguntó la que sostenía la laptop—. Aquí pone que tienes montones de empresas sin embargo por lo que se ve, la gente no te aprecia mucho. ¿Por qué te arrojaron huevos?

—Nada de eso es asunto de ustedes. ¿Dónde mierda están mis pantalones?

Las chicas se rieron, el flash volvió a impactar sobre mi rostro.

Como no los veía por ninguna parte me tiré al piso y comencé a buscarlos debajo de los sillones.

—¿Puedo ofrecerte un café?

—No me gusta el café —gruñí.

—Quizá tengamos té. Daria solía tomar litros de uno que tenía sabor a bergamota y no sé qué más.

—¡No necesito té, necesito mis jodidos pantalones y si no piensas ayudarme a encontrarlos mejor me dejan en paz!

—¡Hey, no le grites! Esta es su casa, no la tuya —me espetó la chica de la laptop.

—¿Qué es lo que sucede aquí?

Me volví para ver aparecer a la chica que me acompañaba en la cama, en las mismas condiciones en que la dejara, es decir, completamente desnuda.

—Tu invitado no sabe cómo comportarse.

—No diría eso —le contesto ella a su compañera de departamento sin mirarla, sus ojos estaban fijos en mí y me sonreía pícara.

Nunca antes me sentí tan asustado por enfrentar a una mujer, bueno, en realidad enfrentaba a tres.

—Buen día, Félix —me saludó.

—No encuentra sus pantalones —masculló la de la laptop.

—No los necesitas, al menos no todavía —me dijo la del cabello corto que en nada más que en lo corto de su cabello, se parecía a Gabriela—. Subamos, no tengo trabajo hasta la tarde.

—Tengo que irme.

La chica caminó hasta donde yo me encontraba, aparté la mirada, esta situación era demasiado para mí. Sí, incluso para mí. Tomó la sabana que rodeaba mi cintura y tironeó.

—No me dirás que lo pasaste mal... La verdad es que porque lo que se rumorea de ti, creí que serías más inventivo; no pasa nada, imagino que fue debido al alcohol, los dos bebimos demasiado, pero ahora estamos los dos muy despiertos y yo tengo ganas de comprobar si todo eso que decían es cierto.

Sí, en este instante todo acaba de empeorar.

Quise retroceder un paso pero la chica me tenía sujeto de la sábana.

—Dame el gusto ¿sí?

—No, definitivamente no. Tengo que irme—. Intenté escapar otra vez, ella no dio el brazo a torcer, esa pequeña mano suya tenía mucha fuerza. Mejor que intentase con otra táctica o salir de aquí en buenos términos sería imposible—. Daria, en verdad lo pasé muy bien —apenas si tenía un muy vago recuerdo de lo sucedido —en verdad tengo que irme.

Daria tironeó de la sábana hacia el lado en que se encontraban sus amigas. Como la sostenía con una sola mano porque en la otra tenía mis cosas, la tela se me escapó de entre los dedos, acabé mirando hacia el otro lado y con Daria pegada a mí. La cámara del celular de la compañera de cuarto de ésta, sonó al menos dos veces. Fotos de los dos desnudos y juntos, ¡genial!

Como pude me la saqué de encima, ya no tenía ningún sentido esforzarme por no actuar con brusquedad.

—¡Mi punto pantalón ahora mismo! ¡¿Dónde está?! —grité lo más fuerte que pude. Ya no tenía más paciencia.

Daria se apartó de mí.

—¡Idiota! ¿Qué es lo que pasa contigo?

—Lo que pasa es que quiero mis putos pantalones en este instante.

—No sé dónde están, pero dudo que vayas a recuperar tu ropa interior, a Margot le gustaron —rió Daria apuntando a su amiga con la cabeza.

La chica de la laptop soltó una carcajada.

—¿Qué tan alto puedes saltar?

—¿Qué? —le espeté de mal modo.

Ella apuntó con la cabeza hacia arriba, alzando la vista también.

Los cuatro miramos hacia arriba. Mis pantalones colgaban de uno de los rayos de metal de la moderna lámpara.

Me dieron ganas de ponerme a llorar.

Las tres muchachas comenzaron a desternillarse de la risa. Lo siguiente fue una fotografía de mis pantalones colgando. No pensaba pedirles ayuda. Mientras ellas continuaban riéndome subí al sillón y salté. Los pesqué al tercer intento.

Antes de pisar el suelo otra vez, ya estaba en condiciones de volver a alzar la cabeza sin pasar más vergüenza. Di con mi camisa en una esquina del living. Mis zapatos estaban uno debajo de un sillón y el otro debajo de la mesa del café. No me preocupé por buscar mis medias. Me vestí.

—¿En verdad te irás? No te enojas, Félix, tan solo bromeábamos. Anoche eras el alma de la fiesta y de repente hoy pareces otra persona.

—Me voy.

—Una verdadera pena —soltó la que todavía sostenía el celular en alto.

La chica de la laptop me lanzó una mirada de odio.

Sin añadir palabra me dirigí hacia la puerta, la cual encontré abierta.

Salí dando un portazo.

Llamé el ascensor y como no llegaba, opté por las escaleras.

Saqué mi teléfono y llamé a Mike.

—¡Señor! ¿Está bien?

—Sí, Spencer, estoy bien. Dame un momento y te diré por dónde debes pasar a buscarme.

Llegué abajo. El portero me saludó con la cabeza y me abrió la puerta. Una vez en la calle eché un vistazo a mi alrededor. Brooklyn deduje.

Caminé hasta la esquina y le indiqué las calles, le dije que lo esperaría en el café en cuyas puertas me había detenido.

—Claro Señor, estaré allí cuanto antes.

—Me quedaré sin baterías en cualquier momento.

—No se preocupe, Señor, me daré prisa.

La comunicación se cortó y mi celular se apagó.

Por suerte mi billetera todavía estaba en el bolsillo interior de mi saco.

Así, sin medias, sin ropa interior, sin corbata y con la camisa por fuera de los pantalones, entré al café y me dirigí hacia la mesa más aislada que encontré.

Una camarera llegó a atenderme a los diez segundos. Le pedí té, jugo de naranja y un par de tostadas. Ella me sonrió y se largó.

En cuanto me dejó solo apoyé los codos sobre la mesa y me agarré la cabeza. ¿Qué era lo que hacía?

Después de desayunar me di el lujo de utilizar los servicios del café para vomitar en el inodoro lo desayunado.



Regresé a mi mesa temblando para esperar cuarenta y cinco minutos hasta la llegada de Spencer; demasiado tráfico.

Llegué a casa, me di una ducha y me metí en la cama para dormir el resto del día.

...

Antes de acostarme había tenido el buen tino de poner a cargar el celular o quizá no fue tan buena idea puesto que ahora no paraba de sonar. La primera vez lo ignoré por completo: demasiado dormido para contestar. La segunda vez fui más consciente de que sonaba pero apreté los párpados enterrando la cara en la almohada; no quería abrir los ojos.

Esperaba no tener que escucharlo chirriar por tercera vez pero el maldito aparato estaba haciendo todo un escándalo.

Alce un poco la cabeza. Mi espalda se quejó, sobre todo a la altura de los riñones. Me rodeaba oscuridad y debajo de mi abdomen las sábanas estaban arrugadas y algo húmedas no de la ducha que tomara antes de acostarme sino del mal sueño, de las putas pesadillas que materializaban todos mis miedos y dudas en delirios difíciles de soportar.

Palpé la mesa de luz y di con el aparato luego de arrástrame como cuerpo tierra por el colchón.

No vi quién llamaba, estaba demasiado dormido para eso.

—¿Félix?

Quién más podría haber atendido mi celular.

Bufé y me desarmé sobre la cama.

—Sí, soy yo, James. ¿Qué pasa, qué quieres? ¿Qué hora es?

—¿Dormías?

—¿No se me nota en la voz? —solté sarcástico, tenía un mal humor galopante.

—Pensé que solamente se debía a una borrachera.

Por un segundo pensé en cortarle.

—¿Cuánto tiempo llevas durmiendo?

—No tengo ni la más puta idea de que hora es —rodé sobre la cama y entornando los ojos, encendí la luz, busqué mi reloj.

—Son las nueve treinta allí donde estás —me informó en el exacto momento en que yo veía la hora en mi reloj.

—La respuesta a tu pregunta es: más de doce horas y la verdad es que tenía intención de seguir durmiendo.

—No creo que la táctica te dé resultado por mucho tiempo. En algún momento

deberás despertar.

—¿Otra vez fastidiando con lo mismo? Métete en tus cosas.

—Esta vez no hablaba de Gabriela. Imagino que si dormiste las últimas doce horas todavía no te enteras de lo que sucede.

—¿Qué sucede?

—Sabes que tengo una alerta de Google con tu nombre.

Imaginé lo peor.

—Mi puto celular lleva media hora sonando como loco. Creí que serías tú quien me llamara, no tenía idea por qué no te ponías en contacto conmigo.

Trepé por las almohadas.

—Mierda, mierda, mierda, mierda —repetí dándome la nuca contra la pared.

—Eso mismo, mi querido amigo. Resulta que alguien publicó en Twitter un video de tu persona en sus mayores glorias. También rondan unas cuantas fotos tuyas tal cual viniste al mundo al lado de una chica muy bonita que iba con fachas similares a las tuyas.

—Dime que no es cierto.

—Qué más quisiera yo, lo lamento no puedo. Las fotografías están en una docena de sitios y tu video ya es viral.

—No me jodas.

—Puedes verlo también en YouTube, tanto la versión Vine cuanto la versión larga. Ambos ya son videos virales.

Me agarré la cabeza.

—Llamé a tus abogados, intentan hacer que desaparezcan pero no sé si lograremos parar esto—. Se quedó en silencio un momento—. ¿Recibiré una explicación sobre esto o...?

—No sé qué quieres que te explique.

—Necesito saber qué mierda hacías, en qué pensabas. ¿Qué mierda haces? Félix, entiende que no puedes continuar así. No hay forma de que pudieses pensar que podrías seguir así, comportándote de este modo sin esperar consecuencias. Tarde o temprano llegarían y no... cómo... Te amo, eres mi hermano. Sabes que daría todo por ti pero... esto, esto no lo entiendo. Intento justificar tus actos diciendo que estás dolido, que no sabes una puta mierda de la vida, esperé que lo que pasó con Gabriela te enseñará algo... Carajo, Félix, te entierras vivo. En mi vida te vi comportarte de un modo tan necio.

No supe qué decir, es más, no tenía idea de qué hacer. Deseaba poder meter la cabeza en un agujero y no sacarla jamás.

—Creo que la chica era menor. Aún no estoy seguro, tus abogados intentan averiguarlo. Imagino que no te preocupa el dinero pero permíteme decirte que esto te costará un ojo de la cara y todavía más que eso, así logremos hacer desaparecer las fotos y el video antes de la medianoche, mucha gente lo habrá visto.

Y quizá ella también.

Qué pensaría Gabriela al verme... al verme junto a una chica con el cabello corto igual que como era ahora el suyo.

—No hay forma de borrar de la mente de la gente lo que han visto. Comentarán.

—Sí, imagino que traerá cola.

—Sé que no te importa nada más... tus compañías son todo para ti, te matas trabajando, no paras y luego haces cosas como estas que sabes que dañan la imagen de lo que tanto te costó construir. ¿Tiene fecha de caducidad este comportamiento tuyo o seguirás así eternamente? ¡Hijo de puta, no te pusiste a pensar que tu hermana puede ver esas fotos o peor todavía, ese maldito video! Gritó tan fuerte que tuve que apartar el teléfono de mi cabeza.

La vergüenza se expandió por mi pecho y subió por mi cuello para teñir de rojo mi rostro y mis orejas. Si Rose llegaba a ver eso me moría. Lo peor del caso es que podía evitar que ella lo viese pero nada podía hacer con que la posibilidad de que alguien en su colegio lo viese y le contase; los chicos viven pegados a la red.

—Me quiero matar.

—Sí, ese es un modo muy adulto de lidiar con el problema.

—James, por favor...

—Si quieres puedo dejarte solo y terminas tú de intentar arreglar este descalabro.

—No es eso, simplemente pido que no me regañes.

—¡Cómo no regañarte! ¡Eres un mal parido! ¡Deja de usar a Gabriela y lo que pasó con ella, y todo lo demás, a modo de excusa para cubrir tu inmadurez mental y emocional!

—¿Mi inmadurez emocional? ¿Estas yendo a terapia otra vez? —bromeé y al instante me arrepentí, no era momento para eso.

—Eres un jodido estúpido. No, no estoy yendo a terapia. Si fueses buen amigo y no vivieses viéndote el ombligo quizá me hubiesen dado ganas de contarte que conocí a una mujer muy inteligente, dulce, educada, amable y condenadamente bella de la cual me enamoré y sí, por una de esas casualidades de la vida es psicóloga.

—¿Y le hablaste a ella de mí?

—Es que ya no sé cómo ayudarte. Charlotte tiene toda la razón del mundo al pensar que tienes la madurez emocional de un adolescente, y quizá también de esa edad sea tu madurez mental. Únicamente destacas en los negocios, todo lo demás en ti es...

—Mil gracias por eso, era lo que necesitaba escuchar —lancé en tono socarrón—. Ahora mi día está completo.

—No eres la victima de nadie más que de ti mismo.

—Eso también sonó a frase de terapia.

—Una más de esas y cuelgo, Félix. Tú eliges.

—Está bien, está bien, qué hago, dime cómo seguimos.

—¿Cómo se llamaban las chicas, qué sabes de ellas?

—Con la que me acosté se llamaba Daria, creo que la que me filmó se llamaba Margo y la que me googleó, que creo que es la responsable de subir los videos y las fotografías... tengo la impresión de que esa chica me odiaba de antemano. No tengo idea de cómo se llamaba y dudo que la hubiese visto antes sin embargo su rostro no se me olvidará jamás, si vuelvo a encontrarme con ella...

—¿Bromeas? ¿Si vuelves a encontrarte con ella qué? Félix, te desconozco. ¿Daria? ¿Margo? ¿Qué hay de sus apellidos? ¿Te acostaste con todas ellas? ¡Ahora sí que estamos bien jodidos! Mejor dicho, tú lo estás.

Sí, así era.

—No, James, no me acosté con las tres... creo. Solamente con Daria, y no, la verdad es que no me di cuenta de pedirle su identificación antes de meterme en la cama con ella.

—Bien —lo escuché inspirar hondo—. Las fotos no fueron tomadas en tu departamento...

—No, era el departamento de ellas.

—Necesito que me pases la dirección de dónde viven y que me cuentes cómo llegaste ahí y todo lo que sepas sobre esas chicas.

—No es mucho.

Pasé los siguientes veinte minutos intentando explicar lo sucedido. Todo era un tanto confuso, al menos logré indicarle dónde podían encontrar a las chicas y dónde había conocido a Daria, es decir, dónde imagino que la conocí.

Al colgar con James, ya en pie, enfundado en una bata y de camino a la cocina vi la versión corta de mi video, tres segundos de mi persona en completa desnudez, moviéndose para ver hacia arriba. Debió ser en el momento en que buscaba mis pantalones. El video pasó en reproducción continua en la pantalla de mi celular. Vi mi bolas y todo lo demás en alta definición; un privilegio de pocos. La verdad es que no lograba decidir si quería reír o llorar.

El video podía resultar bastante gracioso al ser visto por primera vez, cinco minutos más tarde era una exhibición patética y deprimente. Más terroríficas

eran las fotografías, las cuales estaban en demasiadas páginas de chimentos en la red. Visité un par y luego me dediqué a intentar pasar una tostada con la taza de té que tenía entre las manos.

Pocos minutos pasadas la medianoche, el video ya no podía ser visto ni en Vine ni en YouTube y con el correr de las horas las fotografías fueron desapareciendo.

Me acosté a descansar un poco a las cuatro de la mañana con la promesa de James de que mis abogados resolverían todo con las tres chicas a la mañana siguiente.

A las seis sonó mi despertador.

Deseé que todo hubiese sido una pesadilla.

Sentí miedo antes de encender el televisor, y era justificado. No mostraban ni el video ni las fotografías pero hablaban de mí y de todo el condenado asunto. Supongo que mis abogados ya habían logrado atajar la hecatombe puesto que no vi rastro de las chicas en ningún canal de televisión hablando sobre lo sucedido.

Llamé a James para confirmar, no di con él pero dos horas más tarde me llamó para que ordenase tres transferencias de dinero a nombre de tres cuentas distintas. Las tres chicas acababan de ganarse la lotería.

...

—Espero que te sientas avergonzado y que estés haciendo todo lo que queda a tu alcance y más, para detener esto —ladró mi madre sin darme tiempo a entonar ni “hola”—. Por Dios, qué vergüenza tan grande; cómo haré ahora para ver a la cara a mis amistades.

—Soy yo el que sale en pelotas en el video y las fotografías, madre.

—¡No uses esas palabras conmigo y cuidado con ese tono! Todavía soy tu madre.

—A buena hora lo recuerdas.

—¡¿Cómo te atreves?!

—¡Siquiera te molestaste en preguntarme cómo estoy! Te importa una mierda. Pues a mí me importa una mierda si no puedes volver a ver a la cara a tus amistades.

—¡Félix!

—Pregúntame por qué terminé así.

—Jamás me metí en tus asuntos privados; eres un adulto y esas son cosas tuyas.

—Entonces no te importa si voy por ahí dejando hijos bastardos.

—No digas ridiculeces, sé que eres lo suficientemente inteligente para resolver todo en caso de que la amenaza aparezca.

—¿La amenaza? Creí que había perdido la capacidad de sorprenderme con tus comentarios ácidos pero no... ¿Cómo puedes hablar así? ¡¿Cómo puedes vivir así?!

—No entiendo de qué te sorprendes, eres igual a mí.

—Desgraciadamente era demasiado parecido a ti.

—Eres. A mí no me convencerás de lo contrario, no importa cuánto intentes fingir que eres distinto, no cambias ni cambiarás jamás. Es como si te hubiese parido.

—Pero no me pariste.

Mi madre se quedó en silencio.

—¿Eso en este momento es un alivio o un pesar? No me pariste y tampoco me criaste, no sé qué tanto te preocupa. El apellido que ensucio no es el tuyo, es el de mi padre. Puedes negarme tranquila, no me enojaré.

—No puedes hablarme así. ¿Qué será lo siguiente que harás, correr a los brazos de tu familia sanguínea?

La carcajada de mi madre revolvió todo mi interior convirtiendo mis entrañas en una masa informe.

Bien, hablemos con la verdad.

—Seguro piensas que jamás debiste sacarme de allí... quizá nunca debí salir de allí. Es probable que el dinero que pagaste por mí, no valiera la pena—. Inspiré hondo—. No, no correré a buscarlos, la verdad es que no se me antoja arruinar más vidas.

—No es eso lo que se deduce de tus actos. Lastimas a diestra y siniestra.

—Tú también y siquiera lo reconoces. ¿Nunca te pusiste a pensar lo que me provoca oírte hablar de mí con las palabras que usas? Desde que tengo uso de razón, cada segundo que pasaste a mi lado dejó una marca en mí, y ya son tantas que se me confunde el dolor y no recuerdo cual es de cual. Es increíble que mi padre no se diera cuenta de que si tú no podías ser madre, por algo era.

—¡Malnacido! ¡¿Cómo te atreves a decirme una cosa así?! Esto es insólito. ¡No puedo creerlo! ¡Después de todo lo que hicimos por ti!

—No quiero seguir hablando contigo. Diles a tus amistades que ni una gota de tu sangre corre por mis venas, que tú no me criaste sino los colegios a los que iba y las niñas que tuve. No tienes nada que ver en el resultado de lo que soy, si no quieres admitirlo. No tienes que verte en mí si no quieres; cierra los

ojos o mira para otro lado, tal como hiciste siempre; es tan fácil para ti. Adiós, madre.

—Esto no se quedará así, llamaré a tu padre. No puedes simplemente insultarme y...

Colgué.

De tanta lágrima acumulada la mirada se me puso turbia.

Mi celular volvió a tocar.

Estaba dispuesto a insulta a mi madre pero no era ella.

—Rose...

—Todos en la escuela te vieron —lloró en mi oreja.

Apreté los párpados, la primera lágrima se me escapó.

—Félix tienes que hacer algo...

Rose lloraba a moco tendido.

—Una chica de último año puso su celular delante de mi rostro...

—Carajo, Rose... lo lamento.

—Todos se rieron. No sé quién fue pero imprimieron las fotos y las metieron dentro de mi casillero y alguien las mandó por correo electrónico a medio colegio. Durante el almuerzo no se escuchaba otra cosa que el “qué tan alto puedes saltar”.

—De verdad lo siento muchísimo. Mis abogados están intentando frenar esto.

—Todos se rieron de mí cuando te atacaron con los huevos y tomates y ahora esto. Papá no te lo dijo porque le pedí que no te lo contara pero por poco y sacan un artículo sobre ti en el diario del colegio, lo escribieron unas chicas, trataba sobre el machismo y te mencionaban como ejemplo... como mal ejemplo, también comentaban de la vez que insultaste a ese artista que era gay. Fue un gran revuelo aquí. Tendré que cambiarme de colegio, después de esto no dejarán de burlarse de mí. ¡Es que acaso no eres capaz de pensar en nadie más que en ti! No eres tu solo, te guste o no tienes una familia, nos tienes a nosotros y las cosas que haces nos afectan.

Mi hermana me dejó sin habla. No pude parar de llorar.

—Sabes qué, ¡a la mierda el colegio! Terminaré mis estudios en casa, no me quedan amigos allí.

—Rose...

—No entiendo lo que haces. No si es porque no soy adulta o qué... no te entiendo. ¿Eres feliz viviendo así? No lo parece. Te veías feliz con ella, la vez que los vi en la cocina de tu departamento pero luego cuando viniste a cenar a casa... con papá. ¿Por qué haces esas cosas Félix?



Apreté los dientes.

—No lo sé... —tragué saliva —la verdad es que no lo sé.

—Me lastimas, lastimas a papá.

—Perdón.

—No puedo seguir hablando, tengo clase de arte ahora.

—Rose, en verdad lo siento muchísimo. Hubiese dado cualquier cosa por evitar que tuvieses que verlo... yo no...

—No creo que sea cierto, de otro modo no harías las cosas que haces. Me parece que simplemente no te importa, Félix.

Rose se largó a llorar desconsoladamente y luego me cortó. Intenté llamarla tres veces pero no contestó.

Le dejé mensaje pidiéndole perdón una vez más.

...

Lucía uno de mis trajes más costosos y acaba de salir de la peluquería. Me había afeitado a conciencia y llevaba puesta mi corbata favorita y los zapatos que me hacían verme todavía más alto. El cuello de mi camisa me obligaba a mantener la cabeza en alto y llevaba cuarenta y ocho horas sin beber una gota de alcohol; probablemente por eso me sentía tan nervioso. Bien, en realidad el origen de mis nervios era la reunión de directorio que estaba a punto de presidir; no fui yo quien la convocó, sino mis asesores; los últimos dos días habían sido simplemente un caos.

Muchas cabezas se volvieron a verme cuando puse un pie dentro del hall del edificio. Mi secretaria me recibió en la puerta, dijo que todo el mundo me esperaba en la sala de reuniones. Spencer me siguió de cerca mientras caminábamos en dirección al ascensor.

Sentí los cuchicheos.

Los tres nos metimos dentro de uno de los asesores.

Mi secretaria mantuvo la vista fija en la puerta, yo giré la cabeza y miré a Spencer quien debió saberse observado y por eso me espió por el rabillo de sus ojos.

Sácame de aquí —le rogué mentalmente —llévame lo más lejos que puedas.

Apreté los puños. De verdad deseaba salir corriendo, no podría enfrentarme a lo que se me venía encima... la mitad de mi vida trabajando por esto y ahora estaba a punto de perderlo todo, bueno, en realidad no lo perdería, intuía de que se trataría la reunión, me pedirían que mantuviese el perfil bajo al menos,

que lo que hiciese no fuese directamente asociado a mis compañías, las cuales comenzaban a sufrir económicamente por mi culpa. Mis actos provocaban mella en la imagen de mis empresas.

Las puertas se abrieron. Un par de mis asesores y gente de la planilla directiva se encontraban al otro lado esperándome.

Todos me sonrieron y felicitaron por los últimos tratos cerrados. El dinero nos llovía pero dejaría de ser así si mi cara y mis pelotas no desaparecían de los medios de comunicación.

Recibí apretones de manos y sonrisas. En resumen me lamieron el culo por todo el pasillo de camino a la sala de reuniones la cual ocupaban unas cuarenta personas o más. No entraban todos alrededor de la mesa de modo que había gente parada contra las paredes. Estaban mis abogados, los gerentes de relaciones públicas y de desarrollo... me sorprendí al ver a James allí, en ningún momento me avisó que vendría de Londres para participar.

Había demasiada gente aquí dentro, tan solo faltaba mi padre y mi psicólogo y ya estaríamos listos para comenzar con los retos y los castigos.

Los que tenían silla a su disposición tomaron asiento.

Ocupé mi lugar a la cabecera.

Tenía al alcance de mi mano una tetera y una botella de agua.

Incluso antes de que fuese dicha una sola palabra, me desabotoné el saco y tomé la botella. Tenía la boca seca.

Boose, uno de los miembros más antiguos de la dirección, se puso de pie para enfrentarme.

—Félix...

Boose era uno de los pocos a quién yo le permitía tratarme de tú. Este sujeto a sus setenta años era una absoluta leyenda en el mundo de los negocios y de él, yo había aprendido muchas cosas.

Alcé la vista a sus acuosos ojos verdes.

Escuché sin escucharlo. En resumidas cuentas me pidieron que ya no hiciese de portavoz de la empresa, que por un tiempo no viniese a trabajar a la oficina y bla, bla, bla.

Mi interior se fue desmoronando de a poco porque además de eso, mis decisiones a partir de ahora serían puestas a análisis de un comité de asesores. No sé cómo lo resistí. Estaba empapado en sudor y lo único que quería hacer era salir corriendo de allí.

Tardamos más de dos horas en poner todo en orden para que básicamente mis empresas pudiesen funcionar sin mí.

Probablemente así fuese mejor... de cualquier modo, no era menos doloroso. Al acabar yo estaba agotado físicamente igual que si acabase de escalar una montaña, me mataba la cabeza y necesitaba beber de lo más fuerte que encontrase en el bar de mi departamento.

Spencer me llevó de regreso a casa.

Abrí una botella de vodka y la terminé en menos de una hora.

9.

No sé qué esperaba o qué es lo que necesitaba entender que en realidad no

supiese ya.

Federico se encontraba en el cuarto, en mi cama, a unos diez metros de mí y mi notebook, y aquí estaba yo otra vez, viendo las fotografías que lo retrataban en compañía femenina que emulaba su desnudez.

Miré el video hasta el cansancio deseando haber sido yo la única testigo de su patético estrellato en las redes.

¿Se habría molestado por el suceso? No... probablemente le dice igual, no daba la impresión de que nada le importase ya.

Me dio no sé qué, al pensar en su hermana. Pobre Rose, si ella no se topaba con el video lo más probable es que lo viese alguien en su colegio; eso encendería la mecha necesaria para hacer estallar la bomba y entonces no habría forma de dar marcha atrás...

—Ahora pon la marcha atrás—. Me indicó Federico asomándose hacia atrás. Puse la marcha atrás y miré por el espejo retrovisor. Esta era la primera salida con mi automóvil nuevo.

Pisé el acelerador. Acerqué el vehículo al cordón y luego poniendo primera marcha, terminé de acomodarlo.

—Perfecto. Conduces mejor que yo, y ni que hablar de tu facilidad para estacionar —volvió su rostro hacia mí sonriéndome —te dije que estacionaras aquí pero yo jamás me habría atrevido a intentarlo. Habría abollado mi auto. Sin duda no tengo tus habilidades.

—No necesito que sepas estacionar bien —me estiré y lo besé. El cinturón de seguridad tironeó de mí hacia atrás.

—¿Hago otras cosas bien, no?

Lo sentí sonreír en mis labios.

—Ajá, sí, muchas.

—Qué bueno.

Lo tomé de la corbata y puse mi boca en la suya. Besar era una de las cosas que hacía muy bien.

Todavía me parecía increíble que llevásemos casi dos meses juntos.

Tiré todavía más de la corbata, en realidad no existía modo de que quedásemos más pegados de lo que ya estábamos. Una de sus manos estaba en mi cuello y la otra en mi muslo.

—Con gusto me quedaría aquí dentro contigo toda la noche... —apartó sus labios de los míos todavía un poco más —¿no esperas invitados?

Se me pegó a la piel el sabor amargo de ser interrumpida en un muy buen

momento que prometía incluso mucho más. Mi pulso ya se había acelerado. Pegué mi frente a la suya y allí me quedé con los ojos cerrados inspirando por la boca, el aroma de su piel.

—Odio ser el aguafiestas.

—Nada, no es tú culpa... —abrí los ojos y le sonreí—. Bueno, en realidad sí es tu culpa. No me pongo así sola, tú me pones así.

—Qué halagador —ahora sus dos manos estaban en mi cuello con las puntas de sus dedos jugueteando con los cabellos cortos de mi nuca—. Tan solo espero que las visitas no se queden hasta muy tarde. Contaré los segundos hasta que te tenga toda para mí.

Mis labios tocaron los suyos. Mi piel se erizó y también la de Federico. Ciertamente las cosas entre nosotros habían mejorado y mucho.

—Vamos, bajemos las cosas que deben estar por llegar.

Me aparté de él y espíe la hora en mi reloj, sí, de hecho era algo tarde; culpa del tránsito, es que por lo visto, la proximidad de las fiestas de fin de año tenía a la ciudad y a sus habitantes revolucionados.

La que pronto se celebraría en mi departamento, sería una pequeña reunión de amigos para despedir juntos el año que ya se iba y para conmemorar mi vigésimo cuarto cumpleaños.

Al rememorar los últimos meses de mi vida más se me antojaba que eran años; las cosas cambiaron demasiado y aunque era para bien, me costaba amoldarme a mi nueva realidad, todo sucedía demasiado rápido. Mi primer libro tenía fecha de salida para marzo, lo cual era una verdadera locura; los de la editorial estaban muy emocionados y apostaban por mí tanto que todo el circo a mi alrededor me daba vértigo.

De la mano de ellos había publicado un par de notas en diarios y revistas, y un par de reseñas; y en el medio mi nombre se pronunciaba con más asiduidad de la que yo conseguía asimilar. Es más, estaba muy próxima a cerrar un contrato para mi segundo libro, pese a que éste aún estaba por la mitad.

Mi vida también había cambiado mucho. Tenía al lado a alguien estable, buscaba casa para mudarme y me había comprado un auto y lo más agradable de todo, planificaba un buen paseo de vacaciones para ir a visitar a Valeria.

Cargamos las bolsas con el catering para la reunión y subimos a mi departamento.

De subida volvimos a quedar enredados el uno en el otro casi sin quererlo.

Federico tuvo que sacarme del ascensor cuando llegamos a mi piso.

Pusimos música y nos dedicamos a preparar todo para recibir a nuestros

amigos... las copas, las bandejas con comida, el champagne en la heladera, vino tinto sobre la mesa...

La noche ya había caído por completo.

El portero eléctrico de la puerta sonó en el exacto momento en que mi celular comenzó a chirriar.

—Atiende el teléfono, veré quién llegó.

Saqué el celular de mi cartera mientras Federico atendía la puerta, era León.

—Bajo a abrirle —me avisó.

Mi corazón empezó a darle de patadas a mi pecho al reconocer el número telefónico.

El teléfono sonó en mis manos una vez más antes de que fuese capaz de contestar.

Bien podría simplemente llamarte para desearte felices fiestas, también podía ser que recordarse que hoy era mi cumpleaños —me dije, es que no quería hacerme ilusiones. Una semana atrás Carlos, mi abogado me había dicho que estábamos cerca de encontrar a mi hijo, me advirtió que debíamos ser cautos, recuperarlo no sería sencillo, incluso si no tenía una familia; bueno, si ya la tenía... solamente me restaba esperar que algún día, de mayor, quisiese conocerme.

—¿Carlos? —apenas si tuve el aliento suficiente para pronunciar su nombre.

—Hola. ¿Puedes hablar o estás ocupada?

Me senté, las piernas me temblaban, incluso me dio la impresión de que el sillón debajo de mí, también se encontraba a punto de desmoronarse.

—Sí... Hola, sí, puedo hablar—. Inspiré hondo—. Recién entro a casa.

—¿Estás bien? Te noto... —Carlos rió con suavidad—. ¿Es por este llamado que estás así? —hizo una pausa—. No te llamo para desearte feliz navidad. Bueno, también te deseare feliz navidad pero luego, primero será un feliz cumpleaños de un modo distinto.

Mi corazón enloqueció por completo, la cabeza comenzó a darme vueltas. El mundo a mi alrededor se estremeció. Me aferré a la esperanza de que fuesen buenas noticias, de otro modo la voz de Carlos no sonría tan alegre, él normalmente era muy serio y medido con sus palabras.

—Lo encontraste... —no se lo preguntaba. Cada fibra de mi cuerpo sabía que así era.

—Sí, lo encontré. Fue casi por casualidad. Me cuesta creer que diera con él tan rápido. Es una larga historia, sucedió esta misma tarde, por eso es que no te llamé antes, fui al juzgado por otro asunto, encontré con una antigua colega

que se ocupa de...

Tanto mi cabeza cuanto mi corazón estaban a punto de estallar.

—Carlos... Carlos disculpa, es que no soy capaz de resistir dos segundos, quizá otro día puedas contarme la historia. Dime dónde está, si está bien, si tiene una familia, si puedo dar con él en un hogar y cuándo puedo conocerlo—. Me llevé una mano al pecho, se me escaparía el corazón.

—Está en un hogar, está bien. Por lo que conseguí averiguar vivió en un par de hogares de acogida; nunca fue adoptado. Vive en un hogar...

Mi pecho y todo mi cuerpo se encogió. Mis ojos eran una represa de lágrimas a un tris de desbordar. Toda yo estaba por desbordar de felicidad y tantos otros sentimientos encontrados. Sentía miedo... sentía un gran vacío entre mis brazos y en mi corazón. Me moría de ganas de abrazar a mi hijo y la necesidad era tanta que no tenía ni idea de cómo haría para resistir los días, siquiera los minutos hasta que ese momento se convirtiese en realidad.

—¿Gabriela, sigues ahí?

—Sí, aquí estoy.

Lo que quedaba de mí intentaba levantar del suelo los pedazos para armarse otra vez.

No es que en hubiese dejado de pensar en él, todo lo contrario, Félix continuaba en mí encallado, es solo que volví a pensar en él porque mi hijo podría haber sido él, y él mi hijo. Creí percibir trazas de lo que Félix pudo haber sentido al enterarse de que yo había dado a mi hijo en adopción: toda esta revolución en mí al dar con mi hijo debió de ser algo similar.

Es una de esas cosas que revuelve dentro de tu persona todo lo nuevo y lo viejo que sentiste y viviste para dar con esa fibra sensible que jamás sanó, no al menos del modo correcto y que incluso habiendo sanado deja una cicatriz que de acuerdo al clima o al humor, duele más o menos.

Así como no fui capaz de volver a enfrentar a Félix, porque debía hacerlo, no para pelear por mi amor sino para dejar en claro que las decisiones que yo había tomado en mi vida en el pasado, nada tenían que ver con él y que no tenía derecho a juzgarme por ellas o sentirse ofendido.

Me limpié las lágrimas, de cualquier modo no paraban de correr por mi rostro. Logré sonreír un poco, al menos podría tener esperanzas.

—No será tan sencillo llegar a él. Entiende que tomará tiempo, en este país las cosas funcionan pesimamente, incluso cuando podría ser para el bienestar de aquellos mismos niños que el estado no puede cuidar correctamente.

Lo imaginé pasando necesidades de todo tipo y me dolió el alma, sobre todo

por las afectivas.

En mi vida me había sentido tan desgraciada, tan mal conmigo misma, siquiera cuando lo di en adopción; por aquel entonces tenía esperanzas, lo imaginaba feliz, con una familia que pudiese cuidar de él, que lo criase y le diese felicidad. Eso había sido lo que deseé para él y siquiera eso fui capaz de darle.

La sonrisa se me borró del rostro.

Yo la peor basura —ese fue mi pensamiento.

—Tendrás que tener paciencia y mucho valor para resistir lo que viene y además es imprescindible que te hagas a la idea de que no será sencillo ni para ti, ni para él, quedar frente a frente. Gabriela...

No podía parar de llorar.

Me sorbí la nariz.

Era una bola sobre el almohadón del sillón.

—Tendrás que prepararte mentalmente y anímicamente para eso porque te juro, te prometo que lograré reunirlos a ambos.

Estallé en gimoteos, ya no logré contenerme.

—¿Qué más puedes decirme de él? ¿Lo viste, está bien? ¿Cómo se llama?

—Tranquila, calma. No, todavía no lo vi, solamente pude determinar que es él, es todo. Por el momento no creo que sea conveniente decirte dónde está, tenemos que seguir las reglas del juego, no podemos adelantarnos a los procesos legales. ¿Entendido? Confía en mí, así es mejor.

—Bien... está bien, como digas —apreté los dientes resignada a no poder levantarme temprano y conducir hasta donde él estuviese.

—Averigüé su nombre, los de servicios sociales lo llamaron Javier y ese ha sido su nombre desde entonces.

El nombre de mi hijo reverberó dentro de mi cabeza hasta que lo pronuncié en voz alta. No me saciaría jamás de entonarlo, sobre todo una vez que lo tuviese aquí conmigo porque no me permitía pensar que eso no pudiese suceder.

Quise agradecerle por esto; no me salían las palabras, es que tenía casi ocho años de lágrimas acumuladas en mí y necesitaba liberarlas.

—¡Feliz cumpleaños!

Entre tanto llanto se me escapó una carcajada.

—Gracias.

—Es un placer ayudarte. Ah, por cierto, felicitaciones con todo lo que está sucediendo con tu libro, me alegra que las cosas te vayan tan bien. Manuel me contó. Toda su familia está muy feliz.



—Me alegra tenerlos.

Ejecuté otro intento de limpiarme las lágrimas del rostro. Quedó empapada otra vez, dos segundos después.

—Bien, te dejo. Imagino que ahora tendrás doble motivo para festejar. No te preocupes, te mantendré al tanto de cada paso que dé.

—Gracias, Carlos, de verdad que no sé cómo... No te haces una idea de lo que esto significa para mí.

—Comienzo a formármela—. Rió—. Qué tengas buena noche. Disfrútala.

—Claro, adiós.

—Adiós.

Colgué y la puerta del departamento se abrió.

Federico y León se quedaron viéndome, los dos con cara de pánico. Ya me imaginé que cara debería tener con la máscara de pestañas toda corrida... más debió ganar la sonrisa que me brotó a continuación porque los rostros de ellos se iluminaron.

—¡Lo encontró! —Chillé rompiendo en llanto otra vez—. Carlos encontró a mi hijo.

León corrió hasta mí y me cortó la circulación con uno de sus abrazos; le costó soltarme para que Federico pudiese abrazarme.

Por el resto de la noche llovieron más abrazos y besos, palabras de aliento y cariño que me daba la impresión no ser capaz de retribuir en justa medida.

El momento más emotivo, después del de la llamada con tan buena noticia, fue tener la oportunidad de contárselo a mi padre; mi hijo era un tema difícil entre nosotros pero ante sus lágrimas, el pasado se consumió en un parpadeo y la verdad es que ya no importaba.

La noche fue de disfrute mas no por eso mi cerebro paraba de trabajar, eran demasiadas las preguntas y las penas por ese niño que saltara de un lado para el otro sin encontrar un hogar en el que sentirse querido.

Con toda el alma deseaba estar a tiempo de reparar el daño.

Tuve oscuros segundos en los que se instalaba en mí la certeza de que él no querría volver a verme o saber nada de mí. ¿Y si no lograba que me quisiera tanto como yo lo quería, como lo quise siempre por más que me esforzase en no pensar en él?

Esperaba algún día tener la oportunidad de decirle a Félix, al menos en una carta, que ninguna madre olvida a su hijo jamás, sin importa los motivos por los cuales se separara de él. Ese es un lazo imposible de deshacer. Al menos lo era para mí.

Ante mi torta de cumpleaños y con veinticuatro velas frente a mí, pedí los tres deseos que me tocaban: que mi hijo tuviese oportunidad de ser feliz, a mi lado o como fuese, que los que me rodeaban tuviesen salud...

Alcé la vista y grabé en mi cabeza los rostros que me acompañaban... los ojos se me llenaron de lágrimas otra vez.

Y tercero y último, que la vida le diese al amor de mi vida, a ese hombre que últimamente no hacía más que dar tumbos sin sentido, un poco de paz y felicidad.

Dentro de mi cabeza me recordé que todavía lo amaba y luego soplé las velas. Mis mejillas se convirtieron en un mar de lágrimas que todos atribuyeron por entero al hallazgo de mi hijo pero que también eran por él. Este podría haber sido un momento de felicidad plena.

...

Se hicieron las doce y Federico se pegó a mí para darme un beso de esos que más que besos son una necesidad de cosas que no se pueden hacer en público. La música aturdí mis oídos.

Nos encontrábamos en medio de la pista de baile con un centenar de personas rodeándonos en una fiesta de un conocido de Federico, el director de una de las editoriales más grandes del país por lo cual en las horas pasadas, había tenido la oportunidad de conocer y conversar con más de un puñado de escritores de renombre.

Yo tenía el cabello empapado de tanto bailar. No recordaba la última vez que me divertiera tanto bailando. Federico se encontraba en similar situación, iba en mangas de camisa y tenía la espalda empapada en transpiración. Olía a perfume y ligeramente a sudor.

En cuanto me soltó me puse a saltar otra vez, siguiendo la música.

Federico me tomó de la mano y tiró de mí hacia él.

—Necesito parar un poco, me muero de sed y estoy agotado. ¿Vamos a tomar algo?

Con la cabeza me señaló la barra.

—Por favor, paremos cinco minutos.

Le contesté que sí con la cabeza y de la mano nos alejamos de la multitud que festejaba los primeros minutos del año.

—Voy yo. ¿Qué te traigo? —apunté en dirección a un par de sillas vacías que

se encontraban a un lado, en la amplia terraza que daba al parque de la casa.

—No, no, yo voy.

—Ve a sentarte.

Me sonrió.

—Mientras sea fresco... si puede ser agua mejor; tomé suficiente alcohol por una noche.

Le di un beso.

—Enseguida estoy contigo.

Me quedé viéndolo mientras se alejaba hacia las sillas. Tuve uno de esos momentos que tienen gusto a epifanía, mi vida se reveló como aquello que siempre había soñado.

A su espalda alejándose de mí, le sonreí.

Pronto aparecería alguien que me pellizcaría y despertaría de mi sueño.

Eran demasiadas cosas buenas todas juntas... saber que en una semana volvería a ver a Valeria y que tendría la posibilidad de pasear por Nueva York... sonriendo me mordí el labio inferior.

Se me escapó un saltito de felicidad.

Di la media vuelta y enfilé en dirección a la barra; era de esperarse que estuviese repleta de gente en busca de algo fresco, apretaba el calor pese a que corría un poco de brisa y con tanto baile...

Intenté ir haciéndome lugar para lograr pedir dos botellas de agua. Al final, una mujer se fue cargando dos tragos largos de color rojo fuego por lo que logré llegar a destino, apoyé los brazos sobre la barra y esperé a que uno de los cinco chicos que atendía, pasase por delante de mí para gritarle mi pedido; aquí el *modus operandi* era ese; eso o no te escucharían. Además había otras diez personas intentando ser escuchadas sobre el bullicio de la fiesta.

Eché un vistazo hacia el otro extremo de la barra, yo me encontraba en una punta. Los cinco *bartenders* estaban en la otra.

Uno de los muchachos terminó de atender a una persona, venía directo hacia mí.

Hice algo que no hacía desde antes de tener a mí hijo. Me colgué de la barra y lo llamé, añadiendo unas cuantas señas desesperadas.

El muchacho de rulos castaño claros y unos muy bellos ojos celestes me sonrió.

Debía tener mi edad o quizá un par de años menos.

Se secó las manos en el paño negro que le colgaba de la cintura de los pantalones.

—Hola, soy Esteban. ¿Tu nombre? —soltó ignorando al sujeto que yo tenía a mi derecha, quién le pidió dos caipiriñas.

—Gabriela.

Flirteo inocente más que obvio. Le seguí la corriente, esto todavía me sorprendía.

—Bueno, Gaby, qué te pongo. Mi especialidad es el Cosmopolitan, pero puedo prepararte lo que quieras.

Me reí.

—Gracias, por el momento vamos a descansar un poco del alcohol, solamente necesito dos botellas de agua.

—¿Dos? ¿Tengo que ponerme triste? Yo que creí que podría conversar un rato contigo —hizo pucheros de pura decepción.

—Sí, dos.

—Y... ¿es muy serio ese “dos”?

Volví a reír.

—Eso creo.

Fue bueno escucharlo de mis labios.

—Una pena—. Se alejó un poco de mí—. Enseguida regreso con tus dos botellas de agua.

Esperé.

Con el correr de los segundos se acumuló todavía más gente a mi alrededor.

El *bartender* regresó. Me tendió las botellas, de una liberó el agarre pero de la otra lo mantuvo firme, compartiendo el espacio del cuerpo de la botella conmigo.

—¿A qué te dedicas?

Por lo visto no estaba dispuesto a darse por vencido.

—Soy escritora.

—¿Habré tendido el gusto de leer tu libro y no lo sé?

—Todavía no se publica. En marzo. ¿Lees mucho?

—Algo —contestó ruborizándose un poco—. ¿Cómo se titulará tu libro?

—“Mentiras”.

—Suena interesante; lo buscaré. ¿Tu apellido? Es por las dudas que se me olvide el título del libro.

—Lafond.

—No me olvidaré de tu nombre, Gabriela Lafond —liberó el agarre de la botella a mi mano—. Fue un placer conocerte.

—Igualmente.

Me sonrió más abiertamente.

—Por cierto. Me agrada tu cabello.

Se me escapó una risa boba.

—Hasta pronto —se despidió él.

—Hasta pronto.

Con mis dos botellas en mano me lancé a la ardua tarea de hacer el viaje en sentido contrario, intentando abrirme paso entre la gente que pugnaba llegar a la barra.

—Disculpe —solté. Acababa de pisar la punta de un zapato dorado de mujer. Giré la cabeza y ella me enfrentó.

De todos los lugares del mundo... y ella tenía que venir a pasar el fin de año a esta fiesta.

La ex prometida de Félix era una mujer alta, debía serlo casi tan alta cuanto lo era Félix, en zapatos de taco, igual que él. También igual de impresionante y llamativa que él. Las fotografías que vi de ambos no les hacían verdadera justicia a ninguno de los dos.

Le hice una mueca como pidiéndole disculpas, no solamente por el pisotón; las circunstancias en las que sucedió lo mío con Félix todavía me avergonzaban. Fuera ella celosa o no, tuviese Félix una docena de otras mujeres, a mí no me enorgullecía.

Di un paso al costado y ella se movió conmigo.

Tomé aquello como que ninguna de las dos se ponía de acuerdo para dejar pasar a la otra. Ella no podía reconocerme, no sabía nada de mí, no podía saber nada de mí porque...

—¿Gabriela Lafond?

Le pedí a la tierra que me tragase.

—Eres la Gabriela de Félix.

No me lo preguntaba. No contesté.

La mujer dio un paso atrás y me examinó de arriba abajo.

Apreté las botellas de agua.

—No eres del tipo de mujer que a él solía gustarle.

Qué alguien me explique el motivo de por qué sus palabras me hirieron tanto.

—No puedo creer que me dejara por ti. Es insólito.

Sí, insólito y de nada sirvió.

—No tienes vergüenza. ¿No dirás nada?

—Disculpa... yo no...

—Por lo visto revolcarte con Félix te rindió frutos. Estás aquí ahora. ¿Eres

escritora, no? Entiendo que ahora al menos debes estar más cerca de serlo, de otro modo no estarías aquí. Felicidades, la jugada te resultó de mil maravillas. Una pena que a él no le resultase tan bien. Destruiste su vida. ¿Satisfecha? Es probable que ustedes dos sean el uno para el otro, son dos egoístas, dos ratas rastreras e insensibles. Es bueno que a ti te vaya bien, a él seguro esto le debe doler en el alma, según me dijo cuando volvimos después de que me terminara, me dijo que te odiaba. Es un alivio que me librara de él. También es un alivio que mi padre se librara de él, ahora que prácticamente lo apartaron de sus compañías—. Terminó de decir aquello y se quedó en silencio viéndome.

Me mordí el labio. Tuve ganas de ponerme a llorar, no por mí, por la vergüenza, sino por él.

—Ni tú ni él se merecen mi tiempo.

Jesica pasó por mi lado sin añadir nada más, sin hacer un escándalo. Sin arrojar sobre mi cabeza el trago que sostenía en la mano.

Giré sobre mis pies para verla alejarse.

—Tu agua.

Le tendí la botella y me senté a su lado.

Bebió un sorbo y me miró, yo aún no tocaba mi bebida, hasta la sed se me había quitado.

—¿Estás bien?

Sin querer mis ojos buscaron a Jesica.

Debió verla y reconocerla porque al instante sus manos rodeaban las mías.

—Eso se terminó. No pienses en ella y ni él. Acabó. Siguieron con sus vidas, tú sigues adelante con la tuya y con situaciones más sanas.

Me mordí el interior de la mejilla. ¿Cuán sano consideraría él que el que yo estuviese a su lado todavía amando a Félix?

Sí, lo quería, Federico era importante en mi vida pero... Félix se negaba a dejarme; es decir yo me negaba de permitirle partir. Era ridículo que algo que duró tan poco, persistiese en mí meses después de acabado. Mi cabeza y mi corazón debían funcionar muy mal.

Un hombre pasó sus brazos por alrededor de Jesica.

—Eso es lo que te decía. Todos seguimos adelante —añadió.

Félix no seguía adelante, no se le podía llamar así a lo que acontecía en su vida. Ser apartado de sus empresas, transformarse en protagonista de escándalos varios... lo suyo no era más que la destrucción de una gran vida,

de una muy prometedora.

Quizá al menos a mí me hiciese falta esto para poner en orden lo sucedido; las haces, las pagas y sigues adelante.

—¿Qué te parece si nos vamos? Es temprano pero aquí hay mucho ruido, prefiero estar en casa contigo que aquí con toda esta gente.

Asentí con la cabeza.

Federico me sacó de allí en aquel instante.

## 10.

—Félix, no puedo verte ahora, estoy en una fiesta, además es año nuevo. ¿No deberías estar en una celebración tú también? Puedo verte mañana en la noche si quieres, festejaremos juntos la llegada del nuevo año, pero hoy no.

—Por favor, necesito verte esta misma noche. Puede ser más tarde—. Rogué en un tono que dio asco de mí mismo.

—No, Félix. Ve a reunirte con algún amigo tuyo, con tu familia.

—Sabes que no tengo amigos y mi familia...

—Félix, estoy con gente, de verdad que no puedo discutir este tipo de asuntos ahora. Me agrada muchísimo trabajar contigo pero este no es el momento. Son las fiestas... comprende. Esta noche no trabajo.

—Estoy suplicándote.

—Sí, lo noté. Bajo otras circunstancias me complacería mucho esto... No deberías hacerlo. Félix, sabes que me agradas muchísimo y por eso te diré lo siguiente. No es el momento para que estés conmigo ni con nadie más, lo que tú necesitas ahora no puedo dártelo yo. No te gusta escuchar estas cosas pero es la verdad; nos conocemos hace años, por eso te lo digo. No te que quedes solo, ve a ver a tu padre, pasa tiempo con tu hermana.

—No puedo ir con ellos.

—Sí que puedes—. Pausa—. Tengo que colgar. Llámame mañana después del mediodía y organizaremos algo divertido. ¿Te parece?

—Por favor —rogué otra vez.

—Hasta mañana, Félix.

Y así, me cortó.

De la furia arrojé el teléfono contra la pared. No me interesó saber si se había convertido en pedazos inservibles de plástico y metal. En este instante lo más importante de todo era que mi cuerpo no me permitía tener paz, cada célula en mí vibraba alterada por la necesidad de algo que no tendría, siquiera el

reemplazo con la cual pretendía disimular el origen de ésta, llegaría para saciarme porque la mujer acababa de cortarme.

Serví copa de vino y la vacié en mi garganta de un trago.

Tomé mi abrigo y me dispuse a salir. Nueva York festejaba allí afuera, la llegada del año nuevo, bajo la nieve que caía sin dar tregua.

Mike estaba en Texas con su familia y por la mañana había dispensado al resto del personal, razón por la cual este enorme edificio se sentía demasiado pesado para mí solo.

Encasquetándome un gorro de lana sobre la cabeza, pisé la callé.

Ajusté la bufanda alrededor de mi cuello y me coloqué los guantes.

El frío apretaba.

Me eché a andar, no tenía un destino. Necesitaba salir, es todo, para distraerme, para olvidarme de la presión sobre mi pecho provocada por las ganas de llamarla por teléfono y decirle que todavía la amaba, que no podía hacer más que pasar las veinticuatro horas del día pensando en ella incluso a sabiendas de que ella no sentía nada por mí, de que la acompañaba ese hombre.

Más patético imposible.

Sería bueno ser capaz de decidir si la odiaba más de lo que la amaba o viceversa.

Por mi lado pasaba gente festejado, riendo... todos tan felices.

Me sonreían, me deseaban feliz año nuevo, un grupo de chicas muy jovencitas incluso me invitaron a una fiesta, eso me arrancó una sonrisa; seguí con mi camino.

La nevada tomó fuerza, las calles comenzaban a ponerse de un blanco esponjoso.

Anduve hasta llegar a la puerta del edificio de oficinas sede de mis empresas. Alcé la vista; la nieve comenzó a caerme en los ojos. Llevaba días sin venir aquí, cuando necesitaban que firmase papeles o lo que fuera, me los traían al departamento y si necesitaban discutir conmigo una decisión, lo hacíamos por conferencia en la red; eso era a todo lo que dedicaba mis días, a quedarme esperando a que algo llegase a mi vida para por dos segundos, dejar de pensar en ella.

Nunca antes me había sentido tan perdido y vacío, siquiera cuando me enteré de que mis padres no eran mis verdaderos padres y que ellos no simplemente me habían adoptado sino que me habían comprado.

Si nunca esperé amar a nadie, si nunca creí que sería capaz de conseguirlo,



menos hubiese esperado que terminase así, que el amor fuese el resultado de una persona que nada merecía de mí, que me había mentido y que hoy por hoy, se había salido con la suya consiguiendo lo que quería, trepar para convertirse en escritora.

Y yo que le prometí ayudarla —solté dentro de mi cabeza—. Estúpido. Ella de cualquier modo lo consiguió.

Leí los artículos que publicó y leí las notas sobre ella, las que la ubicaban en posición de la joven promesa de la literatura argentina.

Lo desgraciado es que sus artículos eran realmente buenos y que seguro triunfaría.

Sí, Gabriela era demasiado parecida a mí. Pelearía hasta las últimas consecuencias por alcanzar sus objetivos.

Bajé la vista y me eché a andar otra vez, si me quedaba allí parado, acabaría congelado.

Deambulé por un buen rato, vi un bar y en éste me metí.

Definitivamente no era el tipo de lugar que solía frecuentar: demasiado concurrido, mucha gente bebiendo cerveza, música fuerte, muchos globos y sombreros con el año nuevo brillando en ellos.

Mejor que estar en mi edificio era y la verdad es que tenía los pies helados, igual la nariz.

Me quité el gorro, los guantes y comencé a avanzar hasta la barra aflojando el nudo de mi bufanda. Me deshice de mi abrigo. Ya sobre el único taburete vacío, pedí una cerveza a la mujer que se me acercó.

La mujer primero se quedó viéndome, probablemente esperaba que le desease feliz año nuevo o que como mínimo, le diese las buenas noches.

El hombre a mi derecha me espió por el rabillo del ojo. También bebía cerveza y tenía a su alrededor un par de chupitos vacíos.

Sin mucha elegancia me pusieron un vaso de cerveza frente a las manos.

Bebí un sorbo; era un verdadero asco y la música malísima. Si creí que entrar aquí me levantaría el ánimo me equivoqué.

Quizá cuando termine la cerveza mi humor mejore.

La bebí y no mejoró, lo que sí me sentía un poco más entonado.

Pedí otra al tiempo que la concurrencia se hacía un espacio para bailar frente a la banda que había salido no tengo de idea de donde, y que tocaba una especie de mezcla de rock, folk y no sé qué más. No sonaba tan mal pero otra vez, no era lo mío.

Bajé la mitad de mi segunda cerveza antes de que terminase el primer tema.

Pedí un chupito de vodka y una tercer cerveza.

¡Sí, terminaré la noche vomitando!

El hombre a mi derecha volvió a mirarme, esta vez, por más tiempo. Le sostuve la mirada, ¿qué quería?

No creo que pasase mucho tiempo hasta que el vaso vacío de mi tercer cerveza quedó delante de mis manos.

—Otra—. Pedí sin un por favor de por medio.

La mujer que me atendía puso mala cara y de refilón me pareció notar que la mueca en el rostro de mi vecino sufría las mismas consecuencias ante mis palabras.

Como sea, me sirvieron lo que pedí.

—¿Te conozco de algún lado?

El sujeto tenía un acento muy parecido al de Spencer cuando recién lo conocí. Con el tiempo a este último se le suavizó el acento tejano.

—No lo creo.

—Me parece que te vi en alguna parte.

Probablemente en la red, ese era yo, el que daba un espectáculo en pelotas — le contesté dentro de mi cabeza.

En un vago esfuerzo porque no me reconociese, continué dándole mi perfil.

—Sí, sí, eres ese sujeto...

Por poco y muerdo el vaso mientras bebía para mantener la boca ocupada.

—¡Hombre! —Su mano impactó contra mi espalda—. Eras tú el sujeto del video y las fotos con esa chica linda la que luego apareció en todos los *talks shows*. ¡Eres famoso!

—Sí, por eso y no por el resto de mi trabajo, al cual le dediqué todo; ese trabajo que ahora me arrebataron —gruñí entre dientes, más para mí que para él.

El tipo se carcajeó. Su mano fue a instalarse a mi hombro.

Lo miré mal. Su aliento a alcohol debía ser diez veces peor que el mío.

No se dio por aludido ante mi mirada con la cual lo instaba a quitar su mano de encima de mí.

—Carajo, hermano, sí que las tienes todas. Y además eres rico ¿no? ¿Cuántos años tenían las chicas? No me hubiese animado a acabar en la cama con tres adolescentes pero me figuro que no tuviste mayores problemas... digo, seguro arreglaste todo con unos billetes.

Sacudí los hombros pero él no quitó su mano de encima de mí.

—¡Eh, Mark! —el sujeto se inclinó hacia atrás gritándole por encima de la

música a alguien—. ¡Aquí está el tipo del que hablábamos el otro día!

Un tipo de barba de un rubio anaranjado se puso de pie.

No era necesario ser muy inteligente ni no tener encima todo el alcohol que yo cargaba para entender que esto no terminaría bien, es que básicamente no se me antojaba que terminase bien.

Justo cuando más necesitaba un saco de golpes... tenía dos a mi disposición y mucha energía acumulada para descargar.

—¿Félix, no es así?

No contesté.

—¡Sí Mark, este es el tipo que está forrado en dinero! —Se volvió hacia mí y me miró a los ojos —escuché por ahí que te echaron de tu propia compañía.

¿Te quitaron tu dinero? Ahora eres como cualquiera de nosotros, hermano.

Que me llamase hermano por segunda vez terminó de hacer hervir mi sangre.

Giré sobre la butaca, plante firmes los pies sobre el suelo y lancé el primer golpe.

¡Directo al blanco! Todo un logro considerando lo bebido.

El ruido que sonó en el instante del golpe fue una buena señal. ¡Nariz rota!

Al aullido del sujeto me dio la certeza, y también la sangre que corrió por debajo de sus dos manos hasta sus labios cuando se enderezó y me miró con furia.

Él no iba a devolverme el golpe, no al menos en este instante.

Giré justo para evitar el puñetazo de Mark que tenía como objetivo mi rostro.

¡La cara no me la tocas, desgraciado! —pensé y le lancé un golpe al diafragma. Lo dejé sin aire pero yo quedé con la mano hecha trizas, el tipo debía tener abdominales de acero.

Me congratulé por dejarlos a los dos fuera de combate, lo que no esperaba es que un tercero saliese en defensa de esos dos idiotas.

Recibí un golpe en los riñones que me hizo ver las estrellas. Todavía tambaleándome de dolor lancé un patada, dio en el blanco, alguien se quejó pero otro alguien me lanzó un golpe que rozó mi mandíbula, devolví el regalo pero otro me cayó encima en las tripas.

Patada, golpe, cubrirse. Puñetazo, puñetazo y tantos otros golpes recibidos. Llegué a un punto en que dolían tanto los que lanzaba como los que recibían. A esta altura ya no se comprendía muy bien quién peleaba contra quién porque a la pelea ya no era yo contra esos sujetos. Escuché partirse botellas y por poco y me parten la pierna izquierda.

Todo el mundo gritaba. No tengo idea de cómo aparecí a unos pasos de donde

había estado tocando la barra y el barbudo estaba frente a mí, amenazándome con un puñal.

—Eso es jugar sucio—. Escupí sangre, alguien me había partido el labio.

—Jugar sucio es divertido. Olvídate de que tienes una cara. Cuando termine ya no te quedarán ganas de fotografiarte desnudo con niñas.

Alcé las manos en un intento de protegerme. Contra la hoja que cargaba mejor me hubiese venido un casco y un chaleco antibalas.

—Sucio hijo de puta, te arrepentirás de haber nacido.

Genial, el tipo debía pensar que son un pervertidor de menores.

No le di tiempo a nada más, siquiera a pensar.

Por suerte recordaba un par de cosas que Spencer me había enseñado para mi defensa en casos como este, bueno, en realidad no exactamente casos como este, sino por si era atacado en situaciones normales y no por hacer justicia, más bien por si intentaban robarme, secuestrarme o lo que fuese.

El tipo me tiró una cuchillada directa a mi estómago la cual frené cruzando mis brazos a través del suyo apartando su blanco, es decir mi abdomen de él. Con ambas manos retorcí su brazo llevando su codo a mi pecho; el cuchillo quedó apuntando hacia afuera.

Intentó sostener la postura poniendo su otra mano en el piso. Le di un pisotón. Chilló y bufó. Lo paté en la rodilla, cayó pero desgraciadamente caí con él. La idea había sido derribarlo boca abajo para ponerle una rodilla en la nuca y la otra entre los omoplatos pero todo salió mal. Supongo que allí se notaron las cervezas y todo el vino bebido antes de salir.

Las ordenes de ¡alto, alto! sonaron. La policía, no me quedó duda.

Al barbudo no le importó. Tiró el golpe. Me aparté... no lo suficiente.

Sentí con mucha claridad el filo de la navaja rasgando la piel de mi antebrazo derecho, a lo que a mi entender, bien podría haber sido hasta los huesos.

El siguiente sonido, y no me refiero al grito que emergió de mi garganta, me aturdió. Fue un disparo, luego otro, fueron y vinieron de un lado al otro mientras yo caía al piso.

El sujeto barbudo cayó pesado a unos pasos de mí. Había sangre por todos lados. No era únicamente la mía.

—¡Quieto, quieto! —Me ordenaron un par de voces—. Manos a la nuca. ¡Quieto!

—No estoy armado—. La sangre me corría por el brazo.

—Abajo la cabeza—. El policía cayó sobre mí en la posición que se suponía debí lograr yo frente a mi atacante.

—Necesitamos una ambulancia —le anunció el policía que se detuvo junto al barbudo, a la radio en su hombro. Lo vi de refilón ya que tenía la frente pegada al suelo.

—El tipo quería matarme.

Al policía que tenía sobre mí le importaban una mierda mis palabras, pese a la sangre que no paraba de manar de la herida, la cual me dolía horrores; me ató ambas manos por detrás de la cintura con un precinto de plástico.

—Voy a desangrarme.

—Cierre la boca.

—Tiene que permitirme llamar a mi abogado.

Tironeando de mis muñecas sujetas me puso en pie.

—Mi nombre es Félix Meden... yo...

—Cuéntele su historia a alguien que le importe. ¡Camine!

El bar había quedado semi destrozado e invadido por al menos una docena de policías.

Escuché la sirena de una ambulancia.

Fuera del local el revuelo no era menor.

Dos ambulancias, no una, frenaron junto a la vereda cuando a los empujones me obligaron a pisar la nieve. El clima no era apto para estar en el exterior en camisa y un suéter fino.

Los paramédicos bajaron de las ambulancias.

—Adentro, al fondo. Les indicó el policía. Herida de bala.

Una de las paramédicas, una chica muy jovencita de piel olivácea y cabello muy oscuro debe haber detectado el reguero de sangre que venía dejando desde el interior porque se frenó.

—Sangra —le indicó al policía.

—El tipo por poco y me amputa el antebrazo.

—Permítame que lo vea —. Se dirigía al policía.

—No es nada.

—Me estoy desangrando.

—Cierre la boca.

—Tiene que permitirme que lo examine.

Así fue como acabé con ambos brazos precintados a la camilla de la ambulancia mientras la doctora limpiaba la herida. Sangraba demasiado... me mareé, me desmayé y cuando desperté fue en la cama de un hospital, esposado a ésta y con un magnífico vendaje en el brazo, imaginé que debajo de éste último debía haber una buena cantidad de puntos.

Esta vez no apareció James para rescatarme.

Si vino mi padre, pero para regañarme. Fue él quien trajo a mis abogados. Los abogados se quedaron, él no.

Al anochecer me encontraba en la comisaría prestando declaración; me dejarían libre bajo fianza.

Llegué a casa muy tarde, solo, en un taxi y muerto de frío porque nadie había sido capaz de traerme algo de ropa de abrigo al hospital.

Tomé un par de calmantes que me habían dado en el hospital conjuntamente con un vaso de whisky y me tiré a dormir deseando con todas mis fuerzas no volver a despertar.

Desgraciadamente desperté y si creí que mi vida no podía empeorar, me equivocaba.

Lo siguiente fue una sucesión de desastres. Causas penales, el directorio de mis empresas evaluaba removerme definitivamente de mi cargo, Rose no contestaba a mis llamadas y mi padre no llamaba para otra cosa que no fuese regañarme.

Mi rostro no paraba de aparecer en la televisión, la red y en cuanto medio estuviese disponible para humillarme. Siquiera podía pisar la calle en paz sin que de la nada saltase un *paparazzi* deseoso de retratar mi desgracia.

Me recliné cada vez más en ese edificio que tanto me agradaba y que comenzaba a odiar porque más que un hogar, empezaba a parecerse a una cárcel y mi carcelera en un recuerdo, o quizá como un fantasma que no deseaba abandonar estas paredes, era ella.

Me convencí de que todo esto era culpa de Gabriela y de que sin duda, la odiaba más de lo que la amaba.

## 11.

Las manos me sudaban. Esperaba que el paso del tiempo ayudase a aplacar los nervios del reencuentro; no resultó así. La manija de la valija se patinaba en mi palma.

Valeria estaría esperándome en la salida de los arribos. Me hospedaría en su nuevo departamento. Teníamos tanto de qué hablar, solamente deseaba que pudiese ser como nuestras conversaciones de antes, las añoraba, extrañaba a mi amiga, a nuestra amistad.

Cuando la llamé ayer antes de la salida de mi vuelo la noté tan ansiosa cuanto yo me sentía.

Me acomodé el bolso sobre el hombro; cargaba demasiadas cosas y apenas si lograba recordar cómo caminar.

Las puertas a unos diez metros de mí se abrieron, los pasajeros de mi vuelo comenzaban a salir; había mucha gente afuera, unos con carteles indicando a quiénes esperaban, otros con caras de felicidad sabiendo que pronto verían a sus seres queridos.

Continué caminando. Ahora las piernas me temblaban.

El embudo humano me recibió. No lograba dar con Valeria entre todos aquellos rostros.

Sabía que no me dejaría plantada, ese no era el problema... es que no tenía idea de qué le diría al tenerla frente a mí.

Seguí de largo entrando en el amplio hall por el que la gente iba y venía.

Valeria no estaba por ninguna parte y mi corazón acusó el desasosiego que su ausencia provocaba.

—¡Gaby!

¿Había sido mi nombre?

—¡Gaby! ¡Gaby! —Pidiendo permiso, Valeria abandonaba de a poco, a la multitud de gente aglomerada ante la salida.

Llevaba el cabello más largo, la piel más clara que nunca e iba tan elegante como siempre.

A veces pensar tanto no es saludable. A veces solamente hay que permitirse sentir y nada más y eso hice y así en mis labios se dibujó el reflejo de lo que contenía dentro de una caja de paredes de miedo que de nada me servía mantener en pie. Sonreí y los ojos se me empañaron de lágrimas de pura felicidad.

En ese estado arrastré mi valija hasta ella mientras ella corría hasta mí.

El abrazo que no dimos no se diferenciaba en nada a los de antes. Lo más importante de nosotras dos seguía en pie y eso era un alivio. Sí, cada día que vives te cambia pero tu núcleo siempre es el mismo y este parece tener vida propia y una memoria a largo plazo que funciona muy bien. Aquí entre mis brazos estaba mi amiga, la misma de siempre y aquí estaba yo; las que fuimos pero ahora más libres, más auténticas para sí mismas y para los que nos rodeaban, o al menos yo intentaba serlo, si bien algunas cosas debía ocultar dentro de mí a la espera de que muriesen o al menos con el consuelo de que al empujarlas a un rincón oscuro, ya no doliesen tanto.

—Te extrañaba.

—Yo también. Todavía no puedo creer que estoy aquí.

—Soy yo la que no puede creer que vinieras. Pensé que no vendrías, que no querías volver a verme. Hablar por teléfono es una cosa, aceptar quedarte



unos días en mi casa...

Valeria se puso a llorar.

—No llores porque voy a terminar llorando también—. Le di un apretón—. También te extraña.

Se rió al tiempo que se sorbía la nariz.

—Feliz año nuevo.

—Feliz año nuevo, Vale.

—Año nuevo, vida nueva.

—Eso parece—. Se apartó de mí un poco—. No sé si este es buen lugar para contártelo, la verdad es que no puedo esperar. Planeaba contártelo cuando llegásemos a mi casa... es que estoy feliz y quiero compartirlo contigo. Muchas cosas cambiaron desde que llegué aquí. Yo te quise mucho, más de lo que puedas imaginarte... no me pongas esa cara, sé que es algo difícil de asimilar. La verdad es que estaba aferrada a ti y a lo que sentí porque admitir que podía enamorarme de una mujer no resultaba sencillo. Cuando pasó lo que pasó... venir aquí, la distancia, otra ciudad, otra vida—. Dejó escapar un suspiro—. Al perderlo todo creí que jamás volvería a tener nada; estaba tan perdida —se limpió las lágrimas de la cara—. Me sentía tan sola, esta ciudad es tan grande... —me miró a los ojos—. Solía ir todas las mañanas a un café, antes de trabajar. La vi allí cada día durante tres semanas... no podía imaginarme que ella... es decir: no pensé que ella fuera... no tenía idea. Stella es absolutamente magnífica, ella es pediatra. Fue ella quien se animó a hablarme. Yo jamás hubiese tenido el coraje, hablamos un poco ese día y quedamos en que nos encontraríamos allí esa misma tarde para tomar un café. La enorme sonrisa en los labios de Valeria significaba una sola cosa. Me alegré tanto por ella.

—Desde entonces nos vimos cada día—. Por un momento bajó la vista—. Serás la primera en saberlo, todavía no se lo dije nadie de mi familia—. Alzó su mano derecha—. Nos casamos el viernes pasado. Hoy cumplimos una semana.

Movió el dedo en que llevaba la alianza y un anillo de compromiso que definitivamente iba con su personalidad.

Valeria se puso a llorar otra vez.

—No lo puedo creer —volví a abrazarla y se me puso la piel de gallina. Cuando alguien que quieres tanto te dice que es feliz, es el mejor regalo de la vida. Quise ponerme a dar saltos y gritar—. Felicitaciones. Esto es... me alegra tanto, Vale.

—Gracias. Ya la conocerás. Ahora está trabajando pero luego... Imagino que quizá te cueste hacerte a la idea de esto: tu amiga casada con otra mujer. Hasta a mí me cuesta... no es que me de vergüenza —meneó la cabeza—, es que en mi cabeza tenía impresa una idea tan distinta de lo que debía ser la vida. En realidad esto no es distinto, nosotras nos amamos y queremos formar una familia y deseamos las mismas cosas que otras parejas y trabajamos y... —se quedó viéndome—. Nunca antes fui tan feliz—. Hizo una pausa—. Mañana mismo llamaré a casa para contarles la novedad a todos. Quería que lo supiesen primero.

—Me dejaste sin palabras. No puedo más que decirte que me alegro, de todo corazón, no podría sentirme de otra manera, Vale. Quiero que seas feliz, ya sea a su lado, con niños sin niños o como quieras. Lo que pasó quedó en el olvido. No importa. De verdad que no tiene la menor importancia; yo ya no quiero ni pensar en eso. Es momento de seguir adelante.

—Algún día tu hijo jugará con mis hijos y hablaremos de todas esas cosas de hablan las madres cuando se reúnen y nos parecerá genial.

Me reí. Ojalá así fuese.

Todavía no tenía novedades de mi hijo pero Carlos seguía trabajando para conseguirme la oportunidad de empezar a recuperar mi relación con él, por medio de visitas.

—Hijos... mira a dónde nos trajo la vida.

—Sí, no parece la misma que un par de meses atrás —Valeria se sonrió —de camino al auto, me contarás como va lo tuyo con Federico.

Y le conté sobre eso y no paramos de hablar en todo el camino hasta su casa. Me contó sobre su trabajo, le conté sobre el mío; nos pusimos al día con cada detalle de los días sin vernos que acumulábamos.

Entre palabra y palabra, admiré la ciudad.

Ni bien el avión levantó vuelo de la pista allí en Buenos Aires, me puse a pensar en Félix. De su último escándalo sabía que se encontraba aquí, había ido a parar al hospital como consecuencia de una riña en un bar de la cual le quedó como recuerdo una cortada de quince puntos —según dijeron en las noticias— y un buen lío con la policía que a sus abogados les costó solucionar.

No tenía certeza de que se encontrase en la ciudad y prefería no averiguarlo, temí caer en la tentación de encontrarme a las puertas de su edificio esperando verlo y esa no sería una buena idea, no se me antojaba formar parte de un nuevo escándalo en su vida. Verlo tampoco reportaría nada nuevo en mía; se

suponía que él era un capítulo cerrado. Sin duda mi historia con él era un libro que no deseaba volver a leer, tenía demasiadas cosas buenas entre manos para arruinarlas con una persona a la cual obviamente no le importaban las mismas cosas que a mí. Félix estaba más centrado que nunca en su propio ombligo, en su ego y su propia desgracia la que utilizaba para defender todas sus malas decisiones. A mi lado no tenía cabida alguien destructivo; él no comprendería jamás a lo que apuntaba mi existencia hoy por hoy y probablemente tendría algo que opinar —algo muy poco constructivo— sobre mis intentos de recuperar a mi hijo. Supongo que peor aún sería su opinión sobre mi relación con Federico y de seguro no le faltaría el tiempo para criticar a Valeria. No, definitivamente Félix ya no tenía un lugar a mi lado. Lo malo es que su presencia continuaba enquistada en mi mente y en mi corazón.

Tomar la decisión de viajar a esta ciudad no fue una tarea sencilla, tanto cuanto deseaba verlo, también temía encontrármelo porque aun comprendiendo a la perfección que él no era bueno para mí y que quizá yo no fui nada bueno para él, me moría de ganas de besarlo, de abrazarlo, de terminar en su cama, de pasar allí toda una noche... una última noche al menos.

Sí, Félix era autodestructivo y yo también.

—Aquí es.

Valeria estacionó y apuntó hacia arriba con un dedo.

El departamento era una belleza arquitectónica de dos plantas, remodelado a nuevo con muy buen gusto, en un elegante barrio de edificios que no sobrepasaban los tres o cuatro pisos, con árboles en la vereda, verjas de hierro y nieve acumulada contra las paredes. Por fuera todos los edificios eran similares pero por dentro se detectaba el gusto de Valeria amalgamado con uno un tanto más relajado y fresco. El resultado final era cálido y simple.

Valeria me enseñó su nuevo hogar, incluso atreviéndose a entonar frases como: “este podría ser el cuarto de los niños”, “allí nos gustaría armar una sala de juegos” o “quizá pongamos unas hamacas en el jardín”.

—Reservamos una mesa para ir a comer a nuestro restaurante favorito esta noche. Espero que no estés muy cansada. Stella insistió, ella está muy ansiosa por conocerte —Valeria me pasó la taza de café y se sentó frente a mí. Miró hacia afuera por la ventana; nevaba—. Ella sabe lo que sentía por ti.

—Entiendo, está bien, no pasa nada —me mordí el labio—. Debiste decírmelo, podría haberme hospedado en un hotel. Ustedes dos recién llevan

una semana de casadas y yo vengo a instalarme aquí...

—No molestas, a ella tampoco le molesta. Fue ella quien preparó tu cuarto y quien eligió el restaurante. Quiere que te sientas cómoda, estaba deseosa de conocerte —me sonrió—. Volverá del trabajo en cualquier momento—. Bebió un sorbo de su café y se quedó observándome.

Le sonreí.

—¿Estás pensando en lo que creo que estás pensando?

Me hizo una mueca.

—Ese asunto es como algo muy grande que nos acompaña y todavía ninguna de las dos se anima a mencionarlo. Hablamos de todo lo demás menos de él. ¿Pensabas hacer algún comentario? Imagino que debiste verlo al menos en las noticias... últimamente aparece por todos lados y no por buenos motivos.

—El rostro de Félix no es sencillo de evitar, al menos no en los medios —contestó Valeria—. Es lamentable a lo que quedó reducido. Imagino que se lo merece por desgraciado.

—No digas eso, no creo que esté pasándolo bien. Más allá de lo que pasara entre nosotros... lo alejaron de sus empresas y eso era todo para él.

—Eso no debería ser todo para una persona. Allí residía su error —suspiró—. Lo vi, iba de camino a un almuerzo de trabajo, me topé con él justo fuera del restaurante, sigue siendo el mismo pedante de siempre. No cambia ni nunca cambiará. ¿Viste el video? Al menos debiste ver las fotografías, estaban por todos lados. Debería darle vergüenza comportarse así.

—¿Cuándo fue que lo viste? ¿Hablaste con él?

—Fue el día en que hicieron la celebración por tu contrato, justo después de cortar contigo. Le dije que era una basura y que lamentaba el día en que le hablé de ti —sacudió la cabeza —se comportó como siempre y lo abofeteé. Se merecía más que eso pero la vida se encarga de hacerle pagar las cosas que hizo.

—¿Volviste a verlo?

—Por suerte para él, no. No tengo idea de si sigue en la ciudad, hace un par de días que no sale en las noticias.

Sonreí de pura angustia y aparté la mirada.

—¿No pensarás buscarlo?

Negué con la cabeza mientras contemplaba fijo, el paisaje nevado. El cielo oscuro de nubes pronto se teñiría de noche.

Me encogí dentro de mi cuerpo.

—No lo odio... —apreté los labios —me da pena. Está perdido.

—De eso hace mucho y no es por tu culpa. Lo que sucede es que antes vivía dentro de una fachada, en una escenografía que había creado, ahora ese mundo ficticio se cayó y no le queda más remedio que mostrarse como es, tan lamentable como siempre fue.

—No digas eso. Él no tiene idea...

—¿Idea de cómo vivir? No, no la tiene pero tuvo suficientes oportunidades para aprender. No lo defiendas. Tiene treinta años, no es un crío y por sobre todo, no necesita que corras a rescatarlo.

Moví los ojos para mirarla.

—No saldré corriendo a rescatarlo.

—Te conozco, Gaby. Esa mirada... —permaneció un momento en silencio y después soltó aquello que imaginé que diría—. Todavía lo amas, ¿no es así? Le contesté que sí con un movimiento de cabeza. Podía negarlo una infinidad de veces y así y todo ella continuaría sin creer mi mentira.

—No se lo merece, es un cretino. ¡Juzgarte por lo que hiciste! ¡¿Quién se cree que es?! Sobre todo llevando la vida que lleva y la que siempre llevo. Es un mentiroso, engañó a todos, te engañó a ti. Siquiera se merece que pienses en él.

Reí de los nervios. Si ella supiese que muy a menudo cuando estaba con Fede pensaba en Félix. Apreté los dientes sintiéndome culpable y tonta.

—Intento no pensar en él. No es fácil —articulé al final. Demasiado silencio hacía que me sintiese que se me escaparía por la mirada lo mucho que todavía lo deseaba conmigo.

Valeria iba a añadir algo más pero se quedó con la boca abierta, una voz femenina sonó a la distancia, pronunciando su nombre en castellano con acento muy americano.

Por fin conocí a Stella y no fue difícil congeniar con ella: de un carácter apacible, se le salía por los poros el amor que sentía por mi amiga y yo no podía pedir nada más. Ver a Valeria feliz me hacía feliz.

Conversamos un buen rato las tres y después me retiré al cuarto que ocuparía por los próximos quince días, a descansar un poco antes de salir.

Llamé a Federico, comenzaba a hacerme falta el efecto sedante y reparador que tenía sobre mí su presencia, él era mi nivelador de locuras y actos suicidas. No mi prisión, sí mi contención, la medicación que impedía que enloqueciera y pensara más de la cuenta en Félix.

Le conté sobre Valeria, le dije que lo extrañaba. Hablamos unos quince minutos y a una parte de mí le dieron ganas de volver a casa cuanto antes.

Tenía tanto miedo de hacer algo errado, de arruinarlo todo de manera estrepitosa.

Colgué con él e intenté convencerme de que podía superar esto. La ciudad era demasiado grande y no me encontraría con él.

No correré a buscarlo, no lo haré —me convencí.

Descansé un rato, me duché y me preparé para salir a cenar.

...

Valeria vertió vino en mi copa y después en la de Stella, ella me contaba una anécdota de su trabajo, entre carcajada y carcajada.

El restaurante era agradable, demasiado concurrido para mi gusto pero la comida era muy buena. Mi primera impresión sobre este lugar fue que le habría gustado a Félix, era uno de esos sitios de moda, de precios ridículos, concurrido por celebridades y en los que no cualquiera consigue una mesa.

Resulta que Stella no era simplemente una pediatra, además era hija de un importante empresario; durante el invierno Stella tenía por costumbre ir a esquiar a Aspen y había recorrido el mundo con su familia y luego sola, antes de comenzar la universidad.

Cuanto más conocía de ella, más me agradaba.

Terminó su historia y bebió un poco de vino. Bajó la copa.

—Valeria me permitió leer tu libro. Espero no te moleste —se sonrió —, para practicar mi castellano. Es muy bueno, me gustó mucho. Acabas teniendo la sensación de que conoces a los personajes de toda la vida. Eso me agradó. Y la historia... lloré. Bueno, soy muy llorona pero también reí. Valeria dijo que ella lloró; no soy la única.

—Me alegra mucho que te gustara.

—¿Cómo va tu segundo libro?

—Avanzando bien, por suerte —me distraje un momento, a la barra a unos doce metros, acababa de llegar un grupo muy ruidoso que logró alborotar todo el lugar.

—Eso es bueno. ¿Para cuándo la película? Aquí todo buen libro lo hacen película o serie de televisión, bueno, también los no tan buenos, el tuyo se merece una buena adaptación.

—A decir verdad recién por estos días se comienza a discutir la perspectiva de la traducción. Veremos.

—¿Pero te gustaría?

—Nunca me atreví a pensar en eso, supongo que sería divertido —tuve que alzar la voz, los de la barra estaban en pleno jolgorio a los gritos. En realidad el volumen de todos los sonidos había aumentado en la última media hora. Valeria me había explicado que este era uno de los lugares más de moda para salir a tomar algo por las noches y se notaba. Eran pocas las mesas en las que continuaba sirviéndose la cena, más que nada se veían copas de tragos y mucho champagne. Incluso la música había cambiado de tonadas suaves a unas más parecidas a club nocturno.

—Prefiero no adelantarme a los hechos. Me pone nerviosa —y los nervios se notaron en la sonrisa que se me escapó. Pensar así en grande era de vértigo; por suerte ese vértigo a diferencia de unos meses atrás ya no me asustaba, todo lo contrario, era el motor que me movía.

—No seas modesta, Gaby. Tu trabajo es muy bueno.

—Lo es —la secundó Stella para luego volverse en dirección a la barra.

—Empiezan a pasarse de la raya. Qué molestos —giró otra vez sobre su silla para quedar frente a mí—. Últimamente dejan entrar a cualquiera; probablemente siquiera tengan mesa y tampoco hay lugar en la barra.

Estiré el cuello y los observé, eran como una docena de personas, en su mayoría mujeres y muy jóvenes, vestidas con poca ropa. No tenía mucha idea sobre la farándula de la ciudad pero me pareció reconocer a un cantante de rap.

—Si quieren podemos seguir conversando en casa.

—Es buena idea, pediré la cuenta —Stella giró otra vez sobre su silla para llamar a la camarera.

Por el corredor empezaba a avanzar el grupo de la barra, debían haberles conseguido una mesa.

—La comida aquí es realmente muy buena —le comenté a Valeria.

—Sí, pero a esta hora, últimamente los fines de semana se pone...

—¿Qué haces aquí?!

Su voz repercutió dentro de mi cabeza.

Es el vino, no él. No podía ser él. Me dio pánico girar la cabeza.

No ver no oculta la verdad, sobre todo porque su perfume llegaba a mi nariz.

¡No debí venir, no debí venir! Mi corazón se disparó enloquecido y ya no logré gobernar mi cuerpo. Todo en mí se alteró. Sentí que explotaba de felicidad y al mismo tiempo creí que me hundía en un profundo pozo en la tierra. El pánico se apoderó de mí.

Valeria tenía la cabeza alzada, lo miraba con odio y yo siquiera conseguía

moverme.

Apreté los dientes y al final conseguí girar la cabeza para verlo. Su imagen hizo que mis manos se echasen a temblar. Me dieron arcadas. La comida y el vino treparon por mi garganta.

—¿Qué mierda haces aquí? —Bramó aturdiendo mi cerebro evaporando la felicidad que sentí por unos segundos al percibir su perfume dejando con vida únicamente el miedo y el dolor

Sus ojos... por poco y me muero al verlos. Sus ojos y su rostro, sus labios en particular, su cabello, sus manos... aquellas manos que añoraba tanto. Partes de mí se adherieron a su mirada, las partes que en momentos cruciales en los que debía mantenerlo en el olvido, recordaban el tacto de su persona, el calor de su cuerpo que en este instante percibía en mi lado derecho.

De ser por mí habría saltado a su cuello y no para matarlo, cada célula de mi cuerpo necesitaba besarlo. Quería sus manos en mí... en mi cadera, sus labios en mi cuello.

Por la mirada en sus ojos era muy fácil adivinar que a él no le pasaba lo mismo. Ese azul destilaba odio, su boca olor a alcohol.

—¿Qué hacen las dos aquí? ¿Es una reunión de amantes?

Félix estaba borracho, muy borracho por lo que no conseguía mantenerse quieto sobre sus pies.

Busqué mi voz para contestarle, no la encontré.

—¿Tendrán un trío? —Disparó con crueldad asesinándome con sus ojos—. Me dan asco. ¡Tú en particular! ¡¿Con cuántas personas te acuestas?! Digo, además de tu jefe. Por cierto, felicitaciones, trepadora, conseguiste lo que querías. Publicarán tu patético libro. Es un alivio que tu nombre no quedara asociado al mío.

Cómo contestar a eso.

Deseé morirme aquí mismo.

Lo que tanto me había costado reparar, lo que apenas conseguía mantener en pie se convirtió otra vez en una pila de escombros. Los ojos se me llenaron de lágrimas y si creí que lo nuestro no podía doler más de lo que me había dolido ya, me equivocaba. Esto era todavía peor que cuando me apartó de su lado la primera vez.

—Por qué no mejor te largas.

La voz que lo invitó a irse fue la de Stella; ni Valeria ni yo éramos capaces de articular palabra.

—¡Son dos putas rastreras! Todavía no entiendo cómo es que terminé en la



cama con ambas.

Valeria se puso de pie de un salto mientras por mi garganta trepó una ola ácida.

—Lárgate en este instante o no me responsabilizo de mis actos —lo amenazó Valeria y de nada sirvió.

Félix se abalanzó sobre mí para tomarme de un brazo.

—Eres tú la que se va —gritó tironeando de mí.

En este momento lo que menos me importo es toda la gente que estaba viéndonos. Su mano en mí, incluso en un gesto tan brusco, incluso por sobre los insultos, me desarmó por completo. ¿Cómo era posible que todavía lo amase tanto?

Mis ojos se aguaron y mi carne se transformó en nada.

—¡Fuera de aquí! ¡No tienes ningún derecho a seguir cruzándote en mi vida! ¡¿No estás satisfecha con todo el daño que causaste?! ¿Qué más quieres, enloquecerme?

Soltó aquello con tanta angustia que me sentí como la peor basura.

—Félix... —no creí que pudiese volver a entonar ese nombre en su presencia. Se paralizó ante mi voz llamándolo.

—No vuelvas a dirigirme la palabra, no te atrevas a volver a mirarme a la cara. ¡No tienes ningún derecho! ¡Embaucadora! ¡Eres una desgraciada! ¡Te odio! ¡Te odio como jamás odiaré a nadie más! ¡Arruinaste mi vida, lo arruinaste todo! ¡Te odio Gabriela!

Las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas que caso tenía intentar contenerlas. Además sus palabras terminaron con mis fuerzas. Jamás fue mi intención lastimarlo tanto.

—¡Suéltala! —Valeria tironeó de mi brazo.

Stella también apareció en escena.

Pese a que Félix me había dicho que no volviese a mirarlo a los ojos, era él quién tenía sus ojos clavados en los míos como si no hubiese otro punto al que mirar. .

—No hagas esto, Félix, las cosas no son como crees. Necesitamos hablar. Te lo ruego, por lo que más quieras, no...

—¿¿No qué?! ¿Qué podrías tener para decirme que pudiese interesarme? Lo único que quiero y que necesito es no volver a ver tu cara. ¡Me mentiste! ¡Querías mi dinero!

—Eso no es cierto, Félix.

—Por tu culpa no soy nada —me gritó.

Este era el momento un millón, en que me arrepentía no haberle contado sobre mi hijo.

Mis ojos se desviaron ligeramente de los suyos para ver que un montón de personas nos rodeaban, camareros, alguien de traje, la recepcionista del restaurante y...

—Señor...

Y Mike.

—Señor, por favor, suéltela. Le hace daño.

Félix apretó todavía más el agarre sobre mi brazo como si no estuviese dispuesto a soltarme jamás y yo desee que no me soltara, no quería volver a apartarme de él.

Con mis ojos llorosos miré a Mike. La alegría de verlo quedaba opacaba por la situación.

—La lastima, Señor, suéltela por favor. Suéltela y permítame que lo lleve a casa.

—Félix —me perdí en sus ojos —, jamás fue mi intención hacerte daño. No me agrada verte en este estado. Por favor Félix... te lo ruego. Félix yo no...

—¡Mentira, disfrutas admirando la destrucción a la que quedé reducido! —  
Bramó con su voz convertida en un estruendo que sonó a estallido de bomba atómica.

—No es cierto —jadeé llorando ya sin lograr controlarme.

—Señor, suéltela—. Mike tenía su mano sobre la mano con la que Félix aferraba la mía, hincando sus dedos en mi carne.

Me dio la impresión de que él volvería a quedar tan perdido cuanto yo me sentía ante nuestra distancia... No, en realidad él ya no me necesitaba, eso si es que alguna vez me había necesitado o realmente amado. Sus ojos no supieron decirme si hubo amor.

—Señor Meden, por favor suelte a la señorita. Lamento tener que pedirle que abandone el establecimiento en buenos términos o me verá obligado a llamar a la policía.

Félix siquiera pestañeó. Sus ojos seguían en los míos.

—Por favor, Señor —insistió Mike.

Nos quedamos en silencio un momento.

—Suéltame Félix. Se terminó. ¿Lo entiendes? Soy yo la que no quiere volver a verte la cara. Tú me heriste a mí, no yo a ti. No tienes nada que ver con mi hijo ni con las decisiones que tomé antes de conocerte. No te engañé, no te mentí y en sobradas ocasiones te dije que tu dinero no me importaba y no me importa.

No pasé por sobre ti, no te usé para influenciar a nadie. Lo que tengo hoy es fruto de mi trabajo, lo único que tomé de ti, y sin querer, fue esa incapacidad tuya de sentir, de poder entregarse a alguien por completo. Gracias por eso, créeme, si pudiese devolverte ese desagradable regalo, te lo entregaría en este mismo instante. No eres quién para pedirme que me vaya, eres tú quién debe irse. No haces más que ponerte en ridículo, que arruinar todo lo que tanto trabajo te costó construir—. Me detuve un momento, las palabras apenas si lograban emerger de mis labios por lo duras y desgarradoras que resultaban a mis oídos—. Si te encontraba irresistible y casi místico, quedé ciega por ti, por lo que me hiciste creer que eras. Hoy no... hoy no puedo ver nada de eso en ti. Quizá ninguna de las dos cosas exista en ti; no sé qué creí ver, es evidente que me confundí. No eres más que una sombra de la cual no lograba despegarme hasta hoy. Me encerraste en la jaula que eras tú, me... —tragué saliva y me limpié las lágrimas, me moría por culpa de esto pero sabía que era lo mejor—. No soy buena para ti ni tú eres bueno para mí. No sé qué esperabas de mí, no sé qué esperaba de ti. Nos equivocamos Félix—. Sus ojos por poco y me desarman—. Se terminó... fuera lo que fuese se terminó. Suéltame.

Los dedos de Félix me soltaron al instante.

Se apartó en un paso que lo hizo tambalearse.

Me miró por última vez, tenía la mandíbula tensa, debía estar apretando los dientes. No dijo nada más, dio la media vuelta y se alejó.

Mike me miró por un segundo y después salió tras Félix.

Mi cuerpo se quedó ingravido ante su alejamiento. El mundo comenzó a caerse a pedazos a mi alrededor otra vez. Algo en mi estómago se retorció. El dolor tomó cuenta de mí.

—¿Se encuentra bien? —Me preguntó el hombre que había amenazado a Félix con llamar a la policía.

—Sí, estoy bien —mentí.

—¿Ese es el sujeto de ...?

Valeria no le permitió a Stella terminar la pregunta.

—Sí, era él.

Me refregué la muñeca, no era capaz de parar de llorar y de mirar en la dirección en la que Félix se alejara.

—Vamos, Gaby, vamos a casa. Te sacaremos de aquí ahora mismo.

Stella fue a pagar la cuenta, Valeria se quedó ayudándome a vestir mi abrigo. No conseguía moverme, ya no podía pensar ni sentir. Lo había terminado para

siempre y me dolía tanto como el día en que me despedí de mi hijo.

Por qué tenía que pasar por esto dos veces, por qué debía sentir otra vez que no era lo suficientemente buena para ese otro ser, o lo suficientemente capaz de amar como correspondía, de cuidar y evitar dolor. Había lastimado a Félix y me moría de miedo de hacerle lo mismo a mi hijo si es que conseguía recuperarlo. Y ni que hablar de mi relación con Federico. ¿Qué haría de mi vida?

Desecha y sin una lágrima me tendí en la cama después de que Valeria se despidiese de mí llevándose consigo la taza de té que me obligó a beber con la intención de calmarme. Habíamos pasado la última hora en silencio, las dos en mi cuarto, mirándonos, sin pronunciar palabra. Ahora la madrugada avanzaba y afuera nevaba todavía más que antes. El frío en el interior, el de mi pecho era todavía más difícil de soportar que el del exterior.

Me dormí cuando se me acabaron las lágrimas.

¿Eso que sonaba era mi celular?

Fuese o no, ignoré el ruido. Quería dormir y de preferencia no volver a despertar.

Apreté los parpados, no notaba luz través de estos, aún debía ser de noche o muy temprano en la mañana. Rendida al sueño y al agotamiento mental, no lo escuché más... eso por un momento, no sé cuánto, podría haber pasado una hora o cinco minutos, no tenía idea.

Abrí un ojo, mi celular se encontraba junto a la mesa de luz, temblando sobre esta por la vibración del llamado.

Abrí el otro ojo, igual de pegoteado e inflamado del llanto. Era demasiado de noche para recibir llamados.

Comprobé la hora en mi reloj: las cuatro treinta de la mañana.

El aparato enmudeció otra vez. Me dejé caer sobre la cama boca arriba, ni siquiera se me antojaba ver quién era.

Solté un suspiro y se me escapó otra lágrima. Evidentemente mi cuerpo tuvo el tiempo suficiente para reponerse y producir más.

Mi celular volvió a tocar. No era normal, me preocupé. Lo tomé de la mesa de luz. No reconocí el número.

—Hola. ¿Quién habla?

—Gabriela...

—¿Mike?!

—Disculpa si dormías. Imagino que eso hacías.

—Está bien, no hay problema. ¿Pasa algo?

—Perdí a Meden. ¿No está allí contigo?

Se me escapó una carcajada seca.

—No, claro que no está aquí conmigo.

El sonido de su voz me llegó opacado por el sonido del tránsito y demás ruidos de un concurrido amanecer en la ciudad.

—¿Lo perdiste? ¿Eso qué significa, Mike?

—Estábamos en un bar, hablaba con unas mujeres. Ya no está, no sé cómo pude perderlo de vista. Él estaba en una mesa, me pidió que permaneciese lejos, en la barra. Me volví un segundo y desapareció. Lo busqué por todas partes, ni rastro de él. Le he preguntado a media docena de personas y nadie parece haberlo visto. No se llevó el auto, si no lo hubiese encontrado, tiene sistema de rastreo satelital. ¡*Damn it!* Debí ponerle a él un localizador. Hoy tuvo un día pésimo, comenzó bebiendo en el almuerzo y no paró.

—¿Dónde estás ahora?

—En la puerta de la casa de su padre, no toqué su timbre, aquí está todo a oscuras, duermen aún. Es evidente que aquí no vino—. Hizo una pausa—. Estoy cerca de la casa de tu amiga.

—¿Cómo sabes dónde estoy? ¡¿Cómo sabes dónde es?! —De regreso del restaurante habíamos pasado por la puerta de la casa del padre de Félix de modo que ya sabía que por los próximos días seríamos prácticamente vecinos.

—Félix se encontró con ella aquí en la ciudad hace un tiempo, me pidió que la buscara.

—Me parece que no quiero escuchar nada de eso, Mike.

—Por favor, Gabriela, no te alejes de él, eres la única que puede ayudarlo.

—No puedo hacer nada por él. Nosotros no nos hacemos más que daño el uno al otro.

—No es así.

—Como sea, por qué no compruebas si no regresó a su departamento.

—Llamé allí y a su celular, no contesta.

—Probablemente esté allí durmiendo o vomitando en el baño —se me escapó saña en el comentario.

—No lo creo. Se encuentra muy mal, cada vez peor. El Señor Meden no es su responsabilidad pero le ruego que me ayude, él necesita volver a verla otra vez.

—No tengo ganas de que vuelva a insultarme, Mike.

—No lo hará. No sabe lo que hace, necesita encontrar el rumbo otra vez.

—Lo nuestro se terminó.

—Por favor, estoy a unas pocas cuerdas.

—¿Qué quieres que haga?

—Enfrentarlo cuando lo encuentres.

—No lo creo, Mike.

—Por favor, te lo ruego, permítame que pase a buscarte. Sé que es demasiado pedir, lo entiendo... Por favor.

Iba a arrepentirme de esto lo sabía. Sin embargo...

—Aquí te espero.

—¡Gracias, muchas gracias! —Contestó Mike tan feliz como si le hubiese dicho que Félix y yo seríamos felices juntos por siempre.

Colgué, me vestí, recogí mi bolso y salí de la habitación. Valeria me había dado un juego de llaves para que pudiese entrar y salir a mi gusto. Escribí una nota que sujeté a la heladera con un imán y abandoné el departamento iluminado por los primeros atisbos de claridad. Bajé por las escaleras todo lo rápido que mis temblorosas y asustadas piernas, podían. Se lo confiase a Mike o no, me preocupaba por Félix. Era evidente que ni en sus planes ni en los míos, quedaba espacio para meditar la opción de volver a estar juntos, de cualquier modo no me complacía imaginarlo en peligro, lastimado o lo que fuese, tampoco me hacía nada feliz, al extremo al que él empujara su vida; me negaba a creer que esa existencia que llevaba, lo hiciera feliz.

Cuando llegué a la puerta divisé a Mike en la vereda, estaba al teléfono.

—No está en su departamento. Acaban de comprobarlo por mí.

—¿Tienes idea de por qué se fue sin avisarte?

—Discutimos. Seguía bebiendo, le dije que parase de una vez, que así acabaría perdiéndolo todo y me dijo que era un poco tarde para eso, que ya lo había perdido todo y que ya nada le importaba —Mike esquivó mis ojos por un momento—. Lo llamé idiota e infantil. Le dije que jamás recuperaría lo que perdió si continuaba comportándose de este modo.

—¿Y qué dijo él?

—Primero se quedó mudo, de la sorpresa supongo, no debía esperar que le soltase nada semejante.

—¿Qué pasó luego?

—Me dijo que ya nada le importaba.

—¿No tienes idea de dónde pueda estar, a dónde puede haber ido? ¿Tiene alguna...? —No sabía ni cómo expresarme—. ¿Ve a alguien aquí? —Acabé

diciendo, esperando que comprendiese que me refería a esas mujeres con las que descargaba sus ansiedades mediante actos que involucraban el sometimiento, el dolor y a veces, el sexo.

Asintió con la cabeza.

—¿Dónde es?

—Por qué mejor no te llevo hasta el departamento y te queda allí por si regresa.

—No. ¿Dónde es? Sí quieres que me vea, me verá. Si está allí lo mejor será que entienda que no puede seguir así.

—Vamos juntos y me esperas abajo.

—Vamos juntos y lo buscamos juntos.

—No creo que sea buena idea, no sé cómo reaccionará al verte allí.

—¿Querías que me viera o no?!

Mike apretó los labios.

—Ok, al llegar allí decidiremos cómo proceder.

—Está decidido cómo procederemos. ¿Cuál es tu auto?—. No tenía intenciones de ceder ni un ápice.

—Siempre fuiste muy parecida a él.

Eso me aflojó las rodillas. Disimulé.

—Por eso mismo, no discutas conmigo —bromeé, no porque pretendiese ser graciosa sino porque estaba demasiado nerviosa.

—El auto —entonó Mike señalando algo a mi derecha.

Cuando giré la cabeza no lo pude creer; era un Ferrari rojo flamante y absurdamente llamativo, con un aspecto increíblemente moderno que no se veía como los que hubiese visto antes.

Mike pasó por delante de mí y abrió la puerta del acompañante. Aquello era lo más que un automóvil de calle podía parecerse a un automóvil de carrera.

Al sentarme prácticamente quedé embutida en una especie de capullo de cuero de un marrón muy claro. Adentro olía a cuero, a nuevo.

Mike cayó a mi lado y sin más dilación, puso el motor en marcha. Los gruñidos del motor amenazaron con despertar a todo el vecindario.

Ninguno de los dos entonó palabra en los veinte minutos que duró el viaje. Me habría gustado que Mike me hablase de cualquier cosa para distraerme. Temía por Félix, por su bienestar y por lo que pudiese suceder cuando me viera otra vez; no retrocedería sobre mis pasos sin embargo estar tan decidida a sacarlo del pozo en que se encontraba no me quitaba el miedo de caer de rodillas frente a él para suplicarle que entendiese mis razones. Me juré que no daría

marcha atrás en mi decisión, no nos hacíamos ningún bien y si lo veía magullado o... lo que fuese, sería mi culpa, yo encendí la mecha, de no ser por mí, su vida habría seguido igual.

—Es allí —señaló uno de los edificios y siguió de largo, no había lugar para estacionar.

—Ok, detente aquí, ¿qué piso es? —Quería tirarme del Ferrari así sin más, saber que podía estar tan cerca me desquiciaba de necesidad.

—Dame un momento para estacionar —me tomó de la muñeca como si realmente temiese que me arrojase del vehículo en movimiento—. No te permitirá subir a ti, no te conoce; no funciona así, no puedes simplemente llamar a su puerta y preguntar por Félix Meden.

—Si no abren, armaré un escándalo.

—De ninguno modo harás nada semejante —le dio un suave apretón a mi muñeca—, calma. Me conoce, si pregunto me dirá si está allí o no.

La maldita calle estaba repleta de automóviles; nos vimos forzados a estacionar a la vuelta del edificio.

—Bien, espera aquí.

—¡Eso no sucederá!

—Gabriela no necesitas verlo así.

—Sí, lo necesito—. Fue un pensamiento que se me escapó en voz alta, seguirlo hasta la puerta no había sido suficiente para comprender lo que él realmente era o sentía en esos momentos. Todavía hoy me acuciaba la necesidad de meterme dentro de su cabeza para intentar comprender sus motivos—. Es probable que él también necesite verme allí.

—No es buena idea, no creo que quiera que lo veas así. Conmigo es una cosa, lo he sacado muchas veces de... —se interrumpió—. Quédate aquí.

En respuesta a su pedido me bajé del auto.

Lo que me pareció una eternidad después (en realidad no pasaron ni cinco minutos), nos encontrábamos frente a un moderno portero eléctrico que parecía parte de una nave espacial.

Mike tecleó un par de números y esperó.

—¿Por qué no contesta?

—No pasaron ni treinta segundos.

Mis pies no podían quedarse quietos además helaba.

—Dame su número de celular, lo llamaré.

—No contestará.

—Toca otra vez.



—Espera.

—No puedo.

—Sí, me di cuenta. Tranquila.

Algo hizo ruido. Fue el portero eléctrico. Mike me apartó de un muy poco sutil empujón y acto seguido se plantó frente la diminuta lente.

—Ya decía yo que no había podido llegar aquí solo, en el estado en que llegó —entonó una voz femenina que parecía de terciopelo. Sube y llévatelo. Exageró y no puedo con él.

El alivio de comprender que Félix estaba allí, se opacó al instante por el añadido de aquellas palabras. Tragué en seco. Mike tenía razón, no me sentía muy segura de estar lista para presenciar esto.

Una chicharra sonó, era la apertura eléctrica de la puerta.

—Espera aquí —me ordenó Mike cuando estuvimos dentro del hall calefaccionado.

Otra vez, eso no estaba a discusión. Me lancé tras él en cuanto dio el primer paso.

Mike resopló pero allí acabó todo.

Los dos, nerviosos, nos metimos dentro del ascensor. Mike presionó el botón del décimo primer piso.

El hall de distribución era amplio, una puerta a la derecha, otra a la izquierda. Mike señaló hacia la derecha y hacia allí me lancé enfrentando todos mis temores.

No tardaron nada en responder al llamado de Mike.

La puerta se abrió y al instante me sentí ínfima y desarmada, y muy fuera de mi elemento.

Una mujer de abundante cabellera rubia cuidadosamente peinada y atendida, con unos bucles que parecían a prueba de humedad y viento, nos recibió. Su rostro era digno de una publicidad de elegantes maquillajes o productos de belleza para la piel. Tenía inmensos ojos celestes y una altura similar a la mía sobre mis zapatos. Llevaba sobre su delgado pero al mismo tiempo, bien torneado cuerpo, únicamente una bata muy corta de raso negro. Tanto las uñas de sus pies, cuanto las de sus manos, estaban pintadas de rojo.

Por la cabeza me cruzó un pensamiento en el que nunca antes reparé: como podía estar conmigo... cómo pudo gustarle estar conmigo si también le gustaba esto. Una de las dos cosas no podía tener lugar en su existencia.

—¿Quién es ella?! —Chilló al verme—. ¿Spencer, qué tramas, quién es esta

mujer? No quiero líos aquí. No puedes traer a cualquiera, esto no es un salón de té. ¿Sabes lo que dirá Meden si se entera de que alguien lo vio aquí? ¿Acaso te volviste loco? ¡Sácala de aquí en este instante!

—No dirá nada. ¿Dónde está Meden, Celia?

La mujer lo miró con desconfianza.

—Celia... ¿dónde está Félix?

Era la primera vez que escuchaba a Mike llamar a Félix por su nombre de pila.

—En el cuarto. Es que nunca llegamos a tanto. No quería que parara. Ese hombre está muy mal. No creo que tenga idea de lo que hace.

En cuanto recibió su respuesta, Mike se metió dentro del departamento sin más ceremonias, y otra vez, yo tras él.

La mujer nos pisaba los talones, gritaba que estábamos locos, que Meden se enfadaría con todos, especialmente con ella, que perdería a uno de sus mejores clientes.

No sé de dónde brotó aquello, pero le grité que cerrara el pico. Me moría de la necesidad de verlo, de asegurarme de que nada malo le sucedía.

El departamento era inmenso, muy poco amueblado y con un estilo muy moderno, esto parecía un quirófano.

Seguí a Mike por un interminable corredor, casi choco con él cuando se detuvo a una entrada de puertas dobles, las cuales empujó con sus potentes manos.

El alma se me cayó a los pies. El amplio espacio de paredes moradas se semejó, para mí, a una mezcla entre una sala de torturas y un club nocturno de hombres.

Intenté no mirar demasiado, lo cual resultó algo sencillo de hacer, puesto que divisé, sobre la cama que había justo en medio del espacio, un cuerpo que yacía boca abajo medio enredado entre sabanas de seda negras.

—¡Félix!

Los dos nos lanzamos sobre la cama con la rubia todavía rezongando a nuestros talones.

Mi corazón se encogió, el espectáculo no era nada placentero, su espalda era un hematoma al lado del otro. No todos eran recientes, los había violáceos y verdosos, también amarillentos. Tenía cortes todavía sangrantes y otros ya secos. Sus brazos no la llevaban mucho mejor; de sus muñecas, mejor ni hablar, sus piernas... ¿Cómo podía hacerse esto?

Entendí que sin duda, yo no era capaz de ayudarlo.

Jadeé su nombre. Siquiera me animaba a tocarlo por miedo a lastimarlo

todavía más, lo único intacto era su rostro, el cual se encontraba exactamente igual que cómo lo recordaba de él día en que lo conocí, sin ese gesto que me dedicó horas atrás en el restaurante.

Lo que más me impactó, fueron las marcas que tenía alrededor del cuello, marcas de un elemento que había quemado la piel con la fricción: una soga.

¿Qué había estado haciendo? ¿Hasta dónde se había empujado a así mismo, para sentir algo o para escapar de lo que sentía?

Pasando por encima de su espalda, de rodillas, me plante frente a él y acaricié su rostro. Respiraba y eso me alivió. Supongo que dentro de mí temía que fuese tarde.

—¿Félix? ¿Félix, puedes oírme?

Sus ojos se movieron debajo de los párpados. Entreabrió los labios. Apestaba a alcohol.

—¿Félix?

Sus hermosos ojos azules me saludaron. Aquello duró un fugaz instante, el suficiente para que notase que en algún momento, habrían perdido por completo su brillo.

—Tenemos que sacarlo de aquí —me urgió Mike haciendo el ademán de comenzar a levantarlo envuelto en la sábana.

—Dale sus cosas a ella —le ordenó a la mujer, quien al instante se puso en movimiento.

Mike era fuerte, de cualquier modo, le costó levantar a Félix de la cama, y si bien Félix parecía más delgado y menos musculoso que la última vez que lo vi desnudo, era más alto que Mike, y en ese estado, era un peso muerto.

Al quedar en pie, Félix se convulsionó y vomitó. Con Mike lo sostuvimos de rodillas hasta que acabó. Mientras tanto, nuestra anfitriona insultó con ganas, su lenguaje no era tan elegante cuanto su apariencia.

—Sus cosas —repitió Mike una vez más, apartando al Félix de su vómito.

Ahora la mujer nos insultó a los dos. Se despachó con gusto, al terminar, fue por las cosas de Félix perdiéndose por una puerta lateral.

Cruzamos una mirada.

—¿Estuvo así antes?

Mike negó con la cabeza.

Se me formó un nudo en la garganta.

La mujer regresó con la ropa y los zapatos de Félix, todo lo que vestía cuando nos encontramos.

Con una simple mirada, Mike me ordenó que saliese.

La mujer apuró el paso para guiarnos a la salida, incluso abrió la puerta para Mike. Nadie dijo nada, simplemente salimos de allí en ese silencio que era más que elocuente.

Las puertas del ascensor se cerraron ante nosotros, al instante me acerqué a Mike que luchaba poner a Félix en posición vertical.

Sus ojos volvieron a entreabrirse.

—Señor, nos vamos. ¿Cree que pueda mantenerse en pie por un momento?

Mike ya lo había bajado y apoyado contra la pared del ascensor, pero aún lo sostenía tanto con los brazos, como con el cuerpo para evitar que se derrumbase. La cabeza de Félix se bamboleaba.

—¿Puedes ponerle los pantalones, al menos? —quiso saber Mike luego de examinar la situación.

—Creo que sí.

Félix continuaba con los ojos cerrados, mas se notaba que reaccionaba al contacto de las plantas de sus pies descalzos contra el suelo, ejerciendo algo de fuerza contra el suelo para intentar mantenerse en pie.

Me agaché, solté el resto de las cosas en el suelo y comencé a calzarle los pantalones, no fue fácil, Mike no pudo soltarlo en ningún momento; al menos era mejor sacarlo así, que desnudo a la calle con la temperatura que hacía afuera. Le puse además sus zapatos y con increíble complicación, logre ponerle la camisa. El ascensor llegó abajo antes de que pudiese abrocharle algún botón.

Recogí del suelo la sábana y el resto de las prendas y soportando parte del peso de Félix sobre mi lado izquierdo, ayudé a Mike a sacarlo del edificio.

Vi a Mike sopesar la situación.

—Debería ir a buscar el automóvil, no creo que él logre caminar hasta allí.

—Hace demasiado frío para que te esperemos aquí quietos —intenté envolverlo con la sábana—. Te ayudare a cargarlo. Además, no quiero quedarme ni un solo segundo más aquí—. No quería llorar, mas igualmente los ojos se me llenaron de lágrimas—. No puedo creer que le hiciera esto, esa mujer está loca, deberían denunciarla.

—Ella no debe haber hecho ni más ni menos de lo que él le pidió, Gabriela. Es así como funciona.

Desvié la mirada en dirección a Félix; quise abrazarlo.

Apreté los dientes conteniéndome.

—Andando, saquémoslo de aquí.

Por suerte en la calle no había un alma.

Caminamos lentos y tambaleantes hasta el automóvil. Una vez allí, lo sentamos en el asiento trasero. Di la vuelta y me senté en el otro. Mike ocupó su lugar al volante y nos largamos de allí.

—Félix —le di unas palmadas sobre las mejillas—, ¿puedes oírme?

Abrió un ojo y volvió a cerrarlo.

—Bebió demasiado —entonó Mike, espiándome por el espejo retrovisor.

—¿Seguro que es solamente eso? ¿No deberíamos llevarlo a un hospital?

—Iremos a su hotel, si veo que es necesario, llamaré a alguien de confianza. No podemos llevarlo en ese estado, a un hospital.

—¿Lo viste? —Los ojos se me llenaron de lágrimas al mirarlo otra vez—. ¿Cuánto tiempo lleva así? Su espalda... además está tan desmejorado.

—Las últimas semanas han sido muy malas para él.

—Es una locura—. Le acaricié el cabello empapado de sudor.

Mike siguió conduciendo y yo me dediqué a seguir con mis dedos, las líneas de su rostro, él tiempo que llevaba sin tocarlo de esta manera se me antojaba a una insoportable eternidad.

Sus mejillas, el arco de sus cejas, sus labios, su nariz. Mis dedos entre su cabello me hicieron inmensamente feliz e igual de triste... cuando despertase volvería a odiarme y ahora todavía más porque sabía que yo había estado allí, que lo había visto así, completamente vencido. Su ego gritaría más fuerte, esto no me lo perdonaría y comprenderlo le ganó la guerra a mis intenciones de no llorar.

Calcé sus dedos entre los míos, me costó desprendernos de estos en el momento en que Mike anunció que habíamos llegado.

Entre los dos, y con mucha dificultad, Félix dormía profundamente, lo sacamos del auto y atravesamos la vereda y por último el hall de entrada.

El departamento era el mismo que yo recordaba pero no se encontraba en las mismas condiciones. Estaba sucio, desordenado, había cosas rotas por todos lados. Las cortinas estaban echadas y olía a encierro y a tristeza.

El ascensor nos dejó en la planta en la que él tenía su cuarto, aquí las condiciones generales del lugar eran peores.

Lo arrastramos hasta el cuarto.

Las ventanas estaban tapiadas con papel de periódico además de las cortinas. Había ropa sucia por todas partes y las luces del techo no encendieron cuando toqué la ficha, al alzar la cabeza me di cuenta de que era porque las bombillas estaban rotas. También lo estaba uno de los veladores.

Sin querer pateé algo, resultó ser una botella de coñac.

Lo tendimos sobre la cama.

—¿Habrá algo con lo que podamos limpiar las heridas?

—Sí, eso creo—. Mike dejó la cama en dirección al baño.

Yo también abandoné a Félix por un momento. Esos papeles pegados contra los vidrios me sofocaban. El lugar era un completo abandono, igual que él.

Mike me ayudó a quitarle la camisa; necesitaba un baño pero en este estado apenas si conseguíamos moverlo.

Limpié las heridas lo mejor que pude. De estar despierto y sobrio habría chillado por el desinfectante pero estaban tan mal que ni cuenta se daba de lo que hacía.

Cuando terminamos de ponerlo en condiciones amanecía.

—Sí quieres ir a casa a dormir... —comenzó a decir Mike cuando perdí la cuenta de los minutos que llevábamos en silencio contemplando a Félix dormido sobre la cama.

No me sentía capaz de moverme de aquí.

—O puedes, si quieres, acostarte en uno de los otros cuartos.

—Me quedaré aquí un momento—. Todavía no tenía idea de qué hacer.

—¿Segura? Lo más probable es que duerma...

No me moví de mi sitio.

—Bien —Mike se sentó en el borde de la cama—. Gracias por ayudarme.

—No me lo agradezcas todavía, es probable que se ponga furioso cuando se entere de que estuve aquí.

—Además de ser mi jefe es mi amigo. Odio ser testigo de lo que hace. Lamento que jamás quisiese escucharme, que siquiera me permitiese terminar de demostrar cuanto me desagrada todo esto, y cuan malo me parece para él. Temo que me despida si insisto demasiado, y no es que me preocupe mi trabajo —negó con la cabeza—, no quiero dejarlo solo. Echó a los demás y no tiene a nadie. No habla con su padre ni con su madre, tampoco con su hermana. Esta situación tiene que terminar.

—No puedo cambiar esto, Mike. Tiene que cambiarlo él, tiene que desear hacerlo él.

—Lo sé.

—Si quieres recostarte un poco... no te preocupes, me quedaré aquí cuidándolo.

—Me iré si prometes descansar. Regresaré en dos horas.

—¿Dos horas? ¿Solamente eso dormirás?

—Entrenamiento de ejército —soltó con una sonrisa.

—Lo prometo. Intentaré dormir.

Mike se levantó de la cama, lentamente.

—Descansa. Estaré en el sofá del living.

—Tú también.

Mike cerró la puerta detrás de sí, y yo apagué la luz.

Félix dormía profundamente debajo de las mantas libre de sus zapatos pero todavía vistiendo el pantalón de su traje.

No sabía si era lo correcto... me quité los zapatos y me metí dentro de la cama para abrazarlo por la espalda; sentir de cerca su respiración me tranquilizaba... increíble volver a sentir esto; no creí que tendría la oportunidad otra vez.

Me dije que no debía quedarme dormida, no quería perder ni un segundo de lo que mi abrazo con él durara. Necesitaba guardar esto para siempre, para mí, para cuando la luz del día lo regresara a él a su vida y a mí a la mía.

Me dormí.

No sé qué fue lo que me despertó, abrí los ojos sobresaltada no entendiéndolo nada.

El sol entraba a raudales.

Su respiración sonaba estable a pocos centímetros de mi oído izquierdo.

Intenté despabilarme.

¿Qué hacía aquí?

Te insultaré... será lo mismo de siempre. Vete antes de que te eche —me dije.

Alcé mi muñeca para ver la hora, eran las diez de la mañana; Mike me había dejado dormir más de dos horas, a propósito imagino, dudaba que se hubiese quedado dormido.

Por favor que no se despierte —rogué mientras me movía por el colchón para bajarme de la cama. Llegué al borde y despegué mi cuerpo de las sábanas.

Me volví para mirarlo, continuaba durmiendo de costado con la cara vuelta hacia el otro lado, hacia la ventana.

Recogí mis zapatos del suelo y comencé a alejarme de la cama. Llegué a la puerta.

—¿Qué...?

Mi mano quedó a dos centímetros de la manija. Alcé la mano y me agarré el pecho, su voz me lo atravesó cual bala.

—¿Qué haces aquí, qué...?

Giré sobre mis talones para verlo moverse confundido en el revoltijo de

sábanas y ropas. Se miró las muñecas, se llevó inconscientemente una mano al cuello.



Lo miré a los ojos.

—Mike no te encontraba, me pidió ayuda. Ya me iba —jadeé sintiendo que comenzaba a desmoronarme otra vez.

—¿Qué haces aquí?

—Ya me voy, Félix —. Tragué saliva—. Mike estaba muy preocupado por ti, por eso me llamó. Sé que no es asunto mío —di un paso al frente—. No puedes seguir así. Olvídate de mí, de que nos conocimos y de todo lo que pasó, no vale la pena recordarlo siquiera, eso no valió lo que te haces a ti mismo, no vale lo que perdiste. No me equivoco cuando digo que esas empresas eran todo para ti, sé que amabas tu trabajo, era lo más importante que tenías, no puedes, bajo ningún concepto perderlas y por sobre todo, ya no puedes vivir así. Me niego a creer que quieras vivir así. Imagino que no te conozco, pero tú te conoces a ti mismo y esto no es... mira este lugar, esto no eres tú. Esto es solamente lo que te hice, lo que nos hicimos mutuamente. Te lo ruego, Félix, termina con esto, da vuelta a la página. Haré todo lo que pueda para no volver a cruzarme en tu vida. Olvídate de mí, te lo ruego. Olvídate de mí y vuelve a ser quien eras antes de conocerme. Sigue adelante con tu vida así como yo seguí adelante.

La mueca en su rostro no me decía nada. No supe si en este momento me odiaba... debía quererme muy lejos de aquí.

—No te lastimes más, por favor. Por lo que más quieras no permitas que nadie vuelva a humillarte así, siquiera yo; no me lo permitas Félix. Eres mucho más que esto y lo sabes bien.

Estaba a un paso de que se me escapasen las lágrimas.

—Sé feliz así como yo otra vez, soy feliz.

Me miró sin parpadear.

Suplícame que me quede, suplícame que me quede, que no me vaya, que deje a Federico y que nunca más vuelva a apartarme de ti —le dije mentalmente—. Hazlo por favor hazlo y me olvidaré de todo lo que me dijiste, de todo el dolor, de todo el mundo si me dices que me amas. Hazlo Félix te lo ruego, hazlo.

Mis manos se echaron a temblar otra vez y mis piernas apenas si conseguían mantenerme en pie. Estaba a punto de caer de rodillas en el sueño.

Esperé y esperé. Sus palabras no llegaron. Conté hasta diez bajo este silencio que caía entre nosotros como una pared.

—Adiós —. Entoné sintiendo como si yo misma acabase de dispararme directo al corazón.

Félix siquiera respondió a mi despedida.  
Di la media vuelta y salí del cuarto.

Agradecí no ver a Mike por ninguna parte. Sin meditarlo dos veces me lancé dentro del ascensor. Para mi gusto, las puertas fueron en extremo lentas al cerrarse; tenía miedo de que me hubiese seguido, de que se repitiese la escena de anoche, lo amaba demasiado para soportar que me insultase, que me degradase a nada otra vez.

Alcancé la puerta de entrada, sin derramar ni una lágrima y allí me quedé a la espera de verlo aparecer. Si me quería esta era su oportunidad de alcanzarme y proponerme que lo intentásemos una vez más. Esperé cinco minutos... tortuosos malditos que pasaron despacio a más no poder.

No bajaré —me dije—. Vete ya, no te quiere.

Enredé la bufanda alrededor de mi cuello y tiré de la puerta para salir a la calle. Una vez allí, fui dejando pedazos de mí a medida que me alejaba del edificio en procura de un taxi. Caminé un par de cuadras, no porque no encontrase un taxi libre sino porque necesitaba descargar mi llanto antes de regresar a casa de Valeria.

—¿Qué fue lo que hiciste? —El grito de Valeria me hizo pegar un salto—. ¿Te volviste loca?

Cerré la puerta detrás de mí.

—Tranquila. Nada pasó, de hecho creo que de una buena vez, todo terminó.

—Pero... —se detuvo a un paso de mí—. ¿Él está bien, lo encontraron?

—Sí, lo encontramos, se repondrá.

Valeria se quedó en silencio observándome.

—Hablé y él se quedó viéndome sin decir nada. No le importa lo que salga de mis labios—. Descolgué el bolso de mi hombro y solté la bufanda de alrededor de mi cuello—. Salí de allí esperando que me siguiera... no lo hizo. Valeria se quedó con la boca abierta, de seguro pensaba reprenderme un poco más; no había motivo.

—Olvidémonos de él. Por favor. Hice lo que me dictaba la consciencia, fui a ayudar a...

—¿Tu consciencia o tu corazón?

—Ambos. De cualquier modo no tiene importancia.

—Perdón.

—¿Por qué me pides perdón? Soy yo la que debe disculparse por salir así, en

mitad de la noche.

—Por ponerlo en tu camino. No hay nada de lo que me arrepienta tanto.

—Yo no me arrepiento de haberlo conocido; de otro modo no estaríamos aquí ahora.

Valeria me sonrió.

—Sí, quizá—. Hizo una pausa—. Te prepararé una taza de café. Tengo por ahí una dona bañada en chispas de azúcar que lleva tu nombre.

Me reí, cómo evitarlo.

## 12.

Mi cerebro tenía problemas para procesar la información que le brindaban mis ojos y mis oídos, incluso la que le llegaba por mi nariz... su perfume...

El dolor de mi última necesidad de fuga aún se percibía demasiado reciente.

¿Fue anoche? ¿Qué hora es? ¿Qué hace ella aquí?

Vio esto, me vio a mí. Me llevé una mano al cuello.

Necesité que me dijera que se quedaría conmigo y en vez de eso soltó un discurso: que me cuide, que deje de hacerme esto, que sea feliz y siga adelante con mi vida tal como ella lo había hecho.

Ahí lo tienes —me dije a mí mismo—. Ella está con él. Se terminó.

Salió de mi cuarto.

—Mierda —solté al verla cerrar la puerta. Al moverme todo mi cuerpo rezongó del dolor. Salté de la cama con el mal tino de caer con el pie izquierdo sobre un objeto que sonó a cristal roto cuando lo pisé. Estaba demasiado dormido, aturdido y con una resaca de fábula y no vi el vaso de whisky al lado de la cama.

En la planta del pie tenía un pedazo de vaso clavado. Lo arranqué y la sangre comenzó a brotar. Había una camisa sobre la cama, la tomé y apreté contra la herida.

—¡Spencer! ¡Spencer! Carajo. ¡Spencer! —Grité con todas mis fuerzas. La camisa ya estaba empapada en sangre—. ¡Spencer! ¡Mierda, Spencer, dónde carajo estás!

La puerta rebotó contra la pared al abrirse.

Spencer entró en mi cuarto chorreando agua con una toalla atada a la cintura.

—¿Qué le sucedió? ¿Dónde está la señorita Lafond?

—Se fue, Spencer, se fue y no regresará. Luego me explicarás, por lo pronto necesito que me ayudes con esto —quité la camisa de la herida; el tajo era más grande de lo que me pareció al principio. Me mareé y me dieron nauseas. Volví a tapar la herida.

—Lo llevaré al hospital ya mismo.

Hizo el amago de irse.

—¿Pasaste la noche aquí?

—Llegamos con usted al amanecer, Señor. La señorita Lafond se quedó aquí con usted...

—Porque le doy lástima —solté interrumpiéndolo.

—Señor...

—Ve a vestirme; esto necesita puntos.

—Sí, Señor, en este instante.

Spencer salió corriendo.

Até la camisa a mi pie y fui en búsqueda de una limpia con la cual vestirme.

Tomé un suéter y me calcé un solo zapato.

Spencer no tardó nada en regresar.

Cojeando me subí al Ferrari.

Puntos otra vez.

...

Acomodé la almohada debajo de mi cabeza —la tela todavía olía a ella— y me tapé hasta la oreja otra vez. Ella había arrancado las hojas de periódico de la ventana; la nieve caía al otro lado del cristal. Era el tercer día de muy mal tiempo, el tercer día que tenía de ocultarme en mi cuarto, envuelto en sabanas que necesitaban lavarse. También me hubiese venido bien un baño pero no se me antojaba levantarme. Además todavía me dolía el pie... el pie, los golpes de la espalda, las muñecas, el cuello y mi hombría.

Spencer acababa de traer una bandeja con un tazón de sopa, un vaso de agua y unas galletas. Las miré otra vez, no lograron tentarme, siquiera sed, sentía. Mi

única razón de ingerir líquidos era para tragarme los calmantes.  
Cerré los ojos esperando dormirme.  
Dormí.

Abrí los ojos, sentí un ruido. Asomé la cabeza por debajo de las mantas.

—Una taza de té —entonó Mike—. Le traje unos bollos de la pastelería italiana de aquí a dos calles. Desayune y luego lo ayudo a darse un baño. Tiene que ir a hospital a que le quiten los puntos.

—No, me los quitas tú luego. Busca unas tijeras y unas pinzas; sabes cómo hacerlo.

—Señor, tiene que levantarse.

—No tengo ganas.

—Lleva una semana ahí.

—Puedo contar los días, Spencer. Gracias—. Mentira, perdí por completo la noción del tiempo cuando ella salió de este cuarto.

Spencer tomó la taza de té de la mesa de luz y me la puso contra la nariz.

—Bébalo.

—No tengo sed.

—Coma algo.

—No tengo hambre.

—¿Piensa matarse de inanición?

—No fastidies—. Me tapé la cabeza otra vez y cerré los ojos. Tenía asido el cubre cama con ambas manos pero me lo arrebataron.

—¡Levántese! —Lanzó el cubre cama al otro lado del cuarto.

Me dio frío.

—¿Quién te crees que eres? —Brame con ganas de matarlo.

—El único amigo que le queda y el responsable de su seguridad. Se levanta o lo levanto yo.

—¡Déjame en paz! —Me escondí debajo de la sábana.

—Actúa como si fuese una criatura. ¡Levántese ya!

—Lárgate, estás despedido.

—A la mierda con su trabajo. No estoy aquí por el sueldo. ¡Levántese! Se lo advierto, o se pone en pie o...?

—*Fuck you*, Spencer!

—Usted se lo buscó.

Lo escuché moverse. No tenía idea de qué tramaba.

El colchón se inclinó hacia el lado en que yo estaba acostado. Asomé la

cabeza, Spencer estaba al otro lado de la cama alzando el colchón.

—Se levanta o lo tiro.

—No te atreverías.

Me miró con una ceja en alto. Se sonrió.

—¡No...!

Spencer alzó el borde del colchón por encima de su cabeza. Intenté sostenerme de las mantas pero éstas se soltaron. El colchón quedó en posición vertical y yo rodé al piso. Me di terrible golpe contra el suelo puesto que caí enredado en la sabana y no logré amortiguar la caída. Mi pie se quejó de dolor, también el codo que se me estrelló contra el piso.

Escuché el colchón caer sobre la cama otra vez.

—¡Maldito desgraciado, voy a romperte el alma!

Al lograr enderezarme y sentarme lo vi frente a mí, de brazos cruzados enfrentándome.

—Levántese.

—Te partiré la cara.

—Quiero ver eso.

Me hirvió la sangre. ¿Cómo tenía el coraje de hablarme así?

Mi puesta en pie no fue demasiado elegante. Intenté pararme firme pero no podía apoyar bien el pie. Spencer se sonrió una vez más. Enloquecí. Le tiré un puñetazo que el esquivo con facilidad riendo.

—Vamos, pégueme.

—¡Desgraciado! —Tiré otro golpe; pasó más cerca de su rostro que el anterior. Al moverme sentí el olor que desprendía mi cuerpo, a sudor y a sucio; eso me impactó.

—No es capaz de darme un buen golpe. ¿Y si lo golpeo yo a usted?, quizá así logre reaccionar.

Rugí y me abalancé sobre él. Spencer me atajó y luego me apartó de él de un empujó. Trastabillé.

—¿Se regodeó suficiente en su dolor?

—¿Quién carajo te dio a ti el permiso para opinar?!

—Los años que llevo trabajando para usted. Ahora... ¿me golpeará o no?

—Te borraré esa puta sonrisa de la cara.

Hizo un gesto con ambas manos llamándome y después cerró los puños.

—Aquí lo espero.

Puse todo el peso de mi cuerpo en mi puño derecho. Le pegué al aire y el aire se me escapó de los pulmones cuando su puño derecho dio de lleno en mi

abdomen. Me partí al medio boqueando por aire. Caí al piso. Spencer aterrizó a mi lado.

—¿Está bien?

Me dieron ganas de matarlo usando los dientes. ¿De verdad me preguntaba eso? Acababa de paralizar mi diafragma y me preguntaba si me encontraba bien. Me prendí de su hombro y lo miré con odio mientras intentaba hacer que el aire entrase otra vez en mis pulmones.

Una de las manos de Spencer masajeó mi estómago, me empujó para tenderme boca arriba. —Relájese e intente respirar. Lo lamento, lo siento, creo que lo golpeé demasiado fuerte.

Mi respuesta fue tirarle un golpe que fue sin fuerza, es que todavía me costaba respirar.

—Tranquilo. Es una mejora —se sonrió—, no estaba tan muerto como parecía. Logré hacer entrar un poco de aire en mis pulmones.

—Es un avance.

—Te... —me faltó el aire —te despellejaré vivo.

—Para eso primero tiene que reponerse. Puede empezar por tomar el té y comerse el bollo. Cuando acabe puede pasar por el baño, apesta. Si va a matarme que sea con dignidad.

—¡No te burles! —Lo aparté de un manotón. No se alejó demasiado, en vez de eso me ayudó a sentarme contra la mesa de luz.

—Desayune—. Tomó la taza y la colocó en mis manos—. Le prepararé un buen baño, después le quitaré los puntos.

—Eres un desgraciado.

—Y usted es un idiota y aún así aquí estamos los dos.

—Estás despedido —Le gruñí esquivando lo que significaban para mí las palabras que acaba de entonar. La certeza de su apoyo hizo que lo que sobraba de mi soledad se sintiese todavía más fría y espeluznante. En un fugaz vistazo a mi vida me pareció que era lo más burdo, vacío y triste. Me sentí derrotado y muy estúpido; infantil e incapaz de lograr nada bueno o meritorio. En este instante ya nada significaba nada, nada más que sus palabras y mi miedo a quedarme para siempre solo.

—Sí, sí, sí —canturreó ignorándome. Enderezó las piernas—. Quiero esa taza vacía para cuando regrese del baño.

Le tiré por la cabeza una almohada que él atajó riendo.

El té olía rico. Bebí un primer sorbo, en cuanto el líquido llegó a mi estómago me retorcí del dolor, llevaba tantos días sin ingerir prácticamente nada.

Me sentí todavía más ridículo.

Se me escaparon las lágrimas.

Escuché el agua correr en el baño.

Barrí las lágrimas con una mano al sentir los pasos de Spencer de regreso al baño.

—¿Todavía no se lo acabó? ¿Y por qué el bollo sigue ahí?

—No me diste tiempo.

Spencer se sentó en el borde de la cama. Nos quedamos en silencio un momento.

—¿Por qué la llamaste?

—Necesitaba ayuda para encontrarlo.

—Sí, seguro que no tenías idea de dónde encontrarme y ella sí. No soy estúpido Spencer.

—Usted necesitaba verla.

Inspiré hondo y tomé el bolló de encima de la mesa de luz. Le di un mordisco.

—Disculpe, pensé que ella se quedaría aquí con usted.

—Yo no le importo, ella está enamorada de ese otro sujeto. Y yo no... eso se terminó.

Nos miramos.

—Sabe que no puede seguir así.

—No sé cómo seguir, Spencer.

—Tenía una vida antes de ella.

—No, no tenía absolutamente nada.

—Usted realizaba su trabajo con pasión.

Le di un mordisco al bollo.

—Si no tenía nada, es mejor que empiece a buscarse algo. No puede seguir tirado en la cama. ¿Qué espera que suceda?

Que ella regrese y me diga que me ama —entoné dentro de mi cabeza.

Nos miramos.

—¿Está muy bueno, no?

Asentí con la cabeza.

Spencer esperó a que terminase de desayunar y me ayudó a llegar al baño. Pasé la siguiente media hora sumergido en el agua caliente.

Afeitado tenía un poco de mejor aspecto, de cualquier modo no me vendría nada mal un corte de cabello.

Le pregunté a mi reflejo en el espejo, qué se suponía que hacía. No me contestó, el desgraciado tampoco tenía la menor idea. Ninguno de los dos



sabía cómo seguir adelante.

Al salir del baño me topé con la cama armada con sábanas frescas y un cubre camas limpio.

Me tendí en ésta una vez más, resultaba demasiado atractiva para mi agotado cuerpo.

—¿Seguro que quiere que haga esto yo?

Spencer apareció cargando una bandeja, no con comida sino con una botella de desinfectante, algodón, pinzas y demás.

—Sí, no quiero ir al hospital, además en tu curriculum figuraba que tenías experiencia en enfermería. Me figuro que cortar un hilo y tirar de éste para sacarlo de mi carne no te presentará demasiadas dificultades.

Minutos más tarde, los cinco nudos de hilo estaban sobre la bandeja y yo sosteniendo un algodón con desinfectante sobre la herida.

—¿Puedo traerle una fruta o quizá unos huevos revueltos?

—No, estoy bien, Spencer.

—No puede volver a quedarse allí.

—Te agradezco la preocupación —comencé a meterme entre las mantas—, estoy cansado, dormiré un poco más.

—Iré a prepararle unos huevos y panceta, necesita energía.

—Necesito que me dejes dormir—. Bajé por las almohadas que olían a limpio, hasta quedar tendido.

Soñé que me quedaba solo, completamente solo. Salía a la calle desde la entrada de mi edificio para toparme con una ciudad vacía. Automóviles abandonados, nieve cubriéndolo todo, silencio... puestos de periódicos con las hojas de las revistas que se volaban por el viento. Taxis detenidos con las puertas abiertas. Autobuses cruzados en mitad de la calle.

La nieve me caía encima.

Pronuncié su nombre; si al menos quedase ella.

—Gabriela... ¿Gabriela? ¡Gabriela!

Mi voz retumbó en las paredes de los edificios a ambos lados de la calle.

Más que mi eco, no obtuve respuesta.

Lanzado a una carrera cuya meta desconocía, atravesé cuerdas y cuerdas. Veía mi aliento caliente emergiendo de mi boca y nariz. El frío era tanto, la soledad tan pesada. Me pareció verla en una esquina y hacia allí me dirigí, cuando llegué ella ya no estaba allí. Giré trescientos sesenta grados buscando dar con su rostro; nada.

—Félix.

Su voz me llamó. Percibí a lo lejos su risa, esa vibración que me obligaba a sentirme vivo.

—Félix.

Sonaba feliz, como el día que fuimos de picnic en Londres.

Giré sobre mis talones, estaba en la esquina de la vereda de en frente.

—Quédate allí, espérame.

Atravesé la calle caminando por nieve de quince centímetros de alto. Al llegar ya no estaba allí.

—¡Félix!

En la siguiente esquina otra vez.

Corrí como loco por toda la cuadra gritándole que me esperara, que no se fuera.

Desapareció otra vez.

Di vuelta a la manzana.

Esta vez no me llamaba pero la vi, estaba a las puertas del edificio de mis compañías, no estaba sola, su jefe y ahora novio, la acompañaba. Ella me vio y luego se colgó del cuello del sujeto para comenzar a besarlo como me besa a mí, del modo en que esperaba no besara a nadie más en su vida.

La nieve empezó a acumularse encima de mi cabeza y hombros.

Ella seguía besándolo, él la tenía sujeta por la cintura, muy pegada a su cuerpo.

Gabriela movió su rostro hacia mí; se rió de mí.

—No, por favor no. Gabriela —mi voz no era más que un susurro—. ¡No, no, no! Por favor... te amo... te amo, no me dejes. ¡Gabriela!

El sujeto comenzó a desvestirla, justo frente a mí; ella le siguió el juego.

—No... no...

—Despierta. Vamos, arriba. ¡Despierta Félix!

Mi corazón latía sacudiendo todo mi cuerpo.

—¡Félix!

Me senté de un salto, abriendo los ojos. Me mareé otra vez. La luz de mi velador estaba encendida. Creí ver a mi padre y a Spencer a los pies de la cama, ya era de noche.

—Hola hijo.

—¿Qué haces aquí?

—Mike me invitó.

Miré a Spencer.

—Resulta que tuvo una muy buena idea —entonó sonriendo de oreja a oreja.

—¿De qué hablas?

—Te irás de vacaciones —llegó hasta mí y me destapó—. Tu avión está listo para partir. Te preparé una valija con lo necesario.

—Vacaciones —repetí como un estúpido—. No, no voy a ninguna parte, aquí estoy bien.

—Sí, claro —palmeó mi abdomen—. Arriba hijo; esto es por tu bien. Vamos, yo te acompañaré hasta tu destino para asegurarme que te instales.

—No quiero ir a ninguna parte. No se me antoja broncearme ni pegotearme con arena y protector solar.

Mi padre se rió.

—Tu destino no es una isla del Caribe.

—¿No, dónde piensas mandarte?

—Amablemente la familia de Mike te recibirá en su rancho en Texas.

Abrí los ojos de par en par.

—Conocerá a mi familia. Mis hermanos le agradecerán, son todos muy trabajadores y toman casi tanto como usted en estas últimas semanas.

Eso sonó a broma pero a mí no me hizo gracia.

—No pienso ir.

—Mike, ayúdame aquí, quieres —le pidió mi padre señalándome.

—¿Se volvieron locos?!

—Loco estaría si te permitiese que te quedases aquí escondido. Mike tiene razón, si perdiste tu vida te forjarás una nueva. Éste no es mi hijo. Mi hijo ideó un emprendimiento de casas ecológicamente sustentables cuando debía haber estado corriendo detrás de chicas. Mi hijo se tira de puentes y no le tiene miedo a nada. Este cuerpo que está aquí derrumbado no es mi hijo.

—Ni ese ni éste Félix es tu hijo.

En respuesta mis palabras mi padre me dio vuelta la cara de un bofetón con el que casi me arranca todos los dientes, de hecho creo que me aflojó algunos.

—Soy tu padre, te guste o no lo soy —la mandíbula le temblaba—. Te levantas de ahí ahora mismo. Te vestirás y vendrás con nosotros y te instalarás en casa de los padres de Mike y le agradecerás a él y a su familia el recibirte tan amablemente. Y luego, comenzarás a hacer algo útil de tu vida o regresaré para darte de patadas en el trasero hasta que te echas a andar otra vez. ¿Quedó claro?

No contesté, en mi vida había visto a mi padre actuando como si realmente

fuese mi padre.

Lo miré a los ojos y me vi allí, me vi en él como nunca antes me sucediera y fue como si el mundo se estremeciese debajo de mi cuerpo. No creí que tendría la oportunidad de verme en él, de verme en nadie, de ser parte de ninguna vida... eso mismo me sorprendió cuando Gabriela entró en mí vida. En ella, en sus ojos creí encontrar un espejo de mí mismo, un rincón en el que acomodarme.

Me tragué las lágrimas porque no quería volver a llorar.

—¿Quedó claro? —Insistió mi padre.

—Sí —contesté luego de parpadear un par de veces para barrer de mis ojos las putas lágrimas que no paraban de acumularse allí.

—Perfecto. Te ayudaré a vestirte.

Me vistieron y me dieron de comer.

Bajo la nieve viajamos hasta el aeropuerto.

En efecto, mi avión estaba listo para partir rumbo a Texas.

...

—No puedo creer que estés obligándome a hacer esto —aparté la vista de la ventanilla y lo miré—. Tengo treinta años.

—Sí, a buena hora recuerdas que eres un adulto.

—¿Me llamas inmaduro?

—No fui yo quién lo dijo —regresó a la lectura de su revista—. Además no te subí al avión a la fuerza. Si estás aquí ahora es porque quieres, o al menos porque sabes que lo necesitas.

—¿Qué se supone que haré allí?

—Bueno, no sé —paseó la vista por las páginas de la revista—, podrías ayudar en la granja, seguro tiene trabajo de sobra para que puedas mantenerte ocupado y no tener tiempo de autodestruirte perdiéndote en un bar.

—¿Granja?

—Sí, la familia tiene una granja, es una de las más grandes de la región, crían vacas, caballos. Si no te gusta el trabajo de la granja podrías buscar empleo en una de las dos fábricas de ladrillos de la ciudad.

—No hablas en serio.

Mi padre alzó la vista de la revista.

—Completamente en serio.

—Yo ya tengo un trabajo.

Mi padre hizo la revista a un lado.

—Es hora de un cambio.

—No pienso dedicarme a criar vacas. Esto es ridículo.

—¿Quieres que demos la vuelta y que te lleve a hablar con ella? Esa también sería una buena opción.

—¿Te refieres a Gabriela?

En respuesta mi padre me observó en silencio.

—Ella no quiere saber nada más de mí, ¿no te lo dijo Spencer? Volvimos a vernos, ella ahora esta con alguien más.

—¿La amas?

Desvié la mirada otra vez en dirección a la ventanilla.

—¿No me contarás por qué terminaron?

Me mordí el interior del labio.

—A veces las personas no son lo que aparentan —mirando las nubes allí abajo recordé nuestro salto. ¿Qué de lo nuestro había sido real y qué no? Sentía que gran parte lo había sido pero probablemente eso se debiera a que ella era muy buena engañando.

Lo escuché levantarse de su asiento.

—Félix.

Al alzar la cabeza me lo encontré parado a mis pies.

—Soy tu padre, somos dos adultos —tomó asiento en la butaca frente a mí—. Ninguno de nosotros es únicamente lo que aparenta, ni tú, ni yo, siquiera tu hermana, todos nosotros tenemos una parte que nos reservamos, que no mostramos, a veces por miedo, otras por vergüenza —sonrió —incluso por mantener el misterio o por el simple hecho de desear preservar un poco de nuestra individualidad frente a la sociedad. Todos tenemos secretos y ninguno de nosotros es perfecto. Idealizar una persona puede ser un gran elogio, poner a alguien en un pedestal y jurar que lo amas, en apariencia es una maravilla... es un error. No digo que esté mal amar, incluso adorar, pero tienes que amar a una persona por lo que es, con lo bueno y lo malo. Ella no es ni mejor ni peor que tú, simplemente tuvo una vida distinta. Ni más sencilla, ni más complicada... distinta. Sus dolores no valen ni más ni menos que los tuyos, ni los tuyos más o menos que los de ella—. Inspiró hondo—. La amas y así ella te ame o no, incluso siquiera si nunca te amo... lo que sentiste vale y ni te imaginas cuánto. Tiene un valor incalculable porque te trajo aquí, a este avión, a mí... a ti mismo enfrentándote a tus dolores y miedos —se inclinó hacia adelante para apoyarse en sus rodillas—. No te pido que me cuentes todos tus

secretos mas entiende que no soy ni idiota ni ciego. El silencio no siempre es un síntoma de ignorancia, hijo.

Me quedé viéndolo, ¿qué... cuánto sabía de mí?

—Por lo que conozco de ti —me sonrió —sé que eres capaz de cualquier cosa, de grandes cosas. Hazte a ti mismo. Eres capaz de eso.

Meneé la cabeza. No me sentí capaz, siquiera estaba seguro de querer intentarlo.

—Eres muy joven para darte por vencido—. Se reclinó sobre el respaldo—. ¿Quieres recuperarla... a ella?

—No sé si existe algo susceptible de ser recuperado.

—¿Permitirás que pase la oportunidad de averiguarlo?

—¿Cuántas veces quieres que me humille?

—¿Y si por miedo a humillarte te pierdes de lo que podría ser un gran amor en tu vida? No seas tonto, Félix. En esta vida existen cosas cuyo valor es mayor que cualquier ego, incluso el tuyo.

Le lancé una mirada de odio.

—No vivirás en paz hasta cerrar del modo correcto, o en su defecto, recuperar, lo que tuviste con ella.

—Gabriela no quiere volver a verme.

—¿Dijo eso?

—Dijo que ninguno de los dos era bueno para el otro.

—¿Y tú qué crees?

—Yo creí que ella era perfecta para mí.

Palmeó los apoyabrazos.

—Resuélvelo Félix, pero antes, resuélvete a ti mismo.

Desparramándome por la butaca espíe por la ventanilla una vez más. No tenía idea de cómo haría eso. Verte frente a frente, descubrir quién eres y aceptarlo no es tarea sencilla; perder eso poco que eras y comenzar de cero es más complicado todavía, sobre todo cuando no tienes ni la más remota pista sobre quién deseas ser.

—Te advierto que estás no serán unas simples vacaciones. No vas a un retiro, vas a trabajar, a ser útil.

Lo miré.

—Tendrás que ganarte la comida y el alojamiento; ese dinero no saldrá de tus empresas, te lo ganarás con el trabajo de desempeños... ¿lo harás? Quisiera que pases un tiempo allí, te hará bien. Prométeme que lo intentarás, no quisiera verte de nuevo en la ciudad en dos días, tampoco en una semana. Volveré en un

mes para ver cómo sigues.

—¿Un mes? ¿Hablas en serio?

—Una vida no se construye en un mes. Deberías quedarte por lo menos hasta la primavera... no lo sé, quédate el tiempo que necesites.

—Es una granja.

—Estoy acostumbrado en vivir en lugares como Londres y Nueva York.

—No te presiono, solamente te pido que te des la oportunidad. Resiste un poco de inercia, de miedo, todo a la larga o a la corta pasa.

Suspiré.

—¿Eso es un sí?

Moví los ojos. Mi padre me sonreía. Le sonreí y le tiré un puntapié suave. En mi vida me había sentido así con él, jamás conversamos de este modo... como padre e hijo.

—Te quiero Félix, eres mi hijo y te quiero desde el segundo en que te vi—. Parpadeó lánguidamente —tampoco soy perfecto y cometí muchos, muchos errores.

Tragué saliva.

—No sé cómo haré para purgar todos mis demonios. Tengo serios problemas.

—Pero todavía estás vivo y a tiempo para resolverlos. El único final es la muerte —puso los ojos en blanco —se supone—. Para otros, ese siquiera es el fin.

—Se te pega lo zen de tu esposa.

Mi padre se carcajeó.

—Sí, se me pega.

...

Así fue como acabé en la ruta camino a Elgin, Texas, una ciudad a treinta minutos de viaje del aeropuerto internacional de Austin-Bergstrom, diecinueve millas al este del *downtown* de Austin, noventa millas al noreste de San Antonio, ciento ochenta al sur de Dallas y ciento veintiséis al oeste de Houston.

La capital del ladrillo del sudoeste, hábitat de infinidad de vacas y polvo.

A último momento mi padre decidió no acompañarme hasta la casa de los padres de Spencer, es más, siquiera salió del aeropuerto, regresaría a casa en cuanto mi avión estuviese listo para partir otra vez.

Me colgué mi bolso del hombro y Spencer hizo lo propio con su equipaje, su

padre nos esperaba afuera para trasladarnos hasta la granja, teníamos casi dos horas de camino por delante.

Ni bien puse un pie fuera del aeropuerto comencé a sentirme ahogado. No lo resistiría. Esto era una verdadera locura que no serviría para otra cosa que para empeorar mi condición.

—Es por aquí —me indicó Spencer.

—Imagino que estás feliz de regresar con tu familia.

—Señor, me enlisté en el ejército, me largué de aquí, ¿por qué cree que fue eso?

—¿No te gustaban las vacas? —Bromeé.

—Las vacas no son el problema —se detuvo—, no al menos todo el problema. Usted no es el único que tiene asuntos pendientes—. Se sonrió—. Todas las familias tienen lo suyo.

—¿La guerra es contra tu padre, contra la ciudad, contra las dos fábricas de ladrillos que existen aquí? Volviste para traerme... no me queda claro.

—Es un buen lugar, Señor. A pesar de todo es un muy buen lugar.

—Evades la cuestión. ¿Tus conflictos aquí son la razón de que nunca te tomaras vacaciones para pasar tiempo con tu familia? No te tomabas esos días pero sí volviste aquí para traerme. Para sacarme de...

Spencer no me dejó terminar.

—Usted me cae bien.

—¿Qué tan bien? —Bromeé. Se quedó viéndome sin saber qué responder—. Es buen momento para que dejes de llamarme “Señor Meden” ¿no te parece?

—¿Es que no querrá que continúe trabajando para usted después de esto?

—No dije eso.

—Llamo a mi padre Señor...

—A tu padre llámalo como quieras Mike.

Al tejano se le desorbitaron los ojos.

—No lo sé, suena extraño. Mi madre me llama por mi nombre.

—¿Michael? Prefiero el Mike.

—Supongo que tendré que acostumbrarme.

—Acostúmbrate a no llamarme Señor. Será extraño.

—No, estará bien.

Me pareció que miraba algo por encima de mi hombro.

—Allí está mi padre. Uff...

Su gesto me arrancó una carcajada.

—Quizá esto no sea tan aburrido.



—¿Le divierte mi angustia?

—No, simplemente me alegra saber que no soy el único que en este momento se siente como si tuviese diecisiete años.

—Espere llegar a casa de mis padres y entonces sí sabrá lo que es sentirse como si tuvieses diecisiete años eternamente sin importar cuantas condecoraciones por valor haya recibido. Como si las balas hubiese pasado volando por encima de su cabeza y no de la mía.

—Un día tendrás que contarme sobre eso.

—Quizá... Venga, le presentaré a mi padre.

El hombre que se nos venía encima era Mike con unos veinticinco años más encima, bueno, en realidad no se le notaba tanto la edad, tenía buen porte, musculatura, mirada firme y una pisada capaz de horadar el concreto.

—Bienvenidos.

—Señor Meden, permítame presentarle a mi padre, Andrew Spencer.

El hombre me tendió la mano.

Estrujó mi mano entre sus dedos mientras Mike me dedicaba una mueca que jamás le vi hacer. Sí que de verdad aparentaba sufrir de una regresión a su adolescencia. Me lo imaginé algo más rubio, con granos en la cara y *brackets* en los dientes. También lo imaginé armado de un rifle, cazando liebres o los bichos que hubiese por ahí, en mitad del campo hacia el cual nos dirigíamos.

¿Terminaría yo también cazando liebres?

No, nadie en su sano juicio pondría un arma en mis manos.

Esto iba a ser la locura y al mismo tiempo me entusiasmaba y mucho.

—Es un placer conocerlo. Gracias por recibirme.

—No tiene nada que agradecerme, nos honra tenerlo aquí. Mi hijo nos contó que usted necesita ayuda. Elgin es un buen lugar, allí crié a mis cinco hijos junto con mi esposa Marianne y resultaron buenas personas; trabajadores y fieles de nuestro Señor. Haremos un buen trabajo con usted también—. Espió por encima de mi hombro—. Tenía entendido que su padre lo acompañaría.

—Decidió volver a casa hoy mismo y así es mejor, señor Spencer.

—Bien, no hay problema, yo me ocuparé de usted —tendió una de sus manos hacia mí —permítame su bolso.

—No, está bien, puedo, gracias.

—Claro. ¿Nos vamos? Toda la familia está ansiosa por tenerlos en casa. Los esperan.

—¿Todos?

—Sí, la familia se reunirá para cenar. Tu madre prepara todas sus mejores

recetas—. Andrew Spencer, sin previo aviso, le lanzó a su hijo el juego de llaves de la camioneta roja hacia la cual nos dirigíamos. Spencer hijo las atrapó sin problemas y se apartó de mi lado para dirigirse a la puerta del conductor—. Espero tenga buen apetito, Señor Meden.

La verdad es que no tenía mucho apetito, más se me antojaba una cerveza. ¿Estaría permitido el alcohol en la casa de los Spencer?

Comenzaba a preocuparme la posibilidad de que el próximo domingo me arrastrasen a un servicio religioso.

—Seguro se me abrirá el apetito en cuanto esté frente a las delicias que ha preparado su esposa —solté intentando mostrarme educado sin sonar demasiado evasivo.

—Es imprescindible que se alimente bien para poder rendir en el trabajo. A los músculos hay que proveerlos de alimento. Mi hijo mencionó que usted solía estar en muy buena forma física pero ahora no se lo ve muy bien.

Sentí como si acabasen de darme una bofetada; este hombre no se iba con rodeos.

—¿Alguna vez trabajó en una granja, Señor Meden?

—No, la verdad es que no y no conozco mucho sobre el asunto, por no decir nada.

—¿Así que nada de experiencia con vacas?

—Ninguna.

Spencer padre me quitó el equipaje de la mano y lo arrojó dentro de la camioneta junto al de Spencer hijo.

Me palmeó el hombro y casi me tira de boca al suelo. ¿Qué hacía este hombre para tener esa fuerza?, ¿talar árboles a mano limpia?

—Aprenderá rápido. Confío en que así sea.

Sí, definitivamente estas no serían unas vacaciones en el Caribe.

Vacas... las vacas comenzaron a verse por la ventana de la camioneta del padre de Spencer en cuanto nos escapamos de las afueras de la ciudad.

El paisaje no auguraba nada bueno. Granjas, granjas y más granjas sin rastros de la civilización a la cual yo estaba acostumbrado.

Veinte minutos más tarde ya sentía que tenía los oídos tapados del polvo que levantaba la camioneta. Me agarré la cabeza, no sobreviviría ni una semana aquí, esta gente debería ponerse en pie al alba y trabajar hasta la caída del sol. No me imaginaba ordeñando vacas ni participando de rodeos.

Perdí la noción del tiempo y del espacio, no tengo idea de cuánto tiempo

viamos o cuantos kilómetros o millas recorrimos, preferí no preguntar para no tener la certeza de que nos habíamos caído del mapa para aparecer en un páramo perdido en el medio de la nada. Prefería mantenerme en la ignorancia para así no amargarme tanto.

En un punto del viaje Spencer padre indicó hacia la derecha y me dijo que hacía allí quedaba la ciudad, la cual en realidad no era muy grande.

Su “no muy grande” debía ser para mí “un pueblo”.

Elgin contaba con casi diez mil habitantes los cuales para mi gusto se encontraban demasiado diseminados en un área demasiado extensa.

—Le gustará la granja, es una de las más antiguas de la ciudad. Perteneció a la familia desde siempre y mis padres han sabido mantenerla muy bien — comentó Spencer hijo.

—Una remodelación aquí, otra allí. Todos mis hijos son muy habilidosos, incluso mis hijas.

—Todos menos yo y para colmo de males pasar tanto tiempo lejos de aquí perjudicó mi práctica.

—Si le das a mi hijo un clavo y un martillo lo más probable es que se martille un dedo.

—Tengo mucha mejor puntería disparando —masculló Mike por lo bajo y en respuesta su padre le lanzó una mirada por el rabillo del ojo.

Preferí quedarme al margen de la discusión, no fuera a ser que terminase yo con una bala en la cabeza o con los dedos martillados.

El intercambio de palabras entre padre e hijo e incluso el plano paisaje eran distracciones perfectas para mi estado y las agradecí.

—*Home sweet home* —entonó Mike tomando un camino que se bifurcaba hacia la derecha del camino principal.

La propiedad era enorme. ¿Qué hacía Mike trabajando para mí? Sin duda esta familia no tenía problemas monetarios.

—¿Cuántos empleados tiene, señor Spencer?

—Los necesarios para manejar correctamente los más de ciento ochenta mil acres de tierra de los cuales somos dueños. Aquí hay mucho trabajo entre el ganado, los caballos...

—¿Cultivan?

—Sorgo, maíz, algunos vegetales, maní.

—¿Qué pasó con la soja? —Preguntó Mike uniéndose a la conversación.

—Mejora.

—Me alegra.

—Son tiempos difíciles para la economía en general pero no nos quejamos, Señor Meden. Somos una empresa familiar que ha sabido resistir a los embates de los cambios en la economía. Nada como sus empresas, claro está.

Sí, esas empresas de las cuales me apartaron —pensé y callé.

Aparecieron los campos sembrados, las vacas, las edificaciones típicas que ves en las grajas de este tamaño. Empleados a caballo, más caballos sueltos por ahí, disfrutando del terreno.

No recordaba cuando había sido la última vez que montara a caballo. Demasiado tiempo.

Divisé los primeros vaqueros.

—¿También tienes un sombrero así? —Bromeé con Mike luego de darle un golpe en el hombro desde la parte de atrás de la cabina. Le señalé a los hombres.

—Si no quiere que se le achicharre el cerebro y terminar la jornada de labores con la cabeza en fuego por culpa del sol...

—Le conseguiremos uno, Señor Meden, y un par de botas también —rió Spencer padre y su hijo lo secundó.

—Tengo entendido que usted nació en Argentina, allí también tienen grandes campos.

—Con sus “gauchos” y todo.

—El Señor Meden se crió en Inglaterra —aclaró Mike.

—Eso lo explica todo —le contestó Spencer padre a su hijo.

Ambos rieron, mejor dicho, se rieron de mí.

Los ignoré y me concentré en el horizonte por el cual comenzó a aparecer el perfil de la granja. Un caserón imponente rodeado de otras tantas edificaciones.

—¿Toda la familia vive allí?

—Mis hermanos tienen sus casas, allí solamente viven mis padres y ahora viviremos usted y yo también.

—Ashley está en casa.

—¿Ah sí? ¿Y eso por qué?

—¿Quién es Ashley?

—Mi hermana menor. Estudia veterinaria, está a punto de recibirse. Es una chica muy inteligente. ¿Por qué está en casa? —Le preguntó a su padre girándose hacia él.

—Se peleó con el novio.

—¿Definitivamente? Espero así sea, ese cretino no me agrada.

—Eso parece —respondió Spencer padre—, por eso no he dicho nada.  
Mike se volvió hacia mí otra vez.

—Ashley se especializará en equinos, ama los caballos.

La casa se tornó cada vez más grande hasta que al final divisé a las personas que pululaban por el frente de la misma. Había niños, mujeres. Muchas camionetas empolvadas.

Llegamos y salió más gente a recibirnos. Todo un comité de versiones más o menos parecidas a Mike.

Spencer padre se ocupó de bajar nuestro equipaje mientras Mike me presentaba a la familia. Eran un batallón. Había niños corriendo y gritando por todos lados.

—Le presento a mi hermano mayor Caleb y su esposa Tabitha. Sus niños son esos de allí: Jacob, Aiden y Ava.

Les estreché la mano.

—Mi madre... Marianne.

—Señora, muchas gracias por recibirme.

La mujer se me acercó y me abrazó, tomándome por sorpresa.

—Es un placer tenerlo aquí.

Olía a comida, a pan recién horneado y a pastel de manzana.

Spencer padre se ocupó mientras tanto, de dar órdenes a un par de empleados para que entrasen nuestras cosas a la casa.

—Mi hermana Taylor.

Taylor era una mujer quizá un par de años mayor que yo, con la misma mirada de Mike, una bonita sonrisa y un bebé de menos de un año en brazos.

—Este pequeño es Ryan, tiene nueve meses ¿no? —Le preguntó a su hermana acariciando la cabeza del bebé.

—Si vinieses por aquí más seguido, o en su defecto si llamas, tendrías la certeza de que así es.

—¿Robert aún no regresa del campo?

—No, pero estará aquí para la cena.

—Mi cuñado —explicó Spencer— Hailey su otra hija es esa de allí.

Era la niña de trenzas que tenía sujeto al varón más grande por el pelo.

Me reí y la abuela de los niños se ocupó de poner orden.

—Soy Brian, el hermano que falta, y ella es mi esposa Clare.

—¿Faith duerme?

—No, Ashley fue a cambiarle el pañal.

—Allí viene.

Alce la cabeza para ver por encima de la barrera de gente a una mujer de poco más de veinte años, delgada y sonriente, avanzar hacia nosotros cargando una niña de un año, como mucho.

Mi mirada y la de la hermana menor de Mike se juntaron, ella me sonrió. Era una mujer realmente hermosa, bueno, lo sería cuando terminase de perder la cara de niña que aún tenía.

—Así que al fin llegas, desgraciado.

El adjetivo calificativo era para su hermano, no para mí, sin embargo no dejaba de mirarme lo cual me incomodó. No tenía ganas de que me echasen a patadas de aquí antes de que yo decidiese largarme.

Ashley le devolvió la niña a sus progenitores y me tendió la mano.

—Así que usted es Félix Meden... —me escrutó sin piedad.

—Sí, hasta lo que sé, soy yo.

—Ashley, la menor de los Spencer.

Me tendió la mano. Tenía un apretón firme.

—Tiene las manos muy suaves para ser un hombre —dijo al soltarme la mano deteniéndose antes, para girar mi palma y mirar mis dedos—. Tiene manos bonitas, masculinas pero... —alzó la vista y me miró a los ojos—. ¿Se hace la manicura?

Brian soltó una carcajada.

—Para mañana las tendrá llenas de ampollas. Bueno, eso es si no sale huyendo antes del mediodía.

Ahora fue Spencer padre quien se rió y todos lo secundaron.

—Su cabello también es divertido. Debería ir a la peluquería.

Sí, aquí todo el mundo lo lleva casi a rape —pensé al meditar el panorama.

—Tiene lindo color, aquí casi todos los hombres son rubios. Eso le ganará puntos con las chicas.

—Ashley... —entonó Mike para hacerla callar.

La chica me guiñó un ojo.

—Mejor continúan la charla más tarde, durante la cena —nos interrumpió la madre de Spencer—deben estar cansados del viaje, imagino que querrán ponerse cómodos y refrescarse antes de comer.

—Sí, se lo agradecería.

—Por aquí, Señor Meden. Espero encuentre la casa y en especial su cuarto, muy confortable.

La familia nos hizo lugar para que pudiésemos pasar, solamente Spencer padre nos siguió, el resto, los escuche, se quedaron murmurando en el exterior.

—Así que el tipo está al borde del colapso. Aquí terminará de perder la cabeza. No durará nada. ¿Ya vieron sus manos? —Soltó Ashley en cuanto le di la espalda.

Escuché a Caleb reprenderla mientras los otros le chistaban para que guardase silencio. De cualquier modo también se rieron de su comentario. Todos debían estar muy seguros de que saldría despavorido.

Me juré a mí mismo que soportaría todo lo que tuviese que soportar, sin quejarme, sin lloriquear. ¡A la mierda mi manicura!

La casa no parecía enorme, era enorme y vibraba como un verdadero hogar con muebles que obviamente habían pasado de generación en generación, fotografías, cuadros, antiguas armas. Mantas, libros, alfombras e incluso cabezas de animales disecados. Calaveras de vacas. Retratos de perros junto a pequeños niños rubios. Esos niños a caballo. En el hueco de la escalera principal una colección de mantas de *quilting* de patrones que me dejaron boquiabierto, entre cristales. Esta era una casa en la que debió ser y debía ser muy agradable crecer.

Mi cuarto seguía las proporciones del resto de la propiedad, en especial la cama.

—¿Le agrada? —Me preguntó la madre de Spencer.

—Solía ser el cuarto de Caleb —me explicó Mike.

—Lo remodelamos hace muy poco —añadió la madre.

Los muebles, la vista... el aroma a madera...

—Es perfecto. Muchísimas gracias.

—Tiene su propio baño, en realidad lo comparte con el cuarto de al lado pero nadie lo ocupa así es que lo tendrá para usted solo.

—Mi cuarto es al final del pasillo hacia la izquierda, mis padres duermen en el de la derecha —miró a su madre —. ¿Los otros están desocupados, no?

—Sí, Ashley se instaló en el altillo.

—De pequeños nadie quería dormir allí, a todos nos daba miedo, ahora que lo remodelaron es el mejor cuarto de toda la propiedad porque tiene vista a los cuatro puntos cardinales.

Uno de los empleados de la propiedad apareció con mi equipaje, lo dejó en un rincón y salió sin más.

—La comida será servida en media hora pero siéntase libre de bajar y reunirse con la familia cuando desee.

—¿Necesita algo?

—No, estoy bien, Mike. Gracias.

—Tiene toallas frescas en el baño.

Le di las gracias y madre e hijo me dejaron solo dentro de mi cuarto, cerrando la puerta.

## 13.

Lo primero que hice fue darme una ducha, necesitaba quitarme el polvo de encima. Me figuraba que de cualquier modo, en una hora volvería a sentir los poros de la piel taponados de tierra otra vez.

Enchufé el celular junto a la mesa de luz y contemplé la pantalla. Deseaba que sonara, que su número iluminase la oscuridad de mis ojos.

Nada, el aparato se quedó en silencio y a oscuras.

Lo tomé iba a buscar su número en la lista de contactos... me detuve. Todavía no, no estás listo todavía, no hasta que puedas aceptar la posibilidad de no lograr soportar estar frente a ella sin aterrorizarte por lo que pueda decirte. Sí, teníamos muchas cosas de las que hablar, una corta pero intensa historia que aclarar, además de eso, su historia y la mía y las mentiras entre medio...

Salté de la cama. Mejor que no me quedase aquí sentado pensando.

La idea de enfrentar a un montón de tejanos con muchas ganas de burlarse de mis costumbres tampoco era el mejor panorama; no me quedaba más remedio. Inspiré hondo y abrí la puerta.

—Hola... —Ashley me sonrió al aparecerse en mi camino—. ¿Se quedará a cenar?

Se mofaba de mí.



—Sí, me quedaré a cenar y más que eso. Tendrás que hacerte a la idea de que verás mi rostro por un tiempo.

—¿De quién fue la ridícula idea de traerlo aquí? Seguro que fue de mi hermano. Mike y su gran buen corazón. Explíqueme usted cómo es que mi hermano se enlistó en el ejército.

—No lo conozco tan bien.

—Mi hermano lleva años trabajando para usted y no lo conoce. Señor Meden comienzo a creer que todas esas cosas que dicen de usted... bueno, al menos algunas, podrían ser ciertas. ¿Lo son? Se le nota que ocupa demasiado tiempo de sus días en su persona y en sus propias necesidades pero la pregunta sería... ¿Por qué lo hace, qué se esconde detrás de esa necesidad de focalizar toda la atención en usted?

Se quedó viéndome y yo a ella.

—¿Qué? —Inquirió enfrentándome sin una pieza de miedo en la mirada.

—¿Siempre eres tan directa?

—¿Le molesta?

—No me conoces.

—Preguntar es un buen modo de conocer a las personas.

—¿Saliste mucho con tu novio? ¿Por qué rompieron?

Los ojos se le desorbitaron. Cuando se repuso de la impresión... bueno se repuso hasta cierto punto, se puso nerviosa y no sabía qué hacer con sus manos; terminó metiéndolas en los bolsillos traseros de sus jeans.

—¿Quién le contó?

—Tu padre se lo dijo a Mike estando yo adelante.

—¿Por qué rompió usted con su prometida?

Bueno, al menos no preguntó por Gabriela; ¿sabría de ella y por eso preguntaba?

Le sostuve la mirada.

Ella sacudió la cabeza poniendo los ojos en blanco al tiempo que sonreía.

—Usted me agrada, Señor Meden —entornó los ojos—. Félix.

¡Carajo! —Estallé dentro de mi cabeza esperando que no fuese mucho lo que le agradase.

—¿Puedo llamarle Félix, no es así?

—Ya lo hiciste.

—Sí, cierto —desvió la mirada hacia la escalera que conducía a la planta baja.

—Mejor bajo, tu madre dijo que la cena estaría lista en media hora y...

—Sí, mejor bajemos.

Descendimos un par de escalones en silencio.

—¿Tiene hermanos?

—Sí, una hermana de dieciséis años.

—¿Nada más? Si quiere le regalo a los míos.

—Creí que ser el menor de la familia tenía sus ventajas, eres el protegido, el consentido...

—Ser el protegido fastidia un poco, sobre todo cuando tienes hermanos varones que son buenos con los puños y las armas.

—¿Los candidatos a novios le temen a tus hermanos?

—¿Usted le teme a Mike?

Me detuve. ¿Qué te sucede criatura, hablas en serio?

Obviamente no se lo pregunté en voz alta, si me contestaba que sí tendría que buscarme otro sitio en el que quedarme. ¡Que se reconciliase pronto con su novio! Que no soy de madera y...

Tragué saliva.

—No dudo que tu hermano sea perfectamente capaz de ponerme una bala entre los ojos si bien le pago por protegerme.

—Puedo intentar defenderlo.

—Eso me granjearía un par de disparos más. No gracias.

—Cobarde —murmuró por lo bajo.

—Deberías prestar más atención a lo que dicen de mí.

—Sí, quizá eso haga.

Suspiré aliviado cuando ella se echó a andar otra vez para dejarme atrás. De un salto se apartó de la escalera dejándome solo. No pude evitar lo que le hice a continuación... los hombres miran los traseros de las mujeres; así es la vida. Al bajar el último escalón me topé con Mike, escuché al resto de la familia, parte pululaba por el living y el comedor, acomodando las últimas cosas sobre la mesa. En el televisor un partido de fútbol americano. Otros entraban y salían de la cocina. Los niños mayores dibujaban reclinados sobre la mesa del café.

—¿Todo en orden?

Rogué que no hubiese escuchado mi conversación con su hermana menor y que ella no se la hubiese mencionado.

Me aclaré la garganta.

—Sí, gracias.

—Me alegra que aceptara venir. Le hará bien pasar una temporada aquí.

Si no me matas antes —pensé.

—Espero —respondí.

—Le hará bien aprender cosas nuevas, vivir cosas distintas.

—¿Crees que aquí pueda estar a salvo de mí mismo? —Le pregunté al ver a Ashley salir de la cocina rumbo al comedor cargando una bandeja con cantidades descomunales de puré de papas.

—Sí, Señor —me sonrió.

—Tienes que dejar de llamarme Señor. Tu familia creará que soy un tirano.

—No, solamente Ashley, el resto comprende que estoy comprometido con mi trabajo.

—¿Puedes explicarme qué demonios haces conmigo? ¿Por qué trabajaste conmigo por tanto tiempo y por qué eres tan amable conmigo cuando yo...?

No me permitió seguir.

—Antes de ir a la entrevista para el puesto de trabajo investigué sobre usted, supe que no tenía hermanos y...

—¿Me investigaste?!

—No sé exactamente qué fue, usted me cayó bien y... yo no me imagino mi vida sin los míos. Sin mis hermanos, incluso sin mi padre.

—¿Te daba pena? Te doy pena.

—No es eso. Siento la misma fidelidad por usted que por mis hermanos. Daría mi vida por ellos y la daría por usted.

—Eso es una locura, Mike.

—No puede hacer nada para cambiar eso.

Aparté la mirada, si hubiese escuchado a su hermana hablar o me hubiese visto a mí, mirarle el trasero, no pensaría lo mismo.

—Venga, reunámonos con el resto de la familia. Están deseosos de adoptarlo. Mis hermanas se mueren por hablar con usted para conocerlo; ya estuvieron discutiendo en la cocina sobre quién sería bueno presentarle. No se preocupe, les dije que no vino para eso.

—Gracias.

—Y mis hermanos están deseosos de enseñarles cada uno, el trabajo que realizan. Incluso mi padre. Deberá partirse en tres para dejarlos a todos contentos, cada uno lo quiere en su equipo.

—¿De qué trabajo que encargabas tu cuando vivías aquí?

—Hacía un poco de todo, lo que fuese necesario. Reparar tractores y camionetas y otras maquinarias agrícolas, vacas, caballos. También tenemos algunas gallinas. Si hacía falta una mano en los cultivos ahí iba yo. Todos aquí

fuimos educados para trabajar duro, cocinar, limpiar la casa, hacer la cama, ir por víveres. Ayudar en la ciudad y en la iglesia.

—Comienzo a pensar que soy un completo inútil.

—¿Cuántos jóvenes de dieciséis años comienzan y finalizan proyectos millonarios?

—Eso que ustedes tienen aquí es tangible, real...

—Señor Meden, sus compañías generan miles de trabajos alrededor del mundo, usted y sus decisiones alimentan muchas bocas.

—Ya no son más mis decisiones.

—¿Quiere recuperar eso?

A decir verdad no tenía ni la menor idea. Extrañaba mi trabajo pero no me sentía con la cabeza suficiente para realizarlo y temía que cuando regresara a éste, ya no sintiese aquello que me daba vida al hacerlo.

—Tiene tiempo para pensarlo —añadió ante mi silencio—. Reunámonos con los demás en la mesa, no se puede pensar bien con el estómago vacío.

—A la mesa, todos —entonó la madre de Mike llegando desde la cocina en compañía de su esposo quien cargaba algo así como media res asada la cual olía de maravillas.

Sobre la mesa un verdadero banquete.

A mí me tocó acomodarme a la derecha de Mike, entre él y una de sus cuñadas. Lanzándome una mirada antes, Ashley se sentó frente a mí.

Esquivé sus ojos, no quería problemas.

Nos acomodamos todos, lo cual llevó su tiempo, los niños querían sentarse en determinados lugares que los adultos debieron cederles. Ashley no se movió de su sitio.

Se hizo silencio.

Mike me tendió su mano derecha, la cuña de Mike su izquierda.

En mi casa nunca nadie había dado las gracias antes de comer, menos que menos en el internado.

—Michael... —entonó el padre de Mike alzando la voz para llamarlo desde la cabecera de la mesa. Todos inclinaron sus cabezas.

Desde debajo de su frente y cabellos que se le soltaron de las orejas, Ashley volvió a mirarme. Bajé la vista.

—Señor, te agradecemos por estos alimentos, por reunir a nuestra familia una vez más, en salud y trabajo. Por la compañía de aquellos a los que apreciamos. Por las segundas oportunidades; te rogamos que nos des la fuerza y el coraje necesarios para llevarlas a cabo. Amén.

—Amén —me encontré repitiendo yo también.

—¡Al ataque! —Soltó Ashley manoteando la bandeja que estaba justo frente a mí, dedicándome de paso, una mirada que hubiese preferido no ver.

Alguien me preguntó si quería puré de papas y me devolvió mi plato con una montaña, acompañado de porotos con una salsa oscura, dos grandes trozos de carne un tanto sangrante para mi gusto y una pieza de pan de tamaño considerable.

Sirvieron agua en mi vaso; los niños bebían leche.

Sonaron las primeras risas. Uno de los hermanos de Mike hizo un comentario sobre unas herramientas que acababan de llegarles y Ashley pregunto si había nacido el potrillo. Le contestaron que no.

Uno de los niños dijo que en el colegio habían leído un cuento sobre caballos. A Mike su madre le dijo que debía ir a visitar a la señora Foster en cuanto tuviese tiempo.

Me pregunté quién sería la señora Foster.

—¿Sabe usar un arma, Señor Meden?

Era la primera vez que me dirigían la palabra desde que nos sentamos a comer.

—No, Señor Spencer, nunca he disparado un arma.

—Deberías enseñarle, Michael.

—Sí, claro —se volvió hacia mi lado—. Si usted quiere Señor Meden, con gusto.

—¿Te obliga a llamarlo así?

Por poco y escupo el agua con limón otra vez dentro del vaso.

—No, Ashley, es una cuestión de respeto, es mi jefe.

—Pero él vivirá aquí con nosotros por un tiempo así es que... ¿Usted no quiere que mi hermano lo llame por su nombre de pila? —Disparó la chica.

—Nada de eso, ya le dije que lo hiciese y no me hace caso.

—Anda hermanito, llámalo por su nombre.

El padre de Mike no dijo nada al respecto de modo que supuse, debía estar de acuerdo.

—Tendrá que trabajar codo a codo con los demás si quiere ganarse la comida y el alojamiento, no tienes por qué seguir llamándolo así.

Otra vez, nadie comentó nada al respecto. Evidentemente todos los Spencer menos Mike, opinaban de la misma manera.

—Llámalo por su nombre.

Mike le dedicó a su hermana una de esas miradas que me imaginé solamente

podían darse los hermanos cuando fingen estar enojados los unos con los otros.

—Yo ya lo llamé por su nombre y no dolió.

Di un respingo sobre mi silla porque Mike me espió por el raballo de los ojos sin mover ningún otro músculo. Debía estar preguntándose en qué circunstancias su hermana me había llamado por mi nombre.

Apreté los dientes preguntándome cuánto dolería su puño en mi mejilla.

Mike giró el torso.

—Así es que estuviste conversando con mi hermana... Félix.

—¡Ves que no es tan difícil! —Ashley sonreía abiertamente. Mike no.

—Nos encontramos en el corredor —expliqué e imaginé la sangre brotando por el agujero bala entre mis dos ojos.

—¿A qué se dedica usted, Señor Meden? —Me preguntó la cuñada de Mike.

—Soy empresario, básicamente mis compañías se dedican a la construcción.

—Mi padre también tiene una empresa de construcción, construyen casas. Brian aprendió mucho con él. ¿No necesitas ayuda con el cobertizo, quizá él pueda darte una mano?

El aludido alzó la cabeza.

Yo no supe dónde meterme, no tenía ni idea de cómo se construye una casa, yo sabía de oportunidades inmobiliarias, de costos de edificación y mano de obra, de oportunidades de negocios pero no me sentía capaz de alzar un edificio con mis manos.

—Si quieres Félix... toda ayuda es bienvenida.

—No sé nada de eso... si crees que puedo aprender—. No podía decir que no y la idea de pasar el día entre vacas tampoco me entusiasmaba demasiado. La construcción podía ser algo peligrosa pero...

—Tienes dos manos que funcionan. Es lo único que necesitas, bien, eso y predisposición para aprender.

—Bien, claro, entonces será un placer ayudar.

—Esperaba que me acompañase a mí a recorrer los campos. Quería enseñarle la propiedad —me dijo Caleb soltando sus cubiertos sobre el plato.

—Te lo llevarás cuando acabemos con el edificio.

—Y yo que quería que me acompañase para ayudarme con las inseminaciones que haremos mañana —suspiró Ashley.

—¿Inseminaciones?

—Criamos caballos, Félix.

Se me fue el poco apetito que tenía.

—No deberíamos llevarlo antes a conocer a la gente de la ciudad, por lo menos deberíamos presentarlo a nuestros vecinos —la que habló fue Taylor, la hermana mayor de Mike—. Puedo presentarle a los empresarios de nuestra ciudad —dijo dirigiéndose directamente a mí—. Tenemos muy buen trato con los agentes de bienes raíces de la ciudad y con el gerente del banco. Yo me encargo de las finanzas de la propiedad...

—Con uñas y dientes —acotó Ashley —mi hermana cuida cada centavo de nuestra herencia.

—¡Ashley!

—Es broma, mamá.

—¿Puede venir Félix al jardín de la escuela conmigo? —Le preguntó Hailey a su madre.

Todos se rieron.

—Tal parece que tendrás que partirme en trocitos, Félix —entonó Ashley por debajo de las risas de los demás.

No tendré que partirme en trocitos, me partirán en trocitos si esta chica sigue flirteando así conmigo.

—Los demás tendrán que esperar su turno. ¿Le parece bien que nos encontremos mañana a las seis en la cocina.

Vete haciendo a la idea, Félix —me dije.

—Sí, perfecto.

Después de los niños, fui el primero en largarme a dormir. El día había sido demasiado largo.

...

—Arriba dormilón.

Los puntapiés contra la puerta de mi cuarto fueron claros y me hicieron saltar del colchón. Me incorporé tan rápido que la cabeza me daba vueltas, además soñaba con ella y fue difícil separar lo que soñaba de la realidad.

Abrí un ojo, apenas había un poco de claridad a mi alrededor.

¿En verdad cantaba un gallo allí afuera?

—Levántate o no te dará tiempo a desayunar —añadió Ashley—. No querrás salir a tu primer día de trabajo con el estómago vacío.

—Mierda —caí sobre la almohada otra vez—. Enseguida bajo.

—Más te vale, ya todos están en pie.

La puerta aún estaba cerrada.

—Arriba que el sol no te va a esperar, menos mi hermano.

—¡Voy! —Le grité medio de mal modo y aparté las mantas pateándolas.

—¡Buen día! —estalló el coro de presentes ni bien puse un pie en la cocina. Ashley no se equivocaba, ya todos están en pie y me dio la impresión que desde hacía rato.

Alguien pasó por mi lado y depositó en mis manos una taza de café que olía al alquitrán. Dudé que fuese a conseguir té aquí.

Contemplé el líquido que contenía la taza, en verdad parecía alquitrán de tan oscuro. Me dio asco pero no podía dejarlo.

—Tome asiento, Félix, le pondré unos huevos—. La madre de Mike me empujó hasta la silla que acababa de dejar vacía una de las cuñadas de Mike. ¿Es que venían todos a desayunar aquí?

Yo todavía tenía los párpados pegados del sueño.

No vi a Mike y a Ashley por ninguna parte, tampoco estaba el padre de familia. En la cocina entró Caleb, el mayor de los hijos Spencer y me dio los buenos días.

—¿Listo para su primer día de trabajo? —Me palmeó la espalda—. Veo que no —añadió al mirarme a la cara.

La madre de Mike planto delante de mí un plato rebosante de colesterol. ¿Cómo conseguían mantenerse en forma comiendo así?

Me pasaron un juego de cubiertos.

—Bébase esa taza de café, la necesita.

Todos se quedaron a la espera de que bebiese y tomase los cubiertos.

Llevé la taza a mis labios.

Dios proteja mi estómago —pensé al beber el primer sorbo. Recordé por qué no me gustaba el café.

—Coma, coma que mi hermano está al caer. Fue a buscar la camioneta para llevarlo a trabajar.

—¿Y Mike?

—Salió con mi padre hace media hora. Aquí los días comienzan temprano.

¿No está acostumbrado a levantarse temprano?

—No tan temprano, en realidad nunca fui de dormir mucho.

—Pronto se acostumbrará al ritmo de la casa.

—Eso espero —tomé el tenedor y empecé a comer. En honor a la verdad estaba todo muy sabroso.

—¡Buen día! —Reconocí la voz de Brian. Me di la vuelta para verlo entrar en



la cocina con un sombrero de vaquero calzado en la cabeza, llevaba otro en una de sus manos, en la otra, una bolsa. Me tendió todo—. Para usted. Regalo de bienvenida. Mike me dijo cuanto calza, espero le queden bien.

Todos se quedaron mirándome otra vez.

—Ande, pruébese el sombrero. No necesita las botas hoy, es más cómodo el calzado que lleva para andar trepado por las vigas pero si no usa sombrero se le cocinaran los sesos.

Lo examiné y lo calcé en mi cabeza.

—Se ve muy bien. Le queda —opinó la madre de Spencer.

Se me escapó una sonrisa.

—Sí, le queda bien. Cuando se corte el cabello parecerá uno de los nuestros. Ande, cómase su desayuno así nos vamos. Tenemos mucho por hacer.

Le pedí perdón a mi estómago y tragué el desayuno.

Al salir me encontré con un mundo que se encontraba en plena efervescencia.

Nos montamos en la camioneta. Brian me llevó a los saltos por caminos de tierra hasta nuestro destino, un edificio a medio construir perdido en una llanura abrazada por el sol.

Con paciencia, Brian intentó explicarme lo que planeaban construir y cómo. Me esforcé por captar lo más posible; la mitad se me escapó y como yo no tenía absolutamente ninguna experiencia en esto, pasé las siguientes dos horas bajando listones de madera de un camión para después acarrearlas hasta un lado del edificio en construcción. Tenía guantes y de cualquier modo sentía las ampollas que comenzaban a salir.

El esfuerzo físico me recordó que estaba en muy mala forma me hizo agradecer el haber desayunado. También agradecí el sombrero, aquí el sol no daba tregua.

Una tabla se me cayó en el pie izquierdo, creo que me rompió un par de dedos. Se me clavaron un par de astillas en el antebrazo. Tuve que recoger más de un centenar de clavos que se me desparramaron sobre la tierra por agarrar la caja del lado indebido. Me tropecé con el cable de la cierra y por poco y no dejo clavado los dientes en el suelo y así fueron pasando las horas hasta que para el mediodía lo único que deseaba era poder sentarme un rato a descansar; me regalaron unos cuarenta minutos de gracia para almorzar algo con el resto de los trabajadores, bajo la sombra de un árbol, los demás siguieron su descanso pero a mí me llamó Brian, deseaba enseñarme los planos de lo que se suponía, construíamos. Además de eso me dio una clase sobre maderas y otros materiales con los que trabajaríamos más adelante; lo admito, todo eso me

interesaba, saberme en parte del proyecto me agradaba sin embargo era demasiada información para absorber. Después del descanso me dieron mi propio cinturón con herramientas y porque les había llegado el rumor de que yo no le temía a las alturas, terminé con él en lo más alto de las vigas, dándole forma al techo de la estructura que por el momento no era más que un esqueleto sin demasiada forma.

Fue un momento precioso, de esos que no imaginas que verás, contemplar la caída del sol sobre el horizonte, desde allí arriba, sentado en las vigas que todavía olían a resina.

Si Gabriela me viese ahora —pensé—. Le costaría reconocer al Félix que conoció. Seguro que si la llamase y le conteste a dónde estaba y en qué había ocupado las horas de mi día, no me lo creería. Su vida había cambiado, la mía estaba en proceso de cambiar.

Suspiré aliviado al escuchar a Brian anunciar el regreso a la casa.

Mike me esperaba en el porche de la casa de sus padres, él y Ashley balanceándose en la hamaca, conversando.

Lo que me costó caminar hacia ellos, todo mi cuerpo se quejaba de dolor y sentía la piel tirante de haber estado todo el día expuesto al sol y al polvo.

Los hermanos alzaron la vista al verme. Noté que ambos contenían las carcajadas.

—Señor Meden... —jadeó Mike, debía temer que fuese a demandarlo—. ¿Qué le pasó en la cara?

—Me tropecé, Mike.

—¿Y en el brazo? —Curioseó Ashley muy divertida.

—Pasé horas descargando maderas —le contesté de mal modo mientras trepaba las escaleras para ascender hasta el porche.

Brian llegó por detrás para propinarme una palmada demasiado entusiasta entre los omóplatos. Por poco y me manda al suelo otra vez. Mi cuerpo se quejó del dolor todavía más.

—Lo curtiremos —rió Brian.

—¿Lo arrastraste por la tierra atado a un caballo? —Se carcajeó la chica.

—No, y no se lo pongas más difícil, tiene madera para el trabajo. Si lo desanimas lo pagarás caro, es difícil encontrar alguien con cerebro para trabajar en la obra—. Dicho eso, Brian se metió en la casa, andaba como si no hubiese estado todo el día trabajando igual que yo. Iba dando saltos igual que una condenada hada en mitad del campo.

—¿De verdad está bien?

La cara de preocupación de Mike me hizo sentir todavía más estúpido.

—Tenía intención de ir a ver cómo estaba pero mi padre me dijo que lo dejara, que usted se las podría arreglar solo. No debí.

Ashley le tiró un golpe al estómago a su hermano.

—No seas niña, Mike. Brian tiene razón, debe curtirse. Eso o se muere pronto. ¿Le busco unos calmantes para el dolor? —Me preguntó y luego se descostillo de la risa con tantas ganas que me dieron ganas de meterle en la boca un buen puñado de tierra de la que yo cargaba encima.

—Búrlate todo lo que quieres. Apostamos a que soportaré aquí todo un mes, es más, te apuesto lo que sea a que seré bueno en esto.

—A mí no necesitas demostrarme nada, Félix.

Mike miró a su hermana y luego a mí.

Ashley nos sonrió y se largó con la excusa de ir a ayudar a su madre con la cena.

—Su padre llamó, Señor Meden; quería saber cómo lo lleva.

—Siento como si llevase aquí toda la vida, lo cual es extraño y al mismo tiempo... me agrada.

—No tiene que trabajar tan duro.

—Está bien, Mike, no me molesta trabajar, creo que me hace bien, de verdad.

Nos quedamos en silencio un momento.

—Puede llamar a su padre cuando quiera... puede llamar a quien quiera.

Entendí que se refería a Gabriela.

Otra vez silencio.

—¿Su pie está bien, no le molesta?

—En este momento eso es lo que menos me duele.

Mike se rió y yo también.

—¿En verdad le gusta el trabajo?

Asentí con la cabeza.

—Es agradable construir algo con tus propias manos, aunque dejé parte de las mías allí.

Volvimos a reír con ganas.

—Dese un buen baño, todavía tiene tiempo antes de que cenemos, a sus músculos le vendrá bien.

—Sí, es buena idea.

—Lo veo después para cenar.

Subí a mi cuarto y le devolví el llamado a mi padre, hablamos un buen rato,

una conversación distendida en la que le conté todo lo que había hecho en mi día. Sé que lo dejé sin habla, en realidad ninguno de los dos todavía podía creer que dos días atrás mi realidad era sentirme miserable y perdido.

El trabajo cura muchas cosas, eso lo aprendí muy joven.

Llené la bañera y me di un buen baño de inmersión que mis músculos agradecieron. Cuando baje, ya con ropa limpia, el pelo todavía goteando un poco de agua y estrenando en mis pies, mis botas tejanas —para no ser menos frente a todos los demás; luego, en cuanto tuviese la oportunidad llegaría el corte de pelo—, bajé. En la cocina no estaban ni Mike ni Ashley; me ofrecí para ayudar con la cena pero me dijeron que fuese a descansar un poco. Salí a porche y me senté en la hamaca. El paisaje aquí afuera era bello, olía rico, una mezcla de la cena, la tierra bronceada por el sol y todo lo demás que me rodeaba.

Refrescaba por lo que tomé prestada la manta que descansaba sobre el respaldo.

Los ojos se me cerraron de a poco.

Sentí frío y percibí un aroma que no estaba allí antes de quedarme dormido.

La presencia a mi izquierda no se podía ignorar.

—¿Cuánto tiempo llevas allí sentada?

—Unos quince minutos —me contestó Ashley empujando la hamaca con las piernas para mecerla—. Dormía plácidamente.

Giré la cabeza, me observaba.

—Una puede deleitarse viéndolo dormir.

Iba a replicar pero ella me dejó con la boca abierta.

—Mike me contó de esa mujer de la que te enamoraste.

Me despabilé de golpe.

—¿Qué te contó?

—No mucho... —giró su rostro al frente, hacia el horizonte—... que todavía la amas, que ella ahora está con otro. Le saqué todo eso a regañadientes, él no quería contarme palabra. En realidad creo que me lo contó para apartarme de tu lado.

La miré y me miró.

—Hizo bien.

—¿La amas?

Se me escapó un suspiro.

Ella sonrió sin enseñarme su dentadura y luego volvió la vista al frente.

—¿Todavía amas a tu novio?

—Soy joven, todavía puedo encontrar a alguien más, en cambio tú —me miró exagerando una mueca—, tienes treinta. Deberías estar casado y con hijos.

—Quizá no tenga madera para eso.

—Y se suponía que tampoco la tenía para los trabajos en el campo. Si mi padre nos enseñó algo es que los únicos límites... —aproximó su mano a mi cabeza y me dio unos suaves golpecitos sobre la sien izquierda—... se encuentra aquí dentro.

—¿No que no dabas nada por mi supervivencia aquí?

—Hablé sin saber demasiado. No dejás de sorprenderme.

Por un momento lo único que se escuchó fueron los sonidos del campo.

—Vendrás uno de estos días conmigo para que le enseñe los caballos.

—Si prometes no volver a mencionar inseminaciones ni nada de eso.

—Podría ver nacer a uno de nuestros potrillos, tenemos tres en camino.

—Eso podría soportarlo.

Volvimos a quedarnos en silencio.

—Es agradable conversar contigo.

—También contigo cuando no te burlas de mí.

—Acostúmbrese a eso, cuando convives con cuatro hermanos es la ley de la selva: solamente sobrevive el más fuerte.

Me reí.

—¿Tienes amigos? Podrían venir a visitarte si quieres.

—¿Quieres conocer a mis amigos?

—No te pongas celoso Félix.

Revoleé los ojos. Esta chica era todo un personaje.

—Tengo solamente un amigo, su nombre es James y últimamente estamos un tanto distanciados, es que he estado actuando como un desgraciado, supongo.

—Sí, lo vi en las noticias. Con las modelos y todo es... Bonita forma de hacerse famoso. Bueno, en realidad eras famoso antes de esos escándalos—.

Hizo una pausa—. Nunca se te ocurrió que podías usar tu fama, tu posición para algo un tanto más productivo que para generar escándalos.

Me quedé viéndola, de dónde había salido toda esta gente que podían hablar y pensar así, esta chica podía barrer el piso conmigo, igualmente Mike. Después de todo, él me abrió no solamente las puertas de la casa de sus padres, sino también la de su familia.

—¿Cómo quedó tu manicura?

—¿Qué es eso? —Bromeé.

Me arrebató una de mis manos y las escrutó.

—Ufff... ¿Duele? Algunas se reventaron; cuida que no se infecten —devolvió mi mano a mi regazo —mamá tiene un ungüento para eso. Se lo pediré para ti. Se levantó de la hamaca.

—Ashley —la llamé antes de que llegase a la puerta—. No sigas con esto, no es buena idea.

Parpadeó.

—Es en serio. Si estoy aquí es por algo. Si salí en las noticias no es de casualidad. Todavía soy ese hombre y tú eres muy bonita y simpática y...

—No tengo miedo, Félix, yo podría patear tu trasero de aquí a Nueva York y tú no podrías hacer nada para evitarlo.

—Es en serio, además...

—Sabes qué —frunció la nariz —tengo la ligera impresión de que eres un tanto cobarde. Iré por la pomada para tus ampollas.

Así sin más, se metió dentro de la casa otra vez.

No fue ella quien regresó con la pomada sino Mike y de hecho vino para avisarme que la cena estaba lista.

Sí, Ashley tenía razón, soy un cobarde y por eso hui de su mirada y de ella, todo lo que me fuera posible durante la cena; me largué temprano a mi cuarto y procuré levantarme temprano para que ella no volviese a pararse frente a mi puerta para despertarme.

El problema mayor es que este cobarde está enamorado de alguien a quien le tiene mucho miedo, de alguien que le recuerda demasiadas cosas que no puede afrontar, por eso salí huyendo cuando me enteré de que tenía un hijo a quien había dado en adopción. Ella no tenía culpa por haberlo dado, probablemente hubiese hecho bien, o al menos intentó hacerlo bien.

Cabía la posibilidad de que Gabriela no me hubiese mentado, de que todo lo que dijo e hizo hubiese sido real y que si ahora estaba en brazos de otro era por mi culpa, por mi cobardía. Fui yo quien la alejó, quien no contestó a sus llamados, quien dejó la agencia, quien dio marcha atrás con la biografía, quien no la apoyó con su libro. Fui yo quien la expuso a la desgracia de mi ser completamente adrede porque necesitaba que otro ser humano intentase entenderme puesto que yo no lo conseguía.

Cuantas cosas arruiné por cobarde... demasiadas cosas arruiné por miedo a salir lastimado.

Lastimé a tantos.

## 14.

Con el correr de los días las ampollas se transforman en durezas que curtieron mis manos. La práctica repetitiva de ciertas tareas te enseña técnicas y las advertencias repetidas entre risas y burlas te mantienen alerta y te evitan tropiezos y golpes.

Quién diría que la construcción me gustaría tanto. Bueno, en realidad siempre me gustó pero no creí que fuese a disfrutar tanto del trabajo duro. Esta mañana me llevaron a recorrer los cultivos y yo no veía la hora de venir aquí a trabajar con Brian.

Todavía esquivaba el compromiso de ir a aprender a ocuparme del ganado. Eso sí que no me entusiasmaba demasiado, las vacas huelen y mucho.

Otro asunto que llevaba días esquivando era uno de ojos claros, cabello rubio y una pasión por los caballos que no le vi nunca a nadie en mi vida; Ashley buscaba cualquier oportunidad para buscarme, para hablarme... que me hablara no era un problema, lo malo eran las cosas que insinuaba y lo poco que disimulaba su persecución hacia mí persona. Mis huidas también eran muy poco disimuladas, al menos hasta ahora nadie hablaba de eso y yo lo agradecía.

Esta es su casa pero de seguro estaría mejor en la universidad, lo más lejos de mí, que fuese posible, no insistiendo a cada oportunidad que diese un paseo con ella por las caballerizas. Tenía ganas de ir a ver los caballos, no con ella presente.

Algunos aseguran que la gente cambia; sí, es probable que no en esencia puesto que absorbes y adaptas lo que te rodea según lo que sabes, según tus experiencias anteriores... la verdad es que es imposible no cambiar a cada día. Ser hoy, igual que ayer sería un desperdicio de horas vividas.

Por ejemplo... no amo el café pero tampoco me disgusta tanto. Quizá el único café que me guste de ahora en más sea el que me prepara la mamá de Mike. Sí, lo voy a extrañar el día que me vaya de aquí, sobre todo porque cada taza, a esa hora tan temprana de la mañana viene acompañada de una sonrisa o algún otro gesto de familiaridad, de cariño.

Experimentar el ámbito familiar es de lo más extraño y agradable; es algo que nunca tuve y que ya no se me antoja volver a perder nunca más.

Cuando una persona que apenas te conoce te pregunta que se te antoja para la cena o te pregunta cómo te fue en el trabajo ese día o si necesitas alguna cosa... Sonríe como un idiota cada vez que una de esas escenas tiene lugar, y a mí como uno de los protagonistas.

No pensé que pudiese ser de ese tipo de personas y sin embargo aquí estoy, siendo una persona nueva sobre los fundamentos de la que solía ser. Por supuesto que muchos viejos hábitos siguen ahí latentes y no pienso descartarlos, a veces hay cosas que no son intrínsecamente malas sino que son empujadas por razones erróneas, eso es lo que hay que cambiar, las razones. No buscas superarte para superar a otros sino a ti mismo. No buscas placer para imponerte a tu pareja, sino para darle placer. No buscas aprender para dominar a otros sino para ser capaz de enseñar, de pasar una experiencia.

El campo que me rodea me dio unas cuantas lecciones. La gente que lo habita otras tantas.

No voy a cambiar por ella sino por mí, y luego si ella me quiere, si acepta mis



disculpas por ser tan obtuso y sobre todo, tan cobarde, pues entonces todavía mejor.

Mike habla mucho de Gabriela de un modo que hasta hace un tiempo, yo temía porque aceptar que ella posiblemente no fingiera nada de lo que dijo sentir, implicaba admitir que fui yo el que salió corriendo con el rabo entre las piernas por ser incapaz de afrontar una situación que me empujaba de frente contra mi pasado y con un futuro para el cual no estaba preparado.

El miedo sigue allí pero no me domina.

Tengo planeado conocer a mis verdaderos padres... cuando esté listo. Y tengo otra cosa en mente: el hijo de Gabriela; necesito encontrarlo. No tengo idea de qué haré cuando lo encuentre, porque daré con él así tenga que gastar hasta el último centavo de mi fortuna.

Ayer en la noche estábamos mirando la reemisión de un partido de fútbol con el padre de Mike cuando éste apareció cargando su notebook para enseñarme algo, era una nota que había salido en un periódico español sobre Gabriela, por su libro y demás; me alegró ver que las cosas iban bien para ella; no me hizo nada feliz verla en la fotografía en compañía de ese sujeto, no es que... bien, sí, me dieron celos, eso no fue lo peor. ¿Fue mi imaginación o que la fotografía de ambos juntos era en una situación muy formal, pero es que allí, entre los dos, no había nada más que aire?

Me instaba a no hacerme demasiadas ilusiones cuando Mike me puso cara de: “con usted ella sonreía de un modo distinto”. Me lo creí, necesitaba creerlo, es que ella es lo que nunca me permití necesitar y hoy por hoy, me hacía más falta que el aire.

Rogué no haber pasado de insensible a un completo ingenuo.

Tendría que encontrar un punto medio.

—¿Te parece que esos tabiques se ven bien?

Me enderecé junto a Brian después de apoyar en el suelo la pistola de clavos nueva que acaba de ir a buscar a la ciudad para la cual todavía continuaba siendo un recién llegado pese a que yo ya no me sentía así, poder ir y venir del centro en camioneta sin perderme, sin necesitar pedir indicaciones era todo un logro. Que comenzaran a recordar mi nombre también lo era. Félix, no señor Meden; eso se escuchaba mucho mejor.

—¿Es un examen?

Brian soltó una carcajada y me contestó que sí con la cabeza.

—Inclinado a la izquierda. Puedo confirmarlo con un nivel —alcé mano —

allí, la madera esta retorcida, por eso el resto de la estructura se deformó.

—Tienes buen ojo. Me quitarás el trabajo en cualquier momento. Ya entiendo por qué lograste tener todo lo que tienes con tan solo treinta años.

Ese último comentario me agrió un poco. Lo último que había hecho por mis compañías fue estampar mi firma en un contrato menor del cual me pasaron detalles financieros y demás, pero del que no sabía nada más. Sí, parecía un buen negocio, eso es todo.

—No tengo nada más que esto.

—¿Tus compañías ya no son tuyas? —Brian se echó a andar y lo seguí.

—En los papeles sí; es que me siento a años luz de eso.

—Mi padre te diría que no conviertas esto en tu burbuja, tarde o temprano tendrás que afrontar lo que hay más allá de Elgin.

Brian conocía a grandes rasgos, mi historia. En resumen, de Gabriela, mi adopción, esto sí, con lujos de detalle, de hecho toda la familia conocía mi historia, fui yo quien se las contó, ninguno le dio demasiada importancia al que mis padres pagaran por mí, todos eran de la misma opinión de Gabriela de que eso no cambiaba en absoluto que mis padres adoptivos me quisieran, o las razones por las cuales mis padres sanguíneos me dieron... yo sabía que ellos tenían otros hijos además de mí, tenía hermanos mayores de los que intentaban cuidar; después de mí no volvieron a tener hijos de modo que no es que tuviesen niños para venderlos... Soy muy idiota —me recordé otra vez.

Volviendo a Brian y a los suyos, tenía razón.

—¿Quieres dejar aquello? Si así es hazlo, pero no por huir de las responsabilidades.

—¿Tus padres son de este mundo? Explícame cómo es que todos ustedes salieron así.

Se sonrió.

—¿Así cómo?

—Ganarían fortunas dedicándose a la psicología o al coaching personal.

Me miró con cara de no entender nada.

—No importa. La verdad es que no sé qué quiero hacer, lo que sí sé es que si me soportan por aquí por un tiempo más, les estaré agradecido.

—Nadie piensa pedirte que te vayas. Mi madre planea adoptarte —bromeó—. Eres su hijo predilecto—. Me soltó un golpe que dio en mi hombro—. Anda, ayúdame a arreglar esto antes de que decida agarrar al chico por el cogote hasta dejarlo azul.

El chico en cuestión era un flacucho de diecisiete años, hijo de un vecino de

una granja cercana a quien su padre estaba a punto de matar y desheredar puesto que lo volvía loco, el crío estaba descarrilado y Brian lo había tomado bajo su ala para intentar enseñarle una profesión que pudiese serle útil.

Desmantelamos los tabiques de la pared interior con el sol cayendo a nuestras espaldas. El resto de los obreros ya se había ido a casa, incluido Thomas, el causante de la pared torcida.

Refrescaba e igualmente yo sudaba. Me limpié la frente.

—Ok, es tarde, la alzaremos de nuevo en la mañana.

El último listón estaba en el suelo.

—¿Qué construiremos después de esto?

—Calma, nos queda bastante trabajo aquí.

—¿Pero tienes otros planes? —Insistí.

—Mi padre quiere renovar las oficinas. Quedaron pequeñas. La caballeriza también; Ashley se emociona demasiado con los caballos y mi padre no le pone freno, además se encariña con los animales y luego no quiere venderlos.

Sí, la había escuchado hablar de sus favoritos, tenía al menos una docena y había un par de potrillos por nacer con los que ya se la veía demasiado entusiasmada.

—Podré ayudarte en eso.

—Tengo una idea, si tanto te gusta el trabajo, deberías ir a trabajar un tiempo con mi suegro, él puede enseñarte más que yo. Podrás construir casas. Comenzará un nuevo proyecto pronto, es una granja que compró una gente de Austin, la quieren remodelar para venir de paseo nada más, pero según tengo entendido tienen planes para renovarla con mucho lujo, al mejor estilo hotel cinco estrellas.

—No creo que mis conocimientos y práctica sean suficientes para trabajar con él.

—Le hablé a Steve de ti y dijo que con gusto te añadirá a su grupo de trabajo. Me quedé viéndolo.

—Bromeas.

Negó con la cabeza.

—Incluso mi padre está de acuerdo.

—Bueno... —no podía evitar demostrar que la idea me entusiasmaba y mucho

—. Gracias.

Volvió a golpearme.

—No hay por qué, hombre. Es un placer. ¿Vamos por una cerveza?

—¿No nos esperan a cenar?

—No hará daño que nos saltemos la cena familiar una vez. Llevas aquí un mes y todavía no pisas un bar. Eso no es muy sano ni normal. Anda, lo pasaremos bien. Ya verás.

No había pisado un bar pero sí me habían arrastrado hasta la iglesia dos veces. A la tercera que lo intentaron, me hice el dormido. A la cuarta les expliqué que no se ofendieran pero que prefería quedarme en casa. Ese domingo Mike también se quedó conmigo, me llevó a conocer los alrededores y pasamos casi todo el día recorriendo interminables campos y paisajes de horizontes interminables.

Aquí casi todos se iban al bar luego de trabajar y antes de cenar, yo los evitaba para escaparle a la tentación de hacer un estropicio. Desde que llegué no bebí una gota de alcohol.

Lo bueno es que hoy por hoy, no tenía tanto miedo de hacer un desastre. Unas cervezas no provocarían mayores daños.

—Yo llamo a mi madre para explicarle. No te preocupes, si se enfada, se enfadará conmigo, no contigo.

—Bien, de acuerdo.

Elgin tenía otra cara a la luz de la luna.

Había pasado unas cuantas veces por delante del American Legión pero nunca entrado.

Brian saludó a un par de hombres que fumaban afuera, verdaderos vaqueros sacados de una postal. La música country se escuchaba desde aquí. Todo esto me resultaba gracioso y al mismo tiempo muy agradable, con mis jeans, mis botas y sombrero ya no desentonaba tanto en esta ciudad. Todavía me faltaba que se me pegase aquella forma tan cantarina que tenían todos de hablar.

Para no ser menos, saludé a estos perfectos extraños que me siguieron con la mirada al verme pasar.

Brian empujó la puerta y me dejó pasar, el lugar estaba a reventar de público. Sonreí, esto no se parecía en nada al bar del hotel en Dubái en el que bebí unas cervezas con Mike, era mucho más agradable y más parecía una reunión de amigos que cualquier otra cosa.

El nombre de Brian sonó en un par de voces que lo saludaban. A mí me saludaron también un par de rostros conocidos, unos llamándome por mi nombre, otros alzando su cerveza o bebida en mi dirección, aquí había gente que trabajaba en la granja, empleados de negocios de la ciudad, alguien del banco y uno de los muchachos que esta misma tarde me entregara la pistola de

clavos.

Llegar a una barra nos tomó más de quince minutos. Aquí no puedes simplemente entrar y sentarte, tienes que darle tus respetos a todos, preguntar por los familiares, la casa, el campo, las vacas o el negocio, primero.

—Invito yo. ¿Cerveza? —Le dije en cuanto llegamos a los taburetes.

Brian asintió alzando las cejas.

—Dos cervezas, por favor.

Brian tomó un puñado de maní del cuenco entre ambos y se lo metió en la boca.

—¿El baño?

Me contestó apuntado con la cabeza hacia mi izquierda.

—Enseguida regreso.

—Aquí te espero—. Otro puñado de maníes cayó dentro de su boca.

El hombre de barba blanca que salió del baño me saludó como si me conociese de toda la vida, llevaba en la cabeza un sombrero parecido al que usaba yo todos los días desde que me lo regalaron, el cual descansaba en la camioneta en este instante.

Lo primero que hice al entrar al baño no fue intencional, es que simplemente el espejo era un listón largo que abarcaba toda la pared.

No me reconocí en el espejo al verme, tenía las mejillas bronceadas, el cabello demasiado largo para el gusto de aquí, la barba un tanto crecida para lo que solía ser mi aspecto en mi vida más allá de Elgin. Mi vestimenta tampoco se parecía en nada a lo que solía llevar y eso no me molestaba, me resultaba difícil pensar en mí vistiendo traje y corbata, es más, el simple hecho de pensar en una corbata me hacía sentir asfixiado.

Ella se veía distinta con su cabello corto.

Yo me veía distinto.

Nuestras vidas eran tan distintas ahora.

¿Podría Gabriela enamorarse de este hombre o es que ya había tenido suficiente del antiguo Félix?

Recordé la vez en que cocinábamos juntos, ella me había besado y yo me quedé quieto, petrificado porque me moría de ganas de besarla y de hacerle el amor, eso mismo, no quería con ella solamente sexo, lo quería todo... todo lo que pudiese darme.

—Ahora ese desgraciado te tiene en su cama —entoné en voz alta. Se me escapó.

Un tipo salió del baño y se quedó viéndome como pidiéndome una

explicación.

—Disculpe. Pensaba en voz alta.

Me dedicó una sonrisa torcida y vino a lavarse las manos a la línea de lavatorios.

—¿Lo dejó su novia? —Soltó mientras se enjabonaba las manos.

—Fui muy estúpido, la dejé partir. Mejor dicho: la eché de mi lado. Soy un idiota.

—Tienes cara de desgraciado. ¿Enamorado?

Le sonreí y asentí con la cabeza.

—¿Tengo el placer de conocerla?

—No es de aquí, de hecho siquiera es de este país.

—Tampoco tú. ¿Eres el sujeto que se queda en la granja de los Spencer?

—El mismo. Félix Meden.

—Jackson Morton—. Me tendió la mano después de secársela con una toalla de papel—. Trabajo en el hospital veterinario. ¿Le gustan los caballos de los Spencer? Maravillosas criaturas.

—La verdad es que todavía no los visito.

—¿Ashley todavía no lo arrastró hasta allí? Fue ella quien me habló de usted... hasta por los codos—. Se quedó en silencio viéndome. No necesitaba más palabras que las dichas.

—Mucho trabajo —entonté esperando esquivar el asunto—. Trabajo con Brian.

—Ya veo. ¿Conoció a su suegro?

—No todavía pero de hecho parece que me lo presentarán pronto. Espero tener la oportunidad de aprender algo de él.

—Seguro. Solamente una roca no aprendería algo de Steve, ese hombre es uno de los orgullos de la ciudad. Los Spencer son el otro. Una familia de oro.

—Sí, lo son.

—Bien, Félix, fue un placer conocerte, espero verte por aquí seguido.

—Gracias Jackson.

—A ver cuando nos tomamos unas cervezas juntos. Te puedo presentar a un par de sujetos muy agradables.

—Gracias.

Me quedé viéndolo alejarse mientras me preguntaba si toda esta gente existía antes. Temí haberme perdido de conocer muchas personas iguales por mi mala predisposición, por cerrarme a todos a causa de mis miedos. El mundo para mí antes era lo que yo deseaba ver de él. Entendí que el mundo que me

rodeaba siempre había sido así, era yo el que no era así, así de capaz de crear verdaderas relaciones con otras personas, el infeliz que prefería no involucrarse con nadie.

Treinta años de huir —pensé y mi estupidez me entristeció.

El tipo se despidió y me dejó a solas. Cinco minutos después, yo también salía del baño.

Brian me recibió en la barra con una sonrisa y nuestras dos cervezas por las cuales yo ya había pagado, además de eso había una bandeja con tacos y otras recetas de la cocina mexicana.

—Hambre—explicó escuetamente.

Sí, este era yo, bebiendo cerveza barata y comiendo comida mexicana en un bar perdido en la inmensidad de un terreno llano y árido.

—Mi suegro también construye con ladrillos, muchas de las mejores casa de la ciudad, a las nuevas, me refiero, fuero erigidas por él, también trabaja en otras ciudades y pueblos cercanos. Tiene tanto trabajo que no da abasto.

—¡Ashley!

El nombre de la chica fue pronunciado por alguien a nuestras espaldas por sobre encima del volumen de la música country que hablaba de un hombre que se había quedado sin trabajo y solamente tenía su cerveza.

Yo quise ahogarme en los dos dedos que quedaban de la mía.

—¡Desgraciados, podrían haberme invitado! —Una mano cayó sobre mi espalda, la otra sonó sobre la de Brian.

Al girarme sobre el taburete me gané una de sus sonrisas.

—Mamá me dijo que vendrían aquí. Estaba en casa de Julie y decidí pasar a compartir un trago con ustedes antes de volver a casa. ¿Quién me invita?

Más que por quedar bien con ella, por alejar mi mirada de la suya, me volví otra vez hacia la barra y pedí una nueva ronda, esta vez, de tres cervezas.

—¿Chuck, me dejas tu lugar? —Le preguntó al sujeto a mi izquierda.

—¿No deberías estar en la universidad?

—Y tú en tú en tu casa con tu esposa y tus tres hijos. No fastidies, Chuck. Aquí está mi hermano y el huésped que tenemos en casa y quiero beber una cerveza con ellos.

—Tienes suerte, ya me iba.

El tipo se puso de pie, ella lo abrazó e intercambiaron unas palmadas en la espalda.

—Saludos a Amanda y a los niños.

—Cariños a tu madre, dile que me muero por sus pasteles de nuez.

—Le diré que te prepare uno.

—Eres un ángel —le dijo cuando ella ya saltaba sobre la banqueta para acomodarse a mi lado.

En esto momento deseé estar como muchas otras noches, en mi cuarto devorando una porción de tarta de nueces de pecan de la madre de Mike. Por suerte aquí el trabajo era mucho y había retomado mi costumbre de salir a correr y ejercitarme, de otro modo, la comida de aquí me habría empujado a ganar un par de kilos y si comenzaba a beber, una barriga cervecera de las buenas.

Las cervezas aparecieron frente a nosotros. El hombre que nos atendía saludo a Ashley. No podía ser de otra manera.

—¿Me dirán que hacen aquí ustedes dos solos?

—Félix todavía no pisaba el bar.

—Sí, eso ya lo sé —le contestó Ashley a su hermano—. Me refiero a por qué se escaparon —miró a su hermano y luego a mí.



—No nos escapamos. Sabías que es probable que vaya a trabajar con Steve — le comentó él mirándome.

—¿Ah sí? —Movié sus ojos hasta mí — ¿nos dejas?

—Nada de eso —aparté a mirada para fijarla en las botellas de bebidas que había en frente sobre la heladera de pintura desconchada—, quiero aprender más de la profesión.

—Tienes que venir a ver los caballos antes de empezar a trabajar para Steve; te perderemos cuanto te vayas con él. No es justo que fueses a ver las vacas de mi padre y que no te acercaras ni cinco minutos a las caballerizas. Los caballos no muerden.

Pero tú sí —pensé. Eso decía su mirada. ¡Mierda!

—Puedes ir mañana en la mañana —propuso Brian.

Quise matarlo. Por qué no se limitaba a beber su cerveza y ya.

—Listo, tienes una cita conmigo. Quizá tengas la posibilidad de ver al potrillo de Lucy nacer. Jackson dijo que probablemente el parto se diese en las próximas horas, por cierto —apuntó con la cabeza hacia atrás —nuestro veterinario acaba de comentarme que se conocieron en el baño.

Que no le hubiese contado sobre nuestra charla de amores.

El celular de Brian empezó a tocar.

—Es de casa —dijo y se lo llevó el aparato a la oreja.

Me quedé en silencio, con la vista fija en las botellas otra vez; sentía los ojos de Ashley fijos en mi lado izquierdo por todo lo que duró la conversación de Brian con su esposa.

—Faith tiene fiebre. Debo irme—. Se puso en pie y colocó un par de billetes sobre el mostrador—. ¿Lo llevas a casa tú?

—Claro, no te preocupes, tengo mi camioneta afuera.

—No tomes más que esa cerveza, ¿entendido?, no quiero que conduzcas con alcohol en las venas.

—Podría conducir él —le contestó a su hermano sonriéndome.

—Déjalo que beba en paz, es su primera vez aquí desde que llegó.

—¿Lo emborracho? —Propuso sonriendo todavía más.

—Por si no se dieron cuenta, sigo aquí.

Los dos se rieron ante mis palabras.

—Esa cerveza es más agua que cerveza, para emborracharlo necesitarás algo más fuerte.

—Creo que podríamos conseguir unos tragos por aquí en alguna parte — bromeó Ashley.

Brian me palmeó un hombro y fue a despedirse de su hermana.

—Es en serio, no se queden hasta tarde y no beban demasiado, ninguno de los dos.

—Prometido —entonó Ashley dedicándole un saludo de scout.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, Brian. Gracias por todo.

—De nada, es un placer, disfruten la noche.

Brian nos dejó luego de despedirse de todos.

Ashley me concedió la gracia de mantenerse en su sitio sin efectuar insinuaciones o siquiera mirarme por dos... tres tragos y luego...

Miró su reloj y me sonrió.

—¿No saldrás corriendo? Considero la posibilidad de que la cerveza aletargara tus reflejos... ¿es eso? ¿Será que ya no me tienes miedo? ¿Qué tiene de malo que me gustes... mucho?

Mi espalda se tensó ante eso último.

Aquí estaba todo lo que temía. ¡De la calma al desastre inminente!

—¿Qué, es porque mi hermano trabaja para ti? —Buscó mis ojos.

Me mantuve en silencio, no sabía qué decir. Sí, ella me gustaba, por eso mismo llevaba desde que llegué aquí, intentando evitarla. La atracción física y el amor pueden andar por caminos distintos sin problemas pero es que yo simplemente prefería evitar cometer más errores.

—Tienes cara de pánico —propinándome un empujón por el brazo, se rió de mí—. Bébete esa cerveza que la necesitas —tomó su vaso y bebió un par de sorbos más—. No es muy maduro el esquivar las situaciones de conflicto.

—Sí lo es cuando intentas evitar un conflicto aún mayor.

—Nadie diría que eres el mujeriego que decían que eras.

La miré de reojo.

—¿No soy tu tipo? Anda—, volvió a empujarme, fue un golpe hombro con hombro—. Puedo resistir la verdad.

No pude contenerme, mis labios se curvaron hacia arriba. Sí lo era.

—Hoy me desperté con muchas ganas de besarte. ¿Qué te dice eso?

—Que tu padre y tus hermanos me asesinarán—. Entoné procurando mantener la compostura. No debí beber pero por sobre todo no debí acceder a quedarme aquí con ella.

Ashley se carcajeó.

—No te preocupes, ellos no lo sabrán. No planeaba besarte aquí, frente a todas estas personas. Seré buena y no te provocaré muchos problemas.

—Ashley...

—Ella ahora está lejos, no necesitas comportarte como un monje y de cualquier modo sé que tarde o temprano te irás—. Parpadeó de un modo en que solamente las mujeres pueden parpadear—. Realmente me gustas, con ese cabello tuyo así, largo. Tienes muy lindos ojos y me gusta tu acento, además... tanto se dice de ti que es imposible resistirse al misterio.

—No soy un misterio, soy un sujeto muy jodido, eso es todo.

—Tampoco soy una maravilla. No se lo cuentes a mi hermano... él es de la creencia de que mi novio era un porquería. La que terminó de arruinar esa relación fui yo, lo engañe con uno de mis compañeros—. Apartó la mirada—. No se lo confesé porque me dio vergüenza—. Me miró—. No me da vergüenza decirte que me gustaría tenerte en mi cama.

Alcé mi cerveza en dirección a ella. Levantó la suya y la chocó contra el mía.

—Salud.

—¿Eso es un no o un sí?

—Eso es un: permíteme terminar de cenar, de beberme mi cerveza. Un: ahora estamos claros y puede que acepte ir a ver nacer a ese potrillo.

—Te tomo la palabra.

—Solamente promete que no le contarás a nadie si vomito, desmayo o lloro.

—¿Llorar?

—Espero que no.

—No me molestaría verte llorar —hizo una pausa—. No eres tan malo como crees.

Alguien más me había dicho eso antes. Ella...

—Todo el mundo necesita un buen abrazo de vez en cuando.

—Sí, claro... —bebí un poco más.

Sin saber cómo ni cuándo, su brazo comenzaba a rodear mis hombros. Su torso quedó colgando entre ambos taburetes y su rostro a cinco centímetros del mío. Su aliento a cerveza se metió en mi boca.

—Hueles rico.

—También tú.

—Necesitas una ducha.

—¿No que olía rico?

—La ducha la necesitas igual —metió sus dedos entre mi cabello—. También un corte de cabello. Podríamos irnos de aquí ahora, ¿no? Te prometo que nada cambiará. No le pediré a mi padre que te obligue a quedarte aquí ni a mi hermano que te mate. Solamente quiero tener sexo contigo y si además

podemos ser amigos, eso estaría bien, de verdad me agradas.

Me mordí los labios, extrañaba estar con una mujer.

Mi cuerpo contestó por mí, saltando de la banqueta.

Su mano se prendió a la mía. Sin mayores ceremonias me sacó del bar. A los apurones nos despedimos de todos.

—Mi camioneta es esa de allí —sacó las llaves del bolsillo trasero de sus pantalones—. Yo conduzco, podría llegar a casa con los ojos vendados.

—¿Tu casa...? Podrían...

—El altillo es grande, muy privado, nadie nos escuchará allí, además, te quiero en mi cama, no aquí en mi camioneta—. Sonrió con picardía—. Podría ser aquí también pero... Anda, sube—. Su cuerpo me acorraló contra la puerta del acompañante, enfrentándome. Sus labios justo frente a los míos. Prendió sus manos de la cintura de mis jeans.

Mi cabeza y mi cuerpo comenzaron a quitarse el óxido de encima. Con el pulso acelerado la tomé de la cintura.

El beso lo empezó ella pero fui yo quien le dio intensidad. Esto no era un reemplazo, sino la búsqueda de saciar una simple necesidad.

Sus manos estaban por todos lados, en mi cuello, entre mi cabello, en mi espalda, incluso en mi trasero. Las mías tampoco tenían intenciones de quedarse quietas. Agradecí que la calle estuviese vacía.

—Besas bien —dijo apartándose de mí, todavía con los ojos cerrados.

—No te quedas atrás.

Tiró de mí hacia adelante al mismo tiempo que tiraba de la puerta de la camioneta para abrirla. Me empujó dentro y corrió hacia el otro lado.

No, pienses, no pienses, no pienses —repetí hasta el cansancio durante todo el camino de ida hasta la propiedad de los Spencer. No conseguía quitarme a Gabriela de la cabeza y esto era una tortura, me sentía como si estuviese a punto de engañarla, a punto de apuñalarla por la espalda. La extrañaba tanto que tenía ganas de pedirle a Mike que pidiese que me enviaran mi avión en este preciso instante para correr a buscarla.

No, no podía hacer nada de eso hasta que no estuviese seguro de no darme la cabeza contra la pared porque básicamente no tenía idea de que haría o cómo reaccionaría si ella me decía que no me amaba, que jamás me había amado o que no podía volver a amarme.

La casa de los Spencer nos recibió en silencio.

Subimos las escaleras en puntas de pie tal si fuésemos dos adolescentes que se

esconden de sus padres. Ella me sonreía; disfrutaba de la travesura. Yo todavía no tanto. Sudaba y pese a que la quería debajo de mí, o incluso atada a su cama, había algo que no se sentía bien.

Pasamos por delante de la puerta de mi cuarto y por una fracción de segundo a punto estuve de lanzarme allí dentro. Ashley me tiró del antebrazo para guiarme hasta el tramo de escalera que ascendía al altillo. Ella reía procurando no ser escuchada y yo me reí de los nervios.

—El tercer escalón cruje, no lo pises.

—Ok —susurré.

Sin advertencia alguna, su otra mano voló hasta mi entrepierna. Di un respingo sin embargo no logré apartarme. Sus ojos se clavaron en los míos. Se me escapó un jadeo cuando ella apretó su puño todavía más.

—Ashley...

Por respuesta a mi pedido, se aproximó a mí para morder mi labio inferior.

—Tus padres...—jadeé excitándome.

—Eso lo torna todavía más interesante.

—Suéltame.

Su mano aflojó el agarre.

—Gracias.

—Me alegra ver que te emociona la perspectiva de estar conmigo —dijo luego de echar una mirada hacia abajo.

En mi cabeza empezaba a echar raíces un pensamiento: esto no era buena idea. Mi cerebro no se convenció del todo y por eso, subí las escaleras tras ella, sin pisar el tercer escalón. Bueno en realidad no era con el cerebro con lo que pensaba en este instante.

Ashley decía la verdad, el altillo era lo suficientemente privado. Su cama se encontraba sobre el espacio que ocupaban los cuartos vacíos abajo. El espacio era enorme. Se destacaba la cama, las mesas de luz, dos armarios, un espejo de pie, un escritorio una alfombra en el otro extremo del espacio y una cámara parada sobre un trípode a los pies de una de las tantas ventanas a pocos pasos de donde yo me encontraba.

Para cuando terminé mi inspección del lugar ella ya había encendido la luz y se quitaba las botas. Se arrodilló junto a la cama y extrajo una caja forrada en un papel de flores, la abrió y de dentro sacó una petaca que me tendió.

—Es mejor que la cerveza.

Dudé por un segundo.

—Adelante, es de lo mejor—. Se quitó la campera y la arrojó al suelo

esperando a que bebiese.

Fuera lo que fuese que contenía la petaca parecía alcohol puro. Bebí un sorbo y se la devolví. Ella bebió un trago y la arrojó sobre la cama.

—Podrías empezar por quitarte los zapatos.

Eso hice mientras ella se arrancaba el suéter.

—¿Música? —Ofreció desde delante del escritorio en que tenía una computadora portátil.

—Tus padres...

—Deja de preocuparte por ellos, no se escucha nada desde allí abajo.

La pantalla de la computadora se iluminó en cuanto la abrió. Buscó el programa reproductor de música y al instante sonaron los primeros acordes electrónicos que avanzaban por la oscuridad surtiendo el efecto deseado; el clima quedó completo con la voz del interprete.

Caminando en mi dirección, Ashley se quitó la remera.

—Llevas demasiada ropa para mi gusto —sus manos fueron a la hebilla de mis pantalones y luego se ocuparon del cierre. Yo hice caer los tirantes de su ropa interior.

Mis pantalones cayeron.

—Eso está mejor.

Me quité la camisa y la camiseta mientras ella se quitaba los pantalones.

Nos aproximamos otra vez, el uno del otro. Con mis manos en su trasero, la atraje hacia mí, ella me besó.

Llegamos a la cama ya con muchas ganas de más, tocarnos no era suficiente.

Me obligó a retroceder hasta la cabecera y allí me tumbó para acomodarse sobre mí.

—¿Puedo? —Jadeó dentro de mi boca.

—¿Si puedes qué?

De entre las almohadas sacó dos tiras de cuero que ya estaban atadas a la cabecera. Me las enseñó sacudiéndolas una a cada lado de mi cabeza.

No podía creer lo que veía. Esta chica no paraba de sorprenderme. No esperaba encontrarme con alguien así aquí, con alguien que parecía sacado de mi antigua vida, en mitad de la nada en Texas.

—¿Es broma?

Negó con la cabeza y tragué en seco. Mi cuerpo recordó al instante que lo que sentía estar en una situación así.

—No eres el único y no necesito explicarte como llegué a la conclusión. Se cuentan muchas cosas de ti. Seguro que mi hermano lo sabe pero no fue él

quien lo contó. La prensa amarillista ganó mucho dinero contigo. En fin, ¿puedo o no? ¿Te gusta que te aten o ser atado?

Por respuesta a su pregunta le entregué mi muñeca derecha y ella me dedicó una sonrisa de oreja a oreja. Los ojos le brillaban de puro gusto y a mí la piel me ardía ante la mera idea de hacer lo que estábamos a punto de hacer.

—Pensé que sería más difícil convencerte.

No para nada —le contesté mentalmente—. En este instante necesitaba alejar esto, lo más posible de Gabriela y de mí.

—Tranquila —le dije cuando por poco estrangula mi muñeca. El pulso le temblaba.

—No es mi primera vez.

—Genial pero...

Estampó con fuerza mi muñeca izquierda contra la almohada. No fue menos delicada al atarme.

Satisfecha con su trabajo se inclinó sobre mí.

—Haré que te olvides de todo —me dijo al oído y me estremecí de gusto.

—Buena idea —mi intención era besarla pero se alejó para reclinarsse sobre la mesa de luz. Luchó contra los cajones, removió cosas, la lámpara apoyada sobre esta se sacudió amenazando con caerse; ella insultó.

Necesitaba esto, ella no se imaginaba lo mucho que me hacía falta el contacto de otro cuerpo pero esto me ponía nervioso, no era ni el lugar indicado, y quizá tampoco fuese la persona ideal, no porque no me gustase, porque no tuviese idea de qué hacer para encenderme sino porque una parte de mí insistía en escaparse lejos de aquí.

—Necesitaremos esto —abanicó un preservativo por delante de mi nariz. Su lengua llegó a mis labios, nos besamos otra vez. Bajó por mi cuello, mi pecho. Mi piel se tensó con cada beso, cada mordisco y lamida.

—Me gusta tu tatuaje.

Acababa de rozar con su lengua mis iniciales. Mi cabeza se disparó en dirección a Gabriela otra vez, a aquella vez que estando yo demasiado borracho, me metió en la bañera. Los recuerdos de esa noche eran difusos, pero los pocos pantallazos de imágenes que habían quedado grabados en mi cabeza eran tan claros que me parecía estar viéndolos ahora mismo.

Su boca llegó a mi pene y ya no pude pensar sino solamente sentir.

Igual que las dos veces que lo hicimos, primero yo atado y luego ambos con las manos libres para aprovechar cada segundo, cada centímetro cuadrado de piel, para no perder registro del calor y la humedad del otro, su nombre estuvo

en la punta de mi lengua a cada momento y cuando Ashley se dejó caer al otro lado, imagine que era su peso y no el de la hermana de Mike el que inclinaba el colchón hacia el otro lado de la cama. Apreté los párpados e imaginé cómo debía verse su cabello corto contra las almohadas, como se vería en este instante, sus manos reposando sobre su pecho y vientre desnudo. El peso de una de su piernas sobre las mías. Su sabor todavía en mi boca.

Me sentí meciéndome en mi barco con ella abrazándome... y los dos, flotando en el agua leves, sin peso alguno.

Mis dedos querían estar dentro de ella ahora, mis dientes añoraban un mordisco de su carne.

—¿Otra vez? —Entonó Ashley pícaro ante mi erección.

Me senté sobre la cama, la tomé por la cintura y le di la vuelta. Planté sus manos sobre el cabezal de la cama.

—Quieta—. Mi cabeza volaba, mi cuerpo también. Sujeté sus manos y la tomé por la cintura separando sus piernas.

El nombre de Gabriela se me escapaba por la garganta en llamas.

No fui ni delicado al penetrarla. Era sexo.

Ashley no se quejó.

Creo que le ordené una y mil veces que no se moviese, que no hablase, le rogué que no emitiese ni un solo sonido, es que cada vez que pronunciaba mi nombre no sonaba como cuando salía de sus labios y eso en mi cabeza, provocaba cortocircuitos.

Iba a estallar de placer y por eso... se me escapó su nombre, en voz alta, clara.

El nombre de Gabriela travesó la noche y a mí, y paralizó a Ashley cuya respiración se cortó por un momento.

Quise morirme allí mismo.

—Suéltame.

Su voz sonó a bofetada y era eso mismo lo que me merecía.

Liberé su mano derecha y fui a por la izquierda pero ella ya tironeaba para soltarla. Entre quejidos y empujones le dio un manotazo a mis manos para terminar de soltar por su cuenta la tira que la mantenía atada a la cama.

—¡Apártate de mí!

Disculparse en un momento así, por soltar el nombre equivocado es todavía peor que no disculparse pero sentí que algo debía hacer, no podía simplemente quedarme en silencio.

—¡Lárgate!



—Ashley, por favor. Sabías que yo...

—¡Que te largues de mi cuarto! —terminó de soltarse y me empujó. Se le levantó de la cama llevándose consigo la sabana.

—No fue mi intención.

—Eres un desgraciado —berreó histérica.

—No lo niego pero... Disculpa, en verdad lo lamento, no fue mi intención.

—Vete. Te quiero fuera de mi cuarto en este instante. Si no te vas llamaré a mi hermano.

Cobarde yo, salté de la cama y me calcé los pantalones.

Ella me revoleó por la cabeza mi camisa.

Recogí mis cosas.

—Por esto llevo un mes huyendo de ti.

—Por esto llevas un mes huyendo de ti, Félix. No de mí.

No pude decir nada más. Salí de su cuarto y me largué en dirección al mío.

Al sentarme sobre mi cama, alcé la cabeza en dirección a su cuarto. Mi cerebro no encontró una salida. Ashley tenía razón, después de todo, seguía siendo yo... a mis treinta años sería mejor que terminase de entender que siempre seguiría siendo yo; puedes moldear el carácter hasta cierto punto pero la esencia nunca cambia.

No podría engañar a Gabriela y a nadie, con una máscara porque a la hora de la verdad, ésta es una sola.

Abandoné el peso de mi cuerpo al colchón.

Este eres tú, tan insensible para algunas cosas, tan sensible para otras.

## 15.

—Buenos días.

La voz de Mike me hizo pegar un salto y por poco me tiró todo el café encima.

—Buen día—. Contesté. Venía con una taza vacía de modo que moviendo la jarra, le ofrecí café que él aceptó con gesto de su cabeza.

—Creí que estaría con Ashley, el potrillo nacerá en cualquier momento. Supuse que ella lo habría arrastrado hasta allí.

—Recién me despierto.

—Se le nota en la cara. Brian me dijo que ella y usted se quedaron bebiendo.

—No bebimos mucho —aparte la mirada y usé mi boca para beber café.

—Brian me contó que quizá trabaje con su suegro.

—Sí, me entusiasma mucho la idea.

—¿Aún no se plantea regresar?

—Sí, pero quiero hacer esto primero, además todavía no me siento lo suficientemente fuerte para poner un pie en mis empresas y reclamar mi lugar.

Mike se quedó viéndome.

Estuve tentado de preguntarle si pasaba algo.

Si hasta ahora no me partió la cara será porque Ashley no le contó nada — pensé.

—¿Viene conmigo?

—¿A dónde?

—A ver el potrillo nacer, ¿dónde más? —Me sonrió.

—Perdón, es que estoy dormido.

—Sí, me percaté de eso. Venga, acompáñeme, es realmente especial.

—No creo que sea algo agradable de ver —se me escapó una mueca de asco.

—Preséncielo y luego me dice.

Me daba más miedo enfrentar a Ashley que ver al potrillo nacer.

Mike no permitió mi escape. Bebimos nuestras tazas de café y fuimos en su camioneta hacia las caballerizas.

La crianza de caballos era un muy buen negocio para los Spencer y el tamaño de las instalaciones delataba ese detalle.

Los caballos que divisé incluso antes de bajarnos del vehículo eran un espectáculo.

—Es por aquí.

Tragué en seco.

—No me gusta la sangre.

Mike se dio la vuelta y me miró. Me dio dos segundos y luego soltó una carcajada.

—No es para reírse, me desmayaré.

—El veterinario está allí. Lo ayudará si se desmaya.

—Ja, ja, ja. Pasaré vergüenza.

—No es la gran cosa. Relájese.

—Haré el papel de idiota.

—Sí, y yo quiero estar ahí cuando eso suceda.

—¡Spencer!

Me dio la espalda y siguió su camino.

Esto va a ser una verdadera mierda. Me arrepentiré por el resto de mis días de haber venido aquí.

Entramos en las caballerizas. El edificio en sí era una preciosidad y lo que contenía, todavía más bello: los ejemplares bien cuidados, animales de un porte impecable. Todo aquí dentro estaba en orden.

Los empleados nos saludaron.

Al fondo divisé a Ashley acompañada del veterinario que había conocido anoche en el bar.

Tierra trágame, tierra trágame por favor. Ahora, ahora, ahora. No me dejes dar otro paso, por favor, por favor, por favor —pedí pero la tierra no me hizo caso, me permitió seguir andando hacia el fondo del edificio.

Mis rodillas temblaron.

Al otro lado del corredor a la altura en la que se encontraban Ashley y el veterinario había unas herramientas... ¿las usaría Mike para matarme cuando su hermana le contara que me había metido en su cama, y no sólo eso, que había tenido la puta desgraciada mala suerte de que se me escapase el nombre de Gabriela allí?

Mike se adelantó, intenté esconderme detrás de un soporte sobre el que descansaban varias sillas de montar.

—Mike, que bueno que llegaste, parece que llegó el momento —exclamó al volverse y luego... me vio—. Félix.

—Hola —. Me aclaré la garganta.

—Qué bueno verte otra vez —el veterinario me tendió una mano enguantada en látex la cual cogí con algo de asco.

Al apretársela tomé nota de que estaba limpio. Un alivio.

—¿No querían perderse el evento? Lila es una de las mejores yeguas de Ashley.

—¿El padre de la criatura es Zorro, no? —Le preguntó Mike a su hermana.

—Sí —contestó ella y me miró.

No supe determinar cuán grande era su enojo. Si tenía ganas de matarme o de hacer una escena, no se le notaba, pero al mismo tiempo resultaba evidente que no estaba feliz de verme allí. Probablemente arruiné un buen momento con mi presencia. Le di la razón.

Necesitaba hablar con ella a solas, intentar aclarar lo sucedido.

La yegua hizo unos ruidos dentro de la cabelleriza, la vi moverse inquieta.

—Aquí vamos —soltó el veterinario alejándose hacia el cubículo que ocupaba la yegua. Mike fue tras él. Ashley se retrasó.

Abrí la boca, quise decir algo; nada salió al principio. Ella se quedó viéndome.

—En verdad lo siento —logré susurrar al fin.

Ella torció la boca y finalmente me sonrió.

—¿Te desmayarás?

Intenté no sonreír, no lo logré.

—Es probable.

—Eso me haría feliz. Saldaría tu cuenta conmigo.

—Ya siento nauseas; es probable que te haga feliz.

Ashley se rió con ganas.

—Eres un desgraciado y ella... ella tiene suerte si caes otra vez en su vida. Eres... ni siquiera encuentro una palabra que logre describirte.

—Creí que la palabra era “desgraciado”.

—Esa palabra te queda chica, no alcanza para describirte. Ojalá en algún momento logres ver todo lo que eres. Todo... incluso con las cosas que estás convencido de que son malas...

—Son malas.

—Cierra la boca —me tiró un golpe—. Ven, quiero ver cómo te desmayas.

Los cuatro nos pegamos a la tranquera esperando ver al potrillo nacer.

Nunca en mi vida presencié nada igual, me puse nervioso como nunca antes en mi vida. No fue todo lo desagradable que creí que sería, de cualquier modo, se me aflojaron las piernas y se me nubló la vista. No por la visión de sangre sino por lo que representaba el momento.

Hay cosas que no esperas que te afectan pero que se clavan en ti sin que tengas ni la menor idea de por qué sucede.

Ashley se rió de mí y hasta me tomó por la cintura cuando les avisé que en cualquier momento, tendrían que levantarme del piso.

El potrillo resultó ser un macho y tuvo la desgracia de tenerme a mí como padrino. ¿El nombre de la criatura? Félix. Eso fue idea de Ashley y a nadie se le ocurrió intentar hacerle cambiar de parecer.

...

—Es un poco arriesgado pero creo que quedará bien, vale la pena intentarlo.

Así aprovecharemos la vista hacia el sur en los cuartos de esta parte y... —

Steve paró de hablar. Frunció el entrecejo.

Primero no estuve seguro de haber oído bien, a la segunda vez entendí que sí, era a mí a quien llamaba.

Lorenzo, uno de los empleados de Steve y uno de mis compañeros y también maestro, puesto que tenía un tiempo trabajando con Steve, siendo su mano derecha, asomó la cabeza por el borde del hecho desde el andamio exterior.

—Llegó Ashley a buscarte.

—Pero si es temprano, qué hace aquí —consulté la hora en mi reloj, apenas era las cuatro de la tarde. Ella jamás solía pasar por mí antes de las cinco. Mike, ella y los otros integrantes se turnaban para pasar por mí a la hora de

salida de la obra en construcción, cuando venían de pasada al pueblo. Insistí en comprarme una camioneta pero no me lo permitieron. A veces Steve era el encargado de llevarme a casa. Apenas si me dejaban solo a la hora de dormir. De cualquier modo era agradable estar rodeado de gente querida.

Las cosas para mí iban mucho mejor, me sentía más tranquilo, más centrado y focalizaba gran parte de mis energías en aprender esta profesión. Todavía no me planteaba regresar a casa, fuera dónde fuese eso... Nueva York, Londres o si ella me quería a su lado: Buenos Aires. Nada más era un alivio poder estar en paz.

Entre Ashley y yo las cosas iban de maravillas, como amigos. No volvimos a tener sexo y agradecí no ceder otra vez, arruinando así una relación que me ayudaba a descargar cosas que necesitaba soltar para no ahogarme en mí mismo. Ella sabía escuchar y no con la intención de juzgarme luego. Usualmente yo me echaba tierra encima y ella era la que me defendía de mí mismo.

Lorenzo se encogió de hombros.

—Espero no sucediera nada malo.

—Habrían llamado por teléfono —me contestó Steve—. Quizá estaba de pasada por el pueblo...

—¿Señor Félix Meden, está allí arriba?

No, definitivamente no sonaba preocupada, todo lo contrario, tenía ese tono de voz de cuando algo la entusiasmaba. El mismo tono con el que me proponía salir a cabalgar o comer una porción de tarta de su madre, a las tres de la mañana en el porche, acompañados de café y brandy, después de que ella llegase a casa de pasar el rato con sus amigas o su posible nuevo novio, el cual todavía no recibía el título.

—¿Qué haces aquí? —Le grité—. Disculpa un momento, Steve, enseguida regreso—. Liberé un poco de mi soga de seguridad y caminé hasta el borde del techo.

—¡Te traje una sorpresa! Asoma esa cabeza hueca que tienes.

Estiré el cuello y la vi, y después, lo vi a él.

—¡Desgraciado hijo de puta, qué haces allí arriba! Baja antes de que te rompas el cuello.

—James —pasaron más de tres meses desde la última vez que estuvimos frente a frente, ¿o eran cuatro? Como fuese, era demasiado tiempo, eso lo evidenciaba el aire que se entibiaba más por las tardes y en el sol que se demoraba más en caer por el horizonte.

—Baja de ahí ahora. Me da vértigo parado allí.

—Estoy atado, no me caeré.

—Mierda, que bajes ahora, que llevó un día viajando para verte, estoy tapado de polvo, agotado y tengo la impresión de haber caído en una película del lejano oeste.

Ashley lo miró torcido pero luego le sonrió.

—Tu amigo es casi tan idiota como tú —me gritó a mí.

James le puso mala cara.

—Él sí es un idiota, yo no.

—Demuestra lo contrario.

—Procuren no matarse, enseguida bajo—. Hasta que lo vi, no tenía real idea de lo mucho que extrañaba a mi mejor amigo.

Steve no se enojó cuando le pedí retirarme antes, es más, me dio la impresión de que estaba al tanto de lo que sucedería.

Le agradecí y bajé.

Salté al piso y avancé hacia él, parecíamos dos tontos, una pareja de enamorados que se reencuentra después de una larga separación.

—Desgraciado —me soltó cuando le tiré un abrazo con el que él me arrancó el sombrero de la cabeza.

—James.

—Te extrañaba horrores.

Lo agarré del cuello y lo sacudí. Todavía no podía creer que estuviese aquí.

—Todavía no asimilo que uses sombrero de vaquero. Necesito tomarte una foto con esa cosa en la cabeza para guardarla para la posteridad.

—Tú eres demasiado cabezón, dudo que logremos encontrar uno que te sirva.

El comentario de Ashley me hizo sonreír.

—¿Es tu esbirro? Esta criatura asusta.

—Y todavía no ves nada —le contestó Ashley.

—No parece hermana de Spencer, él es tan reservado.

—Ashley también puede ser reservada —. Lo era, a nadie le contó una palabra de nuestra noche juntos—. No es mi esbirro, es una muy buena amiga. Al igual que tú. ¿Me explicarás cómo llegaste aquí?

—Te extrañaba. Sé que estás aquí desde el primer día pero tu padre me dijo que necesitabas tomarte un tiempo. Lo llamé hace tres días y le dije que era tiempo suficiente, que necesitaba verte. Vine a visitarte porque te extraño. Ni siquiera llamas.

—¿Ustedes dos tienen algo? Si quieren puedo dejarlos solos.

—Cierra la boca, esbirro. ¿No tienes vacas que perseguir?

—A Ashley le gustan los caballos, de hecho cría caballos de los mejores, estoy ayudándola armar un buen negocio...

—No me digas más —me interrumpió James—. ¿Son caballos de polo?

—¿Viste alguna cancha de polo de camino aquí?

—¿De qué habla este enano?

—No te metas con mi altura —soltó James al sentirse tocado donde más le dolía.

—Tú no te metas con mis caballos. Si quieres salir a galopar creo que podría conseguirte un poni.

Ante eso, los dos nos reímos.

—¿Le das clases para convertirla en una desgraciada al igual que tú? ¿Cómo es que Spencer permite que te acerques a ella?

—No necesito el permiso de mi hermano para hacer lo que me viene en gana.

—Bien por ti —. Me miró a mí—. ¿Cuándo vuelves a casa?

—Ya viste lo que estamos construyendo.

—Sí, muy bonita, ¿qué es, una granja?

—No, es la casa de un hombre de mucho dinero que vive en Austin y yo estoy ayudando a construirla. Me enseñan a hacerlo.

—Lo tuyo eran los hoteles de súper lujo y... ¿Qué hizo usted con mi amigo, señor?

—No te preocupes, sigo aquí dentro, vivito y coleando.

—Doy fe.

James casi se desnucó por mirar a Ashley.

—¿Sí?

Ella contestó que sí con la cabeza.

—Frena a tu cerebro, James—. Cambié de tema—. Así es que viniste a verme. Frunció los labios y me observó.

—Sí. Me agrada ver que estás bien. Estaba muy preocupado, las últimas veces que hablamos...

—Sí, perdón por eso. Lo siento, estaba completamente ciego. Yo no...

—Ok, no hay necesidad de ponernos melancólicos. Me invitas una cerveza o lo que sea medianamente bebible por aquí.

—Claro. ¿Vienes? Me gustaría tener ahí a mis dos amigos.

—Tú no tienes amigas mujeres. ¿Qué es esto? No te ofendas, esbirro pero...

—Sigue molestando y te ataré de los pies a un caballo para que te arrastre por todo el campo hasta que de la piel de tu espalda no queden más que jirones



sucios de tierra.

—Eres brusca.

—Y tu algo afeminado. ¿Son así todos los ingleses? Tu acento es ridículo.

—A la mayoría de las mujeres le fascina el acento inglés.

—¿Con qué clase de mujeres andas?

—Mujer, en singular —la corrigió James—. De hecho... —movió su rostro hasta mí —para eso vine.

—Para eso... —creí entender a qué se refería—. ¡¿No me digas que vas a casarte?!

—Con la mujer más inteligente, bella y dulce de este mundo.

—Yo estoy aquí y por ahora no pienso comprometerme con nadie —dijo Ashley y luego sonrió.

—No puedo creerlo. Eso es...

—Empieza a hacerte a la idea porque serás mi padrino.

—¿Es con la psicóloga?

—Charlotte.

No podía creer que mi mejor amigo fuese a contraer matrimonio. Esto era el fin de una era.

Ashley fue la primera en reaccionar le tendió una mano a James y le deseó felicidades. Intuí que se había movido para salir a mi rescate, yo todavía estaba en shock.

—¿No dirás nada?

—Sí: no me pidas que cambie pañales.

James soltó una carcajada.

—Desgraciado, cambiarás pañales y limpiarás todo el vómito que yo te diga que limpies.

Nos abrazamos otra vez.

—Felicidades, James.

—Gracias.

—De verdad me alegra por ti.

—Y a mí me alegra verte en una sola pieza, sonriente y sobrio—. Me palmeó la espalda—. Espero un buen regalo de bodas.

—Dalo por hecho.

—Señores, sigo aquí parada y se me seca la boca. ¿Es que se abrazarán por mucho tiempo más?

—¿Celosa? Puedo darte un abrazo a ti también.

—Si quiere hacer algo por mí, cómpreme una bebida.

—¿Todas las mujeres aquí son iguales a ella?

Negué con la cabeza.

—Ya quisiera él —entonó Ashley dándome una palmada en la espalda para luego alejarse en dirección a su camioneta.

—¿Te acostaste con ella, no es así?

—Vuelve a pronunciar eso en voz alta y te arranco la lengua —contesté mientras la veíamos alejarse.

—Desgraciado.

—Ella te dijo enano.

—Pondré veneno en su cerveza. Por cierto, tu familia te manda saludos. Tu hermana y tu padre si bien quieren darte tiempo, se muere por verte.

—¿Sabes algo de mi madre?

—Está en Alemania creo, visitando a una amiga.

Nos quedamos en silencio.

—¿Quieres que...?

—¿Que me hables de Gabriela? —Inspiré hondo y solté el aire—. La vi en las noticias un par de veces, también en el periódico y en notas en internet.

—Estaba seguro de que no querrías que la mencionara.

—La amo, James, no logro cambiar eso y no sé si deseo que eso cambie.

—Sigue con el que era su jefe.

—Sí, ya lo sé.

—¿De verdad todavía apuestas a eso?

Le contesté que sí con la cabeza. Quizá fuese la peor apuesta de mi vida.

—¿Volverás por ella pronto?

—Todavía no lo sé.

—¿Tienes miedo de que te diga que no?

—Tengo miedo de que me diga que nunca me amó.

—Eso no sucederá, esa chica se moría de amor por ti, se le veía en los ojos.

—¿Qué hay de su hijo... ese asunto que te alteró tanto?

—Fue una estupidez de mi parte.

—Bien por ti que lo reconoces.

—Quiero encontrarlo.

—No me parece buena idea, es el hijo de ella, no el tuyo; invadirías su privacidad...

—Es que necesito encontrarlo.

—Debe tener una familia.

—¿Y sí no?

—¿Le darás tu una? Félix, por favor...

—Suenan ingenuo y...

—Suenan a mala idea. Podría no tomarse muy bien el que te inmiscuyas en eso después de lo sucedido entre ustedes dos. Es un tema por demás sensible. Sí, podía ser pero no lograba parar de pensar en él.

—Te encargarás de pedirle a mis abogados que comiencen a buscarlo.

—Félix, no puedes empujar eso. No tienes que salvar al niño para salvarte a ti mismo, ya tienes un padre y mal que mal una madre, ese niño también debe tener esa familia y presentarle otra, forzar un encuentro quizá no...

—Permite que lo encuentre y luego decidiré cómo proceder.

—Te lo ruego, regresa conmigo a Londres.

—Estaba pensando en comprar unos terrenos.

—¿Qué, aquí?! —Soltó alarmado.

—No, más cerca de Nueva York, en un bosque.

—¿Estás borracho, para qué quieres terrenos en un bosque?

—Para construir una cabaña.

—Tienes que estar jodiéndome. ¿Qué cuernos hicieron contigo aquí?

—James...

—¿Sí?

—Todavía me gustan las mismas cosas.

James se llevó ambas manos a las orejas para tapárselas.

—Ok, ok, no cambiaste nada, eres el mismo de siempre solo que ahora quieres tener una puta cabaña en un bosque. Perfecto, veré qué puedo hacer.

—Gracias.

—Es un placer. Ahora... la puta cerveza por favor. Entre el viaje y esta charla de recién...

—¿Así que seré tu padrino?

—Eso parece. Te necesito allí para que me des apoyo moral. Estoy muerto de miedo.

—Tranquilo. Vamos, tomémonos unas cervezas con Ashley.

—¿La ataste a la cama?

—Otra de esas y te corto la lengua. Con ella no te metes, ¿de acuerdo?

—Comprendido.

...

—Dame una fecha, te lo ruego, necesito tener la certeza de que regresarás a

casa.

—Regresaré.

—Necesito verte otra vez en el mundo real.

—Este es el mundo real.

—Todas esas cosas que quieres que haga por ti... ¿Estás seguro?

Asentí con la cabeza.

Le lanzó una mirada a la lista que había escrito en una servilleta puesto que su celular se había quedado sin baterías.

—Es un cambio en palabras mayúsculas.

—Ese era el propósito de mi estadía aquí.

—Sí, bien, es que... me alegra. Desde lo profundo de mi corazón te digo que llevo más de diez años esperando ver esto.

—Ahí lo tienes—. Alcé mi cerveza y bebí un buen trago.

—El último ítem de la lista —dio unos golpecitos con las uñas sobre el papel —en realidad los dos últimos... ¿Crees que de verdad sean buena idea? ¿Qué sucederá si las cosas no resultan como esperas y ella no...? Es tu dinero y tienes mucho pero...

—Compré su libro, en teoría debería llegar mañana.

—Ok, fantástico, la amas, lo entiendo. Me alegra verte así de enamorado solo es que me parece que deberías ir con calma.

—Lo dice el hombre que se va a casar con una mujer que conoce qué... hace cinco meses.

—No me cambies de tema, tú estuviste con Gabriela cuánto...

—Estoy seguro, James —solté interrumpiéndolo.

—No quiero verte lastimado. Este nuevo tú es lo que siempre deseé para ti y no quiero que se venga abajo porque todas esas ilusiones que te haces se fundamentaron en un sentimiento que no existe.

—Dos horas atrás dijiste que ella estaba loca por mí.

—Sí, bien, tú estás más loco todavía. Solamente quiero ahorrarte un posible mal trago a ambos. Gabriela me cae bien y tú eres mi mejor amigo. ¿Recuerdas lo que pasó la última vez que te sentiste decepcionado por ella? Romper el contrato con la agencia literaria fue un dolor de trasero y lo peor fue ser testigo del efecto que la ruptura causó en ti.

—Sea lo que sea, creo que será un buen negocio.

—No lo dudo, también lo era la agencia. Imagínate el dinero que estarías ganando ahora con ella como escritora estrella si no te hubieses echado atrás.

—Eso no fue por dinero, fue por ella.

—Sí, recuerdo esa historia. Debiste contarme tus planes antes de arrojarte al vacío así, podría haber frenado toda esa locura.

—Si hubieses frenado esa locura nada de esto hubiese sucedido y yo continuaría siendo el mismo amargado, infeliz e insensible de antes.

James puso los ojos en blanco.

—Es cierto.

—Te salió bien de pura casualidad —me miró serio—. Tuve miedo, pensé que no saldrías bien de esa. Nunca te había visto tan mal. Pensé que no querrías volver a verme... que todos te perderíamos.

—No te pongas a llorar, por favor. Estamos rodeados de hombres a los que le sobra la testosterona y pensarán cualquier cosa de nosotros. Que todavía no me han visto con ninguna dama y ya comienzan a correr rumores —bromeé.

James se rió.

—¿Qué sucedió con ella? —Apuntó con la cabeza en dirección a Ashley quién se encontraba en otra mesa, dándole a la lengua alegremente con sus amigas. Reían y bebían sin parar.

—Me salió el tiro por la culata.

—Pero lo pasaste muy bien antes de arruinarlo.

Procuré contener la sonrisa.

—No esperes más, ve a buscar a Gabriela.

—No, no lo haré así, quiero que vuelva a enamorarse de mí, que me conozca otra vez. No pienso imponerme en su vida como hice la primera vez. Quiero que quiera enamorarse de mí, no obligarla a caer en mi vida otra vez.

—¿Cuándo te convertiste en un romántico?

—No es eso, ya te dije que continuó siendo el mismo, es que simplemente la amo. Si ella me aceptó con todo lo que yo era entonces...

—Repítele ese discurso y caerá rendida a tus pies.

—No la enamoraré con palabras sino con hechos. Jodí mucho lo nuestro, de tantas maneras que no... Arruiné todos los aspectos de nuestra historia.

—No pudo ser tan malo.

—Demandé demasiado, laforcé a zambullirse en mí de cabeza. Es como si hubiese intentado convertirla en lo que yo era. Pensé que si era ella, como siempre fue, jamás entendería cómo era yo —tragué saliva—. Soy un estúpido.

—Eras.

Sonreí a medias.

—Eras, hermano—. James me palmeó el hombro—. Si te casas con ella prometo cambiar pañales y limpiar todo el vómito que me pidas.

—Calma James. Vamos despacio, esas son palabras mayores.

—¿No lo pensaste?

Sí, lo había pensado pero me daba miedo pronunciarlo en voz alta.

—¿Qué sabes de Jessica, está bien?

—Sí, ella está bien —me sonrió—. Me sorprende que me preguntes por ella.

—En cuanto regrese a casa la buscaré y le pediré disculpas otra vez. También quiero hablar con Valeria.

—¿Tienes una lista?

Eso sonó horrible. Desgraciadamente no se alejaba de la verdad, había metido la pata con muchas personas lo cual me avergonzaba.

—Promete que me llamas para que pueda verte entrar otra vez, a las oficinas de tus empresas, con la cabeza en alto y pisando firme. Tienes tantos planes... te ves todavía mejor de lo que me pareció cuando te vi asomar la cabeza por el techo. Es agradable ver que conservas tu tacto y tu garra. Que no perdiste ni una pizca del ímpetu que siempre te caracterizó.

—Tengo que organizar muy bien mi regreso, James, no quiero que me nieguen la posibilidad de recuperar el mando de mis empresas. Esta situación me sofoca. Quiero hacer cosas nuevas, quiero que mis compañías se dediquen a cosas nuevas, más productivas, he aprendido tanto en este último tiempo, no solamente sobre construcción... Mike y su familia... nunca antes experimenté esta vida. Mi familia... en realidad nunca tuve una familia; tú eres una de las mejores cosas que he tenido jamás, tú y ella que supo mirarme a los ojos sin miedo.

Mi amigo bebió mis palabras con un trago de cerveza.

—No digas nada más, me convenciste—. Soltó un eructo—. La comida de aquí es terrible.

—Es buena, un poco pesada pero muy sabrosa.

—Charlotte come todo orgánico y por ende yo también desde hace meses, mi cuerpo se desacostumbró a estas cosas.

—¿Ya no bebes?

—Eso sí, a ella también le gusta el vino, pero eso de allí —apuntó con un dedo en dirección a los vasitos vacíos —parecía alcohol de quemar.

—Es probable que sea hora de regresar a casa. Necesitas descansar.

—La madre de Spencer me dio un cuarto espectacular.

—¿Arreglaste tu llegada con Mike?

—Sí, el hombre te adora, entre tu padre y él... los dos se merecen un monumento.

—Planeo agradecerse los a ambos lo mejor posible.

—A Mike puedes darte la mitad de tu fortuna, ese tipo soportó demasiado de ti.

—Espero tener la suficiente inteligencia para retribuirle todo lo que hizo por mí, del mejor modo posible.

Bebimos unos tragos más en silencio.

—Dime cuando volverás. ¿Será en un mes, en dos? —Insistió.

—Demorará lo que tenga que demorar, James. Siempre fui demasiado arrebatado para todo, esto es algo que quiero meditar bien.

—¿Será antes de mi boda?

—Eso supongo.

—¿Vendrás con ella? Ya estamos con todo eso de ver dónde ubicamos a las personas y demás.

—No pierden el tiempo.

—No quiero perder el tiempo con ella, Félix. La amo y dudo que exista nadie en este mundo que me ame como ella me ama.

—Eso mismo siento yo por Gabriela.

James se colgó de mi hombro, su aliento olía a alcohol y a los condimentos de la comida.

—¿Por qué no mandamos matar a ese tal Federico y ya? Ella quedaría libre para ti.

—Mejor no bebas más. Comienzas a tener ideas raras.

—Mírame a la cara y dime que no lo pensaste ya.

—La verdad es que cada vez que imagino a Gabriela con él me dan ganas de pedir mi avión, volar a Buenos Aires, buscar al sujeto y partirle todos los huesos. Pensar que la toca me enfurece pero yo me busqué esto. El tipo no hace más que vivir su vida.

Mi amigo me sonrió.

—Necesito dormir, me caigo del sueño.

—Ok, le diré a Ashley que nos lleve a casa.

—Es una buena niña —giró la cabeza y la buscó con la mirada —mira que no beber para que nosotros pudiésemos beber tranquilos. ¿Puede manejar?, se ve tan joven...

—Tiene licencia para eso y otras cosas. Una pena que vayas a casarte—. Lo tomé del hombro —es una magnífica mujer.

—Mierda, sí que este lugar obra maravillas. Debería quedarme una temporada aquí.

Me tentó la idea de volver a casa con James.

No, debía continuar con lo planeado, así sería mejor.

—Ashley, nos vamos a casa, este de aquí no puede más.

—¡Blandengue! —Le gritó Ashley a James.

En cuanto subimos a James al asiento trasero de la camioneta, se quedó dormido y al rato se puso a roncar.

—¿Todo bien, buenas noticias? —Curioseó Ashley sin desviar la vista del camino—. ¿Te ayudará con tus planes?

Ella estaba al tanto de todo.

—Sí.

—Resultará, confía en que todo saldrá bien.

—Si no sale bien, regresaré aquí y tendrás que soportarme por el resto de la eternidad.

—No hay problema, pero preferiría que regresases aquí con ella, después de tanto escuchar hablar de Gabriela, me gustaría conocerla.

Ashley había aguantado horas y horas de escucharme hablar.

—Eres una maravilla, ¿lo sabes?

—Sí, siempre lo he sabido. Soy la mejor de los Spencer, que de eso, no te quepa duda.

—No me cabe.

—No te pongas melancólico como tu amigo antes, que no traigo conmigo Kleenex y no quiero que dejes tus mocos en mi camioneta.

Me reí a carcajadas, ambos nos reímos pero James no se despertó, es más, apenas si se despabiló cuando le avisamos que habíamos llegado a la casa, prácticamente tuvimos que cargarlo hasta su cuarto.



## 16.

El automóvil se detuvo frente a la puerta de ingreso de la librería, mi ansiedad se cuadruplicó por el alboroto que se armó al detenerse el vehículo; los cristales de las ventanas eran tintados pero resultaba evidente que solamente una persona podía llegar aquí, y esa era yo. Las dos calles de fila de gente esperando por mí habían sido demasiado; esto simplemente no podía resistirlo. Nunca me acostumbraría a ver gente gritando mi nombre, esperando por horas para sacarse una fotografía conmigo o por obtener mi firma en la primera página de mi libro.

Tragué saliva.

Yo solía ver estas cosas por televisión, cosas que le sucedían a artistas de cine quizá, y no las entendía, menos comprendía que me sucediese a mí, y estando en el otro lado de la situación.

Las manos me sudaban, también las axilas. Temí no ser capaz de bajar, estaba

aterrada.

El libro lo había escrito por mí, porque necesitaba hacerlo y nada más, sí, es cierto, soñaba con ser escritora pero más que nada, para no tener que tener otro trabajo y así poder escribir a mi antojo, por las horas que fuesen, cuando yo quisiese.

No esperaba que nadie me dijese que amaba a mis personajes, que se sentían identificados con uno con otro, que habían amado el final o que podían percibir el dolor o la alegría en cada palabra.

Con un segundo libro muy próximo a salir y un tercero en proceso, ahora esta era mi realidad y lo agradecía. Todavía esperaba que de un momento a otro, me despertase, para encontrarme en la realidad de la soledad después de que Félix me dijo que no quería volver a saber de mí.

No entendía por qué todavía no lograba quitármelo de la cabeza; en vez de eso, lo tenía cada vez más presente en mí, como un cáncer que va tomando todos los órganos del cuerpo sin piedad alguna. Félix era mi enfermedad y me llevaría a la muerte. Pensaba en él antes de cerrar los ojos para dormir; su rostro era lo primero que me venía a la mente incluso antes de despegar mis párpados al despertar. Pensé en él de camino aquí, pensé en él durante el desayuno y anoche, bajo el agua de la ducha necesitando sus manos en mí.

Olvídate de él, concéntrate en este momento, en lo que experimentarás por las próximas horas —me dije mentalmente—. Félix no regresará, ya no. Lo nuestro quedó atrás, muy atrás, en otro año, otra temporada... otra vida.

Esta Londres no parecía la misma que la de octubre pasado.

Olivia la encargada de relaciones públicas de mi editorial aquí, se aproximó a la puerta de mi auto acompañada de un grupo de personas, debían ser los organizadores del evento.

El griterío se coló por la rendija de la puerta al abrirse. Era una locura; poco más de siete meses atrás nadie sabía de mi existencia.

Me pasé ambas manos por el cabello, no me importaba si se despeinaba, no sabía qué más hacer con ellas.

—Bienvenida. Todos están muy ansiosos de verte.

Puse un pie fuera del vehículo y el mundo estalló. Pese a que había sol, sentí los reflejos de los primeros flashes estallar sobre mi rostro. Ayer había grabado cinco entrevistas en una habitación del hotel en que me quedaba y de cualquier modo, las luces fuertes y las cámaras aún me desconcertaban. ¿Qué podía importarles a los televidentes de su programa lo que yo pensara? Eran muy pocas personas a las que en el pasado, les importó mi opinión.

Tener la certeza de que existe gente que está pendiente de ti es terrorífico y magnífico al mismo tiempo. Lo malo es que ciertas soledades no se pasan aunque te rodeé una multitud.

Hablar con los lectores por suerte era una experiencia distinta, mucho más satisfactoria que saberte el objeto de las lentes, me hacía sentir menos sola, es como si ellos se metiesen en mi mundo al menos por un momento, acompañándome y haciendo valer todas esas horas de soledad en las que escribía.

¿Qué pensaría Félix de mí si por casualidad, viese mi fotografía en un periódico o una de mis entrevistas en televisión? Seguro despedazaría las hojas o arrojaría algo contra el televisor.

Si hasta podía verlo ponerse como una furia descargando lo que tanto le costaba liberar de otra manera.

Félix debía odiarme un poco más desde que fui con Mike a sacarlo del departamento de esa mujer. Probablemente sí, es demasiado orgulloso y no debe haberle hecho nada feliz que fuese testigo de uno de sus peores momentos. Sus debilidades eran privadas, algo que él suponía debía esconder de todos, incluso también de sí mismo. El que otros las viesen las tornaba más reales; si quedan testigos es más difícil negarlo todo.

Fue cruel conmigo y es probable que yo también lo fuese con él, nunca llegué a comprender el real alcance del efecto que tenía su pasado sobre su presente e incluso sobre su futuro y no debí empujarlo hacia eso; él había vivido su vida por veintinueve años y yo apenas tuve oportunidad de ver lo que significaba estar en sus zapatos, por unos cuantos días.

Una y mil veces deseé no haber aparecido en su vida. No es agradable ver al objeto de tu amor derrotado, daría cualquier cosa por verlo otra vez al frente de sus compañías, con ese ego enorme suyo, desafiando las cámaras con su mirada de acero, imponiendo su presencia con cada pisada, cortando el aire con su voz, con su perfume.

Por Félix yo me habría tirado de paracaídas todas las veces que me lo pidiese y lo hubiese seguido hasta la montaña más alta, hasta que mis pulmones se quedasen sin oxígeno.

Él en tantos aspectos era lo que yo no me atreví a ser en el pasado por cobardía, y también era esas cosas que pese al dolor de los hechos sucedidos en mi vida, no me permitieron ser. Félix soltaba su dolor y su bronca contra la vida a quién por descuido abriese las manos para recibir esos trozos de sentimientos solidificados que se desprendían de su cuerpo.

La necesidad de protegerlo de todo, incluso de sí mismo, perduraba hasta hoy. También continuaba firme la certeza de que me había enamorado del hombre que él era cuando me topé con su rostro en la oficina. En realidad jamás necesite que cambiase ni un ápice de su persona, lo único que yo necesitaba de él es que me permitiese formar parte de su vida, que me quisiese a su lado, que nos diese a ambos la oportunidad de ser simplemente nosotros dos, sin máscaras. Eso habría sido maravilloso, el mundo nos habría quedado pequeño.

Hoy por hoy el mundo por momentos me quedaba demasiado grande, dependiendo del día, abarrotado de cosas inservibles, o vacío al punto de resultar desolador.

Corrieron muchos rumores sobre el paradero de Félix. Primero esparcieron la plaga más típica de todas: que se encontraba internado en una clínica de desintoxicación; después dijeron que estaba encerrado en un psiquiátrico, no quise creerlo sin embargo me sentía tan culpable que lo creí y me hice responsable de la parte que me tocaba por ese desenlace.

Cuando sugirieron su fallecimiento, me limité a negarlo, para bien o para mal, no concebía el mundo sin él.

Toda suerte de estupideces fueron publicadas pero jamás ninguna otra fotografía o video por lo que extrañaba ver su rostro al punto en que dolía tener que recurrir a mi cerebro para encontrar pequeños detalles en forma de imágenes almacenadas allí para siempre: las manchas negras en lo azul de sus ojos, un remolino en el cabello, la marca de una cicatriz en una mano... pequeñeces que hoy marcaban la diferencia entre creer que lo nuestro fue real o un sueño.

Bueno, de cualquier modo era un alivio que no fuese la comidilla diaria de los periodistas y el público en general, me restaba esperar que el silencio y la ausencia se debiese a lo que anunciaron en un comunicado oficial, sus empresas, que Félix estaba tomándose un tiempo de descanso, unos meses sabáticos. ¿En dónde? Eso nadie lo sabía y si alguien conocía su paradero obviamente no pensaba anunciarlo.

Y yo todavía continuaba deseando contarle que había encontrado a mi hijo y que ya había tenido la oportunidad de presentarme ante él; de eso no pasaba más que una semana y todavía me duraba la emoción a flor de piel y no se me iría. Javier ahora sabía que tenía una madre; el reencuentro no fue sencillo, de por medio hubieron muchos nervios y miedos, una asistente social, mi

abogado, gente del juzgado de menores y toda suerte de complicaciones administrativas, pero por sobre todo, estuvo la mirada de mi hijo Javier.

Reconocerte en otro ser humano no es algo de lo que puedas tomar mérito, mi hijo era hora lo que era: un niño bueno, dulce, inteligente, amable y todas las cosas maravillosas que se pueden ser, pero no gracias a mí y eso me dolía.

En el momento en que me preguntó si yo de verdad era su madre mi mundo se vino abajo.

Aún no me hacía la idea de que mi hijo había aceptado volver a verme y más que eso, esta criatura que no me conocía de nada, me pidió si podía llevarlo a vivir conmigo. Cuando lo hizo mi corazón se detuvo, que le propusiese eso a una extraña, si bien nos unía la sangre me obligó a percatarme de las muchas carencias que padeció durante su corta vida.

Javier no necesitaba pedirme eso. En mi casa ya tenía un cuarto para él, había comprado juguetes, muebles y una infinidad de cosas pero esperaba que fuese él quien terminase de acomodarlo a su gusto, quién pusiese su vida allí; era eso lo que yo necesitaba, que el impregnase con su vida la mía. Lo que no vivimos juntos no lo recuperaríamos jamás; en estos instantes solamente podía pensar en lo que teníamos por delante: toda una vida.

Mi hijo... no veía la hora de regresar a casa luego de esta larga gira para ir a visitarlo otra vez, para pasar todos los días de mi vida con él.

Por delante tenía un largo camino de soportar burocracia... eso ya no tenía la menor importancia.

Agradecía por tener a Federico a mi lado en esto, no era sencillo enfrentar ni las preguntas de mi hijo, ni los exámenes psicológicos a los que me sometieron, mucho menos la desastrosa situación de los juzgados de familia en el país.

—¡Gabriela! ¡Gabriela! ¡Hacia aquí señorita Lafond! Mire hacia aquí. ¡A su izquierda!

Los fotógrafos gritaban tantas cosas a la vez que no tenía idea de hacia dónde mirar o qué cara poner. Luego vi a la gente, muchos con mi libro en sus manos y eso aflojó un poco el miedo.

—Impresionante ¿no?

Miré a Olivia y me sonreí. Lo impresionante no eran los fotógrafos y camarógrafos que se daban cita allí porque alguien los había enviado para cubrir una historia. Lo más valioso eran las personas que esperaron al menos cuatro horas de fila desde mi llegada para conseguir mi firma y quizá una foto conmigo.

El mundo por momentos es encantador, lleno de energía y felicidad... y luego recuerdas...

Me asomé a la ventana de mi habitación de hotel, ya era de madrugada, estaba cansada y al mismo tiempo la adrenalina me mantenía alerta, las últimas horas no se me borrarían jamás, una experiencia inolvidable. Hubiese sido bonito compartir esto con él. Félix hubiese podido decirme qué hacer con este logro obtenido, él probablemente me hubiese dicho que no tuviese miedo de sentirme orgullosa, que no me diese vergüenza descubrir que sí podía llegar a ser lo que quería ser. Recuerdo bien que me dijo que no dudaba de mi capacidad... yo todavía hoy, continuaba dudando.

Mentalmente le deseé que no dudase de sí mismo nunca más, que volviese a ser ese hombre seguro y magnífico que solía ser.

...

Berlín... Roma... París... Madrid... Nueva York... recuerdos viejos y otros recién almacenados, y finalmente, de regreso a casa.

—¿Preparo café? —Me preguntó Federico después de dejar mi equipaje a un lado para internarse en el living en dirección a la cocina.

—Necesito dos litros. Estoy agotada. Dormí todo el vuelo y de cualquier manera no tengo fuerzas para levantar los pies del suelo. Fueron quince días de no parar.

—Aquí estoy yo para atenderte—. Se me acercó y me besó en los labios, fue rápido, apenas un roce pero no por eso menos tentador, me dieron ganas de colgarme de su cuello y abrazarlo para descargar en él, un poco de todo lo que contenía mi cabeza.

Se dirigió hacia la cocina y lo seguí después de soltar mis cosas sobre uno de los sillones. Se sentía tan bien estar de regreso en mi casa... “mi casa”, ese pensamiento me arrancaba una sonrisa cada vez que se me cruzaba por la mente. Esta casa todavía a medio amueblar era mía; mi refugio... mi hogar. No veía la hora de tener a mi hijo dando vueltas por aquí, desordenándolo todo, haciendo de este su lugar.

—¿Qué tal la agencia?

Encendió la cafetera, sobre la mesada había una gran caja de mi pastelería favorita. Se me hizo agua la boca.

—Todo de mil maravillas. León me vuelve loco todos los días preguntándome

por ti. Por lo visto no le basta con tus emails y con las veces que lo llamaste. Te extraña, dice que te raptará si no vas a visitarlo pronto.

—Lo llamaré en un momento —me senté a la mesa y me quité los zapatos. Suspiré aliviada.

—¿Cómo está Valeria?

—Bien—. Por supuesto no desaproveché la oportunidad de pasar tiempo con mi amiga en Nueva York. Ella estuvo presente en la firma de libros y usé sus diseños para la presentación y para los otros eventos a los que asistí—. ¿Quieres escuchar la buena noticia?

Me sonrió.

—Va a ser mamá. Está embarazada. Es apenas de un par de semanas... las dos están tan ilusionadas.

—Eso sí que es una novedad... es...

—No me pongas esa cara, quieren formar una familia y me parece maravilloso.

—No es que me moleste, es que no me hago a la idea.

—Mejor que te hagas a la idea porque ella será una madre de primera y Stella también.

—Tengo nueve meses para acostumbrarme —avanzó hasta mí —no soy tan arcaico. No al menos desde que estoy contigo—. Se inclinó sobre mí y rosó sus labios con los míos—. Me cambiaste en todos los modos posibles.

—No era mi intención.

—Fue para bien —susurró—. Te extrañe. Mis días sin ti no son lo mismo. Toda esa gente rodeándote. Desearía poder viajar contigo cada vez que te vas. Temo que un día no regreses.

Me prendí del cuello de su camisa.

—No tengo otro lugar al que ir. Aquí mismo contigo es mi sitio.

—Imagina cuando Javier esté aquí.

—Eso hago a cada segundo.

Nos besamos despacio. Comencé a sentir esa pesadez agradable que me daba por detrás de la nuca cada vez que me tenía en sus manos. Su presencia me relajaba.

—¿Irás a visitarlo hoy? —Curioseó al separarse de mí un par de centímetros.

—Sí, concertamos una cita para hoy. Hablé con Carlos ayer, hay posibilidades de que muy pronto pueda traer a Javier a vivir aquí, las cosas en los juzgados de menores son un desastre pero... es lamentable, muchas cosas se pueden comprar. Le pidieron dinero para acelerar el proceso, él estaba furioso; le dije

que dijese que sí, quiero sacar a mi hijo de dónde está.

—Es increíble.

—Sinceramente no me importa, quiero a mi Javier aquí. Si pudiese lo traería a casa esta misma tarde. Es una tortura saber que lo veré otra vez y tendré que despedirme de él después de un par de horas. Eso corroe mis entrañas.

—Haremos lo que sea necesario para sacarlo de allí cuanto antes —acarició mi mejilla—. No te pongas triste que todo mejorará muy pronto. Todo no hace más que mejorar.

—Sí eso es cierto—. Sonreí. Tenía más motivos para estar feliz que para estar triste.

—Bien... —se apartó de mí un poco—. Te tengo buenas noticias.

—¿Más? —Del aeropuerto aquí soltó sin anestesia que mi libro tenía nuevos hogares en Rusia, Grecia, Brasil, China, Japón, Suecia y el resto de la lista se me perdió o quizá preferí olvidarla a propósito puesto que me daba vértigo. ¿Cómo haría yo para cumplir con las expectativas de tantas personas? Tenía pánico de fallarle a los que esperaban algo de mí.

Me tomé de la silla.

—Te daré una pista.

—Fede, no me pongas nerviosa. Suéltalo ya.

—Bueno, bueno, solamente porque tu frente se tensa y se te desorbitan los ojos —bromeó.

—¡Fede!

—¡Hollywood!

—¡¿Qué?!

—Eso... una adaptación cinematográfica. Eso al final cuajó. Tenemos una proposición muy firme y jugosa. Sí, bien, tardará, no digo que debas esperar asistir al estreno en seis meses pero están muy emocionados, quieren que los ayudes con el guion. De verdad es una propuesta muy prometedora.

—No sé nada de guiones —balbucí al borde del pánico.

—Y expresaron lo mucho que les complacería tenerte allí durante la filmación.

—Todo eso suena muy ridículo, irreal.

—Es lo que le haces a las personas con tus palabras; el que te conoce luego no puede separarse de ti.

—No digas tonterías.

Se me acercó otra vez.

—Te amo.

—¿Qué sería de mí sin ti? —Fue mi respuesta. Los te amo ya no salían de mis



labios porque los repetía demasiadas veces dentro de mi cabeza dedicados a Félix.

—Lo mismo digo. Explícame por qué tengo que ir a trabajar. Quiero quedarme aquí contigo. En este instante odio mi trabajo.

—Mentira, lo amas.

—Sí, bueno... más que mi escritorio se me antoja nosotros dos en tu cama o aquí mismo.

Se me escapó una carcajada.

Su mano bajó de mi cuello hasta mi pecho y quedó colgada del primer botón de mi camisa.

Me puse de pie enfrentándolo.

—¿Tienes cinco minutos? Podemos saltarnos el café.

Fue su turno de reír ante mis palabras.

Le arranqué el saco y la corbata mientras él iba directo a la cintura de mis jeans. ¿Cómo podía tener a alguien en mis manos y desear tanto a otra persona?

Apreté los párpados; atestiguar su ausencia con mis ojos era demasiado para mí.

No preví que mi piel fuese lo suficientemente inteligente para reconocer otro tacto que no era el que esperaba y deseaba. No era solamente el tacto de la piel sino el modo y lo que este expresaba; quien te quiere, te necesita, te desea, quien está hecho para ti no tiene modo de ocultarlo en las caricias, siquiera en las miradas. Con Félix era evidente, tanto como puede serlo algo de otro planeta, con Federico... con él era bueno, tranquilo y seguro, terreno y sin abismos a la vista.

Sentada sobre la mesa, rodeé sus piernas con las mías. Me apreté contra él, es que en este instante mi cuerpo iba a la deriva, así mismo mi cabeza.

Los empujones de su cuerpo parecían querer empujar mi alma fuera del mío.

No sentí nada más que deseos de desaparecer, de no presenciar esto.

A modo de consuelo repetí dentro de mi cabeza que era el cansancio del vuelo y la gira, el cambio de horario, los nervios del inminente recuento con mi hijo. O quizá no fuese otra cosa que mi cabeza agotada de disimular, de forzar al resto del cuerpo, incluido mi corazón, a sentir otra cosa que no fuese aquello que lo contaminaba todo.

Mis ojos se llenaron de lágrimas de puro odio por boicotearme a mí misma, la felicidad del momento.

Que alguien repita a tu oído que te ama, una y otra vez puede ser grandioso...

o una pesadilla.

Sus labios avanzaron por el borde de mi mandíbula hasta mis labios. Abrió sus ojos frente a los míos; me miró.

Si notó esa gran rajadura en mí, no la mencionó. Yo tampoco dije nada, las palabras no me alcanzaban para abarcar la cicatriz que otra vez se quería abrir.

A veces es solamente sexo, a veces ni siquiera eso, y esta vez no fue eso, sino un intento de huida que fue fallido. Un error.

Charlando de tonterías, volvimos a vestirnos y bebimos un café.

Experimenté alivio cuando me dejó sola y eso fue horrible.

—Mierda Félix, qué fue lo que me hiciste —le pregunté en voz alta. Sacudí la cabeza—. Perfecto Gabriela, ahora hablas sola. De aquí a la locura un paso.

La ducha no consiguió calmar mi locura, menos la soledad.

Encendí mi notebook y lo googleé. Nada, ni una noticia de su paradero, era como si se lo hubiese tragado la tierra y yo me moría de ganas de verlo, de escuchar su voz, de saber de él, ni que hablar de la necesidad de tocar su piel... de abrazarlo por la espalda haciéndolo mío.

Durante mi estadía en Nueva York guardé secretas y ridículas esperanzas de toparme con él y que mágicamente todo se resolviese, retrocediendo a los momentos en que todo entre nosotros dos era nosotros dos y nada más. Mi cuerpo se desarmaba de ansiedad por descubrir cómo se sentiría en la piel, llevar las esposas que había comprado para mí.

Sus palabras, sus gestos provocadores, su seguridad, esa mente grande y ágil que creaba cosas de la nada. Su altanería, incluso su ego... me era imposible no amar todo en él, aún hoy amaba todo en él.

Cerré los ojos y lo vi saltando el muro, escondido debajo de su abrigo con los auriculares en las orejas.

Una taza de té entre sus manos. Su concentración al leer el periódico. El perfume a tilo de su piel. Su ropa, sus manos, sus ojos, su risa, sus hombros, su manera de respirar mientras duerme. Todas esas cosas, enquistadas en mí amenazaban con llevarme a la ruina. Me llevaría a la ruina.

17.

Verla, incluso así de tan lejos, me confirmó que estaba en lo cierto, haría todo lo necesario para recuperarla porque ella era la mujer que amaba y que amaría hasta el último día de mi vida.

Los celos llenaron mi cabeza al escuchar a toda esa gente gritado su nombre fuera de la librería.

Sé que no me vio, me encontraba demasiado lejos además dudo que estuviese buscándome entre la multitud. Por un instante experimente ganas de hacerme lugar a los codazos para avanzar hasta ella y gritarle que me perdonase, que la amaba y preguntarle si ella me amaba a mí, si me había amado alguna vez.

No es muy sano pero investigarla me dio un par de seguridades: Gabriela

había comprado una casa sin embargo no la compartía con Federico; ella continuaba en su casa, él en la de él. Le sonsacaron a su ex compañero de trabajo, León, que todavía no había planes de boda.

El detalle que más feliz me hizo fue descubrir que ella, así como yo, había encontrado a su hijo y que tenía planes de recuperarlo; me alegré por ella, me alegré por el niño y también por mí. Gabriela había sido sincera, amaba a su hijo. Todos los que la vieron con él opinaban lo mismo, madre e hijo se veían muy felices y en paz cuando estaban juntos.

No veía el momento de tener la oportunidad de viajar a Buenos Aires para conocer a Javier; tenía fotografías de él... se parecía tanto a Gabriela que cada vez que las tenía frente a los ojos, se me escapaba una sonrisa. Bien valió el dineral que me pidió ese desgraciado del juzgado de familia para liberar todas las malditas trabas que le impedían a ella iniciar el proceso de recuperación de su hijo. De ser por mí, habría pagado hasta el último centavo que tengo para sacarlo del hogar en que vivía, lo más coherente era que ella siguiese con el proceso; darles tiempo a ambos de conocerse me parecía primordial y de ningún modo quería que descubriese que yo estaba dando todo de mí para allanarle el camino.

Contener las ganas de verlos a ambos me costaba cada día más.

Mike detuvo el automóvil delante del edificio de oficinas de mis empresas. Resultaba tan extraño ir de traje otra vez, sobre todo después de llevar por meses jeans, botas y mucho polvo encima.

Regresar a Nueva York fue un cambio rotundo, así como lo fue caer en Elgin. Aquí todo se veía demasiado gris y después de pasar dos meses rodeado de verde y aroma a pinos de los alrededores de lo que se convertiría en mi hogar, cuando estuviese terminado, me sentí ahogado. Una parte de mí deseaba salir corriendo para esconderse otra vez, en el páramo en el que de a poco, comenzaba a alzarse la cabaña.

Me miré las manos. Cayos, astillas de madera. Mis manos habían crecido como resultado del esfuerzo de usarlas para construir la cabaña; suerte que contaba con ayuda experta, de cualquier modo era un placer y una realidad totalmente impensada para mí, estar construyendo la casa a la que pensaba llevarla si ella me lo permitía.

—¿Listo?

Giré la cabeza y miré a James.

—Todo lo listo que puedo estar. Es muy extraño encontrarme aquí otra vez.

—No tienes que hacer esto, puedes continuar viviendo tu vida como ermitaño en esa cabaña perdida en el medio de la nada que construyes.

—Quiero hacer esto, extraño mi trabajo.

—Entonces deja el miedo a un lado. Si podías llevarlo a cabo antes, cuando eras un completo desastre, mejor lo harás ahora que tienes un poco más de cordura. Bueno, en realidad no sé qué tan cuerdo estás... El mundo en crisis y tu inviertes en una productora de cine.

—El libro es muy bueno James. Cada vez que lo leo me parece mejor.

—Sí, es bueno, eso no lo niego. Dicen que el que saldrá próximamente es todavía mejor.

—Lo es, leí el manuscrito. Tendrá mucho éxito.

—El alcance de tus contactos no deja de sorprenderme.

Me reí.

—Los de la productora necesitaban solamente un empujoncito, había otros dos estudios peleando por los derechos y sé que son gente muy capaz y responsable, les faltaba algo de dinero es todo.

—Eres un idiota enamorado.

—No lo niego.

—Ve a buscarla de una buena vez.

—Pronto.

—Te torturas.

—No, intento hacer las cosas bien—. No pensaba caer en su vida otra vez, hecho un desastre peor que antes; hoy por hoy estoy más seguro de lo que quiero, de que la quiero, de que puedo vivir con mi pasado.

—Estoy orgulloso de ti—. Su puño impactó contra mi hombro—. Voy a llorar.

—Se te arruinará el maquillaje.

—Eres un idiota.

Mike se rió en el asiento delantero.

—¿Te ríes de mí o de él? —Le pregunté fingiéndome ofendido; estos dos hombres que me acompañaban ahora, valían oro y no me parecía que no existía un modo justo de pagarles todo lo que habían hecho por mí.

—Ya no me rió, Señor —soltó entre risas.

—Vuelves a llamarme Señor y te despido. ¿Está claro?

—Es la fuerza de la costumbre, la ciudad, el automóvil. Me siento más cómodo llamándolo así.

—Con ustedes dos no se puede ser normal —rezongué.

—No nos culpes, eres un anormal y lo serás siempre —James me empujó—. Andando, no queremos llegar tarde.

Todos debían estar esperándonos en la sala de juntas, y no eran los únicos que nos esperaban, la noticia de mi regreso se esparció casi instantáneamente a mi llegada a la ciudad. Una legión de fotógrafos me había esperado en la puerta de mi departamento a la llegada del aeropuerto y ahora aquí estaban otra vez.

Lo más incómodo fue tener que esquivarlos para ir a ver a mi padre y a mi hermana y cuando quise salir a almorzar solo con ella, para darle explicaciones de mi comportamiento (explicaciones acotadas a lo que sus oídos debían oír por su edad).

Me las arreglé para llevar a cabo mis objetivos sin permitir que ellos obstruyesen mi avance y básicamente lo logré porque ya nos les prestaba atención, que se enojasen conmigo si querían por no posar para sus fotos, lo que escribiesen o pensasen de mí era asunto suyo, no mío.

—Bien, señores, se acabó la cháchara, el momento es este.

—Sí, hora de enfrentar a las bestias.

Acomodé el nudo de mi corbata e intenté calzar mi cuerpo dentro del traje, tan extraño fue verme así vestido otra vez. Esperaba que la parte que restaba del hombre que fui, y esta parte nueva, añadida en los últimos meses, pudiesen convivir en paz.

—Le abriré la puerta, Señor.

—No, Mike, no hace falta.

—Insisto —dijo y se bajó.

—Permite que haga su trabajo.

—Todo esto es tan extraño, James. Jamás creí que pudiese tener una vida así.

—Te la mereces. Sobrevivirás, eres duro como una roca —frunció la nariz— o al menos tienes la cabeza dura como una roca. Te los comerás vivos, esos viejos te adoran, te necesitan, saben que no solamente eres la mente de este compañía, sino también el corazón.

—¿Y eso desde cuándo?

—Desde siempre.

—Solía ser muy hijo de puta.

—Sí, bueno, la verdad es que sí; solamente intentaba levantarte el ánimo. ¡No seas idiota, ¿quieres?! Nunca fuiste tan malo, simplemente te hacías el malo.

Mike llegó a mi puerta.

—Gracias por eso. Mientes y te lo agradezco.

—Saca un poquito de ese mal parido que solías ser y todo saldrá bien.

—Gracias por acompañarme.

—No me perdería esto por nada del mundo. Contacté a la gente de siempre, necesitamos un par de cámaras allí afuera que se ocupen de buscar tu mejor ángulo.

—Te dije que no quería que hicieras eso.

—Es mi trabajo, no pensarías que te echaría así a los leones a sangre fría. No te sientas mal por eso, es solamente para que ella te vea así bello como eres y se enamoró otra vez de ti.

—Eres un idiota.

—Verás que da resultado. Cuando te vea así bronceado y musculoso.

—No digas una palabra más, James, o seré yo quién te pida matrimonio.

—Tarde te acordaste de amarme, ahora soy de alguien más.

No pude más que reírme a carcajadas.

—Sí, se pasó mi hora.

—Debiste pensarlo antes.

Meneé la cabeza todavía sonriendo y empujé la puerta que Mike terminó de abrir para mí.

Para algunas cosas el tiempo no parecía haber pasado.

Griterío, flashes.

Alcé la cabeza. El edificio se veía más alto o quizá fuese yo que perdí la costumbre de verlo.

Adrenalina se desperdigó por mí al recordar los muy buenos momentos que pasé aquí trabajando, poniéndole pasión a lo que me gustaba hacer.

—No ensucies tus pantalones —se burló James al sobrepasarme—. ¿Seguimos?

Mike me dedicó un gesto con la cabeza. Tenía todo el apoyo que necesitaba, bueno, en realidad me faltaba el de ella.

—¿Dónde estuvo todo este tiempo Señor Meden?

—¿Regresa para retomar el mando de sus compañías?

—¿Estuvo internado en una clínica de desintoxicación?

—¿Son ciertos los rumores que corren de usted?

—¿Qué siente al volver a la vida pública luego de tanto tiempo?

—¿Qué sucedió con las demandas que tenía en su contra?

James se ocupó de soltar los primeros: “sin comentarios”.

—¡Félix! ¡Félix! ¡Félix!

Las voces femeninas llamando mi nombre me sorprendieron. Giré la cabeza y las vi, eran tres mujeres, dos de ellas sostenían revistas con fotografías de mí,

del día de mi llegada, bronceado, todavía con barba y luciendo como un montañés que abducido por extraterrestres, cayó desconcertado en la Gran Manzana.

Tenían acento español y toda la apariencia de ser turistas.

James las miró, luego se volvió hacia mí y me sonrió.

—¿Son tu responsabilidad? —Le pregunté, no me lo podía creer, la tercera sostenía un cartel que en español decía que me amaban, que eran las “Meden’s Girls”, mi club de fans español.

James negó con la cabeza y me tiró un codazo.

—Ahí tienes, para alimentar tu ego.

Por ridícula y surreal, la situación me hizo gracia si bien debió espantarme.

A los gritos continuaban coreando mi nombre.

—No te pediré que pares ante los periodistas pero si sigues de largo, y entras sin saludarlas, renuncio a trabajar para ti y te destierro de mi boda.

—No pensaba seguir de largo.

—Entonces ve, que claman por ti.

Me reí de camino a dónde estaban, aceptar esto con humor era mucho más sano que amargarme tanto como solía suceder.

—¡Félix, Félix, Félix!

Ni bien me acerqué a la valla que me separaba de los periodistas y que James mandó instalar para mi llegada, previendo la locura que se anticipaba en los días previos, ya tenía todos los flashes y los reflectores en mí. Estas tres sonrientes mujeres ni se preocuparon por ellos, de modo que yo hice lo mismo.

—Hola —las saludé en castellano—. ¿Cómo están? Gracias por pasar a saludarme, les agradezco que vinieran, necesitaba apoyo hoy. Con todos estos sujetos por aquí...

—Te adoramos, Félix —soltó una de ellas dedicándome una sonrisa enorme.

—Bueno, gracias. ¿Cómo se llaman?

—Soy Lucía.

—Hola, Lucía —me acerqué a la valla y la saludé con besos en las mejillas como si nos conociésemos de toda la vida.

—Belén —se presentó la siguiente.

—Un placer, Belén.

Me abrazó y se sintió bien.

—Gloria.

—Hola, Gloria, gracias por venir—. Besos y otro rápido abrazo. Los flashes



no dejaban de sonar a nuestro alrededor; los cuatro los ignoramos.

—Imagino que no vinieron desde España para verme, por favor, díganme que no es así, esto es demasiado surreal.

—Estamos de paseo.

—¿Disfrutan la ciudad?

—Sí, bueno, en realidad llegamos ayer —explicó Belén.

—Todavía no tuvimos mucho tiempo de ver demasiado —. Dijo Gloria.

—Primero queríamos verlo a usted —acotó Lucía.

—Me siento halagado. Otra vez, gracias por venir a verme, alegraron mi mañana.

—Podemos alegrarle todas las mañanas si nos deja.

Me dio vergüenza y me reí. James también se rió, hasta los periodistas que nos rodeaban se tentaron de la risa.

—¿Tiene novia? Usted no debería estar soltero.

—Gracias por eso, Belén. Por lo pronto sí, estoy soltero.

—Nos alegra que este de regreso y que se lo vea así de bien.

—Gracias.

—¿Podemos sacarnos una foto con usted?

James se rió en mi cara.

—Sí, por supuesto.

—Debería dejarse crecer la barba otra vez —soltó una de ellas.

—No debió afeitarse —acotó la otra.

—Quizá vuelva a dejarme la barba otra vez. Si les gustó.

—¡Nos encantó! —soltaron las tres a coro.

Nos sacamos fotografías con las cámaras que ellas tenían mientras los fotógrafos también nos retrataban. Después hubo otra ronda de besos y abrazos.

—¿Puedo invitarlas a pasear? Estoy muy ocupado pero... —llamé a Mike—. Él es Mike, un buen amigo que además es mi guarda espaldas y chofer. Es un hombre buen humorado y de buen gusto que no tendrá problemas en llevarlas en mi automóvil a recorrer un poco la ciudad, ¿Qué les parece?

Las tres se pusieron a gritar como locas.

—El almuerzo corre por mi cuenta—. Giré en dirección a Mike—. ¿Te encargas?

—Por supuesto, Señor.

—Gracias, te veo aquí al mediodía.

—Claro, como usted ordene.

Me despedí de estas tres mujeres que no tenían noción del alcance de lo que acababan de hacer, probablemente sin querer, y me metí en el edificio, sintiéndome completamente capaz de llevar acabo lo que tenía por delante, todo, gracias a ellas. Ya no quedaba miedo ni dudas porque tenía muy en claro que incluso si fallaba en mi intento de tener otra vez, las riendas de mis compañías en mis manos, eso no me detendría, ni me haría menos de lo que soy ahora o de lo que fui un año atrás.

—Te ves bien, no necesitas mirarte al espejo cada treinta segundos —me dijo James desde el sillón, bebiéndose su taza de café. Yo no había podido pasar más que un sorbo de mi té, no porque tuviese mal sabor, sino por culpa de los nervios—. Deja de manosear la corbata que la arruinarás.

—Ya es hora y todavía no me llaman.

—Tú eres muy puntual pero el resto de la gente no suele serlo. Se habrán demorado por algo —se puso de pie—. ¿Quieres esperarlos en la sala de reuniones?

—No, mejor no.

Me aparté del espejo.

Llamaron a la puerta.

—Adelante.

Una de mis secretarias hizo su ingreso.

—Señor Meden, ya están listos para usted. Puede pasar a la sala de reunión.

—Gracias.

—Puedo hacer algo más por usted, quiere que le lleve otro té.

—No, gracias, estoy bien.

La mujer me sonrió.

—Me alegra mucho que regresara, Señor. Si me permite decirlo... este lugar no es lo mismo si usted no está aquí. Todos estamos muy felices de tenerlo con nosotros otra vez.

—Espero que de verdad todos estén felices de verme —bromé y ella me sonrió—. Gracias. Dígales que enseguida voy.

Volvimos a quedarnos solos.

—Relájate, todo saldrá bien.

Inspiré hondo.

Salimos.

El corredor que conectaba mi oficina con la sala de reuniones era largo y extrañamente demasiado concurrido hoy. Mis secretarias, un par de empleados

del área de legales, otros administrativos de alto rango, incluso uno de nuestros mensajeros cuyo rostro recordaba. Todos esos ojos se volvieron en mi dirección para seguirme en mi camino.

Sosteniendo la puerta abierta para mí, Boose.

—Félix... —me tendió su mano derecha—. Este es un gran día.

—Espero que lo sea—. Eché un vistazo hacia el interior de la sala de juntas, todo aquí estaba tal cual como siempre. Por ridículo que suene, uno de mis miedos era que lo hubiesen cambiado todo cuando yo mismo fui quien eligió cada mueble, cada cuadro, cada planta y cada cosa que había dentro de este edificio.

—Ahora que te veo, sé que sí. Tienes mi apoyo. Eres el alma de estas empresas. Todos te queremos de regreso.

—Ojalá así sea. Entremos, no quiero demorar esto ni un segundo más.

—Después de ti.

A la fuerza metí aire en mis pulmones y di un paso. Unos cuarenta pares de ojos apuntaron en mi dirección.

—Señores... muy buenos días. Es un placer verlos a todos otra vez—. Di el primer paso hacia mi sitio, en la cabecera de la mesa.

Roger, el jefe de finanzas me tendió la mano.

—Es un placer verlo, Señor.

Le devolví el apretón.

No pude avanzar más que dos pasos.

—A todos nos alegra tenerlo de regreso —entonó Lewis de la junta directiva.

Así, parando a cada silla y su ocupante, fui recibiendo el apoyo que no soñaba que tendría. Toda esta gente había soportado demasiadas cosas de mí y aun así parecían genuinamente felices de verme de regreso.

Llegué a mi silla con una enorme sonrisa, sintiéndome más liviano y feliz, sabía que estaba de regreso, la mayoría de los rostros de los presentes lo evidenciaban.

Lo fue, fue mi regreso y tuvo un sabor maravilloso. No tomó ni cinco minutos acordar la sentencia que me pondría otra vez al mando de mis compañías puesto que fueron un noventa por ciento de las manos las que se alzaron en mi beneficio.

El resto de la reunión, que duró unas dos horas, fue una típica reunión con informes de crecimiento, finanzas, nuevos proyectos, análisis de riegos, números y más números y así y todo, fue un placer presenciarla.

...

Gorra, anteojos oscuros, sin afeitarse por consejo de las tres mujeres españolas con las que me encontrara el día anterior; vistiendo ropa informal y cargando un paquete con dulces comprados en una pastelería que Valeria había mencionado al pasar en uno de nuestros encuentros, la esperaba en la puerta de su departamento.

Sabía que ella regresaba a casa todas las tardes a esta hora; su pareja llegaría en dos horas.

Consulté mi reloj, llevaba veinte minutos de retraso.

Mike bajó el vidrio de la ventanilla y me miró como diciéndome que era hora de partir; él esperaba dentro del automóvil en la vereda de enfrente.

Le hice señas de que aguardaría un poco más; era mi primer intento de reencontrarme con ella y no claudicaría así de fácil. No me preocupaba esperar, me preocupaba que me sacase a patadas de aquí, que llamase a la policía y que me revoleara la caja con las delicias que olían a vainilla, por la cabeza.

Miré la hora en mi reloj otra vez, la ansiedad tenía cara de querer ganarme la pulseada. Me dije que este sería un buen entrenamiento para luego enfrentarla a ella... dudaba que sirviese de algo, me moría de miedo ahora y me moriría de miedo cuando tuviese a Gabriela enfrente, cagarla en grande con una persona a la que amas es lo peor del mundo.

Alce la vista y la vi, cruzaba la calle en mi dirección. Cargaba un montón de bolsas en sus manos, bolsa de compras con vegetales y otras de casas de ropa. Iba de tacones, como siempre, elegante y casi intocable, con su cabello rubio perfecto.

Hay ciertas cosas que uno debería tener la capacidad de borrar de su mente... bien, quizá fuese mejor así, no lo digo por lujuria si no porque son efectivas como escarmiento. Lo que yo hiciese dentro o fuera de la cama, a consentimiento compartido, no tenía nada de malo, si fue pésimo el modo en que manipule y me aproveché de vidas y sueños del modo más insensible.

Planté firmes los pies sobre la vereda. Quería salir corriendo... juré que no lo haría.

Anduvo unos pasos más, creí que me reconocería. Por lo visto la barba y la gorra de los San Antonio Spurs, surtían efecto al camuflarme.

Tranquilo, vamos bien, todavía no te vio. Tranquilo —repetí dentro de mi cabeza a medida que se me acercaba cada vez más.

Evidentemente Mike la vio porque subió la ventanilla para darnos privacidad. De cualquier modo era una tarde estupenda, ya olía verano y mucha gente andaba por la calle disfrutando de la arboleda y el buen clima.

Uno, dos, tres pasos más y... su rostro se deformó. No nos distanciaban más que quince metros, distancia suficiente para reconocermé.

Creí que se detendría y daría la media vuelta; no lo hizo.

—Me saltaré el preguntarte cómo conseguiste mi dirección porque está de más. Eres un desgraciado psicópata con demasiado dinero al alcance de la mano.

Me quité los anteojos y la gorra, ya no tenían caso y no había fotógrafos a la vista; si había alguno escondido, tanto daba.

—¿Qué haces aquí? —Escupió Valeria. Bajó la vista hasta la bolsa—. Me sorprende que recordaras eso. ¿O es que fue pura casualidad? ¿En verdad crees que puedes comprarme con eso?

—Hola... No. No es un soborno y sí lo recordé. Tengo buena memoria — intenté con una sonrisa, el resultado fue que su rostro se agriase todavía más —. Vine a hablar contigo. Necesitamos hablar.

—No tenemos nada de qué hablar —sacó las llaves de su bolso, cuando se movió vi que cargaba una bolsa con prendas de un negocio que vendía cosas para bebés. Yo había mandado a comprar allí, un par de presentes para ejecutivos de mis compañías hacia un tiempo. Ahora esos niños ya eran mayores; la época de bebés había pasado.

—Sí. No es que tú tengas nada para decir, solamente me gustaría me dices cinco minutos, me gustaría que me escucharas.

—Lárgate, ya hiciste suficiente daño.

—Sí, lo sé. Vine a pedirte disculpas, a intentar aclarar lo sucedido.

Ella me dio la espalda y fue hasta la entrada.

—Dile a Mike que le mando saludos. Ahora lárgate.

¿Qué tenía Mike con las mujeres? Todas se llevaban de maravillas con él.

—Por favor, Valeria, te lo ruego, serán nada más que un par de minutos. Tienes todo el derecho a odiarme todo lo que quieras pero...

Se dio la vuelta y me enfrentó.

—Arruinaste su vida.

—Sí, lo sé.

—No tenías ningún derecho a hacer lo que hiciste. No te hablé de ella para que te lanzaras sobre su cabeza esperando quedártela como otro trofeo.

—No fue así.

—Eres un desgraciado. Lo arruinaste todo.

—Sí.

—La arruinaste a ella.

Sus palabras fueron una puñalada directa al corazón.

—No me digas eso.

—Es la verdad.

—No tienes idea de lo que fue para ella este tiempo, de lo que le costó recuperarse.

—Somos dos.

—No busques mi pena.

—No es eso. Soy el responsable de lo que le sucedió a ella y de lo que me sucedió a mí.

—También soy responsable y no pasa un día sin que me arrepienta de haberla mencionado esa noche cuando estábamos en la cama. Tampoco debí mencionar la maldita pastelería.

—Te lo ruego, Valeria. La amo.

—Eres incapaz de tal cosa.

—Lo era hasta que la conocí a ella.

—No me vengas con eso. No la necesitas. Escuché por ahí que recuperaste tus empresas, felicitaciones. Ve a entretenerte con eso y ya no molestes.

—En verdad la amo, mi vida sin ella es solamente la mitad de lo que podría ser. Fuiste tú la que dijo que ella era capaz de cambiar la vida de cualquiera, ella cambió la mía. Te juro que no soy el mismo, en muchos aspectos cambié. Es decir... sigo siendo el mismo que...

—No quiero escucharlo.

—Soy lo que soy, no puedo borrar lo que la vida y yo mismo, hicimos de mí. Muchas cosas todavía me cuestan y... La quiero a mi lado, Valeria; no por poseerla, es que la amo, me haría muy feliz hacerla feliz. La necesito y daría cualquier cosa por tener la certeza de que ella me necesita a mí. Es la única que puede amarme con todo lo que soy.

—Ella te amó con todo lo que eras. No sé cómo pero se enamoró de ese ser insensible y frío incapaz de mirar en otra dirección que no fuese la de su propia persona. Te amó con todos tus retorcidos detalles, con tus manipulaciones y despiadadas tendencias.

Me dieron ganas de gritarle que ella no tenía ni idea de quien era yo; guardé silencio.

Le tendí la bolsa.

—Quisiera poder recuperarla.

—Ella está con Federico ahora. Es feliz, tiene una vida plena.

—¿Está muy enamorada de él?

Ante mi pregunta, apartó la mirada.

—Si me dices que es plenamente feliz con él, que no necesita nada más en su vida, y por sobre todo, que no me necesita a mí, daré la media vuelta.

—No debes meterte otra vez en su vida.

—Es que yo no logro extirparla de la mía, Valeria. Lo intenté un tiempo y no dio resultado y estos últimos meses no he hecho otra cosa que pensar en ella, noche y día, que hacer planes... que buscar un modo de disculparme.

—La insultaste, la despreciaste, engañaste y lastimaste más que nadie en este mundo.

—Mi objetivo es subsanar el daño. Quisiera intentar hacerla feliz.

—No puedes, ya te lo dije, está con Federico ahora.

—Si mirándome a los ojos, me dices que ella lo ama, aquí termina todo. Intentaré pedirle disculpas de algún modo por todas las estupideces que cometí pero no le diré que la amo y que la quiero en mi vida por el resto de mis días. Estaba asustado, Valeria, me daba pánico amarla tanto, me asustaba todavía más encontrar tantos puntos de conexión en nuestros pasados; sigo teniendo miedo sin embargo éste no me controla más. Dime que lo ama y aquí me quedo yo. Podrás disfrutar de lo que contiene el paquete sin tener que soportarme, sin verte en la obligación de tener que ofrecerme una taza de café. Los ojos de Valeria se movieron hasta los míos. Mi mundo empezó a caerse a pedazos, ella ya no me amaba. Mi garganta se cerró, comencé a tener a sensación de que mis brazos pesaban una tonelada cada uno.

De repente Valeria me arrebató la bolsa de las manos.

—A ti no te gusta el café.

—Bueno la verdad es que ahora no me disgusta tanto.

—Ella por fin consiguió algo de paz.

—Tener paz no es lo mismo que tener amor, que ser feliz.

—Gabriela acabará odiándome a mí también, por meterte por segunda vez, en su vida. Si lo arruinas te buscaré y te mataré con mis propias manos.

Se me escapó una sonrisa.

—Te lo juro, Félix. Lamentarás el día en que naciste.

—¿No lo ama, no es así?

—Lo quiere, es su compañero y amigo, fue su refugio... —negó con la cabeza

—. Ayúdame con esto.

Me tendió parte de las bolsas que cargaba quedándose con la de la pastelería.



—Tengo una marca de té que probablemente no te agrade.

—Seguro me agradará. Llevo meses bebiendo un café que parecía alquitrán.

Espiándome por encima de su hombro mientras abría la puerta soltó:

—¿En serio, café, tú?

—Mira esto —le tendí mis palmas llenas de cayos y arañazos. Ayer me había hecho la manicura mas gran parte del daño continuaba en mi piel y eso no me molestaba.

—¿Qué estuviste haciendo?

—Construyendo una cabaña.

Empujó la puerta y yo la sostuve.

—¿Te burlas?

Negué con la cabeza.

—Te enseñaré las fotografías que tengo en el celular. Hay mucho que contar.

—Sí, pero sigamos arriba que me muero de hambre —alzó la bolsa—. Esto huele genial.

—Son tus preferidos.

—Hasta para eso eres un desgraciado, cuando quieres puedes hacerte pasar por el perfecto caballero.

—Para demostrarte que lo soy, permitiré que te los comas todos.

—No por favor, o a este paso en siete meses no podré moverme.

—¿Qué?

—Estoy embarazada.

Se me escapó el aire cuando le sonreí. Parpadeé un par de veces.

—Es... es...

—Imagino que sabes con que contraje matrimonio.

—Sí, felicitaciones por eso.

—Stella te odia.

—Me alegra saberlo. ¿Llega en dos horas, no?

—Para qué me lo preguntas si sabes que sí.

Nos quedamos en silencio un momento, allí parados frente a la puerta entreabierta.

—Felicitaciones.

—Gracias.

—Perdón... perdón por todo, Valeria. De verdad lamento mucho todas las barbaridades que hice. Perdón.

—No pidas perdón, las palabras no valen nada. Cambia las cosas, Félix, ese es el único verdadero modo de pedir perdón y tú todavía estás a tiempo.

—Haré mi mejor esfuerzo.

—Entra ya que me muero de hambre y tengo que orinar.

Me reí. Ella me miró mal.

—James se casara también.

Con eso se le ilumino el rostro otra vez. Entramos.

—Estás loco —soltó luego de escuchar el relato de lo sucedido los últimos meses de mi vida y mis planes.

—Más que nada deseo ser parte de su vida otra vez. Dices que no ama a ese sujeto.

—Sí, pero ese “sujeto”, como tú lo llamas, estuvo allí para volverla a poner en pie cuando la derrumbaste.

—No tiene caso que se condene a ser infeliz solamente por agradecerle el gesto.

—No hables así.

—Es cierto.

Valeria se levantó para preparar más té.

—Las personas no son descartables, Félix —me dijo desde la cocina, al otro lado de la barra de desayunar que nos separaba —en verdad no cambiaste demasiado.

—No es eso, entiendo que las personas no son descartables, lo que sí sé es que una relación basada en el agradecimiento no resultaría, no para ella. La conozco, Gabriela necesita algo más. Vi imágenes de ellos dos juntos, allí no había nada. Ella no es así, no puede disimular algo que no siente, así sea indiferencia o una gran pasión.

Valeria regresó con la tetera, me puse de pie y se la quité de las manos para depositarla sobre la mesa mientras se acomodaba otra vez en su silla.

—La amo, quiero pasar el resto de mis días a su lado.

—Sí, lo mencionaste al menos una docena de veces.

Sonreí y ella sonrió también.

Era muy el extraño pasar el rato con Valeria charlando en estos términos.

—¿Lo ama?

Contestó negando con la cabeza.

—¿Todavía está enamorada de mí?

—No quiere volver a verte Félix. Le dueles demasiado.

—¿Te dijo eso?

—Sí.

Serví té en su taza y en la mía.

—De cualquier manera lo intentaré.

—Solamente si estás listo para aceptar las consecuencias.

—¿A qué te refieres?

—A que no vuelvas a salir corriendo con el rabo entre las piernas del susto.

—No, ya no.

Bebió un sorbo de su té.

—Mejor que empiece a hacerme a la idea de que te veré seguido si todo resulta bien.

—Lamento que tengas que pasar por eso —bromeé en el mismo tono que ella.

—Llegué a convencerme de que eras la peor basura.

—No estabas muy errada.

—Espero que todo lo que dijiste sea real.

—Es real.

Nos quedamos un momento en silencio.

—¿Has estado viendo a alguien?

—Al principio... ya no. No puedo encontrar en nadie más lo que tuve con ella.

—¿En qué momento te convertiste en un romántico?

—No, no es eso —sonreí—, es la realidad, es todo.

Se apartó un mechón de cabello del rostro y me miró otra vez.

—Por favor, no lo arruines otra vez.

—Intentaré no hacerlo.

Los dos escuchamos la cerradura y nos dimos la vuelta para ver la puerta del departamento abrirse. Stella llegaba a casa.

Valeria me sonrió.

—No es tu fan.

—Sí, ya me lo dijiste.

Stella nos miró por turnos.

—¿Qué hace aquí? —Fue directa y sincera tanto con sus palabras cuanto con su mirada.

—Vino a pedir perdón.

Stella me examinó.

—La mayoría de los hijos de puta como tú, nunca cambia.

Dentro de mi cabeza le grité que: qué podía saber ella. Y en voz alta dije:

—Este hijo de puta da su mejor esfuerzo para cambiar.

—Podrías no lograrlo.

—Está bien, amor, no pasa nada, creo que Félix en verdad aprendió su

lección.

—Mientras no se le olvide —me dedicó una mirada llena de odio.

Me alcé sobre mis pies.

—Creo que es mejor que me vaya.

—No necesitas salir huyendo, Félix. Te guste o no, tendrías que poder soportar este tipo de cosas, no puedes esperar que el mundo entero te amé otra vez de la noche a la mañana, es más, no puedes ni debes esperar que le agrade a todos.

—Sí, pero no tengo porqué soportar que me insulten.

—¿Y no eres tú el que se cree con el derecho de insultar a todos? —Me enfrentó cruzándose de brazos—. ¿Explícame qué fue lo que sucedió con Gabriela?

—¿Quién eres tú para...?

—Terminen con eso los dos. Por favor. Stella... —ahora me miró a mí—. Félix.

—Sí, está bien. Me lo merezco.

—¿También se quedará a cenar?

—¿Quieres? —Me preguntó Valeria a mí después de la pregunta de Stella.

—No quiero molestarlas.

—¿O prefieres evitar tener que enfrentarte a la realidad que no te gusta?

—Bien, me quedaré.

—Tendrá que ayudarnos a cocinar.

—Stella, Félix no sabe cocinar.

—No sabía, ahora sí sé. No es que se me dé muy bien, me defiendo.

Ante mis palabras, a Valeria se le desorbitaron los ojos.

—Sí, así de cambiado estoy. Puedo prepararles unas cuantas delicias de la cocina texana.

Valeria se sonrió a medias.

—Compré pescado y verduras.

—Haré lo que pueda.

Stella sacudió la cabeza poniendo los ojos en blanco.

Cocinamos pescado y verduras frescas al vapor.

Tuve que soportar al menos una hora de malos tratos por parte de Stella, después de eso la tensión fue aflojando y logramos pasar una velada dentro de todo agradable en la que volví a contar, esta vez, para la pareja de Valeria, todas mis peripecias desde el día en que creí que extirpar a Gabriela de mi vida sería lo más saludable.

Stella y yo compartimos una botella de vino blanco y al final de la noche terminamos conversando sobre la construcción de casas y sobre edificios cuya arquitectura nos gustaba a ambos.

Fue agradable, tan distinto como era mi vida desde hacía meses.

Esa noche me fui a dormir más tranquilo y liviano. Con esperanzas renovadas descansé la cabeza en la almohada. Soñé con ella, con cosas agradables, imaginando posibles futuros en los que nos hacíamos felices el uno al otro.

Tres semanas más tarde, al terminar de marcar el regreso a mis compañías, viajaba rumbo a Argentina meses después de partir de allí sintiendo que mi vida ya no tenía razón de ser, así como todos esos sentimientos que percibía luego de tanto negarme a aceptar experimentar lo real de la vida, por miedo a no ser capaz de soportarlo.

Primero que nada, haría una parada para conocer a mis verdaderos padres. Sería un momento intenso otro quiebre para bien en mi existencia. Si bien llevaba años ayudándolos monetariamente en silencio, planeaba hacer todo lo que estuviese al alcance de mi mano para que no tuviesen que volver a pasar una penuria más.

## 18.

—Hola, hola —canturreó León dándome la bienvenida desde su escritorio, me vio salir del ascensor al alzar la vista del manuscrito que tenía entre manos.

La felicidad del reencuentro era mutua, se notaba en la sonrisa de mis labios y en la suya; si algo echaba de menos de mi vida en días pasados, eran las charlas con él aquí en la oficina, nuestras escapadas para almorzar, sus historias sobre amores propios o aquellos que tenían lugar en las óperas que amaba.

Mi amigo se levantó de su asiento y caminó hasta mí. Sus abrazos, tan reconfortantes como siempre, me devolvieron a la realidad. Lo estreché todavía un poco más, hoy me invadía la melancolía.

Apreté los párpados, es que tenía los ojos desbordando de lágrimas.

—Dichosos los ojos que te ven —susurró en mi oído—. Te extrañé.

—Y yo a ti.

Sus manos acariciaron mi espalda.

—Estás cada día más delgada. No trabajes tanto o desaparecerás. ¿Te alimentas bien?

—Sí, no te preocupes, es que tuve unos días muy agitados, es todo.

Nos separamos y él me examinó en detalle.

Sonrió mientras sus manos apretaban la mías.

—No me cansaré de decirle lo mucho que me gusta ese corte de cabello. Es que apenas si consigo recordarte con el cabello largo, como si esos días no hubiesen existido.

A mí por momentos, me daba la misma impresión. Mirar para atrás me dejaba con una sensación de vacío en el estómago.

—¿Qué tal te trató Hollywood ?

—Increíblemente bien—. Todavía me resultaba difícil de asimilar que había estado allí para dar el puntapié inicial a la adaptación cinematográfica de mi primer libro. Parecía mentira que tan solo cuatro meses atrás, mi primer libro salió a la luz y, hoy por hoy estaba traducido a ocho lenguas y próximamente sería publicado en otras seis. Eso sin nombrar la mayor de las locuras, vería a mis personajes cobrar materia para saltar a la pantalla grande. —Te traje un regalo —alcé la bolsa y la balanceé delante de sus ojos; León la reconoció al instante, además de ser un apasionado por los libros, era un amante, un culto de la moda. Sus ojos se abrieron como platos y sonrió sin poder contener su alegría—. Es muy Hollywood. En cuanto lo vi, pensé en ti. La próxima vez que viaje tienes que venir conmigo, ese lugar te encantará.

—¡Esta agencia debería representar más autores como tú! —Exclamó dando un saltito de felicidad—. Gracias, gracias, gracias —repitió una y otra vez para después darme media docena de besos repartidos entre ambas mejillas.

—No hay porqué, me alegro que te guste.

—Ah, no puedo creer que estés de regreso. Este lugar es una locura, todavía no podemos creer lo que sucede. ¿Lo puedes creer tú?

—No, todavía tengo la impresión de que en cualquier momento, sonará mi despertador y que al abrir los ojos, volveré a ver mi vieja habitación, que tendré que levantarme para venir al trabajo, que... —mi voz murió allí porque el recuerdo de Félix pegó de frente en mi rostro.

—Nada de eso. Esto es muy real. No desaparecerá, todo lo contrario, cuando queramos acordarnos tendré que pedirte una cita con semanas de antelación para poder verte; estarás por ahí firmando autógrafos, codeándote con los famosos y te olvidarás de mí; si es que hoy por hoy apenas si nos vemos.

—Sí, perdón por eso. Pero... ¿Qué famosos? Eso no me interesa, solamente quiero poder seguir escribiendo. En este momento muero por regresar a casa, saltar dentro del pijama y ponerme a escribir.

—Podrás hacer eso y todo lo que quieras. Tu nombre no deja de sonar, la gente te adora, mueren por tus historias, no hacen más que preguntar que cuándo saldrá tu próximo libro. ¡Es una locura! ¿Todavía puedes andar por la calle, tranquila?

—Exageras, demasiado—. Si es verdad que ya me había pasado al menos un centenar de veces, que alguien se me acercaba en la calle, en el supermercado o donde fuese que me encontrase, para pedirme un autógrafo, una foto o incluso para que les dedicase uno de mis libros; incluso me sucedió varias veces, ver por la calle a personas cargando mi libro, o a alguien leyéndolo al sol en un café, en el subterráneo, en un parque; esos momentos eran de lo más surreales.

—Bueno, cómo te fue, cómo te trataron, Federico me dijo que le había comentado que había un mundo de gente esperándote y todos se desvivieron por atenderte.

—Al llegar pensé que esperaban a alguien más, una actriz o... Resulta que no fue así, me esperaban a mí, con una limousine con chofer y demás parafernalia hollywoodense —admití sonriendo—. Casi me pongo a gritar como una tonta cuando puse un pie dentro de la suite que reservaron para mí. Me sentí más o menos como Julia Roberts en “Mujer bonita” —esa era una de las películas favoritas de León—. Tendrías que haber visto la cama, el comedor, el living, y ni te explico lo que era el baño. Tuve tanto miedo de romper algo que me costó moverme de mi sitio cuando me dejaron sola para permitirme descansar. Estaba tan impresionada que bebí de un tirón una de las botellas de champagne que me habían dejado junto con varias canastas de bienvenida y una docena de ramos de flores que me dio pena no poder traer a casa.

Sin previo aviso, León volvió a abrazarme.

—Cuanto me alegro —sus brazos me apretujaron—. Te mereces eso y mucho más.

Apreté los dientes en cuanto me percaté de que las primeras lágrimas corrían por mis mejillas.

Palmeé la espalda de mi amigo y allí me quedé, disfrutando de una demostración de cariño que necesitaba, hoy no estaba muy bien de ánimo; no sé por qué, cuando llegué al edificio de la agencia y entré al hall de recepción y vi a Juan, me acordé de aquella primera visita de Félix y así sin más, mi mundo se puso más gris y frío de lo que ya estaba, por ser invierno. El dolor de pensar en él no amainaba, todo lo contrario, con el pasar de las semanas arreciaba igual que una tormenta que crece de a poco, retroalimentándose de

su propia energía.

No separamos y fue él el encargado de barrer las lágrimas de mis mejillas.

—Ya no llores princesa.

Una risa salió entre más lágrimas.

—Ahora dime, ¿Cuándo tendré la oportunidad de conocer a tu hijo?

—Espero que sea pronto. Carlos dice que confía en que no sean más que un par de días de aquí a que todo se resuelva. Javier está ansioso por venir a quedarse en casa de manera definitiva. Las idas y venidas son una tortura para los dos. En su última visita compramos más cosas para su habitación, la casa le gusta —me reí—. Ya me pidió un perro, un gato y un hámster. Y ayer, cuando lo llamé por teléfono antes de subirme al avión me dijo que quiere ser escritor como yo—. Volví a largarme a llorar, esta vez de felicidad.

—Serás una madre estupenda. Ya lo eres.

—Estoy muerta de miedo, son tantas cosas. Todavía me parece irreal que vaya a tenerlo conmigo por el resto de mis días. Sinceramente pensé que jamás lo recuperaría. Resultó tan extraño ir a ver colegios para él, comprarle ropa. Sé que terminaré malcriándolo. Traje media valija llena de regalos para él; soy un desastre, no puedo evitarlo.

—No importa, Federico dice que es un niño muy centrado, muy bueno y tranquilo.

Federico había participado en un par de nuestras salidas, ambos se conocían y si bien era agradable ver que congeniaban de maravillas, por mi situación actual con Federico, eso significaba algo así como tener un puñal clavado en el pecho, las cosas entre nosotros dos no iba bien y era mí culpa, no lograba tener un momento “normal” con él, ni dentro ni fuera de la cama, cuando estábamos juntos, en la circunstancia que fuese, me sentía cada vez más y más como Félix, manteniendo todo a raya, teniendo que controlarlo todo. Eran pocas las veces que disfrutaba por completo tener sexo con él sin que mi cabeza se disparase en las direcciones erradas por encontrar placer, y fuera de la intimidad procuraba mostrarme cariñosa, ser cariñosa y no siempre lo conseguía, y si así era, o de verdad comenzaba a sentirme a gusto con él, me daba la impresión de estar engañando el amor que sentía por Félix.

—Lo es —convine procurando alejarme del recuerdo de mis malos tonos, de mi brusquedad al buscar algo donde sabía no lo encontraría. Mi piel ya no parecía piel sino un grueso cuero muy curtido que no me permitía sentir nada.

—No lo corromperás. Quédate tranquila.

Sonreí sin gracia preguntándome cómo criaría a mi hijo si continuaba



empeorando a este ritmo.

—¿Irás a verlo hoy?

—Sí; me desespera separarme de él.

—Creí reconocer esa voz.

Leo me soltó en cuanto se escuchó la voz de Federico, salir a la recepción desde su oficina.

El rostro de Federico se iluminó al verme, con esa gran sonrisa suya, con la que siempre me recibía, cada vez que nos reencontrábamos pese a mi comportamiento; su compañía por momentos era un efectivo bálsamo para mi existencia, en otros, una tortura. Hoy la balanza se inclinaba más para el lado de la tortura que para la del bálsamo.

Se me acercó y me dio un rápido beso sobre los labios, presumo incomodado por la presencia de León. Federico era siempre muy discreto y correcto, poco adepto a las demostraciones de cariño en público y con él, a decir verdad, a mí me pasaba lo mismo, en presencia de terceros no me sentía cómoda besándolo o abrazándolo. Cada vez que pensaba en eso me embargaba la seguridad de que no era justa con él, tampoco demasiado sincera.

Cada vez más seguido, los ojos de Félix copaban mi recuerdo y mi piel se moría de ganas de hacer contacto con la suya, incluso a sabiendas de que para él, nunca sería más que eso: algo físico, un momento y nada más, del cual saldría yo más que humillada y despreciada, usada.

—Bienvenida. ¿Qué tal te fue?

—Bien, fue increíble. Todos fueron muy amables y me contaron todo lo que planean hacer con la película; es un proyecto enorme y quieren que participe lo más posible—solté en un intento de levantarme el ánimo a mí misma.

—Tenemos que mantener la cabeza fría, en este tipo de asuntos lo importante es conservar la calma. Todos estamos muy emocionados pero... —el juicioso discurso de Federico fue interrumpido por un emocionado León, quién por lo visto, encontraba imposible, la opción de mantener la calma y la cabeza fría.

—¿Estaré invitado a la premier, no es así?

Me acerqué a mi amigo y le di un abrazo.

—Claro que sí.

Federico me lanzó una mirada por el rabillo del ojo, con la cual me pedía juicio. Así era él, siempre tan precavido. Eso mismo era lo que me hacía sentir segura a su lado y lo que también tenía el poder de sacarme de quicio. En este momento necesitaba festejar, apartar el juicio y las preocupaciones.

Era una tortura sentir todas estas cosas por él y no ser capaz ni de resolverlas

para bien, ni de darle un corte. Acabaría odiándolo a él, y a mí misma.

—No te preocupes Federico, solamente nos divertimos. Los dos sabemos muy bien que esto tardará, y que con Hollywood nunca se sabe. De cualquier modo... —estalló otra vez —¡Será increíble—. León por lo visto había escuchado sus palabras pero no las asimiló.

El entrecejo de Federico, comenzaba a tensarse.

—No te preocupes, no parece pero en realidad si lo comprende —le dije volviendo a su lado para tomarlo de la mano, la cual Federico estrechó alrededor de la mía. Sinceramente en este momento necesitaba que alguien me cuidase a mí, no que yo tuviese que cuidar de que a alguien le diese dolor de cabeza por estresarse por una tontería como si la película demoraba mucho o poco en ser estrenada.

—Te extrañé —me susurró al oído mientras León hablaba de posibles vestuarios que podría usar para la premier de la película.

Un teléfono nos interrumpió, era el del escritorio de mi amigo, el cual, hasta no hace mucho tiempo atrás, había sido el mío.

León corrió a atender mientras nosotros dos, nos metíamos en la oficina. Federico en ningún momento me soltó la mano y, en cuanto la puerta se cerró tras nuestras espaldas, me atrajo hacia sí y comenzó a besarme, ahora de verdad y con ganas.

En ese instante mi cabeza estaba en cualquier parte, pero su boca sobre la mía me hizo percatarme de que necesitaba esto, tanto cuanto él y la sorpresa llegó, cuando sus besos, gestos y movimientos, se tornaron más efusivos de lo normal, pasando de tibios a calientes; no es que tuviese ganas de ponerme a analizar —justo en este instante— qué había cambiado, lo cierto es que me extrañó, no solía tener este tipo de arranques de pasión.

De repente y sin previo aviso, me arrinconó contra su escritorio. Como no esperaba eso y mi reacción fue algo torpe, me di la cadera contra el borde de madera y solté un quejido de dolor. Federico me soltó al instante. Jadeaba.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Perdón.

—No pasa nada.

Su mano llegó hasta mi mejilla.

—Es bueno tenerte de regreso.

—Fueron nada más que un par de días.

—Me supo a eternidad—. Se pegó a mí otra vez y me besó ahora más calmo.

Su respiración se compuso sin embargo era evidente que esperaba de la situación algo más.

Se escuchó a lo lejos una carcajada de León.

Los dos nos detuvimos.

—¿De verdad estuvo todo bien?

Sus dedos se dedicaron a acariciar mi cuello.

—Sí, claro, por qué preguntas.

—Supe que te tuvieron horas trabajando y que además te hicieron firmar un centenar de libros.

—No fue nada. Me encantó la experiencia, de verdad la disfruté. Hablamos por horas sobre el guion y la historia, sobre los posibles escenarios de filmación. Incluso sobre la música que me venía a la mente para él libro. Los dos guionistas son personas fabulosas y los productores no se quedan atrás, es gente amena, normal. Fuimos a cenar juntos casi todas las noches y me mostraron la ciudad y los estudios de filmación. La sesión de fotos fue muy divertida, no acostumbro ni llevar ese tipo de ropa ni tanto maquillaje —sonreí y me detuve allí porque al contemplar su rostro, me percaté que pese a todo, la tensión en su entrecejo, persistía—. Es bueno estar en casa otra vez— ¿Serían celos, sería la separación de los últimos días, la distancia de las últimas semanas o de por medio había algo más? ¿Por qué no podía simplemente estar feliz por mí?

—Me hace muy feliz tu éxito —soltó como si hubiese leído mi pensamiento.

—Es en parte mérito tuyo, conseguiste que me publicaran.

—Lo habrías conseguido sola.

—Lo dudo —me estiré y besé sus labios, él me devolvió el beso—. Entonces —comencé a decir entre beso y beso —cuáles son las novedades que dijiste que tenías para mí.

—Tu segundo libro ya tiene casa en Dinamarca, Finlandia, Israel, República Checa... —entonó sobre mis labios en un tono de voz que no era más que un susurro.

—¿De verdad?

—Es cuestión de tiempo para que el resto del mundo, caiga a tus pies—. Su mirada recuperó algo del fuego que había perdido cuando mi cadera dio contra el borde del escritorio—. Y de hecho, hace un par de minutos hablé con la gente de la productora de tu película, están muy emocionados y mencionaron que también planean hacerte una oferta por el segundo libro. Les aclaré que hay otra productora más que también está muy interesada, llamaron hoy más

temprano. Habrá que comparar las propuestas.

—Te burlas.

Negó con la cabeza y volvió a besarme primero en los labios, se desvió por mi mejilla y bajó hasta mi cuello.

—Ofertan millones de dólares. Sumas exorbitantes. Incluso dicen que les agradará tenerte en la película.

Se me escapó una carcajada.

—Eso es ridículo.

—No digas eso, seguro que lo harás perfectamente bien.

—Prefiero el detrás de cámaras.

—Tal parece que no podrás esconderte al otro lado de los flashes, una persona de la revista *Vogue* llamo querían ponerse en contacto con tu representante, tu relacionista público y tu estilista, dicen que les gustaría armar un artículo sobre ti, sobre tus libros y tu estilo.

—¿Otra sesión de fotos? ¿Estilista personal, de cuando aquí un escritor necesita eso?

Se me escapó una carcajada todavía más estruendosa que la anterior.

—Sí, sí, tu ríete. Les dije que no tenías nada de eso y quedaron en que me llamarían a mí nuevamente para ver qué te parecía la idea. ¡Qué sé yo de moda!

—¿Qué se yo?

—Bueno... siempre te ves hermosa. Cuando trabajabas aquí...

Le tepe la boca con una mano.

—Es demasiado bizarro que lo discutamos.

Por debajo de mis dedos, sonrió. Quitó la mano.

—Ahora es la realidad. Si te pareció divertido una vez... Además... es muy buena publicidad para ti, es una oportunidad de mostrarle a los demás lo que piensas y... —su sonrisa se tornó pícaro—, me gustaría presenciar eso. Eres más bella que cualquier modelo.

—Créeme, no soy fotogénica. La ropa, el maquillaje, los zapatos... todo fue muy divertido al llegar el momento de las fotos no tenía ni idea de hacia dónde mirar o cómo pararme. Me mostraron unas fotografías y se veían razonablemente bien, pero debe haber sacado miles para conseguirlas.

—Tonterías. El único problema es que todos verán esas fotos.

A mí su “todos”, me hizo pensar en una persona en particular, ¿las vería él? Quizá sí, quizá no, lo más probable es que siquiera se acordase de mí, y si se acordaba debía ser en forma de un muy mal recuerdo. Por momentos me daba

la impresión de que lo nuestro había sucedido una eternidad atrás y para colmo de males, lo más probable es que para él, no hubiese significado nada, que sus palabras no fuesen más que huecas mentiras que no le costó absolutamente nada articular. Félix debía estar hecho para las superficialidades para las distancias. Por momentos quería odiarlo, en otros, me daba por sentir pena por él; la mayoría de tiempo en que recordaba lo nuestro, no hacía más que desear que hubiese sido real. Lo más amargo de todo es que temía que todo lo que me dijo, no tenía valor alguno, de otro modo, no se hubiese desmoronado con tanta facilidad.

—¿Qué? ¿En qué piensas?

Sus palabras me trajeron de regreso a la realidad.

—En nada —mentí.

—¿Qué te parece si vamos a cenar esta noche? ¿O estás muy cansada?

—No, está bien, tenemos que festejar, después de todo, voy a salir en la Vogue —bromeé.

Federico rió por mí porque yo me había quedado atorada en los recuerdos de Félix.

Su teléfono comenzó a sonar. Resopló.

—Tengo un montón de trabajo de última hora y no quiero hacerte esperar... ¿nos vemos a la noche?

—A las nueve en Extreme —ese era el restaurante favorito de ambos, lo habíamos descubierto casi por casualidad una noche en que simplemente caminábamos por ahí y nos dio hambre y nos encantaba, el lugar se había transformado en nuestro punto de encuentro favorito ya que quedaba no muy lejos de aquí.

—A las nueve.

Otro rápido beso.

—¿Iras a ver a Javier?

—Sí, en cuanto te deje.

—Mándale saludos de mi parte.

El teléfono no paraba de sonar.

Con un “te amo” como punto final, se despidió y corrió a atender.

A modo de despedida, lo saludé con la mano y salí de su oficina.

—¿Eso es lo que durará el reencuentro?

A León le faltó el tiempo para interesarse en mi vida amorosa.

—Vamos a salir a cenar esta noche.

—Eso me gusta más.

—¿Quién era al teléfono? —Curioseé con respecto a la llamada que le había pasado.

—Nadie. Algo sin importancia.

Al responder, rehuyó a mi mirada.

—¿Nadie?

—Cosas del trabajo. Apartó el aire de delante de su rostro, con un manotazo—. No tiene importancia. Quiero saber, cuéntame, cómo va lo de ustedes dos. Cada vez que él habla de ti le brillan los ojos y se le planta una sonrisa en esa estúpida cara suya de enamorado.

Se me escapó un suspiro, inevitablemente, hablar de esto siempre me deprimía un poco. Federico parecía metido hasta el cuello en lo nuestro y a mí me daba miedo ahogarme en esas aguas.

—¿Todavía piensas en él?

Leo sabía que sí, no necesitaba decírselo abiertamente.

—Tienes que olvidarte de él.

—Eso intento.

—Jamás te mereció y ya pasaron meses. Es increíblemente sexy, tiene todo el dinero del mundo pero también es un desgraciado insensible.

Esas últimas palabras que pronunció, eran mías, yo se las había dicho una de las tantas veces que lloré frente a él.

—Lo sé.

—Mejor. Hazte el favor y olvídate de él, siquiera merece que lo tengas presente, que recuerdes su nombre. Tu vida es otra, tienes demasiadas cosas buenas de las que ocuparte para desperdiciar tu tiempo en él—. Apuntó con la cabeza en dirección a la oficina de Federico—. Allí tienes a un muy buen hombre.

Lo sabía y por eso me remordía tanto la consciencia no quererlo tanto como él me quería a mí.

—Tengo que irme, Javier me espera y no quiero llegar tarde.

—Ok; que conste que me debes una buena charla junto con una taza de café, o en su defecto, una rica cena que cocines para mí, con una buena copa de vino.

—Hecho. Te llamo mañana y arreglamos.

—Si no me llamas, te llamaré yo, o peor, caeré de sorpresa en tu casa.

Le estampé un beso la mejilla.

—Hablamos mañana. Te quiero.

—No permitas que ese desgraciado te arruine la alegría por lo que conseguiste.

Negué con la cabeza, decir que no lo haría era una mentira.  
Nos despedimos y me largué de la oficina. Necesitaba salir de aquí, tomar aire fresco y escapar de este lugar, el cual me traía demasiados recuerdos.

...

—¡Mamá!

Javier corrió hasta mí para colgarse de cuello. Lo apreté contra mí. Mi corazón se tranquilizó al percibir su aroma y calor.

—Te extrañe mucho. ¿Estás bien? —Lo aparté de mí solamente lo suficiente para poder mirarlo a los ojos—. Qué hiciste estos días, qué tal el colegio. ¿Cómo te fue en la prueba de lengua? —Habíamos estado estudiando juntos.

—Bien —se le encendieron las mejillas de orgullo —me saqué un diez.

—¡Felicitaciones! ¿Eso merece premio, no?

Se sonrojó todavía más.

—Será que un niño que yo conozco quería... ¡Esto! —extraje de la cartera la caja con el automóvil que me había pedido.

Atrapó la caja entre sus manos, sonriendo y luego volvió a abrazarme mientras me daba las gracias.

—Te traje otros regalitos pero están en casa.

—¿Vamos a ir a casa hoy?

Negué con la cabeza, solamente tenía permiso de verlo aquí en el hogar por un par de horas y el acababa de llegar del colegio.

—¿Cuándo voy a poder ir a casa para siempre?

—Pronto, muy pronto, Carlos trabaja en eso —Javier conocía a mi abogado —. También te traje esto —le tendí la bolsa con golosinas, había traído una tonelada desde California, el resto se los había dejado a las encargadas del hogar para que los repartiese con el resto de los niños, así como los otros juguetes.

—Los traje de mi viaje. Son todas golosinas raras —metí una mano en la bolsa—, mira estos, parecen gusanos. ¿No son geniales?

—Están buenísimos, dan asco —rió.

—Sí, pero son riquísimos.

Le arrancó un trozo al gusano de goma.

—¿No vino Federico?

—No, tenía que trabajar.

—¿Tampoco viene el otro señor?

—¿Carlos?

—No, el otro señor.

—¿Qué otro señor? —Me envaré.

—El señor que vino a verme el otro día. También me trajo golosinas.

Intenté sonreírle para no preocuparlo.

—¿Qué otro señor, Javi? —Repetí—. ¿Cómo se llamaba?

—No me acuerdo.

—¿Cuándo vino?

—El otro día —contestó y continuó comiendo su gusano de goma.

—¿Era alguien que trabajaba aquí? ¿Vino con alguien del hogar?

Se encogió de hombros.

—No lo había visto antes.

—¿Vino a verte a ti o...?

—Habló conmigo.

—¿De qué?

Volvió a encogerse de hombros.

—¿Te hizo algo... él? —De miedo no podía hablar. El corazón estaba a punto de salirse de pecho.

—Me dijo que había venido desde lejos porque quería conocerme.

—Desde lejos—repetí. En mi cabeza se encendió una loca idea que no podía ser cierta, no, no podía ser él. ¿Qué interés podría tener Félix en mi hijo? No tenía sentido pensar que podría haber regresado, que hubiese buscado y encontrado a mi hijo. ¿Para qué? No, solamente eran mis ganas de creer que lo nuestro había tenido algo de real y sincero—. ¿Desde dónde? —le pregunté al final. Necesitaba aclarar lo sucedido.

—No sé.

—¿Cómo era? ¿Era alto, le viste el color de los ojos? ¿Vino solo, lo acompañaba alguien? ¿Cómo estaba vestido?

Mi hijo se quedó viéndome sin entender a que venía mi tono y tanta pregunta.

—¿Qué más te dijo?

—Me preguntó a qué me gustaba jugar, si me gustaban los autos...

—¿Y qué más?

—¿Me preguntó si lo pasábamos bien juntos?

—¿Si lo pasábamos bien... quienes?

—Nosotros, mami —soltó fastidiado por el interrogatorio.

—Sabía de mí... —mis tripas se retorcieron dentro de mi estómago. Procuré convencerme de que debía ser alguien del juzgado o quizá un asistente social;



no me había informado que tuviesen pensado volver a entrevistarlo; cada vez que lo hacían era una tortura, un desgaste mental y físico para él y para mí.

—Sí, sabía que tu nombre es Gabriela. Que trabajas escribiendo libros. ¿Ya se puede ver la película?

—¿Qué? —Solté confundida.

—La película de tu libro, mami. ¿Se puede ir a ver al cine como las otras películas? Me gustaría ir a verla. Las únicas veces que fui al cine fue las que fuimos juntos.

—No, todavía no la filman, amor —lo tomé de la mano—, pero podemos ir a ver la película que quieras uno de estos días.

—Le conté a ese señor que voy a ir a vivir a tu casa y me dijo que eso era muy bueno. Quizá un día podamos invitarlo a que conozca mi cuarto. Le conté que tendremos un perro y un gato; él me dijo que nunca había tenido mascotas, que sus padres no querían y me contó que él casi no había vivido en su casa, que vivía en el colegio.

El corazón casi se me escapa de la boca. No me quedó duda que quién visitó a mi hijo no podía ser otro que Félix.

—¿Cómo es que vivía en un colegio? En mi escuela no vive nadie, allí solamente hay aulas, no habitaciones.

—Debió ir a un colegio internado. Son colegios en los que los chicos tienen sus cuartos, viven con sus otros compañeros.

—¿No me mandarás a un colegio así, no? Yo quiero vivir en casa, contigo.

—No, no voy a mandarte a un internado Javi. Te quiero en casa conmigo.

—¿Conoces a ese señor?

—No estoy segura, Javi. ¿De verdad no recuerdas cómo se llamaba?

Negó con la cabeza.

—¿No debí hablar con él?

—No deberías hablar con extraños... es que no estoy segura de quien era.

—Me regaló su gorra, la que traía puesta cuando llegó.

—¿Traía una gorra? —Jamás había visto a Félix con una gorra pero...

—La tengo en mi cuarto, en la mochila. La llevé al colegio para mostrársela a los demás, el señor me dijo que era de un equipo de básquet de no me acuerdo qué país. A todos les gustó. Me prometió que un día me llevaría a ver uno de esos partidos.

—Eso hizo —mi voz a penas si llegó mucho más allá de mis labios. Si era él para qué estaba haciendo esto. ¿Sería una revancha, intentaría quitarme a mi hijo? Me entró pánico, Félix tenía demasiado poder y contactos, sobre todo

ahora que estaba de regreso al mando de sus empresas. Ver su rostro otra vez en los medios de comunicación me impactó, es que se lo veía radiante, más seguro de sí mismo de lo que lo hubiese visto jamás; miraba de frente a las cámaras y sonreía, se notaba que su andar pisaba fuerte, que no iba por la vida al igual que yo, arrastrándose y arrastrando por detrás de sus pasos, un corazón destrozado.

En los medios salió toda la historia, o al menos eso se suponía: había pasado una larga temporada en Texas... ¿tendría eso algo que ver con Mike y su familia? Según la nota que leí, después de allí estuvo perdido por dos meses en una zona boscosa de los Estados Unidos, viviendo no especificaban dónde, ni haciendo qué.

Lo más impactante de todo fue escucharlo hablar en la conferencia de prensa que dio a su regreso, anunciando grandes cambios y proyectos nunca antes vistos; anunció que sorprendería a todos.

Escuchar su voz reavivó las marcas que había dejado en mi piel.

—¿Podemos ir a ver el partido?

—No sé —tragué saliva. Tenía ganas de salir corriendo en hacia la oficina de la directora del hogar para pedirle explicaciones, como podía ser que un extraño visitase a mi hijo sin mi permiso. Bien, en realidad si fue Félix no era un extraño pero no por eso menos peligroso.

—Le pregunté si iba a visitarme otra vez y me prometió que lo haría.

—Antes de que vuelvas a verlo me gustaría conocerlo.

Charlamos y jugamos, le conté de mi viaje y hablamos de sus tareas de lo que había hecho durante mi ausencia. No logré sacarle más sobre la persona que lo había visitado.

En cuanto regresó a su cuarto para prepararse para cenar, fui directo a la dirección.

—Señorita Lafond —la directora de la institución me tendió una mano —, me alegra verla. Me encuentra usted todavía aquí de casualidad, mucho trabajo. Pase, pase, tome asiento.

Entré y ella cerró la puerta.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Javier me contó que alguien vino a visitarlo, un hombre. Quiero saber quién fue, ¿se trató de otra entrevista de un psicólogo o...?

La mujer llegó a su escritorio negando con la cabeza.

—No, que yo sepa no había nada de eso planificado. Estaba al tanto de su

visita luego del regreso al país; que yo sepa nadie más iba a venir a verlo.

—No fue hoy. Javier no pudo precisarme cuando vino este hombre. Por lo que entiendo, quien vino, sabía de mí, de mi trabajo. Conversaron largo rato.

—Javier no supo decirle quién era esa persona.

—No recuerda su nombre.

Ante mis palabras, la mujer se movió hasta la computadora que descansaba en un extremo de su escritorio.

—No hay ninguna visita registrada.

—¿Qué?

—Nadie vino a verlo —me contestó moviéndose otra vez hacia mí.

—Javier dice que le trajo golosinas y que le regaló una gorra que tiene en su mochila. No creo que se imaginara eso ni todo lo demás que contó. ¿Cómo es que una persona puede meterse aquí y hablar con uno de los niños sin que quede un registro, sin que nadie se entere?

—Yo... —a las arrugas de la frente de la mujer, se le sumaron unas cuantas más, generadas por la preocupación.

—Esto es inaudito... mi hijo pudo correr peligro —me prendí de los apoyabrazos de la silla; ¿cómo haría para parar a Félix si se proponía arrebatarme a mi hijo? —Pudo sucederle cualquier cosa.

—Por favor, tranquilícese, ya mismo averiguaré quién estuvo aquí. Espéreme un momento, enseguida regreso.

La mujer salió y me quedé sola; no conseguía mantenerme quieta y menos lograría calmarme.

Me puse de pie y fui hasta la puerta, la abrí. Vi a la directora alejarse por el corredor.

No me quedaría aquí cruzada de brazos esperando una respuesta. Tomé el corredor en sentido contrario, rumbo a las habitaciones. Era capaz de recorrer con los ojos cerrados el camino hasta el cuarto de mi hijo.

De lejos se escuchaba los niños haciendo barullo en el comedor.

El cuarto estaba vacío, las cuatro camas hechas a la espera de la hora de dormir.

Fui hasta el rincón de mi hijo y busqué su mochila, sabía cuál era porque yo se la había comprado, la elegimos juntos.

La mochila se encontraba a un lado de la cama, entre ésta, la pared y un pequeño mueble en el que guardaba sus pocas posesiones.

Eche un vistazo hacia la puerta para asegurarme que nadie venía. Sentada en la cama, abrí la mochila, encontré la gorra al instante.

—San Antonio Spurs —leí. No sabía nada de básquet pero la gorra era americana y... la acerqué a mi nariz, mezclado con el olor de mi hijo, estaba el suyo.

Inspiré una vez más cerrando los ojos. El mareo que comenzó en mi cabeza me aflojó las rodillas que por suerte en este instante no necesitaba porque me encontraba sentada.

Un mar de lágrimas se dio cita en mis ojos.

—Félix... —su nombre se me escapó. Abrí los ojos y volví a acercar la corra a mi nariz, la pegue a mi rostro, el interior contenía su esencia—. Félix —no logré contener los hipidos que se me escaparon a continuación. Creí que moriría allí mismo de felicidad y de dolor porque sabía que por lo mucho que lo amaba y le temía, no lograría enfrentarlo y salir en una sola pieza, es más, estaba segura de que si volvía a tenerlo frente a mí, caería fulminada por lo mucho que sentía por él, en contraposición de lo poco que sentía por todo lo demás, a excepción de mi hijo.

No fue sencillo recomponer mi estado para conseguir ponerme en pie y salir del cuarto.

Regresé la gorra a la mochila y la mochila a su sitio.

Tambaleándome me puse en pie.

La oficina de la directora de la institución continuaba vacía cuando regresé. Agradecí eso, así tendría un momento para reponerme.

—No sé cómo es que pudo suceder esto —entonó la mujer al regresar—Sí alguien vino a visitar a su hijo, el ingreso no quedó registrado.

—¿Entiende usted lo que está admitiendo? ¿Cómo espera que me quede tranquila dejando a mi hijo aquí? Y los otros niños...

—Lo lamento muchísimo. Iniciaré una investigación esta misma noche.

—Eso no me sirve de nada. Me llevaré a mi hijo de aquí en cuanto pueda.

—Por favor, Gabriela —entonó tuteándome—, comprendo tu preocupación; tampoco puedo concebir que semejante descuido ocurriese. No me hago una idea de cómo es que esa persona consiguió entrar a la propiedad y cómo es que nadie lo vio hablar con Javier.

—Podría haberse llevado a mi hijo de aquí y usted se habría dado cuenta demasiado tarde.

—Eso no es así. Cálmese.

—No vuelva a pedirme que me calme.

—Hablaemos con Javier para intentar averiguar más datos sobre esa persona.

—Es un niño de ocho años, qué quiere ¿pedirle que haga un retrato hablado?

Esta misma noche me podré en contacto con mi abogado. Sacaré a mi hijo de aquí en cuanto pueda.

La mujer me miró torcido.

—Lo abandoné una vez... eso no volverá a suceder. No pienso dejarlo desprotegido otra vez.

—Tu hijo no está desprotegido, Gabriela.

Me puse en pie.

—Que no me enteré de que alguien más volvió a acercársele porque no me responsabilizo de mis actos. Es increíble que pongan niños a su cuidado.

Sin esperar una respuesta, di la media vuelta y me fui.

Prácticamente salí corriendo, necesitaba unos minutos más a solas, para reajustarme a la realidad de su cercanía a mi vida otra vez.

Ni bien logre normalizar mi respiración llamé a mi abogado para contarle lo sucedido y para decirle que hiciese la denuncia correspondiente; necesitaba que el proceso de recuperación de mi hijo, se acelerase lo más posible. No permitiría que Félix se le aproximara otra vez.

A Carlos le conté de mis sospechas sobre la identidad del visitante pero no pensaba revelársela a Federico. Discutir sobre Félix con él era algo que no resistiría, de hecho me sentía tan inestable que no pensaba contarle nada, es más, no estaba de humor para salir a cenar y si no cancelé nuestro encuentro fue puramente para dejarlo plantado porque tampoco se me antojaba que viniese a casa, la mera idea de compartir mi cama con él esta noche paralizaba mi cerebro y mi corazón.

...

Desde la entrada, vi a Federico en nuestra mesa de siempre.

Mis tripas se retorcieron dentro de mi cavidad abdominal. No tenía ni idea de cómo manejar lo que sucedía conmigo. No me quedaba claro qué sentía; tampoco me hacía una idea de qué debía pensar o sentir. Quizá debí mantenerme firme en mi primera decisión y permanecer alejada de Félix y su dañino comportamiento. ¿Pero...cómo?

La recepcionista me saludó con familiaridad; cruzamos unas pocas palabras y seguí de largo rumbo a la mesa. Los nervios me mataban.

Mientras andaba me percaté de que Federico se había cambiado de ropa. Lucía un traje oscuro, una camisa blanca; no llevaba corbata y su cabello aún estaba húmedo. Daba la impresión de que se había esmerado en su aspecto.

No podía decirse lo mismo de mí, sobre todo por los nervios que cargaba encima y ni que hablar del cansancio del vuelo y del que acumulaba con semanas de mucho trabajo.

Federico se puso de pie al verme llegar.

—Comenzaba a preocuparme —me dijo luego de besar ligeramente mis labios.

Llevaba media hora de retraso.

—Perdón la demora.

Federico me sonrió.

—No hay problema, llegué hace tan solo diez minutos. Imagino que estuviste hasta último momento con Javier. ¿Cómo está? Deber haberte extrañado horrores —me ayudo a quitarme el abrigo.

—Está bien. Odio irme y dejarlo allí. Quiero tenerlo en casa conmigo mañana mismo.

—Sí, será espléndido tenerlo allí con nosotros.

Su “nosotros” se me quedó atragantado.

Aparté la mirada para no delatar todo lo que me pasaba por la cabeza y el corazón mientras él colocaba mi abrigo sobre una de las dos sillas que sobraban.

—¿Sigue con la idea de tener un perro? Estuve averiguando en un par de criaderos. Me gustaría comprarle uno si no te importa. Verlo entusiasmado es maravilloso.

Noté que se removía inquieto sobre su sitio al tiempo de que se quedaba viéndome con una sonrisa en los labios y una mirada extraña que no logré descifrar (mirada que nunca antes le había visto).

—Te ves muy bonita.

No me sentía muy bonita, mucho menos justa o leal.

—¿Tomamos asiento? —Propuso y yo le agradecí, necesitaba que algo se interpusiese entre ambos para tomar un poco de distancia de su cuerpo y su sonrisa, la mesa, una copa y un plato de comida parecían buena opción.

En cuanto nos acomodamos en nuestras sillas, Federico llamó al camarero, este llegó al instante, incluso antes de que terminase de acomodarme en mi asiento. Ordenó una botella de champagne y pidió que nos trajesen el menú.

Debía estar hambriento —pensé.

Yo por mi parte apenas si lograba pasar la saliva de mi boca.

—¿Escribiste esta tarde o fuiste directo a ver a Javier? —Preguntó extendiendo la servilleta sobre su regazo.

—No, la verdad es que no.

—¿Y qué hiciste? Perdón, no es que te lo esté reprochando, es simple curiosidad.

—Pasé por casa. No escribí porque estaba demasiado cansada; me dedique a desempacar.

—Ah, sí, claro, todavía no habías tenido tiempo, supongo.

—No, la verdad es que no —me quedé viéndolo, su voz sonaba rara, todo él estaba extraño.

El champagne llegó.

El camarero iba a descorcharlo pero él le dijo que no hacía falta, que él se ocuparía.

Nos dejó solos asegurándonos que en un momento estaría de regreso con el menú.

—Me alegra que estemos juntos aquí, ahora —entonó al comenzar a verter champagne en mi botella. Era una botella cara, la misma con la que juntos habíamos festejado la salida de mi libro. Se sirvió una copa para él y dejó la botella a un lado para luego tomar su copa y alzarla en mi dirección—. Por nuestro futuro —entonó sonriente.

Todo mi ser revolvió y por poco y vomito lo poco que tenía en el estómago.

¿Qué estaba haciendo?!

Con o sin Félix de por medio, tenía que terminar esto antes de que alguien saliese herido, es decir, antes de herirlo a él.

Tuve que forzarme a sonreír; sí el futuro se presentaba prometedor en muchos aspectos pero no para nuestra relación.

El nudo en mi estómago se tensó. De cualquier modo alcé mi copa, él tocó la mía con la suya. El cristal tintineó.

—Por nosotros —añadió con una sonrisa todavía más grande.

Me obligué a beber un sorbo y después aparté la copa de mí.

—Estuve pensado —comenzó a decir —...lo que se avecina será una locura. Seguramente lo será, una buena pero me imagino que entrarás en un mundo vertiginoso, ya, hoy por hoy, te reclaman de muchas partes y...

En este instante, ya experimentaba el vértigo.

—Fede, creo que...

—Sé que es muy pronto... bueno, en realidad no lo es, como te dije una infinidad de veces, siempre te consideraré... siempre fuiste más que mi brazo derecho. No sé qué sería de mí sin ti. Cuando te fuiste de viaje con... —se detuvo y me miró por un par de segundos sin parpadear.

Intuí que lo que se avecinaba no era nada bueno.

—No quiero presionarte, simplemente quiero que sepas que para mí vale la pena arriesgarme por ti. Quiero a tu hijo, me encanta cuando estamos los tres juntos —se relamió los labios—. Podría durar un mes, dos años o toda la vida. No tiene ningún caso esperar a que los dos nos sintamos completamente seguros y tranquilos sobre esa decisión. Yo quiero estar ahí para siempre y no me interesa esperar cinco años de noviazgo para ver si resulta o no. Quiero esperar a ver si resulta estando contigo cada día. Quiero apoyarte, estar ahí para ti y para Javier. Quiero amarte y demostrarte que lo hago. Quiero ayudarte a olvidar los malos momentos. Quiero formar una familia contigo.

Mi sangre se heló.

Federico se llevó la mano al pecho, la coló hacia el interior de su saco, y del bolsillo, extrajo una cajita.

—¿Quieres casarte conmigo? —Me ofreció la caja al tiempo que la abría.

Sé que puse cara de pánico, es que sentía pánico y desesperación.

No debí permitir que llegásemos a esto, nunca debí permitirlo.

—No soy idiota, muy bien sé que él todavía ocupa un lugar en tu vida. No me importa, estoy seguro de que lo olvidarás con él tiempo. También olvidarás lo que te hizo, lo que sufriste.

—Fede... —jadeé. De repente me había quedado sin aliento.

—No tiene que ser algo grande, solamente nosotros dos, Javier y un par de amigos. Bien, dudo que podamos dejar a León fuera de nuestra boda... Me gustaría estar ahí como algo más que un novio. Quiero ser lo que necesites: tu pilar, tu amigo, tu agente literario, tu amante, incluso la persona a la que ignoras si estás de mal humor —acotó esto último sonriendo.

—No sé qué decir—. Era la pura verdad.

—Me encantaría que dijese que sí.

Al decir esto, me pareció, se encogía en su silla.

—O al menos, que lo pensarás. No quiero ponerte presión, simplemente intento demostrarte cuánto te amo y que mis intenciones son serias, siempre lo fueron.

—Eso lo sé, siempre lo supe.

— Además ahora está tu hijo y yo quiero ser algo más que el novio de su madre. Todo el mundo me dijo que era pronto para proponértelo que te diese tiempo, pero insisto, no veo el punto en esperar—. Me sonrió al tiempo que abría la caja—. ¿Te gusta?

El anillo era bellissimo sin embargo no logré conectarme con lo que



significaba, era bello, como algo material, mas no despertaba nada más en mí —nada alegre—. Solamente me generaba una inmensa angustia en la que creí, me aplastaría.

—Pruébate.

Sus manos se movieron más rápido de lo que mi cerebro tardó en procesar sus palabras. Me arrebató la caja, extrajo el anillo; dejando la caja sobre la mesa, tomó mi mano y deslizó el anillo por mi dedo anular.

—Te queda perfecto.

Federico sonreía a más no poder, yo en cambio, sentí como si mi rostro fuese de cera, cera expuesta a un calor demasiado intenso.

Inclinándose sobre la mesa, me besó.

—¿Qué te parece?

Me parecía que necesitaba quitármelo en ese preciso instante.

Federico se puso serio.

—¿Qué pasa?

El camarero llegó con una canasta con pan y dos platos con rulos de manteca.

Los colores continuaban escurriéndoseme del rostro.

—No creo poder aceptarlo, Fede. Es demasiado y... en este instante estoy demasiado confundida.

Federico soltó mi mano. Sus rasgos se ensombrecieron. Se echó hacia atrás, apoyando la espalda contra su silla.

—¿Se puso en contacto contigo?

—¿Cómo?

—¿Te llamó no es cierto? No debiste contestarle, no puedes permitirle entrar en tu vida otra vez.

—¿Qué, de qué hablas?

—Meden está en la ciudad —soltó.

—¿Cómo lo sabes?

—Ese desgraciado quiere arrebatarnos la agencia. Cuando decidimos la expansión hace tres meses, convocamos a nuevos socios, apareció un abogado, nos explicó que representaba a alguien que quería invertir en nosotros, puso mucho dinero, la agencia creció mucho y también el poder de este misterioso benefactor sobre nosotros; ahora resulta que es dueño del sesenta por ciento de la agencia. Tuvimos una reunión antes de ayer; creía que solamente vendría el abogado pero resulta que él fue tan cara dura de presentarse queriendo llevarse a todo el mundo por delante, tal como es su costumbre. Tuvo el desparpajo de decirme que no estoy haciendo bien mi trabajo contigo, que no

me encuentro a tu altura. Que hoy por hoy deberían lloverte ofrecimientos de las mejores y más reconocidas editoriales de todo el mundo.

Mi corazón daba de patadas contra mis costillas como si quisiese escaparse de mi cuerpo.

¿Qué significaba todo eso?

Entre el anillo en mi dedo y la historia de la reaparición de Félix en la agencia ya no quedaba lugar para más aturdimiento dentro de mí.

Inhalé y exhalé un par de veces.

—No hablé con él —articulé todavía atontada.

Federico se apartó de mí, apretando su espalda contra el respaldo de su silla otra vez.

Las burbujas se escapaban del champagne. Las envidié, yo también deseaba largarme de aquí para no tener que presenciar esto.

—No te creo. A mí ya me llamó al menos una veintena de veces.

Los colores regresaron a mi rostro, mis mejillas se encendieron de fuego. ¿No me creía?

—No hablé con él, no tienes por qué dudar de mí. Creo que fue a visitar a Javier pero yo no...

—¿Fue a visitar a Javier? —Inquirió de mal modo alzando las cejas—. ¿Cómo...?

—No sé cómo. Javi me contó que un hombre había ido a verlo y creo que fue él. Nadie más lo vio, no hay registro de su visita.

—Ahora también tiene a tu hijo —soltó alzando la voz—. Te tiene a ti y ahora también intentara adueñarse de tu hijo. ¿Y tú se lo permites? —Me lo dijo de mal modo.

—No me tiene a mí. Siquiera lo he visto. Y no le permito tener a mi hijo. ¿Cómo se te ocurre que podría quererlo cerca de él?

—Vamos, Gabriela, no soy idiota.

—Yo no...

—Meden es un maldito desgraciado que cree que puede controlar a todo el mundo. Eso mismo intentó conmigo ayer por la tarde. Se piensa que es el dueño de todos y de todo. Es un hijo de puta, ese tipo está mal de la cabeza. ¿Cómo pudiste volver a caer ante sus mentiras?

—Te digo que no hablé con Félix —solté casi tan enojada cuanto él.

Me miró desafiante.

—Esto es ridículo.

—Seguro que prefieres creer que se preocupa por ti, que todavía te ama.

Su tono me enfermó, poco menos que me trataba de estúpida. Jamás me había hablado así, jamás habíamos tenido una discusión semejante.

—El quid de la cuestión no es si él se preocupa por mí, Fede, es por quién me preocupo yo, Félix lleva rato fuera de mis planes, estaba... estoy contigo.

—¿Estás? ¿Estabas? ¿Cuándo te decidirás, Gabriela? Meden sabe que te tiene en la palma de la mano; probablemente se aburrió de sus modelitos y actrices, o de la pseudo paz reparadora a la que se retiró en Texas, y ahora además tiene el descaro de decir que se preocupa por tu trabajo y que su interés no es el dinero si no que tu obra sea tratada con el respeto que corresponde.

—¿¿Qué?! Chillé. ¿Cuándo dijo eso?

—Esta tarde, cuando llamó. Cuando te ibas.

—¿¿Por qué no me lo dijiste?!

—Es mentira, ¿para qué te contaría una mentira suya? Solamente tú puedes creer que eso es cierto.

Apreté los dientes y tragué saliva. Me invadía la ira.

—¿Cuándo compraste el anillo, Federico?

—¿Qué? ¿Qué importancia tiene?

—¿Cuándo lo compraste? —Repetí fuera de mí.

Me miró muy serio.

—Ayer por la tarde —contestó por fin.

—¿Por qué lo hiciste, por qué lo compraste?

Silencio.

—Jamás habíamos hablado de matrimonio antes, es más, siempre dijiste que estabas dispuesto a darme tiempo. Cuando empezamos te aclaré que yo... Tenías todo el derecho a querer más de mí pero...

—Meden no te ama —lanzó interrumpiéndome.

—¿Lo compraste porque él reapareció?

Silencio otra vez.

—¿Tan poco confías en mí?

—No eres la misma desde que él tocó tu vida. Pude haber simulado ignorar todas aquellas cosas, los mínimos detalles en los que él ha estado siempre presente entre nosotros dos... casi puedo adivinar cuando estás pensando en él, cuando lo extrañas, cuando estado conmigo en la cama deseas estar con él. Imagino que demasiadas cosas tuyas se te pegaron.

Sus palabras fueron como dar de frente contra una pared de concreto a doscientos kilómetros por hora.

—No quiero que te arrebatte de mi lado otra vez. Ya lo hizo en una ocasión.

—¿Y de verdad creíste que resultaría, que un anillo de compromiso lo resolvería todo? Que resolvería todas esas cosas que acabas de soltar. Eso no es posible. Lo nuestro jamás fue así, nunca funcionó de esa manera. Siempre nos dijimos todo, nos entendíamos. O al menos creí que así era.

—Tú jamás me dijiste todo.

—Y ahora es evidente que tú no me lo dijiste todo a mí.

La mirada de Federico se endureció todavía más.

—Lo nuestro jamás fue como lo que tuviste con él. Lo que le diste a él, no se lo darás a nadie más y lo peor del caso es que él no se lo merece. Meden es un miserable. ¿Qué quiere ahora de ti? No seas ciega, te hará daño otra vez.

Lo odie por decirme justamente aquello a lo que yo tanto temía, que Félix era incapaz de amarme.

Siquiera me animé a pensar en eso. Me puse de pie apartando mi silla, recogí mis cosas, di la media vuelta y me largué de allí. Lo escuché llamarme, de hecho me siguió hasta la puerta del restaurante. No me detuve hasta llegar a mi camioneta; en cuanto pude, pisé el acelerador y no aflojé la presión sobre éste hasta que llegué a casa. Al llegar no supe que hacer con mi cuerpo, mucho menos con mi vida; siquiera conseguía decidirme a bajar de la misma.

Arrastrándome en la oscuridad de mi casa, llegué esta mi cuarto. Me tendí en la cama; no podía parar de llorar.

No sé en qué momento me quedé dormida, solamente sé que cuando abrí los ojos, todavía debía ser madrugada, tenía frío; enroscándome en las mantas volví a dormirme, no quería volver a despertar, es que no tenía idea de cómo haría para enfrentar la realidad de que lo mío con Federico ya no existía y las consecuencias de eso: desde sus palabras y su enojo, hasta lo libre que me sentía para hacer lo más suicida del mundo, que era correr en dirección a Félix. ¿De verdad quería lo mejor para mis libros o solamente engañó a Federico para llegar a mí y destrozarme en venganza por lo que según él, yo le había hecho?

Félix me daba miedo. Miedo por amarlo tanto y por saberlo capaz de cualquier cosa si en verdad se proponía destruirme.

No, tenía que despertar en la mañana para llamar a mi abogado, tenía que sacar a mi Javier de ese hogar cuanto antes alejándolo así, de las garras de Félix.

Pensé que quizá pudiese llevármelo del país, buscar un destino en el que a nadie se le ocurriese buscarme.

Volví a quedarme dormida otra vez.

## 19.

La puerta del despacho del juez se abrió, Carlos fue el primero en salir.

Salté del banco, llevaba una hora comiéndome las uñas de los nervios, si todo salía bien, hoy mismo me iría con el permiso para llevarme mi hijo a casa. Después de lo sucedido con el misterioso visitante al hogar en el que vivía Javier, se inició un revuelo que nos favoreció para acelerar el proceso de recuperarlo.

Al verme, Carlos desplegó en su rostro una sonrisa que hizo nacer en el mío una del doble de tamaño. Debí contener las ganas de ponerme a dar saltos y gritar como loca de la felicidad.

Carlos repartió apretones de manos entre el personal del juzgado con quienes había estado reunido, a modo de despedida y finalmente caminó hasta mí.

No pronunció ni una palabra, me abrazo y eso fue suficiente para mí. Nada más elocuente que el apretón que me dio. Otra vez me largué a llorar, llevaba dos días sintiéndome destrozada y perdida. Había llamado a Federico y él no contestaba, y cuando intenté verlo en la agencia me dejó una hora y media esperándolo afuera hasta que finalmente León me dijo que no tenía sentido, que me fuera, que no me recibiría; Federico además le dio a mi amigo órdenes de que hiciese las veces de intermediario entre ambos hasta que él decidiese como resolver la situación; con eso quedaba claro que él pensaba que yo no tenía ni voz ni voto en esto.

Pensé en dejarle el anillo en la oficina ese día, pero me pareció un gesto horrible que no tenía relación con lo que había existido entre nosotros. Intenté devolvérselo anoche, acercándome a su casa y tampoco me abrió la puerta.

—Se terminó, a partir de mañana no tendrás que volver a tener que separarte de él —me apartó un poco mientras yo me limpiaba las lágrimas—. El juez prometió que terminará con todo el papelerío hoy; parece que lo tenemos de

nuestro lado —me guiñó un ojo—. Para mañana en la tarde, a más tardar podrás ir a buscarlo.

—No sé cómo agradecértelo.

—Tuvimos mucha suerte. Este juez tiene fama de ser bastante estricto. No lo fue, más que nada nos ayudó, sea porque no quería que de esto se armase un escándalo o porque le caíste bien... no lo sé. Ya no importa. La secretaria del juez prometió que me llamaría en un par de horas para informarme de los avances —sonrió—, puedes respirar tranquila. Tengo que ir a mi oficina pero si quieres puedo llevarte a tu casa.

—No hace falta, vine con el auto—. Las lágrimas no cesaban de correr por mi cara—. Tengo que... tengo que organizarme para mañana, quiero darle la bienvenida a la casa del modo en que se lo merece. ¿Vendrías a comer con nosotros? Trae a tu esposa y a los chicos, ya los he visto tantas veces... me gustaría que conozcan a Javier. Vendrá mi padre, León... bueno, todavía no llamo a nadie, no pensé...

—Claro que iré.

—Cocinaré algo rico —le dije riendo y llorando al mismo tiempo.

—Sí, no me cabe duda —palmeó mis manos—. Son lágrimas de felicidad pero ya no llores. Tienes que sonreír. Les queda poco menos de veinticuatro horas de separación.

—Sí es cierto —lamí las lágrimas de mis labios y luego sequé mis mejillas con mis manos—. Es mejor que ponga manos a la obra si quiero tener todo listo para mañana.

—Vamos, salgamos de aquí, ya pasaste suficiente tiempo en este lugar. Dile adiós para siempre.

Eso hice antes de atravesar la puerta.

Subí a mi auto y busqué mi celular dentro de la cartera, quería llamar a mi padre para darle la buena noticia, él esperaba este momento tanto como yo, esa época en mi vida... mi embarazo, cuando di luz y entregue a mi hijo... aquellos días fueron dolorosos y difíciles para los dos y con esta buena nueva, le herida acabaría por sanar. Él estaba feliz de ser abuelo y de ejercer como tal, el momento en que se conocieron con Javier fue algo intenso; en ese aspecto tan solo me restaba una espina clavada en el corazón: la ausencia de mi madre.

Di con mi celular y lo encendí, lo había apagado dentro del juzgado porque estaba demasiado nerviosa, no me sentía con las fuerzas para hablar con nadie.

El aparato cobró vida al encenderse la pantalla.

Tenía un mensaje de voz y un par de mensajes de texto además de media docena de correos electrónicos.

Fui primero a por el mensaje de voz. No reconocía el número.

—Hola, soy Michael Spencer... Spencer... soy Mike. ¿Gabriela? Bien, espero que este sea tu número. Alguien me lo dio y no sé si... Humm... Tu antiguo número de celular ya no está activo. Ok, estoy en la ciudad y me gustaría pedirte si puedes reunirme conmigo. Bien, si quieres. La verdad es que necesito hablar contigo. Prometo no robarte mucho tiempo. Será un verdadero placer volver a verte. Por cierto, felicitaciones por tus libros, por la película: sigo tu carrera de cerca, soy un fan, leí tu libro y me gustó mucho—. Su acento norteamericano sonaba más fuerte que nunca—. Bien, este es mi número... Entiendo que es probable que no quieras volver a verme —pausa—. Por favor, llámame.

El corazón me latía enloquecido. No podía parar de preguntarme si Félix estaría con él. En ese instante siquiera atiné a guardar el número en los contactos de mi celular, no podía moverme ni reaccionar. Estaba petrificada y muerta de miedo, sensaciones que opacaban la alegría de saber que al menos Mike, no se había olvidado de mí.

Por segunda vez, escuché su mensaje y archivé el número.

El pulso me tembló al tocar sobre el icono de llamada y a punto estuve de colgar, cuando sonó el segundo timbrado. Mike no me dio tiempo a arrepentirme.

—¿Gabriela?! —Exclamó con ese acento suyo.

—Mike... Hola.

—Qué bueno escuchar tu voz; si te soy sincero... creí que no me llamarías.

—Es bueno poder hablar contigo.

—Escuché por ahí que recién llegas de California.

—Sí, fui por la película, comenzó la preproducción, o al menos así lo llaman ellos. Son los preparativos. Es algo muy surreal. Estoy contenta, no creo que logre acostumbrarme a esa vida pero por ahora lo disfruto; todo es nuevo y divertido.

—El público está entusiasmado. El libro fue un verdadero éxito y continúa siéndolo. He visto mucha gente con tu libro en las manos, me alegra, te lo mereces.

—Gracias—. Así sin más, la conversación cayó en el punto en que deseaba preguntarle por Félix, sintiendo que no podía ni debía hacerlo y él lo sabía.

—¿Podemos vernos? Te invito un café. Si me das la dirección puedo pasar por ti...

—Ahora tengo auto —le dije con una risa nerviosa.

—Sí, por supuesto —rió —también entonces podemos quedar en alguna parte, si quieres. Necesito hablar contigo y no creo que sea buena idea hacerlo por teléfono.

Llegó la hora de la verdad.

—Mike, me encantará verte sin embargo... No es buen momento.

—Sé que él te lastimó; necesito que escuches lo que tengo para decir. Por favor.

—Mike... —mi corazón se encogió y me dieron nauseas.

—Por favor, no está bien.

—¿Y cómo crees que estuve yo? Además... Lo vi por televisión y en las revistas últimamente, no se lo veía ni mal ni afectado.

—Sí pero eso...

No le permití continuar.

—¿Estás aquí con él, no es así?

—Sí, vino por negocios.

—Sinceramente Mike, no hay nada que yo pueda hacer por él y no pretendo darle la oportunidad de insultarme y tratarme como basura otra vez. Sé que fue a ver a mi hijo, sé que fue él. Imagino que sabes perfectamente cada detalle de mi vida de los últimos meses, a él no se le pasó por alto. ¿Lo llevaste tú al hogar o se te escapó otra vez? También sé que se metió en la agencia de Federico una vez más, le dijo que quería lo mejor para mí libro pero yo no... No sé si pueda confiar en él. Tengo miedo, Mike. ¿Dime qué es lo que quiere de mí?

—Solamente te pido que me escuches, Gabriela. No como su empleado si no como su amigo.

—Fue él quien buscó esto.

—No está bien. Por favor. No te quitaré mucho tiempo.

—En verdad no puedo Mike, tengo cosas que hacer.

—Te necesita. Jamás dejó de necesitarte.

Y así sin más, todo lo que sentía por Félix, salió a la luz otra vez. Me dieron ganas de correr a él, fuera dónde sea que estuviese, para abrazarlo y cuidarlo, para decirle que todo estaría bien, que yo todavía lo quería y que no estaba solo, que siempre me tendría.

—Por favor, al menos escucha lo que tengo para decir.



—Está bien, iré. ¿Dónde quieres que nos encontremos?

Apenas respirando, recogí mis cosas otra vez y salí de casa otra vez. Esto no era coherente sin embargo no podía evitarlo, tenía que descubrir la verdad para dejar de engañarme a mí misma o amarlo por el resto de mis días, si él me lo permitía.

A los veinte minutos me encontraba sentada a la mesa del café en el que había quedado con Mike; él llegó quince minutos después, cuando de mi taza de café poco quedaba.

Al verlo entrar debí contenerme de no salir disparada de mi silla, de un salto, para interrogarlo sobre Félix.

Del canto de la mesa, sostuve mi ser, para evitar desmoronarme de la ansiedad y el miedo.

El rostro de Mike se iluminó con una sonrisa. Estaba exactamente igual, bueno, en realidad no exactamente, llevaba el cabello un poco más largo y en vez de ir de riguroso traje oscuro, tal cual iba siempre, desde que lo conocí, vestía jeans, una remera y una campera liviana con cierre y capucha. Incluso llevaba la barba algo crecida, bueno, en realidad no era más que una sombra, como si no se hubiese afeitado esta mañana. De la impresión inicial de tenerlo otra vez frente a mí, después de tantos meses, se desprendió la felicidad y el alivio de la certeza de que no lo había perdido. En el fondo los dos continuábamos siendo los mismos: él con su música de Creedence, yo con mi tara con los libros.

Al llegar, se detuvo frente a mi mesa, quieto y en silencio como si no supiese muy bien que hacer.

Me sentía feliz de verlo y se lo demostré con el abrazo que le di, al ponerme de pie. No se lo esperaba por lo tanto su reacción fue un tanto osca y fría; por pocos segundos.

Una de las manos de Mike se posó sobre mi espalda.

—Qué bueno verte.

—Te ves bien, me gusta este look más sport. Y la barba —añadí cuando nos separamos, para acariciarme mi propio mentón—. Luces más joven.

—También te ves muy bien, muy elegante. El cabello corto te queda muy bonito, pareces todavía más joven.

—Estamos los dos hechos unos críos —bromeé—. Siento no haberte esperado —dije apuntando con la cabeza en dirección a mi taza de café—. Te acompañaré con una segunda, con mucho gusto. Me hace falta.

—¿Cansada?

—Mis últimas semanas fueron movidas, muchas emociones juntas, además...

—me detuve, no quise mencionar todavía el que mi hijo se mudaría a casa conmigo; una parte de mí temía que Mike se lo contase a Félix y que él hiciese algo malo al respecto solamente para angustiarme.

—Tienes ojos de cansada.

—Lo estoy, pero me figuro que lo que ves... —apreté los dientes y los labios —. ¿Está bien, qué es lo que sucede con él? —Solté intentando liberar parte de la presión acumulada en mi pecho.

—Cuando llegó estaba muy bien. Entusiasmado... él quería —se acomodó en la silla frente a mí—. Desde hace un par de días todo cambió otra vez. No sé fue lo que le sucedió, solamente hace cosas sin sentido... destructivas. No quiere escuchar a nadie, siquiera a mí. No quiere decirme qué le pasa, no quiere hablar de nada. Bebe demasiado otra vez y ya perdió un par de reuniones de trabajo. De verdad después de todo lo que vivió en estos últimos meses lo creí cambiado, casi curado podría decir. Y además...

—¿Además qué?

—Sus otras salidas.

—Sus otras salidas —repetí.

—Siempre he cuidado de él cuando sale. Lo sé desde el principio, desde el día en que Meden me entrevistó para este trabajo. Firmé un acuerdo de confidencialidad. Lleva dos noches saliendo sin decirme a dónde va, sin permitirme que lo acompañe.

—Las veces que fui tras sus pasos, no te vi.

—Eso es porque en esas ocasiones, me pidió expresamente que no fuese con él.

—¿Por qué?

Mike hizo una mueca.

—Quería que lo viesen, que supieses todo de él, para eso te contrató a ti, para que viesen su vida, tal cual era.

—¿Sabías de él y mi amiga Valeria?

Contestó que sí con la cabeza.

—Perdón, no podía contarte nada.

La camarera se nos acercó y nos preguntó qué deseábamos beber.

Pedimos más café y Mike pidió algo de comer puesto que no había almorzado.

Cuando se fue, luego de tomar nuestra orden, retomamos la conversación.

Mike la retomó, yo todavía no recuperaba el habla.

—Como te decía, usualmente lo llevaba y esperaba por él en caso de que una eventualidad sucediese, muchas veces me ha tocado ayudarlo... —tomó aliento y continuó—. Nunca fue nada demasiado... más que nada por si bebía de más o estaba cansado pero nunca... —Soltó el aire con fuerza—. Cuando terminó contigo se descontroló, una docena de veces creí que terminaría en el hospital; de ser por mí lo hubiese llevado. No me dejó. Con su padre nos lo llevamos a Texas, a casa de mis padres, vivió allí con nosotros un largo tiempo; iba mucho mejor, ya no bebía, su vida realmente había cambiado. Félix deseaba tanto volver aquí... por ti.

—¿Él te confesó eso?

—Sí.

—Y entonces, qué es lo que sucede ahora. No entiendo porque es que si vino a verme todavía no... fue a ver a mi hijo a escondidas, estoy convencida de que fue él y estuvo en la agencia, habló docenas de veces con Federico pero en ningún momento...

—¿Ustedes no hablaron, no discutieron?

—No, Mike, te digo que no se puso en contacto conmigo.

—No me explico por qué está así otra vez.

—Quizá no era lo que tú creías.

—Me rehusó a creer que mintiera cuando dijo que te amaba.

Se me cortó la respiración. Debí recordarme que ya me había dicho eso una vez y así resultó todo.

—Temo por él otra vez. Parece emperrado en destruirse. Sé que no es tu responsabilidad; también sé que eres la única que puede...

No lo dejé terminar.

—Dudo que quiera volver a verme. Llevan días aquí, lo sé. Si quisiera me habría buscado, tú diste con mi nuevo número de mi celular e imagino que sabe perfectamente bien dónde vivo. Todavía no me contestas si fuiste tú el que lo llevó a ver a mi hijo.

La camarera regresó con nuestro pedido. Tardó una eternidad en colocar todo sobre la mesa.

—Sí, fui yo quién lo llevó.

—No debió presentarse frente a mi hijo así, sin mi permiso. ¿Qué es lo que quiere, arrebátármelo?

—Estuvo mal contigo.

—Esa disculpa no me basta, Mike.

—Jamás ha dejado de quererte o de cuidar de ti.

—Eso es ridículo. ¿Qué pruebas tienes? Que se presente así, adueñándose del sesenta por ciento de la agencia que me representa, inmiscuyéndose en el trabajo de ellos, forzando su ingreso en la vida de mi hijo, averiguando dónde vivo o mi número de teléfono, eso no es cuidar ni querer. Me da escalofríos pensar en qué modo llegó a mi hijo.

—Sé que estás con alguien más y que él te hizo mucho daño con las cosas que dijo e hizo pero...

—Nada, Mike —me guardé para mí que mi relación con Federico ya no existía—. Si quisiese verme, podría haber hecho lo mismo que tú.

—Estuvimos en Los Ángeles.

Iba a preguntar: ¿haciendo qué?, pero Mike se me adelantó.

—Invirtió dinero en una productora de cine—. Alzó la taza en dirección a sus labios, se detuvo antes de llegar a éstos —me matará cuando se enteré que te conté eso.

Su respuesta retumbó en mis oídos una y otra vez. Tenía que ser broma.

—¿Adivinas a qué productora de cine me refiero?

Las manos comenzaron a temblarme.

—Eso no dice nada, lo mismo hizo con la agencia —hice una pausa—. ¿Te envió a contarme todo esto?

—No, pero...

—¿Volvió a pronunciar mi nombre, a decir que lamentaba nuestra separación?

—No entiendes...

—Sí que entiendo, aquí no hay nada, es probable que lo hiciese por dinero, por controlarme, por adueñarse de mi vida.

—Leyó tu libro.

—Eso no me dice nada Mike. Por momentos tengo la certeza de que el hombre que creí conocer no existe.

—Por favor, Gabriela, no sé qué quedará de él si no...

—Ya pasamos por esto una vez y él no fue capaz de detenerme cuando me iba, siquiera pronunció palabra, no hizo nada de nada para retenerme a su lado. No es mi responsabilidad. No debí venir. Fue él quien me apartó de su lado, quien transformó en nada lo que creí que teníamos. Es adulto, sabe lo que hace y tiene todo el derecho a decidir cómo vivir su vida. También yo.

—No sabe lo que hace, Gabriela. Cuando saliste de su vida quedó completamente perdido.

—¿Y cómo crees que quedé yo? Nunca amé a nadie del modo en que lo amé a él y dudo vuelva a hacerlo. Félix me robó eso y jamás lo recuperaré.

—Por favor. Sé que quieres ayudarlo, de otro modo no habrías venido.

—No puedo permitir que vuelva a lastimarme y es eso lo que hará si me permito aproximarme a él otra vez. Habla con su padre.

—No quiere que lo llame.

—Con su madre, entonces—. Mike me puso cara de: qué ridiculez dices. Era cierto: increíblemente ridículo, su madre jamás iría a intentar contenerlo.

—No pretendo ser alarmista, es que sé que no acabará bien si continúa así, está peor que nunca. Es como si se hubiese abandonado a sí mismo.

—¿Qué esperas que haga, Mike?

—No lo sé... intentar hablar con él.

—No creo poder hacerlo. Es que ahora no soy solamente yo, no puedo pensar en mí y nada más, tengo que mantenerme fuerte para mi hijo.

—Te lo ruego.

No fue sencillo tomar semejante decisión, es más, no me creí capaz de concretarla.

Negué con la cabeza.

—No, lo lamento, me hace muy feliz verte y saber que al menos, a ti no te perdí, pero no, no iré a verlo, no hablaré con él. Supongo que necesitaba esto para terminar de entender que ya no queda nada de nada entre nosotros, que nunca lo hubo. Si hubiese querido volver a mí, me habría buscado. Nuestras vidas siempre fueron muy distintas.

—Ustedes no lo son —sentenció serio.

Lo pasé por alto, yo también me había visto, en el pasado, muy parecida a él. De cualquier modo eso ya no parecía tener demasiado valor, por no decir, ninguna importancia.

— No —repetí. Esto me dolía en el alma pero sabía muy bien que si volvía a verlo y si para colmo de males, todo lo que decía Mike, era real, volvería a caer en sus redes y nadie me garantizaba que cuando estuviese en pie y entero otra vez, no me apartase de su lado del mismo hiriente modo en que lo hizo una vez; eso si de verdad aceptaba pararse otra vez frente a mí.

Apretando los puños, le pedí a Mike que cambiásemos de tema.

No le quedó más remedio que aceptar y a mí también.

Era por mi bien. Tenía que serlo.

...

Al llegar a casa, bajé del automóvil pero no pude entrar. La mera idea del encierro, entre unas cuantas paredes me resultaba insoportable. Mi nueva casa era grande y espaciosa, así y todo, imaginé que enloquecería si en este instante, en vez de echarme a andar por la calle, entre la gente que iba y venida y el tránsito, me limitaba a percibir únicamente, el silencio y la calma del ambiente.

La locura y el bullicio de mi mente necesitan algo que gritase todavía más fuerte que mis pensamientos para acallarlos, o al menos para intentar aplacar los quejidos de dolor.

Caminé sin un destino fijo. No existía lugar al que desease llegar, es más, mi único deseo era perderme, no tener que volver a ver a nadie más, no tener que elegir ni sentir.

Una hora más tarde, me percaté de que no estaba dando resultado. Todo lo contrario, comenzaba a arrepentirme. En vez de ver las personas andando por la calle, los automóviles aparcados junto al cordón, lo veía a él. Félix serio en su oficina, la primera vez que comimos juntos, nuestro primer beso, él riendo, su rostro retratado en las fotografías que no había podido borrar de mi máquina fotográfica. Él llorando, él enseñándome su tatuaje... Félix siendo quién yo creía, era él mismo.

Todo lo dicho por Mike, se revolvía dentro de mí, mezclándose con lo que todavía sentía por él.

¿Qué si Mike decía la verdad, si Félix sí era quién yo creía que era, si necesitaba ayuda, si en verdad simplemente todo su acto, no era más que el resultado de un plan de autodestrucción muy efectivo, el cual podía llevarlo definitivamente no sólo a la ruina humana? ¿Podría simplemente dejar que la luz que había visto brillar en sus maravillosos ojos azules se apagase sin más, sin hacer absolutamente nada?

No necesitaba que nadie me dijese que si me quedaba cruzada de brazos, me arrepentiría hasta el último de mis días. Incluso si Félix no me quería allí, si no sentía nada por mí, si nunca había sentido nada por mí, yo sí sentía mucho por él, algo muy intenso que jamás olvidaría que había tomado la decisión de librar a mi amor a la buena de Dios sin hacer nada por intentar salvarlo.

Llegué a la conclusión de que para amar, no necesitas ser amado, es algo que simplemente sucede, quieras o no, lo quiera o no aquel al que amas. El amor no se pide, simplemente se ofrece e incluso, cuando es rechazado, no se puede olvidar.

La calma derivada de la certeza de que no podía ni quería dejarlo solo con lo

que le sucediese, significase algo mi ayuda o no, para él, o hubiese significado algo o no, para él, lo que sucedió entre nosotros, lo buscaría e intentaría hablarle para hacerlo entrar en razón.

Llamé a Mike y éste no contestó, le dejé un mensaje.

—Soy Gabriela. No sé qué es lo que puedo hacer por él. Llámame. No sé si querrá verme... lo intentaré.

Colgué.

Intentar organizar la fiesta de bienvenida de mi hijo con Félix en la cabeza representó un desafío que creí no sería capaz de superar. Él me preocupaba, más allá de que simulase despreocupación, de que pretendiese que entre nosotros se expandía la vastedad del universo, allí estaba él, más adherido a mí que nunca.

Compré comida, una torta, la bebida y cotillón para adornar la casa, compré flores y globos. Intente poner mi concentración en cocinar y ordenar y alegrar nuestro hogar con un gran cartel de bienvenida y guirnaldas de banderines de colores; quemé toda una bandeja de empanadas de carne, se me cayó de las manos una de las botella de champagne que pretendía poner en la heladera a enfriar y me martille un dedo poniendo un clavo del que colgar una de las guirnaldas. Estaba tan atontada que tuve que pedirle a Carlos que me repitiese tres veces, los pormenores legales de la recuperación de mi hijo la cual se realizaría el día siguiente por la tarde.

En más de una ocasión me acerque a la mesita sobre la que tenía cargando el celular con la intención de llamar a Mike para que me pusiese en contacto con Félix; desistí a cada intento, acumulando en mi interior una pila de desazón y mucho amor que dolía sin importar la ridiculez de seguir penando por él después de tanto.

En terminar con todo, tardé el doble de lo que temí me tomaría. A la una de la madrugada, después de dar muchas vueltas ultimando detalles me fui a acostar con un ataque de insomnio que sabía no me permitiría pegar un ojo.

Tomé un libro e intenté leer un poco; pasaban las páginas y yo no entendía absolutamente nada de lo que leía. Encendí la televisión, daban una película que había visto al menos unas cuatro veces me quedé mirándola hasta que los parpados empezaron a pesarme.

Apagué la luz; quedé a oscuras y en silencio, con la vista fija en el techo trazado por los reflejos que se colaban por la ventana.

Mi cerebro se reveló en contra de mi cordura obligándome a recordar lo que me hacían sentir sus besos, sus dedos dentro de mí, sus manos tomando

con firmeza mi carne, su lengua en contacto con la mía.

Además de amarlo como a nadie, Félix me había dado una visión del placer que nadie pudo antes que él, y que quizá nadie lograría devolverme jamás. Tantas veces busqué lo mismo con Federico sin dar en nada incluso intentando las mismas tácticas que Félix me había explicado que utilizaba. Someter o someterse, jugar, liberarme... nada era lo mismo sin él.

Apreté los párpados. Todo mi cuerpo se encendió al recordar aquella tarde cuando paseamos en su barco, esa tarde en el sillón cuando sus dedos irrumpieron dentro de mí para hacerme perder la cabeza... sus dientes apretando mi pezón a través de la ropa interior, su erección. Apreté las rodillas; mi cuerpo lo necesitaba tanto cuanto mi corazón.

Federico tenía razón, demasiadas cosas de Félix ahora eran mías. Demasiadas. Mi cerebro proyectó cual película, nuestros momentos. Esos meros recuerdos eran suficientes para provocarme un orgasmo sin tener necesidad de contar con compañía o tocarme.

Todo mi cuerpo se tensó.

¿Cómo podía permitir que me hiciese esto? Félix me había lastimado, me había cambiado por completo. No podía dejar que se metiese en mi otra vez cuando debía estar pensando en mi hijo, en mi nueva vida.

Sin remedio, su nombre se me escapó por los labios, acto seguido y con la respiración todavía descontrolada, le dije que lo amaba y así quedó claro, hasta para el universo, que eso no cambiaría jamás.

Así fuese madre de otro niño, así me convirtiese en abuela, en guionista de películas de Hollywood o así lo perdiese absolutamente todo. Félix me obligó a ser yo misma más de lo que nunca fui antes y ya no existía un modo de volver atrás.

Mi habitación quedó en silencio otra vez.

El silencio no duró mucho, mi celular comenzó a tocar. Por poco y me da algo, no era normal que mi teléfono sonase a esta hora y... bien, habían demasiadas cosas que podían ir mal.

Aparté las mantas y me levanté, el celular paró de sonar al momento en que puse un pie fuera del cuarto; empezó a sonar otra vez al mi pie tocar el primer escalón camino a la planta baja. Apuré mi paso todo lo que pude, evitando caer rodando por las escaleras.

El celular dejó de sonar otra vez cuando llegué al corredor de la planta baja.

De un tirón lo solté del cable del cargador.

Allí en la pantalla estaba las dos llamadas perdidas de Mike y ahora, era él



otra vez. El aparato primero vibró y sonó.

—Hola, Mike, ¿qué pasa?

—Podrías ayudarme. Sé que es tarde y que... Perdón por no contestar tu mensaje, es que Félix tuvo una tarde fatal y no quería que me viese hablando contigo. No he podido dejarlo solo; estuvo más irritable que de costumbre. Lo perdí de vista en un bar, llevaba bebiendo desde el almuerzo. Lo perdí otra vez, Gabriela, no sé dónde se metió. Soy un idiota, cómo pude permitir que esto me sucediese otra vez. Es increíble, no puedo cuidar de él como corresponde —soltó a toda prisa. Más allá de las palabras pronunciadas, se colaba por el tono de su voz la preocupación.

—No es tu culpa, Mike. Tranquilo. ¿Dónde estás ahora?

—En el automóvil de camino a uno de los sitios que él solía visitar, lo he buscado por dos horas en los lugares de siempre y nada. No sé dónde pueda haberse metido.

—Dime dónde puedo buscarlo, te ayudaré, si vamos los dos por separado cubriremos más lugares —busqué en el cajón de la mesita, lápiz y papel—. Pásame las direcciones.

—¿Segura, no prefieres que vayamos los dos juntos?

—No, Mike. Puedo con esto.

—Ok... ¿Tienes para tomar nota?

Mike me pasó tres direcciones.

Quedamos en que estaríamos en contacto.

Vistiéndome con lo primero que encontré, procurando abrigarme lo suficiente para salir a la noche fría, quedé lista para salir.

Más despierta y alerta que quince minutos atrás, me monté en mi auto y fui hacia la primera dirección a la que tardé media hora en llegar, de camino me llamó Mike para avisarme que Félix no había dado la cara por el sitio al que había ido a buscarlo; nadie lo había visto.

Llegué a destino. El local no era nada agradable.

Iba decidida a entrar pero quien cuidaba la puerta, me detuvo.

—¿A dónde cree que va, señorita?

—Me gustaría pasar —mi voz tembló.

—Lo lamento, el salón es solamente para caballeros. Retírese por favor.

Di un paso al frente, el sujeto ahora directamente se interpuso en mi camino.

—Señorita por favor.

—Será tan solo un momento.

—Ni un minuto.

—Le prometo que no molestaré.

El tipo me sonrió descreído.

—No puede entrar.

—Sí, ya lo dijo, no es que...

—Lárguese por las buenas.

Saqué la fotografía de Félix que había traído conmigo.

—Estoy buscándolo, es muy importante que lo encuentre, él...

Se rió en mi cara.

—¿En verdad cree que le informaré si ese caballero se encuentra aquí? Si me diesen una moneda por cada vez que una novia, esposa o “amiga”—entonces haciendo una mueca—viene a buscar a alguien aquí, yo ya sería rico y no tendría que estar aquí parado atendiendo a mujeres como usted. Retírese.

—¿Mujeres cómo yo? —Sus palabras me sacaron de quicio—. Sabe qué, él no es ni mi novio, ni mi esposo, siquiera podría decir que es mi amigo pero él está mal y lo busco para ayudarlo. Mire la fotografía, tan solo le pido que me diga si está aquí o no, llevamos horas intentando dar con él —Mike al menos—. Cuando lo perdimos de vista no estaba bien, había bebido demasiado.

—Aquí no admitimos borrachos —lanzó sin siquiera echarle un vistazo a la fotografía la cual planté delante de su rostro un segundo después.

—Apuesto lo que sea a que reconoce su rostro. Tan solo dígame si está aquí, si vino esta noche. No necesito que me deje entrar si me confirma que vino o que está dentro. Por favor. No tengo intenciones de armar un escándalo, quiero saber dónde está, nada más —bajé la fotografía.

—¿Quién es usted?

—Alguien a quién quizá él no quiera ver.

El sujeto espió por encima de mi hombro como buscando a alguien.

—¿Conoce a Spencer? Imagino que sí. Sabe quién es el hombre de la fotografía.

El custodio ni siquiera parpadeó, se quedó viéndome fijo. Casi que con la mirada me respondió que sí.

—Spencer no está aquí, lo busca por otros sitios; lo ayudo a encontrarlo. Por favor, solamente le pido que me diga si Félix está aquí, si así es, llamaré a Mike para que pase por él.

—El Señor Meden no vino esta noche. Lleva mucho tiempo sin pasar por aquí. Supimos que se encontraba en la ciudad pero no vino a visitarnos todavía.

—¿Me lo confirma?

—Sí, él no está aquí.

Di un paso atrás.

—Gracias por su ayuda.

—Retírese por favor y no vuelva. Y no le diga a nadie que yo le dije que él no estaba aquí, siquiera se le ocurra mencionar que sé quién es él.

—Claro, gracias.

—Lárguese de una vez.

De camino al auto llamé a Mike para avisarle que iba de camino a la segunda dirección puesto que Félix no estaba aquí; él manejaba hacia otra parte también.

El segundo sitio al que me dirigí fue un momento todavía más incómodo de manejar, no era un local nocturno sino un departamento privado que me recordó demasiado a la vez que lo sacamos con Mike, de esa cama en la que estaba tendido en un estado deplorable.

Estuve frente a la puerta tocando el timbre por unos quince minutos hasta que por fin una mujer me atendió con un grito que traspasó el altavoz del portero eléctrico. Le pregunté por Félix, así sin más, sin vueltas. Me contestó que él no estaba allí, que llevaba mucho tiempo sin verlo y se despachó insultándome por interrumpirla. Asumí debía estar con otro cliente.

Por una parte, suspiré aliviada, no me hubiese gustado encontrarlo allí, por otra, me inquietaba cada vez más, no dar con él, ¿dónde estaría? ¿En qué estado?

Ni se me ocurría pensar que pudiese haberle sucedido algo malo; qué haría yo sin él, aunque Félix no quisiese volver conmigo, aunque no me amase, perderlo para siempre del modo más definitivo... la muerte, partía mi cuerpo y mi alma en dos.

Mike me llamó antes de que pudiese marcar su número; la esperanza de que hubiese dado con él, se licuó en sus primeras palabras: “nadie lo ha visto”.

En plena madrugada atravesé la ciudad en sentido contrario para después de discutir a los gritos por media hora con los dos orangutanes de traje que custodiaban la puerta y el dueño del lugar, ser informada que Félix no estaba ni estaba ni había pasado por allí en toda la noche.

Subí a mi auto y me quedé mirando las luces del tablero sin poder reaccionar.

Llamé a Mike. El tono de llamada repiqueteó un par de veces en mi oído; justo cuando creí que la llamada sería derivada al buzón de voz, atendió.

—No está aquí.

—Tampoco aquí. Llamé al hotel, no regreso allí tampoco. Ni bien lo perdí di vueltas por los alrededores del bar del que se fue y no di con él pero creo que

regresaré para echar un vistazo otra vez.

—Dime dónde era, me reuniré allí contigo y decidiremos que hacer, si bien creo que lo más lógico sería dar parte a la policía.

—No, eso no, por ahora no.

—No podemos solos con esto, Mike. Estoy muriéndome de preocupación.

—Reunámonos, allí lo decidiremos.

No conforme con eso, igualmente accedí.

El cansancio y la angustia me tenían a un paso del abismo, tenía que conducir otra vez hacia el otro lado de la ciudad, el trayecto sería largo. Conduje un buen rato con la cabeza un tanto perdida hasta que reconocí los alrededores del barrio en el que quedaba emplazado mi viejo departamento.

Se me ocurrió una idea absurda; no tenía demasiado sentido, sabía que Félix no estaría allí, él debía saber así como Mike, que me había mudado, es más debía tener la dirección exacta de mi hogar, quizá hasta fotografías de la fachada y no me habría sorprendido que incluso supiese el monto que pagué por la casa, de cualquier modo, me desvíe de la avenida por la cual transitaba para colarme por las calles más angostas de adoquines que por ser invierno y de noche, lucían un tanto melancólicas por no decir tristes.

Como si mi corazón presintiese algo, se aceleró. Desde la esquina no lo vi, los automóviles estacionados sobre el cordón de la vereda lo cubrían; en cuanto me aproxime a un espacio vacío en el que detenerme lo distinguí acurrucado en la escalera de entrada. Mi corazón perdió el control y también yo. Ni siquiera me tomé tiempo de estacionar correctamente. Detuve el motor y me bajé del auto dejando la puerta abierta con la señal sonora que indicaba que en ese estado, la había abandonado lanzándome a la carrera en dirección a la entrada del edificio

Grite su nombre mientras corría hasta él, no dio señales de escucharme.

De rodillas me tiré sobre la vereda, frente a su cuerpo. Iba de traje y sin mayor abrigo. A sus pies había un vaso de plástico que olía a café, lo cual me extrañó, a él no le gustaba el café. Sus manos estaban tan heladas que temí lo peor.

—Félix, Félix... —mis manos tomaron sus mandíbulas, su cuello desprendía apenas un poco de calor, eso era suficiente para mí, estaba vivo—. Félix...

Abrió los ojos, no demasiado, apenas lo suficiente para identificarme.

—¿Gabriela? Gabriela...

Mi nombre en sus labios hizo que se me saltasen lágrimas de los ojos.

—No te cases con él, por favor no te cases con él.

Su aliento a alcohol me alcanzó junto con el peso de sus palabras.

—Te lo ruego —sus manos volaron hasta las mías y sobre éstas se apretaron —te amo. No te cases con él. Sé que te hice demasiado daño... no te cases con él. Si tú no me amas... nadie más podrá amarme... yo no podré amar a nadie más, no me dejes —se puso a llorar—. Por favor no me dejes. Perdóname, tienes que perdonarme. Por favor Gabriela, perdóname. Por favor, por favor, por favor, perdóname. Soy un idiota. Estoy tan mal, sé que debo ser lo último que quieres en tu vida pero te amo y te necesito. Lamento tanto todo lo que te hice pasar, he estado intentado reparar el daño, te lo juro, hice tanto para cambiar por ti; luego te vi con él, en ese restaurante... el anillo en tu mano, él besándote...

Félix tomó mi mano derecha y la apartó de su rostro y la miró. Entendí que buscaba el anillo que aún estaba en mi casa, a la espera de que Federico me diese la oportunidad de devolvérselo en mano.

—No voy a casarme con Federico, no lo amo. Imagino que no presenciaste toda la escena sino no...

—Yo creí que... —me lanzó una mirada con esos ojos azules que ahora de tanta lágrima parecían de cristal.

—Te amo; ni por un segundo dejé de quererte, Félix.

Sus labios me regalaron una sonrisa de alivio.

—Te amo, Félix.

—Perdóname.

—Repítelo, dime que me amas y con eso será suficiente.

—Te amo.

Me abalancé sobre él y lo abracé con todas mis fuerzas. Mi alma comenzó a ejecutar piruetas de felicidad dentro de este cuerpo cuya carne estallaba de gozo por sentir su calor y su perfume.

—Eres un desgraciado, casi nos matas del susto a Mike y a mí.

—Perdón.

Sus brazos abarcaron mi espalda y fue absolutamente perfecto pese a su estado.

—No estoy tan borracho, ya no. Bebí mucho y luego... vine aquí porque no tenía el coraje de enfrentarte y que me dijeras que ya no me querías en tu vida —susurró en mi oído izquierdo.

Lo aparté de mí solamente lo suficiente para mirarlo a los ojos.

—Regresé a Buenos Aires para pedirte perdón. Quería que todo fuese perfecto. Te seguí cuando fuiste a ver a tu hijo y luego al restaurante, esperaba

la oportunidad para preséntame y explicártelo todo, quería que supieses todo lo que he hecho durante todo este tiempo, necesitaba contarte todos los planes... —meneó la cabeza —presenciar esa escena me derrumbó. No lo soporté. No podía creer que te perdía otra vez. Te había perdido y ya nada importaba.

—Tu vida importa Félix, es preciosa, es preciada. No necesito que cambies nada por mí, lo único que tienes que hacer para tenerme en tu vida es déjame entrar, es permitirme que te ame. Me enamoré de ti conociéndote, entendiéndote y aceptándote cómo eres. Solamente necesito hacerte feliz y que me hagas feliz, como puedas, como tú sabes —le sonreí—. No quiero que necesites a nadie más que a mí, entiende eso. Te amo tal cual eres y dudo que pueda dejar de amarte.

—Explícame cómo es que me amas. ¿Por qué?

—Porque eres ese idiota que necesita preguntármelo, porque eres ese necio que cree que no me merecerse, porque fuiste a ver a mi hijo y ahora entiendo que no fue para quitármelo.

—Eso jamás, él debe estar contigo. Hice todo lo que estuvo en mis manos para allanarte el camino hasta él.

—¿Qué?

—Quería que fueses feliz, incluso si no era conmigo. Quería verte feliz, por eso no irrumpí en tu cena con Federico, pensé que eras feliz con él.

Negué la cabeza.

—No vuelvas a darte por vencido para tenerme.

—No lo haré.

—Y no inviertas en más productoras de cine, las películas podrían no salir muy bien.

Se sonrió.

—Es lo mínimo que podía hacer por la mujer que amo, por la primera persona que me ha amado jamás.

—Esa es una gran tontería, no soy la primera persona en amarte Félix, pero probablemente sea una de las que más te ama, eso sí.

Me dedicó una sonrisa todavía más amplia.

—Eres responsable de que pueda sentir así —entonó después de un corto silencio durante el cual nos miramos a los ojos. Yo todavía no podía creer que esto estuviese sucediendo.

—Jamás fuiste insensible, Félix. No te di nada que tú ya no tuvieses en ti.

—No discutiré contigo porque no quiero que te enojas conmigo sin embargo lo

que digo es cierto.

—Cuando te lo propones eres un idiota.

—Soy un idiota y punto.

—Vamos, te sacaré de aquí, estás helado. Además tengo que llamar a Mike para avisarle que te encontré, estaba desesperado.

—Llamó tantas veces... es que necesitaba perderme. No resistía más.

Acaricié su frente; mis dedos se internaron en su cabello.

—Si te pierdes me pierdo contigo. Te amo y te necesito Félix, mi corazón y todo mi cuerpo no han hecho más que añorarte a cada segundo.

—Es probable que conmigo a tu lado no vuelvas tener paz. Estoy loco, estoy...

—No quiero paz, quiero tu locura porque es casi tan grande como la mía —rosé sus labios con los míos e inhalé profundo su perfume—. Jamás lograría sacarte de mis pensamientos.

—Te hice tanto mal, nunca debí exponerte a mi persona.

—Exponerme a tu persona fue lo mejor que me sucedió en la vida, me obligó a exponerme a mis misma.

Me miró fijo y sonrió.

—No necesito que nadie me rescate de ti. Eres mi perdición pero no mi mal.

Esas últimas palabras hicieron que su sonrisa se ampliase todavía más.

Mis labios tocaron los suyos una vez más. Sus parpados cayeron. Cuando me alejé volvió a abrir los ojos. Allí estaba Félix Axel Meden, el mismo de siempre, el que yo amaba y deseaba con todo mi ser.

Con parte de su peso apuntalado en mí, caminamos hasta mi auto. Lo acomodé lo mejor que pude en el asiento y rodé el vehículo para sentarme al volante. Subí la calefacción y apunté todas las salidas de aire caliente en su dirección.

—¿Mejor?

Asintió con la cabeza. Se le cerraban los ojos.

Con el motor en marcha y la calefacción reparando nuestros cuerpos, llamé a Mike.

—¿Dónde estás? —Lanzó Mike sin darme tiempo a nada.

—Lo encontré, lo tengo a mi lado en el auto. Estaba en la puerta de mi antiguo departamento, debe haber estado allí al menos un par de horas, está helado pero está bien, creo que estuvo bebiendo café... ¿desde cuándo bebe café?

Con los ojos cerrados, Félix curvó sus labios hacia arriba.

Estiré un brazo y tomé su mano izquierda, él acarició el dorso de la mía con su

pulgar. Su caricia provocó chispazos en la superficie de mi piel.

Todavía me parecía increíble que su piel hiciese contacto con la mía, que me acariciara y sonriera, que me amara.

Mike rió.

—Muchas cosas son diferentes en él ahora.

—¿Tiene las manos ásperas? ¿Qué es lo que ha estado haciendo?

—Te lo contará él, es su logro. No diré nada.

Mis dedos, voluntariamente, se estrecharon alrededor de su mano, no quería tener que volver alejarme de él jamás.

Lo miré de reojo, necesitaba abrazarlo para compensar todo el tiempo que duró nuestra separación.

—¿En qué hotel se hospedan, lo llevaré?

Félix abrió los ojos estrepitosamente igual que si hubiese sonado una alarma.

—No, por favor, no me dejes otra vez. Llévame contigo a tu casa, por favor —nuestras miradas se juntaron —por favor.

No pude decirle que no.

—Irá conmigo a mi casa, no quiere ir al hotel —le expliqué a Mike — estaremos bien. No te preocupes, me haré cargo de él. Ve a descansar, te llamaré en la mañana.

—Sí, claro —a través de la línea telefónica me llegó su alegría—. Llámame si necesitan algo. No lo dudes, dormiré con el celular junto a mí.

—No te preocupes Mike, está todo bien. Ahora sí está todo bien y no podría estar mejor —tenía a mi hijo, tenía a Félix, tenía un trabajo que amaba...— descansa.

—Igual ustedes —guardó silencio por un par de segundos—. Me alegra tanto...

Ante sus palabras me eché a llorar otra vez.

—Gracias. Hasta mañana, Mike.

—Hasta mañana.

Guardé el celular en mi cartera y volví a mirarlo, su presencia nunca dejaría de turbar mi cerebro, él continuaba sacudiéndome por dentro, convulsionándome. Mi corazón se desbocó; pese a que tenía los ojos cerrados sentía su mirada sobre mi piel.

Me incliné sobre él y deposité un beso sobre su sien.

Abrió los ojos y me miró.

—Descansa —le dije y él volvió a sonreír.



Félix dormitó en el trayecto. Supuse que me costaría despertarlo al llegar, no fue así, en cuanto detuve el auto junto a la casa, después de entrarlo al garaje, abrió los ojos.

—Hogar dulce hogar —le sonreí—. Te ayudaré a bajar.

Cuando llegué a su puerta, él la abría.

—Ven —le tendí una mano.

—No debí beber tanto. Me da vueltas la cabeza. Vomite en la calle un par de veces. Estoy hecho un asco. Nuestro reencuentro no debió ser así. Planeaba una cena romántica, flores... esas cosas.

—Por ahora te lo dejaré pasar. Me lo compensarás luego con un salto en paracaídas. ¿Qué te parece?

—Una idea magnífica.

Su sonrisa hizo estallar mi corazón.

—Te prepararé un baño caliente y una sopa. ¿Te parece bien?

Imagino que los dos nos acordamos de aquel momento puesto que nos reímos.

—Prometo que esta vez colaboraré. No te lo pondré tan difícil para desvestirme.

Se me escapó una carcajada y él también rió con ganas.

—Te amo.

—Ni te imaginas lo feliz que me hace escucharte decir eso, Félix.

Sus labios llegaron hasta los míos, apenas rozándolos. Ese gesto desencadenó un incendio forestal en mí. Él se detuvo demasiado pronto y yo lo necesitaba todo.

—Necesito un baño, lavarme los dientes y quizá volver a vomitar. Bueno, no precisamente en ese orden...

—Entremos.

Abrí la puerta y lo ayudé a entrar.

Encendí las luces. Mi hogar quedó al descubierto.

Félix dio un par de pasos observándolo todo.

—Me gusta tu casa, de verdad que le hace justicia a lo que dijiste... “Hogar dulce hogar”. No es como mis casas, esto sí es un hogar.

—Puedes considerarlo tu hogar si quieres, no pienso pedirte que te vayas, Félix.

Su respuesta fue acortar la distancia que nos separaba en un único paso y abrazarme para repetir una y otra vez, a mi oído, que me amaba más que a nada en este mundo.

—Tiemblas del frío. Subamos.

Con su mano pegada a la mía, remontamos la escalera y atravesamos el pasillo en dirección a mi cuarto.

—Mi baño está allí —le indiqué la puerta después de que él requisase todo el espacio con sus ojos, imagino no se le pasaría detalle.

Se quedó parado viéndome, sonriéndome.

Sentí que me sonrojaba igual que la primera vez que lo tuve frente a mí. Este hombre era simplemente magnífico, no por su apariencia sino porque tenía el poder de llegar a lo más hondo de mí sin siquiera pronunciar una palabra, sin tocarme.

—Andando —le dije dándole un suave empujón —te enfermarás si no entras en calor rápido.

—Tengo todo el calor y la salud que necesito aquí mismo —apretó mi mano y la alzó para besar el dorso de ésta.

—Sí, sí, eso es muy romántico pero de verdad te enfermarás —intenté bromear cuando en realidad me derretía del amor y deseaba más que nada, empujarlo sobre la cama para desvestirlo y desvestirme.

En dos pasos entramos en el baño. Encendí las luces.

—Linda bañera —Soltó detectándola al instante.

—Soy muy masoquista—contesté. La bañera que compré al momento de planificar las reformas de mi baño era exactamente igual a aquella de su cuarto en la casa que poseía en Londres.

—Tú amándome y yo siendo un idiota. Esto no es justo —entonó por lo bajo.

—No digas una palabra más —lo rodeé y deteniéndome detrás de su espalda, coloqué mis manos sobre sus hombros y me acerqué a él, dio un respingo—. Está bien, Félix —su espalda se había tensado —todo está bien —poniéndome en puntas de pie, me estiré y besé su cuello —no voy a hacerte daño —otro beso sobre esa piel que extrañaba tanto—. Intenta relajarte, estoy contigo ahora —mi nariz se detuvo en su nuca, olía tan rico como siempre. Permanecí allí un momento. Mis manos se deslizaron hacia arriba, hacia el cuello del saco dentro del cual colé mis dedos. Félix se estremeció—. Te extraña tanto, nos extraña a nosotros juntos.

—No más que yo.

—No es competencia —le susurré al oído.

—De cualquier modo yo gano.

Me reí.

—No te quedarás con la última palabra, además la bañera me da la razón.

Giró un poco la cabeza y me espió por encima de su hombro derecho. Sus ojos

parecían querer devorarme.

Sin añadir ni una palabra más empecé a quitarle el saco. Félix aflojó los hombros para dejarme hacer. Coloqué el saco sobre la silla que había a un lado y regresé a pararme frente a sus pies.

—Bien, aquí estamos otra vez —dije sonriéndole, me moría de ganas de comérmelo a besos y de cualquier modo esto era mejor que cualquier cosa: el frente a mí, nuestras miradas, los chispazos de energía entre nosotros. La anticipación.

—Sí, aquí estamos, tú y yo.

—¿Puedo desvestirte?

Sus labios le dieron forma a una sonrisa pícara.

—Por favor —fue su respuesta.

Un parpadeo y me agaché a sus pies disponiéndome a quitarle los zapatos.

Félix rió volviendo a prenderse de mi cabeza como aquella vez.

Flexioné su rodilla y le quité el primer zapato. No pude contener la risa.

Sus dedos se enredaron en mi cabello provocando una aceleración en mi pulso.

Le quité el otro zapato.

—Estás malcriándome —me susurró.

—A mí siempre me dio la impresión de que ya eras un malcriado.

—Terminarás de arruinarme.

Alcé los ojos, nuestras miradas se juntaron. No dije nada, él me sonrió con malicia.

Bajé la vista hasta sus pies.

Él se carcajeó todavía más cuando le quité la primera media y le dije que siempre me habían gustado sus pies. Todo su cuerpo se sacudía de la risa.

—Quédate quito o te caerás —le advertí todavía sosteniendo su pie en alto.

—Es que me haces cosquillas.

De un tirón arranqué la media.

Sacó sus manos de mi cabeza y me alcé en pie.

Nuestras miradas se enfrenaron.

Mis dedos fueron hasta el nudo de su corbata. Sentí sus ojos instalados en mí.

—Qué equivocado estaba, esto es todavía mejor. No podía ser mejor.

Tiré de la corbata haciéndola correr por el cuello de la camisa, la solté y esta cayó al piso. Ya no tenía cabeza para continuar acomodando sus cosas sobre la silla.

Me alejé un momento para poner a llenar la bañera. Al darme la vuelta luego de abrir el gua caliente y colocar el tapón, lo tenía frente a mí.

Hizo el amago de comenzar a desabotonarse la camisa. Negué con la cabeza y quité sus manos de en medio.

—Lo haré yo. No me quitarás este momento.

No opuso resistencia.

Despacio, liberé los botones de los ojales hasta llegar a la altura de la cintura de sus pantalones. Tiré de la camisa hacia arriba para soltarla y acabé con mi labor. Mis manos literalmente se deshacían en ganas de tocarlo. Tenía la boca llena de saliva y en mi estómago se removía las ganas de tenerlo dentro de mí. Tomé su mano derecha y liberé el primer gemelo, luego el otro. Coloqué ambas piezas de joyería sobre el lavatorio y regresé frente a él para notar que su respiración estaba tan agitada cuanto la mía.

Mis palmas aterrizaron sobre su pecho, el cual subía y bajaba a un ritmo casi frenético. Sin despegar mi piel de la suya, aparté la camisa deslizando los dedos sobre sus clavículas para llegar a sus hombros.

Félix cerró los ojos reclinando la cabeza hacia atrás.

—¿Sientes eso?

En respuesta a mi pregunta sonrió. Un jadeo se le escapó por entre los labios.

La camisa cayó al suelo mientras mis dedos se entrelazaban en los suyos luego de recorrer sus brazos para detenerse sobre el tatuaje de la golondrina que tenía en el izquierdo. Hacía unos dos meses había leído en alguna parte que los tatuajes de las golondrinas representaban a la familia, algo que Félix nunca tuvo y siempre —obviamente—deseó tener.

Liberé mis manos y él abrió los ojos.

—Tiemblas.

—Estoy bien.

—¿Seguro?

Asintió con la cabeza.

—¿Continúo?

—Sí.

Su voz fue apenas audible.

Solté su cinturón, el botón de los pantalones y bajé el cierre.

Los pantalones cayeron a sus pies.

Me tomé un momento.

Su mano derecha se posó sobre mi cadera.

—Sigue... por favor sigue.

Hice lo que me pidió. Mis dedos se colaron dentro de la cintura de sus boxers.

Lo sentí estremecerse.

Empujé la prenda hacia abajo, hasta que ya no tuvo de donde sostenerse y al final cayó.

Félix alzó un pie y luego el otro para apartar la ropa.

Lo recorrí con la mirada; extrañaba tanto su piel, sus tatuajes.

Las yemas de mis dedos aterrizaron en sus iniciales.

Su respiración se cortó por un momento.

—Esta situación no me parece muy justa —bromeó—. ¿Por qué todavía sigues con ropa?

—Un comentario muy propio del Señor Meden. Me alegra saber que aún está allí. Bienvenido.

—Señorita Lafond, usted no tiene ni la menor idea de lo que dice. Despierta a la bestia.

—La tengo Señor Meden —me mordí el labio inferior, sentí que el rostro se me paralizaría en esta enorme y tonta sonrisa—. Es un placer verlo otra vez.

—El placer es todo mío, señorita Lafond.

—Lo único malo para usted es que por el momento tendrá que aguantar un poco, no obtendrá lo que quiere ahora mismo.

—¿Está al tanto que de ser así, usted también tendrá que esperar para obtener lo que desea?

—Sí, es lamentable, pero usted necesita un baño, una buena taza de té o quizá una sopa... ya veremos después.

—¿Podrá esperar?

—No sé, ciertamente no será tarea fácil, es que le prometí a Mike que cuidaría de usted, Señor Meden, no me fuerce a quebrar mi palabra, me pesaría en la conciencia luego.

—No quiero eso —entonó apretando mi cintura con su mano.

Verlo sonreír así era la gloria.

—Al agua, Señor Meden que puede que la borrachera se le pasara pero todavía huele a borracho.

Puso los ojos en blanco enseñándome todos sus dientes, de pura felicidad.

—Tendrá que disculpar la falta de su jabón favorito, es que tenerlo aquí habría implicado un nivel de masoquismo que no habría podido resistir.

Félix acercó su rostro al mío, su nariz recorrió mi mejilla en dirección a mi cuello dejando un surco de fuego a su paso; ahora sus dos manos sujetaron mi cintura. Marcó mi cuello depositando un beso aquí y otro allí, el final del recorrido de su nariz fue mi cabello. Sus labios subieron hasta mi oreja.

—Prefiero oler como usted —me susurró—. Huele infinitamente mejor. Será un placer usar su jabón.

Su rostro apareció frente al mío.

—Mejor me meto en la ducha, cuanto antes cumpla y acabe su plan, antes

estaré libre para llevar a cabo el mío.

—¿Y quién le dijo a usted que hará lo que quiera? Esta es mi casa, Señor Meden, aquí doy las ordenes yo.

—¿Eso qué significa?

—¿En verdad tengo que explicárselo?

Negó con la cabeza.

—¿Le molesta? —Pregunté simulando que era en broma, sin embargo la pregunta era muy seria. Por un segundo creí que me diría que no y no por bromear, sino porque de verdad necesitaba tener el control de la situación. Mi rostro se tensó de miedo y ansiedad. Al final, después de un par de segundos, negó con la cabeza.

—No, para nada. Tan solo imaginarlo...

Su piel se erizó y la mía me pidió a gritos que fuese directo al grano sin dar vueltas. Le expliqué que debía esperar.

—Mejor me meto en la bañera —entonó luego de aclararse la garganta.

Asentí con la cabeza.

—¿Té, sopa... café? —Alcé una ceja al preguntar eso último—. Tendrá que explicarme eso del café.

—Tengo que explicarle muchas cosas. Con un té estará muy bien, gracias.

—Al agua.

Le tendí una mano y él se sostuvo de mí para entrar en la bañera.

Lo que me costó separarme de él para ir a prepararle una taza de té no tiene nombre ni explicación. Bajé a la cocina y a toda prisa puse la pava eléctrica. De los nervios pateé una silla sin querer, cuando fui en busca de una taza, un plato, y por poco y rompo las dos cosas al soltarlas con demasiada fuerza sobre la mesada. Busqué el té. Félix no le agregaba nada a la infusión. Busqué otro plato y lo cargué con un par de galletas. Terminé con todo para descubrir que a mi modo de ver, la pava no calentaba el agua lo suficientemente rápido. Necesitaba volver con él en este instante.

Tuve que agárrame del borde de la mesada para no desmoronarme de la emoción, del deseo. Empecé a hiperventilar, es que simplemente no cabía en mi cabeza la realidad de tenerlo aquí, de que me amara. En voz alta agradecí, no sé a quién, solamente sé que de necesitaba agradecer de algún modo por esto.

El agua dentro de la pava borboteó llamando mi atención; preparé la taza e intentando no derramar todo encima de mí, de no perder las galletas por el camino, subí las escaleras.

Ni bien puse un pie en el baño, alzó la cabeza y me miró, tenía mi champú en las manos.

—Yo lo haré. ¿Puedo?

Sus ojos se iluminaron.

Con los pies acerqué la silla a la bañera y coloqué la taza y el plato sobre el asiento, él me tendió el champú.

Su cabello ya estaba mojado de modo que tomé una porción de champú y acerqué mis manos a su cabeza.

—Podría acostumbrarme a esto —le dije.

—Y yo —contestó antes de meterse en la boca una galleta.

Mis dedos entre su cabello, masajeando su cuero cabelludo... necesité que alguien me pellizcara para saber que esto era real. Félix tomó la taza y bebió un poco de té, cuando la soltó otra vez sobre la silla, lo enjuagué.

Repetí la operación una vez más, mientras él ingería el resto de la bebida y las galletas.

—¿Puedo seguir? —Consulté tomando la esponja y el jabón líquido.

—No necesitas preguntarlo.

Comencé por su espalda recordando cada curva de sus músculos. Me desvié hacia su brazo izquierdo, sus dedos. De repente su mano derecha atrapó la mía. Por un momento equivoqué lo que sucedía, creí que no soportaba más las caricias, no era así.

—Ven aquí.

—¿Qué?

—Ven aquí —repitió tironeando de mi mano.

—Tengo la ropa puesta.

—Te la quitaré yo.

—Quedamos en que...

—Le prometo que por el resto de mi vida usted podrá hacer de mí lo que quiera pero no pienso esperar a tener que salir de la bañera para que me ate a su cama. Quiero hacerle al amor aquí y ahora... si eso es posible.

Se me escapó una carcajada.

Félix se aprovechó del momento y tiró de mí otra vez. Caí sentada en el agua. Voló espuma y agua para todos lados.

—Así está mejor —dijo sentándose sobre sus piernas.

—¿Eso cree? —Rodeé su cuello con mis brazos. No aguantaba más las ganas de besarlo y eso hice. La necesidad de los dos era tal que no daban abasto ni sus labios ni los míos, ni su lengua ni la mía y mis manos no sabían qué más



hacer para sentirlo más cerca de mí.

Entre dos peleamos contra mi suéter mojado para lograr quitármelo. La prenda cayó pesada y mojada en el piso del baño.

—Te deseo tanto —soltó con un jadeo dentro de mi boca.

No necesitaba decírmelo, todo su cuerpo lo ponía muy claro, sentía su erección frente a mi pelvis.

Otra vez entre los dos, peleamos con la siguiente prenda: mi remera. La pobre no pudo hacer demasiado contra nuestra necesidad.

Sus manos llegaron a mi cuello; mi espalda se arqueó de puro placer cuando sus dedos deslizaron desde mi cuello hasta mis hombros para empujar los tirantes de mi corpiño.

Félix acercó mi pecho a sus labios. Sus dientes arañaron mi piel. Su nariz inspirando y soltando aire sobre ésta fue la locura.

Aprovechando un leve alejamiento de su parte, fui yo quien lo desabrochó y lo quitó del medio.

Su mano derecha llegó a mi mentón y comenzó a descender por mi cuello, mi esternón para finalmente desviarse hasta mi pecho el cual cubrió. Su mano se deslizó sobre mí; las yemas de sus dedos apenas rozando mi pezón... la cordura se me escapaba.

Su boca llegó a la mía mientras continuaba acariciándome.

Jadeé dentro de su boca.

—Te necesito —le dije desarmándome.

—Y yo a ti.

Las yemas de sus dedos bajaron por mi piel mojada hasta la cintura de mis jeans.

Desabrochó el botón, bajó el cierre. La tela estaba mojada y demasiado pegada a mi cuerpo.

Me reí.

—No podremos hacer esto así —rió.

Sus dedos se habían quedado a mitad de camino de su destino porque no podían pasar.

Me puse en pie y así el nivel de agua de la bañera descendió permitiéndome ver más de él otra vez.

Félix tomó mis jeans por la cintura y comenzó a deslizarlo hacia abajo. Todo estaba demasiado mojado y pegoteado de modo que los jeans arrastraron en su descenso, mi ropa interior.

Tomó mi tobillo derecho y liberó mi pierna, hizo lo mismo con la izquierda y

arrojó mis jeans a un lado. Sus manos volvieron a ascender por el interior de mis piernas, rozando y atacando con ese simple gesto, todo mi ser. Cuando llegaron a mis muslos yo ya tenía la impresión de que la mayor parte de mis neuronas estaban muertas.

—Félix...

—Eres tan bella.

Mi piel se puso tirante.

Sus dedos entraron en mí.

Se me cortó la respiración cuando comenzó a moverse dentro de mí. Esto era la locura.

—Félix...

Su otra mano se entrelazó con la mía.

Cómo podía conocerme tan bien, cómo era posible que me hiciese sentir esto.

Abrí los ojos otra vez y lo miré a la cara. Apretujé su mano, y con mis pies, sus piernas, es que necesitaba aferrarme a algo. Iba a...

—Félix...

Quitó sus dedos de mí y entonces sus labios y su lengua se apoderaron de la situación.

El mundo se contrajo dentro de mí.

El placer era intenso y al final estallé en un orgasmo que llevó su nombre a repercutir en las paredes de mi casa mientras sin querer, le clavaba las uñas en la mano que él tenía aferrada a la mía.

Se apartó de mí y allí arriba, parada frente a él, me sentí demasiado sola y vacía.

Bajé hasta él y lo besé, sentí su erección al pegarme con desesperación a su cuerpo.

—Félix...

—Gabriela... —jadeó en respuesta.

Me penetró despacio, besándome, acariciándome, mirándome a los ojos, con su aliento y su vida en mi boca.

Si al principio los dos intentamos ser pacientes y delicados, el deseo y la necesidad pudo más, yo necesitaba como nada en este mundo, sentir su fuerza contra mí. La rotundidad de su peso me hacía sentir segura, moverme sobre él, magnífica e igual de fuerte.

Tenerlo dentro de mí, con sus dedos presionando mi carne mientras me sujetaba en un agarre tan desesperado cuanto el mío, me hizo el amor. Fue como si el tiempo no hubiese pasado, bueno, en realidad sí porque así era

mejor, mucho mejor de lo que fuera antes entre nosotros dos. Pensé que no me alcanzaría la vida para hacerle el amor la suficiente cantidad de veces para hacerle justicia a lo mucho que lo amaba.

—No quiero volver a separarme de ti —articuló entre mis labios entreabiertos estando todavía en mí, a un paso del orgasmo—. Te quiero por siempre, para siempre, junto a mí.

Dos segundos después su persona terminó de aturdirme de tanta pasión y amor. Nos miramos.

—Átame a la cama ahora si quieres. Soy completamente tuyo.

Ante aquellas palabras no pude más que besarlo una y otra vez.

Sus brazos me rodearon para recostarme contra su pecho entre sus piernas.

—Me gusta tu cabello así —me susurró al oído—, así se ve tu rostro. No tienes nada detrás de lo que esconderte. Además tengo libre acceso a tu cuello —dijo y estampó un beso justo allí.

Reí.

—¿Me contarás qué es lo que estuviste haciendo todo este tiempo? —Tomé su mano derecha y surqué su palma con mis dedos, tenía la piel engrosada en algunas zonas, en el dorso y en el brazo tenía un par de marcas—. ¿Cómo te las hiciste?

—Aprendiendo a construir casas.

Despegué un poco la espalda de su pecho y lo miré por encima de mi hombro.

—Es cierto. Brian; uno de los hermanos de Mike trabaja en la construcción en Elgin Texas que es donde estuve la mayor parte del tiempo que desaparecí. Trabajé con él y después con su cuñado. Aprendí mucho —me acomodó otra vez sobre su pecho—. Estuve quedándome en la casa de la familia de Mike, viviendo de un modo completamente distinto... fue un gran cambio para mí. Agradezco cada segundo que pasé allí.

—¿Construiste casas? —Apenas si lograba creer que estaba escuchando esas palabras, menos que esas palabras representaban una realidad.

—Ayudé con la construcción de un par de edificaciones, aprendí de vacas y caballos, cultivos, clima, sobre la cultura texana —rió.

—¿Es en serio? No te burles de mí, Félix.

—Sí, te juro que no miento —su mano derecha presionó sobre mi vientre para apretarme más a él—. Y ahora estoy ocupado con la construcción de una cabaña en un bello bosque a una hora de viaje de Manhattan, tengo un lago y una inmensidad de bosque —ahora fueron sus manos las que tomaron las mías—. Una casa para nosotros dos. Una casa para nosotros y tu hijo, una casa

ideal para una familia.

¿El corazón puede estallar de felicidad? El mío estaba a punto de volar por el aire.

—Te amo. Quiero pasar el resto de mi vida a tu lado. Perdóname por lo que te hice, por juzgarte... por meterte en mi vida así sin advertírtelo. Cuando Valeria me habló de ti entendí que nadie más que tú podía amarme. Tener tu amor... lo que teníamos... entré en pánico, no sabía qué hacer con eso y el averiguar que tu hijo...

No lo dejé seguir, me di la vuelta y tapé su boca con mi mano.

—No digas nada más.

Quitó mi mano de sus labios.

—Fui a conocer a mis padres.

—Félix... —jadeé sorprendida. Obviamente así de mucho había cambiado su vida... él.

—Sí —sonrió con algo de tristeza—. Sabía dónde vivían, llevo años pasándoles dinero pero jamás me había presentado ante ellos, el dinero que les llegaba era una donación anónima por medio de una supuesta O.N.G. —. Estábamos frente a frente. Se prendió de mis manos apretándolas—. A medida que me acercaba donde viven se puso cada vez más difícil. Pensé que no sería capaz de enfrentarlos. Soy valiente para cosas ridículas e innecesarias no para las que valen la pena. Lo nuestro es un ejemplo de eso—. Inspiró hondo y soltó el aire por la boca—. Tienen una casita humilde pero no pasan necesidad... los dos no son demasiado mayores sin embargo en sus rostros y sus cuerpos se evidencia que tuvieron una vida dura—. Apretó los dientes—. Tengo los ojos de mi madre —. Sonrió—. Mi padre los tiene celestes... ellos...

Se me puso la piel de gallina; sus ojos se habían llenado de lágrimas.

—Me dijeron que me amaban, que jamás dejaron de amarme. Que darme fue lo más difícil que les tocó hacer en esta vida; que necesitaban el dinero para cuidar un poco mejor de mis hermanos. Tenían pensado darme en adopción de cualquier manera porque no tenían lo suficiente para cuidar de mí. Contaron que cuando aparecieron mis padres un funcionario les propuso venderme. El sujeto se debe haber quedado con más de la mitad de lo que mis padres pagaron por mí. Mi madre no paraba de abrazarme y tocarme, dice que tengo el cabello bonito, el mismo que tenía mi padre de joven.

Noté que tragaba con dificultad.

—Mi padre lloró todo el tiempo y me pidió perdón una infinidad de veces.

Dijo sentirse tan avergonzado por lo que había hecho.

Félix no logró contener el llanto.

—Debí buscarlos antes —meneó la cabeza negando —tanto tiempo perdido. Tanto rencor y angustia... Fui un necio. Siempre pensé que ellos simplemente no me amaban y preferí quedarme con la duda antes de averiguar que realmente no me amaban, porque eso es lo que creí encontraría cuando llegase ante ellos. No podía estar más equivocado. No quiero volver a cometer ese tipo de errores nunca más.

Liberé una de mis manos y acaricié su mejilla.

—Estoy tan feliz por ti.

Su mano se posó en la mía, sobre su mejilla.

—Les hablé de ti, de tu hijo, de lo mucho que te amo, de lo magnífica persona que eres, de tu libro... Me gustaría presentártelos, ellos están ansiosos por conocerte.

—Y a mí me encantaría conocerlos.

Continuábamos hablando, es decir, él hablando y yo escuchando toda la historia de sus meses lejos de mí; las cosas que había vivido y sentido... unas fueron más difíciles que otras de aceptar pero hoy por hoy no tenían ni la menor importancia, en los grandes ojos azules de mi amor ya no había ni tristeza ni insensibilidad.

El agua de la bañera se enfrió.

## 20.

Temía dormirme. El sueño amenazaba con cerrarme los ojos. Pese a mi cansancio, fue ella la primera en sucumbir al agotamiento.

Su respiración era lo único que se escuchaba... eso era todo lo que necesitaba escuchar.

Acerqué la nariz a los cortos cabellos de su nuca e inspiré; tantas veces añoré este perfume, la cercanía de su cuerpo, su mirada, su sonrisa algo ladeada, el modo en que los dedos de sus manos dibujaban florituras en el aire al hablar. Gabriela me miraba de un modo en el que nadie más lo hacía, dejándome al desnudo por completo y así mismo, haciéndome sentir fuerte y todopoderoso.

Acaricie sus brazos desde los hombros hasta los codos procurando no

despertarla. La abracé.

No la merecía, no necesitaba que nadie me lo dijera, tenía muy claro que tomando en cuenta nuestro pasado juntos, ella debía trazar su camino muy lejos de mí y sin embargo aquí me encontraba yo, en su cama, en su casa, teniendo el permiso de amarla de darle placer y de gozar con ella, de esperar un futuro juntos, de ser partícipe de su logros así como ella esperaba lo fuese de los míos.

Por detrás de mis parpados cerrados saltaron imágenes de mi vida: cuando descubrí que mis padres pagaron por mí, la primera vez que acepté que no podría sentir nada más que siendo sometido, el día en que le propuse a Jesica casamiento igual que quien propone la planificación de un emprendimiento comercial, la noche en que desparramados en la cama, Valeria me contó sobre Gabriela, la primera vez que la vi, la segunda, la tercera... aquella primera vez en que ella me besó y yo no respondí, no porque no quisiera besarla o hacerle el amor allí mismo sino porque creí que si lo hacía, dejaría de ser ella para convertirse en mí y no quería hacerle eso, me pareció que era demasiado cruel, ya suficiente con lo que le hacía por mantenerla a mi lado.

En este momento quién era ella y quién era yo era una pregunta que me resultaba imposible responder. Entre nosotros desaparecieron las fronteras y también los límites, por suerte se evaporaron los miedos y las dudas, y no quedó más que la certeza de que incluso no mereciéndola, esto era lo correcto. Emplearía cada segundo de mi vida en luchar por ser digno de ella.

Apreté mi cuerpo todavía más contra el suyo.

Todo mi cuerpo se alteró ante el contacto con el suyo.

—Te amo Gabriela.

Sus dedos se enredaron en los míos. No estaba dormida.

—Te amo Félix.

—Gracias por perdonarme.

—Repites eso y te tiro de la cama —entonó con voz soñolienta fingiendo enojo.

—Gracias —repetí divertido solamente para provocarla. En respuesta me empujó con su trasero—. No haga eso, señorita Lafond.

—Estoy demasiado dormida, señor Meden. Mañana, le prometo que mañana... recuerde que tengo que ir a buscar a mi hijo, necesito dormir un par de horas.

—Sí, lo sé —guarde silencio un momento. Afuera comenzaban a cantar los zorzales pese a que apenas eran las cuatro treinta de la madrugada—. ¿Podré conocer a tu hijo?

—Si ya lo conoces.

—Me refiero a estar aquí cuando él venga.

Se dio la vuelta sobre el colchón y me miró.

—Me acompañaras a buscar a mi hijo y eso no es negociable.

Le sonreí.

—Como usted diga, señorita Lafond.

Se prendió de mi cintura y enredó sus piernas en las mías escondiendo su cabeza por debajo de mi mentón.

—Duerme. Estaré aquí en la mañana cuando despiertes.

—Duerme —entoné yo también —estaré aquí todas las mañanas contigo en tanto y en cuanto continúes queriéndome a tu lado.

Sin demasiada fuerza, le dio un pellizco a mi abdomen.

La abracé y caí rendido.

Soñaba con mis primeras veces sintiendo dolor y placer todo a la vez. Esa punta de miedo que asomaba sobre todo lo demás, me hacía sentir vivo.

La oscuridad que el pañuelo que cubría mis ojos me otorgaba, era el perfecto refugio para apartar al menos por unos cuantos minutos todas aquellas cosas de la vida que no quería ni soportaría ver. Entender que eres incapaz de manejar muchos de tus sentimientos y pensamientos es desesperante y no quería tener que vivir mi vida así. Deseaba no tener que vivir en la oscuridad por más tiempo; no podía seguir así.

Las ataduras que arañaban mis tobillos fueron las primeras en aflojarse y caer. La tensión de mis hombros desapareció cuando los amarres de mis muñecas desaparecieron.

Comencé a desprenderme del dolor con miedo a quedarme sin nada.

Bajé los brazos e instantáneamente comencé a respirar mejor.

Otros malestares corporales tardarían un poco más en desaparecer, de cualquier manera ya no significaban nada.

Reconocí el perfume de su piel antes de que pronunciase mi nombre.

Me llamó otra vez.

—Abre los ojos, Félix.

No me atreví a quitar el pañuelo, tenía miedo de ver, sí, todavía lo sentía.

—Está bien, puedes mirar ahora. Yo estoy aquí.

Moví las manos, me dolían mas no fue por eso que no las utilicé.

—Hazlo, Félix. Tienes que encontrar el modo de ver, de mirar. No hay nada de malo en ti. Puedes hacerlo. Estaré aquí para ti. Quitate la venda... abre los



ojos.

En mi cabeza repetí tantas veces hasta el cansancio que no era capaz, que no podría. Entender que si no me quitaba la venda por cubrir todo lo demás, tampoco la vería a ella fue decisivo. Alcé los brazos y solté el nudo.

No me molesté por retener el pañuelo, lo dejé caer; juré que no volvería a permitirme necesitarlo.

Sería más difícil separar los párpados de lo que fue quitar la venda. Percibía la claridad al otro lado. Inspiré hondo, allí estaba su perfume. Escuché pájaros y música a la distancia, era música suave... un violín.

—Félix, abre los ojos —entonó ella con dulzura sin perder la paciencia ante mi cobardía—. No te dejaré, todo saldrá bien. Tú puedes.

Cómo podía confiar ella tanto en mí si yo no daba por mi persona ni la mitad del crédito que suponía ella daba por mí.

Una mano tomó la mía.

—Puedes.

Sus dedos apretaron los míos.

—Puedes, Félix, tú puedes.

La línea de luz irrumpió en mi cerebro al despegar los párpados. Creí que la luz me comería vivo. Ella gritó mi nombre y rió. Su risa insufló en mí el coraje que me faltaba; es que era tanto más valiente, más decidida, yo me había desmoronado luego de nuestra separación mientras que ella se alzó en pie sin aceptar un no por respuesta, probablemente igual o mucho más dolida que yo, puesto que fui yo quien terminó con lo nuestro, quién la insultó e intentó denigrar a aquella persona valiente y fuerte que es y siempre fue. Gabriela no necesitaba mandar sobre nadie para tener poder, no necesitaba controlar para imponer su pensamiento, mucho menos ser amada para amar. Ella lo daba todo sin reparo, sin miedo.

Desde que Valeria me hablo de ella no pude parar de desear llegarle a los talones al menos.

Abrí los ojos temiendo lo peor.

La luz me cegó y por un momento no reconocí el ambiente que me rodeaba.

Estaba empapado en sudor, en su cama, enredado entre las mantas, ahora sí, despierto.

Comprobé mis muñecas, ni rastro de marcas.

Ladeé la cabeza, el otro lado de la cama se encontraba vacío.

Un aguijonazo de miedo me paralizó por un instante.

—¿Gabriela?

Nada.

Me senté sobre el colchón.

—¿Gabriela? —llamé alzando un poco más la voz.

Otra vez nada.

Salvo lo pájaros todo era silencio. ¿La música había sido parte del sueño?

Tomé una de las mantas y envolviéndome con esta, bajé de la cama.

Por tercera vez la llamé y nada.

Salí de la habitación todavía algo atontado por el sueño.

No recordaba muy bien la casa, en verdad no presté atención a la distribución, mi cabeza estaba centrada en absorber todo de ella.

En el corredor la llamé, los cuartos estaban vacíos a excepción de uno que lo ocupaba una cama cubierta con un acolchado de Iron Man, un escritorio y muchos juguetes.

Me lancé hacia las escaleras. Estaba tan convencido de que se arrepintió de aceptarme otra vez a su lado que me sentí como un verdadero idiota y un egoísta por esperar que lo nuestro resultara. No podía culparla y no lo hacía pero no por eso lograba evitar que las fuerzas se me escapasen al andar para desparramarse por los escalones.

Llegué a la planta baja sintiéndome incapaz de dar un paso más.

La llamé una vez más. Mi voz apenas si salió es que me costaba inspirar.

Creí oler a café. ¿Sería mi imaginación engañándome?

Di un par de pasos más; mis rodillas no podían más, tampoco mis pulmones, era como si soportase todo el peso de la casa sobre mi espalda.

Por el corredor al fondo, divisé la cocina.

—¿Gabriela?

Mi voz no llegó lejos.

Tuve la impresión de que la distancia que me separa de la puerta se estiraba cada vez más.

Lo logré, llegué. No sé cómo alcancé la puerta.

Recostándome en el marco de madera asomé la cabeza hacia adentro.

Allí estaba ella, a menos de dos metro de mí, con una taza de café en las manos, buscando un tema en su iPod el cual se encontraba sobre el soporte de altavoces.

Bach comenzó a sonar.

Alzó la cabeza y me vio. Su sonrisa lo aclaró todo pero al instante se ensombreció.

—¿Estás bien?

Sin darme tiempo a responder, se lanzó hacia mí y me abrazó.

—Creí que te habías ido, que me habías dejado.

Su risa retumbó contra mi pecho.

—¿Irme a dónde? —Se apretó todavía más contra mí, sus brazos rodeaban mi cuello y los míos su cintura, la necesitaba para mantenerme en pie.

—Te amo.

Apartó su rostro un poco para poder verme a la cara.

Negó con la cabeza al tiempo que sonreía.

—Soñé que me obligabas quitarme la venda que llevaba en los ojos y a abrirlos.

—Tu subconsciente hace bien su trabajo —bromeó—. Disculpa por dejar la cama vacía—. Tomó mi cabeza entre sus manos. Ahora me ves, aquí estoy.

El Adagio en G menor de Albinoni comenzó a sonar, igual que aquella vez que la tuve frente afrente por primera vez.

—Sí —sé que no soné muy convencido, no me sentía convencido.

—¿Sí? A ver... —apretó sus manos sobre los costados de mi cara colocándola justo frente a la suya—. Quiero pasar el resto de mi vida a tu lado.

Lo dijo sin parpadear; no hubo ni una pizca de duda en su tono.

—¿Te queda claro?

Sus labios se aproximaron a los míos, besó suavemente... su lengua recorrió mis labios, un mordisco, una sonrisa que le iluminó los ojos y su lengua estaba en mi boca y sus manos en mí, para convencerme de que así era.

Mi cuerpo desnudo hizo contacto con el suyo enfundado en una vieja remera con el nombre de una playa de Brasil a la que yo no había ido nunca.

Mozart comenzó a sonar, era una pieza flauta y harpa que había escuchado antes un centenar de veces y sin duda tenía un tono mucho más alegre que la pieza anterior de Albinoni.

—Nunca lo hice con Mozart sonando de fondo—. Sin más preámbulos me quito de encima el acolchado—. Podría ser buena experiencia.

Solté una carcajada.

Gabriela me aplastó contra la pared tomándome por las muñecas impidiéndome tocarla.

Sus labios se desviaron por mi rostro hasta mi cuello y bajaron por mi pecho.

Sabía que perdería la voz y a tiempo, le advertí que podría ser perjudicial para ella que pasase más tiempo a mi lado. En respuesta a eso me dio un mordisco en el hombro izquierdo que además de dolor me produjo una oleada

de placer que anuló por completo mi miedo.

—Es momento de comportarse bien, Señor Meden; me lo debe de anoche, ¿recuerda?

Le contesté que sí con la cabeza, no tenía ni idea de a dónde había quedado mi voz, la imaginé perdida para siempre.

—Sus manos se quedan aquí, Señor Meden —ordenó empujando mis muñecas hasta el marco de la puerta detrás de mi trasero. Con los dedos obligó a los míos a rodear la moldura de madera—. Si quita las manos de aquí, se termina el juego.

—Juro solemnemente no despegar jamás mis dedos de aquí.

Sonrió satisfecha.

—¿Tan seguro está de que lo logrará?

—Por usted me esforzaré.

Gabriela se relamió los labios. Sus manos subieron desde mis muñecas hasta mis codos para finalmente abandonar mi piel.

Arrastrando sus labios por mi mentón sin afeitar, llegó otra vez a mi cuello. Al llegar a mi pecho me prendí del marco con desesperación, creí que el único modo de que no despegase las manos de la madera sería si me las clavaba allí. Esto se ponía cada vez más difícil. Cuanto más bajaba por mi cuerpo más me descontrolaba.

Miré hacia abajo por un momento y la vi agachada frente a mí. Apreté los ojos, me moría de placer, mi erección lo decía todo.

Ella besó la piel sobre mis iniciales y se me cortó la respiración y no conseguía tragar la saliva que inundaba mi boca. Tenía tantas ganas de besarla... de tocarla.

Sus dedos no se intimidaron al momento de tocar mi erección, ni su lengua ni su boca...

Podía haberme ordenado que no despegara las manos del marco de la puerta pero al menos no me había pedido que me mantuviese en silencio. Eso sí no lo habría logrado jamás.

Gruñí y resoplé de gozo.

Del placer casi destrozo el marco de madera de la puerta de tanto apretujarlo. Se me acalambraron los antebrazos de la fuerza que tuve que emplear para no moverme de allí.

Jadeé su nombre hasta que entendí que no tenía sentido seguir controlando lo que sentía. Grité para arrancarme de encima los restos de mi coraza.

Y ella luego de darme una inmensidad de placer, se apartó de mí.

Me costó entender que ya tenía permiso de soltar el marco de la puerta.

La música cambió súbitamente.

Despegué los párpados para verla ponerse de pie y mirarme a los ojos.

Gabriela tomó mis manos y las alejó del marco de la puerta para llenarlas de las suyas.

Esto era libertad, honestidad, coraje. Con nadie más podría tener algo así.

Desesperado por tenerla la obligué a retroceder mientras le arrancaba la remera y la ropa interior.

Ella rió divertida ante mi embate. Le robé un beso y luego otro, me apoderé de su cuello.

Su trasero dio contra la mesa a la cual se estremeció bajo nuestro peso. Tomándola por el trasero la subí a ésta. Tocar su piel no me bastaba y tenía la impresión de que estar dentro de ella tampoco sería suficiente.

Con sus piernas alrededor de mi cintura volví a besarla. De un empujón entré en ella, no era mi intención ser brusco, es que no aguantaba más.

La miré buscando aprobación la cual me llegó en palabras y una mirada.

—No te detengas —jadeó entre dientes.

Volví a empujarla y la mesa se sacudió. Ya no pude parar de moverme y tampoco ella.

Gabriela echó la cabeza hacia atrás, su espalda se curvó en la misma dirección. Bese su cuello, sus pechos mientras mis dedos buscaban con desesperación un modo de unirse a ella para no perderla jamás.

Las cosas que se encontraban con la mesa cimbraron, la mesa de la madera se quejó, de los labios de Gabriela emergió mi nombre varias veces.

La penetré hasta con última gota de energía para morir en ella, en sus brazos.

Mi nombre en sus labios, el suyo en los míos. Sus piernas alrededor de mi cintura tensándose con cada embate.

Sentí como si creciese dentro de mí mismo hasta convertirme en alguien diez veces de mi tamaño, diez veces más fuerte, más feliz. Más yo.

Mi nombre en su voz fue lo último que se escuchó antes de que los dos cayésemos rendidos sobre la mesa.

—Te amo —le juré acariciando sus muslos los cuales todavía se encontraban alrededor de mi cintura en un abrazo de lo más delicioso.

Rió mansa, internando sus dedos en mi cabello.

...

—¿Todo en orden? —Peguntó después de bajar su taza de café y relamerse los labios. Sus piernas estaban sobre mis muslos, el resto de su cuerpo acurrucado junto a mí. Nuestras dos sillas estaban pegadas.

—Sí, algo de trabajo y le mandé a Mike un mensaje para avisarle que todo está bien—. Me quedé viéndola—. ¿Nerviosa?

—Mucho.

—¿Todo saldrá bien? —Le dije. Imagino que el más nervioso aquí, era yo. Si bien tuve oportunidad de hablar con Javier y todo había estado bien entre nosotros, no sería lo mismo... ¿y si no me aceptaba?

Pasamos las últimas horas decorando la casa y preparando todo para su llegada, para la pequeña celebración de bienvenida que planeó Gabriela y a cada minuto que pasaba me ponía más ansioso.

Tenía muy en claro que quería un futuro con ella mas a mi entender, mis habilidades de padre debían ser bastante cuestionables... ¿Padre? Bien, se me escapó una sonrisa al pensar eso; una sonrisa que ella captó al instante y me devolvió una más grande. No creo que tuviese idea de lo que pasaba por mi cabeza y la verdad es que era tanto lo que pensaba que ni yo lograba tomar real noción de lo que todos esos sentimientos implicaban.

Visualizar el futuro en esos términos es de vértigo, al menos para una persona cómo yo.

—Dormiré en mi hotel esta noche.

Ella, que había desviado la vista por un segundo, se volvió hacia mí ceñuda.

—Es lo mejor ¿no? Javier nunca me ha visto aquí y...

Su mano tapó mi boca.

La quité.

—Sabes que será lo mejor.

—No quiero mi cama sin ti.

—Y yo ya odio el hotel. Démosle tiempo. Te juro que no es por mí, yo no necesito distancia ni tiempo ni nada.

—No podré dormir.

Posé mi mano sobre su cuello, su pulso retumbó en mi palma.

—Ni yo sin ti.

La besé.

—¿Vendrás en la mañana en cuanto te despiertes?

Me reí ante su pregunta.

—Eso no necesitas preguntarlo—. La besé una vez más—. Todo es muy reciente... con él aquí digo; es que me gustaría llevarlos a ambos a conocer la

cabaña. Tiene un muelle para pescar... todavía no está terminada pero...

—Señor Meden.

—¿Sí, señorita Lafond?

—Usted es...

—Usted, Señorita Lafond, es usted la que provoca estas cosas. Me da cosas que jamás siguiera me atreví a soñar.

—¿Qué cosas?

—Amor... un hogar... una familia.

—¿Una familia?

Se le iluminaron los ojos.

—Está dispuesta a que yo tome contacto con la suya. Tu hijo, Gabriela... permitirás que me acerque a tu hijo.

Esta vez fue ella quién me besó.

—No sé nada de niños.

—Ni yo, Félix. Estoy muerta de miedo pero a Javier le caíste muy bien. Le caerás todavía mejor cuando mamá le diga que contigo...

Mi corazón se disparó.

—¿Te casarías conmigo?

Sus ojos se abrieron de par en par y se quedó boquiabierta.

—¿Te casarías conmigo, Gabriela? Te quiero en mi vida por el resto de mis días. Te amo. Cásate conmigo.

Su cara de sorpresa demudó en una gran sonrisa.

—¿Es eso un sí? ¿Aceptaría ser mi esposa, señorita Lafond?

Movió la cabeza de arriba abajo.

—Sí Señor Meden, ser su esposa me haría muy feliz—. Su boca llegó hasta la mía—. Claro que quiero ser tu esposa Félix.

—Gabriela... —no pude decir nada más, simplemente la bese. Ella me abrazó una vez más.

—Te debo un anillo, una cena romántica, una proposición de rodillas.

—Luego... Primero...

—¿Primero qué?

Me miró pícaro.

—Una vez mencionaste un par de esposas. ¿Las conservas... las que compraste para mí, me refiero? Espero no te deshicieras de ellas.

Se me escapó una carcajada y negué con la cabeza. Todavía las tenía; en un momento quise arrojarlas a la basura y no pude.

—Tendrás las esposas y el anillo —le aseguré.

Sonrió.

—Eso suena bien.

—Sí.

Fue ella quien comenzó besarme y yo el que tuvo que recordarle que en cuarenta minutos debía pasar a recoger a su hijo.

Sonó el timbre de la puerta.

—Ese debe ser Mike con mi ropa —la alejé de mí. Me puso mala cara, una de broma pero en realidad no la hacía feliz que nos separásemos, menos feliz me hacía a mí, su mano estaba en mi entrepierna.

Bufó y yo solté el aire contenido.

—¿Cómo resistiré esta noche sin ti?

Logré volver a inspirar y lo hice dentro de su boca.

—De lo que me perdí todos estos meses.

—De lo que me perdí yo —su mano me cubrió por encima del bóxer en un apretón que me arrebató el aliento otra vez.

—¡Gabriela! —Di un respingo sobre la silla. Ella soltó una carcajada, me liberó de su agarre y se puso de pie para contestar.

Presionó el botón del intercomunicador. Por la pantalla vi el rostro de Mike.

—Enseguida te abro, Mike —entonó con voz cantarina.

Al pasar junto a la mesa, se detuvo detrás de mí silla y me estampó un beso en la coronilla.

—Quédate aquí, respira profundo y no pienses en mí.

Me tomó por el cuello y alzó mi barbilla, su rostro apareció por detrás de mí.

Por su contacto mi pene comenzaba a ponerse duro otra vez.

Sus labios rozaron los míos, su lengua se asomó dentro de mi boca.

—¿Cómo logras hacerme sentir todas estas cosas?

Su respuesta fue sonreír sobre mis labios.

Quitó sus manos de mí.

—Enseguida regreso. Extráñame mucho.

La verdad es que comencé a extrañarla en cuanto sus labios tomaron distancia de los míos.

Inspiré hondo, solté el aire, volví a inspirar. Mi cuerpo parecía no tener demasiadas intenciones de colaborar, la necesitaba a ella y punto.

Giré la cabeza y la vi alejarse por el corredor en dirección al hall de entrada.

Aparté la mirada y examiné la cocina. Todo aquí era un reflejo de ella y eso me abrumaba, me encantaba. Quería que hiciese lo mismo con la cabaña, que



dejase su rastro allí y en cada aspecto de mi vida, necesitaba que me marcara a mí como su propiedad para asimilar también que ella era mía.

Solté aire una vez más.

Nadie podría tenerme como ella, yo de nadie podría ser del modo en que le pertenecía, era dueña de mi cuerpo, mi corazón y mi mente.

Escuché la puerta abrirse. Giré la cabeza otra vez: por la puerta vi que el sol bañaba el jardín delantero.

Dentro de esa luz intensa aparecieron los dos unos segundos después. Capté sus voces: ella dándole la bienvenida, Mike elogiando el jardín y el resto de la propiedad.

Entraron en la casa. Mike me vio y se sonrió, Gabriela nos miró a ambos por turnos y sonrió también.

—Adelante, pasa, siéntete como en tu casa. Allí lo tienes, ya repuesto y lúcido —me señaló con una mano.

—Ven. ¿Puedo ofrecerte algo? ¿Un café?

—Estoy bien, gracias —le contestó Mike cruzando una mirada conmigo.

Ambos avanzaron en mi dirección, Mike cargando una funda de traje y un bolso con el resto de mis cosas para que pudiese ponerme presentable.

—Buenas tardes, Señor —me saludó al entrar en la cocina. En privado Mike se atrevía —a veces— a llamarme por mi nombre pero jamás frente a terceros.

Ya repuesto de la excitación, me puse de pie.

—Buenas tardes, Mike. Gracias por traerme mis cosas.

—No hay por qué, Señor.

—Dame eso, Mike —Gabriela le arrebató las cosas de las manos y las colocó sobre una de las sillas vacías—. Siéntate.

—No, gracias, estoy bien. Puedo esperarlos en el automóvil mientras...

Mike nos llevaría a buscar a Javier, ya se lo había informado yo.

—Nada de eso —repuso Gabriela en un tono firme que me amedrentó hasta a mí—. Te sientas ahí —con la cabeza le indicó las sillas—. A Félix no le molesta. ¿Verdad que no?

Intenté convencerme de que no tenía tiempo para hacerle el amor a Gabriela otra vez, antes de salir.

Gabriela se cruzó de brazos y me miró ceñuda esperando una respuesta.

—No, para nada.

Creo que no convencí a ninguno de los dos con mi actuación.

—Siéntate —insistió Gabriela—. Te prepararé un café.

Mike se sentó y ella se alejó en dirección a la cafetera.

—¿Todo en orden, Mike?

Mike movió los ojos primero en dirección a Gabriela y luego volvió a mirarme a mí, apretando los labios. Adiviné que había algo que quería decirme pero no frente a ella.

Saqué mi celular y por mensaje texto le pregunté de qué se trataba.

El celular de Mike sonó y Gabriela se volvió en nuestra dirección. Nos sonrió pero no preguntó nada.

Mike se puso a mover los dedos sobre la pantalla.

—¿Lo quieres con leche?

Le preguntó mientras la máquina de espresso hacía su trabajo.

Mike apartó la mirada de la pantalla por un segundo y contestó que no.

—¿Algo de comer? Puedo prepararte un sándwich.

—No, gracias —respondió mientras seguía escribiendo; ella no lo miraba.

Acabó con su tarea y bajó el aparato. La respuesta me llegaría en un par de segundos. Sonó justo cuando Gabriela se daba la vuelta para tenderle la taza.

Mike se guardó su celular en el bolsillo interno del traje en el poco espacio que quedaba entre este y su chaleco antibalas. Pensar en el chaleco antibalas y en el recelo de Mike para contarme lo que sucedía, en voz alta, me dio mala espina.

Presioné sobre el aviso de mensaje nuevo.

El señor Polini estuvo en su hotel, solicitó verlo. Cuando se lo negaron hizo un escándalo en plena recepción. Lo vi todo, justo salía del ascensor para venir aquí. El sujeto estaba fuera de sí. Me vio. Amenazó con matarlo. Deberíamos hacer algo al respecto.

Alcé la cabeza y miré a Mike. Le sonreí y negué con la cabeza.

Ese tipo no podía matar ni a una mosca. Agradecí que Gabriela hubiese regresado a las alacenas para buscar algo... unos *cupcakes* eran, colocó uno en un plato para tenderse a Mike.

Mi jefe de seguridad y amigo insistió con la mirada.

Volví a negar.

Mike sacó su celular otra vez y volvió a tipear.

—¿A quién le escribes tanto? —Curioseó Gabriela—. ¿Estás viendo a alguien?

—No —le sonrió medio sin gracias al tiempo que terminaba su tarea—.

Solamente algo de trabajo.

Gabriela me miró a mí.

—Podrías dejarlo un poco en paz ¿no? Lleva meses soportándote de manera intensiva —bromeó ella.

—Te tomarás el día de mañana libre, ¿te parece bien? —Le propuse a Mike. Su mensaje llegó en ese instante.

—Señor, no creo que esa sea...

—Pasea un poco, descansa —Gabriela se sentó al otro lado de la mesa—. Nosotros estaremos bien.

Saqué el celular y leí el mensaje.

Me pareció ver el automóvil de Polini al llegar, estoy casi seguro de que era la placa de su vehículo. Bajé del auto fui a inspeccionar, el automóvil salió quemando llantas. Solicito su permiso para ir ahora mismo al hotel a buscar mi arma. No salga de aquí hasta que yo regrese.

Lo miré y volví a negar con la cabeza.

—Señor Meden...

—Mientras tomas ese café, iré a cambiarme—le dije a Mike en un tono que no daba lugar a replica, poniéndome de pie—. También deberías ir a cambiarte —sugerí a Gabriela.

—Sí, es cierto.

Ella también se puso de pie.

—¿Nos esperas aquí un momento?

—Espera aquí —insistí yo, buscando clavar a Mike en su silla con mis palabras. Tomé mis cosas de la silla y luego la mano de Gabriela, ella me sonrió.

La arrastré fuera de la cocina con algo de brusquedad; fue sin intención. No creía que Polini fuese capaz de nada serio pero de cualquier modo me sentía nervioso, no quería que Gabriela tuviese que soportar un escándalo de este tipo y todo por mi culpa.

Tres veces Gabriela me preguntó si todo estaba bien, las tres beses le tapé la boca con un beso y le contesté que sí, sin convencerla. Entre besos y miradas, nos desvestimos para cambiarnos a ropas limpias y más presentables. Yo de jeans, camisa, suéter, chaqueta y zapatos; ella me imitó, se colocó unos jeans, un fino suéter de cuello alto que la hacía verse todavía más delgada y que

marcaba la fibra en sus brazos y abdomen, me imitó calzando sus hermosas piernas en unos jeans ajustados, un par de botas y una chaqueta de cuero.

Lo único que añadió a su aspecto fue máscara de pestañas y una crema con la que revolvió todavía más su corto cabello.

Salió del baño lista para salir.

—Ahora mismo tengo ganas de desvestirte —le solté.

Sonrió insinúate y caminó hasta mí. Sus dedos se metieron por dentro de la cintura de mis jeans.

—Estoy tan nerviosa —le dijo a mi boca.

—Lo sé —mis manos se deslizaron por su cintura para colarse por debajo del suéter. Con las yemas de mis dedos seguí el camino de su columna por un par de centímetros hacia arriba.

—Eso se siente muy bien.

Asentí con la cabeza.

—Gracias por acompañarme.

—Gracias por permitirme estar contigo en este momento —bajé las manos hasta su cintura otra vez—. Andando. No hagamos esperar a Javier.

Su sonrisa y mirada me regalaron una gran cantidad de amor.

—Señor Meden...

—Señorita Lafond... —le sonreí—. Me permitirá que la llame señora Meden o deberé seguir llamándola por su nombre de soltera cuando nos casemos.

Su sonrisa se ensanchó.

—¿Es un sí?

—Para qué negarlo. Me encanta cómo suena, Señor Meden.

## 21.

Félix atrapó mi mano derecha entre las suyas, la alzó hasta sus labios y la besó.

—Tranquila.

Su mano estaban tan sudada cuanto la mía. Los dos estábamos muertos de miedo, eso lo tenía muy claro.

Mike se bajó del auto y caminó hasta la puerta del lado de Félix.

Mi corazón latía como loco.

—Estoy muerta de miedo —le dije al ver a Carlos parado frente a la puerta

del hogar en compañía de dos personas del juzgado y de la directora del hogar.

—Eres fuerte.

Sus dos manos volvieron a apretar la mía.

—¿Me perdonará algún día que lo abandonara? ¿Y si no me ama y si lo decepciono, y si no se siente a gusto viviendo conmigo? —Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Javier te ama, Gabriela. Ese niño te adora, eres su madre. Es inteligente, no te culpa, solamente te quiere allí para él por el resto de sus días. Lo harás bien, muy bien, de eso no me cabe la menor duda. Eres lo que él necesita y viceversa. Ustedes deben estar juntos.

Una de sus manos soltó la mía y fue a posarse sobre el costado de mi cuello para reafirmar sus palabras con un apretón.

Inspiré hondo. Mike llegó a la puerta pero Félix la tomó de la manija un momento para que no pudiese abrirla.

—Si necesitas que te deje a solas con él...

—No, te necesito a mi lado, por favor.

—Bien, estaré contigo—. Estirándose besó mi frente—. Andando que tenemos una vida nueva por comenzar.

Descendimos del auto y me encargue de hacer las presentaciones. Félix me soltó la mano por un momento para estrechar la de Carlos mi abogado y la de las dos personas del juzgado y la de la directora del hogar pero luego pegó su palma a la mía para no soltarme más, sabía con esto me decía que no me dejaría sola, que estaba conmigo, que me apoyaba.

Fuimos hasta el despacho de la directora y allí firme una tonelada de papeles, me quedé con un par de estos y además me fueron entregados los documentos de mi hijo y demás comprobantes: sus vacunas, boletines de colegio y otras pocas cosas.

Mi desesperación fue en aumento con el correr de los minutos.

—Todo listo. Cuando guste, señorita Lafond, puede reencontrarse con su hijo.

Ante las palabras de la directora mi corazón comenzó a darle de patadas a mi pecho. La visión se me nubló a causa de tanta lágrima. En cuanto derramé la primera allí estaban las yemas de sus dedos para barrerlas con delicadeza, acompañadas de una sonrisa y de su límpida mirada azul.

Salimos del despacho, di dos pasos en dirección al patio y lo escuché gritar una de las palabras que mis oídos más amaban.

—¡Mami!

Javier soltó su pequeña valija, la que yo le había comprado para poder trasladar sus cosas a casa, y la bolsa de juguetes al suelo y con la mochila de Iron Man rebotando contra su espalda, corrió hasta mí.

Félix soltó mi mano y me empujó por la espalda en dirección a mi hijo.

Me eché a correr hacia él.

Lo abracé y me permití reír y llorar todo lo que se me antojó.

—Mami —repitió otra vez en mi oído—. ¿Nos vamos a casa ahora?

—Ya mismo.

Lo aparté de mí un poco y lo miré a la cara; él también lloraba.

—Estoy tan feliz.

—¿Ya no tendré que volver aquí nunca más, no?

Negué con la cabeza.

—Nunca más.

Javier espío por encima de mi hombro. Entendí que miraba a Félix.

—El señor que vino a visitarme el otro día.

—Sí, su nombre es Félix.

—¿Por qué no me dijiste que era tu amigo?

—No sabía que era él quién había venido a visitarte.

—¿No vino Federico?

Los calores me subieron al rostro.

—No mi vida pero si en algún momento quieres verlo...

Javier se encogió de hombros.

—¿Te gustaría saludar a Félix?

Mi hijo se sonrió.

Poniéndome de pie, tomé su mano y lo guié hasta Félix.

—Hola, Javier. Me alegra mucho volver a verte.

—No me dijiste que eras amigo de mi mamá.

—Sí, perdón por eso.

Félix y yo cruzamos una mirada.

—¿Vendrás a casa con nosotros?

Yo apreté los dientes reprimiendo una sonrisa, Félix carraspeó para aclararse la garganta.

—Sí, bien... iré con ustedes, mi automóvil está afuera. Un amigo mío nos acompaña, él nos llevará hasta la casa de tu mamá.

—Entonces vamos todos... ¿y Carlos también?

Carlos le sonrió.

—Claro, yo iré en mi automóvil, todos nos veremos allí más tarde.

—¿Y el abuelo viene? —Me preguntó a mí.

—Sí, el abuelo vendrá.

—¿Podemos pedir pizza y helado?

—Imagino que podremos arreglar eso —se encargó de contestarle Félix.

—¿Nos vamos? —Propuso Carlos.

Asentí con la cabeza y tomé a mi hijo de la mano. Félix fue a recoger sus cosas.

Salimos a la calle. En la puerta nos esperaba Mike, de espaldas a nosotros, con la vista fija en la calle. Cuando se volvió para vernos lo noté ceñudo pero al ver a mi hijo, cambió la mueca.

—Javi, ese es Mike, el amigo de Félix

Mike le tendió la mano.

—Es un placer conocerte Javier.

Mi hijo le devolvió el apretón.

—¿También eres amigo de mi mamá?

—Sí.

—Hablas todavía más raro que él —entonó mi hijo a apuntando con la cabeza en dirección a Félix.

Todos nos reímos.

—Es que nací en Estados Unidos.

—¿Hablas inglés?

—Sí.

—También hablo inglés, me enseñan en el colegio—. Javier cambió de tema dirigiéndose a Félix—. ¿Cuál es tu auto?

—Ese de allí, el plateado.

Mi hijo puso cara de sorpresa, una muy graciosa por cierto.

—¿Ese es tu auto?

—¿Te gusta?

—¡Está buenísimo! ¿Vamos a ir a casa en ese auto? —Me preguntó a mí.

—Sí, así es.

Mike guardó las cosas de Javier y nos subimos despidiéndonos momentáneamente de Carlos.

Félix instaló a Javier entre nosotros dos y lo ayudó a colocarse el cinturón de seguridad.

—¿Hace mucho que son amigos? —Soltó de repente cuando llevábamos unos diez minutos de viaje.

—Hace un tiempo.



—¿También escribes libros? —Le preguntó a Félix después de que éste le contestara.

—No, yo me dedico a la construcción, construyo edificios y otras cosas. Estoy construyendo una casa... una cabaña...

Félix se detuvo, lo noté tragar con dificultad.

—¿Te gustaría conocer esa cabaña que está construyendo? Tiene un lago y un muelle para pescar.

—Yo no sé pescar.

—Tampoco yo —soltó Félix—. Aprenderemos juntos.

—¿Irá Federico?

—No mi amor eso no...

—¿No eres más su amiga?

Inspiré hondo y negué con la cabeza.

—¿Pelearon?

—Algo así.

—Pero dijiste que podía verlo si quería.

—Y así es.

Mi hijo se quedó pensando un momento.

—Sí, me gustaría ir a ese lugar.

—Qué bueno. Espero te guste, allí en invierno queda todo cubierto de nieve.

—No conozco la nieve.

—Bueno, la conoceremos juntos —le expliqué acariciándole la cabeza.

—Tendremos que conseguir alguien que nos enseñe a pescar —le dijo Félix.

—¿Por qué tu amigo va solo adelante?

Ante la pregunta de mi hijo, Félix y yo cruzamos una mirada.

—Mike y yo trabajamos juntos, él me ayuda con muchas cosas. Una de ellas es llevarme a dónde necesito.

—¿No sabes manejar? Mi mamá sí sabe manejar.

—Sí, sí sé manejar.

—Mi mamá maneja bien y tiene un auto lindo. ¿Conoces nuestra casa?

—La conocí ayer.

—¿Mi mamá te enseñó mi cuarto? Yo ayudé a escoger las cosas, elegí el acolchado de Iron Man porque es mi preferido.

—No, ella todavía no me lo enseñó. ¿Me lo mostrarías tú?

—Sí. Podemos jugar con mi Play Station, tengo algunos juegos. ¿Sabes jugar?

—No, no mucho. ¿Me enseñas?

—Claro.

Félix me sonrió. No podía creer que esto estuviese sucediendo en realidad.

—¿Dónde vives?

Por lo visto mi hijo estaba dispuesto a sacarle a Félix su biografía de camino a casa; le estaba resultando más sencillo de lo que fue para mí.

—Bien, estoy quedándome en un hotel porque yo no tengo casa aquí en la ciudad. Tengo casas en otras partes del mundo pero no aquí.

—¿En qué otras partes?

—En Nueva York, Londres...

—¿Dónde viven tus padres?

Los ojos de Félix se abrieron de par en par. Sonrió todavía más.

—Bueno... ¿puedo contarte algo? Es una historia muy especial.

—¿Una historia sobre quién?

—¿Sobre mí?

—¿Puede contármela, mami?

—Sí, claro. Pero si en algún momento quieres que pare o necesitas preguntar algo o...

—¿Por qué querría hacer eso?

—Quizá porque mi historia es parecida a la tuya.

—¿Cómo?

—Cuando nací mi mamá mi papá no podían cuidar de mí y ellos... —Félix apretó los dientes.

—¿Ellos te llevaron a un hogar como me llevaron a mí?

—No, fui a quedarme con mis papás adoptivos.

—A unos amigos míos los adoptaron.

—Sí, a mí también. Mis papás viven aquí en Argentina y mis padres adoptivos... bueno, mi padre vive en Nueva York con su esposa y mi hermana, y mi madre adoptiva vive en Londres.

—Yo no tengo otros hermanos. ¿Tienes más hermanos además de esa hermana? ¿Cómo se llama?

—No, solamente tengo a mi hermana y ella se llama Rose. ¿Te gustaría conocerla? Ella tiene diecisiete años.

—¿Y tiene novio?

A Félix se le cortó la respiración y Mike y yo nos reímos.

—Espero que no —gruñó Félix.

—¿Por qué no? Yo tenía un amigo que tenía novia, él dijo que era lindo tener novia. ¿Tienes novia?

—Por lo visto eres muy parecido a tu madre, a ella también le gusta hacer

muchas preguntas.

—¿Sí?

Con la cabeza le contesté a mi hijo que sí.

—Todavía no me contestas si tienes novia o no —movió sus ojos hasta mí—.

¿Federico era tu novio mami?

Fue mi turno de perder el resuello.

—Ehh... es que... sí, pero ya no —contesté sin saber cómo explicarme mejor.

—¿Ahora él es tu novio? —Inquirió apuntando con la cabeza en dirección a Félix.

—¿Eso te molestaría? —Le preguntó Félix—. Yo quiero mucho a tu mamá.

Javier nos miró a ambos por turnos.

A pesar del frío empecé a sudar a mares. En el espejo retrovisor me encontré con la mirada de Mike, nos encontrábamos detenidos en un semáforo. Lo noté ceñudo otra vez, sería por la conversación.

—No, no me molesta —lanzó por fin Javier. Intuyo que no fui la única en volver a respirar en ese momento—. ¿Por qué no se queda en casa, allí tenemos cuartos de sobra?

—Bueno, quizá en algún momento...

Félix volvió a sonreír.

—¿Puedo tener hermanos? Quisiera tener hermanos como él —soltó mirando a Félix quien volvía a ponerse pálido.

—Bien, eso ya lo veremos —Félix alzó una mano y le acarició la cabeza—. Lo primero es que te acomodes en tu cuarto, que estés con tu mamá por unos días...

—También puedes estar allí.

—Gracias, Javier, me gustaría pasar tiempo con ustedes.

—Usted también pude venir si quiere —le dijo Javier a Mike—. Mi mamá cocina rico, en especial las tortas. Ella me enseñó a hacer galletas. También le gusta mucho la música. ¿Alguna vez escucharon la música de un señor que se llamaba Mozart? Mi mamá me regaló un iPod con muchas músicas de él para que las escuche antes de dormir.

—Me gustaría probar esas galletitas —comentó Mike.

—¿Entonces, voy a poder conocer a tu hermana y a todos tus padres? —le preguntó a Félix.

—Sí, claro.

—¿Y me llevarás a conocer la nieve?

—Sí

—Bien.

Javier se acomodó sobre el respaldo muy serio.

Tomé una de sus manos entre las mías.

—¿Todo bien?

—Sí.

—¿Seguro?

Javier se estiró y me rodeo la cintura con los brazos.

—Te quiero, mami.

—Te amo hijo.

Javier se echó a llorar y yo también.

Al girar la cabeza vi que Félix también lloraba. Extendí un brazo y toqué sus lágrimas. Su mano se posó sobre la mía. Con un movimiento de mis labios le dije que lo amaba. Él me devolvió el gesto.

La casa se llenó de gente a los cinco minutos de nuestro arribo. A Félix ni le dio tiempo de abrir la primer botella de vino que ya sonaba por primera vez el timbre de la puerta. El primero en llegar fue Carlos mi abogado con su esposa y sus dos hijas.

El timbre sonó otra vez. Atendí, era León.

—¿Quieres que abra? —Me preguntó Félix al ver a Javier pegado a mis caderas mientras le presentaba a Priscila y a Maia las hijas de Carlos.

—Gracias.

Félix desapareció de mi vista y al instante me atacó la sensación de haber perdido una gran parte de mí, tal es así que comenzó a costarme respirar. Mis neuronas contabilizaban los segundos que duraba nuestra separación. El abdomen se me contorsionó y mi lengua se quedó paralizada dentro de mi boca añorando la suya.

Intenté seguir con normalidad pero no estoy segura de que resultase el efecto deseado; imagino que de cualquier modo debían especular que mi desasosiego se debía a la llegada de mi hijo. En parte era así, ese hecho me sensibilizaba.

Inspiré aliviada al verlo aparecer en compañía de León y su pareja, de mi vecina de al lado con su esposo y sus tres niños, los cuales comenzaban una amistad con Javier, seguidos todos por mi padre.

León fue el primero en buscar mi mirada, sus ojos parecían a punto de salirse de las orbitas y su sonrisa era tan grande que en ella cabía un inmenso paquete envuelto en un papel de autos de carrera, que cargaba en las manos.

Félix me miró, tenía la cara de quién no tiene ni la menor idea de qué decir, hacer o dónde meterse.

Los siguientes ojos que se comunicaron conmigo fueron los de mi padre, tenía el entrecejo fruncido y su boca era una rajadura en su rostro, no un par de labios.

Félix se quedó en último lugar para cerrar la puerta y raudo y presuroso, huyó en dirección a la cocina.

Sobre la mesa ya había gaseosas, comida para los niños, la típica de los cumpleaños. Para los adultos: vino, champagne y las cosas que había estado preparando más el bufet que compré el día anterior.

Hice de anfitriona, ocupándome de presentar a todos, sirviendo bebida y ofreciendo bocadillos. Ya sonaba música y a los pocos segundos sonó el timbre de la puerta otra vez, en dos de mis primas con sus hijos. No éramos una familia demasiado unida pero por el bien de mi hijo, tenía intenciones de cambiar eso y este era un buen comienzo. Casi sin darme cuenta, la casa se llenó de gente y los niños correteaban por todos lados, gritando y chillando, comenzando a desparramar los juguetes de Javier por cada rincón. Se pusieron a jugar a las escondidas.

Había alguien más que se escondía pero que sabía no se había ido muy lejos puesto que Mike tenía la noche y el día de mañana libre, fue el propio Félix quien lo liberó de su labor.

En la biblioteca no estaba, tampoco en el toilette; asomé la cabeza a la cocina y no di con él, pero sin con la puerta que daba al jardín, entreabierta.

Lo vi parado junto a la piscina, encogido debajo de su saco.

Al oír mis pasos, alzó la cabeza.

—Me haces extrañarte —lo dije aferrándome a la parte baja de su cintura para hundir la nariz entre sus dos omoplatos.

—Tengo la impresión de que no debería estar aquí.

Alcé la cabeza y planté el mentón sobre su hombro izquierdo.

—Debes y tienes que estar aquí, yo te necesito aquí. Aquí o donde me encuentre.

Ladeó al cabeza y me miró.

—Saben lo que te hice y no encuentro un modo de explicarme, de pedirles perdón. A tu padre casi le da un ataque al verme. Tiene toda la razón del mundo al reaccionar así pero yo...

Corté en seco sus palabras obligándolo a enfrentarme.

—Soy un cobarde —añadió no contento con lo dicho —siquiera me atrevo a

enfrentarlos.

—Félix...

—Es cierto. Quiero pasar el resto de mis días contigo y he intentado cambiar todo lo posible —inspiró hondo y soltó el aire sobre mi frente—. En muchos... demasiados aspectos sigo siendo el mismo. Me cuesta estar con gente que no conozco, no reacciono bien ante algunas cosas, mis gustos y mis... ya sabes yo... No puedo evitar ponerme nervioso y no poder controlar la situación me hace...

Me estiré y rocé sus labios con los míos.

—No quiero que cambies quien eres. No le debes explicaciones a nadie más que a mí, no te acuestas con mi padre sino conmigo, soy yo la que se casará contigo, no ellos. Y para lo que no puedas o no quieras controlar aquí estoy yo.

Eso último le arrancó una sonrisa. Su lengua se asomó ligeramente por entre sus labios razón por la cual perdí la cabeza. Estirándome lo besé con ganas.

—Tu hijo... —me recordó él apartándome de su boca.

—Sí —jadeé entre sus labios con ganas de mucho más.

—Si vuelves a besarme así no respondo de mis actos. Creí que dijiste que controlarías lo que yo no puedo controlar.

—Lo haré mejor la próxima vez, lo prometo.

—¿Dónde está su autocontrol, señorita Lafond?

Mirándolo a los ojos solté.

—No veo la hora de que me llames señora Meden.

—No veo la hora de que al mundo le quede claro que soy tuya.

—Eso suena muy bien —le sonreí.

—Y de que eres mía —acotó.

—Una frase muy del Señor Meden.

—¿Eres mía?

—¿Necesitas preguntármelo?

—Entonces no te arrepientes de decirme que sí.

—Ya te lo dije, si me das las esposas soy tuya por el resto de mis días.

Félix soltó una carcajada.

—Quizá no quede mucho de mí después de que tu padre acabe conmigo.

—Sí amenaza con atacarte, León te defenderá, no sé qué cinturón tiene en karate y jamás permitiría que nadie toque tu bello rostro ni tu hermoso cuerpo —rodeando su cuello con mis brazos me colgué de él —no se molestó en disimular la mirada con la que te devoró.

—Los hombres no me van.

—Sabes que antes de conocerte creí que eras gay.

Sus ojos se desorbitaron.

—¿Es broma o quieres hacerme enojar? Tendré que demostrarte que no lo soy.

—No, no es broma, y sí, por favor, eso sería genial. Con una vez no bastará, le aclaro, solo por las dudas.

—No me molestará intentar convencerla una y otra vez.

—Qué alegría. Ahora... entrará conmigo por las buenas o tendré que obligarlo.

—¿Y exactamente cómo haría eso último?

Revoleé los ojos e hice una mueca, estos juegos con él me volvían loca.

Una de mis manos bajó por su pecho lentamente y se detuvo a la altura de la cintura de sus pantalones; tiré de él hacia mí.

—Si no se comporta Señor Meden.

Una sonrisa ladeada y de suficiencia, se instaló en sus labios.

—¿Si no me comporto qué?

—Lo castigaré.

—¿Cómo?

—No podrá tocarme —aparté una de sus manos, luego la otra, mi mano libre se escurrió dentro de sus pantalones. Dio un respingo. Quiso tocarme pero di un paso atrás sin quitar mi mano de dentro de su pantalón. Volvió a intentarlo al tiempo que se le escapaba un jadeo.

Quitó mi mano de su pantalón.

—Aprenda a comportarse Señor Meden. Ahora... le doy cinco minutos para tomar algo de aire fresco y luego lo quiero adentro para que mi familia y amigos lo torturen un poco.

Se rió.

—Si vuelves a preguntarme si estoy segura de que te quiero conmigo te daré un puñetazo —le dije adivinando la intención en su mirada.

—Usted gana.

—Recuérdelo: me debe un par de esposas, un anillo de compromiso y su más completa y devota obediencia. ¿Queda claro?

—Cómo el agua, señorita Lafond.

—Ok, lo espero dentro con una copa de champagne.

Se sonreí y di la media vuelta, no había dado ni dos pasos cuando me tomó por la espalda.

—Te amo.

—Y yo a ti —empujé su rostro hacia mí y le estampé un rápido beso sobre los labios.

Menos de cinco minutos después estaba adentro de regreso con todos nosotros. Charlaba con mis vecinos cuando se detuvo a mi lado, su mano izquierda se posó en la parte baja de mi espalda enloqueciendo mi piel con su calor mientras su derecha se extendió en un saludo.

—Félix Meden —entonó presentándose.

—Félix, estos son Rosario y Esteban, mis vecinos. Rosario, Esteban, les presento a Félix mi...

—Novio —soltó él completándola frase por mí.

Esteban le devolvió el apretón de manos, Rosario se quedó viéndolo. Por un instante me dio algo de miedo, por aquello de que por la vida de Félix... bueno, no quería ni pensar en eso. El malestar pasó rápido, su cara no era la de quien lo reconoce sino más bien la de quién acaba de conocerlo. Sí, debía admitirlo, a mi lado tenía a un hombre que atraía la mirada tanto de mujeres cuanto de hombres. Desde sus ojos hasta sus manos, pasando por su cabello y el tono de su voz, esa voz mansa pero contundente que hacía que mi columna vertebral se retorciese sobre sí misma.

Esteban soltó la mano de Félix. Con torpeza, Rosario se la tendió pronunciando su nombre. La voz de mi vecina salió entrecortada.

Noté que Félix reprimía una sonrisa al tiempo que sus dedos se colaban por debajo de mi camiseta y la cintura de mis jeans. Di un respingo.

—Es un placer conocerlos.

—Tu rostro me resulta familiar —soltó Esteban rascándose la barbilla, me dio la impresión de que en realidad no sabía muy bien a cuento de qué su cara le resultaba conocida. Esteban no era del tipo de persona que estuviese pendiente de las noticias amarillistas, es más, apenas si miraba televisión, era cirujano y la mayor parte de las horas de sus días transcurrirán dentro de un quirófano. Con lo que llevaba de conocerlo comprobé que apenas si estaba al tanto de las noticias de actualidad y política del país además era muy despistado.

—Bueno, es probable que vieras mi rostro en las noticias en algún momento

—soltó con humor apretando sus dedos en mi carne.

Rosario se puso roja y apartó la mirada de Félix.

Por lo visto ella sí recordaba de dónde lo conocía su cara.

—No me puedo acordar —insistió Esteban—. Bueno, soy un desastre para las caras. Recuerdo todos los corazones que operé pero para lo demás... un asco



—rió con una mueca graciosa en el rostro—. ¿A qué te dedicas?

—Soy empresario.

—Sí, bueno, la pequeña y media empresa en este país no va muy bien por estos días...

—Esteban me consigues una copa de vino —Rosario le tironeó de la camisa, todavía estaba roja y sonreía con vergüenza; evidentemente quería parar a su marido.

La situación era graciosa e incómoda por igual.

—Allí tienes el vino, amor —le contestó mi vecino a su esposa.

—No... soy dueño de un holding de empresas que trabajan a nivel mundial.

Esteban se quedó boquiabierto un momento.

—¿Y te va bien? —Medio tartamudeó.

—Sí, muy bien, gracias.

—¿Cómo dijiste que te llamabas? —Insistió Esteban con una sonrisa sin lograr bajar de su nube.

—Félix Meden.

—Esteban, mi vino.

—Momento amor —le contestó dándole unas palmaditas en la mano sin apartar los ojos de Félix—. Sí, definitivamente tu nombre también me resulta familiar.

—Imagino que sí.

Félix demostró más humor del que creí tendría para sobrellevar la situación.

—Amor creo que...

Esteban se quedó viendo a Félix a los ojos y enrojeció tanto cuanto su esposa un momento atrás.

Félix le sostuvo la mirada y sonrió.

Rosario soltó una risita nerviosa, Félix la secundó con una muy relajada. Yo rodeé su cintura. Sí, todos lo habíamos visto en sus peores momentos.

—Hacen muy buena pareja — soltó Esteban muy avergonzado y así todos nos carcajamos de una vez.

La conversación demudó a arquitectura y propiedades, luego Félix habló de sus saltos, de sus escaladas y demás hazañas, y todos nos retorcimos de la impresión cuando Esteban se puso a relatarnos la operación que había llevado a cabo esa misma tarde.

—Estoy empapado en sudor —me dijo en cuanto nos quedamos solos después de que se alejaran León y su pareja, despegando la ropa de su pecho varias

veces para que le entrara aire.

No pude más que reírme en su cara.

—No te burles, esto es peor que estar frente a una horda de fotógrafos. Es peor que cualquier conferencia de prensa.

Estirándome lo tomé por el cuello y lo besé.

—¿Tan mal lo está pasando, Señor Meden?

—No es eso, todos son muy amables; es que tengo la impresión de que...

—Te parto los dedos de un taconazo si te atreves a decirme que te odian. Nadie aquí te odia.

—Es mentira, todos saben lo que...

Aprovechándola oportunidad, mi padre comenzó a avanzar hacia nosotros, todavía no había tenido la oportunidad de...

—Con que usted es Félix Meden.

Ante las palabras de mi padre a los dos se nos fue la sangre a los pies, nos pusimos blancos.

—Señor...

—No me agrada ver a este hombre aquí hija, no a tu lado, menos junto a tu hijo. No tengo intenciones de armar un escándalo y por eso me mantuve al margen hasta este momento.

—Señor, soy consciente de las cosas que...

—¿Tienes idea de lo que mi hija sufrió por ti? No, imagino que no, no habrías regresado de ser así.

—Papá, por favor.

—No puedo creer que le permitieras volver.

—Señor, estoy enamorado de su hija y planeo casarme con ella.

Los ojos de mi padre se abrieron de par en par. Adivine en su rostro que ahora sí, tenía ganas de matarlo.

—Planeaba pedirle permiso para...

—Explícame esto.

—No hay nada que explicar papá. Lo amo.

—Creí que te vería contraer matrimonio con...

No le permití continuar.

—Nunca dejé de amar a Félix.

Mi padre lo miró torcido.

—Si vuelves a lastimarla te mato —soltó apuntándolo con un dedo en alto—.

No bromeo.

—Papá, por favor.

—No lo mato ahora porque sé que jamás dejaste de amar a este desgraciado pero si da un paso en falso... —movió los ojos en dirección a Félix—. Más te vale que hagas muy muy feliz a mi hija.

—Es mi intención, señor.

—Necesito algo fuerte—. Nos miró por turnos y se fue.

—Eso fue... Estoy deshidratado.

—Deshidratado y pálido—. Me pegué a él abrazándolo por la cintura—. No te preocupes, prometo defenderte frente a todo aquel que quiera hacerte daño.

—Gracias —estampó un beso en mi frente—. Sé que lo harías, eso y mucho más y debería ser al revés.

—¿Te duele en tu hombría? ¿Falta testosterona, Señor Meden?

Del recatado beso que Félix depositó sobre mi frente pasó a darme una palmada en el trasero la cual dejó ardiendo mi carne.

Di un salto de la sorpresa y él soltó una de las carcajadas más divinas que le hubiese escuchado jamás.

—Para nada, señorita Lafond. Menos que menos en su presencia—. Aproximó sus labios a mi oído izquierdo reclinándose sobre mi cuerpo—. Te amo y estoy loco por ti.

Sus labios me entregaron un beso que tenía ganas de más, y que contuvo por estar en público.

La celebración se extendió hasta tarde, por un par de horas luego de que acostara mi hijo a dormir y mis vecinos y mis primas con sus niños se retiraron. Fue una larga y amena charla de adultos con la televisión sonando de fondo en el salón de la tv porque las niñas de Carlos aún estaban despiertas.

Los últimos en irse fueron León y su pareja, ellos se quedaron a ayudarnos a Félix y a mí a recoger todo. Para mi sorpresa y creo que principalmente para la de Félix y León, ellos dos se dieron cuenta de que congeniaban muy bien, hablaron de arte, ópera y arquitectura hasta que a mí comenzaron a caérseme los ojos del sueño.

Mis amigos se despidieron y me quedé a solas con él.

Después de pedirle un taxi, coloqué el teléfono sobre su base. Mike se había llevado el automóvil pero se lo dejaría en el hotel para que Félix pudiese regresar mañana en la mañana ya que tenía el día libre.

—¿Seguro no quieres quedarte a dormir? Pasan de las dos y media de la

mañana. ¿En algún momento tendrá que vernos juntos? Si nos levantamos temprano...

Félix me silencio rodeándome la cintura con uno de sus brazos para rosar mis labios con los dedos de su otra mano.

—Tranquila, está bien, no pasa nada. Lo que menos deseo es que te sientas mal por verme partir. Sabes que lo mejor es que vayamos de a poco con él.

—Sí, pero no quiero que pienses que... Es mi hijo y tú eres mi pareja y yo...

—Gabriela...

Mi nombre sonó demasiado próximo a mis labios.

—Pensaré en ti toda la noche.

Sus palabras aceleraron mi pulso.

—No podré pegar un ojo en toda la noche.

—Caerás rendida en cuanto apoyes la cabeza en la almohada, sé que no puedes más del cansancio. Fue un día intenso, necesitas descansar y si me quedo eso no lo lograrás.

—Si duermo una hora a tu lado es suficiente.

—Sí, gracias, eso es muy romántico y muy poco cierto. Estaré aquí a las ocho a más tardar con cosas ricas para desayunar.

—Yo quiero desayunarte a ti, con Mozart de fondo.

Volvió a reírse lleno de felicidad.

—Suenan genial, lo haremos otra mañana. ¿Te parece?

—Me dejarás con las ganas.

—Y tú a mí —. Su lengua acarició mis labios y finalmente entró en mi boca. Todo mi cuerpo se relajó. Me prendí de él pero él quitó mis manos de él, llenándola con las suyas—. Detengámonos aquí o no podré irme.

—Fue usted quien comenzó, Señor Meden.

—Sí, lo sé —dijo y mirándome a los ojos añadió—. Me gustaría que mañana fuésemos en busca de un anillo. Si no conseguimos nada aquí, podemos volar a Nueva York, tengo un joyero de confianza... de cualquier modo me gustaría comprar uno mañana, luego buscaremos otro que te haga justicia.

—¿Qué me haga justicia?

—No pienso poner cualquier cosa en su dedo, “futura señora Meden”.

—Te lo dije, solamente quiero mis esposas.

Comenzamos a besarnos.

No nos dieron mucho tiempo para disfrutar del momento, el timbre sonó, era su taxi.

—Te extrañaré demasiado.

—Y yo a ti.

—No te vayas, Félix—me prendí de su camisa, la noche estaba helada y presentía que sin el calor de su cuerpo me congelaría.

—Metete dentro —besó mis labios —llámame en cuanto te despiertes, no quiero llamarte y yo y despertarte.

—Ya te dije que sin ti en mi cama no podré pegar un ojo.

—Entra, no me iré hasta que no hayas cerrado la puerta. Hazme caso —con dulzura me empujó dentro del jardín—. Te veré en la mañana.

—Descansa.

—Sueña conmigo, yo soñaré contigo.

—Te amo Félix.

—No más de lo que yo te amo a ti—. Lo vi subirse al coche, esperaba que el auto arrancara pero él, bajando la ventanilla me dijo que me metiese dentro, que no se iría hasta que cerrara la puerta.

No me quedó más remedio que obedecer y en cuanto cerré la puerta me sentí muy sola.

Después de una ducha caliente me tendí en mi cama, las sábanas olían a él y eso era un suplicio por culpa de su ausencia, no hacían más que traerme recuerdos de la noche anterior.

Di tantas vueltas que desarmé la cama pero al final, en algún punto de la madrugada, caí rendida.

## 22.

Su número de teléfono iluminó la pantalla de mi celular.

—Buen día.

—Buenos días señorita Lafond. ¿Le parece que estas son horas de amanecer? Échele un vistazo a su reloj, son las diez cuarenta y dos.

—Señor Meden, usted es el respónsable de mi desvelo. No moleste, además, para qué necesito mirar mi reloj si lo tengo a usted para decirme la hora.

Reí. Su voz en el teléfono sonaba de maravillas pero necesitaba oírla en persona.

—Te amo, te extrañe demasiado—. Salí del cuarto, debía entregarle a Mike uno papeles de asuntos que debía ocuparse por mí, ese sería su único encargo y luego quedaría libre para descansar—. ¿Recién te despiertas?

—Sí —contestó ella—. Fui a ver a Javi, todavía duerme y aquí estoy yo, de regreso en mi cama con unas sábanas que huelen a ti. Esta noche duermes aquí y eso no se discute. Apenas si pude pegar un ojo.

—Para mí fue todavía más difícil, mis sabanas huelen a la esterilidad de este hotel. No logré sacarte de mi cabeza. Soñé que te hacía el amor una y otra vez —le dije bajando la voz para que Mike no me escuchara. No te puedo explicar cómo amanecí hoy.

Ella soltó una sonora carcajada.

—¿Muy mal?

—Me desquitaré contigo más tarde.

—Eso suena muy bien.

—Cuidado, no se adelante.

—No te tengo miedo —. Su voz me hizo perder la cabeza—. ¿Tienes mis esposas? —añadió.

Al llegar a la estancia de la suite me encontré con Mike y le tendí el sobre.

—Que tengas buen día, descansa—. Le deseé a Mike.

—¿Es Mike? Dale los buenos días por mí.

—Gabriela te desea buenos días.

—Igualmente para ella.

—¿Lo has oído?

—Sí, ¿ya se va? Dile que descanse.

—Eso es todo, Mike. Gracias, descansa, disfruta la ciudad, no te quiero ver hasta mañana.

—Claro —dijo éste y dio la media vuelta para salir de la suite. Esperé a que cerrase la puerta—. Tus esposas quedaron en Nueva York; si tienes apuro por probar unas puedo comprar unas nuevas. Ir juntos de compras sería divertido.

—¿De compras? —entonó ella insinuante.

—Sí.

Me quedé esperando su respuesta, temí que me contestara que prefería no volver a verme.

—Imagino que podremos encontrar unas horitas para escaparnos e ir de compras. La idea me entusiasma.

—¿Seguro?

—No lo dude.

—Te las ingenias para hacerme más y más feliz a cada segundo.

—Y tú a mí.

—No hace ni cinco minutos terminé de hablar con mi joyero, ya lo puse al tanto de lo que quiero para ti. En cuanto tengas oportunidad te llevaré a visitarlo para que escojas la piedra y termines de dar el visto bueno al diseño.

—Félix, no me importa cómo sea el anillo, siquiera quiero uno, te quiero a ti. A ti y a un par de esposas.

—¿Qué es lo que escucho, señorita Lafond? Usted no parece la misma mujer que se le subían los colores a la cara cada vez que yo me iba de lengua.

—¿No le gusta esta mujer?

—Esta nueva mujer me encanta porque por momentos habla como yo y sin embargo sé, y no necesito ver su rostro, para saber que tiene la cara roja en este preciso instante.

Gabriela volvió a reír con ganas.

—Voy de salida —tomé de encima de la mesa las llaves del automóvil—. ¿Qué se te antoja desayunar?

—Algo dulce.

—A algo además de mí, decía.

—Lemon pie.

—Mmm... merengue. Me agrada la idea. Espero sobre para más tarde. Compraré la tarta más grande que encuentre.

Eso la hizo reír otra vez.

—A Javi le gustan los churros y las facturas con mucho dulce de leche.

—Pues entonces será un Lemon Pie y una docena de facturas o churros con mucho dulce de leche.

—Ven rápido, necesito besarte.

—Sus deseos son órdenes señorita Lafond; en este preciso instante salgo en dirección a su casa.

Gabriela permaneció en silencio al otro lado de la línea y temí que fuese a añadir algo, algo así como: no vengas, esto no funcionará... Todavía conseguía quitarme ese miedo de encima. Era una constante sentir que se arrepentiría y me dejaría en cuanto comprendiese que no soy bueno para ella de ninguna manera.

—Es como si continuase soñando. Me da miedo despertar y perderte, despertar y verte mal y no saber qué hacer para ayudarte y que todo...

Sus palabras cerraron mi garganta.

—No es un sueño, estoy bien... estoy bien por ti, porque te amo, por lo que hiciste de mí.

—Lo hecho fue hecho por ti. Ven, necesito abrazarte y que me abrasces.

—En veinte minutos estoy allí.

—Te espero.

—Te amo.

—También te amo.

Salí corriendo de mi cuarto. Tenía planeado llamar a mi padre antes de salir para contarle que le había pedido a Gabriela que fuera mi esposa; lo llamaría desde el automóvil.



—¿Félix?

—Hola papá, ¿te desperté? Sé que es sábado...

—No... ¿Estás bien, sucedió algo?

—Todo está bien. Mejor que eso. Ante todo quisiera pedirte disculpas por la discusión del otro día. Pudo conmigo mi mal humor y lo peor de todo es que fue un mal humor infundado. Vi algo que creí que... Me voy por las ramas. El punto es que pensé que no conseguiría recuperar a Gabriela, creí que ella contraería matrimonio con su agente literario, ese desgraciado que no...

—Félix, calma. ¿Qué es lo que sucede? No entiendo nada.

—Le pedí que sea mi esposa y aceptó. Es eso, papá, le pedí que se case conmigo y me dijo que sí. Todavía me ama, jamás dejó de amarme.

—Félix...

—Ayer en la tarde fuimos a buscar juntos a su hijo papá—. Si para Gabriela esto no era más que un sueño, para mí tenía gusto a delirio, a uno de esos provocado por una intoxicación en toda ley y temía que cuando regresase a mí, encontraría que nada era real y además tendría que soportar lo malo de la resaca y la certeza de que volvería a caer en un estado semejante a la mañana siguiente.

—Hijo... no podría estar más contento por ti. ¿Estas con ella ahora? Mándale mis saludos.

Puse primera, el semáforo cambiaba a verde.

—Voy de camino a su casa, pasé la noche en mi hotel.

—No podría estar más feliz por ti, por ambos. Es una noticia estupenda. Quisiera tenerlos aquí; me encantará conocer al hijo de Gabriela.

—Eso seguro, es un niño inteligente, educado y divertido. Todo lo que yo no fui de pequeño pese a que se me sirvió todo en bandeja de plata.

—Te faltaron otras cosas hijo y esa es responsabilidad de tu madre y mía. Nosotros sin querer te empujamos...

—Ustedes no me empujaron a nada, papá.

—Sé que la relación con tu madre no es la mejor de cualquier modo deberías llamarla para contarle la noticia.

—No, de ninguna manera, ella arruinará el momento y estoy demasiado feliz para soportar su negatividad y su desprecio. Ella no se pondrá feliz por mí y lo sabes, dirá que estoy cometiendo un error, que Gabriela está conmigo por dinero y ese tipo de cosas. La conoces. No planeo exponer a Gabriela ni a su hijo a mi madre. No los obligaré a pasar por eso, no tiene sentido.

—Llámalas, no hoy pero llámalas. Es tu madre cuanto yo soy tu padre.

—Eso no es cierto, en todo el tiempo que pasé en Texas solamente hablamos por teléfono una vez y eso no duró ni cinco minutos, ella tenía mucha prisa porque había quedado con unas amigas para ir a tomar el té. Lo último que supe de ella fue un correo electrónico en que me dijo que estaba muy conforme con los dividendos que había obtenido de las acciones que tiene de una de mis empresas.

Mi padre se mantuvo en silencio.

—Hablaré con ella.

—No, no lo hagas, la llamaré yo cuando junte paciencia y coraje. Cambiando de tema a uno más alegre, es probable que en breve estemos los tres por allí, quiero enseñarles la cabaña que estoy construyendo y además hace unos minutos hablé con mi joyero, quiero que Gabriela escoja la piedra para su anillo y le dé el visto bueno al diseño que encargué.

—Eso me parece magnífico.

—No le cuentes a Rose todavía. ¿Ella está allí?

—No, fue a dormir a casa de una amiga.

—La llamaré yo más tarde a su celular para contarle la noticia.

—¿Lo sabe James?

—No, ahora mismo lo llamaré, tendrá que ser mi padrino de bodas.

—Me parece justo —rió mi padre—. Hijo, en verdad me alegro muchísimo, se lo bien que ella te hace, vi lo mucho que has hecho por ti mismo desde que la conoces. Ella es perfecta para ti.

—Sí, de modo alguno la merezco; por alguna extraña razón esta mujer me ama y me hace inmensamente feliz que así sea.

—Cuando tengan ganas llámenme otra vez, me gustaría mucho hablar con Gabriela y felicitarla. Vengan pronto, ahora que sé esto querré tenerlos aquí a ambos. Te amo hijo, me hace muy feliz escucharte así de feliz.

—Gracias papá, te llamaré más tarde para que hables con ella.

—Mándale mis cariños y a su hijo también.

—Eso haré.

Nos despedimos y en cuanto me atrapó con su luz roja, el siguiente semáforo, busqué el número de James y lo llamé.

—Desgraciado, te llamé al menos media docena de veces en los últimos dos días, dónde mierda te habías metido —soltó James en reemplazo de un normal y esperado “hola”.

—También me da gusto hablar contigo, James. Y sí, vi tus mensajes, perdona

que no contestara antes. Procedo informarte que el día de ayer lo pasé con mi futura esposa y su hijo.

—¿Que qué? ¿Con quién te casas?

—¿Con quién crees tú?

—¿Desgraciado hijo de puta convenciste a esa pobre mujer de que sea tu esposa?! ¡Te has ganado un lugar de privilegio en el Infierno!

—Sí, ya lo creo —solté entre risas—. Tendrán que reacomodar las mesas para que quepamos los tres en tu boda.

—Te odio por eso último, te odiaré el resto de mis días por eso, pero no te preocupes, les encontraremos sitio. Sano consejo, ni se te ocurra meterte a organizar la boda con ella, déjala que tome todas las decisiones, por todo es una discusión, que si las flores que si la música... yo solamente quiero casarme con ella y ya, para tenerla a mi lado el resto de mis días. La verdad es que me importa una mierda de qué sabor sea la torta.

—Amigo, no podrías estar más enamorado.

—Mira quién habla. Me gustaría saludar a la pobre mujer que perdió la cordura por ti. ¿Estás con ella?

—Voy de camino a su casa, pasé la noche en mi hotel.

—¿Sí?

—Sí, su hijo está allí pero anteanoche no estaba allí —tiré del volante para girar a la izquierda, encontraba a dos calles de mi destino —. Gabriela me vuelve loco.

—No le echas la culpa, estabas loco desde antes de conocerla.

—Tendré que dejarte, estoy llegando a su casa.

—¿Cuándo te veré por aquí? Londres te extraña.

—Tengo que estar allí la semana próxima, tengo unas reuniones. Ya te avisaré. Tenía planeado primero pasar por Nueva York, ya encargué el anillo para Gabriela pero quiero que ella lo apruebe.

—¿Vendrán los tres?

—Me gustaría. Gabriela acaba de recuperar la custodia y todavía quedan papeles y asuntos por resolver; haré lo posible para tener el pasaporte de Javier listo lo antes posible. Ese niño se merece todo lo que pueda tener y está en mi mano, le entregaré el mundo.

James soltó un silbido.

—¿Lo sabe tu padre?

—Acabo de cortar con él.

—¿Tu madre?

—Suenas como mi padre; también me pidió que la llame.

—Tienes que llamarla.

—No permitiré que hoy me arruine el día. Mañana.

—Te tomo la palabra.

—Tengo que estacionar, James. Te llamo luego, llegué a casa de Gabriela.

—Bien, manténme al tanto de todo.

—Sí, claro. Te quiero James, gracias por estar siempre ahí para mí.

—No tienes nada que agradecer. También te quiero. Te cuidas y le dices a esa mujer que le agradezco por tener el coraje de permanecer a tu lado.

—Se lo diré. Adiós.

—Adiós.

Estiré el brazo y corté la comunicación.

Recogí el celular y lo metí en el bolsillo de mi chaqueta, saqué las llaves del encendió, tomé las bolsas que contenían el Lemon Pie y las facturas con mucho dulce de leche para Javier, y bajé del auto. La puerta de la casa de Gabriela se encontraba a no más de dos metros de mí.

La distancia se me antojó insondable. No podía más con el peso de la distancia entre nosotros.

Presioné el botón del portero eléctrico a menos tres veces y a la cámara le sonreí de oreja a oreja.

—¡Hola! —Estalló su voz—. Enseguida voy. Tengo que darte un juego de llaves.

—Buena idea. Aquí te esperaré. Solo para que sepas y te des prisa, tengo tu Lemon Pie.

—No podría amarte más. Un segundo y estoy contigo.

Escuché nuestra comunicación cortarse.

Mi corazón palpitaba con fuerza ante la inminencia del reencuentro.

—Si mueves un músculo dejo tus tripas desparramadas por la vereda.

Por una fracción de segundo me costó asociar la voz con esta situación. Algo duro presionaba mi espalda por debajo de mis costillas del lado derecho.

Federico.

—¿Qué crees que haces?

—Está cargada y sé cómo usarla.

Hice el amague de moverme y lo sentí gatillar el arma.

—No bromeo.

Lo espí por encima de mi hombro. Tenía cara de enajenado, sus ojos estaban completamente desorbitados, estaba ojeroso, demacrado, despeinado y olía a

alcohol.

—¿Qué crees que haces, te volviste loco?

—No volverán a burlarse de mí.

—Nadie se burló de ti. Ella simplemente no te ama. No cometas una locura...

Federico apretó el arma contra mi carne.

—Cierra la boca, no quiero escuchar tu voz. Me das asco. Todo en ti es despreciable. ¿Cómo es que ella puede amarte? ¡Eso no es posible! La usaste, la lastimaste, la dañaste para siempre. Por ti la perdí, Gabriela no era así, ella era buena, dulce y delicada.

—Federico esto no...

—¡Que cierres la boca!

Con la culata de alma me dio un golpe en la espalda que me quitó el aliento.

La puerta se abrió en ese exacto momento.

Gabriela pronunció mi nombre, me sonrió y al instante, al verlo a él, su sonrisa se descompuso.

—Federico...

Federico me empujó hacia adentro. De no ser por Gabriela había caído al suelo, ella me atrapó cuando tropecé.

La puerta se cerró detrás de mí de un portazo.

Me enderecé y volteé para enfrentarlo, al hacerlo me encontré con un arma apuntando a mi cabeza. La mano de Federico sostenía el arma con firmeza. A pesar de que se lo veía tan descompuesto el pulso no le temblaba. Tragué en seco, no me quedó duda de que en verdad sí debía saber cómo usarla. Noté que el arma era muy nueva, moderna, de cualquier modo se lo notaba familiarizado con el peso de aquella cosa. Si decidía volarme los sesos le atinaría; Mike me había enseñado muchas cosas, una de ellas era a diferenciar novatos y locos suicidas que creen que podrán sacarme algo así de buenas a primeras, amenazando con matarme de aquellos que con la cabeza fría, en verdad serían capaces de hacerlo. Federico era del segundo grupo.

A mi cerebro le costó asimilar que esto en verdad estaba sucediendo pero cómo si en mis manos cargaba un Lemon pie y facturas, si acaba de contarle a mi padre y a James que iba a casarme. Esto no podía estar sucediendo, no era posible que tuviese frente a mí y con Gabriela presente a un tipo celoso y despechado.

En ese segundo me juré que no permitiría por nada del mundo, que él le hiciese ningún daño a ella o a su hijo.

—Federico... ¿Qué haces? Baja el arma.

Federico se movió y apuntó en dirección a su cabeza.

Me puse rojo de la furia y me interpuse entre ella y él.

—¿Qué crees que haces? Baja el arma. No vuelvas a apuntarle. Aquí hay un niño. No puedes entrar en la casa con eso. Vamos, salgamos, arreglaremos esto afuera, entre tú y yo.

—Cierra la boca, te dije que no quería escuchar tu voz y es en serio. Si me fastidias te llenaré de agujeros y créeme que ganas no me faltan, a eso vine.

—¡Federico! —Chilló Gabriela y el arma volvió a apuntar en dirección a ella.

—¡Cierra la boca, puta traicionera! Tu cerebro es tan retorcido como el de él. Solamente te interesaba de mí lo que ya conseguiste, para lo demás ahora lo tienes a él. ¡Claro si por él cerraste ese contrato con el estudio de Hollywood! ¡¿Cómo puedes exponer a tu hijo a este desgraciado perverso?! ¿Es que siquiera Javier te importa?

—¡Estás loco, no sabes lo que dices! Es obvio que no sabes lo que dices, este no eres tú es...

—Es el asco que me das, el asco que me produce él.

—Tu enojo no es con ella, Federico, salgamos y solucionemos esto afuera.

—Tú no me dirás qué hacer. Soy yo el que tiene el arma en la mano, soy yo quién da las órdenes.

—No puedo creer que hagas esto, Federico. ¿Perdiste la cabeza?

—Sí, el día que te conocí y por ti.

Eso sonó muy mal.

Tomé a Gabriela por las muñecas y la escondí detrás de mí.

—Lo que sucedió es mi culpa, yo la engañé, ella no te hizo nada. Es mi responsabilidad, fui yo quien la convirtió en lo que es ahora no puedes culparla.

—¡Félix!

—Es cierto, no le hagas caso. Sus locuras son mis locuras, la empujé a esto, ella no pudo...

—¡Cierra la boca! —Federico se abalanzó hacia mí, el cañón del arma quedó a pocos centímetros de mi frente.

Sentí la respiración de Gabriela cortarse por detrás de mí.

—Me enloquecen ustedes con sus juegos. Este es mi juego, soy yo quien pone las reglas. ¡Suelta las bolsas!

No podía arrepentirme más de no haberle hecho caso a Mike, tenía toda la razón, el sujeto debió seguirme.

—¡Suelta las bolsas, dije! Hazlo ya —gritó. El arma tembló en su mano por

primera vez—. Hazlo o te juro que regaré tus sesos sobre ella y sobre todo el jardín.

Las manijas de las bolsas resbalaron por mis dedos. Escuché los paquetes caer sobre el camino de piedra pero no les presté atención, no conseguía quitarle la vista de encima al arma que todavía apuntaba al espacio entre mis dos ojos.

Me gustó menos que el arma temblara en su mano. Federico comenzaba a ponerse nervioso y yo también.

Federico se llevó una mano a la cintura de los pantalones por detrás de su espalda.

—Jugaremos y esta vez será divertido para mí, no solamente para ti. Bien, en realidad dudo que lo disfrutes —lanzó mirando a Gabriela.

Extendió su brazo en nuestra dirección, en la palma de su mano descansaba un precinto negro de plástico.

—¿Qué...?

—Sus manos —contestó Federico ante la pregunta de Gabriela.

—¿Qué?!

—Es para sus manos —dio un paso atrás y luego otro sin dejar de apuntarnos—. Ata sus manos por detrás de su espalda con esto—. Le ofreció el precinto sosteniéndolo con la punta de los dedos.

—No haré eso —soltó Gabriela horrorizada.

—Vamos, Federico, esto está yendo demasiado lejos. Javier está aquí...

—Ella debió pensar antes a quién acepta en su hogar. ¿Te la cogerás atada a la cama con el niño en el cuarto de al lado o será al revés? —Sus ojos se movieron otra vez en dirección a Gabriela—. ¿Te lo cogerás tú a él atado a la cama con tu hijo a veinte centímetros de la cabecera de tu cama?

Esto se ponía cada vez peor. Noté que Gabriela se ponía blanca.

—Comienzo a perder la paciencia. O le sujetas con esto las manos por detrás de la espalda o le vuelo una rodilla. Te aseguro que duele y mucho y lo único que ganarás es que con sus gritos despierten a tu hijo. Imagino que no querrás que vea lo que haremos.

Gabriela se quedó boquiabierta.

—Federico te lo ruego por lo que más quieras. Desquítate conmigo pero afuera. Puedes convertirme en un colador si quieres pero no sigas con esto aquí.

—Haré lo que me dé la gana. ¡Gabriela!

Federico gritó su nombre y ella dio un respingo.

—O le sujetas las putas manos detrás de la espalda o lo escucharás gritar.

—Está bien... —tomó el precinto de la mano de Federico.

—Date prisa o con su rodilla volará la tuya.

—Está bien, hazlo —lentamente me moví para ofrecerle mis manos por detrás de mi cintura.

Gabriela rodeó mis muñecas con el áspero precinto de plástico. Apenas si lo ajustó.

—¿Me tomas por idiota? ¡Aprieta el puto precinto! Me enloqueces con tu apariencia de niña buena. ¡No lo eres y yo no soy idiota!

Gabriela saltó del susto.

—Está bien, tranquila, no pasa nada —le susurré notando que le se habían llenado los ojos de lágrimas.

Con cuidado, tiró del extremo del precinto para ajustarlo. Los bordes filosos arañaron la piel de mis muñecas.

—¡Más! No te preocupes, a este hijo de puta le gusta el dolor. Seguro que disfrutará esto—. Soltó una carcajada—. Lo más probable es que esta no sea su primera vez con las muñecas precintadas—. El cañón del arma me apuntó otra vez—. ¿Me equivoco?

Tragué en seco. No, no era la primera vez pero nunca antes lo había hecho apuntando con un arma a mi cabeza y menos que menos en presencia de la persona más amada para mí en este mundo, la cual corría riesgo.

Dentro de mi cabeza busqué una solución para este problema sin hallarla. En lo único que podía pensar era en evitar de cualquier modo, que Federico la lastimara. Cualquier cosa menos eso, si algo le sucedía a Gabriela no me lo perdonaría jamás. En dos segundos repetí dentro de mi cabeza un centenar de veces que jamás debí regresar y esa tampoco era una solución coherente, este tipo estaba loco de remate, peor que yo y no permitiría de modo alguno que ella terminase con él. Tenía que apartar a Gabriela de las garras de este sujeto.

—¡Contesta! —Chilló sobresaltándonos a los dos—. Te hice una pregunta. Dile a tu “adorada princesita” si es la primera vez que te sujetan las manos tras la espalda con un precinto o no.

Tragué en seco y negué con la cabeza.

—Eres un cobarde, siquiera puedes admitirlo en voz alta. ¡Ajusta el puto precinto, Gabriela! Es la última vez que lo digo. ¡Tira del plástico, carajo o te vuelo todos los dedos!

—¡No te atrevas a tocarle ni un solo cabello! —Quería comérmelo crudo.

—¡Tú a mí no me gritas!



Sin querer Gabriela tiró demasiado del precinto. El plástico se me clavó en la carne cortándome la circulación. Federico se movió demasiado deprisa sin darme tiempo a reaccionar. Abalanzándose sobre Gabriela la tomó del cabello de la parte alta de su cabeza, allí dónde lo llevaba más largo, no más de unos cinco centímetros. La sacudió, Gabriela chilló de dolor. Esperando poder derribarlo me lancé sobre él para hacer que la soltara; con un poco de suerte del golpe le arrebataría el arma de las manos.

No resultó. Sin soltar ni a Gabriela ni el arma, Federico me esquivó y no solo eso, me tiró una patada que dio en el blanco, en mi entrepierna. Caí de boca en el camino de piedra, sin aliento y sin manos con las que atajar la caída.

Sentí con lujo de detalle mis dientes partiendo mi labio, el golpe en la nariz y luego en la frente. Quedé tirado en el piso boca abajo, boquiabierto intentando meter aire en mis pulmones. Del dolor mi vista se había puesto en blanco. En procura de mitigar el dolor en mis genitales me convertí en una bola que con cada resoplido lanzaba sangre al piso.

Con la lengua tanteé el interior de mi labio, tenía un corte fenomenal.

Escuché a Gabriela gritar y abrí los ojos de inmediato. Siquiera tenía fuerzas para ponerme de pie.

Federico tironeaba de su cabeza dejando expuesto su cuello. El arma estaba ahora allí, en el cuello de ella, por debajo del lado derecho de su mandíbula.

—¡Suéltala! ¡Si la tocas te mato! ¡¿Cómo puedes hacer esto?! ¡Estás más loco que yo Federico, a mí jamás se me ocurrirá lastimarla!

—Sí, claro, seguro. No me digas —soltó una risa maníaca.

Sin previo aviso soltó a Gabriela y la empujó en mi dirección.

—Ayúdalo a ponerse de pie. No intentes nada, el arma comienza a quemar mi mano y me muero por usarla.

Gabriela se arrodilló a mi lado.

—Sangras.

—Es el interior del labio, es todo.

—Félix...

—Tranquila—. Ví un par de lágrimas escaparse de sus ojos—. Tranquila, no llores.

—¡Levántalo!

Los dos pusimos lo mejor de nosotros para obedecer. Yo todavía me moría del dolor y Gabriela tenía miedo, y como para menos, este tipo que hasta hacía unos días atrás había simulado ser un hombre completamente normal, hasta algo tímido y muy centrado, hoy por hoy se comportaba como un completo

desquiciado.

Obligué a mis piernas a alzar el peso de mi cuerpo mientras Gabriela me ayudaba tirando de mis brazos.

—¡Adentro!

Escupí sangre a un lado.

—Federico el niño está dentro, no hagas esto. Sé razonable, sácame de aquí, llévame dónde quieras, mi automóvil está afuera, vine sin seguridad, puedes vaciar todo el cargador en mí pero no nos obligues a entrar, no hagas que Javier pase por esto.

—Se perfectamente bien que viniste solo y la verdad es que ya nada me importa una mierda. ¡Entren! ¡Los dos! ¡Ahora!

—No, por favor Fede, no hagas esto. Haré lo que me pidas pero no...

—¡Claro que harás lo que te pida! No te atreverás a volver a decirme que no a nada. ¡Muévete!

—¡Déjalos en paz! Estás yendo demasiado lejos.

Escuché el estallido y después sentí el dolor que me derrumbó sin embargo tardé en tomar conciencia de que el dolor había sido porque Federico le había disparado a mi muslo.

Grité. Gabriela grito y el disparo se quedó haciendo eco en la fachada de la casa mientras volvía a caer al suelo.

Mi sangre tibia y pegajosa empezó a correr por mi pierna empapando mis pantalones.

Gabriela se abalanzó sobre mí otra vez.

—Adentro, ahora mismo o el próximo disparo va a su cabeza. ¿Escuchaste, Gabriela? ¡Levántalo!

No creí que fuese capaz de ponerme de pie. El dolor era una mezcla de calor y humedad que entumecía mi muslo.

Una vez en pie eché un vistazo, la bala no debía haber tocado ningún hueso ni ninguna arteria porque no sangraba como si así fuese pero estaba casi seguro de que el trozo de metal había atravesado mi pierna de un lado al otro.

Gabriela empujó la puerta y entramos seguidos de Federico con su arma apuntándonos.

—¿Mamá?

Al verlo aparecer por la escalera se me cayó el alma a los pies. Javier se quedó duro sobre el último escalón, observando la escena sin comprender nada: mi pierna roja de sangre, mis manos sujetas detrás de mi espalda, mi labio ensangrentado, su madre con el rostro bañado de lágrimas, un arma en

manos de Federico apuntándole a ella en la cabeza.

—¿Mami?

—Hola Javier, que bueno verte —dijo Federico como si tal cosa.

—¿Mami qué pasa?

—Regresa a tu cuarto amor, todo estará bien, vuelve a subir y quédate allí, yo iré contigo en un momento.

—Mami...

—Por favor, Javi...

La desesperación en la voz de Gabriela me enloqueció.

—Federico por lo que más quieras, no continúes con esto.

Ignorando mis palabras, Federico llamó a Javier.

—No, Federico por favor... —Suplicó Gabriela.

—No lo metas en esto.

—¡Silencio los dos! ¡Baja en este instante, Javier o te juro que le disparo a tu madre!

¡Baja!

—Pedazo de mierda te arrepentirás de esto.

—Tú no estarás aquí cuando esto acabe de modo que no podrás hacer nada al respecto.

—Federico por favor.

—¡Ven aquí ahora! —Volvió a gritarle a Javier, quien obedeció muerto de miedo y llorando—. A la cocina. Nos ordenó a nosotros mientras tomaba a Javier por el hombro. Ahora el arma estaba demasiado cerca de la cabeza de Javier. Sin importarme una mierda si me despellejaba los brazos y las manos, comencé a tironear del precinto para soltarlo. Sentí el plástico cortar y cortar mi piel.

Junto a la entrada de la cocina estaba la puerta del toilette.

Tarde nos dimos cuenta con Gabriela de lo que hacía Federico pero casi suspiré aliviado, al menos así, Javier no sería testigo de lo que fuese a suceder a continuación.

Federico empujó a Javier dentro del toilette y le dio un portazo a la puerta para trabar la manija con el respaldo de la silla que se encontraba a un lado de la puerta junto a una de las mesitas de apoyo que sostenía un florero con uno de los tantos ramos de flores que Gabriela había comprado para alegrar la casa para la llegada de Javier.

Gabriela gritó pero yo no me quejé, era un alivio tenerlo fuera de tiro del arma de Federico.

—¡Aparta una silla y ponla allí! —le gritó Federico a Gabriela. El lugar indicado era en el centro de la cocina.

Ella arrastro la silla tal como se le pidió.

Mi pierna comenzó a flaquear, no soportaría mucho más en pie. Delante de mis ojos comenzaron a aparecer chispazos blancos, me desmayaría de un momento a otro por la pérdida de sangre y me negaba a dejar a Gabriela sola con este loco.

—¡Siéntate! —La orden fue para mí.

Prácticamente caí sobre la silla.

Gabriela se paró a mi lado abrazándome.

Resultaba desesperante no poder hacer nada; debía ser yo quien cuidase de ella y no al revés.

—¡Ven aquí! —Dijo al detenerse junto a la mesa.

—Déjala, vete, terminemos con esto, vete ahora y dejaremos las cosas como están.

Federico se rió de mí con ganas.

—Si no quieres que le atraviese la otra pierna con un tiro ven aquí ahora — Gritó sobre los chillidos y el llanto de Javier encerrado en el toilette.

—No va a ninguna parte.

—Ven aquí, Gabriela —insistió—. No lo pensaré dos veces antes de usar el arma otra vez.

Gabriela me miró.

—No —le dije y la vi apretar los dientes—. Te quedas aquí conmigo. No te mueves, no te acercas a él, que me parta las piernas a balazos si quiere pero tú no vas con él.

La verdad es que no lo creía capaz de disparar otra vez.

El impacto sobre mi pierna derecha fue todavía más preciso y doloroso, imaginé que esta vez probablemente sí hubiese al menos rozado el hueso. El dolor apagó mi cerebro por un par de segundos. Al regresar a la realidad noté que Gabriela ya no estaba a mi lado sino parada frente a Federico.

—Date la vuelta y dame tus manos. ¡Tus manos!

Gabriela le dio la espalda y colocó sus manos por detrás de su espalda a la altura igual que yo; él se las atrapó con otro precinto. Ella no se quejó cuando él de un salvaje tirón cerró el precinto alrededor de sus muñecas.

—Siéntate sobre la mesa.

Gabriela me miró con desesperación y luego miró a Federico.

—¡Déjala!—. Intenté ponerme de pie, no logré alzarme ni dos centímetros del

asiento. Mis piernas se quejaron. La sangre corría hacia abajo y por el asiento de la silla. En el piso, alrededor de mi pie izquierdo comenzaba a formarse un charco de sangre.

—A la mesa.

Gabriela obedeció a la orden de Federico saltando de espaldas sobre la mesa.

—Abre las piernas.

—¡Hijo de puta ni te atrevas a tocarla!

De un manotazo y una patada la obligó a apartar las piernas.

—No que esto te gustaba. Cuando estábamos juntos me demostraste que te gustaba jugar duro.

Volví a intentar levantarme, casi lo logro, caí otra vez pesado.

—Abre los ojos y no te pierdas de esto Félix. Sé que te gustará—. Pegando el arma al abdomen de Gabriela, Federico se apretó a ella y comenzó a besarle el cuello bajando hasta su hombro para subir otra vez.

—¡Suelta, déjala! ¡Desgraciado! ¡Eres un mal parido, un cobarde!

Federico me sonrió y pasó de besar el cuello de Gabriela a tomarla del cuello para besar su boca.

Gabriela se sacudió, intento apartar la cara y no lo consiguió. Ella tiró patadas y se retorció, al final él se apartó para apuntar directo a su cabeza sujetando el arma con ambas manos.

Se quedó duro, petrificado observándola sin pestañear.

—Sí no cooperas lo mato.

El arma estaba otra vez dirigida a mí. La mano libre de Federico llegó a la cintura de los pantalones de Gabriela. Soltó el botón del jean y luego le bajó el cierre.

Gabriela se echó a llorar con fuerza.

—¡Déjala! No la toques. ¡Gabriela no lo dejes!

Gabriela me miró, lloraba mares.

—Amor no... no se lo permitas. No importa si me dispara, no se lo permitas.

Federico volvió a reír.

Perdí la cabeza cuando lo vi meter su mano dentro de la ropa interior de ella.

No sé de dónde saqué las fuerzas, solamente sé que logré ponerme de pie, dar uno, dos, tres pasos...

Un, dos, tres estallidos... un largo grito de Gabriela.

Mucho dolor y más disparos. Caía.

Los últimos estallidos no llegaron a mí, es más estaba seguro que no habían sido disparados por el mismo arma.

Caí de costado y entonces vía a Mike con su arma entre las manos.

Federico cayó al suelo un segundo después y Mike le cayó encima a patadas para arrancarle el arma. Mike lo había herido, probablemente no de gravedad, solamente para desarmarlo.

Las dos armas estaban ahora en posesión de Mike.

Escuché más gritos. La voz de Gabriela llamando mi nombre, las sirenas, el llanto de Javier, mis propios quejidos... lo que más fuerte de todo gritaba era el dolor, mi dolor. Mi abdomen y pecho se sentían como si estuviesen a punto de estallar.

La vi caer frente a mí llorando desesperada pero ya no conseguía oírla, todo había quedado tapado por un pitido fuerte en mis oídos. Se me nubló la vista y el abrazo de la inconciencia llegó a mí. Jamás llegaría a casarme con Gabriela, a formar una familia con ella, no tendría oportunidad de volver a besarla o hacerle el amor.

La oscuridad me atrapó.

## 23.

Perdí la cuenta de las horas que Félix llevaba en el quirófano, era la segunda vez que lo llevaban allí de urgencia en un nuevo intento de estabilizar su estado. Había perdido demasiada sangre y su estado era muy delicado.

Cuando el cirujano me dijo que lo crucial era que pudiesen mantenerlo estable por las siguientes cuarenta y ocho horas mi mundo se encogió a esta triste sala de esperas.

Me destrozaba no poder hacer nada para ayudarlo. Tener que limitarme a esperar que alguien viniese a informarme del resultado de la operación era desesperante.

Alzándome sobre mis pies, eché un vistazo a mi alrededor: mi padre en el sofá con la cabeza de Javier sobre sus piernas, ambos profundamente dormidos, mi hijo envuelto en una manta que una enfermera nos facilitó una hora atrás; los vasos de café medio vacíos; las luces bajas; Mike sentado en una de las sillas, inclinado hacia adelante y con la cabeza entre las manos... la policía lo había interrogado dos veces con el fin de aclarar lo sucedido. Parpadeé y lo ocurrido regreso a mis ojos: Federico disparándole a Félix en el pecho, Félix cayendo, sangre por todos lados, sangre que se pegó a mí, a mis ropas... su sangre. Mike había estado siguiendo a Federico esa mañana, lo buscó en cuanto dejó a Félix solo en el hotel. Lo pescó saliendo de su casa y luego lo perdió por culpa de un choque del que no participó. Dio vueltas por los alrededores después de perder de vista su automóvil sin dar con él; tuvo un presentimiento, un mal presentimiento y fue directo a mi casa. Llegó e idéntico su automóvil, también vio el de Félix. Bajándose del vehículo que había alquilado, llamó a la policía y a una ambulancia y trepando por el muro se metió en mi casa. Escuchó el llanto de mi hijo, las palabras de Félix y las exclamaciones de Federico. Mike cargaba su arma constantemente.

Los disparos del arma de Federico lo sobresaltaron, de cualquier modo su pulso no tembló, su entrenamiento lo hizo reaccionar al instante, un disparo a

la mano, el siguiente a la pierna. Federico cayó pesado. Mike se lanzó sobre él, lo golpeó sin piedad y le arrebató el arma mientras yo corrí hacia Félix, lo creí muerto y eso me enloqueció.

Mike llegó a nosotros, levantó a Félix del suelo... tres orificios de bala, dos en el abdomen, uno en el pecho. En dos parpadeos mi casa estaba llena de policías y del personal del servicio de urgencia.

Alguien, no sé quién, cortó el precinto que sostenía mis manos. Un par de parpadeos más y estaba sobre la ambulancia viendo a los paramédicos ocuparse de Félix; uno mencionó que su pulso era demasiado bajo, le pusieron una vía, a esa vía le inyectaron algo... Su sangre por todos lados.

Mike me alcanzaría con mi hijo en el hospital.

A Federico se lo llevó la policía.

La entrada de urgencias.

Media hora esperando sola allí sin que nadie me diera ninguna información.

Mike llegando con Javier en brazos, preguntando por Félix, avisándome que su padre y James venían en camino.

El médico que apareció por primera vez para decirme Félix estaba en el quirófano y que se encontraba en estado crítico.

Las horas que siguieron se llevaron la luz y mis fuerzas.

En el hospital se hizo presente el resto de los hombres de seguridad de Félix, también tres abogados que lo representaban aquí, estaban para ocuparse de todo, para defender a Mike y estar presentes mientras la policía lo interrogaba, estaban aquí para mí.

En un momento dado el hospital se llenó de periodistas, llegó mi padre y Valeria me llamó porque vio la noticia en la televisión. León se hizo presente y aquí continuaba, acababa de salir a buscarme otro café.

Mike alzó la cabeza y me miró.

—Nunca debí dejarlo solo. Es mi culpa; no hice bien mi trabajo. Todo esto es mi culpa—. Se agarró la cabeza tapándose el rostro con las manos.

Fui hasta él y me arrodillé frente a sus pies. Lo tomé por los antebrazos.

—De no ser por ti lo más probable es que los dos ahora estuviésemos muertos—. Lo obligué a mirarme—. No fue tu culpa, Mike. Le advertiste...

—Él estaba tan contento... no quería saber de malas noticias, de nada que pudiese opacar su felicidad.

—El único responsable aquí es Federico—. Al pensar en él todo dentro de mí se retorció del asco y el dolor, sobre todo de dolor. Cuando mi padre se llevó a Javier a cenar a la cafetería una mujer policía vino a buscarme para



informarme lo peor: Federico se había suicidado en su celda. Todavía no podía creerlo—. Mike... —le aparté las manos de la cara—. No es tu culpa. No vuelvas a repetir eso.

Al sentir los pasos me di la vuelta, León estaba de regreso con tres vasos térmicos apilados en una mano y una bolsa con paquetes de galletitas, sándwiches y alfajores en la otra.

—Traje provisiones —anunció en voz baja sonriéndonos—. Chocolate caliente y cosas ricas.

Le sonreí a mi amigo y al volverme otra vez hacia Mike lo vi llorar y no logré contenerme. Otra vez era un mar de lágrimas.

—Mike... —así de rodillas en el piso lo abracé y él se prendió de mí. Todavía llevaba el chaleco antibalas.

—Es mi culpa... es mi culpa.

—Ay por favor no lloren —León dejó todo sobre la mesita baja y se nos acercó—. Verán como todo sale bien. Es un hombre fuerte, se recuperará. Todo saldrá bien.

Y mi cerebro se preguntó: ¿y si no?

¿Qué iba a ser de mí?

No, Félix no podía morir.

—Gabriela... Mike.

Reconocí la voz y solté a Mike. El padre de Félix entraba en la sala de espera acompañado de su esposa y su hija.

—¿Cómo está él? Por favor díganme que está bien, que mi hijo se pondrá bien. Los ojos del padre estaban rojos de tanto llorar.

Rose rompió en llanto también y Rebecca la abrazó.

Simón llegó a mí y me abrazó. Su cuerpo se estremeció contra el mío en hipidos de desasosiego. Cómo podía contenerlo y consolarlo si no era capaz de mantenerme en pie por mí misma. Solamente deseaba estar con él, abrazarlo, poder hacer lo que fuese necesario para mantener su corazón latiendo.

Lloramos y nos abrazamos. Con Mike intentamos explicar lo sucedido. Me obligaron a beber mi chocolate caliente y León comportándose como un verdadero buen amigo, fue en busca de bebidas calientes para los recién llegados. Hubo más llanto, nerviosismo. Hubo silencio, uno sepulcral y desesperante que por poco y me lleva a la histeria.

Mi padre despertó y se lo presenté a la familia de Félix.

El día emprendió su marcha hacia el amanecer.

Rose cayó dormida.

Simón se prendió de mis manos.

Más café.

Más espera.

La sala de espera se llenó de luz de sol.

Mi papá se llevó a Javier a desayunar, insistió en que lo acompañase; no le encontré ningún sentido en bajar a comer, en moverme, en respirar. La segunda operación de Félix había terminado hacía dos horas, él continuaba igual, ni mejor ni peor y todavía no me permitían verlo. El cirujano dijo que salir de esta no le resultaría fácil.

—Félix está dando pelea pero sufrió daños severos, su cuerpo da todo lo que le queda y la verdad es que soy el primero en sorprenderse de su perseverancia.

Con aquellas palabras el cirujano provocó en mí una nueva sesión de llanto que amenazó con no parar jamás.

Mentalmente y a través de las paredes que nos separaban le rogué que continuase luchando, que no se rindiese, que yo estaba aquí esperándolo.

Bajé por el respaldo del sillón con la vista fija en la abertura de la puerta. Enfermeras iban y venían... Rose dormía con sus pies sobre mis piernas y la cabeza en el apoyabrazos. Rebecca abrazaba a Simón, León le mandaba un mensaje de texto a su pareja, Mike continuaba en la misma silla con la vista fija en la pared.

Un enfermero pasó empujando a un paciente en su silla de ruedas.

Dos médicos de batas blancas corrieron ante un llamado que sonaba en el sistema de audio. Un celular sonó en alguna parte, no aquí dentro sino en el pasillo.

El ir y venir al otro lado de la puerta me adormeció, llevaba casi veinticuatro horas sin pegar un ojo y estaba molida, destrozada tan triste que cada dos inspiraciones de mis pulmones deseosos de percibir su perfume, me largaba a llorar. Así fue en ese instante, lloré otra vez rogando a Dios se pusiese de su lado en la batalla por no perecer.

Tenía la cara empapada otra vez y no sé cómo, creí que para esta altura no me quedarían más lágrimas.

Me soné la nariz y eso atrajo la atención de Mike. Intentó sonreír para mí, hice lo mismo.

Ocultándome tras el pañuelo de papel continúe llorando hasta que el cansancio me ganó. Las lágrimas cesaron y otra vez mis ojos quedaron fijos en la

abertura de la puerta. De a poco y casi sin que me diese cuenta. El mundo se apagó.

—Gabriela...

Félix tomó mi mano, me sonrió pidiéndome que lo acompañase, quería enseñarme algo bonito. Eso había dicho.

Mi nombre sonó otra vez y sus dedos se escaparon de mi mano. La claridad que me rodeaba se extinguió dando paso a una luz anaranjada y más tenue.

—Gabriela, despierta —era la voz de mi padre.

Abrió los ojos sobresaltada. Siquiera recordaba haberme quedado dormida.

No entendía ni dónde estaba ni que sucedía a mi alrededor. ¿Qué hora era?

Sobre la mesa detecté cajas vacías de hamburguesas de McDonald's, más vasos de café, latas de gaseosas.

—¿Qué, qué sucede? —Intenté incorporarme y la cabeza se me fue al demonio, me mareé—. ¿Qué hora es, qué sucede?

Vi al médico parado junto a Simón.

Tuve la impresión de que mi pecho se convertía en porcelana y que un objeto muy duro lo golpeaba para convertirlo en mero polvo blanco sin ninguna utilidad.

—Horas... —Contestó mi padre—. Son casi las tres. Tranquila.

—¿Por qué me dejaron dormir tanto?! No debieron —intenté levantarme del sillón, todo mi cuerpo me dolía. Mi padre no me lo permitió, volvió a empujarme contra el almohadón tomándome por los brazos—. Dime que está bien —me largué a llorar—. Por favor, dime que está bien.

La sonrisa en los labios de mi padre hizo que me largase a llorar todavía con más fuerza.

—Despertó.

Al alivio se licuó en mi sangre. Tenía tantas lágrimas de felicidad en los ojos que ya no veía lo que tenía a dos centímetros de mi nariz.

—El doctor dice que tienes que ir a verlo. Está inquieto, creen que quiere verte a ti.

Me tapé la boca con las manos, reí y lloré mientras mi padre me abrazaba. Simón llegó hasta mí y me abrazó también. Rose cayó al otro lado del sillón llorando también.

Entre todos me ayudaron a ponerme de pie pero fue Mike con su cariño de siempre, con su mano firme y con su templanza, quién guió mis pasos hasta la sala de terapia intensiva.

Intenté no mirar las camas que me rodeaban, solamente la suya, a través de cristales, maquinas, cables y enfermeras. Aquí todo era tensión quizá apenas tocada con un poco de esperanza.

La enfermera encargada de la sala me había indicado el trayecto pero entre tanta aparatología y por culpa de los nervios me perdí allí dentro. Olía a desinfectante, a medicamentos.

Había médicos y enfermaras rodeándolo, él se movía y quejaba, sonaba alterado y de mal humor, como en sus peores momentos con la salvedad de que su voz apenas si tenía fuerza y de que sus movimientos eran lentos y torpes. Forcejeaba para quitarse a todos de encima, para quitarse el oxígeno de la nariz y las vías de los brazos. Alguien lo empujaba contra la cama.

El médico que lo acompañaba, que era el mismo que nos recibió cuando llegamos, me hizo señas para que me acercase.

Mis piernas temblaron.

Al llegar al cubículo dentro del cual lo tenían, conectado a un montón de máquinas que pitaban y emitían sonidos desesperantes para mis oídos, me vi obligada a tomarme de la puerta. Él seguía rezongando y luchando, evidentemente todavía no me había visto. Pedía que lo soltaran que lo dejaran marcharse, todo entre quejidos de dolor.

—Félix, calma, tranquilo, Gabriela está aquí. Ella está aquí. Cálmate por favor, te harás daño.

Una de las enfermeras se apartó y entonces... además de las máquinas, ya nada se escuchó. Dejó de quejarse, de forcejear. Nos miramos. Tendió su mano hacia mí y sonrió. Estaban tan demacrado.

—Félix...

Si mis pies fueron hasta él andando, yo no percibí el suelo debajo de mis pies.

Todos se apartaron, ya no necesitaban sostenerlo contra la cama.

No me alcanzaban los brazos para abarcarlo y acunarlo a mi lado.

Jadeó y respiró con dificultad contra mi cuerpo.

Tomé su cabeza y le besé los labios teniendo cuidado de no tocarlo y herirlo más de lo que ya estaba, de no soltar el tubo de oxígeno que iba a su nariz.

—Amor...

La palabra surgió de sus labios apenas con fuerza; su pecho puso en evidencia el esfuerzo que conllevaba para él hablar.

Su mano izquierda llegó a mi rostro, la derecha, casi sin fuerza, intentó abrazarme. Nos miramos a los ojos.

—Tranquilo, ya estoy aquí. Me quedaré contigo. Tranquilo.

Su mano recorrió mi rostro, su pulgar mis labios y todo mi cuerpo despertó, recuperando la energía consumida por la penuria de no saber qué sería de él, de temer por su vida.

Escuché que el medico dispensaba a los enfermeros pero no les presté atención.

—También te amo —le dije sin poder apartar mis ojos de los suyos. Podía pasar horas perdida en ese azul—. Lo que sucedió... enredé todo, Félix. Nunca debí... Federico, él no... Yo...

—Shhhh —. Me sonrió.

Se me escaparon las lágrimas una vez más.

—Te amo tanto.

Ante mi declaración su sonrisa se amplió.

—¿Más tranquilo ahora que está con ella?

Sin decir una palabra, contestó que sí. Sonriendo y llorando, me aparté un poco, con mis manos prendidas a las suyas.

—Estamos todos muy sorprendidos y felices por su recuperación. Un verdadero luchador.

Una de las manos de Félix intentó apretar las mías.

—¿Cómo te sientes? —Le pregunté.

—Estamos dándole una gran cantidad de calmantes.

Félix arrugó el entrecejo y la frente.

—Supongo que podemos conseguirte un poco más si tienes mucho dolor.

Con la mano libre se tocó el pecho.

El medico sonrió.

—No te preocupes, le daré orden a las enfermeras de que te administren un poco más, pero te atontará.

Félix me miró.

—No quiero volver a dormirme —articuló muy despacio con apenas un hilo de voz.

—Tienes que descansar.

—Yo me quedaré aquí —insistí.

Él negó con la cabeza.

—Lo lamento, no te encuentras en condiciones de sobre exigirte. Es un milagro que estés vivo, Félix. No lo arruinemos; son muchos los que trabajaron en quirófano y cuidaron de ti aquí para que les agradezcas de tan mala manera, poniéndote en plan de paciente desobediente.

—Es cierto —entóné yo secundado las palabras del médico.

—Sí quieres salir de aquí pronto debes colaborar con nosotros.

Liberé una mano de las suyas y acaricié su cabello. No existía una delicia más grande para mí que internar mis dedos allí.

Félix parpadeó un par de veces. Se rendía.

—Es por tu bien.

Con los ojos pequeños de dolor y cansancio, me miró. Era desesperante verlo en ese estado.

—Les daré quince minutos, después vendrá la enfermera para administrarle los calmantes.

—Gracias.

Félix intentó darle las gracias, no logró articula ni media palabra que se llevó una mano al pecho poniendo mala cara.

—Tranquilo. No hables, no te esfuerces. Tómenselo con calma y luego tendrán todo el tiempo del mundo.

—Gracias otra vez.

—No hay por qué. Es un placer—. Miró a Félix—. Recuerda: con calma.

El aludido asintió con la cabeza.

El medico nos dejó a solas cerrando la puerta de cristal.

Sin soltarle la mano a Félix, traje hasta mí la silla que había junto a la mesa de noche y me senté.

Apreté su mano entre las mías.

—Perdona. Fue culpa mía, jamás amé a Federico, lo usé, jugué con él con sus sentimientos... después de que te fuiste necesitaba escapar y él...

—Ni se te ocurra...

—Es cierto, fue mi error, lo empujé a esto.

—El sujeto estaba loco.

No conseguí mantener mi sonrisa y me eché a llorar. Su mano se humedeció de mis lágrimas.

No pude decirle que Federico se había suicidado, no era él momento, eso lo turbaría todavía más pero no por eso conseguía omitir la realidad dentro de mi cerebro; la culpa era tan grande.

—Fue mi culpa. Yo... —su cuello se ensanchó cuando tragó con dificultad.

—Tuve tanto miedo de perderte —solté lanzándome a llorar como una magdalena otra vez.

—Ven aquí —palmeó la cama.

—No quiero lastimarte.

—Un poco de dolor es saludable, te recuerda que aún estas vivo y yo necesito recordarlo.

Le sonreí y él a mí.

Alzándome de la silla la aparté.

—Si las enfermeras nos ven nos matan.

—Se pondrán celosas y me mataran por la noche —bromeó.

—Idiota.

Me senté sobre el borde de la cama, el colchón era duro pero igualmente se inclinó hacia mi lado; Félix se quejó.

—Es mala idea.

—No... no... acuéstate.

—Félix...

—Acuéstese junto a mí, señorita Lafond, es una puta orden.

—Usted y sus malos modos, Señor Meden. Debería decirle al médico que lo sujete a la cama.

—Suena genial y me gustaría tener energías para eso.

—Pronto.

—Espero... es que de solo verla...

—¿De solo verme qué, Señor Meden? —Terminé de acomodarme a su lado, de costado, con mi pecho contra su lado izquierdo, corazón con corazón.

—Se me ocurren muchas ideas.

—A mí más, Señor Meden, recuerde que la creativa aquí, soy yo, usted es simplemente un hombre de negocios. Lo suyo son los números.

—¿El alumno superó al maestro?

—Tengo muchas cosas que enseñarle, Señor.

—No me diga eso que se me acelera el pulso y caerán todas las enfermeras para asegurarse de que no esté teniendo un ataque cardíaco.

—Ataques cardíacos me produce usted a mí. Hágame un gran favor, ¿sí?, no vuelva a intentar convertirse en mártir—. A través de las mantas enredé mi pierna en la suya.

—No podía permitir que te tocara, que te hiciera daño.

—Nada me haría más daño que perderte.

Giró la cabeza y me besó.

—Quiero vivir el resto de mis días así —me apreté todavía más contra su cuerpo —, con mi

piel en contacto con la tuya —mis dedos se enlazaron en los suyos—. Tendrá que obligarme a dejar de tocarlo.

—No pienso hacer eso, a mí me sucede lo mismo contigo.

—Menos confianza Señor Meden, que ahora la que manda aquí soy yo. Y mucho cuidado con hacerme enojar.

—¿Debo temer?

—Haría bien.

—¡Cristo qué miedo!

—Usted siga burlándose que me lo pagará caro. Con intereses.

—Eso es lo mío, yo llevaré los números.

—Haré que pierda la cuenta —estirándome comencé a besarlo.

—Desearía que no me doliese todo para hacer más que besarte —entono dentro de mi boca.

—Tendríamos público.

—Un magnífico espectáculo daríamos —una de sus manos trepó por mis muslo mientras que la otra tomó mi cuello—. ¿Le molestaría tener público?

La cabeza comenzó a darme vueltas de placer.

—La verdad es que cuando estoy contigo no puedo ver ni sentir nada más que a ti. El mundo puede caerse a pedazos.

—Contigo mi mundo no hace más que crecer y crecer...

—Como tus edificios —le sonreí.

—Como tu sonrisa.

—Hoy está galante y romántico.

—Influencia suya.

—Contigo no puedo ganar.

—Usted ganó la primera vez que la vi, en aquella oficina y jamás volvió a perder; sin importan cuanto me esforzara yo por hacer trampa, usted siempre ganó.

Mis labios tenían demasiadas ganas de los suyos, también mi lengua, mis manos, mis piernas, todo mi cuerpo lo necesitaba y tuve que recordarme que nos encontrábamos en una cama de Cuidados Intensivos para conseguir detenerme.

Acabamos algo enredados entre cables, vías de suero, mantas.

—Mierda, necesito salir de aquí pronto —jadeó luego de que me apartase de él, cerrando los ojos al tiempo que descansaba otra vez la cabeza sobre la pila de almohadas.

Me reí.

—No te rías —soltó medio en serio medio en broma—. Con agujeros y costuras en el pecho, sondas y vías por todas partes... así y todo tengo...



Volvía enredar mis piernas en él.

—¿Tienes qué?

—Una erección, amor. Eso es lo que tengo.

Se me escapó una carcajada que atrajo la atención de un par de miradas. Al instante me tapé la boca con las manos, no era lugar para reírme así, nuestra felicidad era un oasis aquí dentro. Ese pensamiento al instante me angustió, hasta no mucho atrás, mi estado era el mismo que el de los parientes del resto de los pacientes que ocupaban las camas que nos rodeaban.

—Cuando salga de aquí gastaremos esas esposas de tanto usarlas.

—Haremos otras cosas también, no se preocupe.

—Cree un monstruo.

—Sí —le contesté a los labios.

En silencio nos miramos por un par de minutos mientras mis dedos acariciaban su cabello.

—¿Cómo está tu hijo? El doctor me aseguró que estaban todos bien, que nadie más salió herido.

—Está bien, estaba asustado pero más que nada se preocupó por ti. Se lleva muy bien con tu hermana y he de decir que tu padre tiene madera de abuelo.

Pensé que esas palabras lo asustarían pero fue lo contrario, se le iluminó el rostro.

—No te preocupes, iremos con calma.

—Dudo que pueda ir con calma. A tu lado lo quiero todo.

—Iremos con calma.

—¿Ahora es usted la que tiene miedo?

—Que no le quepa duda, Señor Meden, pero es un miedo bueno, uno de esos que motiva y produce adrenalina y mucha fuerza.

—¿Y Mike? Si se metió en un problema... no hicieron más que asegurarme que todo está bien pero...

—James se ocupó de todo, tus abogados hicieron su trabajo. No te preocupes por Mike, está bien, tranquilo. Se portó como un héroe.

—¿Cómo llegó a nosotros?

—Siguió a Federico. Me contó que te advirtió... Mejor no hablemos de eso.

—Le debo la vida.

—Los dos. No quiero ni pensar en lo que hubiese podido pasar si... —me detuve apretando los dientes y él acarició mi mejilla.

—Lo recuerdo tocándote y...

—Estoy bien, no me hizo daño.

—Por más que digas que no, todo esto fue mi culpa. Fui yo quien inició esta locura, que te metió en mi vida a la fuerza.

—No se quedará con la última palabra. ¿Alguna vez te conté que esa misma tarde... la de la primera vez que nos vimos vi tu fotografía en un periódico? En persona eres todavía más bello —. Rosé sus labios con los míos.

—Jamás creí que encontraría a alguien como usted, señorita Lafond. Usted me sostiene en pie, me da fuerzas. Usted...

Tapé su boca con mis manos.

—Dejé de hablar y béseme, Señor Meden.

—Como ordene.

Y me besó y los quince minutos hasta que llegó la enfermera y me regañó por subirme a la cama, por desparramarme sobre él y por besarnos; besos que resultaron escasos para saciar mis ganas de él.

A regañadientes, después de que le administrasen los sedantes, lo convencí de permitirme partir para que así su padre y su hermana pudiesen pasar a verlo. Y así lo hicieron y luego llegó James, muerto del susto y agotado por el vuelo pero su rostro enseguida se relajó al enterarse de que Félix había despertado y estaba bien.

Dos horas más tarde regresaba a casa para tomar un baño y cambiarme de ropas.

Mi padre y mi hijo se quedaron a dormir en casa, yo pasé la noche en el hospital en compañía de James. Obligamos a Mike a irse al hotel a dormir y para ese fin tuvimos ayuda, la del padre de Félix.

A la mañana siguiente para alivio de todos nosotros, pasaron a Félix a una sala de cuidados intermedios y pude estar todo el día con él. Al caer la noche fue el propio Félix quien se puso terco como mula en su insistencia de hacerme marchar a casa para pasar la noche allí.

Tanto las heridas físicas cuanto las psíquicas fueron sanando con los cuidados correctos y el paso del tiempo. Así como una semana después Félix volvía a ponerse de pie para andar unos pasos, nuestra vida hizo lo mismo y la intensidad de los sucesos vividos nos unió a todos más de lo imaginable y con eso no me refiero solamente a nosotros dos, a él con su padre su hermana y la esposa de su padre, a mí con ellos, y con largas y muy agradables charlas, a mí con James y Mike. Fue tan placentero poder hablar con quienes lo conocían tan bien...

Una de las cosas que más alegría me causó fue ver a mi hijo apegarse Félix de

un modo natural y sin presiones que fluyó hasta desembocar en una confianza que les permitía jugar, charlar o estar en el más completo silencio juntos. Javier a los pies de su cama jugando a las cartas, a su lado, entre sondas y aparatos, mirando con él una película en el dvd portátil. Félix leyéndole un libro y cuando lo pasaron a una habitación privada, los dos mirando un partido de fútbol repantigados en la cama conmigo observándolos fascinada desde el sillón entre las docenas de ramos de flores y globos con buenos deseos que no paraban de llegar. La vida fue igual de placentera y delicada que la pieza de Chopin que Félix añadió a mi iPod aduciendo que era su favorita y que debía tenerla a mano para escucharla una y otra vez: nocturno, opus nueve, número dos de Frederic Chopin.

## 24.

Mike detuvo el automóvil en el camino, muy cerca de la cabaña. La construcción y posterior decoración había terminado apenas dos días atrás. Félix me aseguró que todavía faltaban algunos detalles, que no había quedado conforme con todo lo que vio vía las entrevistas online que tuvo con arquitectos y decoradores durante lo que duró su convalecencia primero en Buenos Aires, más tarde desde Manhattan, lugar del que habíamos salido unas horas atrás después de pasar quince días enseñándole la ciudad a Javier, paseando los tres juntos por Central Park, compartiendo buenos ratos con Valeria y su pareja, y cenas con el padre de Félix y el resto de la familia.

Incluso Félix se llevó en varias ocasiones a Javier a sus oficinas, a enseñarle cuál era su trabajo. Ver fotografías de los dos juntos en ese mismo despacho al que yo había entrado asustada de perderlo y segura de que lo amaba fue una impresión muy fuerte. Sonreí al ver en mis retinas los rastros de esas imágenes.

—Es bellissimo. Las fotografías no le hacen justicia.

Félix frunció el entrecejo volviéndose de la ventanilla del automóvil hacia mí.

—¿Te duele algo?

—No, es que desde aquí ya noté cosas en la construcción que...

No lo dejé seguir.

—Tendrías a bien permitirte disfrutar del momento.

—¿Qué es lo que tiene de malo la cabaña, Félix? —Le preguntó mi hijo trepando por encima de mis piernas hacia su lado, al instante de quitarse el cinturón de seguridad—. ¿La construyeron mal? ¿No podremos vivir aquí? —Estiró el cuello por delante de Félix para asomarse hacia afuera.

Su cara de desasosiego me arrancó una sonrisa.

—No, no es eso, claro que podremos vivir aquí o al menos pasar una temporada. Son solamente detalles que deberían verse perfectos y no lo están.

—Yo no veo nada —examinó la casa una vez más y giró la cabeza hacia Félix—. ¿Me enseñarás cuales son esos detalles? ¿Quiero aprender a hacer casas también? Cuando sea grande construiré edificios como ese en el que está tu oficina. Quiero hacer edificios altos, los más altos del mundo y casas así de madera cómo esta.

Con sus ojos azules centellando, Félix desvió su mirada hacia mí, para regalarme una sonrisa.

—¿Me enseñarás o no? Tu papá dice que eres el mejor.

—Lo es, Javi.

—Entonces quiero que me enseñes.

Félix soltó una carcajada.

—¿Bajamos ya? Quiero ver la casa y el muelle y el lago y me gustaría ver mi cuarto y la cocina. ¿Podemos ir a pasear por el bosque luego? ¿Hay madera para encender fuego? Recuerden que me prometieron que haríamos una fogata.

—Habrá tiempo para todo eso—. Le aseguró Félix—. Mike, nos harías el favor.

—Sí, Señor.

Mike se bajó del auto.

—Con calma, Javi. Dale tiempo. Félix no puede hacer todas esas cosas en un

solo día. De seguro el viaje...

—Estoy bien —me tomó de la mano—. No estoy tan cansado.

—De cualquier manera. Estaremos aquí unos cuantos días de modo que no hay prisa.

—¿Luego iremos a ver a tío James? ¿Iremos a la fiesta?

—Sí, viajaremos a Londres para el casamiento de tío James —rió Félix.

James había convencido a Javier de que lo llamase tío y de ese paso no había vuelto atrás. Ambos se volvieron compinches de travesuras desde el segundo día de despertar Félix. Si hasta por Skype se hablaban para compartir algún juego online o discutir sobre un partido de fútbol o cualquier cosa.

Yo me quité mi cinturón de seguridad.

Mike llegó a la puerta de Félix.

—Con cuidado, amor —le advertí al ver que trepaba por las piernas de éste último.

La puerta se abrió y Javier salió disparado hacía el exterior todavía fresco pese a que llegaba la primavera.

—Cuida de él —le pidió Félix a Mike al salir corriendo Javier en dirección a la casa.

Mike corrió tras él. Ambos se alejaron riendo y gritando.

—¿Estás bien?

Se le escapó un suspiro y se tomó la pierna izquierda.

—Te duele —no era una pregunta.

—Solamente un poco.

—Deberías tomar un calmante. Esta mañana tampoco tomaste ni anoche y si te duele y no los tomas no descansas y así tardarás más en...

Con su boca tapó la mía, primero apenas para rosar mis labios. Su lengua apareció en acción, también su mano derecha al tomar mi cuello para moverse lentamente hacia mi nuca, internándose en mis cortos cabellos.

—Tus besos me hacen perder la cabeza pero aun así no me olvido de lo que te decía —le advertí cuando apartó su boca de la mía para surcar un camino de esos hacia mi cuello.

—A ver si así...

Su mano bajó por mi pecho mientras la otra me tomaba por la cintura.

—Los calmantes —jadeé mientras mordisqueaba y besaba mi clavícula a través de la ropa.

—¿Qué calmantes?

—Los que...

Su mano pasó de mi cintura a trepar hacia arriba por mi espina empujando la remera y el abrigo. Toda mi espalda se tensó de placer. En venganza por lo que me hacía le tiré del cabello de la nuca.

—¡Auch!

Se refregó la nuca apartándose. Sonreía pícaro.

—¿Y eso por qué?

—Por jugar sucio.

—No se queje, señorita Lafond, que usted es la maestra en jugar sucio.

—Los calmantes, Félix. No quiero que te pongas de mal humor por sentir dolor y no lograr descansar. Además te da mala cara y...

—No me importa mi rostro sino el suyo.

Tendió sus manos hacia mí otra vez.

—Si no tomas un calmante esta noche jugarás solo.

—No hay problema, hice instalar una mesa de billar.

—Pues diviértase solo jugando.

—Seguro que me divertiré.

—Cuidado, no se mofe tanto, alguien podría romperle el taco.

Mi mano fue directo a su entrepierna. Félix dio un respingo. Su mano apretó mi muñeca.

—Señor Meden —le advertí dándole un ligero apretón.

—Señorita Lafond...

—Los calmantes.

Puso los ojos en blanco y me sonrió.

—Tramposa.

Le saqué la lengua, aflojé la tensión en su entrepierna y me acerqué al él, mi lengua recorrió sus labios. Mis labios besaron su rostro.

—Le compensaré esto si se toma los calmantes.

—¿De verdad me lo compensarás?

—Con gusto Señor Meden —llegué al lóbulo de su oreja y lo atrapé entre mis labios para apretarlo ligeramente entre mis dientes.

—Señorita Lafond usted es muy manipuladora.

—Y usted es un jodido que se comporta peor que un niño de ocho años cuando tiene que tomar un medicamento.

—Esos calmantes me quitan energía. Luego no se queje.

Se me escapó una carcajada.

—Yo seré su energía.

Fue su turno de reír.

—Bajemos ya, quiero ver en qué andan esos dos —, lo apunté con un dedo — pero te lo advierto...

—¿Me regañará esta noche?

—Solamente si tiene suerte, Señor Meden. Compórtese como corresponde.

—Siempre me comporto como corresponde.

Resople.

—Abajo.

—Usted manda —convino sonriéndome. Tomó su bastón.

—Te ayudaré.

Descendí por mi lado y rodeé el automóvil, Félix todavía tenía dolor e incomodidades varias resultantes de los disparos y las operaciones a las que fue sometido, las cuales le salvaron la vida.

Al llegar al otro lado, él había conseguido sacarlas dos piernas del automóvil pero no lograba alzarse en pie siquiera ayudado de su bastón.

—El viaje —soltó a modo de justificativo por no poder levantarse solo del asiento.

—Ya lo sé. Debimos esperar unos días más en Nueva York, a que terminases de reponerte.

—Javier deseaba ver la cabaña.

—No puedes hacer todo lo que a un niño de ocho años se le antoje.

—Sí, lo sé —me miró sonriendo —pero es tu hijo y heredó eso de ti, pueden conmigo con suma facilidad.

Sacudí la cabeza y resoplé simulando enojo.

—Andando —Le tendí mis manos.

Félix tomó mi mano derecha y con la izquierda intentó soportar parte de su peso sobre el bastón.

Ponerse de pie le demandó varios quejidos de esfuerzo y un par de insultos también. El viaje había reavivando los dolores. Incluso le costó estirarse frente a mí luego de salir del auto.

—Huele muy bien aquí.

—Lo único que yo percibo es tu exquisito perfume.

—Sin importar cuantas palabras bonitas y dulces diga, tendrá que tomarse los calmantes igual.

Sin pedir permiso, sin que mediase palabra Félix me tomó por la cintura y me apretó contra su cuerpo.

—Estoy loco por ti.

—Estás loco y punto. Y yo también.

—Me alegra que lo reconozca, de cualquier modo es obvio, sino jamás habría decidido quedarse junto a mí—. Tomó mi mano y la alzó para que el sol alcanzara la piedra engarzada en el maravilloso cintillo que había ordenado para mí—. Su otra mano recorrió el dorso de mi mano, bajó hasta mi muñeca y apartó el abrigo de mi brazo—. Mira esto y dime si no es pura perfección. El tacto de las yemas de sus dedos contra mi piel provocó chispazos que pusieron en corto circuito mi cerebro.

Escuché a Javier reír.

—Qué ganas de arrancarte la ropa.

—No más que las mías —le contesté.

—¿Es competencia?

—Dijiste que siempre gano yo.

—No en esto —. Bajó la mano con la que había acariciado mi piel sin soltar la otra de entre los dedos de mi mano que todavía tenía alzada para darme una palmada en el trasero—. Amor en eso gano y siempre ganaré yo. Te lo puedo asegurar.

No pude discutirle nada a aquella mirada que me hacía perder la cabeza.

Con él sosteniéndose de mi hombro y de su bastón, avanzamos en dirección de donde provenían las voces y las risas, más allá de la casa, la cual rodeamos.

La cabaña era perfecta y el nombre le quedaba chico. Techos inclinados que apuntaban en todas direcciones, ventanales amplios en los que se reflejaba el paisaje, chimeneas, terrazas, un porche que era una delicia. Un jardín teñido de rojos y hojas rodeándolo. Senderos de piedra que iban en todas direcciones. Bosque rodeándonos.

Por uno de los caminos, el cual conducía al muelle, caminamos.

—Este lugar es increíble, Félix. Las fotografías no le hacían justicia en lo más mínimo.

—Me enoja no poder haber colaborado más en la construcción.

Me le acerqué y lo tomé por la cintura.

—Eso no importa, es una suerte que estés vivo —él quería regresar aquí para ayudar al personal de la constructora a completar la edificación pero luego del ataque eso fue imposible—. Eres parte de los cimientos de esta casa; eso es lo único que importa.

Inclinó su cuello hacia mí y me besó en el cuello.

—Veo cosas muy tuyas por todas partes.

—Están a la espera de que añadas las tuyas. Así solas no dicen mucho, ser verán mucho mejor cuando añadas de tus toques maestros.



—¿Y cuáles son esos toques maestros? —Le pregunté mientras continuábamos andando. A la vista ya estaba el muelle de madera que se internaba en el lago, amarrado a este había una lancha cubierta por una lona y un bote de remos más pequeño. Sobre la costa en un tráiler dos motos de agua también enfundados. Sobre la playa sillas, reposeras y una mesa.

—Primero y principal tu mera presencia, la de tu hijo. Después llegarán los libros que dejas por todas partes, tus cuadernos de notas. Tus tazas de café. Tu gusto y buena mano en la cocina. Los marcos con fotografías. Tu gusto para los cuadros y el arte, tu perfume en los sillones y en la cama, tus cosas en el baño, tu ropa en el vestidor. ¿Sigo?

Mi piel estaba por completo erizada y tuve la impresión de mi corazón estaba a punto de estallar.

—¡Mami! ¡Félix! ¿Ya vieron?, ¡hay una lancha aquí! ¿Podemos ir a dar un paseo? ¡Sí, por favor sí, digan que sí!

—Más tarde, amor.

—Este lugar es genial —soltó corriendo por el muelle de regreso a nosotros con Mike pisándole los talones.

—Ven, entremos y me dirás que te parece por dentro —le propuso Félix—. Espero te guste tu cuarto.

Javier llegó a nosotros.

—Puedes subir por allí, esas escaleras dan una terraza y de allí...

Félix no pudo terminar de explicarle cómo ingresar a la casa que Javier ya remontaba las escaleras a los saltos.

—Ten cuidado —le grité a mi hijo rogando que me escuchase antes de entrar en la casa.

—No te preocupes, el personal que se encarga de cuidar la casa está esperándonos.

Nos detuvimos frente a las escaleras y Mike nos alcanzó. Una mirada con éste último me bastó para que acordásemos ayudar a subir a Félix.

Para cada uno de sus brazos le ofrecimos nuestras manos.

—Esto es una mierda —rezongó mientras lo tomábamos para ayudarlo a remontar los escalones.

—Date algo de tiempo, ¿quieres?

Resopló pero aceptó nuestra ayuda.

Cuando llegamos arriba, Javier volvió a salir a la terraza desde el amplio living con vistas a lago el cual era pura claridad acogedora, amplió y tan bello que me fallaron las rodillas. Esta era una casa de ensueño.

—Me gusta el piano —le dije al detectarlo en el ambiente contiguo al cual se accedía por una arcada. Nos encontrábamos solos otra vez, Javier había salido corriendo escaleras arriba para ver su cuarto y consigo se llevó a Mike. Hasta éste caminé, el me siguió despacio—. Tendrás que tocar algo para mí.

—En este momento tengo otras ideas en mente que involucran el piano pero no exactamente para dar un concierto.

No pude más que sonreír como una tonta.

—Luego —me dijo y yo asentí con la cabeza.

Recorrimos el resto de la casa. Almorzamos todos juntos y pasamos el día instalándonos, conociendo al personal que trabajaba en la casa. Dimos un corto paseo por los alrededores y vimos el atardecer en el muelle los tres, con las piernas colgando sobre él agua.

...

Entre al cuarto y cerré la puerta tras de mí. Contra ésta me apoyé. Había estado todo el día esperando este momento. Necesitaba arrancarle la ropa, necesitaba sus besos en mi, su cuerpo contra él mío.

—¿Se durmió? —Me preguntó Félix avanzando hasta mí desde la ventana que daba a la terraza, apoyándose en su bastón.

—Profundamente dormido —le sonreí y despegué la espalda de la puerta. Di un paso y otro más, él se detuvo. Intercambiamos sonrisas muy poco inocentes.

—¿Y bien? —Entonó dando un único paso en mi dirección.

—Y bien qué —. Mi paso fue más corto que el suyo, debían separarnos dos metros.

—¿Qué opina de la habitación?

—La verdad... —simulé meditarlo con una mueca —creo que le falta algo.

—¿Algo como qué? —Dio dos pasos en mi dirección.

—No sé, la cama está bien... me alegra que tenga respaldar.

—¿Le alegra? —Apoyándose en su bastón llegó hasta mí.

—Mucho.

Así, nos quedamos uno frente al otro mirándonos, sonriéndonos sin tocarnos.

—¿Y qué me dice de la vista al lago?

Por un segundo desvié la vista hacia afuera. La luna iluminaba el lago.

—Es muy bonita —lo miré a los ojos, su azul era mucho más hermoso que el del cielo nocturno —me deleitan más las vista aquí dentro. Pero insisto, falta algo.

—¿Qué?

—¿Puede esperar aquí un momento, Señor Meden?

Me observó extrañado.

—¿Dónde vas?

—Enseguida regreso —corrí en dirección al vestidor, necesitaba algo que cargaba en una de mis valijas.

—¿Qué buscas?

—Señor Meden, tenga algo de paciencia.

—Disculpe, eso no es posible. En este momento me hierve la sangre y apenas si puedo mantenerme en pie.

Abrí la valija y revolví entre todas las cosas. En este instante me odié por haber empacado tanta ropa.

—¿Cansado?

—Un poco.

—Le doy permiso para tomar asiento —le contesté y di con lo que buscaba. De un tirón lo saqué de dentro de la valija y lo guardé entre mi espalda y la cintura de mis jeans. La tapa de la valija cayó cuando la solté. De un salto emprendí mi regreso hasta el cuarto.

—No tomaré asiento sí... —al verme se detuvo—. ¿Y bien?

—Muy cansado —le consulté guiñándole un ojo.

—No para lo que creo que trama, Señorita Lafond.

Su sonrisa se ensanchó tanto que mi corazón se disparó de felicidad y todo mi cuerpo se aunó en un único sentimiento: deseo.

Metí las manos por detrás de mis jeans.

Tomé las esposas por uno de los aros y las alcé entre nosotros hasta la altura de su esposa.

—Usted se comporta muy mal, Señor Meden.

Me hizo una de sus muecas matadoras con las que me encendía y luego sonrió.

—¿Segura?

—Me lo debe.

—No necesitas hacer esto por mí.

—No es solamente por usted, Señor Meden.

Parpadeó un par de veces y se puso serio.

—Bien... —flexionó las rodillas con dificultad y sosteniéndose de su bastón, se puso de rodillas frente a mí.

—Soy suyo, señorita Lafond.

El corazón por poco y se me escapa del pecho. Le quité el bastón y me apoyé

en él. Con la otra mano hice girar las esposas.

—Esto será divertido.

Apretó los labios en un intento de no sonreír.

—¿Se ríe de mí? Eso no es bueno—. Tomé el bastón y las esposas con una sola mano y me incliné sobre él —me avisas si es mucho, si me paso de la raya, si... —le susurré y él no me permitió terminar.

—Sí, tranquila.

—¿Seguro? Si estás dolorido. No tienes que hacerlo.

—Me muero de ganas de hacerlo.

Sus parpados cayeron lentamente, sonrió. Su rostro se relajó, para él entregarse, dejar en manos de otros algunas de las tantas responsabilidades de su vida, era un verdadero placer, una descarga, un disfrute que valoraba demasiado y del que yo no pensaba privarlo porque para mí era sumamente agradable saber que este hombre fuerte, inteligente, exigente y poderoso se entregaba voluntariamente a mis pies y a mis deseos.

Los dedos de mi mano derecha se internaron en su cabello entrando desde la frente. Lo acaricié una, dos veces y a la tercera sujeté con fuerza su cabellera; esperé no dejarme llevar demasiado por la emoción y provocarle todavía más dolor. Tiré de su cabeza para obligarlo a verme a la cara.

—Mírame —le ordené ya que tenía los ojos cerrados.

Despegó los papados y me miró.

—Eres mío y haré de ti lo que quiera.

Jadeó un sí.

Todavía con su cabello entre mis dedos, tiré todavía más su cabeza hacia atrás.

—Quiero que me beses.

Asintió con un parpadeo.

Inclinándome sobre él y acerqué mi boca a la suya. Hizo un amago de acortar la distancia que nos separaba pero lo frené en seco tironeando de su cabello. Eso le arrancó su sonrisa y yo no pude mantenerme en mi rol. Flaqueé y me sonreí.

—No se sonría tanto.

—Su culpa, me tentó.

—Aprenda a controlarse Señor Meden, esa no es excusa. Creí que era un hombre con temple.

—No cuando estoy frente a usted.

—Tendrá que aprender a controlarse.

—Me aplicaré a ello.

Acerqué mi boca al a suya y lo besé con fuerza sin soltarlo, mis dedos, mi brazo y el resto de mi cuerpo parecían tener vida propia.

Lo besé hasta que me saqué las ganas, hasta que no pude contener las ganas de más.

Soltándole el cabello enderecé la espalda.

—De pie—. Le tendí mis manos para ayudarlo a levantarse, todavía no estaba lo suficientemente fuerte para eso.

Negó con la cabeza y apartó mis manos con una de las suyas.

Movió un pie hacia adelante, ahora una sola de sus rodillas estaba en el suelo. Apuntaló el parte del peso de su cuerpo sobre la planta de su pie, el resto lo empujó hacia arriba con las manos sobre la rodilla. Quejándose de dolor y resoplando logró ponerse en pie sin aceptar la ayuda que volví a ofrecerle. Cuando lo tuve frente a mí vi que tenía el rostro rojo del esfuerzo.

Quise acariciarlo pero sabía que eso no cabía en este juego. Me contuve.

—Voy a desvestirlo ahora.

Noté que su mandíbula se tensaba por el esfuerzo de contener la sonrisa de placer que le iluminaba la cara.

Tomé su suéter y tiré de éste para arrancárselo de la cabeza. Lo arrojé al suelo.

—Usted no tiene permiso de tocarme. Recuerde eso.

Asintió con un parpadeo.

Colé mis piernas entre las suyas y me pegué a él. Olía como siempre a su jabón de tilo.

Mi nariz fue directo a hasta su cuello mientras mis manos se colaba por debajo de su remera. Palpé con las yemas de los dedos sus abdominales, sus costillas y luego sus pectorales. Debajo de mi mano derecha sentí su corazón acelerarse y entre mi cabello su respiración.

—Esto se siente muy bien, Señor Meden.

Mis manos hicieron el camino en sentido inverso y al llegar a la cintura de su remera la tomaron para subirla por su torso. Félix alzó los brazos y se la quitó. Las marcas de las operaciones continuaban allí pero no lograban opacar la belleza de su cuerpo.

Estirándome sobre sus pies lo besé otra vez. Mordí su mentón, su cuello. Besé y mordí sus hombros porque sabía que eso le gustaba, que eso lo volvía loco y de hecho cuando estaba en sus hombros por poco y me toma por la cintura, razón por la cual se ganó su primer advertencia.

—Tendrá que hacer acopio de su fuerza de voluntad si quiere seguir con esto.

—Disculpe, es que me muero de ganas de arrancarle la ropa.

—Contrólese.

Asintió con la cabeza.

Besando su piel bajé por su torso hasta la cintura de sus pantalones. Mis manos fueron directo a la hebilla del cinturón. Desabroché el pantalón y bajé el cierre. Ya estaba excitado.

—Señor Meden —en toné alzando la vista hacia sus ojos.

—Señorita Lafond.

—Me complace lo que veo.

Se carcajeó.

—No se ría o dormiré a la intemperie esta noche.

—Perdón.

Comencé a aflojar los cordones de sus botas. La primera salió fácil pero luego alcé su pierna buena y quedó en pie sobre su pierna herida por lo que tuve que permitirle sostenerse de mí.

Tomé sus pantalones por la cintura y los empujé hacia abajo. Se los quité.

Alzándome sobre mis pies lo miré a la cara otra vez.

—Deshágase de su ropa interior.

Sin decir ni una palabra Félix hizo lo que le pedí y así quedó desnudo frente a mí.

Volví a pegarme a su cuerpo.

—Usted hace que pierda la cabeza. Tendrá que pagar por eso.

Asintió con un parpadeo.

Di un paso atrás, me arranqué una zapatilla y luego la otra, hice desaparecer las medias también.

Me quité el suéter y luego la remera bajo la atenta mirada de sus ojos azules. Lo vi apretar los puños.

Muy despacio me quité los jeans y los arrojé a un lado.

Por culpa de su mirada ya no soportaba el tacto de mi ropa interior sobre mi piel de modo que me deshice de las prendas para quedar tan desnuda cuanto él.

—Recuerde que no puede tocarme.

Su pecho subía y bajaba. Pegué mi cuerpo al suyo. Su erección contra mí me volvía loca. Quería hacer esto bien pero comenzaba a perder el hilo de mis propios pensamientos; en este instante mi única certeza era que lo quería en mí.

Lo besé otra vez y luego lo empujé de espaldas para que retrocediera hasta la cama. Sus piernas se toparon con el sillón que había a los pies. De una esquina de la cama rescaté las esposas.

—¿Mis ojos brillan tanto cuanto los suyos, Señor Meden?

—Son mi vivo reflejo.

Escuchar esas palabras hizo que me estremeciese de placer y satisfacción, y también de amor.

—Suba a la cama, Señor Meden. Quiero sus manos contra el respaldo para que pueda ponerle éstas.

Asintió y complicado por sus dolores e impedimentos físicos se arrastró por la cama hasta las almohadas. Yo lo seguí.

—Los brazos hacia atrás por encima de su cabeza.

Arrodillada por encima de su cuerpo, encerré una de sus muñecas, pasé la cadena por detrás del barrote de bronce y sujeté la otra; mientras lo hacía su aliento acariciaba mis pechos.

—¿Estás bien? ¿No te causa mucho dolor la posición?

—Estoy perfectamente bien. Mejor que nunca.

Tomé su cabeza con mis manos y comencé a besarlo.

Nuestras respiraciones se aceleraron todavía más.

—Te amo —jadeó dentro de mi boca y volvimos a besarnos.

Mis manos bajaron por su pecho deslizándose por su abdomen. Me corrí hacia atrás y besé el tatuaje de sus iniciales.

No pude esperar más. Tomé su erección y me senté sobre él moviéndome muy despacio. Los dos soltamos gemidos de placer. Mi cuerpo se convirtió en otra cosa al tenerlo dentro de mí, en algo que no tenía ni nombre ni explicación. Me alcé sobre mis rodillas otra vez y luego volví a bajar.

De los labios de Félix emergió mi nombre, ya no fue un “Señorita Lafond” sino un Gabriela claro y fuerte. Comencé a moverme con más intensidad, ya no podía ni quería ser suave.

Primero me tomé de su cintura. Después de sus piernas arqueándome hacia atrás y luego necesité sus labios en los míos por lo que lo atraje hacia mí tomándolo por el cuello.

Soltó un quejido y me detuve.

—No te detengas.

—Pero...

—No te detengas. Estoy bien. No voy a romperme. Simplemente no dejes de moverte.

Nos miramos a los ojos. Le sonreí. Lo besé y reanudé el movimiento, guiando yo los cuerpos de ambos hacia nuestro placer.

Sentada sobre él, a punto de llegar al orgasmo, sin despegar la mirada el uno del otro, nos sonreímos. Después de eso perdí la cabeza y mi cuerpo se desarmó sobre él suyo en un movimiento muy poco delicado de mi parte que le arrancó un quejido.

Teniéndolo todavía dentro de mí. Besé su pecho.

Sus jadeos de placer acariciaron mi cabello a falta de sus manos.

Alcé la cabeza y besé sus labios.

—En lo sucesivo no seré tan amable con usted, Señor Meden. Fui delicada porque todavía está convaleciente.

—Me alegra escuchar ambas cosas.

—¿Puedo tocarla ahora?

Abrí los ojos de par en par y se me escapó una carcajada.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

Tapándome la boca volví a reír.

Ahora fue su turno de poner cara de horror.

—Gabriela... las llaves, dime que tienes las llaves. No puedo creer que... tú hijo está en el cuarto al otro lado del pasillo y no podemos...

Me reí todavía con más ganas.

—Esto no tiene gracia, esta cama es una puta cosa maciza que no se desarmara ni porque le demos de hachazos.

Reí todavía más.

—No tiene gracia. Esto no...

Me arrojé sobre él echándole las manos al cuello.

Lo bese.

—Te lo creíste. Las llaves están en el bolsillo de mis jeans.

Se quedó viéndome fijo. Por un segundo pensé que me insultaría, la postura no le duró mucho, se sonrió y luego rió.

—Estás loca. Ya verás cuando te agarre.

Quise apartarme pero me frenó flexionando sus piernas.

—Recuerde que soy yo la que continúa en posición de las llaves y usted...

—Ven aquí y bésame —empujó mi espalda con sus piernas.

—Pídamelo como corresponde Señor Meden, o lo dejo así el resto de la noche.

—Por favor, sería tan amable de besarme y luego soltarme para que así pueda tocarla, le aseguro que no se arrepentirá si me suelta.



—Creí escucharlo amenazarme.

—Bésame que tu piel rompe la mía y necesito escapar de este cuerpo.

Y con esas palabras me morí de amor y lo besé una y otra vez.

—¿Cómo es que un corazón como el tuyo pudo amar un corazón como el mío?

—preguntó en cuanto lo solté, y sí, con los brazos algo entumecidos por la posición, pudo abrazarme.

—Es que encontró a su igual. Por eso.

—Te amo, Gabriela.

—Te amo, Félix.

Abrazados con brazos y piernas, nos quedamos dormidos sintiéndolo absolutamente todo: nuestras respiraciones, el calor de nuestros cuerpos, la función de perfume de su piel y la mía, la penumbra del cuarto, el taco de nuestras pieles, de las sábanas, el viento afuera, las olas del lago rompiendo contra el muelle, el azul de la noche colándose dentro del cuerpo. El perfume de la madera de los muebles... el calor de su palma contra la mía. El mundo entero a nuestro alrededor. Fue abrumador y magnífico y así volvió a serlo una y otra vez.

Sensible.

## Epílogo

Todavía hoy me cuesta asimilar que esta es mi vida. Que soy participe de los momentos que se desarrollan a mi alrededor, que experimento cosas con las que en el pasado, siquiera esperaba soñar, mucho menos desear, cosas de las que no me creía merecedor, esas cosas que aún hoy, creo no merecer.

Reír, estar en paz, ser consciente del amor que recibo y del que intento dar del mejor modo posible. Disfrutar del silencio, de su compañía, de una caricia o incluso de los momentos de soledad los cuales antes eran insoportables.

Sin duda que sigo siendo el mismo, el dolor aún forma parte de mi vida y siempre estará allí, lo acepto y ella también, lo remarcable es que ese no es el único sentimiento que experimento, ya no me gobierna, ya no soy adicto a él.

Pase de ver la vida en blanco y negro a apreciar una infinita gama de colores y eso se lo debo a ella y no pasa un día sin que se lo recuerde porque más allá de lo que lo nuestro dure un día o mil años, fue ella la que me empujó a vivir una vida de verdad lejos de fachadas artificiales e innecesarias e incluso si un día ya no estamos juntos y acabamos odiándonos —lo cual ruego no suceda

jamás—, por más que me pese, sabré que fue ella quien me mostró que podía pasar de ser un insensible, a alguien sensible, capaz de amar, de dar sin esperar nada a cambio, de disfrutar de la vida, de mí mismo sin tener la impresión de estar recibiendo algo que no merezco, de robar lo que no me pertenece.

Cuando toda la negatividad aparece cuando me pongo más yo que nunca, allí está ella para acompañar mis rarezas y locuras, para pararse a mi lado sin juzgarme.

Terminamos la cabaña, disfrutamos hasta el último de sus rincones.

Nos convertimos en una familia.

Viajamos.

Bailamos en la boda de James.

Recibimos la noticia de que pronto seríamos tíos por adopción... Javier saltó de felicidad al saber que tío James le daría un primo.

Que alguien me explique cómo es que llegué hasta aquí porque yo todavía no lo comprendo.

La puerta se abrió. El viento se metió con fuerza en la cabina.

Afuera brillaba el sol. Por debajo de nosotros, la campiña francesa.

Ante la señal nos aproximamos a la abertura.

Yo ya había revisado un centenar de veces las correas y amarres pero volví a tironear de todos para asegurarme de pegarla todavía más a mi cuerpo.

Inspiré hondo, su corto cabello pegado a mi nariz me volvía loco de placer.

—¿Listos?

—Lista —contestó Gabriela.

—Listo —contesté yo.

—Estamos en posición, el cielo es todo de ustedes—. Nos guiñó un ojo y con la cabeza apuntó en dirección a la puerta.

Hasta esta avanzamos ambos sujetándonos por los rieles sobre nuestras cabezas.

Una de mis manos rozó la suya, tenía la palma transpirada.

—¿Estás bien?

—Tengo la impresión de que el corazón se me escapará por la boca.

Le sonreí. Llegamos a la abertura.

Sentí la resistencia que puso su cuerpo en presencia del vacío y la altura.

El sol dio sobre nosotros.

—¿Lista para saltar Señora Meden?

Se rió y ahora fue el turno de mi corazón de sentir que el espacio en mi pecho no le era suficiente.

—Claro que sí, Señor Meden. Además no es mi primera vez, hace un tiempo, cuando era soltera salté de un avión por aquí mismo, en compañía de...

—No diga más, no quiero saber de usted y otros hombres —bromeé y ella me sonrió—. ¿A la cuenta de tres, Señora Meden?

—Ok —giró su rostro hacia el atardecer—. Cuando usted quiera —hizo una pausa—. ¿Sabe que si lo tengo a usted no necesito paracaídas, no?

—Me alegra ser su paracaídas —le dije y besé su cuello—. Uno...

—Mierda no puedo creer que vaya a hacer esto otra vez —rió ansiosa.

—Dos...

—Y lo peor del caso es que creo que quiero hacerlo cada día por el resto de mis días.

Sus palabras me hicieron carcajear.

—¡Tres!

Nos soltamos juntos, saltamos juntos. Nuestros gritos se fusionaron en el cielo. Caer con ella sujeta a mi cuerpo era mejor que cien saltos juntos.

Enredé mis dedos en los suyos y continuamos cayendo, disfrutando del salto, de la adrenalina de estar juntos.

El paracaídas que llevaba detrás de mi espalda se desplegó para sostener nuestras vidas en el aire.

# Fin

